This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

LSoc4231.5 Bd. Feb. 1887.

Harvard College Library

FROM THE FUND OF

CHARLES MINOT

(Class of 1828).

Received 3 Jan. 1887.

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA.

II

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA.

AÑO I.—TOMO II.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, núm. 5.
1870.

C-1870-713

LSoc 4231.5
~~VIII 497~~

HARVARD COLLEGE
JAN 3 1887
LIBRARY.

Minot Fund

DISCURSO

QUE LEYÓ

DON VENTURA DE LA VEGA,

al tomar asiento en la Academia.

Entre los diversos afectos que conmueven mi alma en el momento de recibir esta honra, de mayor precio para mí que cuantas pudiera el mundo dispensarme, uno es el que domina, ó, por mejor decir, en uno se resuelven y confunden todos; en uno, que si bien nunca dejé de abrigar, hoy más que nunca estimula mi lengua á que lo publique, y casi agolpa lágrimas á mis ojos: la gratitud.

Poco más habrá de diez y siete años que un jovenzuelo, que contaba los mismos de edad, pasaba diariamente, al anochecer, por esta calle, con Horacio y Virgilio debajo del brazo, en direccion de la humilde morada de su maestro, cuatro puertas más arriba de la de esta casa: circunstancia que contribuyó no poco á estimularlo en el estudio y ejercicio de las bellas letras, que han sido desde entónces acá su ocupacion exclusiva y su mayor deleite. Tocaba forzosamente al paso en el umbral de este edificio, y ordinariamente se detenia á contemplarlo con religioso respeto, figurándose á veces, en el silencio de la noche, que escuchaba sonar adentro los acentos de Melendez y Jovellanos; y prestando el oido, estático y palpitante, como el mendigo, que á las puertas del rico oye ham-

briento los brindis y la algazara de un banquete, «¡La Academia Española!» decia entre sí; «¡Sentarse en los escaños de la Academia!» Y preñado el pecho de esa noble ambicion, miraba alternativamente la casa de la Academia y la de su maestro. El destino le hacia ver ambos puntos de una sola ojeada, y parecia decirle: «Por allí se viene aquí: éste es el premio; aquél es el trabajo.» Por eso, al ver hoy realizada la más ardiente ilusion de mi mocedad, permítame la Academia que satisfaga esta deuda del corazon, permítame que en la tierna efusion de mi gozo, broten de mis labios palabras de gratitud, dirigidas al sabio maestro que me infundió en mis primeros años este amor del estudio, esta ánsia del saber, únicos títulos con que me he atrevido á llamar á las puertas de la Academia; permítame que eche de ménos hoy su presencia en estos bancos, donde su saber le dió merecido puesto, y donde su alma noble se llenaria de júbilo oyendo á su discípulo llamarle compañero. La juventud de Cádiz, á cuya enseñanza está consagrando sus desvelos, no permite que oiga las palabras que ahora pronuncio: óigalas la Academia, y ellas le dirán que, si no ha enriquecido el número de sus miembros con un entendimiento aventajado, cuenta en él, por lo ménos, un corazon agradecido: quizá la expresion de este afecto privado no es propia de esta solemne ocasion ni de este elevado sitio; si esto es así, yo imploro la indulgencia de los que me escuchan, en gracia del buen orígen que tiene mi yerro, y les ruego que, prescindiendo por un instante de su elevado carácter, digan, con Terencio: *Homo sum, humani nihil à me allienum puto.*

Ni ¿cómo podria yo desconocer que á los sabios consejos de D. Alberto Lista, á la sana doctrina con que prepa-

ró mi entendimiento para el estudio de las bellas letras, á los puros modelos con que me familiarizó desde la primera edad, debo la fortuna de haber salvado mis buenos principios literarios, que ya vacilaban al ímpetu de esa agresion vandálica? Tremenda agresion, á cuyo frente marchaba ese Atila de las letras, arrojado como aquel fanático, poderoso, fascinador, que llamándose tambien á sí propio apóstol del Pindo, juntó numerosa hueste, embistió á las estatuas de *Corneille*, *Racine* y *Molière*, que resistieron firmes el bárbaro empuje, y extendiendo su brazo hasta nosotros, quiso tambien arrojar sobre las floridas y apacibles campiñas de la poesía castellana los espectros fantásticos y los nefandos crímenes que engendra allá en tétricas imaginaciones el cielo encapotado del Septentrion.

La falange invasora logró por entónces su objeto: áun en aquellos que, fortalecidos con el estudio de los buenos modelos, profesaban los eternos principios del buen gusto, introdujo, por lo ménos, la duda, deslumbrando á unos, imponiendo silencio á otros, y arrancando á casi todos cobardes concesiones. En los que alcanzó á sorprender comenzando la tarea, su triunfo fué completo. Éstos, á la primera intimacion del apóstol del *romanticismo* (palabra bárbara, que nada significa en castellano), corrieron á alistarse bajo la enseña de la nueva secta. ¡Qué mucho! La vetusta escuela *clásica* los aterraba con su manoseada *Epístola* á los *Pisones*, donde se halla aquel tremendo:

> «..... *vos exemplaria græca*
> *nocturna versate manu, versate diurna;*

y aquel enfadoso *sapere* que el buen Horacio establece como *principium et fons scribendi rectè*, con toda la demas

retahila de prolijos preceptos, que abaten y desalientan á una imaginacion volcánica, mostrándole demasiado largo, pendiente y espinoso el camino que conduce al templo de la inmortalidad. La *romántica*, por el contrario, todo lo allana y facilita: el primer precepto que á los jóvenes impone (¡admirable precepto!) es arrojar léjos de sí los libros, muebles inútiles, de cuyo uso los dispensa; porque el que no tuviere genio (ésta es su doctrina) no ha de adquirirlo en ellos, y el que hubiere recibido del cielo ese precioso dón, tampoco los necesita; que el genio le basta para alzarse en sus alas á las regiones de la gloria.

¿Y qué daño ha de hacer al genio, pudiera contestarse, el conocimiento de los preceptos clásicos? ¿Qué peligro corre en saberlos? y ¿qué son, en fin, esos preceptos, tan pomposamente anatematizados? ¿Son, acaso, caprichosa invencion de indigestos eruditos, para apocar el genio y ahogarle al nacer? ¿Son, por ventura, otra cosa que reglas deducidas de las obras del mismo genio, puntos luminosos, que señalan el camino por donde corrió inspirado á esas regiones de la gloria? No le estorbaron, por cierto, al gran Molière para componer su *Tartuffe* y su *Misántropo*, ni le produjeron á nuestro Lope más ventaja, encerrados bajo siete llaves, que la de habernos legado treinta tomos, en vez de tres, que serian de oro.

Pero la invasion *romántica* tuvo, para cruzar el Pirineo y extenderse rápidamente en España, una aliada de mucho poder. Un poeta de vivísima fantasía, á quien ya me he referido, aunque sin nombrarlo; *Víctor Hugo*, en fin, fué el primero, cuyas obras penetraron en España, por los años de 1830, y plantaron la nueva bandera. Al frente de uno de aquellos partos de su calenturienta fantasía se ostentaba, á guisa de proclama incendiaria, un extrava-

gante prólogo, en que descollaba esta máxima: «El romanticismo es en literatura lo que el liberalismo en política.» Acababa de consumarse en Francia la revolucion de Julio; la noticia de aquel grande acontecimiento exaltaba los ánimos de nuestros jóvenes, que, fieles á las modas de París, querian tambien improvisar en Madrid otra revolucion de tres dias: los que de allá venian, trayendonos los pormenores de aquel triunfo, traian de paso ejemplares de *Nôtre Dame de Paris*, de *Hernani, ou l'honneur castillan*, y otras lindezas; ambas cosas olian á *libertad*, á *quitar trabas*, á *desarraigar abusos*, á dar *libre vuelo al pensamiento:* de todo, pues, se hizo un baturrillo, y todo se puso en moda, el *liberalismo* y el *romanticismo.*

El ensanche que recibieron la ley de imprenta y la censura de teatros, tres años despues, ó más bien dicho, la libertad absoluta, pues sólo á materias políticas alcanzaban las restricciones, abrió ancho cauce al torrente *romántico*, que precipitándose del Pirineo, inundó nuestro país, y produjo con sus miasmas mefíticos la peste general. Los pocos recalcitrantes que levantaron la voz en defensa de los sanos principios literarios, fueron escarnecidos, escupidos, silbados: la guerra civil acababa de encenderse, y los dictados de *carlista* y de *clásico* eran respectivamente nombres de proscripcion en ambas repúblicas. Fué preciso aceptar la moda de París, con todas sus consecuencias: allá lo era proscribir como *clásicos* á Corneille, Racine y Molière; aquí se exageró, como sucede con todo remedo, y no fué bastante proscribir á nuestros poetas; se les puso ademas en ridículo; se evocaron sus gloriosas sombras para hacerlas comparecer ante un tribunal de copleros imberbes, el cual falló que no habian cumplido con su *mision* de poetas; y la palabra *mision*,

aplicada sólo entre nosotros á las piadosas predicaciones de la cuaresma, se hizo circunstancia indispensable de todo poeta. Quizá por no faltar á ella, comenzaron entónces á estilarse, en vez de la oda, cancion inspirada, y como tal corta, vehemente, elevada, esos interminables discursos en verso, divididos en párrafos, con todas las trazas de *mision* cuadragesimal; al paso que aparecian caricaturas en que se representaba á *Melendez*, al restaurador de la poesía castellana, con peluca de bolsa, sombrero tricornio, zurron y cayado, apacentando ovejas en el ejido y con este rótulo debajo: *El pastor Clasiquino*.

Pero respecto á la poesía lírica, donde la revolucion se cebó fué más en las formas que en el fondo; y la razon es obvia: los revolucionarios no eran poetas, sino simples versificadores, y áun pudiera decir versificadores simples. Así, pues, la novedad consistió en desdeñar el uso del verso en decasílabo, tan majestuoso y variado en su ritmo, sustituyéndole el de doce sílabas, que al fin y al cabo tiene su cesura constante en la sexta, y sus hemistiquios, con lo cual nos acercábamos á los versos de *Victor Hugo*, que era el toque del negocio. No se descuidó tampoco la repugnante mezcla de consonantes graves y agudos, remedo tambien de la rima *masculina* y *femenina*, que exige indispensablemente la versificacion francesa; y por último, como si los córtes y ligados de la castellana no se brindasen á variar hasta lo infinito el período poético, dándole á cada uno, áun en composiciones de un solo metro, el carácter conveniente, ya vivo, ya majestuoso, ora enérgico y duro, ora tierno y desmayado, se inventó tambien la novedad de mudar de metro en una misma composicion, sin mirar que los franceses lo hacen porque

la rigidez y monotono martilleo de su alejandrino no consienten aquella libertad.

Tambien la musa épica llevó sus palmetazos de los nuevos maestros. La *Jerusalen* del Tasso, considerada como el más perfecto de los poemas épicos, cayó en desgracia por demasiado ajustado á las reglas, y se alzaron á las estrellas, como modelos exentos de todo lunar, *La divina Comedia* de Dante y el *Orlando* de Ariosto, no por las bellezas de primer órden, que ningun clásico les habia negado, sino por el desórden de su plan y las extravagancias de su desempeño. Los clásicos habian dicho que en España no habia poema épico que mereciese el nombre de tal: esto bastó para que se escogiera por caballo de batalla el *Bernardo* de Balbuena, obra que se cae cien veces de las manos, primero que llegar á tropezarse en ella con algunos trozos de primer órden ciertamente, como la descripcion de la salida del sol, al principio de un canto, y algunos otros, escondidos en el inmenso fárrago de cinco mil octavas. Por regla general, se proscribió como ridícula la costumbre de comenzar el poema épico con las palabras *canto*, etc., y usar luégo de la invocacion; sin embargo, á pesar de que incurren en esta enorme tacha, se hizo gracia especial en favor de Homero y Virgilio, y para cubrir de algun modo el expediente, se dijo que eran románticos, á pesar suyo, señaladamente el primero, como lo probaba en la *Iliada* el ridículo personaje de *Tersytes*, spaleado por el cetro de Agamenon.

¿Y qué dirémos de la poesía dramática? Hé aquí el palenque, la arena predilecta, el campo de Agramante, donde los patriarcas de la nueva escuela hicieron más larga muestra de su arrojo, y cantaron con mayor soberbia su triunfo. En los demas géneros de poesía que llevo

citados, el combate era un tanto reñido: áun habia hombres de conciencia que sostenian el pabellon clásico, y escribian obras de buen gusto, cada una de las cuales abria con su aparicion ancha brecha en la gótica torre del *romanticismo:* unas y otras obras se imprimian; unas y otras circulaban; y el literato imparcial, leyéndolas, examinándolas, analizándolas en el retiro de su estancia, no podia ménos, á la postre, por fascinado que le tuviera el nuevo meteoro, de distinguir lo bello de lo feo, lo verdadero de lo falso, la luz de las tinieblas. Pero la poesía dramática, ese campo abierto, en que no es juez el literato, porque lo son todos los que acuden al teatro, y allí es donde positivamente falla como soberana, y sin apelacion, la mayoría numérica; la poesía dramática era la que más espacio presentaba á las torpes aberraciones de esos cerebros descompuestos. Así fué: erigióse en máxima el peligroso argumento de que *para hacer odioso el vicio es preciso retratarle*, y de aquí resultó que se presentaban al público cuadros de tal suerte combinados, que el vicioso aparecia disculpado y hasta amable, porque sus vicios y sus crímenes se achacaban á mala organizacion de la sociedad. Obsérvese que en este punto la invasion *romántica* muda ya de carácter. En los demas géneros de poesía, sus tendencias eran á pervertir el gusto literario; en la dramática, no sólo á eso, sino á pervertir la sociedad: su plan de destruccion era completo; los tiros se asestaban á la cabeza y al corazon, á la inteligencia y á la moral.

Esta obra infernal, en cuyo desempeño caminaban de acuerdo, por un funesto instinto, todos los dramáticos de la nueva escuela, halló extraordinario apoyo en el vulgo espectador, á quien «*l'ennui du beau fait aimer le laid*», como dice Boileau. Excitada ademas su imaginacion, y

violentamente conmovida su alma por los estragos de la guerra civil que destrozaba la patria, y por la incertidumbre del porvenir, no se hallaba en aquel estado de apacible sosiego que era necesario para que pudiese recibir en el teatro impresiones delicadamente tiernas; y los empresarios de aquellos espectáculos, más mercantiles que literarios, trataron de atraerlo á costa del arte, y lo consiguieron efectivamente, prostituyendo la escena á los monstruosos dramas de *Victor Hugo* y *Alejandro Dumas*. Rompió la marcha *Lucrecia Borja*, obra maestra del primero.

Nuestro público, hábil en sorprender las inverosimilitudes materiales del drama, pero ciego de todo punto respecto de las morales, se dejó cautivar por el interes novelesco de la fábula, por el trueque de los venenos y contravenenos, por la cancion báquica con acompañamiento de *De profundis*, por la procesion de los agonizantes blancos, por los cinco ataúdes y otros mil resortes dramáticos; y no echó de ver la inverosimilitud moral del personaje de *Lucrecia*, arrobada, por una parte, en los más puros deliquios del amor maternal, y deleitándose, por otra, en el adulterio incestuoso, en el asesinato, y otros mil diversos crímenes, que sólo puede concebir un alma de todo punto depravada. Verdad es que contribuyó en gran parte á deslumbrarlo la actriz que representaba el papel: talento superior, que la escena ha perdido y que todavía llora.

Dado con éxito el primer paso, llovieron sobre el teatro dramas de este jaez: *Teresa*, *Antony*, *Angelo*, *Angela*, *La Torre de Nesle*, y otros mil, que sería inútil analizar, porque todos los de esa escuela, como producto de un mismo pensamiento, se parecen entre sí, en el fin y en los me-

dios, así morales como dramáticos. Presentar, como en *Antony*, una alma ardiente, elevada, ambiciosa de gloria, y encerrarla en una condicion humilde y vergonzosa, donde sienta el desvío de los hombres; de este modo se inspira ódio á la sociedad, ó bien una deformidad moral unida á una belleza física, como en *Lucrecia Borja*, ó viceversa como en *Tribaulet;* de este modo se inspira ódio á la Providencia. — En el estilo iguales tambien: la antítesis. A esto está reducido todo su sistema dramático, ó para decirlo en el lenguaje original de *Víctor Hugo*: ¡Hé aquí un drama, los dramas, todos los dramas, el drama!

Afortunadamente, Señores, hay asilos donde venir á guarecerse de la tempestad; hay templos que cierran sus puertas á esos falsos sacerdotes de las Musas, y se dignan abrirlas aún á aquellos que no traen más ofrenda que colocar en las aras de Minerva que un corazon amante del saber. Podemos, sin embargo, regocijarnos: el imperio del error no podia ser duradero; de allí de donde nos vino el mal ha de venirnos muy pronto el remedio. La reaccion literaria ha empezado en Francia: una jóven de veinte y dos años de edad apareció repentinamente en la escena del Teatro Real de París, y alzó del polvo con mano firme el puñal de Melpómene. *Raquel*, cuya fama vuela ya por toda Europa, dando nueva vida con su maravilloso genio trágico á las puras creaciones de *Corneille* y *Racine*, ha hecho que se desplome á su acento el edificio del *romanticismo;* el público, asombrado de la ceguedad, ha huido de *Antony* y no ha parado hasta *Atalía*. Tambien el nuestro, por instinto, repugna ya esos dramas patibularios, y la moda, pasando el Pirineo, vendrá á destruir lo que la moda creó.

En tanto, la Real Academia Española, consagrando sus

tareas á la perfeccion de la lengua, á fin de que el ingenio halle dócil á sus inspiraciones el instrumento de que se vale para expresarlas; alentando á los prosadores y poetas á la noble lid con premios destinados al vencedor, no habrá contribuido poco á la restauracion de las bellas letras; y el resplandor de esa nueva gloria, consignada en los fastos de la Academia, quizá encubra en ellos el lunar de haber admitido con sobrada bondad en su seno á la humilde persona que hoy tiene la honra de ofrecerla, en estos desaliñados renglones, el tributo de su gratitud y profundo respeto.

Madrid, 3 *de Febrero de* 1842.

VENTURA DE LA VEGA.

DISCURSO

LEIDO ANTE

LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

POR D. FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS,

en su recepcion pública (1).

Ninguno como yo de cuantos honrásteis, SEÑORES ACADÉMICOS, debe agradecer la eleccion, que mueve el ánimo á sincera gratitud el recordar no ha bastado á vuestra benevolencia pasar la vista por las letras y las artes contemporáneas, ni prestar oido á la fama pública, para que, como sucede en los demas casos, aparecieran los merecimientos del político, los lauros del poeta. Ha sido necesario que, apartando la vista y el oido de esos merecimientos y de esos laureles, cariñosa amistad os haya llevado al retirado y silencioso recinto de una áula universitaria, para descubrir al oscuro profesor que se afana por encender en el alma de la juventud el noble y religioso amor á la belleza y á la verdad.

Si me ufano con ese título de profesor, no es que tenga en ménos el de político, ni porque desdeñe el justamente venerando de poeta: es porque no tengo otro, ni mas cosa que mis pobres lecciones en largos años de

(1) Verificada el dia 28 de Noviembre de 1869.

enseñanza, puedo indicar como disculpa de vuestra indulgencia al darme asiento en tan respetable corporacion.

Y pensando en ello, ni siquiera esta modesta profesion puedo ni debo alegar; que los merecimientos que en ella se consiguen y la Academia premia, no son como los míos; sino como aquellos altísimos de todos conocidos y por todos celebrados, que galardonásteis al elegir á mi antecesor, al insigne maestro de la Universidad Central, al eminente hablista y literato D. Isaac Nuñez de Arenas.

¡Qué triste ley la de la vida! D. Isaac Nuñez Arenas fué mi maestro: Nuñez Arenas me inició en el conocimiento de la belleza, y su elegante, clara, á la par que profunda palabra, fué palabra reveladora para mi entendimiento. Al abandonar la enseñanza para ocupar los últimos años de su vida, violentamente cortada, en las nobilísimas tareas de la administracion de justicia, cúpome á mí la dichosa suerte de reemplazarle en su silla profesional, y hoy que la muerte le arrebata á vuestro cariño y á mi veneracion, tambien soy yo el que le sucede en esta silla.

He comprado las dos grandes distinciones de mi vida á costa de cruelísimos dolores: ¡dolor, al ver á Nuñez Arenas abandonar la enseñanza; pena profunda, filial, al ver á Nuñez Arenas bajar al sepulcro!

Temo sea inoportuna esta expresion de mi sentimiento; pero apelo al testimonio de la juventud que hoy se señala y brilla en artes, en política, en administracion, y que él aleccionó, para que digan, si recuerdan, ánimo más noble, inteligencia más alta y más serena, instruccion más vasta, actitud más digna y modesta, discrecion, medida, pulcritud en el pensar y en el decir, que pueda compararse con aquel acabado modelo de diccion castellana y de oratoria académica.

Si le hay, yo no le conozco, y si el ilustre Académico cuya memoria evoco, era así, y era ademas mi maestro en letras, mi amigo siempre, mi consejero constante, mi guia en estas abstractas cuestiones de esthética y en estas delicadísimas de crítica, ¿qué mucho que sienta romperse el corazon en el pecho, y apellide tristísima la ley de la vida, que hace que el hijo, sólo llorando al padre, pueda ascender á la dignidad familiar, y el discípulo deba llorar al maestro al investir la dignidad académica? ¡Que los casos son para mí semejantes! que como padres, y padres atentísimos y cariñosos, considera toda alma bien nacida á sus preceptores y maestros!

No me detendré en el elogio de mi antecesor; el empeño es superior á mis fuerzas. ¡Cada una de las excelencias de su ingenio, me recuerda una prenda de su ánimo, una memoria de mi dichosa vida de escolar, y el sentimiento es más poderoso que el juicio! Sólo diré que Nuñez Arenas inauguró en España una nueva faz en los estudios literarios; que las enseñanzas de la esthética moderna, el novísimo aspecto de la crítica, la ley superior que concluia en el dominio del arte con la querella de clásicos y románticos, la concepcion histórica del arte con relacion á tiempo y lugar, la union del análisis filosófico con la aspiracion literaria; toda esta ciencia crítica que hoy es patrimonio comun, Nuñez Arenas la popularizó en las Universidades con sus lecciones (1847-1862), y la dejó firmemente asentada en el precioso trabajo sobre las leyes de lo bello, que dió á la estampa como fruto y resúmen de sus enseñanzas, y que sirve hoy de criterio en este linaje de estudios.

Tributado éste, que más que elogio, atendida la disposicion de mi ánimo, es oracion y piadosísimo recuerdo

por el que fué vuestro compañero y mi maestro, ensayaré el cumplir con el deber que esta solemnidad me impone.

Recordando el apellido de esta ilustre corporacion, el asunto constante de sus tareas y el objeto á que tienden sus esfuerzos, he creido me permitiriais, en ocasion para mí tan temida, discurrir, en el escaso alcance de mis fuerzas, sobre las leyes que presiden á la lenta y constante sucesion de los idiomas en la historia Indo-europea, que, en mi sentir, se cumple bajo los cánones siguientes: «Una sola gramática y un solo léxico existe y ha existido, crece y se desarrolla en la historia de las razas Indo-»europeas ó Jaféticas hasta la Edad Moderna, y la sucesion de las diversas lenguas habladas y escritas por los »pueblos pertenecientes á esta raza, atestigua el progresivo desarrollo de las facultades del hombre y su creciente aptitud para decir la verdad y para expresar la »belleza.»

Hace pocos años, el simple enunciado de esta ley, que rige la sucesion de los idiomas hablados y escritos, por las razas Indo-europeas, hubiera excedido los límites de los estudios históricos, arrastrándonos por la corriente de indagaciones metafísicas, si con constancia y perseverante anhelo proseguíamos la demostracion de la tésis anunciada. Hoy, sin necesidad de tocar en las venerandas esferas de la meditacion metafísica, en las cuales campea el espíritu del hombre con toda la majestad de sus intuiciones y en la solemne grandeza de sus razonamientos, una ciencia más humilde, un estudio analítico de datos y fenómenos que la tradicion humana conserva, nos permite demostrar históricamente, lo que el estudio de la filosofía con la severidad de sus métodos y la verdad de sus con-

clusiones, habia afirmado y resuelto de modo incuestionable é incontrovertible.

No era posible otro resultado. Constituyen los idiomas la expresion general del espíritu humano y de las leyes divinas que radican en el fondo de este espíritu del hombre; y natural ó lógicamente debian revelarse en la constitucion, desarrollo y prosecucion indefinida de los mismos idiomas, corroborando así la historia lo que la filosofía veia, siendo el hecho la carne ó el cuerpo de la idea, y concordando en sus lecciones y resultados últimos, la especulacion filosófica con las indagaciones erudito-críticas del historiador. ¡Santa armonía de la ciencia, que declara la unidad divina y fundamental, que simultáneamente expresan el mundo de las ideas y el de los hechos, cada uno segun sus modos, y segun las maneras y las formas que les son propias!

Sospechada por críticos y por filólogos de pasadas centurias, entre los cuales sería imperdonable olvido el de nuestro docto autor del *Catálogo de las Lenguas*, la conexion y el parentesco de las habladas por todas las naciones y pueblos europeos, y áun su afinidad y sucesion con las empleadas por los que poblaron las mesetas del Asia central, así como las extensas y fértiles llanuras del Iran, cúpole la suerte, entre otras indisputables glorias, al siglo presente, de establecer la genealogía y la sucesion de los idiomas Indo-europeos, encontrando memorias y recuerdos de civilizaciones pasadas, en los elementos irreductibles de la palabra tosca y vulgar, que indiferentemente deja escapar de sus labios la muchedumbre que hoy se agita en las comarcas del Occidente. Lo que no habian salvado gigantescas y monumentales construcciones, lo que no habian conseguido perpetuar colosales é

inmensos edificios, que la soberbia Índica, Médica, Asiria y Babilónica imaginó como blason eterno de sus conquistas y señal imborrable de sus merecimientos; la memoria de pueblos, de dinastías y de civilizaciones, que se escapan á los esfuerzos de la cronología, y que en el mundo material no encuentra, ni en mármoles, ni en bronces, ni en templos, pirámides y obeliscos, declaracion ó recuerdo, se ha conservado en lo más aereo, fugaz y transitorio, en el sonido que articula el hombre, y que apénas pronunciado, se pierde en las ondulaciones del espacio, atestiguándose una vez más la excelencia de lo espiritual sobre lo corpóreo, y declarándose una vez más la eternidad del espíritu, que sobrenada y vive, en tanto que desaparecen y se olvidan las empresas tenidas por inmortales, los esfuerzos admirados por prodigiosos y titánicos.

Una ciencia, un estudio erudito, histórico, la filología comparada, ha conseguido en nuestros tiempos enlazar nuestra vida con la espiritual de edades pasadas: no satisfaciéndose con decirnos que éramos hijos de griegos y latinos, ha ascendido á la progenitura y filiacion de aquéllos, buscando en el Zend y en el Sanscrito la consanguinidad de las antiguas lenguas helénicas y la de los primitivos idiomas de la península Itálica. Y no satisfecha tampoco con estimar como lenguas congeneradas el Zend y el Griego, el Sanscrito y el Latin, ha descubierto que el Zend y el Sanscrito permanecieron unidos en el seno de una familia, en un hogar comun, demostrándose esta fraternidad en afinidades íntimas, no sólo en lo gramatical y léxico; sino en las tradiciones míthicas que son comunes á los pueblos del Iran, y á los que vieron trascurrir su vida en las opulentas llanuras del Ganges y del Indo. Parecia que llegados á este extremo cronológico,

á esta noche de los tiempos, segun la frase consagrada, á esta edad Védica, quedaba satisfecha y harta la sed de la indagacion moderna, y que ampliada la historia antigua á este período de 1.500 ó 1.700 años ántes de J. C., la razon humana tenía campo para ejercitar sus facultades en el estudio de lo pensado, y cumplido en estos cuarenta siglos que se abrian á su exploracion.

Sin embargo, el Sanscrito y el Zend no son más que idiomas hermanos; el idioma Védico es el Sanscrito antiguo y supone otro anterior, y era un incentivo para la inteligencia humana, que debia empeñarla en nueva empresa, el aparecer la precisa indicacion de lenguas anteriores, en las afinidades gramaticales y léxicas entre el Zend y el Sanscrito, y no titubeó la erudicion contemporánea, acometiendo la pasmosa é increible de reconstituir con auxilio de las raíces constantes y comunes á las diferentes lenguas hermanas ó hijas del Sanscrito, la lengua de los Aryas primitivos, induciendo despues por lo que hablaron, sus usos, sus costumbres, sus leyes y sus creencias políticas y religiosas, presentando á los ojos de la sociedad moderna, el cuadro de aquella antiquísima y primitiva que constituyeron en la Bactriana los pueblos, ántes de las emigraciones que irradiaron al Iran y á la India sus pobladores, y que impulsaron hácia el Occidente á los pueblos Aryo-Pelasgos, á los Celtas, á los Germanos, y por último, á los Lituano-Eslavos, miembros todos nobilísimos de esta raza Arya, la primera en artes, la principal en letras, la más meritoria en las conquistas de la civilizacion y en los adelantos del mundo. Así se extendió la exploracion á otros diez y seis ó diez y siete siglos, llegando al último límite á que hoy alcanza la arqueología filológica.

Los trabajos iniciados por Grimm sobre las lenguas germánicas, las investigaciones que absorbieron la cien-de de Bopp, de Pott y Benfey sobre las lenguas Indo-europeas, fundaron el estudio de la filología comparada, destinada á resucitar la historia antigua, á esclarecer la de los siglos medios y á iluminar la de los tiempos modernos, y que hoy continúan Schleicher, Kuhn y Curtius, en Alemania; Renan, Littré y Breal, en Francia, y Max Muller y Eastwick en Inglaterra. La unidad de la raza Jafética, la universalidad y constancia de las leyes que gobiernan su vida, la continuacion de ésta al traves de edades y de siglos, la fecundacion de unas civilizaciones por otras, gracias á la vitalidad del lenguaje y á la creacion, por último, de esta vida universal y constante, que permite sentir y conocer á las generaciones de hoy, lo que adoraron y creyeron las generaciones que ya no son, han sido resultados, que si la filosofía habia expuesto y demostrado en las altas enseñanzas de la metafísica, ó de la filosofía de la historia, la filología comparada ha puesto de bulto y de relieve con datos materiales, sirviéndose de hechos, de fenómenos que caen bajo las leyes de la observacion y del experimento.

¿Cómo se consiguieron estos sorprendentes resultados? Por la clasificacion morphológica de los idiomas, que denotaba la sucesion y progresivo perfeccionamiento de las lenguas.

Lo innumerable de las lenguas y lo infinito de los dialectos que ayudaban á la expresion del espíritu humano en toda la haz de la tierra, producian confusion en el ánimo más perspícuo y en la inteligencia más serena; pero se han agrupado en torno de tipos gramaticales que, concordando con las agrupaciones Ethnicas, han dicho

quiénes eran los actores en las grandes historias acontecidas hasta la edad presente. Si geográfica é históricamente se han dividido las lenguas en lenguas habladas por los pueblos de la raza Indo-europea, descendiente de los Aryas primitivos de la Bactriana, en lenguas Semíticas, y por último, en las lenguas que sirvieron á las razas Tártaras y Mongolas que pasearon en su vida nómada el Norte del Asia y el Oriente de la Europa, bajo el aspecto que declara el sucesivo perfeccionamiento de estas lenguas, distinguen claramente los filólogos, el monosilabismo antiguo, de la aglutinacion que sirve á su vez de paso al perfecto sistema de flexiones, que dota á lenguas, ya cultas y literarias, de resortes para expresar con la declinacion y la conjugacion, los más delicados matices de las relaciones de los sujetos con sus cualidades, de la accion humana con el tiempo ó con las impresiones y afectos que dominan al agente al cumplir su voluntad, lo que hace posible la creacion de nuevas palabras, fundiendo en una unidad perfecta otras anteriores.

Averiguada por la ciencia contemporánea la sucesiva revolucion que ha ido creando los géneros y las familias de lenguas ó idiomas; fijadas las edades correspondientes á cada una de estas familias ó de estos géneros; diferenciadas las más antiguas de las más cercanas; tejida, en una palabra, la historia del lenguaje humano, las indeclinables exigencias del método obligaban á los doctos á discurrir sobre las causas y los efectos de aquellas revoluciones, y á inquirir la esencia y naturaleza del sujeto de tantos cambios y mudanzas. No titubeó la ciencia humana; despreciando errores del antiguo sensualismo, vió muy luégo que la palabra era una facultad del espíritu, una de las propiedades características del sér humano;

porque era el fenómeno complejo que en una unidad perfectísima, revelaba cómo todas las leyes del mundo natural se subordinan á todas las leyes del mundo espiritual en el hombre y cómo por esta dichosa union y maravillosísima armonía, el sonido, la idea, la pasion y el organismo fisiológico, mútua y recíprocamente se completaban y definian, produciendo la palabra, que es á la vez espíritual y corpórea, interna y externa, espíritu y materia, que expresa la idea tinturada de pasion, la pasion excitada por la idea, la salud, el bienestar, el dolor, del mismo modo que la inquietud y la angustia de la inteligencia. Y así como es uno el género humano, y se diferencia, sin embargo, en cada raza y se distingue en cada pueblo y nacionalidad, así se diversifica el lenguaje en cada comarca y es más diferente entre los individuos que la fisonomía, y más movible en los mismos individuos, segun su situacion y sus afectos, que el semblante y la mirada, representando de esta suerte todas las emociones y todos los arranques del sentimiento y de la voluntad del hombre.

Habla el hombre espontánea ó irreflexivamente lo que piensa, quiere ó siente: esta palabra es la voz exacta, la expresion fidelísima y completa de la multiplicidad de afectos y de ideas, que ocupan ó agitan su sensibilidad en el trascurso de su existencia individual, y es del mismo modo y de la misma manera en la palabra de esos grandes seres llamados pueblos ó nacionalidades, que viven siglos, que ocupan extensos continentes, y que dejan en la historia otro sér, que es su creacion, á la cual llamamos lengua, arte ó literatura Sanscrita, Griega ó Romana, Provenzal ó Española.

La diversidad á que tiende naturalmente en su vida el

espíritu del hombre por la mudanza contínua que se cumple en sus estados y situaciones intelectuales y morales, que rapidísimamente se suceden, es ley que se cumple asimismo en el pueblo, en la nacion ó en la raza, convirtiendo los dias en lustros, en décadas ó en centurias. En cada uno de estos instantes cambia la palabra, porque varía el sentimiento, porque muda la idea de aquel pueblo ó de aquella nacionalidad, de la misma manera que cambia la palabra en el individuo al ascender de la infancia á la adolescencia, de la adolescencia á la edad viril, y se altera y transforma en los tristes dias de la senectud. No sólo en la sucesion del tiempo, sino en la extension del espacio en que vive el hombre, se produce esta variedad. No es más variada la forma de las figuras geométricas en que cristaliza el mineral sujeto á las leyes generales de cristalizacion, que la pasmosa variedad con que una misma lengua se habla en un territorio perteneciente á una nacion determinada. Basta recorrer cierta distancia para escuchar una fonología distinta, para advertir leyes analógicas diferentes, una diversa sintáxis y una opuesta ley de acentuacion y de ritmo prosódico, en las provincias de Castilla, respecto al castellano; en las provincias del antiguo principado de Cataluña, respecto al catalan; en las provincias Vascas, respecto al eúscaro, y de igual modo en todas las naciones, y de igual manera en todas las lenguas.

¡Variedad casi infinita, constante, que declara la inextinguible fecundidad del espíritu del hombre! y si las lenguas no se conservára y se mantuvieran por medio de la escritura; si no se inmortalizáran, gracias á la educacion artística, aquella vida dialectal trascurriria con tal rapidez, que sin perder los caractéres gramaticales y

léxicos, bastarían pocos lustros para que se alterára profundamente su gramática y se renovase el Diccionario.

¿Qué guía existe en esta diversidad? ¿Qué hay de permanente en esta agitada sucesion y no interrumpida mudanza? Buscar lo permanente al traves de lo mudable, lo que no perece al traves de lo perecedero, lo inmortal entre tantas desapariciones y muertes, es el destino de la ciencia, y la filología comparada no podia faltar á esta sagrada obligacion de todo saber: buscó y encontró.

Lo constante, lo permanente en la historia, es el espíritu humano: lo creado por él vive, por más que mueran y desaparezcan los impulsos y arrebatos de su soberbia y las fábricas levantadas por sus manos. No muere el espíritu, y porque no muere el agente, tampoco mueren sus obras. Basta que las haya engendrado el espíritu del hombre, basta que expresen ideas, para que vivan y permanecerán en el mundo en tanto el género humano viva sobre la tierra; y digo vivir, en el lato sentido de la palabra. No quedan como masa inerte que nada dice, que en nada influye; viven engendrando sentimientos, sugiriendo ideas y hablando cada vez con acento más profundo y conmovedor al espíritu del hombre. Así vive la estatua de Phidias ó de Praxiteles, el cuadro de Rafael y Murillo, ó la oda Pindárica, y nadie podria narrar las energías intelectuales y morales y las grandezas, que en la sucesion de los siglos ha despertado en el espíritu humano aquella estatua, aquel cuadro ó aquel himno. Lo bello, lo verdadero, lo bueno, todas las ideas, inmortalizan cuanto tocan; que para las ideas es sinónimo tocar é inmortalizar.

De igual modo las lenguas, porque todo idioma es obra de arte, es creacion bella, como lo es cada frase, como lo

es cada palabra, como lo es cada acento que el genio de las lenguas coloca como alma de la palabra en una sílaba principal. Una vez pronunciada por labios humana y recogida por oidos humanos, la palabra es inmortal: su contacto con el espíritu la salva de la accion del tiempo y del olvido.

Pocas, muy pocas palabras, escasísimo número de raíces, no más de algunos centenares de raíces verbales, y menor número de raíces pronominales, creadas por la poderosa intuicion y por la espontánea energía de los Aryas primitivos, bastaron para tejer el maravilloso organismo gramatical de las lenguas Sanscrita, Griega Latina, Zend, Celta, Germana y Slava, que permiten á excelentes y gloriosísimos poetas cantar las maravillas de la ciencia y referir multiformes acasos de grandezas y decadencias, de indignidades y de heroismos.

Revelado por la ley de la creacion, que armoniza en el sér humano la naturaleza y el espíritu, el acorde entre la idea y el sonido, y expresada fonéticamente esta armonía por la voz humana, crea el hombre la raíz, el gérmen imperecedero y purísimo de la palabra. Cada raíz es expresion de una idea, y una idea basta para llenar una vida y para engendrar una civilizacion, ó para imantar en pos de un polo constante á todas las civilizaciones y á todas las edades. La hermosura, la justicia, el derecho, la libertad, han sido ideas expresadas por raíces y han creado ciencias, estudios inagotables, lenguajes científicos, que eternamente llamarán á sí al espíritu del hombre.

¡Qué extraño es que unos cuantos centenares de raíces constituyeran el Diccionario de los Aryas primitivos, si una sola, como el derecho, llena la civilizacion moderna, y una sola, la Belleza, llena y llenará todas las civiliza-

ciones! Pero así como una de esas ideas primitivas, puras, se une y relaciona en diferentes grados con toda la vida intelectual del individuo y de la sociedad, y segun las edades y los tiempos, crea códigos y religiones, así cada raíz, foco constante de vida lingüística, florece como en eterna primavera en el suelo asiático, y en el griego y en el germano, siendo su florecimiento distinto en aroma, en color y en forma, en cada uno de aquellos suelos. — La misma raíz produce la palabra griega ó zend, sanscrita, latina ó germana, y al traves de su vestidura histórica, al traves del carácter local de una gramática ó de un idioma, descubre el filólogo la creacion primera, el elemento irreductible, la primitiva forma fonética, que, pasando de generacion en generacion, y resbalando de pueblo en pueblo, fecunda el espíritu de las generaciones, dando ocasion á que se revele la originalidad de cada cual en el modo de vestirla y aderezarla.

Pero la ciencia, al llegar á estas inducciones, necesitaba crear los instrumentos y medios de observacion, que hicieran patentes los resultados y que brindáran con nuevas y continuadas experiencias á los incrédulos; porque lo incontestable era, que, cotejando un diccionario español con otro latino y otro sanscrito, y éstos con diccionarios alemanes ó griegos, las palabras son de todo punto desemejantes en sus vocales, en sus consonantes, en su acentuacion; y con tal diversidad no parece llano el llegar á reconocer la raíz ó forma primitiva. No le es, sin embargo, difícil á la fonética ó fonología comparada, aplicando la Ley de la mutacion de vocales y consonantes, á la derivacion sucesiva á lenguas de la misma familia.

Esta ley de la alteracion fonética constituye uno de los

más hermosos descubrimientos de las ciencias modernas. La teoría comparativa de las letras, de su persistencia, de sus permutaciones en el sanscrito y en las lenguas congeneradas, era de todo punto indispensable; porque ántes del cotejo y comparacion de unas palabras con otras, era necesario simplificar la diversidad de sus sonidos reduciéndolos á la unidad, y este trabajo no era fácil sino comenzando la comparacion por los elementos fonéticos, ó sea por las letras. Comparando las palabras análogas por el sonido, y por el sentido en muchas lenguas, cuando las desemejanzas y las diferencias se muestran de modo constante, es fácil inducir una tendencia normal, que se reconoce por una verdadera ley fonética, y que nos abre el camino para la comparacion de las raíces. Si por ejemplo, el DH sanscrito se ve normalmente, reemplazado en griego por una θ, en góthico por una *d*, ó una *th* en aleman, la relacion constante de estas letras establece su equivalencia y su comun orígen, y llega á ser una ley para el estudio filológico. Con sujecion á estas leyes, se descubre fácilmente que la misma palabra toma formas diferentes en lenguas distintas; que la misma palabra toma formas distintas en la misma lengua; que palabras diferentes adquieren una forma semejante en diversas lenguas, y que palabras diferentes adquieren una forma análoga ó idéntica en una misma lengua. Ya esta variedad dentro de la unidad general de las leyes fonéticas precave los errores de la antigua etimología, y la fonética contemporánea, distinguiendo el sonido gutural del dental y del labial, los dos modos de pronunciacion, fuerte y suave, y la aspiracion correspondiente á cada uno de los modos de pronunciacion, sigue sin grandes vacilaciones y con toda la seguridad apetecible en estu-

dios humanos, la serie de metamórfosis de la palabra, reconociendo su filiacion al traves de los cambios y mudanzas de las consonantes, que segun la fonética de cada idioma, permutan la consonante fuerte en suave ó en media, aceptan ó rechazan la aspiracion, reflejando así la diversidad suma que la raza, las costumbres, el clima y el grado de cultura causan en la pronunciacion humana; pudiendo observar en toda esta serie de cambios y de mutaciones, la ley descubierta por Grimm, que, como el binomio Newtoniano, presenta, en el inagotable mundo de lo posible, la unidad propia de toda vida y de todo progreso.

Completa esta demostracion la teoría de la cantidad y del acento tónico, ó sea la doctrina general del vocalismo en las lenguas indo-europeas. Así como existe una ley para las consonantes, existe para las vocales, y las lenguas Indo-europeas se distinguen por su extrema sensibilidad en el vocalismo. El sonido vocal se debilita ó se robustece; se debilita pasando de la *a*, á la *e*, á la *u*, y por último á la *i*, si no es que se borra ó se pierde; se robustece convirtiéndose en larga, transformándose en diptongo y tinturándose de sonido nasal, cuyos efectos los causan el acento tónico y la compensacion, sirviéndose, ya de las formas de la cantidad, ya de las propias del acento, que desempeña la funcion interesante y capital, de señalar y distinguir la sílaba principal, la característica, en que reside la significacion primitiva de la palabra. La teoría del vocalismo, como la de la sustitucion y cambio de las consonantes, se basa en una ley general, que sirve de fundamento á leyes peculiares á cada idioma, segun edades, razas y civilizacion.

Hé aquí cómo alcanza la Filología á reconocer el ele-

mento constante de las lenguas humanas, las raíces. Hé aquí cómo descubre la semilla de inagotable fecundidad, que sirve de núcleo y base primera á las lenguas, semilla que si no llovió del cielo, nació del elemento divino que reside en el hombre.

¡Qué fácil va la fantasía tejiendo estas genealogías! pero ¡cuán discreta y razonadamente ha procedido la ciencia contemporánea al fijarlas.—¿Hay transmision de raza á raza, de comarca á comarca, de una edad á otra edad? ¿ó es que espontáneamente, dada la identidad del espíritu humano y la ley suprema de la Creacion, que armoniza en él la naturaleza y el espíritu, las mismas raíces brotan en Asia y en Europa, porque en Europa y en Asia el sujeto que habla es el mismo, y es la misma la ley universal, que establece la unidad fonético-espiritual en la raíz?

No registra la erudicion histórica dato ni documento que corresponda á los dias de la unidad primitiva del lenguaje. La hipótesis es racional; pero en la historia no vemos más que la accion de las tres familias, ó por lo ménos de la Indo-europea y de la Semítica. Cuantos esfuerzos se han hecho por orientalistas eminentes para fundir el carácter gramatical de las lenguas Semíticas en el de las Indo-europeas, han sido inútiles (1). El triliterismo hebraico ha resistido y triunfa. Son irreductibles sus temas radicales. Es opuesto al Arya el modo de formacion de la palabra Semítica. El Semita y el Aryo no tienen punto de contacto, en religion, en ciencia, en usos, en costumbres, ni en lengua ni en arte.—Es un hecho, y la ciencia contemporánea acepta el hecho y confiesa su impotencia para ascender á la unidad primitiva. Consigue conocer la lengua Védica, que es la antigua del sanscrito;

consigue, con Pictet y Schleicher, recomponer la lengua de los aryas primitivos, y llegar así á las más antiguas edades, á los tiempos de las emigraciones de la Bactriana; pero no llega más allá; las edades huyen ante sus cálculos cronológicos.

Confieso mi pasmo cuando siguiendo á los maestros en estudios Védicos, les veo fijar fechas que van desde 19.000 á 13.000 años ántes de J. C., para esta que llamamos civilizacion primitiva de los Aryas. No puedo seguir con atencion los esfuerzos de insignes matemáticos y astrónomos, calculando sobre datos de los calendarios sanscritos: todos estos esfuerzos de La-Place, Playfair, Rodier, no llegan á aquel primitivo lenguaje, cuya contextura gramatical permitia arrancasen de su seno dos lenguas, tan desemejantes como la Arya y la Hebrea.

Hay en este interesantísimo problema de la Filología hondos y dificilísimos temas, que no me atrevo á resolver.

Las dos grandes figuras de la historia profana, la raza Arya y la Semítica, permanecen aisladas, sin lazo de parentesco y consanguinidad, en el campo de la filología y de la historia. Su historia primitiva para los que no crean en los libros sagrados y en la narracion de Moisés, es un misterio, que quizá puedan esclarecer los siglos venideros. Hoy son dos grandes y caudalosas corrientes, cuyas fuentes son misteriosísimas, y misterioso y desconocido es el manantial comun de que parten, y misteriosa é ignorada para la razon humana es la causa que separó aquellas corrientes, impulsándolas por distintas regiones.

Mundo Aryo, Mundo Semítico; lenguas Semíticas y lenguas Aryas: éstos son los dos hemisferios cortados por insondable abismo que estudia la ciencia histórica, y modesta y circunspecta cede á los libros Sagrados, á los

dogmas de las religiones positivas, la narracion de la historia del mundo primitivo y pre-histórico, y la de padre único, cuya descendencia se repartió el mundo como herencia.

Contrayendo mi atencion á las sucesivas inmigraciones al Occidente desde la Bactriana por los siglos XXX ó XXXII ántes de J. C. (2), en que comienzan los tiempos históricos de los pueblos Indo-europeos, es incuestionable que llevaron á las regiones de la Europa el espíritu sagrado de la antigua lengua, de una en otra civilizacion, y conservando siempre en su desarrollo y en su florecimiento, las cualidades inherentes á la raza Arya, constituyen el elemento primero y sustantivo de todas las lenguas, que la ciencia contemporánea comprende bajo la denominacion de lenguas Indo-europeas.

Cada uno de los pueblos en que se dividió la raza Jafética despues de sus inmigraciones al Occidente, cultivó aquellos elementos fundamentales y primitivos del lenguaje, y bajo leyes propias los desarrolló, constituyendo los cánones gramaticales, que prestan fisonomía especial á esta dilatada y numerosa familia de idiomas, que nos ofrece, sin embargo, una gramática en el grado superior del desarrollo filológico, y que calificábamos con el dictado de la Gramática Orgánica ó de flexion. No creo, como creen autores eminentes, que estas leyes gramaticales, á semejanza de lo que acontece en los organismos de la naturaleza, broten en su totalidad en un solo momento, y permanezcan inmóviles, fijas, siempre las mismas, al traves de las edades y al traves de las diferentes culturas y grados de educacion de los pueblos. No son los organismos creados por el espíritu los tipos de organizacion de las especies en la historia natural. Yerran, en mi

juicio, profundamente los autores que, como Littré y Max Muller, consideran la lingüística como una rama de las ciencias naturales, y estudian las lenguas como producciones hijas de las leyes inmutables de la naturaleza. Es la Flología ciencia que vive en el seno de la ciencia del espíritu, y si bien las facultades y las propiedades del espíritu que la causan, son siempre las mismas en potencia y en virtualidad, la vida, en los diversos estados que la constituyen, perfecciona y agiganta aquellas cualidades y aquellas facultades, y estos grados de perfeccionamiento son fuentes de excelencias cada vez más altas y declaradas, que se reflejan en las lenguas.

La sucesion, por lo tanto, de las leyes gramaticales es, en mi juicio incuestionable, y no lo es ménos la transformacion sucesiva de los procedimientos propios del monosilabismo, en los que prestan carácter á la aglutinacion, y á los que, por último, declaran con las flexiones la excelencia de las lenguas Sanscrita, Griega ó Latina sobre los idiomas hablados por los pueblos tártaros en los que domina aún la aglutinacion.

Temerario es en mí contradecir á Humboldt, á Renan y á Muller; pero la Psicología, que es la verdadera guía y la luz de la Filología, como dice Steinthal, me prohibe asentir á la opinion de aquellos eminentes filólogos. No advierto contra esta enseñanza que establece la sucesion progresiva y da la ley del desarrollo de las formas gramaticales, ni encuentro otro argumento que la cita de la lengua china, que conserva, á pesar de su literatura y de las multiplicadas fases de su civilizacion, el carácter monosilábico, propio, segun mi doctrina, de los tiempos prehistóricos. Pero ni el monosilabismo actual de la lengua china, ni tampoco las leyes de su sintáxis (3), presentan

los caractéres con que aparecen en los pueblos que no han entrado en la vida literaria, como son la mayor parte de los calificados hoy como turanienses; ni la historia de la civilizacion del celeste imperio es historia en el verdadero sentido de la palabra, por la inmovilidad y estancamiento en que están allí todas las ideas y todas las instituciones. De igual manera que no es completa la educacion individual; sino en tanto que todas las facultades adelantan y crecen, conservando una ley de fraternidad en este mismo adelanto y en este mismo crecimiento, y cuando así no sucede, el hablar del individuo tiene un aspecto determinado, especial, coloreado por la pasion ó falto del calor que la pasion procura; de igual suerte en las lenguas, miéntras el desarrollo del pueblo que las habla no es general ó no consigue provechos en la indagacion de los distintos objetos que solicitan su actividad moral, intelectual, política ó religiosa. Las lenguas de estos pueblos carecen de la circulacion interior, de la savia que lleva á sus multiplicados troncos, á sus innumerables ramas, á sus infinitos tallos, la inspiracion del espíritu, que se ha de traducir en el color y en la fragancia de las flores.

Por esta ley, que es una verdadera ley la expuesta, sólo han vivido en el ámplio sentido de la palabra aquellas lenguas que de lleno han entrado en el contacto, comercio y oposicion de las ideas y de los propósitos humanos; es decir, las lenguas habladas por aquellos pueblos que señalan en la historia universal otras tantas estaciones de la marcha triunfante hácia el occidente, que emprendió la civilizacion siguiendo la carrera del sol, con las inmigraciones de los descendientes de los primitivos Aryas, allá por los siglos XXX ó XXXII ántes de J. C.

Sólo los descendientes de aquellos primitivos Aryas, los pueblos que han recibido despues los nombres de Indos ó de pueblos del Iran, aryo-pelasgos ó greco-latinos, germanos, lituano-eslavos, ó celtas, son los que han desarrollado en toda su extension gramatical las leyes del espíritu humano, en cuanto concierne á su manifestacion por medio de la palabra. Éstas son las razas activas; éstas son las razas filológicas, las que sucesivamente han podido llamar *bárbaras* (4) á las demas, porque no hablaban bien, y las que en su historia filológica y literaria, demuestran todas las magnificencias de que es capaz el espíritu del hombre en el arduo é inacabable empeño de decir lo que piensa y expresar lo que siente.

No entiendo con este juicio menospreciar á las lenguas Semíticas, ni desconozco la importancia literaria y moral de las civilizaciones semíticas; pero, dicho sea en honor de la verdad, la historia semítica, prescindiendo de la idea religiosa que representó en el mundo, no ha tenido desarrollo ni en lo artístico ni en lo literario, y cortada en su raíz por la accidentada historia hebráica y por la fugaz arábiga, no significa más que un paréntesis en el mundo antiguo, y no es más que un accidente y en uno de los períodos de la edad Moderna. Las razas Aryas, el tronco Jafético, han gustado, por el contrario, todas las fases y bellezas de la vida en su infancia, en su juventud, en su edad viril y en su ancianidad; han eslabonado civilizacion á civilizacion, han ingerido en la cultura las ideas de las pasadas, y por medio de renacimientos, ya greco-latinos, ya orientales, han rejuvenecido el espíritu para que cada vez fuese más patente, más rica y variada la existencia espiritual de la humanidad.

Los elementos radicales descubiertos en el estudio com-

parativo de las lenguas Indo-europeas, nos permiten adivinar en la lengua Arya una lengua admirable por su riqueza, por su energía, por su exquisita armonía y por la extremada perfeccion de sus formas; una lengua en la cual se reflejaban espontáneamente todas sus impresiones, consistentes en dulces afectos, en candorosas admiraciones y en fogosísimos impulsos hácia un mundo superior; una lengua opulenta en imágenes y en intuiciones, y que llevaba ya en sí el gérmen fecundo de un desarrollo tan magnífico y esplendente con relacion á la poesía y á la belleza, como reflexivo, profundo y delicado respecto á la indagacion de la verdad. Esta lengua habia ya llegado al período de flexion, habia atravesado los períodos monosilábicos y aglutinante, cuando las naciones congeneradas en su seno fueron á poblar el Iran, la India, y despues de titubear por espacio de siglos en la divisoria entre Asia y Europa, vinieron á fecundar las penínsulas del Mediterráneo y remontaron la corriente del Danubio y del Volga.

El hecho es capital, Señores Académicos, para entender por qué la filología comparada, al estudiar estas lenguas Indo-europeas, afirma su unidad gramatical, y por lo tanto la historia y sucesion en las lenguas Aryas, y afirma que el Sanscrito, el Zend, el Griego y el Latin, lo mismo que el Germano y el Eslavo, son lenguas de flexion. Lo son, porque la lengua antigua de los Aryas, anterior al idioma Védico, en la cual se congeneraron, lo era ya, y es una ley del espíritu que el adelanto una vez conseguido, y el progreso una vez alcanzado, se intime y confunda con su naturaleza y pase á ser una de sus propiedades.

Lo son, porque al separarse los pueblos de la Bactria-

na, era ya lengua de flexion la de los Aryas. Los pueblos Aryas, para significar la primera persona del verbo ser, decian ya-asmi,—es decir, que los dos elementos que constituyen esta palabra—as...—, que significa ser, y *mi*—por *ma*, que significa yo, se habian unido perdiendo su existencia individual. Una induccion legítima nos lleva á considerar una edad anterior en la cual no se habian fundido en grupos fonéticos, porque las ideas que representaban conservaban su aislamiento; pero esa induccion nos arrastra fuera de los tiempos filológicos, léjos, muy léjos de la edad Arya, que es la más antigua de las conocidas del mundo Indo-europeo.

Si buscamos en el léxico de todos estos idiomas, el elemento radical comun, encontrarémos aquellas raíces que creó la espontaneidad vigorosa de los pueblos Aryas; si queremos estudiar su fonética, encontrarémos los elementos fonéticos realizados en el alfabeto de los pueblos indios; si queremos estudiar la declinacion griega y explicar la naturaleza é índole de los casos, se nos aparecerá la misma ley de flexion de la declinacion sanscrita, de la declinacion latina, y en los modos, formas, tiempos, características, aumento y reduplicacion de las conjugaciones, la gramática comparada nos ofrecerá una ley general, no inventada por griegos y latinos, por germanos ó indios, sino tomada por el Sanscrito, por el Griego, por el Germano y por el Zend, de esa madre comun, hoy ya ignorada, y cuyo bendito recuerdo aparece sólo en esta homogeneidad, en esta fraternidad, en esta identidad de las leyes gramaticales de las lenguas Indo-europeas.

No discutiré el mayor grado de parentesco que pueda existir entre estas lenguas; porque sólo me incumbe en este momento afirmar el parentesco y fraternidad que

descubre la filología entre todas las lenguas hermanas del Sanscrito, y no explicaré el mayor parecido que se advierte entre el Griego y el Zend, y entre el Latin y el Sanscrito. Pertenecen estos fenómenos á la ciencia histórica, y son especial asunto de la ethnología geográfica, sin que sea preciso para mi tésis establecer el itinerario seguido en sus inmigraciones por cada uno de los pueblos, buscando en este itinerario explicacion cumplida del fenómeno señalado.

No incurro tampoco en la exageracion de los indianistas, que levantan y enaltecen sobre las demas la lengua Sanscrita. Esta tendencia de Schlegel, efecto del pasmo que produjo en Inglaterra y en Alemania el descubrimiento de los gramáticos indios, que tradujeron y comentaron Colebrook, W. Jones y el mismo Wilson, cedió y muy luégo á la verdad, y es sabido que ya el Sanscrito, ya el Zend, ya el Griego, el Góthico, el Latin ó el Eslavo, son los que han conservado mejor alguna de las formas primitivas, y las más veces en ninguno de estos idiomas se han conservado intactas; sino que las han alterado segun las leyes fonéticas particulares de cada uno, y entónces al filólogo incumbe el cuidado de reproducirlas por medio de repetidas comparaciones en su pristina pureza.

Al contrario de lo que acontece en lenguas de distintas formas, en estas de flexion toda palabra está como en constante fermento; las terminaciones de una, ó sus desinencias, constituyen otra nueva; los elementos radicales se unen y confunden, constituyendo novísimas unidades con valor propio y significado característico, y aquella vegetacion admirable que describia el sabio Humboldt al pintar el crecimiento de las lenguas y la rápida sucesion de las raíces primitivas y secundarias, que van diciendo la crea-

cion filológica correspondiente á cada pueblo, á cada edad, á cada lengua y á cada dialecto, se cumple con una abundancia verdaderamente pasmosa, que nos permite adivinar, repito, la inagotable fecundidad del espíritu del hombre.

Las lenguas Indo-europeas, desde su aparicion histórica, se presentan ya en el período de flexion, fundiéndose las raíces unas en otras, y unas con otras, de tal modo, que ninguna conserva independencia, sino que desaparecen en la nueva palabra.

Fundidas y constituyendo una verdadera unidad las palabras en las lenguas, sufren las consecuencias de la alteracion que se efectúa, tanto en la raíz atributiva (que significa accion ó modo de ser), como en las pronominales (á—ma—ta—sa—ya—ka—na—i—), lo que creaba la imposibilidad, transcurridos ciertos períodos, de distinguir la raíz del elemento formativo que se habia añadido á la palabra.

Sirviéndonos de los poderosos medios que los estudios de phonología y gramática comparada, (que han crecido rápidamente una vez afirmada la unidad gramatical de estas lenguas), nos procuran, remontamos la corriente de las lenguas, que se derraman desde las altas mesetas del Asia Central hasta los últimos confines del Occidente, y conocemos las palabras al traves de las diferentes formas phonéticas que han revestido, y las vemos en su natural condicion lexiológica, estudiando su modo de formacion, sus declinaciones, su conjugacion, y todas las demas partes y funciones gramaticales, reconociendo que la unidad de la gramática Indo-europea es un hecho incuestionable, sin que esta unidad obste la á variedad que representa la vida individual de los pueblos y de las razas, y

que declara la peculiaridad de cada una de las civilizaciones de los pueblos. La formacion de las palabras es de la misma manera en Sanscrito, en Zend, en Latin y en Griego; la declinacion con ocho, seis, cinco ó cuatro casos, pero con idéntica ley gramatical y hasta con análogas leyes fonéticas, es la misma en Sanscrito, en Griego, en Latin, y el verbo con sus modos, voces, tiempos numerosísimos, que exquisitamente declaran lo que califica la accion y el instante en que la accion se cumple con relacion al sujeto ó con relacion al objeto, obedece al mismo principio en Sanscrito, en Zend, en Latin, en Frances, en Español, en Eslavo ó en Góthico.

Permitidme por via de ilustracion que examine los resultados de la gramática comparada sobre la declinacion, sirviéndome de aquellas singulares intuiciones de Bopp, que tanto maravillaron al ilustre Wilson, avezado á las clasificaciones de los gramáticos indios.

La gramática comparada estudia el tema en los nombres, y entiende por tema la forma fundamental, es decir, la palabra desnuda de toda desinencia, corrigiendo á los antiguos gramáticos, que consideraban como tema á la palabra declinada, ya en *caso*, como era lo el nominativo, ó caso directo. Gracias á esta importantísima distincion, pudo la gramática estudiar las desinencias, analizando separadamente, como dice Bopp, los exponentes que se encuentran en el mismo caso en nombres pertenecientes á distintas declinaciones. Fácil fué inferir que la diversidad de declinaciones provenia de la diversidad de las letras finales de los temas, porque no todas eran igualmente aptas para unirse al mismo signo de *caso*. Así la *é*, propia de los dativos, únese fácilmente á los temas terminados en consonante; pero cuando el tema termina en

vocal, ó se engendrarán contracciones, ó se recurrirá al expediente de intercalar una consonante eufónica; y la *m*, por el contrario, signo del acusativo, se unirá fácilmente al tema terminado en vocal; pero si termina en consonante, buscará la ligadura por medio de una vocal.

Investigando así la forma más antigua del *exponente de caso*, y analizando cómo se une al tema, y las modificaciones fonéticas que origina esta soldadura, descúbrense entre la parte extrema del tema y la inicial del exponente, las causas de la variedad de declinaciones, que no serán otra cosa, que diversidades eufónicas, fundadas en la diversidad de las letras finales del tema.

Bopp ha podido, gracias á esta observacion, desentenderse de las numerosas declinaciones, que exponen complacidos los gramáticos indios, griegos ó sanscritos, y establecer para todos los nombres una sola declinacion.

Resuelto este extremo, era necesario conocer las raíces pronominales de las que se originaban las desinencias de los casos, y aunque no creo que el punto esté definitivamente resuelto respecto á todas, es notorio que ha servido este delicadísimo análisis para seguir la historia de la declinacion por los ocho casos en el sucesivo florecimiento de las lenguas, viendo cómo el locativo sanscrito se confunde con el dativo griego, cómo los adverbios griegos en ως son antiguos ablativos, y otras muchas invenciones, claro testimonio de la unidad gramatical que defiendo, y que, como vemos, no obsta á la diversidad general de las lenguas.

Justo y fundado es el orgullo de los filólogos al enumerar estos descubrimientos. Pero ¿de qué aprovechan á la instruccion, de qué sirven en la enseñanza y para el estudio humano? Este sentido práctico interesa grande-

mente á nuestro Iustituto, y creo de mi deber indicar las aplicaciones. Dada una palabra francesa ó castellana, nada más sencillo, siguiendo las reglas de F. Díez, que restituirla á su primitiva forma latina. Llegados á este primer grado de la etimología, buscando en los índices del Diccionario Aryo de A. Fick (5) la correspondencia de la palabra latina, el ilustre filólogo dá la raíz de la lengua fundamental, comun al Griego, al Latin, al Sanscrito y á otros de la misma familia. Llegado á esta cima, el espíritu descubre en esta armonía de las edades, á la par que la dominante de la lengua materna, la nota fundamental expresada por la raíz Arya, en tanto que la mediadora Latina aproxima y enlaza los dos extremos, la fundamental Indo-europea y la dominante Española, para reconstruir la unidad primitiva. Si la curiosidad y la noble avidez de ciencia no se satisface con esta reconstitucion de la unidad, partiendo desde la palabra de hoy para llegar á la del siglo XXXII ántes de J. C., y se anhela contemplar la diversidad, la misma raíz puede seguirse por otro camino, buscando en Grimm y Schleicher la ley de la transmision fonética en las lenguas germánicas, y seguir, ya germanizada, su historia interna ó externa, en el Diccionario Góthico de Schulze, al traves de todas las lenguas que del góthico antiguo se originaron.

Como por encanto desaparecen con este método comparativo las dificultades y casos de excepcion de las gramáticas particulares; clara y distintamente se revela la unidad del espíritu del hombre y la inflexibilidad de las leyes que lo rigen, y se acaudala el entendimiento y aumenta el caso de meditacion grave y religiosa para todo espíritu recto y puro.

Al llegar á este punto, y al notar tal continuidad y

heredamiento de unas por otras edades, este no interrumpido desarrollo de un mismo tipo gramatical, con lo que todo se acaudala y acrecienta, (lo que demuestra y prueba la primera de las proposiciones de mi tésis), surge la duda, de si en sus caractéres generales ó en sus condiciones específicas han degenerado las lenguas; de si han quedado perdidas en el camino recorrido por la humanidad bellezas eufónicas, formas gramaticales, exquisitamente flexibles para encarnar el espíritu en los más delicados matices de sentimiento, de exaltacion ó de profundo y estático meditar, y si, por último, la forma perfecta ó casi perfecta de la sintáxis y de la prosodia de las lenguas clásicas del Oriente y del Occidente, han sido ó no heredadas por la edad presente. Duda es ésta que equivale á plantear la segunda de las proposiciones comprendidas en mi tésis.

El poeta, el artista, estudiando la estructura sintáxica y prosódica de la lengua Sanscrita, de la Griega ó de la Latina, y comparando aquella suma perfeccion, aquella gallardía, aquella espontaneidad, con las cualidades literarias á que han llegado las lenguas modernas de la Europa, decide en pro de las antiguas, ensalza y encomia su perfeccion, y tacha de groseras é imperfectas las de la edad contemporánea.

Este juicio, para ser admitido ó para ser replicado, requiere observemos el carácter de las lenguas bajo su aspecto artístico y con relacion á la historia literaria. Si gramaticalmente distinguimos entre lenguas monosilábicas, aglutinantes ó de flexion, bajo el aspecto artístico, distinguimos entre lenguas sintéticas y lenguas analíticas, denominando lenguas sintéticas á las que construyen

sintáxica y prosódicamente, de un modo espontáneo y con arreglo á la manera simultánea con que se presentan en el espíritu humano, tanto las ideas, que están eternamente en él, como los objetos del mundo exterior, cuyo conocimiento les transmiten los sentidos. Por el contrario, las lenguas analíticas construyen segun el órden lógico del pensamiento, disponiendo las partes de la oracion de la rigorosa manera que preceptúa el razonamiento, afirmando, primero el sujeto, despues la accion, las cualidades del sujeto y el complemento de la accion.

No cabe duda, recordando que la belleza es en sus apariciones, capital y principalmente espontánea en el espíritu humano, y que esta espontaneidad funde en un momento determinado forma y fondo, hasta el punto de constituir en una unidad diamantina el ritmo prosódico, el período sintáxico, el sentido tropológico y el bello pensamiento, de que la lengua Sanscrita, las lenguas clásicas del Occidente griego y latino, ofrecen modelos inimitables, creaciones deslumbradoras, perfectísimas, cuya belleza constitucional sólo percibimos destruyendo aquel hipérbaton, por las exigencias del análisis lógico, descomponiendo aquel ritmo por la grosería de nuestro oido, falto de educacion musical, y explicando, por último, el tropo, que creado en el seno de concepciones religiosas é históricas poco conocidas, vela á nuestros ojos el centelleo constante de la belleza que se irradia de todo el pensamiento, transparentado en una forma que se confunde con el mismo pensamiento.

Al observar estas maravillas, (nunca bastantemente elogiadas), de las tres lenguas clásicas que han servido de instrumento á las tres grandes culturas literarias del mundo, á la Sanscrita, á la Griega y á la Latina, no me

sorprende, que fijando principalmente la atencion en poetas y en oradores, la crítica contemporánea haya prorumpido en frases desdeñosas respecto á las lenguas modernas, tildándolas de inarmónicas, y haya ponderado aquellos extremados relieves, aquellas simétricas y cinceladas construcciones que remedan la ley arquitectónica, aquella transparencia de la imágen y del concepto, y aquella circulacion interior de la vida, del sonido, que nos pasma cuando balbuceamos slokas indios, estrofas de los coros de Sophocles, odas Pindáricas, dísticos de Tíbulo ú odas de Horacio.

Comparada aquella pulcritud, severa precision y majestuoso movimiento de la frase y del período de Demóstenes ó de Ciceron, con la abundancia descompuesta de los oradores modernos, y con lo áspero y difícil de su modulacion y de su rítmica, no parecen exagerados estos elogios y estas alabanzas.

Hay en esto, sin embargo, Señores Académicos, una patente injusticia respecto á las lenguas y á las edades modernas. No negaré yo las excelencias poético-plásticas que se originan del carácter sintético de aquéllas, sobre las inexorables leyes que son natural consecuencia del carácter analítico de éstas; peró no debemos olvidar la condicion literaria de las edades antiguas, tanto asiático como greco-latina, y la influencia que precisa y naturalmente aquel carácter habia de ejercer en la lengua artística. Las lenguas no merecen este nombre; sino cuando salvada la variedad dialectal, iníciase en ellas la cultura literaria por medio de la escritura, que les presta estabilidad y engendra una tradicion permanente, cadena de constantes perfeccionamientos. Al transformarse la lengua usual comun, la que inadvertidamente empleamos

en los usos y casos ordinarios de la vida, en la lengua literaria, en la artística, consagrada á celebrar la elevacion del hombre á Dios, sirviéndose de la contemplacion de la belleza, las lenguas adquieren los caractéres poéticos y rítmicos correspondientes á este ascenso del espíritu humano hácia lo Divino y sólo por su condicion de lenguas literarias se fijan é influyen.

Esta educacion no se cumple de igual modo en la edad antigua que en las edades modernas. El arte y la poesía en los antiguos pueblos Aryas se cultiva por medio de dogmas, mediante iniciaciones sagradas y sólo por clases inteligentes y superiores, cuya actividad se concentra en esta ocupacion y en este trabajo. Una sola lengua sirve de instrumento al espíritu humano para la expresion de la belleza, y el léxico, la gramática ó la prosodia del Sanscrito, del Zend, del Griego ó del Latin son el órgano único de la vida espiritual de los hombres, el único intérprete de la educacion religiosa y social de la humanidad en largos períodos.

Fuera del Sanscrito, fuera del Griego, fuera del Latin, no habia cultura, no existia civilizacion, y los que no hablaban y no hablaban bien aquellas lenguas, eran *bárbaros*, y como tales, indignos de atencion y de estima á los ojos del sacerdote, del vate, del orador ó del ciudadano ateniense, ó del que expresa la suma de la dignidad humana diciéndose ciudadano de Roma.

Distinta es la ley histórica de la esthética en la edad moderna. Aquí entra como actor, y actor principal, si no único, en la creacion de la lengua artística, la muchedumbre: la nocion religiosa, la nocion humana, la nocion poética reservada á castas, clases y jerarquías en el mundo antiguo, llueve sobre todas las clases y es patrimonio

de todas las jerarquías, y habita en todos el espíritu universal de las razas y naciones occidentales. Aquellas imágenes, de la lámpara sagrada, transmitida cuidadosamente de Oriente á Occidente, y pasando de indios á medos, de medos á griegos y de griegos á latinos; aquella fuente de purísima vena, que serpentea en el verde prado del recinto habitado por Apolo y por las Musas, se han convertido, en la edad moderna, en una iluminacion general, en un sol tropical, que exalta é ilumina á todas las fantasías, y en un océano de sentimientos y de ideas, cuyo oleaje arrastra á razas y naciones, estableciendo, como en el seno de los mares, distintas corrientes, que describen círculos concéntricos y parábolas inmensas en torno del mundo, representando las más originales y las más atrevidas concepciones de la espontaneidad humana.

Este cambio nos dice con toda claridad, que no es justo establecer el paralelo entre las lenguas literarias antiguas y las modernas, eligiendo para la comparacion una lengua que allí es la totalidad de la cultura, la perfecta y cabal expresion del espíritu artístico de un período, con otra que, como la castellana, la alemana ó la inglesa, significa sólo una variedad, un efecto aislado de la palabra literaria moderna, cuyos caractéres y cuyas y diciones guardan relacion con este concepto, que es su verdadero principio en lexiología, en gramática, en métrica ó en poética. La comparacion, para ser justa, ha de ser entre la palabra antigua, la asiática, la griega ó la latina, y la palabra moderna expresada por las familias de lenguas latinas, germanas, célticas y lituano-eslavas. El espíritu humano en aquella edad, para su completa expresion, disponia sólo del Sanscrito, ó disponia sólo del

Griego, como dispuso despues únicamente del Latin, y á los medios sintáxicos y prosódicos de cada una de aquellas lenguas se reducian los modos y las maneras de expresar el pensamiento. En los tiempos modernos, cada lengua nacional revela una variedad del aspecto que caracteriza á cada familia, así como cada familia de lenguas representa una tendencia de las que impulsan á la humanidad, y todas las familias de lenguas que han llegado á cultura artística, gracias á una vida literaria eminentemente popular, bastan apénas para expresar y decir el inmenso caudal de inspiraciones que se atesoran ya en la historia del hombre, y para contar ese latido incesante del genio poético moderno, ya en la Escandinavia, ó en España, ya en las orillas del Danubio ó del Támesis, ya en las costas del Adriático, ó en las del Báltico, que engendra una belleza y produce una creacion, constituyéndose así un vasto y delicado organismo para la representacion de la belleza, por medio de la palabra; un indefinido teclado, en el cual encuentran tonos y semitonos exactos y precisos, todos los impulsos de la pasion, todos los vuelos de la fantasía y los más vehementes arrebatos del ánimo enamoradísimo de la belleza.

Establecido así el paralelo, que tales son, en mi juicio, los términos en que debe plantearse; comparada la unidad gramatical sanscrita, despues griega, y por último latina, con el organismo gramatical de las lenguas modernas de la familia Indo-europea, se advierte en ellas lo que se advierte en sus artes y lo que es visible en su inspiracion poética. Las raíces primitivas, las formas gramaticales en su más general concepto, las leyes sintáxicas y prosódicas en su espontaneidad más primitiva y más enérgica, la metrificacion en el seno aún de la ley

musical, se encuentran en el Sanscrito, y con relacion á los tiempos, en el Griego, despues en el Latin; pero todos aquellos gérmenes se desenvuelven, germinan y florecen, los unos en las lenguas neo-latinas, los otros en la familia de lenguas eslavas; prevalecen aquéllos en las germánicas, consérvanse otros en las célticas, y por las influencias recíprocas de una lengua en otra, de unas literaturas en otras, se tinturan y colorean todas de la idea dominante en cada período, en cada centuria, y segun la pasion general que anima á cada una de las literaturas. No comparemos una delicada miniatura ó un cincelado de Benvenuto Cellini con un fresco de Miguel Angel ó con una vasta concepcion pictórica de Cornelio ó Kaulbach. No le pidamos á la pintura mural la perfeccion de los medallones del miniaturista, ni exijamos del grupo colosal, erigido en extenso anfiteatro y colocado á grande altura, la pureza de líneas y el exquisito modelado de las estatuitas de Pradier ó de los ídolos del Museo Campana. Así son las lenguas antiguas y las modernas. Tan distintos son los aspectos de la palabra antigua y de la palabra moderna, como los de esas diferentes manifestaciones de la belleza.

Síguense de esta consideracion consecuencias de gran precio, para el estudio comparativo de la historia del lenguaje humano en la edad antigua y en la moderna. Creo, con Max. Muller, que la renovacion dialectal es uno de los medios más eficaces para la conservacion y desarrollo de los idiomas. Creo que la influencia que los dialectos ejercen en la lengua nacional en los diversos períodos de su historia, contribuye enérgicamente á mantener la vida y la frescura y á dotar de flexibilidad y de precision á los idiomas. En la historia del castellano no sería difícil de-

terminar las épocas de influencia andaluza ó gallega, asturiana ó aragonesa, no sólo en las cualidades poéticas; sino en las condiciones sintáxicas y lexiológicas que han permitido adquieran carta de naturaleza, formas provinciales y modismos locales.

Esta renovacion, que se cumple á la vez por los eruditos y por el pueblo y que se señala cada dia de una manera más enérgica en las lenguas contemporáneas, fué resistida por las lenguas clásicas, fué desdeñada y perseguida por los puristas, que despues de los Sénecas y Lucanos, consideraban necesario un renacimiento neo-clásico para borrar en su lengua las huellas del hispanismo que en el latin habian estampado los oradores y poetas peninsulares. Este empeño, hijo del carácter patricio de la lengua y de la literatura, fué robando al Griego y al Latin lozanía, vigor, juventud, y tras del siglo de oro cayeron las lenguas de Demóstenes y Tucídides, Ciceron y Salustio, en manos de retóricos y gramáticos, que las redujeron á fórmulas consagradas, limitándose el empeño de los doctos á decir en frase Ciceroniana ó Cesarista lo que estimaban como inspiracion propia.

El divorcio entre la vida y la lengua se consuma en los siglos de la decadencia, y *como vivir es pensar*, ya que el Latin no quiso servir para la vida, murió; pero el pensamiento humano engendró otra lengua, que lentamente crece y se desarrolla, y por último se desprende de la latina, pasando por el latin eclesiástico, despues por el bárbaro, hasta llegar á las lenguas románicas.

No será ésta la causa de la muerte de las lenguas (si es que mueren) escritas por Lope de Vega, Shakspeare ó Molière. La renovacion dialectal se cumple continua é incesantemente. Su fonética, su lexiología, su sintáxis,

su prosodia, se rejuvenecen por un comercio constante con los dialectos, que mantienen la variedad lingüística dentro de la unidad nacional, y por lo tanto con las espontáneas creaciones de la vida que expresan esos dialectos propios, no sólo de una comarca, sino tambien de una generacion; porque, en efecto, cada generacion recibe de sus ideas, de sus dolores ó de sus esperanzas formas peculiares, sello especial, que quedan en la lengua patria y que se perpetúan, cuando responden y concuerdan con el tipo genial y con la fisonomía de la gramática de la nacion.

No se consigue esta duracion de las lenguas modernas, esta cultura literaria del castellano, del aleman ó del frances, que cuentan nueve ó más siglos de existencia y prometen otros muchos (lo que no alcanzaron griegos y latinos), sino siguiendo la ley de vida propia de las lenguas. No se consigue la excelencia de que cuatrocientos años despues de Jorge-Manrique, Garcilaso ó Fr. Luis de Leon, podamos citar con encomio buenos poetas castellanos como Quintana, Gallego, el Duque de Rivas, Martinez de la Rosa ó Espronceda; sino fecundando la tradicion y no apegándose á la fórmula consagrada del siglo de Pericles ó del siglo de Augusto, que no tuvieron por esta causa sucesores ni en la misma lengua griega ó latina, y cuyos maestros quedan recordados, enumeradon tres trágicos, un cómico, dos oradores y tres líricos en Grecia, ó seis poetas y tres historiadores en Roma.

La inspiracion Greco-latina permitia que se pretendiera expresarla totalmente en una lengua dada y en una fecha solemne; permitia un siglo de oro. La universal y profunda inspiracion de la edad moderna no puede expresarse sino en una dilatada y no interrumpida serie de si-

glos de oro. No basta una sola lengua, ni áun el cultivo de una misma lengua renovada primaveralmente en cada una de las generaciones, que se suceden en la serie de los tiempos; sino que necesita la historia de muchas lenguas por espacio de muchos siglos para dar forma á sus intuiciones y á sus pensamientos.

Las lenguas Griega y Latina no vivieron desde que encontraron á Sóphocles y Eurípides, á Tucídides ó Platon, á Horacio, Ciceron y Tito-Livio; las lenguas modernas no han interrumpido su vida desde el siglo x, y esta diferencia entre un diccionario vivo y una gramática muerta, debe tenerse en la memoria para estimar sus respectivas excelencias.

Fija, inmutable la sintáxis Greco-latina, consagrada por la autoridad de poetas eminentes, no tiene la vaguedad de una sintáxis que crece cada dia, se completa y se aplica por nuevos ingenios, y es justo huir de la exageracion que puede nacer del paralelo entre una lengua conclusa, definitiva, terminada sin ulterior desarrollo, y otra viva, sujeta á las leyes de crecimiento propias de todos los seres vivos. Nosotros sabemos lo que es la sintáxis griega, porque conocemos todas sus aplicaciones: no podemos saber aún la virtualidad sintáxica de las lenguas modernas, porque no conocemos de qué es capaz, ni las maravillas que en ella se pueden declarar, respetando su ley originaria y su fisonomía propia.

El arte antiguo, estudiado en toda su generalidad, y las lenguas que le sirvieron de instrumento, es sintético, y sintéticas son las lenguas; pero aquella síntesis es relativa, es la síntesis de las impresiones que causa y de las imágenes que procura el mundo exterior; es el sencillo efecto de lo que el mundo dibuja en la impaciente fantasía de

los pueblos primitivos, siempre ansiosos de reproducir la belleza plástica de la luz, de la figura geométrica, del espectáculo y del paisaje, de la actitud y de los pliegues que se ostenta en el mundo, recogido por el oido y que recorren y acarician los ojos. Como descriptivas, narrativas, pictóricas y musicales, las lenguas de la fantasía Indo-europea no tienen rival; son extremadas para la reproduccion de la belleza plástica y para representar la síntesis que se realiza en la ojeada, que se cumple en la impresion armónica del oido, es decir, la que subordina al sentido todas las demas facultades del espíritu. Es una síntesis relativa y nada más que relativa; no es una síntesis, que abrace en un verbo perfecto la suma y conjunto de las propiedades y de las facultades del hombre.

La prueba no es difícil. En cuanto á la poesía, sería inútil que yo insistiese en una verdad que no ha sido contradicha, á saber; que domina en las lenguas antiguas, y principalmente en su período sintético, la influencia del mundo exterior y el conocimiento sensible, y que esta influencia arranca al espíritu humano de su propio asiento, lo lleva fuera de sí, y lo derrama y funde en los espectáculos de la naturaleza, en la fermentacion y palpitaciones de lo divino, que el dogma panteístico de la edad antigua creia descubrir en las leyes universales de los seres y de los fenómenos. La poesía y la lengua de Valmiki, lo mismo que la poesía y la lengua de Homero ó de los Homérida, justifican plena y absolutamente esta verdad artística y filológica, y no necesito acudir á la autoridad del insigne Curtius, ni á la de Regnier para patentizar cómo en la etimología, de igual suerte que en la formacion de las palabras en Griego, esta síntesis primitiva, de carácter puramente sensual, se revela en su léxico y en

su gramática, del mismo modo que habian lo ya patentizado respecto á la lengua de los Vedas, Rosen, Bopp, Regnier y Burnouf. En cuanto á los prosistas, y principalmente á los filósofos (porque los narradores están en condicion muy semejante á la de los poetas épicos), si los críticos se han hecho lenguas de la extremada flexibilidad del griego para expresar las condiciones y cualidades del espíritu humano, y para medir y exponer las facultades y las operaciones de la sensibilidad, nótese que estas alabanzas son relativas; justas, en cuanto el paralelo se cumple con las lenguas semíticas, y no tan acertadas cuando la comparacion se relaciona al Aleman, al Frances y a Italiano.

Platon, principalmente en sus diálogos, en los que aborda y decide las más abstrusas de las cuestiones filosóficas, si hace ostentacion de una lengua abundosa, rica en color, esmaltada de brillantes imágenes en no pocas ocasiones; si brilla en sus páginas el lirismo de la inteligencia, y en otras el diálogo se sucede con una vivacidad propia del gran siglo de los dramáticos griegos, los traductores más renombrados, los más insignes intérpretes, desde el renacimiento hasta Cousin y Grote, confiesan la vaguedad, la indeterminacion de la lengua platónica en lo que á la psicología y á la lógica atañe, defectos que nacen principalmente del carácter sintético de la sintáxis griega y de la espontaneidad artística que en ella se revela.

Si, por el contrario, de Platon pasamos á Aristóteles, la diccion y la lengua Aristotélicas, justamente celebradas por su precision y por su claridad, no colocan á Aristóteles en la línea de los grandes prosistas griegos. Sus libros, citados como muestras insignes de la perspicacia

humana, no lo han sido nunca como modelos de lenguaje.

Advierte este fenómeno la sucesiva transformacion del carácter primitivo poético de la lengua griega, del carácter sintético que embellece la obra de sus poetas y de sus historiadores, en el carácter analítico, que tiende á que la verdad pueda decirse á la par que expresarse la belleza.

La sintáxis de Aristóteles es, por lo comun, sencilla; la construccion hiperbática tiende visiblemente á atenuarse: la aposicion, los anacolutos y todas las demas leyes y formas de la construccion griega, raras veces figuran en las páginas del filósofo Estagirita y han sido causa de que los gramáticos hayan juzgado con extremada severidad al maestro de Alejandro.

La transformacion de sintética en analítica se inicia dentro de la misma lengua griega; se indica en la historia de su sintáxis desde el gran siglo á los siglos bizantinos, y todos los esfuerzos de los gramáticos y de los retóricos de Alejandría son inútiles, como son inútiles esfuerzos semejantes en la literatura latina, que nos ofrece en su historia idéntico fenómeno al que presenta la lengua griega.

Comparad, en efecto, las epístolas de Ciceron con las de San Jerónimo; cotejad un período de Ciceron con otro de San Agustin, apreciando las diferencias de régimen advirtiendo el diverso modo de construccion sintáxica y os será manifiesta la transformacion de la lengua latina, el paso de lengua sintética á lengua analítica, como sucede en el Griego y como sucede en el Sanscrito, cuando la lengua clásica se altera y se transforma, constituyendo los nuevos dialectos ó las nuevas lenguas, que son

al Sanscrito lo que el Español, el Frances ó el Italiano son al Latin.

Si no temiese abusar de vuestra indulgencia, nada más fácil, entrando á saco la Gramática comparada de las lenguas neo-latinas del ilustre Federico Díez, y aprovechando la exquisita erudicion y sorprendente sagacidad de que hace alarde en el tomo tercero, exponiendo la sintáxis de las lenguas derivadas del Latin, que seguir la evolucion sintáxica de la lengua latina y cotejando textos franceses, italianos ó provenzales, demostrar cómo á la forma única de construccion latina han sucedido formas múltiples, originales, pintorescas, expresivas. Entre la construccion, por lo comun descendente, de la lengua Francesa y el ordenamiento lógico de las palabras, sin otro lazo que el hilo del pensamiento, que las engarza como perlas de un collar, y la construccion ascendente de nuestros escritores del siglo XVI, que llevan el pensamiento con agitacion creciente hasta el complemento final, colocado en las últimas frases del período, por un eslabonamiento incesante de las frases; entre la sintáxis fija é inmutable del Frances, que coloca en órden invariable la palabra regida y la regente, el adjetivo y el calificado, y la sintáxis libre del Italiano, Portugués y Castellano, que permite ordenar segun las ideas del escritor y en la sucesion con que brillan en su inteligencia, existe una diversidad y abundancia de modos y construccion directa é inversa, que compensa la perdida de la libertad sintáxica de griegos y latinos.

Esta constante tendencia al análisis; esta contrariedad que descubren los historiadores en el seno mismo de las lenguas griega y latina, es una indicacion precisa de que la síntesis filológica era incompleta en el Griego y en el

Latin; es una demostracion irrefutable de que se habia excluido á un elemento natural, y que estaba sujeta y presa bajo la pesadumbre de aquella retejida malla de la sintáxis greco-latina, alguna facultad del espíritu. La fantasía, en su representacion plástica, campeaba; gozosa iluminada y resonante, corria por las lenguas de helenos y de latinos; pero la concepcion reflexiva, concentrada, detenida, que con la conciencia atenta escucha el movimiento del mundo interior, no encontraba voz, acento ni palabras en las hermosas construcciones del período rítmico, que escribian Demóstenes, Platon ó Tucídides, ó habian cantado Sóphocles y Píndaro.

Son aquéllas las lenguas de la juventud, de la concepcion poético-sensual; faltaban las lenguas de la virilidad, de la concepcion poética-reflexiva, las lenguas de la prosa.

No diré yo que esta transformacion y mudanza de la lengua sintética en analítica, se cumpla del mismo modo en la India, en Grecia y en Roma, y de la misma manera en las sucesivas transformaciones que constituyen la historia del Góthico, del Sajon y del Lituano eslavo. Los métodos son diferentes, diversos los grados, por más que el espíritu y la tendencia sean identicos. Dirígense principalmente las lenguas neo-latinas á construir por medio de preposiciones que sustituyan á la declinacion greco-latina; conservan otras, como las germanas, el régimen de los casos; simplifican la conjugacion sustituyéndola con el empleo de los verbos auxiliares, unas lenguas y otras pugnan por conservarla; acepta una en la sintáxis el régimen de la preposicion y del verbo, y crea otra nuevos verbos, anteponiendo, incluyendo ó posponiendo la preposicion; rechaza una la libertad de la atraccion grie-

ga y de los anacolutos, y otra la conserva; y de esta suerte se constituye la fisonomía peculiar y propia de la sintáxis que requiere cada lengua.

Son estos efectos precisos y naturales del carácter orgánico, de la intimidad espiritual en que vivimos hoy con los demas pueblos y con las demas edades. Ya es una influencia oriental (tomando ejemplo de España), judáica ó arábiga, la que aumenta el léxico y enriquece la sintáxis; ya es una influencia francesa ó provenzal en los dias de Alfonso el de Toledo, ó el Sabio; ya es un renacimiento erudito-semítico en el siglo XIV; ya otro renacimiento greco-latino en el siglo XV y XVI; ya el contacto con los flamencos, italianos y franceses; ya el predominio de Francia en el siglo XVIII; ya de una escuela poética, inglesa, alemana ó francesa, Byron, Goethe ó V. Hugo y todas estas fuerzas, que lo son, conmueven, excitan y dirigen el espíritu y por lo tanto, la lengua, en una marea creciente, que aviva las virtudes, saca á luz los gérmenes ocultos y los combina y ordena en modo y forma peregrinos.

Así no vivieron las edades y las lenguas antiguas: no sufrieron esta tortura, no se vieron continuamente en el yunque para figurar esta ó aquella faz del entendimiento ó de la voluntad social, y ésta es la que llamo yo vida orgánica, no permitiendo solaz ni quietud á ninguna lengua, arrojándola de contínuo en nuevos moldes, en momentos de incandescencia; que de fuego son las horas de exaltacion, que producen los entusiasmos políticos, literarios ó religiosos.

El demostrar el movimiento y tendencia hácia el análisis que se descubre pasando del Zend al Persa, del Sanscrito al Pali, ó Prakrit; del Góthico al Aleman, del

Anglo-sajon al Inglés y del Latin al Provenzal, Frances ó Castellano, es caso que merece ser reconocido y estudiado extensísimamente (6).

No es la negacion de la síntesis, no es la destruccion de la belleza sintética del Griego ó del Latin; es la sustitucion de las formas sintéticas parciales, por las propias y exclusivas de cada uno de los idiomas nuevos, que va revelando los elementos analíticos de cada idioma, para preparar en un futuro más ó ménos remoto, una síntesis racional que abrace cariñosamente todos los efectos causados por las várias facultades ejercitadas por el género humano en el trascurso de la historia moderna.

No es un deseo, no es un sueño esto que aventuro, tampoco un pueril y grosero anuncio de lengua universal. La unidad gramatical de las lenguas Indo-europeas legitíma, gracias á la aparicion de una idea general humana, la concepcion de estas edades orgánicas, de comunicacion general y de intimidad y comercio espiritual entre los hombres. Las lenguas sintéticas, pero de síntesis parcial, se adulteran, se transforman ó mueren. La inspiracion universal, que recorre el mundo, descompone sus pliegues, rasga sus ropas, las arroja del templo, del Capitolio ó del senado y en manos de la plebe pierden su aire sacerdotal y su carácter patricio y erudito; pero sirven para la expresion de grandes afectos y de nunca imaginadas mudanzas y progresos. Así sucedió en la India con el Sanscrito, en Persia con el Zend, en Europa con el Latin, y en todas partes la misma ley preside á la transformacion de la lengua clásica.

Aquella idea universal, humana, de Budha ó Zoroastro en el Oriente; la predicacion de la buena nueva en Occidente por los varones apostólicos, con su cortejo na-

tural de deseos de justicia, intentos de independencia y rectitud en los hombres y en los pueblos, provoca como una explosion, renovaciones en las lenguas, porque causa una renovacion en el espíritu. Y estas renovaciones son cada vez más profundas y más extensas, y estas cualidades, no encontrando campo en la lengua antigua para decir todo el entusiasmo de su pasion, la intensidad de su transporte, é inspiradas por su mismo anhelo, olvidan la cantidad silábica del Sanscrito ó del Latin, emplean el acento y la rima y aclaran la declinacion, rompiendo las flexiones y simplificando el verbo, y ávidas de luz y de precision, construyen no hiperbática, sino lógicamente.

De aquí mi induccion; porque los efectos propios de tan maravillosa unidad, cada vez más patentes, gracias á las analogías y semejanzas en la vida espiritual que crea el progreso y la difusion de la cultura, ha de multiplicar las relaciones, y por medio de recíprocas y constantes influencias representar en el vasto sistema de lenguas y literaturas de Europa y América, la unidad en la variedad, que constituye la ley principal de la vida humana.

Entónces llegarán los dias de la vision en anchuroso é inconmensurable cuadro de la síntesis lingüística; entónces, así como hoy, ya no es posible estudiar la cultura ni el arte moderno, estimando sólo la cultura inglesa, francesa ó germana; sino que es necesario descubrir relaciones, fuerzas é influencias espirituales que van del Rhin al Támesis, del Sena al Tajo y del Danubio al Tíber, será preciso, para conocer la lengua artística de la humanidad, enumerar las perfecciones y excelencias prosódicas del Italiano, la sintáxis original y gallarda entonacion oratoria del Castellano, la precision y rapidez del Fran-

ces; la disección brutal, pero demostrativa como toda disección, que hace del pensamiento el Inglés; la construccion delicada y sintética del Aleman; la energía del Sueco y Danés; la dulzura de la lengua Tcheque; la entonacion melódica del Rumano, y la majestad nunca desmentida del Ruso y tantas otras perfecciones como los demas idiomas de la Europa culta esconden en su seno.

Demostrar cumplidamente mi tésis exigiria un trabajo que creo yo debe ser hoy ocupacion de la filología comparada. Se ha reconstituido el Aryo primitivo; es decir, la lengua santa, en la que se generaron el Sanscrito, el Zend, el Latin, el Griego, el Celta, el Slavo, gracias á los trabajos de Bopp, Regnier, Schleicher, Westtergaad, Muller, Pictet y otros: se ha formado por Bopp de modo definitivo la gramática comparada de las lenguas congeneradas: formó Grimm la gramática de las lenguas germanas en sus variedades dialectales y Zeus cumplió igual trabajo con las célticas; Miklowich con las slavas; pero falta aún la gramática comparada de las lenguas analíticas derivadas del Griego, del Latin, del Lithuano. Sólo entónces, oponiendo gramática á gramática, y comparando en su totalidad, por último, la de las lenguas analíticas modernas con la de las lenguas sintéticas de Bopp ó Schleicher, podria yo seguir en la fonética, en la lexiología, en la sintáxis y en la prosodia los múltiples modos de sustitucion que han obtenido las lenguas Indo-europeas, en su segunda edad, al expresar las perfecciones gramaticales de su edad primera.

Seguro estoy de que, gracias á esta doble comparacion de las formas gramaticales de las lenguas sintéticas, apareceria ventajosa la sustitucion, y se evidenciaria cómo á un solo modo de expresion en su caso sintáxico ó léxico,

han sucedido muchos, aumentando así los medios del espíritu humano para decir y revelar todo su fondo y contenido.

Que no están ya todas estas excelencias compendiadas y como en cifra en una sola lengua y en un siglo, lo confieso; pero que se reconozca asimismo, que un solo aspecto, una sola faz de la existencia histórica, una sola rama de la raza Indo-europea no puede tampoco expresar toda esa grandeza y majestad, ni alcanza á reproducir en su lengua los múltiples y variados efectos de la belleza espiritual en lo épico, en lo lírico, en lo dramático, en las variedades de la elegía ó de lo cómico, así como en las gracias y perfecciones de la narracion, en las adivinaciones de la elocuencia y en los encantos y endoctrinamientos propios de la oratoria política y académica.

No á un hombre, no á un pueblo, á una edad; sino á todos los hombres, á todos los pueblos y á todas las edades, en la variedad que crean épocas, lugares y culturas distintas, encomendó Dios la noble tarea de decir con mayor convencimiento y cada vez con mayor entusiasmo y regocijo, los nuevos y continuados prodigios, que el espíritu descubre en la contemplacion de la verdad, de la bondad y de la belleza.

El plan divino, que reparte entre las edades y las razas la obra espiritual, procurando medios y ocasion á cada una para que lleve á cabo con gloria la empresa que le señaló, supone tanto la diversidad de aptitudes, como la unidad de esfuerzo y la armonía de trabajos, y al filósofo toca, penetrándose de la verdad y bondad divina, reconstituir en su inteligencia esa armonía de la historia, que se pierde en la inmensidad del tiempo y del espacio, como parece se pierde la arquitectónica celeste en la pol-

vereda de sistemas solares, estrellas y cometas que centellean en la tranquila noche y sin embargo, siguen ordenada y majestuosamente la ley que los lleva imantados en una parábola inconmensurable.

¿Entiendo yo acaso, con estas afirmaciones, que al dejar la lengua humana la forma espontánea no haya que lamentar, ni exista asunto de melancólica meditacion, recordando las bellezas gramaticales de griegos y latinos? Sería lo mismo que si supusiera, Señores, que llegados á la plenitud de la edad viril, al goce completo de las facultades reflexivas, al tranquilo imperio de sí mismos que os procura la razon, no recordais con tristeza y punzante melancolía las horas de la juventud, los impulsos desconocidos y el vértigo sin causa, que os sobrecogia al salir de la adolescencia. No; el insaciable deseo de vivir nos lleva á apetecer la juventud en la ancianidad, y si fuera posible, á gozar en un dia sin noche, lo que hace amable la juventud y majestuosa la edad viril y santa y veneranda la ancianidad. Pero es ley que sólo lleguemos á la belleza de una edad perdiendo la de la anterior, y así acontece en la historia de las lenguas, que se llega á la belleza del espíritu perdiendo quilates de la frescura y espontaneidad con que se reflejaba la poética del sentido en las lenguas juveniles y lozanas de los tiempos antiguos. Sí; perdióse la adjetivacion Homérica ó Pindárica, se perdió la frase plástica de Sóphocles y Eurípides, representativa de un cuadro ó narrativa de una sensacion; se perdió la fácil fusion de las terminaciones que se encontraban ó se convertian en esencia de la nueva palabra que engendraban; se perdió la palpitante y visible reproduccion del sentir poético que iba repetido en el ritmo de Píndaro ó Demóstenes; pero la prosa, la concepcion prosáica na-

ció, y con ella la expresion del pensar y si la lengua poética es ménos viva, ménos enérgica, ménos coloreada, en cambio es más activa y eficaz para penetrar en el santuario del espíritu, llamando á la voluntad á la par que ilumina la inteligencia y exalta el sentimiento.

Perdimos las gracias de la adolescencia en las lenguas; pero hemos adquirido la gravedad del hombre viril, y no es bien que repitamos nosotros, hablando de arte y de ciencias, aquel grito del que siente huir la edad de la fantasía y de los placeres,

¡Malditos treinta años!.....

sino que reconozcamos que en la reflexion está la intuicion juvenil, así como en el hombre viril está el jóven; pero en el jóven no está la memoria ni la gravedad del hombre viril.

No quiero, ya lo veis, renovar la famosa discusion entre el gramático Beauzée y el clásico Batteux (1744); no quiero, citando á los gramáticos griegos y á Ciceron, á Quintiliano y Dionisio de Halicarnaso, sostener que el órden sintáxico de los antiguos era contrario á la lógica, ni pretendo explicar el hipérbaton greco-latino por leyes de eufonía. Defiendo al latin contra el error de sus gramáticos, de sus oradores y de sus retóricos; afirmo que el régimen invertido y la libertad sintáxica en la construccion, responde al órden de las ideas, y admiro las lenguas que pusieron la palabra al servicio de las ideas, y nunca las ideas al servicio de las palabras; pero sostengo con inquebrantable conviccion que las lenguas modernas, llamadas analógicas y lógicas por los gramáticos, y analíticas por los filólogos, en oposicion á las transpositivas ó

inversas del mundo antiguo, no han perdido, consideradas en el vasto conjunto del organismo que constituyen las que forman esta familia, sino la *sintáxis interna*, que así apellida Ad. Regnier (7) á la teoría de la formacion derivada de las palabras, que permitia á Aristóphanes aquella chistosísima de seis exámetros de extension, citada con inexactitud como prodigio de esta cualidad de la lengua,

λεπαδοτεμαχοσελαχογαλεο —
κρανιολειψανοδριμυποπριμματο —
σιλφιοπρασομελιτοκατακεχυμενο —
κηλεπικοσσυφαττοπεριστερα —
λεπτρυονοπτεγκεφαλοκιγκλοπε —
λειολαγωοσιραιοβαφητραγανοπτερυγων.

ARISTOPH., *Eccles.*, 1169.

Áun las lenguas germánicas pudieran disputar este privilegio á la griega, y oponer á la lista del fondista Ateniense (8) la del hostelero de Munich,

Saucissenkartoffelbreisauerkrautkrantzwurst;

pero, aunque así no fuera, las civilizaciones modernas han acudido al Diccionario clásico en casos necesarios, porque aquellos inventos son ya patrimonio de la cultura humana.

¿Necesito ya, Señores Académicos, sostener el último punto de mi thésis? ¿No es evidente que toda sucesion supone dos términos, que son aquello en que se sucede, y el sucesor que goza y disfruta lo heredado? ¿No es una verdad que las lenguas se inmortalizan por su cultura literaria, y que las lenguas que llegan á este grado supremo de existencia filológica, perdurablemente influyen y crean en el espíritu humano? ¿No es sabido que las imitaciones y los renacimientos ingertan las civilizaciones nuevas? ¿No es notorio que arde en el seno de la cultura moder-

na y vibra en el acento literario de las artes habladas, la entonacion y el timbre de griegas y latinas, y que hoy los poetas alemanes y slavos se inspiran en los himnos Védicos, en Kalidasa, en Valmiki, y estudian con afan los caractéres de Ferdusi ó de la literatura indostánica de los siglos medios, ó de la persa y turca de la misma edad, ganosos de reverdecer el orientalismo aryo ó mongólico?

Aspectos son los señalados que distinguen á la literatura de la segunda mitad del siglo XIX. El renacimiento greco-latino presta fisonomía á los siglos XV y XVI; el renacimiento oriental semítico influye en los siglos XIV y XV, y eruditamente en el XVI y hoy influye el renacimiento oriental aryano en letras y artes, de la misma manera que há pocos lustros se escuchaban imitaciones de los cantos de Gesta, de las trovas y de las baladas de los siglos medios, en Francia, en Inglaterra, en Alemania y en Suecia.

Y cuenta que no hay influencia literaria que no vaya precedida ó no prepare otra gramatical y filológica. Grave materia de estudio es averiguar en nuestros poetas y prosistas del gran siglo hasta qué punto la gramática y el vocabulario latino alteraron ó enriquecieron la sintáxis Española. En Mendoza y Mariana, en Melo y en Moncada, es de ver cómo la sintáxis y la ordenacion de las palabras se calcaban sobre los ejemplos de los griegos y latinos. Igual problema existe en Italia, en Francia, en Portugal y por más que la exageracion y la moda se olvidasen, quedó y permanece en el período castellano un fermento latino, que permite atrevimientos y prodigios á nuestros buenos oradores políticos y académicos, y galas de diccion indecibles á prosistas y poetas.

¿Quién distinguirá lo que es efecto del Renacimiento literario de lo que es propio de la índole genial y primitiva de nuestro idioma? Uno y otro efecto han cristalizado ya diamantinamente en la gramática española, y no hay análisis ni reactivo que los distinga y separe.

De esta suerte, la creacion filológica de las edades antiguas aumenta las fuerzas y la extension de la moderna; de esta suerte unas edades resucitan en el seno de las otras, y gozamos á la vez de la vida de hoy y de la belleza literaria de ayer, y cada vez es más estrecho, más animado y vivo el vínculo que une á los diferentes períodos y á las distintas edades de la historia.

Los efectos indeclinables de esta ley de la tradicion animada y constante que continúa al traves de los siglos la accion y divino impulso de la historia humana, no permiten la duda ni consienten la contradiccion. El Griego es el Aryo, mas el Griego; el Latin es el Aryo, mas el Latin; el Castellano es el Aryo, mas el Latin y el Castellano, mas lo recibido del trato y relacion con celtas, árabes, hebreos, franceses, provenzales, flamencos y germanos. Ha recogido en esta comunicacion intelectual y se ha asimilado lo que no tenía; ha recogido lo que no habia escuchado en el acento nativo; ha pedido y alcanzado lo que le era indispensable para expresar con soltura, con verdad, con precision ó energía el pensamiento religioso, social ó político que se movia en su alma.

¿No es éste un crecimiento espiritual, no es esto engrandecerse y crecer, y engrandecerse no es el fin religioso y moral del que está destinado á decir la verdad siempre absoluta y á expresar la belleza siempre inagotable, porque una y otra son divinas? ¿No supone y no declara este caudal de setenta mil palabras de procedeu-

cia diversa, y esta infinita variedad de procedimientos sintáxicos y prosódicos, que la idea es tan vasta, tan magníficamente extensa, tan maravillosamente variada que la creacion filológica cumplida en todos los siglos y todas las lenguas, apénas es bastante para decir lo que piensa, siente y quiere el siglo XIX en sus relaciones con Dios, con los hombres y con el mundo?

Yo así lo creo, y no me detiene el observar que hay quien sospecha que esta fraternal relacion entre las lenguas contemporáneas y las antiguas, atenta ó puede atentar á la pureza y castidad del idioma patrio; porque, así como la primera regla de sabiduría es la antigua máxima del templo Délfico, «Conócete», así en las lenguas la ley primera es conocer el idioma propio, al buscar en los antiguos ó contemporáneos semejanzas ó diferencias; y el que ajuste á esta máxima su conducta, sabrá cuándo es necesario el neologismo, cuándo es conveniente la derivacion, cuándo el arcaísmo es preferible, y cómo en cualquiera de estos casos deben observarse la ley fonética, y la lexiológica y la sintáxica y la prosódica, que constituyen la variedad nacional del idioma que habla, en el conjunto de las lenguas que sirven á la humanidad.

Concluyo, Señores Académicos, no porque la materia tenga aquí su término; sino porque advierto es ya cruel el castigo que sufris por haberme elegido. Perdonadme: no es fácil á los que, como yo, pertenecen por completo y de lleno á su siglo, abriendo de par en par la inteligencia y á todos los vientos el ánimo, para escuchar las voces y sentir los impulsos de esta edad, que pecaria por atrevida si no fueran tantas y tan gloriosas las conquistas y las verdaderas hazañas que ha cumplido en los dominios del arte y de la ciencia, poner término á un

elogio y una alabanza, que por mucho que se acentúe y por más que se repita, nunca toca en la hipérbole; sino que queda muy por bajo del asombro que causa la adivinacion de las lenguas y literaturas de los siglos medios, cumplida por la escuela anglo-germana en los primeros lustros de esta centuria, recogiendo las tradiciones piadosas y patrióticas de los pueblos, consignadas por los juglares en los Cantos de Gesta, á la par que, enmendándolos, devolvia su prístina pureza á los textos de los poetas griegos y latinos, y resucitaba la historia del antiguo Egipto, tejiendo la genealogía de sus dinastías, llamando como testigos de sus hechos, de sus costumbres, á momias olvidadas hace miles de años en el fondo de su sepulcro, ó á templos y ciudades escondidas hace siglos en el seno de la tierra y ocultadas por montes y colinas, que como mentirosas guias, nacidas del espíritu avaro de las civilizaciones pasadas, pretendian burlar la indagacion moderna, empujándola por falsos caminos, en esta incesante peregrinacion, que sigue en pos de la verdad. No es fácil detener la expresion del agradecimiento ni reprimir entusiastas aclamaciones, al mirar aparecer, como evocadas por la poderosa inspiracion de este siglo, las civilizaciones babilónicas, asirias y médicas, en su opulenta magnificencia, en su nunca sobrepujada grandeza; al seguir á los exploradores, que despues de un asedio de muchos años han devuelto la palabra á los monumentos, que hace edades permanecian mudos, y al admirar á los que han traido al sentimiento y á la inteligencia de la edad presente, las artes y las religiones de las sociedades asiáticas, popularizando los cantos de aquellos poetas, los estudios de aquellos filósofos, los himnos de aquellos sacerdotes védicos, encargados de la vida espiritual en pe-

ríodos tan lejanos de nosotros, que la cronología se fatiga en vano para señalar las fechas de su orígen y de su florecimiento.

¿Cómo sellar el labio y poner punto en esta alabanza, cuando se ve así viva y congregada á la humanidad entera, en sus más augustas personificaciones, y se admiran reunidas las más espléndidas bellezas que fantaseó en su larga vida el ingenio humano, convirtiéndose todo lo pasado en presente, á fin de que las ciencias, con pleno conocimiento de lo que han sido y con viva conciencia de lo que son, digan los métodos y caminos que hay que ensayar y seguir para satisfacer esta mística sed de adelantos y de perfecciones, que revela la accion incontrastable del espíritu de Dios eternamente anidado en la inteligencia humana? El Renacimiento greco-latino unió la historia antigua á la moderna, rota por el exclusivismo de la Edad Media; el siglo XIX reanuda y enlaza con la historia moderna la antigua del Asia, rota por el exclusivismo de la edad greco-romana.—La cultura de cada generacion debe ser suma y compendio de la vida espiritual de todas las que la precedieron y es precepto divino, que todas aumenten y fecunden con sus creaciones originales, la ciencia y el arte de las edades, sin temor de tocar al fin.

El siglo XIX será, para las edades futuras, era y edad memorable, fecha bendita y sus merecimientos en letras y en ciencias, dejarán tras sí á los que hoy admiramos en los siglos de Pericles, de los Alejandrinos, de Augusto y de Leon X. Será siglo maestro; si no es que todos los venideros consiguen en la inacabable exploracion de la verdad y de la belleza, invenciones augustas y merecimientos no ménos famosos que éstos, que con justo motivo ce-

lebramos; lo que es de esperar y muy de creer, sabidos los gloriosos destinos que la ley de Dios señala al espíritu humano.

He dicho.

NOTAS.

(1) *Pdgina* 32, *línea* 24.

Cuantos esfuerzos se han hecho por orientalistas eminentes por fundir el carácter gramatical de las lenguas semíticas en el de las Indo-europeas, han sido inútiles.

El ilustre cardenal Wiseman, en el segundo de sus Discursos sobre las relaciones de la ciencia con la religion revelada, expone con su habitual claridad los trabajos del Dr. Lepsius sobre las analogías entre el sanscrito y el hebreo, y sobre todo acepta la doctrina de Lepsius sobre el carácter de intermediario que tiene el cophto, que participa, segun aquel docto, de los caractéres de las lenguas semíticas y de muchos propios de las lenguas aryas. Ni estos trabajos, ni los del conde Goulianoff, ni los más importantes y de mayor valor científico de Julio Klaproth, pasan de ser hipótesis, á las que no es posible deferir en el terreno científico, ya porque descansan en vagas semejanzas fonéticas de palabras aisladas, ya porque prescinden de la comparacion gramatical entre una y otra familia.

Modernamente, las sospechas de Lepsius sobre la importancia del cophto han sido aceptadas por Schwartze y Bunsen; pero estos dos escritores, más filósofos que filólogos, no han traido á la discusion nuevos hechos que permitan aceptar la doctrina de que el cophto es el lazo de union entre las dos familias Indo-europea y Semítica. El cophto, examinado en una extensa *Memoria* por Benfey, puede considerarse,

segun este eminente filólogo, como una rama de la familia semítica. Pott y Ewald han contradicho tambien tales afirmaciones, y han demostrado que carecian de importancia las semejanzas que se indicaban, añadiendo era un absurdo suponer que la gramática de una lengua admitiera un dualismo, como el que se intenta reconocer en la gramática cophta. No es tan decisiva su opinion sobre las relaciones del cophto con la familia Indo-europea, lo cual ha llevado á los filólogos modernos á proponer se forme con la lengua cophta y con la del Egipto una familia aparte con el nombre de lenguas Camíticas, que comprenderá el cophto y los dialectos no semíticos de la Abisinia y de la Nubia.

Pero si se frustraron las esperanzas que habia hecho concebir el estudio del cophto, los filólogos alemanes, atraidos por la importancia del problema, siguiendo á Furst, se empeñaron en buscar raíces monosilábicas comunes á una y otra familia de idiomas. No diré yo que siguiendo el léxico-manual de Gesenius, no se encuentren raíces monosilábicas semejantes, idénticas, si se quiere, á raíces Indo-europeas; pero los discípulos de Gesenius, como Furst y Delitzch, han exagerado hasta tal punto la tendencia de su maestro, que hasta el delicado análisis onomatopéyico en las lenguas, que podia estudiarse segun las indicaciones de Gesenius, se ha extraviado, dando lugar á la tésis de que toda raíz semítica es esencialmente bilítera, y eliminando arbitrariamente la tercera radical, han llegado á establecer las más arbitrarias y violentas comparaciones, con razon censuradas y muy acremente por Rénan. Las raíces son los elementos irreductibles en la filología, y sobre todo en las lenguas semíticas, las raíces son enteras, perfectas, sin que sea posible desde 1.000 años ántes de la era cristiana, indicar alteraciones ni mudanzas en su tenaz y marmórea constitucion. El triliterismo, advierten Pott y todos los gramáticos semíticos, es una ley gramatical interna, y suponer que las raíces trilíteras se formaron por la adicion de afijas y prefijas, equivale á negar toda la gramática hebrea.

Me inclino—repitiendo que estas creencias más pertenecen á la filosofía que á la filología,—á que ambas razas habláran una lengua comun, pero que se separaron ántes del desarrollo completo de las radicales. Pero afirmo que todo esto es hipotético, porque en el terreno científico no hay filólogo, áun entre los que más exageran la tésis de la afinidad entre las lenguas europeas y semíticas, que niegue la diferencia esencial que separa á unas de otras; porque es imposible desconocer que el triliterismo en las raíces y la propiedad que tienen las lenguas semíticas de expresar el fondo de la idea por las consonantes y sus modificaciones accesorias por las vocales, bastan para crear un abismo entre la gramática Indo-europea y la Semítica.

Dicho se está que en las cuestiones mismas que estudia Lepsius, y

en las conclusiones del cardenal Wiseman, nos encontramos muy léjos del famoso Método para estudiar y enseñar cristiana y útilmente la gramática y las lenguas con relacion á las Santas Escrituras, reduciéndolas todas al hebreo, que en 1693 publicó en París el P. Thomassin, y que ha sido despues el arquetipo de todos los hebraizantes superficiales, que fuera de las leyes de la gramática comparada, han pretendido demostrar que todas las lenguas se originaban de la lengua hebrea. Si no acepto, porque no es hoy discutible siquiera, la tésis del Padre Thomassin, tampoco acepto la doctrina de la novísima escuela filológica, que consigna como principio la tésis de que dos lenguas radicalmente diferentes suponen necesariamente dos variedades primitivas en la organizacion cerebral propia de nuestra especie, bastando decir que el sentido materialista de esta doctrina me repugna.

Digo sólo que la hipótesis de la unidad de la lengua primitiva es racional; pero que los estudios históricos y filológicos del siglo presente son insuficientes para hacer desaparecer la irreductibilidad de hecho con que se presentan tres familias de lenguas, las semíticas, indoeuropeas y turanienses, careciendo de base y de fundamento toda indagacion, respecto á las condiciones gramaticales, de la que pudo ser madre comun de estas tres familias de lenguas.

(2) *Página* 34, *línea* 7.ª

—..... Desde la Bactriana por los siglos XXX ó XXXII ántes de J. C.....

Los trabajos llevados á cabo por los indianistas acerca de la cronología de la antigua historia del Asia, son en extremo interesantes. Pictet, cuya opinion sigo, asigna la fecha de 3.000 años ántes de J. C. á la dispersion de los aryas primitivos. Esta fecha se funda en las indicaciones de la cronología griega, que, como es sabido, coloca las primitivas inmigraciones á fines del siglo XIX ántes de J. C., cuya fecha concuerda con el testimonio del Génesis, en el supuesto de que Javan, hijo de Japhet, represente á la raza jónica. Como Javan pertenece á la segunda generacion despues del diluvio, y la fecha hebráica del diluvio es, por lo ménos, la de 2.800 años ántes de Jesús, la diferencia entre la cronología griega y la hebráica es sólo de tres siglos y medio. Pero la version samaritana y la de los LXX que llevan esta fecha á 3.044 ó á 3.746 años ántes de J. C., robustecen la opinion de Chwolson, que estudiando la antigua literatura babilónica, supone que los jonios llegaron al Asia menor 3.000 años ántes de J. C.

Ningun pueblo de Europa posee una cronología tan extensa como la griega. La cronología persa no llega más allá de los tiempos de los Achaeménides. El Avesta, con su lengua tan semejante al sanscrito védico, es el que nos permite utilizar las conjeturas de Haug, que cree tuvo lugar el cisma posterior que separó á los pueblos del Iran de los aryos, 2.000 años ántes de J. C., si bien Chwolson hace subir esta fecha á 2.400 ó 2.500 años ántes de Cristo, fundándose en las tradiciones relativas á la conquista de la Bactriana por Nino, cuyo reinado colocan los cronólogos en el siglo XXIII ántes de J. C.

Pero estas indicaciones de la cronología oriental se pierden en la cronología india. Colebroock, fundándose en un pasaje de un antiguo calendario védico, donde encuentra indicada la posicion de los coluros, señaló al siglo XVI ántes de J. C., como primer periodo de la literatura sanscrita, y corroboró este aserto con nuevos cálculos respecto á la estrella brillante de Canopus. Weber acepta tambien la misma fecha; y es incuestionable, segun los indianistas, que la literatura sanscrita arranca de aquellos siglos, y como la literatura védica es anterior á la sanscrita, y como á esta fecha de 14 ó 15 siglos ántes de J. C., en la cual los aryas se encontraban ya en la India superior, ó sea al Norte de la India, y se extendian al Sur y al Este, es necesario añadir un periodo anterior, que ha de ser extenso, puesto que los himnos védicos no hacen la menor alusion á la inmigracion en la India, la cual hubiera dejado huellas en aquellos monumentos poéticos, si la tradicion popular, ó mejor dicho, sacerdotal, hubiera conservado recuerdos de aquellos sucesos, no juzgo atrevida la fecha de Pictet, que yo he repetido.

Reconozco que todo esto es vago y puramente conjetural, pero concuerda con la cronología hebráica, mucho más si aceptamos el cómputo de la version samaritana y la de los LXX; concuerda con la cronología persa, y principalmente con la griega, que es muy de estimar en todo lo relativo á la historia antigua.

No me siento con fuerzas ni con medios para entrar en el exámen del problema suscitado por Bailly, acerca de la antigüedad de la astronomía india. Esta cuestion, iniciada por el célebre matemático francés en el último tercio del siglo pasado (*Histoire de l'astronomie ancienne.*— París, 1775), ha sido discutida por Delambre en su *Historia de la astronomía antigua*, por la *Revista* de Edimburgo (tomo XXXIX), por Montucla (*Histoire des math.*, tomo I), por Davis, por el Dr. Playfair, por Bentley en su *Exámen histórico de la astronomía india;* por Klaproth, por W. Jones, en su *Cronología de los indios;* por Lagrange y por Laplace (*Exposition du sist. du monde*), constituyendo uno de los puntos más interesantes de la ciencia cronológica contemporánea.

La cuestion estriba principalmente en verificar los cálculos astronómicos de Playfair y de La Place, cálculos astronómicos que el astrónomo suizo Plantamour considera exactos, y que yo no puedo discutir por insuficiencia de estudios. Novísimamente, Mr. Rodier, en su libro sobre la *Antigüedad de las razas humanas*, y en sus *Comunicaciones al Instituto de Francia*, ha rehecho los trabajos de Playfair y de Bailly, fijando 13 y 19.000 años para la antigüedad de la historia de India. No puedo aceptar esta cronología, limitándome, por las conjeturas ántes indicadas, y por la concordancia general que advierto entre la cronología hebráica, la griega y la india más conocida, á fijar la fecha que digo en el texto para la dispersion de los aryas primitivos. De todos los nuevos datos que sirven de apoyo á los partidarios de una cronología remotísima, no utilizo ninguno para mi fin más que el de La Place, que, refiriéndose á las tablas indias, dice, investigando la causa de las ecuaciones seculares, que los astrónomos modernos han aplicado al movimiento medio de Júpiter y de Saturno, que «en la época india, 3.102 años ántes de J. C., el movimiento anual y aparente de Saturno eran de 12° 13′ 14″, y las Tablas astronómicas indias lo consignan como siendo de 12° 13′ 13″.» «No hay, por lo tanto, más que un segundo de diferencia.» «Encuentro ademas, añade, que el movimiento anual y aparente de Júpiter era efectivamente, en el año 3.102 ántes de J. C., el de 32° 20′ 42″, que es el que fijan las Tablas astronómicas indias.»

Este dato, que tiene para mí la autoridad científica de La Place, me sirve, no para justificar cronologías de 13 ó 19.000 años, sino para justificar con este nuevo argumento la fecha de los treinta siglos ántes de J. C., que digo en el texto.

De observar es que esta cuestion cronológica es independiente de los datos históricos, los cuales, dicho sea en verdad, no concuerdan con lo que aparece resultar de los cálculos astronómicos.

Ni Colebroock, ni Lassen (*Ind. alt.*, tomo I, pág. 828), ni Weber (*Lit. Ind.*, pág. 367), ni Müller (*Sansc. Litt.*, pág. 211), encuentran en el estudio de la literatura védica datos que puedan consignar una fecha anterior á 1.500 ó 1.600 años ántes de J. C. Estas fechas, sin embargo, me sirven de base para uná induccion de otros 15 ó 16 siglos como edad anterior á la edad ya literaria que estudian aquellos eminentes filólogos.

Tampoco concuerdan los datos cronológicos Indios con la Cronología Asiria y Babilónica, ni con la Egipcia. Rawlison y Duncker en sus dos obras clásicas sobre la antigüedad oriental, no consiguen fijar una cronología sincrónica, y Lenormant, en su laureado *Manual de la Historia antigua del Oriente* (París, 1869), sigue á la mayoría de los Egip-

tólogos, y fija el orígen de las dinastías enumeradas por Manethon por los años 4500 ántes de J. C. (Tomo III, pág. 321), lo que contradice mi conjetura respecto á la dispersion de los aryas, á no ser que consideremos de raza distinta á los pueblos egipcios, lo que tampoco salvaria la contradiccion con la cronología judáica, sino á condicion de aceptar las fechas de la version de los LXX.

Tales son, sumarísimamente indicados, pues que otra cosa no es posible en un trabajo de esta índole, los fundamentos de la conjetura que me lleva á escribir la fecha que aparece en el texto, como la de la dispersion de los pueblos aryos.

(3) *Página* 35, *línea última.*

Pero ni el monosilabismo de la lengua china, ni tampoco las leyes de su sintáxis son, etc.....

Los trabajos de *Endlicher* y de Julien, entre otros, dan la luz necesaria sobre la gramática de la lengua China. Mr. Julien indica que, si bien los chinos no declinan sus substantivos, indican los casos, ya por medio de partículas, ya por la posicion en la frase. Hay partículas para el dativo, para el ablativo, para el instrumental, y todos estos casos se expresan ademas por la posicion respectiva que ocupan las palabras.

El número exacto de palabras chinas contenidas en el Diccionario imperial Khang-hi, es de 42.718, cuando las raíces que sirven de núcleo á estas palabras, no pasan, segun M. Julien, de 450; lo que indicaba desde luégo que el monosilabismo primitivo habia admitido variaciones, que consistian principalmente en la composicion por posicion. Max Müller, en sus famosas lecciones de 1861, conviene en que existe una historia en la gramática china, y añade que en el chino antiguo no se descubre rasgo ninguno de ley gramatical (4.ª leccion), pero que en el chino literario y posterior, la gramática se regulariza y desenvuelve el monosilabismo primitivo. De la misma opinion es Endlicher en su gramática china; y por último, el eminente sinólogo M. Stanislas Julien acaba de publicar un libro sobre la Sintáxis de la lengua china, fundada en la posicion de las palabras (París, Maisonnaive, 1869). Sirve de tema á este estudio el pensamiento de Marshman, *The whole of chinesse grammar depends on position.* Desenvolviendo este principio, y repitiendo que los caractéres chinos son todos monosilábicos, indeclinables é incoujugables, sostiene que, á pesar de esta ausencia de flexiones, es una lengua clara y precisa, gracias á la movilidad de los signos chi-

nos, que adquieren todo género de valor gramatical, segun el lugar que ocupan en la frase, y segun las palabras con las cuales se construyen.

Todas las reglas de posicion que, segun Endlicher y Julien, constituyen la gramática china, son efecto necesariamente del desarrollo del monosilabismo primitivo, lo cual justifica el juicio emitido en el texto, porque este desarrollo impide la equiparacion de la lengua china con las lenguas monosilábicas de la familia turaniense.

(4) *Página* 37, *línea* 9.ª

.....las que sucesivamente han podido llamar *bárbaras* á las demas.....

Los aryas primitivos, como despues los griegos y los romanos, llamaban bárbaros á los extranjeros. Esta palabra se encuentra en las lenguas índicas bajo las formas de *bárbara*, *bárvara*, *várbara y várvara;* y tan de antiguo, que se lee ya en el *Rikpraticakhya*, ó tratado de la pronunciacion y de la recitacion anejo al *Rig Véda*. Esta palabra, segun Lassen, se aplicaba en el sentido mismo que Homero (*Ilíada*, II, 867) lo aplicó á los de la Caria, Βαρβαροφώνοι, *bárbare loquentes*.

Entre los griegos se usaba esta palabra para designar una lengua ruda é incomprensible, como se ve en Aristóphanes en *Las Aves*, verso 200; Herodoto (II, 158) dice que los Egipcios llamaban bárbaros á todos los pueblos que no hablaban como ellos. Strabon llama á los de la Caria del mismo modo que Homero, á causa de su ignorancia en la pronunciacion griega. Ovidio, en su destierro (*Trist.*, 5, 10, 37), exclama: *Barbarus hic ego sum, quia non intelligor illis*. Los mismos macedonios eran considerados como bárbaros por los Helenos, y Demóstenes habla de Alejandro como de un bárbaro. Los Ilirios eran apellidados bárbaros por Polibio.

Es, por lo tanto, indudable que la palabra *bárbaro* tenía el significado y el sentido de grosero, ignorante, inculto, porque ni los griegos, ni despues los romanos, consideraban como hombre civilizado al que no hablaba su lengua. Lo mismo sucedia entre los indios, que usaban la palabra *mleccha*, del verbo *mlecch*, que significa balbucear, hablar confusamente, y con la cual, y con la de bárbaro, designaban á todo el que no hablaba el Sanscrito.

Esta palabra se encuentra en todas las lenguas de la familia Indo-europea, siempre en oposicion al desdeñoso concepto que significa, con los nombres gloriosos de aryas, helenos ó romanos, considerados como

títulos de nobleza y de distincion. Max Müller se lamenta de este espíritu de raza, que impidió la comunicacion literaria de los pueblos é hizo imposible el estudio de las lenguas y las literaturas; pero, en mi juicio, es un hecho histórico indeclinable, por ser consecuencia natural de la conciencia de la superioridad moral y política de la raza más activa, más artística y más emprendedora de la historia.

(5) *Página* 44, *línea* 6.ª

.....en los índices del Diccionario Aryo de A. Fick.....

Wörterbuch der Indogermanischen Grundsprache in ihrem Bestande vor der Volkertrennung.

Ein sprachgeschichtlicher Versuch von F. C. August Fick, Oberlehrer am Gimnasium zu Göttingen.—Mit cinem Vorwort von Prof. Dr. Theor. Benfey Göttingen, Vandenhoeck et Ruprecht's Verlag. 1868.

Prescindiendo de los libros clásicos en la materia del *Compendium* de Schleicher, de la gramática comparada de Boop, de las obras de Curtius, de los grandes diccionarios de San Petersburgo y de Benfey (1866), y de los trabajos de Burnouf, Spiegel y Justi respecto al Zend, sobre el estudio del Ariaco, ademas del libro de Fick, puede el curioso examinar los estudios de Mr. Hovelacque en la *Reviste de Lenguistique et de philologie comparée* (números correspondientes al año 67 y 68); el estudio de G. Curtius sobre la *Cronología en la formacion de las Lenguas Indo-germánicas*, un artículo de Mr. Breal en las *Memorias de la Sociedad Lengüística de París* (fascículos I y II), así como la disertacion de Julio Baissac sobre el *Orígen de las denominaciones Ethnicas* (París, Maisonneuve, 1867), y la de Mr. Chavé, sobre *Las Lenguas y las Razas* (París, Chamerot, 1862), en la cual explana los principios expuestos en su *Lexiológia Indo-Europea* (París, 1849). Véase ademas el escrito de A. Schleicher sobre la teoría de Darwin, aplicada al lenguaje, traducida al frances (A. Frank, París, 1868); y por último, servirán siempre de guía en estos estudios los trabajos de Steinthal, el de Heyse *System der Sprachwissenschaft* (Berlin, 1856), y la *Revista* de Kuhn, en cuyos quince primeros tomos se examinan la mayor parte de estos problemas, utilizados por Pictet al escribir su ingenioso libro de Paleontología Lingüística, titulado *Les Origines Indo-Européennes, ou Les Arias primitifs* (París, 1859).

El libro histórico que ayuda á estas indagaciones es hoy el de Max Duncker, *Geschichte der Arier* (libros V y VI).

(6) *Página* 61, *línea* 3.ª

El señalar el movimiento y tendencia hácia el análisis que se descubre pasando del Zend al Persa, del Sanscrito al Pali ó Prakrit, del Góthico al Aleman, del Anglo-Sajon al Inglés, y del Latin al Provenzal, Frances ó Castellano, es un efecto que merece ser reconocido y estudiado extensísimamente.

El estudio de esta ley natural de la transformacion en analíticas de las lenguas sintéticas, puede hacerse, no sólo por el exámen de los textos de las lenguas neo-latinas, sino siguiendo la historia de la Gramática desde la decadencia del latin hasta el Renacimiento. Este largo período, que va desde el siglo III hasta el siglo XVI, puede dividirse en tres distintos: el primero comprende desde el siglo de los Emperadores hasta los dias de la ruina del imperio Wisigóthico en España; el segundo comprende los IX, X y XI; y el tercero, los siglos XII, XIII, XIV y XV.

Al morir la lengua latina, los gramáticos que ejercieron influencia fueron Charisius, Diomedes y Donato, el maestro de San Jerónimo. Estos gramáticos se limitaban á compilar la ciencia pasada, sin que aparezca rasgo original ni observacion propia en sus libros. Prisciano, en el siglo VI, oscurece á sus antecesores, y su influencia fué decisiva, por más que se limitase á compilar los trabajos de sus antecesores y á traducir á Apolonio. (V. Mr. Eger. —*Essai sur l'hist. des Theo. gramm. de l'ant.* — París, 1854.)

Casiodoro, Beda el Venerable é Isidoro de Sevilla continuaron estas tareas, ya compendiando, ya compilando; pero despues del ilustre obispo español, la oscuridad fué densísima. Ya Virgilio Maro de Tolosa, en el siglo VI, no sólo inventa textos de autores imaginarios, sino que funda en estos textos, que forja para el caso, distinciones de significacion y cánones sintáxicos.

Carlo-Magno luchó en vano con la ignorancia general, y en el siglo IX se reconocia la necesidad de comènzar los estudios elementales y aprender la Gramática para la interpretacion de las Sagradas Escrituras.

Los gramáticos más citados en el siglo IX son Donato, Prisciano, Virgilio Maro, Isidoro de Sevilla. Donato gozó en este siglo de gran autoridad, porque su compilacion resumia cuanto se sabía de Gramá-

tica en el siglo VI (1). Se comentaba á Donato y se glosaban los pasajes difíciles de Prisciano, ateniéndose servilmente á la letra. Sirva de ejemplo lo siguiente: —¿Por qué Donato ha escrito «*Sillaba est capax temporum*», y no «*temporis?*» —¿Por qué Donato, habiendo dicho, «*Qualitas nominorum bipertita est*», cambia de expresion y dice, «*Qualitas pronominum duplex est?*»— Así se comentaba á Prisciano, y las nociones se confundian hasta el extremo que indica la siguiente cita: —«*Personæ autem verbis accidunt III. Quod credo divinitus esse inspiratum, ut quod in Trinitatis fide credimus in eloquiis inesse videatur.*» (MS. del siglo IX. Bibliot. Imp.—Tomo XXII, *des Estr. et notices.*)

Cuando no se sabía la significacion de una palabra, se le daba la que mejor parecia. Así Remi dice: «*Poeme, quod sonat positio. Emblema, quod intelligitur habundantia.*»—Los nombres sufrian la misma suerte. Eunuchus y Orestes, para Smaragde, eran dos poetas, cuyos nombres habian llegado á ser sinónimos de Comedia y Tragedia. El ingenio suplia con toda libertad á la erudicion en Historia, en Geografía y en Gramática.

Sin embargo, áun se censuraba á los gramáticos, porque alguna vez aparecian *citas de AA. paganos*, y porque en la Gramática no se hablaba de Dios, y Smaragde se defiende diciendo que una cosa es hablar de Gramática y otra hablar de Dios (2).

En cuanto á teorías gramaticales, se partia de la base de que la lengua habia sido inventada reflexivamente por hábiles gramáticos, y deferian á su autoridad.

Éste era el estado de los estudios gramaticales en los siglos IX y X y gran parte del XI. El léxico de Papias (1060) se forma con Prisciano é Isidoro de Sevilla, y los tratados gramaticales del camaldulense Paulo y de Hugo de San Víctor reproducen las enseñanzas de Donato, Prisciano é Isidoro de Sevilla. La influencia de Donato y Prisciano explica el escaso número de modificaciones que así en la fonología como en la sintáxis y analogía se advierten en los gramáticos de estos siglos, comparados con los de la edad romana.

No pretendo negar que en lo concerniente á la prosodia, y en lo que respecta al órden y colocacion de sus palabras, no se indiquen ya en este período modificaciones importantes; pero la nueva doctrina gramatical no aparece hasta el siglo XII, siendo muy de advertir que se verifica el cambio por la influencia decisiva de la Dialéctica.

---

(1) V. KEIL. *Gramatici latini*, tomo I, pág. 18.
MURATORI. *Antiquit Ital.*, tomo III.
(2) MABILLON. *Vetera analecta.*—Paris, lij, XXIII, pág. 353.

Los gramáticos, principalmente de la Europa central y septentrional, glosadores de los dos tratados poéticos de A. de Villedieu y E. de Bethune, que sirvieron de texto á todas las escuelas en Europa en los siglos XIII y XIV, ponian al servicio de la Gramática todas las sutilezas de la Dialéctica. Pedro Helié, insigne glosador y grande autoridad en el siglo XIII, extendió ya este método, y sobre la naturaleza del lenguaje, su índole, sobre la naturaleza de la oracion y de sus accidentes discute, poniendo al servicio de su estudio las enseñanzas de la Metafísica y de la Dialéctica. Se generalizaba ya el estudio á todas las lenguas, y Roberto Kilwardby llegó hasta la doctrina de una Gramática general.

Eran estas consecuencias de la aplicacion de las doctrinas aristotélicas al estudio de la Gramática, y desde el momento en que se aplicaba el rigoroso método deductivo en la enseñanza gramatical, partiendo de la lógica aristotélica, era evidente que cuanto dependia de la espontaneidad y carácter objetivo y sintético de las lenguas debia ser desconocido y rechazado por los discípulos de la Escolástica, predominando el órden lógico sobre el hiperbático, y la construccion directa sobre la invertida.

Los numerosos manuscritos extractados por el laborioso Mr. Thurot, en la coleccion de la Biblioteca imperial de Francia, ya citada, pertenecientes al siglo XIII y al XIV, comprueban este juicio. Siger de Brabante define la Gramática y la distingue de la Lógica bajo este criterio, y ya en el siglo XIII se dividia la Gramática, por razones filosóficas, en Ethimología, Ortografía, Prosodia y Diasintástica. Fuera de algunas singularidades de procedencia rabínica, como la de buscar analogías entre la pronunciacion de las letras y su forma gráfica, se seguia á Prisciano, si bien con notables alteraciones en la pronunciacion de los diptongos y de algunas consonantes, como la *h*, que se aspiraba; la *j*, que se pronunciaba *dj*, y despues como la *g* ántes de *e i*, y algunas otras muy estimables para tejer la historia de la pronunciacion latina en los siglos medios.

Pero en lo que se significa ya de un modo indudable el nuevo carácter es en la teoría del *modus significandi;* doctrina que se dilucida y aplica en cuadros simétricos y con una terminología precisa.

Los *modi significandi* eran considerados como las flores de la Gramática, y se veia en ellos el fundamento de la sintáxis y los principios de la construccion. Esta teoría se forma en el espacio que media entre Pedro Helie y Roberto Kilwardby. Vicente de Beauvais, en el segundo libro de *Speculum doctrinale*, y Miguel de Marbais, que tuvo gran autoridad como gramático, exponen esta doctrina, que se completó en la obra atribuida á Duns Scot, y que lleva el título de *Grammatica Speculativa sive de modis significandi*.

Esta expresion de *modus significandi*, tomada sin duda de Boecio, se adoptó por los gramáticos para designar lo que Prisciano llama *propietates significationem* de las partes del discurso. La doctrina se formula en el siglo XIII, diciendo: los dos grupos de sonido (*voces*) que forman *dolor*, *doleo*, significan la misma cosa (*res*), pero con maneras de ser (*modi essendi*) ó propiedades (*proprietates*) diferentes. *Dolor*, significa en tanto es permanente (*per modum permanentis*), *doleo*, en tanto que trascurre (*per modum fluxus*). La permanencia y la transicion son propiedades diferentes de la cosa significada por *dolor* y *doleo*. La inteligencia, concibiendo la cosa, da á los grupos de sonido, *dolor* y *doleo*, su significacion (*ratio significandi*), y por esta causa llegan á ser palabras (*dictiones*). Concibiendo la manera de ser, ó las propiedades de la cosa, la inteligencia da á las palabras su consignificacion (*ratio consignificandi*) ó manera de significar (*modus significandi*), y por esta causa llegan á ser partes del discurso (*partes orationis ó partes*).

Cada parte del discurso tiene diferentes maneras de significar; las más esenciales, que son los elementos de su definicion, y las otras accidentales, como el género y el número en los nombres, el modo y el tiempo en los verbos.

Ya estudiando el nombre se inquiria en el siglo XII si el nombre significaba la sustancia y la cualidad; se dilucidaba qué significaban *quis*, *omnis*, *nullus*, etc. Abelardo comienza á distinguir entre el nombre sustantivo y el adjetivo, y en el siglo XIII se generaliza esta distincion. Al exponer las especies de nombres, se buscaba la relacion con las categorías de Aristóteles. Se conviene en que el pronombre designa la sustancia individual, independientemente de sus cualidades. Se atribuian cinco accidentes al pronombre.

En cuanto al verbo, bajo la influencia de la lógica aristotélica se completa la definicion en el aspecto lógico con la idea de afirmacion, y Pedro Helie relaciona el verbo con el nombre, diciendo es la sustancia en accion, en tanto que la sustancia une los accidentes entre sí y los une á sí mismo. Otros gramáticos definian el nombre como la materia, el verbo como la forma. Ya entrado el siglo XIII, es doctrina constante que el verbo designe la cosa en tanto que fluye ó trascurre. Pedro Helie excluye de la definicion de tiempo toda idea de duracion; doctrina que prevalece en la Edad Media. En los accidentes del verbo se sigue la doctrina de Prisciano, y respecto á las partes ménos nobles de la oracion, que son las indeclinables, Donato y Prisciano continúan sirviendo de guía. Sólo en lo relativo á la preposicion se advierte grave mudanza, y ya en lugar de atribuir un solo accidente á la preposicion, como hace Donato, que es el caso, se presenta el caso como una manera accidental de significar de la preposicion.

Importa no olvidar lo que los gramáticos de la Edad Media llaman uso contemporáneo, que completaba á la autoridad de la Vulgata y á la del uso clásico. Estimándose la lengua latina como una lengua viva por aquellos gramáticos, admitian lo que el uso contemporáneo les imponia, por más que contradijera abiertamente lo que habia estatuido la antigüedad.

Donde principalmente se advierte esta influencia es en la *Diasintástica*, que desde el siglo XIII cautivó la inteligencia de todos los gramáticos. En la teoría de la construccion, dándole á la palabra una extension que no tuvo ni en Apolonio ni en Prisciano; en la teoría del sujeto y del predicado; del *supositum* y del *appositum* en la rigorosa manera de explicar la *Congruitas* causa eficiente de la *constructio;* en la exposicion de los principios de la construccion, en el olvido en que cae la teoría de los modos, y las voces del verbo como principios de construccion; en la doctrina de la construccion de las preposiciones con el acusativo y con el ablativo, por lo que eran *terminatorias* ó *initiatorias;* en el análisis de las diferentes especies de construccion; en la exposicion de las figuras de construccion y en la mayor parte de las teorías sintáxicas de todos los gramáticos de los siglos XIII y XIV, es evidente que las leyes de la sintáxis latina se exponian y aplicaban de un modo puramente analítico, desconociendo por completo los fundamentos y razones de la construccion espontánea y sintética que caracteriza á aquella lengua. Pero si este hecho es indiscutible, no es, en mi juicio, ménos exacto que de esta suerte y por este camino se originó la gramática de las lenguas analíticas, y se tuvo la razon de este nuevo aspecto de las lenguas.

No convengo con los gramáticos de la época del Renacimiento respecto al juicio que les merece la gramática latina de la Edad Media. Vives, en su libro de *Causis corruptarum artium*; Erasmo, Busch, Sintheim y todos los humanistas, no encuentran adjetivos bastante desdeñosos para condenar la latinidad, la gramática y los métodos de enseñanza de los siglos medios.

No defiendo la latinidad ni los métodos de enseñanza; pero en cuanto á la Gramática, hay que reconocer que era mucho más original y estaba más en relacion con el carácter de la época y con sus necesidades que la Gramática del Renacimiento, sencilla y literal reproduccion de los preceptos de Donato y de Prisciano. Los gramáticos de la Edad Media consideraban el latin como una lengua viva, porque en efecto era la lengua de la sociedad religiosa, la lengua eclesiástica, la lengua docta, así como las lenguas vulgares eran las lenguas de los laicos y de los indoctos. Porque el latin de la Edad Media era una lengua viva, no podia ser el latin de Ciceron ni de Salustio, atendido á que toda lengua

viva expresa las ideas y los sentimientos de la Edad á que pertenece. Por esta razon existe el uso y lo estiman los gramáticos del siglo XIII. Por esta razon en el léxico propio del latin de la Edad Media encontramos palabras debidas al uso de la Vulgata; otras destinadas á designar cosas desconocidas en la antigüedad; otras nacidas de la terminología escolástica, y muchas que tenian sólo en su pro la autoridad de los escritores del siglo XII, respetados en los siglos posteriores con una humildad que bien podemos llamar veneracion.

En cuanto á la sintáxis, dícese, si se exceptúan algunas construcciones figuradas, tomadas de la Vulgata, los giros ordinariamente empleados son los de la sintáxis de las lenguas vulgares. No lo niego, ni desconozco el empleo del *quod* correspondiente al *que*, el empleo de los modos de los verbos, análogos al de las lenguas neo-latinas, principalmente el del modo subjuntivo. Todo lo que indica existia una lucha entre el principio sintáxico de las lenguas antiguas y el propio de las lenguas modernas; pero, en mi juicio, el haber expresado esta indecision y mudanza de la lengua latina y de la concepcion gramatical en los siglos medios, constituye un verdadero merecimiento para los gramáticos de aquella edad, mucho mayor, en mi sentir, que el de los gramáticos del Renacimiento, empeñados en someter las lenguas novísimas á los cánones gramaticales de griegos y latinos.

En Italia, los estudios gramaticales siguieron un giro distinto, gracias á la influencia del derecho, que redujo la gramática al arte de escribir actas y cartas (*ars dictandi* —*ars dictaminis*), sin que se preocupen nunca aquellos escritores de teorías gramaticales, ni de la explicacion de los hechos.

En España, la influencia francesa, la imitacion de la famosa escuela de París y otras causas, explican que siguiéramos la corriente de los estudios gramaticales de la Europa central, encontrándose en nuestros códices latinos las mismas obras y los mismos autores que eran objeto de estima y de veneracion en Francia, en los Países-Bajos y Alemania, hasta el punto de que se pueda escribir que el doctrinario de A. de Ville-Dieu y el Grecismo de Evrad de Betume, con sus preceptos en exámetros y pentámetros, constituian el libro de texto de todas las escuelas de la Europa occidental. Sólo falta estudiar bajo este aspecto la Biblioteca de Toledo, porque Toledo fué, de todos nuestros centros literarios, el que mantuvo de un modo más permanente un espíritu refractario á la influencia francesa. De desear es que algun erudito lleve á cabo esta investigacion, reconociendo los códices latinos, que bajo el nombre de Prisciano se custodian en aquella Biblioteca, perteneciente á los siglos XIII y XIV; otro en 8.° anom.° del siglo XIV, con el título de *Gramática latina;* cuatro en papel vitela del siglo XV, y otro

en 16.° del siglo XIV sobre las cosas de la Gramática, que sospecho sea el más importante.

(7) *Página* 67, *línea* 4.ª

.....sino la sintáxis interna, que así apellida A. Regnier.....

El estudio de las condiciones sintáxicas de las lenguas sintéticas y de las analíticas es hoy uno de los temas que ofrecen mayor interes y mayores dificultades. Desde que el abate Giraud estableció la distincion entre lenguas analíticas y lenguas inversivas ó transpositivas, el tema ha ocupado á los gramáticos, sin que, á pesar del tiempo transcurrido, y á pesar de los estimables trabajos sintáxicos de Herling en su *Sintáxis de la lengua alemana*, de G. de Humboldt, de Sacy, de Ad. de Regnier en su *Traité de la Formation des mots dans la langue grecque* (París, 1855), de H. Veil en su discreto libro sobre *L'ordre des mots dans les langues anciennes comparées aux langues modernes* (París, A. Frank, 1869), y á pesar, por último, de los profundos estudios de los latinistas Raspe, Corssen, Sturemburg y de Reisig en su *Lingüística latina*, no se ha llegado, en mi opinion, á resultados definitivos respecto al paralelo de la sintáxis, propia de las lenguas sintéticas, con la de las lenguas analíticas.

La significacion de estas palabras *sintético* ó *analítico*, cuando se aplican al lenguaje, no tiene nada de absoluta; es sólo relativa. Una lengua puede y debe ser calificada de sintética con relacion á otra que no lo es tanto; y por el contrario, llámase analítica á otra lengua con relacion á la que es ménos analítica que ella. Si comparamos al Aleman con el Español, nuestra lengua nos parecerá analítica, y sintética la alemana; pero si comparamos la Alemana con la Griega ó Latina, la lengua de Schiller y de Goethe será entónces la analítica, y las de Demóstenes y Ciceron serán las sintéticas. Pero si tomamos como los términos de la comparacion el Griego y el Sanscrito, á su vez, será el Griego el que merezca el calificativo de analítico.

Mr. Regnier distingue, ademas, en mi juicio, muy acertadamente, entre la síntesis espontánea y la síntesis reflexiva, y estima que cada una de estas maneras de síntesis tiene medios diversos de componer y descomponer el pensamiento al expresarlo. En esto se funda la distincion que hace en sintáxis interior y sintáxis exterior. La primera procede por transformacion, fusion y aglutinacion, y la segunda por justaposicion. El campo de la primera son las palabras, las formas; es como la vida de las palabras, porque, como son orgánicas, la savia circula, y tiene cada una de sus partes funcion propia; modifican su va-

lor y atenúan ó agravan su significacion, ya por transformaciones íntimas, ya prolongándose, ya contrayéndose, ya incorporándose, ó perdiendo letras y sílabas significativas. El fondo radical de la palabra es, como dice Regnier, su corazon, y un foco del cual parte la vida, comunicándose á todos los miembros integrantes de aquel sér vivo.

La sintáxis exterior, por el contrario, estima los términos como independientes y distintos, los emplea como partes heterogéneas, que carecen de la afinidad necesaria para compenetrarse, de suerte que todas participen de la vida comun.

La diferencia entre las lenguas antiguas y modernas estriba principalmente en la sintáxis interna, porque la sintáxis externa es un medio principalmente analítico, y que así existe en las lenguas antiguas como en las lenguas modernas.

Ya que no me es posible extenderme dilucidando estas interesantísimas cuestiones, recomiendo á los literatos la introduccion del libro de Ad. Regnier ya citado.

(8) *Página* 67, *línea* 18.

..... y oponer á la lista del fondista Ateniense.....

Esta palabra es el nombre de una comida compuesta de toda clase de manjares, carnes, pescados, etc.

Entran en su composicion 27 dicciones y consta de 79 sílabas.

Se resiste á la version en todos los idiomas, si se quiere conservar la estructura de la composicion. Sin embargo, en aleman puede hacerse mejor, y está dada la equivalencia en esta lengua en el Diccionario de la lengua griega de Passow (5.ª ed. an. por Rost, Palm., etc., part. I, sec. II. Leipzig, Vogel, 1852).

En la edicion de Didot, version latina de Dübner, se intenta del modo siguiente:

.....ostrea, salsamenta, cartilaginosi pisces, mustelli, reliquiæ calvariarum cum acri intrito, laserpitium cum melle interfuso, turdi, merulæ, palumbi, columbæ, gallinaceorum tosta capitula, cincli, liviæ, leporinæ carnes cum instinctu defruti, cum alis.....

CONTESTACION AL DISCURSO ANTERIOR.[1]

SEÑORES:

Áun cuando el Sr. Canalejas, mi amigo, á quien en ocasion tan solemne tengo el placer y la honra de contestar en nombre de la Academia, no hubiese dado á la estampa ninguna obra literaria, bastaria el discurso erudito y elegante que acabamos de oir á justificar plenamente, y á calificar de acertadísima, la determinacion que habeis tomado de elegirle para que venga á sentarse entre vosotros. El asunto que ha escogido, el tino y discrecion con que ha sabido tratarle, y la mucha copia de doctrina que en el discurso ha atesorado y coordinado hacen augurar que será un miembro utilísimo en el seno de esta Corporacion, y que, desde ahora, contribuirá á su buen nombre y crédito, aumentando el brillo que ya tantos ilustres varones lograron comunicarle. Pero nadie ignora los anteriores merecimientos del Sr. Canalejas, la envidiable fama de que goza, y el alto puesto que ha lle-

(1) Pronunciada por D. Juan Valera, dicho dia 28 de Noviembre de 1869.

gado á conquistar en la república de las letras. Como filósofo, como orador y como crítico, ha dado claras muestras de su aptitud, en trabajos de suma trascendencia, ora explicando en una cátedra, ora publicando libros didácticos de gran valer, por la lucidez del estilo y del método, por la sana filosofía que contienen, y por la profunda y pertinente erudicion que los autoriza y adorna.

El *Curso de literatura*, obra capital suya, de que ya van publicados dos gruesos volúmenes, es digna de los mayores elogios. No sólo hay en ella novedad en las teorías y mucha abundancia de noticias peregrinas, si la obra se considera con relacion á otras del mismo género, escritas en España, sino que todas esas calidades persisten, si comparamos la obra con las más recientes, escritas sobre análogo asunto, en tierras extrañas, donde no ha de negarse que el movimiento ascendente de las inteligencias ha adelantado más que en nuestro país por todos los caminos. Me atrevo á decir esto, sin temor de que se me tilde de falta de patriotismo, porque conozco que este discreto y selecto auditorio no entiende, como el vulgo, que para ser patriota es menester adular y engañar ocultando nuestras faltas; ántes es más patriota quien las descubre sin recelo, á fin de que se enmienden. Es indudable, sean las que se quieran las causas de nuestro atraso, que le hay con respecto á várias de las naciones de Europa. Esto hace más áspera y difícil la senda del ingenio español, si pretende elevarse á cierta altura, dilucidando cualquiera punto científico, porque le expone á incurrir en uno de estos dos escollos: ó dar en lo extravagante por prurito de originalidad, ó hacerse eco de lo que ya se ha inventado y discurrido en otros países. El Sr. Canalejas ha conseguido evitar el primero de estos escollos, y

del segundo se aparta cuanto es posible. Digo cuanto es posible, porque la ciencia, como todo, sin que me incumba decir aquí si esto es un bien ó un mal, se ha hecho democrática. Si conservase su antiguo aristocrático carácter, los sabios, como en los siglos XVI y XVII, podrian prescindir aún del relativo atraso del público de su nacion, y ponerse de un salto al nivel de los sabios de otras naciones para hablar directamente con ellos, tal vez en un idioma comun á todos, aunque ignorado del vulgo. Hoy, por el contrario, el deber del escritor es entenderse ántes que con nadie con sus compatriotas, adquirir fama entre ellos, y llevar ya consigo la autoridad de su aprobacion y de su aplauso, ántes de aspirar á una reputacion general y europea. Esto impone la obligacion de ser claro, de no omitir por sabido lo que ignoran los lectores, y de repetir á menudo, al ménos en resúmen, lo que ya otros han dicho, para poder decir los propios pensamientos, sin que sean ininteligibles, ó sin que aparezcan como fundados en el aire, sin base ni cimiento. Hace más árdua la tarea, el que, salvo pocas ciencias positivas, exactas ó experimentales, en las demas no viene á realizarse el progreso sino en virtud de muy diversas y encontradas opiniones, de todas las cuales conviene estar informado, ó bien para seguir las unas y desechar é impugnar las otras, ó bien para formarse nueva opinion y nuevo sistema. Esto no obsta para que haya algo de perenne, de demostrado, de no sujeto á opinion en la mayor parte de los nuevos adelantamientos; ya porque en toda ciencia, por especulativa que sea, entra algo de experimental, y en los datos de la experiencia están todos de acuerdo, ya porque del mucho discutir y del perpétuo choque de los opuestos pareceres han brotado puntos luminosos, que sirven de

guía á los pensadores, cualquiera que sea el bando á que pertenezcan, la causa que sustenten, ó la bandera bajo la cual militen. La incesante discordia en el campo de las ciencias no es de nuestros dias; viene de muy antiguo. Por eso Minerva es diosa del saber y diosa de los combates.

Pero es menester confesar que, respetándose hoy mucho ménos la autoridad, proclamándose más el libre exámen, y teniendo cada cual más apego al propio criterio y ménos respeto al ajeno, por eminentes que sean las personas cuyas doctrinas se combaten, la discordia y la confusion aparecen, si no son, mayores. En cambio, entre otras ventajas, hay en el dia la de que sea la guerra más cortés y suave. Casi nadie se atreve ya á presumir de infalible. Hasta el verbo *disputar* ha venido á desusarse por harto duro, y nos valemos del verbo *discutir*, dándole significacion más blanda.

Impregnado el Sr. Canalejas del espíritu moderno, siendo uno de los que con más fé le representan y con más ardor le difunden en nuestra patria, no puede ménos de resplandecer, y resplandece en él, esta virtud de la tolerancia, la cual no implica carencia de entusiasmo, porque no nace de que se desconfie ó se dude de la propia opinion, sino de que se respete religiosamente la ajena. El Sr. Canalejas defiende siempre sus doctrinas con ahinco y conviccion profunda; mas no se enoja, no se cree injuriado de que le contradigan. De aquí, sin duda, que se haya conservado nuestra amistad, aunque no esté yo muy de acuerdo con él; por lo cual, en vez de convenir hoy en cuanto dice, voy á contradecirle en varios asertos, seguro de que, no sólo creerá que esto es más leal de mi parte, sino que tanto él como los Señores Aca-

démicos y el público lo juzgarán más ameno, ó si se quiere ménos cansado, que si yo me limitase á comentar lo que dice. Conviene advertir, no obstante, que son más y más trascendentales los puntos en que estoy de acuerdo con el Sr. Canalejas que aquellos en que disiento de sus doctrinas.

Desde luégo me admiro, como él, del extraordinario desenvolvimiento y fecundísima actividad del espíritu humano en este siglo en que vivimos. Muchas causas materiales conspiran á este fin, sin que por ellas tengan que envanecerse las modernas generaciones. Las facultades humanas no han mejorado desde hace tres mil años; pero los hombres de hoy han recogido la rica herencia científica de las generaciones pasadas, y por medio de la imprenta, y con la facilidad de viajar y de comunicarse, esta herencia, en su conjunto, se ha hecho asequible á todos, pudiendo hoy mejor que nunca conocerse las lenguas, estudiarse las literaturas y divulgarse y trasmitirse de un pueblo á otro los descubrimientos y las teorías.

Los frecuentes cambios y trastornos políticos, y las grandes novedades de que Europa ha sido teatro de un siglo acá, han concurrido ademas á que se avive en los hombres, á costa sin duda de una dolorosa experiencia, el sentido, por decirlo así, de la segunda vista histórica, la facultad de comprender lo pasado; el cual sentido suele aquilatarse y templarse en una crítica severa, nacida de la misma contradiccion de opiniones y de sistemas, segun los cuales ha querido explicarse la historia.

Por otra parte, aunque no esté en mi ánimo persuadir á nadie de que haya habido adelanto en la filosofía misma, en los principios fundamentales de toda ciencia, y mucho ménos de que los que hoy filosofan son más agu-

dos ó más profundos que los que en otras edades filosofaron, no puedo ménos de afirmar que si la filosofía propende á declarar el por qué y el cómo de las cosas, más garantías hay de que, en igualdad de circunstancias, filosofe, con superior tino que el inexperto, el que conoce mejor las cosas, hasta donde es posible que inmediatamente por nuestros sentidos, ó mediatamente por la experiencia y testimonio de otros hombres, se adquiera de ellas alguna noticia ó conocimiento.

Todo esto ha servido de vivo estímulo y de incentivo provocante á la curiosidad ó al anhelo de conocer que tan arraigado está en el alma humana, y ha hecho que el campo de lo conocido se extienda mucho, y que más allá se descubran y columbren vastísimas é inexploradas regiones y horizontes nuevos. Es más: en cada ciencia particular se han dilatado los términos de lo cultivado y estudiado, por donde los linderos y señales, que la separaban y hacian la demarcacion, han tenido que borrarse, ó al ménos se han hecho confusos. De aquí provienen las íntimas relaciones de unas ciencias con otras, el auxilio y apoyo que se prestan, y la casi imposibilidad de consagrarse á una sola el que en su estudio no se limite á los pormenores empíricos y aspire á elevarse á superiores esferas. Proviene tambien de aquí que el conocimiento de las medianías, de aquellos hombres que no tienen un valer eminente, es hoy más extenso, más general, pero tambien más somero que en otras edades. Sea como sea, y prescindiendo del efecto que esto pueda producir en los entendimientos medianos; prescindiendo de las lamentaciones sobre la bajeza, la grosería y los extravíos del vulgo, que profana, vicia y hasta envenena el saber, es evidente que el saber en sí ha ganado y se ha elevado.

Casi puede asegurarse que en nuestros dias han aparecido ciencias nuevas completas, tanto en el ramo fecundo de las físicas y exactas, como en el de las morales y políticas; y, al llenar estas ciencias los huecos ó vacíos, que separaban entre sí á otras ciencias anteriores y más comprensivas por el asunto, han venido á compenetrarse todas. De aquí que la literatura, ó, si queremos reducirlo más, la filología, ó, más reducido y circunscrito aún, la gramática, hasta suponiendo que la gramática sea el único estudio que por nuestro instituto nos corresponde, interviene hoy en la resolucion de altísimos problemas de historia y de filosofía. No debe, pues, tildarse de impertinencia el hablar de filosofía y de historia al hablar del lenguaje y de sus reglas; al hablar, en suma, de gramática.

Nuestro nuevo compañero, el Sr. Canalejas, con delicada sobriedad, y llevado del deseo de no afirmar como verdades las que tal vez no lo sean para algunos de los señores que en esta ocasion le escuchan, y de no exponer teorías que estén en contradiccion con otras que aquí pudieran prevalecer, ha apartado de su discurso las hondas cuestiones á que el asunto se presta y que pertenecen á la filosofía de la historia, y áun llegan á ser parte de la misma metafísica. El Sr. Canalejas se ciñe á exponer los resultados evidentes de la experiencia, y rara vez se atreve á deducir de ellos alguna consecuencia teórica. No puede, ni debe, con todo, el Sr. Canalejas prescindir de su modo de ser, y ser otro del que es, al hablar, no como individuo aislado, sino como miembro de una corporacion, donde, aunque en la disciplina propia de su instituto todos estén de acuerdo, no lo están, ni hay para qué lo estén, en otros asuntos y facultades. El Sr. Canalejas,

repito, no ha podido ménos de manifestar el fondo de su espíritu, la base de sus pensamientos; pero esto lo ha hecho sin tratar de imponerlos á nadie, sin ofender las opiniones ó creencias ajenas, y mucho ménos, porque tal desliz no podia recelarse de su sano y recto juicio y de su bien merecida fama, sin incurrir en las exageraciones absurdas, donde incurren los aventureros, cuando van en las avanzadas de la ciencia moderna, y, á falta de otro mérito, anhelan distinguirse por lo raros y extravagantes.

La ciencia del lenguaje es una ciencia muy moderna como ciencia experimental. La gramática no era ántes más que arte, método particular de aprender un idioma determinado, ó bien una filosofía, una disciplina meramente especulativa, llamada gramática general. En el dia de hoy, la gramática general ha cedido su puesto á la gramática comparada, la cual es una ciencia de induccion, una doctrina experimental, fundada en el exámen detenido de los hechos. La gramática comparada es, pues, una ciencia tan positiva como la química ó la física; pero todas estas ciencias, al elevarse á la investigacion de las causas y al formar sistemas que las expliquen, suelen dar orígen á las hipótesis más aventuradas.

En estas hipótesis nos puede hacer caer, más que nada, el prurito, la idea preconcebida de hacer triunfar un principio. Los primeros que trataron de filología iban todos movidos de una de estas preconcepciones ó preocupaciones: todos querian derivar cuantos idiomas se hablan en el mundo de un solo lenguaje primitivo, del cual, segun ellos, quedaron restos en los otros, despues de la confusion de las lenguas y dispersion de las gentes, al pié de la torre de Babel, en las llanuras de Sennaar.

Un impulso patriótico ó un sentimiento religioso excitó entónces á los filólogos; y miéntras unos, como Perron, abogaban por la lengua céltica; Welb por el chino; Astarloa, Sorreguieta, Erro, Larramendi y el abate Iharce Bidassuet de Arostegui sostenian que el vascuence fué la lengua que se habló en el Paraíso, y de la que dimanan las otras; y Goropius Becanus aseguraba que la lengua primitiva era el holandés; la generalidad de los eruditos daba al hebreo la primacía y la paternidad de todas las lenguas. Justo Lipsio, Vossio y Scalígero tenian por evidente esta filiacion. En suma, todos los autores, cristianos ó judíos, no hallaban medio de conciliar la verdad revelada con este estudio, sino dando por supuesto que se habian forzosamente de hallar rastros de un solo idioma primitivo en los que hoy se hablan; miéntras que los autores racionalistas juzgaban, á su vez, que, demostrando la irreductibilidad de las lenguas, la ausencia de esos rastros, se armaban de un argumento irrefutable contra la religion. Aunque con un propósito errado por ambas partes, esto sirvió para estimular los estudios filológicos. El cardenal Wiseman compara dicho período histórico de la lingüística al período de la alquimia, que precedió al de la química ó verdadera ciencia. El lenguaje primitivo era la piedra filosofal (1). La lingüística, la gramática comparada, la etnografía filológica ó la filología comparàtiva, que todos estos nombres se dan y pueden darse á la nueva ciencia, no entró en el verdadero período científico hasta que se desechó la citada preocu-

---

(1) *Discours sur les rapports entre la science et la réligion révélée*, prononcés à Rome, par Nicolas Wiseman.

pacion; hasta que adversarios y defensores de la verdad revelada conocieron que no era arma ni en pro ni en contra de la religion el que persistiesen ó no los rastros del idioma primitivo en las lenguas hoy conocidas. Bien pudo Dios modificar de repente el habla, sin trocarla del todo, como entiende este misterio de Babel la mayor parte de los comentadores, y producir así dialectos bastante distintos en la pronunciacion para que los hombres no se entendieran; pero es evidente que tambien pudo Dios cambiar radicalmente el habla.

Una vez disipada la susodicha preocupacion, la ciencia hizo inmensos progresos. Es una ciencia nueva y ademas una ciencia cristiana. El influjo del cristianismo en su aparicion y en su aumento viene demostrado por Max Müller (1), por dos razones. Primera: porque los pueblos antiguos, los que se pusieron á la cabeza de la civilizacion, los indios y los persas en Asia, y los griegos y romanos en Europa, apellidaban siempre bárbaros á los que no hablaban su lengua, y desconocian ó menospreciaban toda otra cultura que no fuese la propia, careciendo de la idea clara y distinta y del sentimiento vivo y profundo de la fraternidad humana, que el cristianismo ha creado. La otra razon es, que el afan de propagar nuestras creencias, llevándolas hasta los últimos confines del mundo, ha movido á los varones apostólicos y á los heroicos y perseverantes misioneros á estudiar, aprender y divulgar por Europa el conocimiento de las lenguas más extrañas y bárbaras, escribiendo de ellas gramáticas y vocabula-

---

(1) *La Science du langage, cours professé à l'institution royale de la Grande Bretagne*, par Max Müller.

rios, y traduciendo en ellas oraciones y catecismos y hasta las mismas *Sagradas Escrituras*. La gloria de haberse adelantado en esto á todos los pueblos de Europa toca de derecho á los españoles y portugueses, como el propio Max Müller confiesa y una larga serie de trabajos y una gran copia de documentos atestiguan. Las lenguas americanas, las asiáticas, las africanas, las de las islas del Mar Pacífico, empezaron á ser estudiadas y sabidas por españoles y portugueses. Mendoza (1) y Herrada, trayendo los primeros á Europa una coleccion de xilografías chinescas; Navarrete (2), exponiendo la doctrina de los letrados chinos y conociendo á fondo su idioma; el mismo San Francisco Javier y sus sucesores, evangelizando en la India y estudiando el habla de los brahamanes; Rodriguez, publicando el primero una gramática japonesa; y otros muchos fueron allegando los inmensos materiales que se requerian para levantar el hermoso y soberbio edificio de la filología comparativa. El primer plan ó proyecto de este edificio, bien se puede afirmar que le trazó con mano maestra uno de los genios más universales y creadores que han nacido en las edades modernas: el gran Leibnitz. Él combatió la inveterada manía de buscar el lenguaje primitivo; excitó la curiosidad y llamó la atencion hácia el estudio de los idiomas; recomendó el método inductivo; dió reglas para la comparacion y la etimología; y, verdaderamente, obedeciendo á su genio y cediendo á su influjo, se echaron los cimientos

---

(1) Fr. Gonzalez de Mendoza, *Historia de las cosas más notables del gran reino de la China*.—Ambéres, 1566.

(2) Fr. Domingo Fernandez de Navarrete, *Tratados históricos*, etc., *de la monarquía de China*.—Madrid, 1676.

de esta ciencia, al escribirse las dos grandes obras, que son como sus piedras angulares: el *Catálogo de las lenguas* de nuestro compatriota Hervas, y el *Mithridates* de Adelung. Desde entónces ha sido rápido y fácil el progreso en la clasificacion de las lenguas y en su historia, merced á los estudios de multitud de autores, entre quienes descuellan ambos Schlegel, ambos Humboldt, Wilkins, Jones, Wilson, Colebrooke, Grimm, Bopp, Pictet, Pott, Kopitar, Steinthal, Burnouf, Renan y Weber.

Dejando á un lado los difíciles problemas de la ciencia en su conjunto, el nuevo académico sólo ha querido hablar y ha hablado de las lenguas indo-europeas, mejor estudiadas y conocidas, teniéndose ya por verdad demostrada que son como dialectos ó derivaciones de un solo idioma primitivo, raíz de cuantos se hablan por la raza japética, desde Ceylan hasta Islandia, en el mundo antiguo, y de los que han llevado y esparcido con la civilizacion los pueblos de Europa por toda la extension de ambas Américas. El mismo ilustrado Wiseman, que ya hemos citado, conviene en la evidencia de la demostracion y en la certidumbre del descubrimiento, asegurando que confirma la verdad revelada. El sanscrito, el zend, el griego, el latin, el celta, el gótico y el eslavo, con todas las lenguas modernas que se derivan de ellos, provienen de un idioma que hablaba, ántes de su dispersion, en la fértil y risueña falda del Paropamiso, la raza de los Aryos. El organismo de todas estas lenguas, su sintáxis, las leyes de sus derivaciones y flexiones, todo prueba su afinidad, su hermandad, su procedencia de ese tronco comun.

Naturalmente, estos descubrimientos filológicos han incitado á los hombres á reconstruir la historia de las primeras edades, y á fijar la época remotísima, anterior

á las sucesivas inmigraciones de los Aryos, en el continente europeo, y la época, tal vez más remota, en que los brahamanes y los pueblos del Iran vivian unidos en la Bactriana y componian los primeros cantos sagrados de los Vedas. Lo incierto, vago y confuso de la cronología indiana, y lo singular de su historia, donde el período mitológico parece que se extiende ilimitadamente, no han permitido hasta ahora, á mi ver, que este problema se resuelva. Pero como el amor á lo maravilloso seduce tanto á los hombres, son más sin duda los que dan á la literatura y á la primogénita civilizacion védica una antigüedad remotísima, que los que se la niegan. El afan de singularizarse, el anhelo de inventar novedades estupendas, ha hecho que se prolongue la historia de los primeros imperios, sin que las obras admirables de Weber, de Rawlinson y de otros sabios sirvan de desengaño provechoso. Los egiptólogos razonables no comienzan la historia de Egipto más que 2.500 años ántes de nuestra era vulgar. Áun así, esta historia tiene una duracion inverosímil. Desde Menes á Nectanebo, 1,400 años. No duró tanto Roma, ni duraron tanto las monarquías del Asia. La obra magistral de Rawlinson (1) no deja ningun género de duda sobre la soñada antigüedad de dichas monarquías. Pero aunque fuese este punto discutible, aunque se afirmase como verdad, no entiendo que pudiera ir en contra de la revelacion. No es artículo de fe la cronología de los comentadores cristianos. Sin embargo, todas esas civilizaciones de centenares de siglos, y esos imperios, ante-

(1) Rawlinson, *The five great monarchies of the ancient eastern World*, etc.—London, 1865.

riores á la edad en que dichos comentadores fijan el diluvio, se van desvaneciendo como niebla á la luz de la crítica. Así las ideas de Bailly y las de Salverte sobre los scitas primitivos, y así las de Dupuy en su *Orígen de los cultos* (1). Tal vez los apologistas cristianos de los tiempos venideros refuten del mismo modo, victoriosamente, á los que pretenden probar hoy que la especie humana tiene esa grandísima antigüedad, que suponen demostrada por la filología comparativa, y más aún por cálculos astronómicos y por recientes descubrimientos geológicos sobre la edad de piedra, las poblaciones lacustres y el hombre fósil.

Lo cierto es, que no sólo el amor á lo maravilloso induce á los racionalistas á dar tan larga vida á la especie humana, sino asimismo el anhelo de justificar y corroborar, en todo sú valer, la doctrina del progreso. Porque esta doctrina, aceptada por completo y como la entienden, no sólo afirma la mejoría y el desenvolvimiento colectivo de la especie humana, sino el de los individuos; por donde, so pena de contradiccion, ha de suponerse una dilatada serie de siglos, á fin de que los hombres fuesen poco á poco inventando el lenguaje, la escritura y todas las primeras artes, y fundasen las sociedades, repúblicas, leyes, instituciones y ciencias; todo lo cual, si hubiera sido inventado rápidamente, ó supondria, sin que de otro modo pudiera explicarse, una intervencion divina inmediata, ó bien un instinto, una como inspiracion celestial en los primeros hombres: tal fuerza de inventiva y tal virtud creadora, que excederian con mucho á todo lo que hoy

---

(1) Wiseman, *Discours*, etc.; Du-Clot, *Vindicias de la Biblia*.

produce de más distinguido y sublime la especie humana. En suma, salvo la aglomeracion de la herencia científica de los siglos pasados, y lo poco que hemos sabido acrecentarla, se podria deducir que hemos degenerado en vez de mejorarnos, y que ya no hay hombres de aquellos bríos intelectuales y de aquella pujanza inventora de los primeros tiempos. Así como, sin suponer infinidad de años y de siglos, ó una fuerza plutónica inmensamente mayor, no se hubieran elevado por cima de las nubes las crestas gigantes del Dhavaladgiri y del Nevado de Sorata, así tampoco, sin suponer una intervencion divina ó una capacidad intelectual superior á la de ahora, no hubiera llegado el hombre en pocos siglos á aquel grado de civilizacion que requieren la fundacion de grandes imperios como los de Egipto, Asiria y Persia, y la invencion de lenguajes tan perfectos como el zend, el sanscrito ó el griego.

Los racionalistas, los que pretenden explicarlo todo de un modo natural, debian, pues, movidos por las antedichas consideraciones, y áun ántes de que les prestase datos la experiencia, esforzarse en probar, no sólo la antigüedad del globo que habitamos, sino tambien la de nuestra especie. Dentro de seis mil ú ocho mil años no cabe la historia de la humanidad sin prodigio. De aquí que se esforzasen los racionalistas en prolongar la historia, á fin de explicar por un progreso lento y constante el desarrollo de la civilizacion. Llevaron, ademas, este progreso á todo, y en vez de suponer al hombre creado de repente por un mandato divino, supusieron que provenia del desenvolvimiento de otras especies inferiores, las cuales, desde los grados más bajos de la vida, han ido llegando al grado superior. La teoría absurda de Lamark encon-

tró un hábil campeon en Darwin y fué seguida por muchos. Como los cuadrúmanos antropomorfos, áun los más perfectos, el chimpacé ó el gorilla, distan tanto de nuestra especie, imaginaron una intermedia, que ya suponen extinguida, á la cual dieron el nombre de *antropiscos*. De ésta hicieron provenir la raza negra, asegurando que era la primogénita, y dándole por lugar de su nacimiento y primera habitacion el centro del África. Desde allí suponen que empezó á extenderse por toda la tierra, y adquiriendo luégo otras cualidades superiores, se elevó á la dignidad de raza amarilla; y por último, como término de la perfeccion en que vivimos, á la de raza blanca, semítica y japética ó indo-europea. Afirman, ademas, los que estos delirios inventan, que los primeros negros, los *antropiscos*, convertidos ya en hombres, á semejanza de otros animales que viven tambien y emigran congregados, se dispersaron por manadas, ántes de haber descubierto ó formado un idioma, valiéndose sólo de gritos ó de interjecciones. De esta suerte, haciendo nacer más tarde los idiomas en diferentes puntos de la tierra, dan razon de su radical diferencia, sin que les concedan nada de comun, sino lo que tienen de comun las facultades humanas de que nacieron (1).

Segun esta teoría, los egipcios, pueblo seminegro ó casi negro, producen la primera civilizacion; la de los chinos ó de la raza amarilla es la segunda; la semítica despues; y la última y más perfecta de todas las civilizaciones es la indo-europea. La fantasía de los eruditos se

---

(1) Bergman.—*Resumé d'études d'ontologie générale et de linguistique générale.*—París, 1869.

ha esforzado en demostrar, en entrever y en describir estas primeras edades, forjando curiosísimas novelas, que de tales pueden calificarse sus libros. Ninguno más singular, hasta por el título, que uno de Saisset. El título es *Dios y su tocayo* (1). Trata de hacer ver en este libro que, estando ya muy avanzados en civilizacion los chinos y los egipcios, empezó á mostrarse en pequeño número la raza blanca. Adan es su capitan ó caudillo y viene á hacerse tributario del Celeste Imperio. El Emperador de la China, ó Padre Celeste, se confunde con Dios en la mente de aquellos incautos. Del nombre propio de aquel emperador sacan el de Jehová. Una comarca del Tibet, donde Adan y su gente viven, es el paraíso. El árbol de la ciencia del bien y del mal es un árbol descubierto allí por Huc y otros viajeros, en cuyas hojas, por un raro capricho de la naturaleza, están grabadas las letras tibetanas, por lo cual se apellida el árbol de las diez mil imágenes. Y por último, alguna traicion ó mala obra que Adan hizo al Emperador de la China, y por la cual fué expulsado, es el pecado original.

No se entienda que el libro que citamos es un chiste ó un donaire. Está escrito con toda formalidad. Ménos faceto aún, y más erudito é ingenioso es Rodier. Su historia de la India empieza en el año 19.564 ántes de la era vulgar; pero la civilizacion de la India y la de los mismos Aryos es muy reciente, comparada con la de los egipcios. La historia de éstos, aunque algo vaga y oscura, va ya aclarándose en el año 30.778 ántes de Jesucristo, en el reinado de Phta. En el de Osíris, muy pos-

---

(1) Saisset. — *Dieu et son homonyme.*

terior, la historia es mucho más clara y evidente. Sin embargo, áun tiene Rodier algunos escrúpulos, y halla que el reinado de Osíris frisa un poco en la mitología. El reinado de Orus, que, salvo un defecto insignificante de precision, coloca el autor en el año 18.790 ántes de Cristo, es ya para él una época incuestionablemente histórica. Segun estos datos, las primeras emigraciones de los Aryos no pueden fijarse más tarde que unos 26.000 años há (1).

No se crea, con todo, que los que siguen cierto sistema y dan tan larga vida en lo pasado á la especie humana, la suponen ya decadente y agobiada por la vejez. No son como los pueblos antiguos, como los poetas y los historiadores clásicos, que, desde Homero hasta nuestra edad, lamentan la decadencia del hombre. Esta idea persistió despues del cristianismo. Durante los siglos más tenebrosos de la Edad Media se estuvo anunciando el fin del mundo como muy cercano. La idea de la vejez del mundo se ha perpetuado casi hasta ahora. Feijóo la combate en uno de sus eruditos discursos como error muy difundido. Hoy hemos dado en el extremo contrario. Á fin de que la humanidad cumpla sus altos destinos, no sólo se le concede una vida grandísima en lo pasado, sino que se le vaticina mayor en lo venidero. Un autor, cuyo nombre me pesa no recordar, encarece hasta tal punto este pensamiento, que asegura, no ya que la humanidad está aún en la infancia, sino que ni siquiera ha nacido. «La humanidad, dice, considerada en su vida colectiva, no ha nacido aún.» Segun los cálculos del autor, la humanidad tardará

---

(1) Rodier.—*Antiquité des races humaines*, etc.—Paris, 1864.

en nacer unos trece ó catorce mil años. Lo que hay ahora es sólo un gérmen ó embrion de humanidad. Estamos en un período de incubacion lenta de este gérmen, que dura ya cincuenta ó cuarenta mil años lo ménos.

Fuerza es confesar, por amor á la imparcialidad, que estas locuras no han nacido sólo entre los racionalistas, sino tambien entre los creyentes. Toda ciencia ó facultad ha tenido y tiene sus orates, pero una de las más peligrosas para los que poseen un cerebro poco firme y un juicio poco sólido y sentado, es esta ciencia de la lingüística. Los racionalistas, á fin de hallar una explicacion natural al orígen del lenguaje, y áun al del hombre mismo, han delirado mucho; pero, dado ya el lenguaje, ven en él un producto natural de la razon y del organismo humanos, y no deliran tanto. Los creyentes están en lo justo, porque se atienen á lo revelado, en punto al orígen; pero despues, si llegan á imaginar que descubrieron el lenguaje primitivo ó algo que se le aproxime, se pierden sin remedio. Este lenguaje, obra y revelacion de Dios mismo, encierra en cada palabra, en cada sílaba, en cada letra, y hasta en cada tilde, tesoros de inexhausta sabiduría. La naturaleza, las leyes de la moral y de la historia, todas las ideas de la humanidad, están en este lenguaje englobadas y cifradas, así como la humanidad entera estaba en Adan. De aquí nace un arte cabalístico, que lo comprende todo; una como virtud teúrgica, que para todo sirve. Los nombres en este lenguaje no son signos arbitrarios, no son un vano sonido, sino los verdaderos nombres, que representan la sustancia y los accidentes de lo creado. Con este lenguaje, todas las cosas ininteligibles ó difíciles de entender se aclaran. Así es que las etimologías pueden impulsar muy léjos á los eruditos de

esta clase. De querer explicar por medio de un idioma todos los demas, á querer explicar tambien la política, las costumbres, el arte, la historia y hasta los más hondos misterios de la fe, no hay más que un paso, fácil de dar, pero harto aventurado, porque es, permítasenos la frase, salvar el Rubicon del sentido comun, y trasladarse de súbito al país de las quimeras.

Pocos autores han dado más lamentable y al mismo tiempo más entretenida y graciosa muestra de esto, que nuestro compatriota el Sr. Irizar y Moya, en un tratado en cinco tomos, donde procura aclararlo todo por medio de la lengua euscara y algo de la hebrea, que son las dos que se acercan al lenguaje primitivo y divino; que son un *novum organum*, superior al de Bacon, que él ha descubierto. Las derivaciones atrevidísimas de que se vale recrean y asombran. Agamenon, por ejemplo, es la palabra de Dios, el designio divino, que no es dable resistir. Por eso le respetan todos los reyes coligados. Por eso Agamenon significa *amen*, que viene de las tres letras hebráicas, *a*, *m*, *n*, las cuales, leidas como suenan por separado, dicen: *aga-men-num*, de donde el nombre simbólico del personaje de Homero. Henoch, Elías y San Juan Bautista son el Cancerbero, como lo demuestra nuestro autor por medio de sus etimologías vascongadas. Y así, en suma, lo va demostrando todo (1).

Estas y otras hipótesis sólo pueden servir de pasatiempo y de burla á los espíritus rectos, é incitar á nuevos Lucianos á que escriban en nuestros dias libros escépticos y denigradores de la ciencia, como el del portugués San-

(1) *De l'eusquère et de ses orderes ou de langue basque et ses dérivés*, par Irizar y Moya. — Paris, 1841.

chez y el del famoso Cornelio Agripa. Pero las obras sobre lingüística, fundadas, sin preconcepciones ni hipótesis, en la paciente y serena observacion de los hechos, mueven nuestra admiracion y requieren imperiosamente nuestro convencimiento. De esto solo, como ya he dicho, trata el Sr. Canalejas en su elegante discurso, concretándose á hablar de las lenguas Indo-europeas, que son las más estudiadas. Áun así, es harto extenso el asunto para la brevedad de un discurso académico, por donde creo que el Sr. Canalejas no se propuso otro fin, al escribirle, que el de despertar la aficion, para que este género de estudios fuera extendiéndose en nuestro país, y aplicándose al conocimiento de nuestro propio idioma. Ménos, todavía, puedo yo lisonjearme ni prometerme profundidad alguna en esta disertacion con que le contesto, en la cual he juzgado conveniente, ampliando más el asunto, dar alguna noticia de lo fantástico y peligroso de la ciencia, para que sirva de aviso y señale los escollos y bajíos, á fin de que los eviten los que en ella se engolfen. Ahora voy á entrar de lleno en la parte firme y segura.

Cualquiera que sea la antigüedad de algunas naciones de África y de Asia, es lo cierto que en Europa no hay vestigio histórico de inmigracion anterior á dos mil años ántes de Cristo. Ántes de dicha época, Europa es un yermo cubierto de bosques impenetrables. Todos los pueblos que la historia nombra y conoce vinieron posteriormente de Asia. Las más grandes inmigraciones parece que ocurrieron durante un largo período de mil años: del dos mil al mil ántes de nuestra era. Jacobo Grimm (1), con su

(1) Grimm.—*Geschichte des deutschen Sprache.*—C. VIII, Einwanderung.

vasta erudicion, no puede hallar mayor antigüedad. Venian estos pueblos por tierra, de Oriente á Occidente, siguiendo el camino del sol. Venian, sin duda, empujados unos por otros. Así se extendieron hasta los extremos más occidentales de nuestro continente. Los hubo de la raza que designan los etnógrafos con el nombre de turaniense; los hubo tal vez de otras razas; pero la raza superior, la Indo-europea, prevaleció al cabo en Europa, así como vino más tarde á ser la dominadora del mundo. Europa está poblada de naciones y tribus de esta raza, desde el Oural á las montañas de Cintra, y desde Arcángel hasta el extremo Sur de la Morea. Los pueblos de otras razas más débiles fueron sin duda rechazados por los Indo-europeos hácia el extremo boreal. Sólo quedan hoy en el riñon de Europa los finlandeses, los húngaros y los turcos, y en el Occidente los euscaros, que no sean pueblos de dicha raza y que no hablen lenguas congeneradas del aryo primitivo. Bopp ha levantado un monumento imperecedero (1) á esta fraternidad de las razas y de las lenguas de Europa. La sintáxis de estas lenguas es en el fondo la misma; la etimología de las palabras es la misma tambien. La variacion consiste en las flexiones, en las derivaciones y en la pronunciacion, que cambian las palabras, y las cambiaban más aún cuando las lenguas no eran escritas, sino habladas. Si el inglés no fuese una lengua escrita, tal ha venido á ser su pronunciacion, que sería difícil hallar la etimología de uno solo de sus vocablos, con ser éstos de procedencia germánica, céltica ó latina.

---

(1) Bopp.— *Grammaire comparée des langues Indo-europeennes*, etc. —París, 1866-68.

La diversidad de las lenguas dentro de su unidad proviene del cambio de las vocales y de las consonantes unas por otras. Las reglas de estos cambios, en mi sentir, no son claras, ni fijas, ni se fundan en razon filosófica. Bopp examina las letras de todos los principales alfabetos; explica el *guna* y el *vriddhi;* pero no explica la razon de las mudanzas. Baste saber que las hay, y que dentro de un mismo idioma se realizan. Así es que ni la raíz de una palabra logra quedar invariable, y con todo, no se puede desconocer la raíz. Por ejemplo: en español *a* se trueca en *e* en *caber*, *quepo;* y en *u* en *cupo;* y en *i* en *hacer*, *hizo.* La *o* se trueca en *ue* en *poder*, *puede;* la *e* en *i* en *pedir*, *pido;* y así todas las vocales. Las consonantes, labiales, dentales y guturales, se cambian á cada paso de dulces en medias, de medias en aspiradas, y al contrario. Esto es, que las letras *d*, *t*, *z*, y *b*, *p*, *f*, y *c*, *k*, *g*, y *j* se transmutan al pasar de un idioma á otro, y áun sin pasar, dentro de un idioma mismo. Áun otras letras consonantes se truecan tambien: la *d* se convierte en *l*, y la *l* en *d;* consta que los latinos dijeron *dacrima* por *lacrima* y *dingua* por *lingua*: la *f* se cambia en *h* y en *g;* la *r* en *l*, como *arbor*, *árbol*, *marmor*, *mármol;* y la *t* en *s*, como en *remito*, *remiso*, *permito*, *permiso.* A veces se eliminan letras y sílabas enteras; á veces se añaden; á veces cambian de lugar, como *cocodrilo* por *crocodilo*, *preguntar* por *perguntar.* El digamma eólico, que fué una aspiracion señalada regularmente en griego con el espíritu áspero sobre la vocal, viene á convertirse en latin en *f*, en *v* ó en *h*, como *oikos*, *vicus; oinos*, *vinum;* ó bien se pierde en griego y aparece en latin y en otras lenguas, como *bioo*, *vivo; boes*, *boves; oon*, *ovum; kao*, *cavo.*

Resulta de todo esto la variedad de las palabras dentro

de la unidad. De cada voz de una de nuestras lenguas modernas podemos hallar la voz hermana en cualquiera otra, y por último, su raíz zend ó sanscrita.

Al que no esté familiarizado con este linaje de estudio parecerán arbitrarias las etimologías; mas para los que se internan en él son tan claras y evidentes, como para cualquiera persona medianamente ilustrada lo es que *hija* viene de *filia*, *hoja* de *folia*, *obispo* de *episcopos*, y *reloj* de *horologion;* lo cual es innegable, aunque apénas si quedan en ninguna de las palabras españolas ántes citadas dos ó tres letras comunes á las palabras griegas ó latinas de que proceden. A veces el trastorno y cambio de la palabra primitiva es mayor y más arbitrario aún en la derivada, como, por ejemplo, de *cord*, *corazon*, y de *xeirougos*, *cirujano.*

Otra fuente de variedad y de riqueza en las lenguas es lo fecundo de las raíces, de las cuales brotan palabras nuevas por composicion ó derivacion. Por mera derivacion parece como que hay en la raíz una fuerza orgánica y vegetativa capaz de crear de sí misma un enjambre de voces para significar, pasando de un sentido recto á otro figurado y traslaticio, las cosas más discordes y las ideas ménos análogas. Max Müller trae un curioso ejemplo de esto en la raíz sanscrita *spac* ó *spec;* de aquí *spicere*, mirar, ver; *espejo*, *espectáculo*, *espectacion*, *espía*, *espiar*, *espionaje*, *respetar*, *respetable*, *respeto*, *respecto*, *aspecto*, *especular*, *especulacion*, *especulativo*, *inspeccion*, *inspector*, *especie*, *especificar*, *especias*, *especiero*, *auspicio*, *conspicuo*, etc., etc. Y, trocado por metatésis el *spec* latino en el *skep* griego, *escéptico*, *escepticismo*, *microscopio*, *obispo*, *telescopio*, *caleidoscopio*, *estereoscopio*, y otras muchas voces usadas en castellano, sin contar las que provienen, en

las demas lenguas de Europa, de la misma raíz *spac* ó *spec*.

Esta fecundidad de las raíces hace la riqueza de las lenguas, áun siendo las raíces pocas. Todo el sanscrito y todas las lenguas de Europa, salvo raras palabras, tomadas de idiomas semíticos ó de otras familias de lenguas, provienen de mil setecientas veinte raíces que cuentan los gramáticos. Una persona bien educada y que hable de literatura, de artes, de política y ciencias, no empleará quizás más de tres mil ó cuatro mil palabras en su conversacion. Un orador elocuente y variado, tal vez no llegue nunca á diez mil. Shakspeare, uno de los poetas más fecundos y ricos por el lenguaje, no emplea más de quince mil palabras en todos sus dramas. Milton no pasa de ocho mil. Todo el Antiguo Testamento está escrito con cinco mil seiscientas cuarenta y dos palabras (1). Pero esto no quita que en algunos diccionarios de lenguas modernas de Europa haya más de cien mil palabras incluidas.

Para formar todas estas palabras hay que contar, no sólo con las raíces, sino con otros elementos, de los que salen las terminaciones ó desinencias, ora tengan estos elementos un valor y un significado propios, ora no le tengan sino en union á las raíces. De creer es que, áun cuando no tengan en el dia un significado, le tuvieron en un principio y fueron otras tantas palabras. Las terminaciones de los casos en la declinacion fueron en un principio preposiciones, adverbios ó pronombres demostrativos; y las desinencias de los verbos fueron, sin duda, otros verbos auxiliares y pronombres personales.

---

(1) **Max Müller.**—*La science du langage.*

Juzgando, pues, que toda desinéncia, por donde viene á modificarse el valor de una palabra y á convertirse en otra palabra derivada, tuvo un valor por sí en un principio, hay que convenir en que la mayor parte de las lenguas tuvieron en su orígen el carácter elemental ó monosilábico de la lengua china; en que despues fueron aglutinantes; y en que, por último, vinieron á ser lenguas de flexion. No es esto afirmar que en el órden cronológico sucediese así regularmente en todas las lenguas, sino que éste es el órden dialéctico con que todas han procedido, aunque su desenvolvimiento haya sido instantáneo, como hijo de un instinto poderoso, de una virtud plasmante de la fantasía humana en las primeras edades del mundo. Ello es que las que llaman los gramáticos partes de la oracion, nacieron lógicamente de la indicada manera, ya surgiesen de súbito, por espontaneidad natural ó por enseñanza y comunicacion divina, ya con lentitud se fuesen formando y distinguiendo. Así es que todas las voces pueden reducirse á nombres. Lenguas hay que dan testimonio de esto, careciendo aún de muchas partes de la oracion. En unas no hay adjetivo; en otras no hay voz pasiva en los verbos; en muchas el verbo ser no se da. La idea abstracta de ser parece haber acudido tarde. Las raíces *sta*, *as* y *bu*, sanscritas, de donde los verbos *estar*, *ser*, *fué*, significaban en un principio cosas más materiales; *bu* ó *fu*, que parece ser la raíz más antigua, equivale á soplar, alentar, vivir.

Pero explíquese como se quiera el orígen de los idiomas y su primordial desenvolvimiento, yo me inclino á creer, y repito, que este modo de proceder es dialéctico, y no cronológico; y si fué cronológico y natural, fué por ingenuidad y por inspiracion de los primeros hombres, y

no por reflexion y discurso. Por reflexion y discurso hubiera sido menester gran copia de ciencia y de filosofía para atinar con la formacion del más imperfecto de los lenguajes; y ántes parece lo contrario: que el divino artificio de ellos iluminó á los hombres y los condujo á distinguir las ideas, á ordenarlas y á clasificarlas, por donde pudieron pasar de lo particular á lo general, de lo concreto á lo abstracto, y de lo sensible á lo inteligible. Esa misma fuerza del lenguaje hizo que se determinasen y diversificasen las ideas hasta en sus matices más varios y delicados.

Todavía el lenguaje no ha perdido, ni áun en las civilizaciones y razas más adelantadas, aquella virtud generadora de nuevas voces cuando la necesidad lo exige. Raíces nuevas son las que nacen rara vez. Aquellos vocablos, cuya etimología no se halla, son casi siempre de una condicion plebeya, formados por capricho, y rayando en lo truhanesco y chabacano, verbi-gracia, en nuestra lengua, *cursi*, *filfa*, *guasa*, *camelo*. Pero, si lo examinásemos con detencion, hasta en estos vocablos descubriríamos el orígen etimológico. Por el contrario, los neologismos nobles y cultos provienen todos claramente, por derivacion ó composicion, de una raíz ya creada, no habiendo más regla, en esto de producir nuevas voces, que el buen gusto, la razon etimológica, las leyes de la eufonía y la necesidad de producirlas. Mucha burla, por ejemplo, se ha hecho del verbo *presupuestar*, que viene de *presupuesto*, que viene de *presuponer*. Esto sólo prueba, ú olvido de las leyes y naturaleza del lenguaje, ó falta de reflexion, pues al cabo no es una ciencia oculta ni un misterio recóndito el que hay en español centenares de verbos formados exactamente, como *presupuestar*, del

participio pasivo irregular, ó del supino de otro verbo. Sirvan de muestra: *cantar*, *decantar*, y *encantar*, de *cano*, *cantum; cursar*, de *curro*, *cursum; pensar*, de *pendo*, *pensum; pulsar*, *impulsar*, *expulsar*, de *pello*, *pulsum; saltar*, *insultar*, *consultar*, *exultar*, de *salio*, *saltum;* y *depositar*, y *despropositar*, de *pono*, *positum*. Decia en tono de burla un ilustre poeta, clamando contra este neologismo de *presupuestar*, que por qué no habia de decirse *presupuestacion*. En efecto, sólo el buen gusto y la no necesidad del verbo pueden impedir que se diga. Por lo demas, tan legítimamente y por los mismos grados va derivándose *presupuestacion* de *presupongo*, que *actuacion*, por ejemplo, de *ago*, pasando por *actuado*, *actuar* y *actum*.

Cuando las palabras nuevas se forman con preposiciones ó con esas desinencias que en un tiempo pudieron y debieron tener un significado, pero que ya no le tienen, las palabras son derivadas, y de esta derivacion es muy capaz nuestro idioma. A lo que su índole no se presta, sino con suma dificultad, es á la composicion de dos ó más palabras, nombres ó verbos, lo cual hace tan ricas las lenguas alemana y griega; salvo que en griego hay cierto organismo y flexion en este género de composiciones, miéntras que en aleman son siempre una aglutinacion inorgánica. Algunas lenguas americanas llegan en esto á tal extremo, que encierran toda una frase en una sola palabra, por lo cual se llaman *holofrásticas* ó *polisintéticas*. En español no se crea esta clase de palabras sino en éstilo familiar, y casi siempre por burla ó donaire, como *pinchauvas*, *papamoscas*, *cascarrabias*, *correvcidile*, *carirredondo* y *cariacontecido*. Si hay otras palabras compuestas, se toman ya formadas del latin, y casi todas se emplean sólo

en un estilo muy elevado y poético, como *armipotente*, *olivífero* y *altisonante*.

Otra causa de la diversidad de las lenguas hermanas y congeneradas del mismo tronco es adoptar una raíz diversa para significar el mismo objeto; lo cual no impide que de cada una de las raíces haya derivados en cada una de las lenguas. *Señor*, por ejemplo, viene en español de *senior*, comparativo de *senex*, *anciano*; y sin embargo, *dóminus*, que viene de *dam*, *dom*, *casa*, en sanscrito, latin ó griego, tiene tambien sus derivados en español, en *dama*, *dueña*, *dueño*, *doña*, *don*, *domicilio*, *dominar*, *dominacion*, *dominador*, *doméstico* y *domingo*. *Herr*, que equivale en aleman á *señor*, es como el latin *herus*, que viene de *hera*, *tierra*. En aleman *leche* es *milch*; mas ambas palabras, aunque tan distantes, tienen su analogía en el latin y en el griego. *Leche* en *lac-lactis*, *gala-galactos*. La sílaba *ga* es, sin duda, el nombre sanscrito de la *vaca*. Y *milch* viene de *mulgeo* y *amelgo*, ordeñar.

No ménos que por la homogeneidad del vocabulario, se reconoce el parentesco de las lenguas indo-europeas por la semejanza grande de la gramática, como lo demuestra Bopp en la suya. Las declinaciones y las conjugaciones se parecen mucho. Las irregularidades de los verbos y de los casos en algunos nombres dan asimismo testimonio de la semejanza.

Alguien hallará extraño que se sostenga este parentesco, que se declare evidente esta afinidad, cuando es tan grande la diferencia entre los idiomas hablados; pero más es de extrañar, y áun de maravillar, que las señales del parentesco persistan aún tan claras, despues de tantos siglos trascurridos desde la separacion de los aryos y sus inmigraciones sucesivas en Europa, y despues de tantas

mudanzas en su manera de ser, en su cultura y en sus creencias.

Esto se debe, primero, á que, como hemos dicho, no se inventan palabras radicalmente nuevas, sino que las nuevas palabras, para expresar nuevas ideas, se han ido sacando, ó por composicion, ó por derivacion, de las antiguas palabras y raíces, siendo en esto inagotable el tesoro del idioma. Y segundo, á la virtud extraordinaria que tienen los idiomas indo-europeos de imponerse á otros, y de no dejarse imponer. Son, como la raza misma, que absorbe, vence y domina, y no se deja absorber ni dominar por elementos extraños. El lenguaje de los aryos ha tenido siempre la fuerza de expeler de sí las formas, los modismos y hasta las palabras de otros idiomas, conservando su pureza. Desde el albor de las civilizaciones, desde la primera monarquía de los caldeos, fundada por Nemrod, en el centro de Asia, las razas cushita, turaniense, semítica y arya, se mezclan y se unen para formar aquel Estado. En las palabras que el erudito Rawlinson ha podido reunir de la lengua que se hablaba en aquella monarquía, la monarquía de las cuatro razas, hay palabras semíticas, cushitas, turanienses y aryanas, y sin embargo, la lengua de los aryos salió pura de este consorcio, para manifestarse en las monarquías de los medos y de los persas.

La historia de la lengua, en España, demuestra esta vitalidad y persistencia de la de los aryos. Tal vez el primer pueblo que inmigró en España fué el euskaro, pueblo turaniense, hablando un idioma que no es indo-europeo. Este pueblo no sólo se extendió por toda la Península, sino que estableció colonias en las grandes islas del Mediterráneo, Sicilia, Córcega y Cerdeña. Los nombres

geográficos de montes, rios, ciudades y villas lo atestiguan aún, segun las etimologías que Guillermo Humboldt declara (1).

Los pueblos semíticos vinieron tambien á España desde los tiempos más remotos. Los fenicios fundan colonias y se extienden por gran parte de la Bética; los cartagineses dominan casi todo el país, y en él disputan el imperio á Roma; los hebreos se esparcen y se establecen en España desde la época de la cautividad babilónica, y los árabes dominan, por último, durante siete siglos. Sin embargo, pocos rastros quedan en español, ni en el diccionario ni en la gramática, ni de turanismo, ni de semitismo. Las palabras hebraïcas y arábigas que en español se conservan, la lengua misma las va lanzando de sí, y sustituyéndolas con las correspondientes voces latinas; como *sastre*, en vez de *alfayate; espliego*, en vez de *alhucema; ginesta*, en vez de *gayumba; barbero*, en vez de *alfageme; pistacho*, en vez de *alfoncigo;* y *azufre* en vez de *acrebite.* Las palabras arábigas en uso llegarán á ser sólo las que tengan un valor histórico, al ménos por la procedencia; las que denoten algo propio de los árabes, y los nombres geográficos; como *almimbar*, *alminar*, *hurí*, *alfaquí*, *Almaden*, *Alcántara*, *Alcalá*, *Guadalquivir*, *zahorí*, *alcalde* y *jeque.* Con la lengua euskara sucede lo mismo; apénas se encuentran ya palabras euskaras sino en nombres propios de apellidos y lugares, como *Astúrias*, de *hasta* y *ura*, *peña* y *agua;* é Iliberi, de *ili* ó *iri*, *ciudad*, *lugar*, y *beri*, nuevo.

---

(1) *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner hispaniens, vermittelst, der Vasckischen Sprache: Gesammelte Werke. II Band.*— Berlin, 1841.

Yo, sin embargo, me inclino á creer que la lengua euskara, así como la raza que la hablaba, si bien hubo de extenderse en un principio por toda la Península, y áun por otras regiones, se limitó, mucho ántes de la conquista romana, al país donde hoy se habla. Entre los turdetanos y celtíberos debió de prevalecer, más que el céltico, un idioma pelásgico, parecido al griego ó al latin; y lo mismo en otras comarcas, por más que el idioma oficial fuese el semítico entre los bástulos y otros pueblos, donde dominaron fenicios ó cartagineses. No se comprenderia de otro modo la rápida latinizacion de toda España bajo el dominio de Roma. Ademas, las medallas é inscripciones y los antiguos alfabetos casi demuestran que ántes de la conquista romana prevalecian tales idiomas y escrituras (1).

Los recientes descubrimientos del Sr. Góngora no invalidan la teoría, porque los caractéres é inscripciones cxtraños é ininteligibles, que ha publicado, son mucho más antiguos, sin duda, y acaso tuviesen su orígen en la época primera en que los vascones dominaban toda la Península, áun ántes de la venida de los celtas (2). ¿Quién sabe si un dia podrán interpretarse estos letreros con el auxilio de la lengua que hoy se habla en Vizcaya, y podrá descubrirse algo de la primitiva civilizacion, de las creencias, usos y costumbres de los españoles prehistóricos.

Entre tanto, es indudable que, así en la raza como en el idioma, á pesar de las invasiones semíticas, y á pesar de los pueblos primitivos, que eran turanienses, el elemento indo-europeo ha prevalecido entre nosotros.

---

(1) Velazquez, *Ensayo sobre los alfabetos*, etc.
(2) Góngora, *Antigüedades prehistóricas*, etc.

Tal vez algunos oidos escrupulosamente piadosos se escandalicen de la predisposicion que muestra el Sr. Canalejas por los aryos, y de la inmensa superioridad que sobre los semitas les concede. Sin duda que un pueblo semita fué elegido por Dios para depositario de los dogmas y de las creencias que habian de salvar y de rescatar á la humanidad. Sin duda que este pueblo debia de tener egregias cualidades, cuando Dios le llamó á tan alto ministerio. La lengua en que habló Salomon, legisló Moisés y cantaron David, Isaías y los demas profetas no debe ser menospreciada; pero el pueblo judío es un pueblo singular, y el señor Canalejas habla en general de los semitas; y por otra parte, áun cuando los judíos y la lengua hebraica fuesen comprendidos en la sentencia del Sr. Canalejas, no se podria tachar esta sentencia de heterodoxa. Mas severamente aún que el Sr. Canalejas, y más por bajo, al compararlas con las lenguas indo-europeas, pone el cardenal Wiseman las semíticas. « Estas lenguas sin partículas y sin formas propias para expresar las relaciones de los objetos, endurecidas y yertas por una construccion inflexible, y confinadas por la dependencia de las palabras que vienen de raíces verbales á la idea de accion exterior, no pueden conducir el espíritu á las ideas abstractas. » Hace despues un cumplido encomio de las lenguas indo-europeas, y por último añade: « Estas reflexiones nos llevan á considerar el órden observado por Dios en la manifestacion de la verdad revelada. Miéntras que sus revelaciones debieron ser, más bien que propagadas, conservadas; miéntras que sus verdades se referian principalmente á la historia del hombre y á sus deberes más sencillos para con Dios; miéntras que su ley consistia más bien en preceptos de observancia exterior que en restricciones interiores, etc. », la lengua

sagrada fué el hebreo. « Pero no bien se realizó un importante cambio en los fundamentos de la revelacion divina y en las facultades á que se dirige, cuando se verificó asimismo un cambio correspondiente en la familia á quien su administracion y su principal direccion están confiadas. La religion, destinada hoy para la totalidad del mundo, y para todo individuo de la raza humana, exigiendo, por lo tanto, testimonios mas variados, á fin de responder á las necesidades y satisfacer los ardientes deseos de cada tribu, de cada país y de cada siglo; la religion, digo, se puso en manos de otros obreros, cuya más vigorosa energía de pensamiento, cuyo más fogoso impulso de investigacion pudiese con mas facilidad descubrir y esclarecer sus inagotables bellezas, produciendo así nuevos motivos de conviccion y nuevos asuntos de alabanza (1).

Ya se entiende que ni el cardenal Wiseman, ni el señor Canalejas, ni quien esto escribe, queremos extremar el menosprecio hácia los judíos, pueblo á quien, áun estimadas las cosas por un modo racionalista, es innegable que debe mucho el género humano, y en cuya alta inteligencia no ha habido degradacion ni mudanza hasta ahora. En su misma soberbia, que raya á veces en lo absurdo, hay algo de respetable. Así, por ejemplo, el glorioso poeta y agudo filósofo Jehuda, levita de Toledo, supone en los hombres de su raza prendas naturales tan superiores á las de otros seres humanos, que por ellas viene á explicar el dón de profecía, la comunicacion inmediata con Dios, lo que él denomina el *caso divino;* el cual *caso*

(1) Wiseman, *Discours.* — Second discours sur l'étude comparative des langues. Seconde partie, al fin.

divino se posó sobre toda la congregacion de Israel por naturaleza y nacimiento, sin que apénas sean dignos, ni merecedores, ni capaces de tanto los hombres de otra casta (1). Y en nuestros dias, el judío frances Salvador, en uno de sus mas interesantes trabajos, pretende demostrar que la Providencia, hallando aún poco ilustrados á los pueblos de la tierra para que aceptasen el judaismo, suscitó un profeta, en uno de los lugares más humildes y despreciados de Judea, para predicar una doctrina que sirviese de pasto espiritual y de preparacion á los pueblos indo-europeos, hasta que se elevasen á la altura conveniente y pudieran recibir en toda su pureza las doctrinas judaicas (2).

Como ya hemos visto, las lenguas semíticas apénas tienen ni descubren parentesco, ni por el vocabulario ni por la gramática, con las lenguas indo-europeas. El Sr. Canalejas no se pára á demostrar este aserto; pero, dada la índole ó condicion de su obra, no puede pararse. Ademas, que lo que en todo caso habria que demostrar sería la semejanza, en lo cual se han esforzado en balde, con más imaginacion que juicio, no pocos autores. Hallan algunos la semejanza rastreando etimologías por medio de anagramas. Fúndanse para ello en las diversas maneras de escribir de izquierda á derecha y de derecha á izquierda, y en las inscripciones, que denominan *boustrophedon*, porque en ellas van y vienen los renglones como el buey cuando ara. Así calculan que al pasar las palabras de una escritura á otra, se han leido al reves, y de aquí su di-

---

(1) Cuzari, *Libro de grande ciencia*, etc., traducido al español por el hachan R. Jaacob Abendaña.—Amsterdan, 5423, (1663).

(2) Salvador, *Jésus Christ et sa doctrine*.—París, 1838.

versidad. Algunas coincidencias vienen en apoyo de esta aventurada hipótesis, si ingeniosa, harto poco sólida. V. g., *kid*, en arábigo, significa *regla*, y al reves tenemos *dik*, que es justicia en griego; *sar* es en lengua pérsica la *cabeza*, y el mismo significado tiene en arábigo *ras*, y *rosh* en hebreo (1). Aun pudieran citarse muchas más de estas etimologías, que sólo prueban la paciencia y la imaginacion de quien las busca, porque, siendo las létras y las sílabas los elementos de todo idioma, y los órganos de la garganta, del pecho y la boca, los medios de pronunciar toda palabra, por fuerza han de parecerse muchas, por extraordinario que sea el número de combinaciones que pueda construirse con todos los signos del alfabeto y con todos los sonidos articulados. Por otra parte, áun sin acudir al anagrama, leidas derechamente, hay y debe haber no pocas palabras hebraicas, caldeas, samaritanas ó arábigas, que hayan venido á naturalizarse en nuestras lenguas indo-europeas, ó que hayan pasado de nuestras lenguas á las semíticas. Así, por ejemplo, *tierra* y *diente*. Lo maravilloso sería no hallar jamas analogías de esta clase, habiendo estado en tan íntimo comercio y trato unos pueblos con otros, desde el albor de la historia.

Ya he dicho que el Sr. Canalejas, aunque aspira á dar en su discurso un breve resúmen de los más recientes descubrimientos de la filología, y aunque acierta á presentar con notable concision de estilo y poder de síntesis un cuadro sinóptico de la ciencia, tal como es en el dia, más se atiene á lo experimental que á aquella parte funda-

---

(1) Welsford, *Mithridates minor, or an Essay on Language.*— London, 1848.

da en especulacion y como en atisbos y fuerza de raciocinio, que trata de fundar la filosofía de esta ciencia, desentrañando los orígenes del lenguaje, y procurando explicarle sin acudir á los asertos de ninguna religion positiva. Con todo, el Sr. Canalejas, en virtud de su creencia, ó, mejor dicho, de su doctrina del progreso, decide, segun ella, por lo ménos, algunas cuestiones secundarias.

No soy yo de los que niegan el progreso humano, así en el indivíduo como en las sociedades; pero no le creo tan ordenado y simétrico, tan por igual en todo, que no admita excepciones y distingos en no pocos puntos y momentos. El mismo Sr. Canalejas acepta estas excepciones, y no puede ménos de aceptarlas; pero las acepta con más dificultad, más á despecho suyo que yo, y de aquí nace nuestra divergencia en la cuestion que llena casi toda la segunda parte de su discurso: el paralelo entre las lenguas clásicas antiguas, el griego y el latin, y los modernos idiomas. Si bien para el Sr. Canalejas hay ventajas y desventajas que se van compensando, al fin no queda en el fiel la balanza de su juicio, y se inclina á un fallo favorable á los modernos idiomas, que llama analíticos. Los antiguos tienen más lozanía, tienen las gracias de la adolescencia; pero los modernos tienen el brío, la robustez, la energía de la edad viril. Los antiguos son mejores para que hable por ellos la imaginacion; los modernos para que la razon hable por ellos. Unos eran más adecuados á la poesía; otros se prestan y adaptan mejor á la filosofía y á la ciencia.

Yo me pongo más resueltamente en favor de las lenguas clásicas y les concedo la primacía en todo. Cuanto depende del instinto, de la fantasía, de la inspiracion, es mas propio de las edades primeras que de estas en que vivi-

mos; y más aún si se trata, no de instinto, de inspiracion ó de fantasía individual, sino de estas facultades obrando colectivamente, agitando, por decirlo así, la mente y el corazon de las muchedumbres, y haciéndoles producir obras semi-divinas, inconcebibles hoy, como la creacion del lenguaje.

En corroboracion de mi parecer, diré que la poesía lírica, la cual tiene mucho de individual, es hoy, si no superior, igual á la poesía lírica de los mejores tiempos. El poeta aisladamente puede inspirarse, lo mismo ahora que en todos los tiempos, y áun encumbrarse en los presentes á mayor altura, porque ya el saber le ha hecho trepar paso á paso á una cima excelsa, desde donde se descubren horizontes muy anchos, y desde donde cuesta ménos esfuerzo tender las alas del espíritu y alzar el vuelo á esferas superiores, cerniéndose en puntos sublimes, á los cuales los antiguos poetas, alzándose desde más bajo, no pudieron nunca soñar que se elevarian; pero áun en la poesía lírica de hoy noto algo de ménos cabal que en la antigua. La de hoy rara vez habla á las muchedumbres sino rebajándose y humillándose hasta ellas, y halagando ruines instintos y groseras pasiones. Cuando la poesía lírica es más alta, suele ser meramente subjetiva y mirar al vulgo con soberbio desden; suele ser un monólogo, no una arenga; no una enseñanza dirigida al pueblo, sino sólo á algunas almas escogidas. Apénas si álguien más que Schiller en el *Canto de la Campana*, Leopardi en la *Oda á Italia*, Quintana en sus versos patrióticos, y Manzoni en sus himnos sagrados, se aparta de esta regla general, y habla, ó mejor diré, canta para el pueblo, y se dirige á la humanidad, ó al ménos á la patria, con inspiracion y con acento digno y elevado.

Pero en nuestra edad no se da aquella gran poesía donde se requiere la inspiracion colectiva; donde no se comprende al poeta aislado; donde el pueblo ha de ser, permítaseme la expresion, no sólo espectador ó auditorio simpático, sino como colaborador del poeta; donde nace la poesía de un consorcio íntimo, de una comunion misteriosa, de una corriente magnética entre el espíritu de un singular poeta y el de todo un pueblo, á fin de que el canto del poeta resuma y cifre, por un procedimiento inenarrable, toda una civilizacion, con todas sus fases, en la hora dichosa, en la estacion vernal de su prístino florecimiento, para que sea fecundo gérmen de los más ricos, ubérrimos y sazonados frutos ulteriores. Así es que la epopeya no puede ser ahora sino artificial y erudita. Nada parecido á la *Ilíada* puede haber ni ha habido en la historia literaria del mundo. Las circunstancias que concurrieron en la creacion de aquel poema, ni se dieron ántes, ni volvieron á darse despues, ni se volverán á dar nunca. Aquel poema divino fué la rosada luz de la aurora, la primera flor que contenia en sí toda la semilla de la civilizacion helénica, y por consiguiente de la civilizacion europea, en cuanto tiene de más bello y elevado.

Los poemas indios vienen despues de libros de teología, de leyes, de filosofía y tal vez hasta de gramática. El Dante escribe su poema cuando el saber, la erudicion y hasta el ergotismo y la pedantería de su edad no cabian en su poema; y le escribe, ademas, en una lengua que no tiene la frescura primogénita ni la nitidez virginal del griego, y que es, con todo, más incorrecta, ménos rica, ménos completa que el griego. En el dia no puede haber epopeya; lo que la sustituye es la novela; epopeya casera, sin ideal ó con un ideal enfermizo y quinta-esenciado, en

que el poeta no habla á las muchedumbres, ni con brío y entonacion profética, ni al aire libre,

> Donde no se apoca
> El númen en el pecho,
> Y el aliento fatídico en la boca;

sino que habla desde su estancia, con inspiracion en que la crítica reflexiva entra por mucho, y sólo se entiende uno á uno con los lectores, que, tambien aisladamente, le leen.

En el teatro mismo, por más esfuerzos que se hagan para elevarle, no hay ni puede haber en el dia esa enseñanza, esa escuela de moral, esa institucion religiosa del teatro griego. El teatro no puede ser entre nosotros sino poco más que un mero pasatiempo, una diversion culta y honrada. A pesar de las excelencias de Shakspeare y Calderon, el culteranismo, las extravagancias y el mal gusto que afean las obras de ambos, el realismo escéptico del uno, y el sentimiento religioso del otro, por demas intransigente y materialista, no consienten que se muestre en ellos aquella virtud profética, aquella enseñanza trascendente de las tragedias de Sófocles y Esquilo. Shakspeare vive en su época y la describe y la comprende; Calderon es un arcaismo, como la córte en que vivia; en Sófocles y Esquilo rebosa el presagio.

En suma, la virtud plasmante de la fantasía ha decaido en la colectividad, en la sociedad entera, y en aquellas artes que viven más de la inspiracion colectiva. El arquitecto de ahora, con más ciencia que el antiguo, podrá poner el Panteon de Agripa sobre el Partenon; combinar el estilo gótico con el arábigo; remedar los templos egipcios é indianos; edificar un alcázar airoso, gentil y afili-

granado, como la Alhambra, y construir una catedral gótica mayor y más perfecta en lo interior que la de Sevilla, y en lo exterior que la de Colonia ó la de Búrgos, pero no creará nada nuevo. El escultor se esmerará en balde y no se aproximará nunca en sus estatuas á la inmaculada hermosura del Apolo de Belvedere, de la Vénus de Milo ó del grupo de Laoconte. Con el artificio, con el estudio, con el juicio harémos algo más correcto, más ajustado y ceñido á las reglas, pero inferior por la inspiracion y el significado. Esto sucede con más razon aún en el lenguaje.

Un ideólogo, un hábil gramático de nuestros dias, podrá crear un lenguaje, que presuma de universal, hecho á compás, vaciado en el molde de la dialéctica, sin irregularidades ni idiotismos, ó podrá corregir y atildar el suyo y de sus conciudadanos, por tal arte que se preste á expresar con precision las más vaporosas sutilezas y las más oscuras é inefables profundidades; pero no se hará aceptar por el pueblo, porque su lengua será una cristalizacion inanimada, y no un organismo fecundo y viviente.

Claro está que los modernos idiomas no se han formado por artificio, sino naturalmente; pero se han formado en época de ménos virtud plasmante en el pueblo. En la historia de los mismos idiomas, en el órden que han seguido sus transformaciones y cambios, creo ver ademas otra razon en favor de los antiguos; sobre todo del latin y del griego.

Hay un pueblo enérgico, poderoso, absorbente, conquistador, y se extiende por el mundo y difunde por donde quiera su lenguaje. Este lenguaje se altera, se corrompe, se muda al extenderse, ó por derivaciones que nuevas

ideas obligan á hacer, ó por cambios de pronunciacion, ó por mezcla con idiomas bárbaros. De aquí nacen en cada region donde el pueblo conquistador se ha establecido, no uno, sino muchos dialectos. Llega un grado de civilizacion más alto en aquel estado ó region, y lo mejor de todos los dialectos se amalgama y se funde en uno solo, bajo el influjo incontrastable de uno ó más grandes poetas, oradores ó legisladores, y surge por seleccion la lengua literaria, la lengua general de la nacion toda. Es á su vez esta nacion civilizadora y absorbente, y esta lengua literaria, al difundirse por el mundo, vuelve á diversificarse y á desmenuzarse en multitud de dialectos, de los cuales salen luégo nuevas lenguas literarias á la vez.

De este modo fué el lenguaje de los aryos. Los primeros cantos de los Vedas acaso fueron escritos ántes de la separacion. Se esparcen los aryos por el mundo, y llevan su lengua transformándola en sus diversas emigraciones y dando orígen á multitud de dialectos. En Grecia se juntan estos dialectos, y nace ó prevalece la lengua literaria general griega. En Italia contribuyen tambien diversos dialectos á la formacion del latin. Conquistan los romanos diversos países, y el latin se difunde con ellos y se trueca en multitud de dialectos rústicos. Cada nueva nacion, por último, aglomera lo más bello de estos dialectos, y forma su idioma literario respectivo. Así el español, el frances y el italiano.

Pero, en estas evoluciones análogas y sucesivas, en estas destrucciones y reconstrucciones alternadas, ¿sigue constante, inalterable, sin excepcion, la ley del progreso? ¿Van siempre las lenguas de peor á mejor? En suma, y contrayéndonos á las lenguas indo-europeas, ¿son las lenguas de la moderna Europa más ricas, más bellas, más

enérgicas, más aptas para expresar lo más sutil y lo más profundo del pensamiento humano? Yo entiendo que no.

La ventaja, el progreso de la civilizacion está en que hoy son muchas más las lenguas literarias que simultáneamente florecen y se desenvuelven en ricas y sincrónicas literaturas, y que concurren á la par á los descubrimientos científicos, á la creacion de los sistemas filosóficos, y á las teorías de que brotan el movimiento religioso y el movimiento político del mundo. En lo antiguo era rara esta simultaneidad. Uno ó dos pueblos fueron los maestros de las gentes, los corifeos y guías de las naciones, los exploradores en la marcha de la humanidad. Mas, por esto mismo, el instrumento de que se valieron, el lenguaje, hubo de ser providencialmente más perfecto entre ellos. La ciencia, la literatura, las artes y las leyes de griegos y romanos crearon un elemento nuevo y fecundo, muy superior á toda obra de los aryos del Asia; lo cual fundó desde luégo la primacía que áun dura, y tal vez dure siempre, de las razas europeas. De aquella única civilizacion greco-latina ha brotado la nuestra como del tronco las diversas ramas. Natural es, por consiguiente, que las lenguas griega y latina fuesen tambien únicas y muy superiores á las de ahora.

Si de estas consideraciones generales tuviéramos tiempo de descender á pormenores, su exámen confirmaria nuestra opinion. La riqueza de formas, nacida del carácter del latin ó del griego, es indudable que hace más variados, más concisos, más briosos aquellos idiomas. Tener más modos, voces y tiempos en los verbos; más números y casos en los nombres; un participio casi en cada tiempo, así en la voz activa como en la pasiva; multitud de desinencias en las declinaciones y conjugaciones, y una

gran facilidad y flexibilidad para formar armónicamente y con organismo nuevas palabras por medio de las preposiciones y de la union de nombres diversos, son, en mi sentir, indudables ventajas.

No se puede objetar que los idiomas modernos ganan en precision y exactitud lo que pierden en abundancia y euritmia; porque, si bien se considera, ¿qué mayor claridad ha de nacer de que las palabras carezcan de un valor completo y fijo en ellas solas, y en que la posicion que ocupan en el discurso tenga que determinar y circunscribir su significado? Entónces no habria lengua más precisa, exacta y clara que el chino, donde una misma palabra puede ser sustantivo, adjetivo, verbo, adverbio y preposicion, segun el lugar que ocupa. Proviene este error de confundir la expresion de un concepto, que es sucesiva en el lenguaje, con el concepto mismo, que aparece por completo de una vez en la mente. *Pedro hiere á Juan*, pongo por caso, en otros idiomas modernos, donde ni siquiera se distingue el acusativo con la preposicion *á*, sólo puede decirse de un modo: primero, Pedro, que hiere, luégo el verbo herir, y por último, la persona herida. Pero ¿qué mayor lógica ni qué mayor claridad hay en esto que en invertir de todos los modos imaginables los términos de la oracion, cuando todos y cada uno de por sí tienen su significacion concreta, sin que se la dé el lugar que ocupan, sino la desinencia que los determina? El procedimiento dialéctico no es contrario al hiperbático, porque la comprension de un concepto es, y debe ser simultánea, aunque sea sucesivo el modo de expresion. En el arte de la pintura, el modo de expresion es simultáneo: *Pedro hiriendo á Juan* se expresa de una vez, como en la realidad se ve y se comprende de una vez.

En el arte de la pintura, una obra se percibe de una vez con todas sus múltiples y variadas bellezas, en todos sus pormenores y en su rico conjunto. Una obra literaria se va comprendiendo y percibiendo á trozos, y así, para abarcarla toda y hacerse cargo del conjunto, es menester el auxilio de la memoria y de la imaginacion, y guardar en el alma los trozos fugitivos y los diversos pasajes, y reconstruirlos luégo por un trabajo interior, á fin de ver mentalmente el todo. Lo que se afirma de una obra extensa, de un poema, de un drama, de una novela, bien puede tambien afirmarse de un párrafo, de un período, de una oracion la más sencilla.

Proviene de aquí la conveniencia de un órden, tanto en toda una obra cuanto en un solo período; pero este órden, fundado en razones mnemotécnicas, encaminado á herir con más viveza la imaginacion con el punto más culminante, léjos de oponerse al hipérbaton, le requiere y solicita, cuando se usa con acierto, colocando en el lugar más conspicuo el pensamiento ó la palabra capital, en torno del cual ó de la cual se agrupan las otras palabras ó los otros pensamientos. Por el contrario, el órden tan celebrado de lógico no es más que un recurso, una convencion arbitraria para remediar la pobreza de los idiomas, que han menester que las palabras se pongan en un sitio determinado, á fin de que su significacion vaga se aclare, concrete y fije.

El carácter analítico de las lenguas modernas no es, pues, más lógico; es una pobreza. Extremándole, pudiera irse hasta algo parecido al chino; hasta una lengua sin gramática. Por fortuna, observamos lo contrario; observamos que las lenguas, en vez de propender á más descomposicion, vuelven á recomponerse. En inglés y en

aleman se forman aún los futuros con verbos auxiliares; en nuestras lenguas neo-latinas hemos vuelto á reconstruir estos tiempos, amalgamando los auxiliares con el verbo principal: v. gr., *he de amar*, *hia* ó *habia de amar*, se han transformado en *amar-he* ó *amaré*, *amar-hia* ó *amaria*. El griego moderno habia perdido muchísimas formas que va ya recuperando. ¿Se dirá por esto que el griego del siglo pasado era más perfecto que el del siglo de Pericles, y que ya va degenerando otra vez? Hasta el infinitivo se analizaba por haber caido en desuso. En vez de decir, por ejemplo, *voy á vestirme para ir á comer con fulano*, habia que decir: *Voy á que yo me vista*, *para que yo vaya á que yo coma con fulano*. ¿Es esto, quizás, más lógico y más primoroso?

Repito, pues, que indudablemente las lenguas modernas son inferiores á las lenguas clásicas, griega y latina, como quiera que este asunto se considere y estudie. El progreso no es universal y constante ó sin excepcion en todo. Pueblos hay que degeneran, decaen y hasta se hunden: otros que se levantan, crecen y suben hasta el mayor auge. Lo que ocurre en las razas y pueblos, ocurre tambien en las aptitudes y facultades. Por donde, si en muchas cosas importa ser progresivos, sin olvidarse de la tradicion y sin menospreciar lo pasado, en otros asuntos se encamina más hácia la perfeccion el que es conservador y hasta retrógrado, porque lo ménos imperfecto, aunque no con frecuencia, suele hallarse tambien en el atavismo. Esto último ocurre en la contextura de las lenguas, cuya mejora, cuya belleza y primor, suele estar en lo arcaico, y cuya corrupcion y ruina suele ser el neologismo de la frase. Pero, si esto es así en la contextura de las lenguas, en su forma, en su gramática, lo

contrario puede entenderse de la parte léxica, esto es, de la materia, del caudal de voces, donde el neologismo, si está discretamente formado, si se acepta y emplea, nó por ignorancia del vocablo propio, sino porque no le hay para expresar bien la idea nueva, no sólo es permitido, sino laudable, útil y conveniente.

Tengo una verdadera satisfaccion y me complazco en creer que al decir esto soy fiel intérprete de los pensamientos de esta Academia, la cual considera que la lengua debe conservar su índole propia y castiza, y no desfigurarse con giros exóticos y ridículas novedades; ántes recomienda á los escritores el estudio de nuestros admirables poetas y prosistas de los siglos XVI y XVII, en quienes no puede ver ni ve nada de anticuado. Por el contrario, la Academia aplaude el neologismo en las voces cuando las voces son de procedencia y formacion legítimas, y expresan en efecto una idea nueva, un nuevo matiz ó una nueva faz de una idea antigua.

Los grandes trabajos que esta Academia prepara prueban su deseo de que los recientes progresos de la filología comparativa influyan como deben en el cultivo de la lengua patria. Uno de estos trabajos es un *Diccionario etimológico*, obra que, há tiempo, acometió por sí solo un individuo de su seno, á quien la muerte impidió llevar á buen término tan arduo propósito, y obra de la que ya tambien otro ilustre Académico nos ha trazado, por decirlo así, un excelente bosquejo (1). Para esta empresa no se debe negar que doctísimos filólogos extranjeros nos

---

(1) Se alude á los Sres. D. Rafael María Baralt y D. Pedro Felipe Monlau.

han allanado el camino, escribiendo Diccionarios etimológicos de otras lenguas hermanas, y le han facilitado particularmente, Díez con su *Diccionario* y su *Gramática de las lenguas románicas*, y Engelmann y Dozy con su *Glosario de palabras españolas y portuguesas que se derivan del árabe.* Asimismo piensa la Academia componer y publicar un *Diccionario de arcaismos* y un *Diccionario de neologismos.* Para estas y otras semejantes tareas me atrevo á afirmar que hemos hallado un eficaz auxilio en la activa y despejada inteligencia, en el mucho saber y en el celo laborioso del nuevo Académico, á quien he tenido la honra de contestar en este desaliñado discurso.

UNA ZUIZA EN EL SIGLO XVI[1].

AL INSIGNE CRÍTICO ESPAÑOL

DON MANUEL CAÑETE.

I.

Quiero suponer, con perdon de mis lectores, que muchos de ellos no saben lo que sea una *zuiza*.

Esta suposicion á nadie ofende, puesto que dos terceras partes de los españoles ignoramos las tres quintas — y me quedo corto — del caudal de voces que atesora la riquísima habla castellana.

Triste verdad, que no por serlo debe sonrojarnos, porque al igual sucede á todas las naciones del mundo.

Son las lenguas el oro menudo del avaro, que se adquiere á mucha costa; se guarda bajo siete estados de tierra, y no reluce de una vez sino á los ojos deslumbra-

(1) Leido en Junta ordinaria de la Real Academia este curioso escrito de nuestro correspondiente en Toledo, el Sr. D. Antonio Martin Gamero, se acordó incluirlo en la presente coleccion de MEMORIAS. Igual acuerdo adoptó la Academia sobre la carta no ménos curiosa dirigida al Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete, que se imprime á continuacion, y que tiene por objeto ilustrar la materia con nuevos datos y observaciones.

dos del dueño, cuando en el aposento más recóndito se goza en apilarle.

Á bien que para los apuros casi todos los pueblos poseen un registro de su riqueza lingüística, á que llaman *Diccionario*, curiosa invencion de no sé qué tiempos, merced á la cual puede pasarse revista prontamente á cualquier vocablo que forme en las filas de un idioma.

Ábrase, pues, el *Diccionario* de nuestra Academia por cerca de la *Fé de erratas;* búsquese en él aquella palabrilla, y verémos si salimos de dudas.

ZUIZA, *f.* (nombre femenino) *met.* (tomado metafóricamente, significa): *Contienda, riña, pendencia y alboroto entre varios, en que ordinariamente intervienen armas y daño de los que riñen.*

Desde luégo es de presumir que, suprimiendo lo de *intervenir daño*, en lo demas se dará el lector por satisfecho, si no pasa adelante y lee: ZUIZON, *m.* (masculino) *chuzo.*

Esto ha de abrirle el ojo, y hacerle exclamar para sus adentros: Ahora caigo en que zuiza vale tanto como lucha donde median ó intervienen chuzos.

Y si despues oye á Quevedo decir:

> Las zuizas de una junta
> En pareceres le aguarda;
> Unos le atraviesan dudas,
> Otros textos y demandas;

puede que se le antoje al que lea preguntar: ¿Cuál es el sentido *metafórico* de la palabra; el que le atribuye la Academia, ó el que le regala el romance satírico?

Pero aplace para mejor ocasion la respuesta, y hojee ántes alguno de los muchos *Diccionarios* que verá en las librerías de los curiosos.

Yo le ofrezco uno, de cuyo autor nada le importa saber, y en cuyas páginas se encuentran estas dos definiciones.

ZUIZA, f. *Soldadesca festiva de los lugares, armada con zuizones.* || met. *Pendencia y alboroto entre muchos.*

Ya pareció aquello.

La Academia y Quevedo marchan juntos, al mismo compas, por el camino de las metáforas. La una y el otro definen el tropo gramatical, sin penetrar la significacion genuina del vocablo.

El anónimo que yo cito, sienta el paso con más firmeza sobre el terreno. Nos habla de milicias locales destinadas á distraer á los pueblos en ciertas fiestas con el *juego del chuzo*, que acaso reemplazó despues de la Edad Media á las cañas de los árabes ó á las lanzas de los antiguos caballeros, si originariamente no nos vino de *extrangis*.

Sea lo que quiera, todavía la definicion del sentido propio deja mucho que desear.

¿Cómo se apellidaba al mílite que formaba esa *soldadesca festiva?* ¿Era jinete ó infante? ¿Qué uniforme llevaba? ¿Servia por su voluntad ó forzosamente?

Hé aquí cuatro preguntitas capaces de sacar los colores á la cara de cualquier académico.

Covarrubias, estableciendo sinonimia entre el zuizon y la alabarda, afirma que en lo antiguo *se dijo chuzones ó zuizones de los zuizos.*

Buena autoridad para dar este nombre á los alabarderos.

En cierta FARSA ó CUASICOMEDIA de Lúcas Fernandez, publicada recientemente con todas las del autor y sábias ilustraciones del eminente crítico Sr. Cañete, figura un soldado baladron, no de burlas, sino de véras, veterano,

no bisoño, que por amores riñe con el pastor Pascual, y á quien el poeta, para distinguir la clase á que pertenece, le llama ó *zoizo* ó *infante*, si no me equivoco, aludiendo claramente á la infantería de su siglo.

Luégo, en tal supuesto, el soldado festivo pudo llamarse *zuizo* ó *zoizo*, y la zuiza ó soldadesca quizás la formarian gentes de á pié y no de á caballo.

En cuanto al uniforme y las armas, si cabe juzgar por el que viste y las que lleva el soldado de la farsa de Fernandez, eran éstas una alabarda, una espada y un cuchillo, y aquél le componian un peto, una cruz y una gorra, con lo cual se resguardaba la parte superior del cuerpo, andando la inferior, ó sean

Las ñalgas descobijadas,
Destapadas
..... en guis como mona,
Por traer más aliviadas
Descansadas
Las carnes cualquier persona.

Á las armas que menciona el poeta salmantino, no debe haber reparo en agregar tambien, tiempos andando, el arcabuz, instrumento de guerra no generalizado en los suyos. El cronista regio Ambrosio de Morales, describiendo el solemne triunfo con que fueron recibidas las santas reliquias de los gloriosos mártires San Justo y Pastor en Alcalá el año 1568, dice que salieron á su encuentro cuatro *suizas*: una en Sigüenza, «de trescientos soldados, muy en órden todos, y al llegar hizo gran salva de arcabucería»; otra en Hita, «de hartos soldados bien aderezados»; otra en Meco, cuya villa habia proveido que hubiese una muy buena; haciendo su primera muestra los soldados con su capitan en salir á recibir la procesion

de la Cofradía (de los mártires) á la vuelta, con gran salva de arcabucería», y al acercarse aquélla á Alcalá, en el prado que llaman de Esgaravita, á media legua de la poblacion, «iba la cuarta delante della con quatrocientos soldados muy bellamente aderezados, y llevaban seis atambores y dos pífaros, y gran número de arcabuceros, que á todos tiempos convenibles hacian muy grandes salvas.»

Últimamente, no sé cómo estaria organizada la *zuiza* ó fuerza popular de que hablo; mas hay barruntos de que fuese algun tanto obligatorio su servicio.

Ésta es una simple opinion mia, que merece apoyarse con ejemplos históricos, y tengo á la mano uno, sacado del pozo inagotable de la historia de Toledo, que me viene de molde para aclarar el asunto.

II.

Recordemos ántes algunos pormenores.

Á la época de la reconquista, la ciudad de Alfonso el Sexto, amenazada dentro y fuera por los enemigos de su fé, era una verdadera plaza fuerte.

Todo vecino, ya fuese mozárabe, ya castellano ó franco, tenía armas para defender su hogar y el muro.

Los fueros le concedian tambien derecho para tener caballo, si habia medios para adquirirlo.

Fué siempre la caballería en España señal de nobleza, y los toledanos se declaraban nobles cada y cuando podian serlo.

Doles libertad (á los mozárabes), decia su fuero particular, *que si alguno fuere entrellos de pié* ET QUISIERE ET QUIERE ET OUIERE PODER, *que sea caballero.*

El fuero general se explicaba así: *Qualquier daquellos que quiera cavalgar, en cualquier tiempo cavalgue y éntre en las costumbres de los cavalleros.*

Y como para sancionar que en esto no mediaba premia ni compromiso de ninguna especie, el fuero de los francos dispuso: *quod nullus caualguez pro foro* (por fuerza ú obligacion) *nisi ex sua uoluntate caualgare uoluerit.*

Todos los vecinos eran, pues, soldados voluntarios, y podian pasar de la clase de peones á la de jinetes, esto es, á la de los caballeros, con sólo quererlo ser.

¡Grande privilegio, que en vano se buscará más ámplio, más liberal en ninguna behetría!

Á su sombra fué formándose poco á poco en Toledo una milicia local imponente y respetable, la cual, conducida por capitanes expertos, recogió larga cosecha de laureles en los campos de Calatrava, del Puerto del Muradal, de Granada y Sevilla.

Acabó un dia nuestra santa cruzada contra los moros, y esa milicia no se deshizo.

Sus príncipes, sus cabos y sus alféreces continuaron ejerciendo el mando, como los soldados continuaban ejercitando la obediencia.

Éstos y aquéllos formaban en tiempos de paz la *comunidad toledana*, aquella terrible reunion de gentes de guerra, que se mueve y agita en los reinados turbulentos de los Alfonsos y los Sanchos, de los Pedros y los Enriques; que sostiene parcialidades enconadas en algunas minorías; que libra batallas dentro de la ciudad para entregar la gobernacion del Estado á un rey Niño; que desconcierta al poderoso valido D. Álvaro de Luna; que impone al gran político Cisneros, y asusta al vencedor de Pavía y Cerignola, y se muestra valerosa y pujante en Torre-

lobaton y Ampudia, ántes de rendir su postrer aliento en Villalar.

Mucho hacia, sin embargo, que esta milicia caminaba á la desbandada, en abierto ó disimulado divorcio con sus jefes.

Un prudente repúblico y esclarecido poeta se lamentaba ya á fines del siglo XV, satirizando contra el mal gobierno de Toledo, de que

> Las huestes sin capitanes
> Nunca son bien gobernadas,

y áun añadia que

> Hombres de armas sin jinetes
> Hacen perezosa guerra;

queriendo así acusar por el olvido de sus deberes al príncipe y alféreces de la milicia toledana, y por su dejadez y abandono á la nobleza de aquellos dias.

¡Qué no hubiera dicho nuestro primer corregidor, el buen D. Gomez Manrique, á haber alcanzado los de Felipe II, cuando las armas eran un adorno del traje, mera prenda suntuaria, ó un juguete de entretenimiento y diversion para los toledanos!

Á tal grado de postracion llegaron entónces las cosas, que de la antigua milicia solamente conservaban recuerdos, y recuerdos bastante tibios, los gremios, la gente plebeya.

Los bandos de los Laras y Castros, de los Silvas y Ayalas, los Barrosos, Pachecos y Palomeques, habian consumido en la hoguera de sus rencillas y sus odios el fuego patrio que animaba á nuestros primitivos ricos hombres.

En esa hoguera su fundió el *princeps toletanæ militiæ*, á

cuyo cargo estaba aneja desde el famoso Rodrigo Diaz de Vivar la alcaidía de los reales alcázares, puertas y puentes de Toledo, y el alférez mayor de sus tropas; saliendo convertidos estos dos jefes militares en regidores perpétuos de la ciudad, al llevarse á cabo las reformas de nuestro municipio á principios del siglo XV.

Los marqueses de Montemayor y los condes de Torrejon, en quienes vincularon aquellas dignidades, cambiaron el estoque por la vara, la compañía por el cabildo, los encuentros gloriosos cuanto patrióticos de las lides por las ardientes pero oscuras é interesadas contiendas del foro.

Así mostraron tan poco aprecio de la carta que los Reyes Católicos escribieron al ayuntamiento desde Segovia, su data á 28 de Julio de 1494, recomendándole que *se hicieran frecuentes alardes de caballos, para que no se olvidase la milicia.*

Cuando Cisneros intenta tambien reorganizarla y que haga ejercicios los dias de fiesta, con el fin de que se adiestre en el manejo de las armas, que mantenian en perpétuo ocio las ciudades, Toledo es de las primeras que se resisten á obedecer, hasta que alcanza la suspension del mandato.

Años adelante, el mismo Felipe II pregona una recluta, halagando con seductoras exenciones á los que se alisten bajo sus banderas; pero aquello fué, y no más, una leva para crear ejércitos de reserva permanente, «sin tanto tropel de atambores como se solia hacer, á cuya causa, en mandándose alistar gente, luégo era sabido en las tierras del turco», segun declaraba el pregon.

Esto es:

Aquello fué ir acopiando materiales con destino á la for-

midable armada que, poco despues, levantaria hasta las nubes el pabellon español en el golfo de Lepanto.

La fuerza popular no daba señales de vida por estos tiempos.

Baste saber que uno de los privilegios concedidos á la recluta era que pudiese el alistado *ordinariamente traer de noche y de dia sus armas ofensivas y defensivas*, las cuales le daria la ciudad con municion y todo lo demas necesario para hacer alardes.

La milicia antigua, ó se habia disuelto, ó no podia *ordinariamente* traer armas.

Si la quereis ver con ellas, aunque muy disfrazada, buscadla al lado de las danzas de las cofradías, de los festejos y procesiones de las parroquias, ó de los solaces de los gremios de artes y oficios.

Allí está la *soldadesca festiva armada de zuizones* ó alabardas, cuando no de arcabuces para divertir á las gentes.

El *zuizo* hecho un histrion.

La *zuiza* convertida en compañía de *saltimbanquis*.

Y es lo peor del caso, que se cumple el servicio, como carga real ó concejil, por obligacion, y se le pone de frente, en competencia, una caballería privilegiada, á cuyas filas no puede pertenecer el pueblo, aunque quiera.

Las franquicias y los privilegios forales se abrogaron con el desuso, y en su lugar levantó la costumbre un derecho moderno, que hasta ahora no está escrito.

¿Dónde consta ese derecho?

Vais á saberlo muy pronto.

III.

Toledo se hizo un ascua de oro hácia el mes de Febrero de 1560, para solemnizar las bodas del hijo de Cárlos

de Gante con Isabel de Valois, la hija del Cristianísimo rey de Francia Enrique II.

El recibimiento que preparó la ciudad imperial á la Reina rayó en extremos de locura.

Las clases todas á porfía la obsequiaron, echando, como dice el vulgo, la casa por la ventana.

Arcos triunfales en distintos puntos de la poblacion; fuentes artificiales de agua y de vino en algunas plazas; colgaduras de seda y brocados en los balcones; torneos en palacio y en la vega; é iluminaciones y músicas y danzas por todas partes, fueron en compendiado resúmen las fiestas que á la sazon presenció sorprendida y regocijada la córte.

Hubo al propio tiempo otra que exige mencion especial.

Detras de vistosas danzas, salió á recibir á la régia desposada una capitanía de niños vestidos de calzas, jubones y cueras, unos con arcabuces pequeños, otros con azagayas por picas. Llevaban su capitan, su alférez y dos atambores de librea.

Era ésta como la vanguardia de la zuiza, llamada á representar el principal papel en la fiesta.

Componíanla seis banderas de soldados, formadas con los oficios de esta ciudad, á las que se unieron otras dos de gente de Sonseca y Camarena.

Delante, á la cabeza de todos, tremolaban la primer bandera los *boneteros*, por ser más numerosos, y su arte muy señalada entre las demas.

Llevaban la segunda los *sastres*, *calceteros*, *jubeteros* y *roperos*, riquísimamente ataviados, sobre todo los sastres.

Seguíanles los *carpinteros*, *albañiles* y *yeseros*, con la tercer bandera.

Regian la cuarta los *armeros*, *espaderos*, *malleros*, *esmoladores de espadas* (sic) y todos los oficios tocantes á las armas.

Al rededor de la quinta se agrupaban los *zapateros*, *chapineros*, *agujeteros*, *zurradores* y *oficiales de cuero*.

Por último, en la sexta iban los *arcabuceros*, *piqueros*, *herreros*, *caldereros*, *cerrajeros* y *latoneros*.

Todas juntas, con las dos de los lugares, dicen que compondrian un ejército de seis mil soldados.

¡Respetable cifra, que levanta muy alto la importancia de nuestra clase media en el siglo XVI, al par que pone al descubierto el admirable órden, el tino y la cordura con que se sabian asimilar, por analogías naturales, los diferentes oficios asociados bajo las respectivas banderas!

No presidia, sin duda, igual prudencia para otras cosas.

Una interesante descripcion de la fiesta, escrita por un testigo ocular, raro manuscrito de que saco estas noticias, dice al propósito:

«Salieron como dicho es todos á una mano tan bien aderezados de jubones, y calzas, y cueras, y gorras, y penachos, y cadenas de oro, que todos gastaron para esto sobre sí grandíssima suma de dineros; mas principalmente en esto se señalaron los capitanes y alférez y los otros que tenian algun cargo, que sacaron tales atavíos de sedas y oros y brocados, y bordados y recamados y chapados, que fué cosa de ver, y *dun de reprender*, *porque algunos se empeñarian para tener bien que pagar despues;* aunque para capitanes *eligieron* los más ricos y que mejor lo podian hacer.»

Sin echar en saco roto la leccion moral que tan al pelo encajona nuestro autor, anótese en hoja suelta lo de la

eleccion de jefes hecha por los oficios entre los más ricos de cada clase, y vamos andando.

«Salieron para escaramuzar con esta gente de pié hasta 102 de caballo en ocho quadrillas, todos á la gineta muy ricamente vestidos, cada quadrilla de sus colores, de sedas, y brocados, y bordados, y recamados, con sus lanzas y adargas, de que era capitan el Marqués de Falces y Conde de Santistéban, Corregidor de Toledo, que en todas estas fiestas trabajó mucho; y todo esto andava viendo y mirando el Rey nuestro Señor disfrazado con otros caballeros, segun dicen, porque yo no le vi, y así es de creer, porque no era cosa de dexar de ver, y era grandíssimo favor que S. Majestad daba á esta ciudad y á su fiesta.»

La poderosa caballería toledana reducida á *ciento dos jinetes.*

Príncipe de esta caballería el corregidor de Toledo, magistrado elegido por la corona.

¡Cuánto han variado los tiempos!

Sigamos.

«Llegó la Reyna nuestra Señora á la venta de Lázaro-Buey, adonde se apeó de una litera en que venía, y subió en una acanea blanca. Venía vestida á la española de una saya de tela de plata con infinita pedrería y perlería, y un chapeo de copa algo alta de lo mismo. Venía muy alegre riyendo, y hablando con el cardenal de Búrgos (*don Francisco de Mendoza y de Bobadilla, que la casó*), y con el Almirante, y conde de Benavente y otros caballeros que con ella venian riquísimamente ataviados, y así llegó á la Vega, yendo delante las danzas bailando hasta donde estaban los carros triunfales y las otras danzas é invenciones susodichas, y allí le cantaron, y danzaron, y pa-

sando adelante estaban los soldados hechos un esquadron, y entónces salieron los de caballo, que estaban en un requesto hasta Santa Susaña, y arremetieron á los soldados de dos en dos, y dieron la vuelta al rededor dellos, y escaramuzaron un rato, y los arcabuzeros dispararon reciamente todo el tiempo que S. Majestad llegaba; y echa la escaramuza, los de caballo se vinieron á la ciudad, porque era el corregidor y muchos regidores y jurados que habian de salir á besar la mano á S. Majestad y recebirla á la puerta, y los soldados se quedaron en el campo, y despues entraron en buena ordenanza.»

Á nada más que á esto se redujo la *zuiza*.

¡Tanta seda, tanto oro y argentería, y armas y caballos, y ruido y estrépito, para una simple escaramuza en las eras!

No faltará quien aplauda el gasto por el gusto.....

Como no ha de faltar tampoco quien condene las poéticas costumbres de aquel siglo, enamorado de las prosaicas del nuestro.

Allá van las opiniones donde las lleva el viento del favor ó el capricho.

No pretendo por ende fijar la veleta del sentir ajeno.

Bueno será, con todo, que ántes de cerrar el manuscrito apuntemos que en él se describe, entre los demas obsequios públicos que se hicieron á la reina Isabel, «un cadahalso con una figura grande de Lucrecia Romana como se metia el cuchillo por los pechos, la qual figura hicieron (en las Cuatro Calles) los plateros á su costa, porque por su arte *fueron relevados de no salir en zuiza*, y por lo mismo y por sus artes fueron *relevados y excusados de salir en zuiza* los canteros y pintores y entalladores y escultores, *porque así expresamente lo mandó S. Majestad.*»

Hay más todavía.

«Á la entrada de Zocodover estaba hecho un arco triunfal muy grande y suntuoso y muy graciosamente y con muy buen arte hecho, el qual hicieron á su costa los tejedores de seda y los otros oficiales della, en que creo que tambien contribuyeron los del Alcaná y guarnicioneros de seda, *por no salir en zuiza como los otros oficios.*»

La soldadesca festiva no era, por lo visto, del agrado de algunos, los más distinguidos y elevados, quienes veian en ella una humillante carga real ó municipal, cuando no perdonaban sacrificios para excusarla, y acudian al Rey solicitando que *expresamente* mandára relevarles.

IV.

Tal vez por esta causa la diversion no se repite frecuentemente, y el código consuetudinario queda al fin abolido.

Los toledanos jamas vuelven á armarse en gremios, si se exceptúa el de la seda, que con sus veinte y siete ricas y completas armaduras de bruñido acero, con sus largas picas y sendas espadas de fino temple, custodia todos los años el santo entierro en la procesion del Viérnes Santo, regido por un maese de campo, un sargento y un *morrillel*, jefes formados entre los demas á conveniente distancia.

En varios pueblos aún se fingen luchas de moros y cristianos los dias del *Corpus* ó de los patronos titulares, y hay juegos de lanzas y espadas, y petardos y tiros, que remedan las escaramuzas de la zuiza.

Las remedan, no las mantienen.

La zuiza ha muerto, y hasta su nombre está anticuado, por más que lo callen los *Diccionarios* de la lengua.

Bien pudiera, en vista de todo, cuando le llegue el turno á la palabra, hacérseles hablar de esta ó parecida forma:

ZUIZA ó SUIZA, ZAS. *f. ant.* Etim. Diversion militar, *ludus militaris*, recuerdo de las costumbres caballerescas de la Edad Media, ó imitacion de simulacros y prácticas poco conocidas de los ejércitos suizos, á que acaso deba el nombre. Prop. Soldadesca festiva de á pié, armada y vestida á semejanza de los antiguos tercios de infantería, que organizaban las justicias de los pueblos por recluta forzosa de la gente de artes y oficios, la cual elegia sus jefes, con el objeto de que alardease militarmente en ciertas funciones, para mayor solemnidad, regocijo público ú obsequio á las personas reales. Met. Contienda, riña y alboroto entre dos bandos. ‖ Disputas en juntas, grados y certámenes. — Solamente se ve usado el plural en este sentido, empleándose para los otros el singular, de ordinario como régimen indirecto, aunque no excluye el directo: *las zuizas de una junta*, *salir en zuiza*, *la zuiza de un pueblo*, etc. Derivados. Se dijo ZUIZO ó ZOIZO del que sale en zuiza, alguna vez tambien de todo infante, y ZUIZON, ZUIZONES ó CHUZONES de las armas que llevaba, y solian ser, entre otras como el arcabuz, un chuzo, alabarda ó pica. Hist. Fueron muy notables las zuizas formadas en varios pueblos con motivo de la traslacion á Alcalá de Henares, en el año 1568, de las reliquias de los gloriosos mártires San Justo y Pastor, y la que armó Toledo para festejar el recibimiento y las bodas de la mal maridada reina Isabel de la Paz con Felipe II. Autoridades. *Lúcas Fernandez*, *Ambrosio de Morales*, *Quevedo*, *Covarrubias*, *la Academia Española*, *varios Vocabularios y un curioso MS. del siglo* XVI, *quizás de Sebastian de Horozco*, *conservado por Palomares é ilustrado por*

Antonio Martin Gamero.

MÁS SOBRE LA ZUIZA.

CARTA AL Ilmo. Sr. D. MANUEL CAÑETE,

de la Academia Española.

Mi buen amigo:

Otra vez cojo la pluma para tratar de la *Zuiza*.

Recelo que al verme distraer á V. de sus profundos estudios sobre los orígenes del teatro español, en que há tiempo se ocupa con envidiable perseverancia y gran fruto para la historia de la patria literatura, los que no conocen la bondad de V., ni alcanzan el blanco á que tiran mis impertinencias, digan, como la abeja al cuclillo:

> Cucú, cucú y más cucú,
> Y siempre la misma cosa.

Persuadido, con todo, de que

> En obras de utilidad
> La falta de variedad
> No es lo que más perjudica,

yo, amigo mio, sin ningun escrúpulo llamo á las puertas de su atencion, seguro de encontrarla muy benévola.

Y, murmuren lo que quieran los críticos avinagrados,

aunque se les antoje ampliar el antiguo proloquio de Dios me libre de *infra* de canonista, de *etcétera* de escribano, de *récipe* de médico, añadiendo, y de *item* de escritor público.

Las honras literarias, á lo que entiendo, son capital puesto á censo irredimible, que mantiene en perpétua servidumbre el dominio de la inteligencia.

Dícese en Galicia que «a as veces ruin cadela roe boa correya», y esto me ha sucedido á mí, pobre y humilde *escribidor*, que cuento entre las gracias debidas á la amistad de V., el haberme hecho partícipe de la gloria, que ilustres y sabios varones recogerán, si no en el dia, de la posteridad imparcial y desapasionada, merced á sus concienzudos trabajos en la grande obra del *Diccionario de la Lengua*.

Por vicio de organizacion ó por gracia especial de arriba, no soy de aquellos que se duermen sobre sus laureles.

Al saber que mi articulejo titulado UNA ZUIZA EN EL SIGLO XVI ha de aparecer entre las Memorias de la Academia Española, por acuerdo generoso de ésta; al observar que la misma se declaró madre adoptiva de mi definicion, y la insertó en la undécima edicion del *Diccionario;* al recibir, por último, los sinceros parabienes de V. y de otros amigos, cuya competente opinion tanto puede desvanecer al que tenga la idiosincrasia propia del mareo,—otro que no yo, salvo y sano, gracias á Dios, de esta enfermedad, hoy endémica, hubiérase creido trasportado de repente al quinto cielo de la gloria.

Tales honras son tan grandes como inmerecidas; ¿qué extraño es que me abrume su peso, y procure aliviarle, afanándome por merecerlas?

Hé aquí sencillamente explicado el motivo de esta carta.

Usted, que me alzó á tanta altura, debe ayudarme á que me mantenga en ella sin dar el golpe mortal. Aparéjese V., pues, de paciencia, y oiga lo que he averiguado desde que escribí el susodicho artículo, respecto de la soldadesca festiva.

Empezaré notando que en impresos y manuscritos, en vocabularios y tratados especiales de que extraigo los nuevos apuntes, la palabrilla anda un poco libre, amiga de disfraces y cambios. Ya suena *zuiza* ó *suiza*, ya nómbrase *zurita* ó *zuriza;* pero, por mucho que se varie ó corrompa con el uso y la pronunciacion, siempre descubre clara la raíz y no disimulada la desinencia. Esto nos facilita el poderla descubrir donde quiera que se esconda, diciéndola al oido, cuando más tranquila se halle, ¡te conozco!

No sé, sin embargo, en qué se funda Terreros para afirmar que *frecuentemente dicen zuriza*, porque ni él ni la Academia la colocan en tal terreno, al darle entrada en sus Diccionarios, ni yo sorprendo este disfraz en las obras que registro á caza de antecedentes.

Más bien me parece eso, como lo de *zurita*, traje mal avenido, semi-arlequinado, zurcido por el vulgo, que no cuida de vestir las palabras con el decoro y propiedad que les corresponde.

Puede ser tambien que se tome como derivado de *zuízaro* ó *suízaro*, apelativo del soldado natural de Suiza, segun le llama el Brancatio traducido por el P. Scavino, adoptando la terminacion indicativa de linaje ó procedencia usada en *esguízaro* ó *genízaro* para distinguir á ese mismo soldado y al que forma la guardia del Gran Turco.

Observará V., por otra parte, que en mi definicion de la cosa empleé una equivalencia latina, titulándola *ludus militaris;* nuestra Academia, cuando perifraseaba en la lengua de Virgilio los nombres castellanos, la apellidaba *riza*, *pugna*, y los señores Marqués de Morante y Miguel la bautizan *festiva militum imitatio*, siguiendo, á lo que juzgo, al jesuita Larramendi en su TRILINGÜE, donde, por cierto, no hallo correspondencia vascuence; lo cual prueba que los cántabros nunca domados jamás fueron afectos á estos juegos, riñas ó imitaciones.

¿Quién tiene razon entre tantos? ¿Á cuál hemos de seguir, caso de necesitar hacer uso de la palabra en dicho idioma latino?

Las tres perífrasis, en mi opinion, son igualmente aceptables:—para indicar su orígen, la de Larramendi; para descubrir su objeto, la mia; y para exponer su sentido metafórico, la de la Academia.

Falta otra, de que nadie se ha hecho cargo, para determinar lo que fué en sus principios la *zuiza* entre nosotros. Y es preciso inventarla, ya que no la tenemos; pues brujuleando de aquí para allá, cae al presente en mis manos material bastante á exigirla.

Presumía yo en mi artículo anterior, que aquella especie de milicia, originariamente debió venirnos de *extrangis*, y no lo decia á humo de pajas.

Esa frase me la sugirió mi paisano Covarrubias, al afirmar en su TESORO (1674) que «*en el reyno de Toledo* »llaman Zuyça una fiesta que se haze de la soldadesca con »armas enhastadas de alabardas, partesanas y chuzones»; añadiendo á renglon seguido que «*este vocablo chuzon está* »*corrompido de zuyçon*, *arma de los Zuyços*, *gente feroz de*

»*los confines de Alemaña, y de allí se dixo Zuiça esta com-*
»*pañía de gente.*»

Fuerte opinion es en materia filológica, á pesar del juicio de Quevedo y de Mayans, la del famoso canónigo de Cuenca; tan fuerte, que la Academia Española, amplificándola, escribe: «Porque regularmente van armados »(los soldados de esa compañía) de chuzones ó picas, »como los zuizos ó suizos, le dieron este nombre.»

Declarábame á tal punto por satisfecho, y creia..... se lo he de confesar á V. llanamente; creia que habia puesto una pica en Flándes.

¡Pobre entendimiento humano, que, como niño, se contenta con cualquier cosa!

No comprendia el mio, por no detenerse un poco, que el nombre de las armas era motivo harto leve para bautizar toda una institucion, si ella no guardaba semejanza y cierta identidad con lo que aquel nombre significa. Verdad es que no habia visto aún al descubierto el resorte de la máquina, juzgando sólo por meras presunciones.

Pero curioso, tambien como niño, rompo la figura para examinar lo que oculta en sus entrañas, y ¡qué sorpresa! aparece ante mis ojos un mundo nuevo.

Cosa sabida me era que, desde tiempos muy remotos, quién asegura que desde la época visigoda hasta el reinado de Enrique IV, nuestros monarcas habian mantenido cerca de sí y sustentado para su guarda una milicia de dos mil caballos *catafractos* ó encubertados, compuesta principalmente de gente del pueblo, conocida con el nombre de *Cohorte de la Guardia.*

Tampoco ignoraba que aquel desdichado príncipe, por

seguir los consejos de una nobleza turbulenta y ambiciosa, se deshizo de tan útiles auxiliares, orígen de sus desastres y malaventuras.

Despues de su época, miéntras llega la de los walones y los *continuos*, de la llamada Guardia del Freno, de los alabarderos y los Monteros de Espinosa, no estaba yo muy al corriente, lo declaro sin rebozo, de que hubieran tenido los reyes de España un séquito militar, que así atendiese á su custodia, cuanto á realzar su dignidad y prestigio.

Y le tuvieron, sí, señor; no por restablecer usos dignos de loa, ni por enmendar el daño que á sí mismo y al poder real causára la torpe política del rey Impotente, sino por imitar hábitos extranjeros; que es mal antiguo en España lo de olvidar lo propio por lo extraño, bien que en esto, fuerza será reconocerlo, anduvimos más cuerdos que de costumbre.

Muchas veces habian visto nuestros valerosos capitanes, durante las porfiadas guerras del Rosellon y de Italia, pelear, en correcta formacion, con armas irresistibles y brío extraordinario, á fuerzas asalariadas de una nacion europea, que en Salsas y en Novara les ayudaron á domar la soberbia y castigar el atrevimiento de los hijos de Carlo-Magno.

Habian visto más.

Las Ligas suizas, asambleas que gobernaban la nacion á que aludo, hacian un comercio muy lucrativo de su sangre, la cual vendian á los reyes en los siglos XV y XVI, como se venden los frutos de la tierra ó la lana de los rebaños.

Con esta sangre contaban los soberanos para sus empresas; solicitábanla con interes; pagábanla á buen pre-

cio, y ella puede decirse que decidia en último término las contiendas internacionales.

Los Reyes Católicos ajustáronla, además, para que ofreciera cierto modelo y núcleo á la organizacion de nuestras tropas en 1483. « Vinieron (por este año), dice »su cronista Hernando del Pulgar, á servir al Rey y »á la Reina una gente que se llamaba los suizos, na»turales del reyno de Suiza, que es la alta Alemania..... »son homes belicosos, é pelean á pié, é tienen propó»sito de no volver la espalda á los enemigos; é por esta »causa las armas defensivas ponen en la delantera é »non en otra parte del cuerpo, é con esto son más lige»ros en las batallas..... andan á ganar sueldo por las »tierras, é ayudan en las guerras que entienden que »son justas. Son devotos é buenos cristianos; tomar cosa »por fuerza repútanlo á gran pecado. »

Los franceses buscáronlos en el mercado abierto donde se vendia esa sangre cuando el sitio de Salsas, y no encontraron públicamente un hombre que se les presentase.

Los que en la batalla de Seminara vencieron al ejército aliado, merced al apoyo de los suizos, no pudieron contar en esta ocasion con sus poderosos refuerzos.

¡Las Ligas habian pregonado que nadie saliese á sueldo del rey de Francia de su tierra, so pena de muerte!

Verdad es que, segun Gonzalo de Ayora, á quien debo la noticia, no faltó género de contrabando que burlase la prohibicion; mas el decreto halagaba el amor propio de los españoles, los cuales, por estas y otras causas, se encariñaron con los suizos.

El célebre cordobés á que acabo de referirme, habíase introducido en nuestra córte por las recomendaciones de Galeazo Sforcia, duque de Milan, alcanzando el título de

cronista regio, y en esta posicion, prendado de la ordenanza de aquellos soldados mercenarios, dióse buena maña para obtener de los Reyes Católicos que la adoptáran en sus reinos, no sin que despertase, como toda cosa nueva, celos y rivalidades, con cierto género de contrariedad que el proyecto sometido á una junta de personas competentes levantó, hasta que hecho satisfactorio alarde en Medina del Campo el año 1504, quedó dicha ordenanza establecida como regla en nuestro ejército.

Doña Isabel, al morir el 26 de Noviembre de aquel año, se llevó al sepulcro la confianza de que organizado éste bajo el pié suizo, le esperaban nuevos laureles en las costas de África, al frente de Orán y Mazalquivir.

El pensamiento de Ayora, por otro lado, envolvia en el fondo una idea política, á la vez que un progreso en el arte de la guerra; era, no sólo el primer esbozo de un ejército permanente, sino la abolicion implícita de las antiguas mesnadas feudales y de los acostamientos de los pueblos. Con él cesaban de hecho las milicias colecticias y temporales, y se destronaba á la nobleza y á los municipios, creando la profesion militar.

No es esto, en medio de todo, lo que más á mi propósito interesa. Aquel pensamiento estaba ligado con una institucion de que se sabe poco generalmente.

Como modelo constante de la novedad que se introducia por primera vez, el hidalgo de Córdoba, aprovechando la privanza bien merecida que gozaba en la córte, aconsejó á los católicos monarcas que adoptasen *el recaudo que los reyes extranjeros traian en sus personas*, pues decia que *aunque importaba harto á su seguridad, mucho más* importaria *á su autoridad.*

Despues del regicidio intentado por el catalán Caña-

mares, aunque los mozos de espuela que iban con los reyes fueron provistos de espadas, ni así éstos se resguardaban del todo contra cualquier alevosía, ni daban gran realce á sus personas.

No consta que en vida de doña Isabel aquel aviso ó consejo fuese acéptado como el otro. Por lo ménos hasta despues de su muerte no se puso en ejecucion.

Don Fernando, ya viudo, durante su primera regencia, creó una guarda real de cincuenta alabarderos, los cuales allegó Ayora, nombrado su primer capitan por cédula fecha en Toro á 22 de Enero de 1505, tomándolos de los mozos de espuela de los caballeros cortesanos, y armándoles y adiestrándoles á la manera suiza.

La cosa hubo de parecer bien, y andando el tiempo, cuando muerto el archiduque D. Felipe, esposo de doña Juana la Loca, volvió el Rey Católico de Nápoles á España, para hacerse cargo segunda vez de su gobierno en 1507, se trajo consigo soldados prácticos de Italia, créese que de los contingentes helvéticos, organizada ya una guardia personal de suizos, que vivia con él en palacio y le acompañaba adonde quiera que iba.

¿Será violento aplicar el nombre que discuto á esa guardia, vaciada en el molde, en las prácticas y los usos de aquellas gentes?

Ésta sí que era una *zuiza* séria, no festiva, permanente, no de circunstancias, y real y verdadera, como que llegaron un dia á formarla, segun vehementes indicios, los mismos habitantes del Schwitz, Uri y Untervald, comandados y regidos por Gonzalo de Ayora, el primer capitan de la guarda que hubo en Castilla.

No se fatigue V., que, aunque le busque, no encontrará parecido entre esta guarda real y la antigua órden de los

caballeros de la Banda, los *Pardos* del Cardenal Cisneros y los *lansquenets* ó mercenarios que trajo de Alemania Felipe el Hermoso.

La *zuiza* del Rey Católico fué una compañía que no tuvo modelo ni semejanza en ninguna otra institucion indígena. Para hallársele, es preciso apelar á las córtes de los soberanos extranjeros, donde era cosa corriente semejante recaudo.

Si me pregunta V. ahora en qué fuentes he bebido tan extraña noticia, deber mio será satisfacerle, presentándole las autoridades á que me atengo. La historia es un paralítico que no puede moverse sin el auxilio de las buenas almas.

Ya he indicado ántes que me servia de guía Ayora, insigne varon, tan señalado en las armas como en las letras. Usted puede justificar mi cita, registrando sus preciosas CARTAS (Madrid, Sancha, 1794) escritas á D. Fernando en el año 1503 desde el Rosellon, sobre el sitio de Salsas y la toma de Leucate, Roquefort, Sigean y otras fortalezas por nuestras tropas, en que aquel bravo y entendido capitan servia de cabo aventurero. Este diario de un testigo de la guerra de Francia, con las ilustraciones que le añadió su publicador D. G. V. al sacarle del archivo de la Academia de la Historia, suministra interesantes documentos con que escribir la de la *guardia zuiza*.

En las *Noticias para la vida de Gonzalo Ayora*, que van al frente de las CARTAS, se inserta un extracto curiosísimo de la todavía inédita *Historia de la antigüedad y nobleza de la ciudad de Palencia*, donde casó y dejó descendencia nuestro cordobés, cuyo trabajo, aunque corre anónimo, se atribuye al canónigo Alonso Fernandez de Ma-

drid, arcediano de Alcor, muerto en 1559. Tambien este extracto sirve de comprobante á mis apuntes.

Cuando la necesidad de conferir con algunos originales las obras de nuestros primitivos poetas dramáticos, ó el propósito de recoger datos para la vindicacion de aquel monarca tan calumniado como poco conocido, de que V. se ha declarado acérrimo defensor, le lleve á V., como acostumbra, á la Biblioteca Escurialense ó á la Nacional, que dirige nuestro querido compañero el Sr. Hartzenbusch, no deje de solicitar de sus celosos y entendidos custodios EL LIBRO DE LA CÁMARA REAL del historiador de Indias Gonzalo Fernandez de Oviedo. En la segunda parte de este importante manuscrito verá V. el título *Del capitan de la Guardia*, donde se describen á la menuda los principios y la organizacion de la que tenía Felipe II, á partir desde la época de su abuelo D. Fernando, que creó la *zuiza*.

Por via de *ínterin* oiga V. lo que Oviedo dice de ésta: es párrafo largo, pero sustancioso.

«Despues que el traydor D. Juan de Cañamares dió las cuchilladas al Rey (D. Fernando) en Barcelona en el mes de Diciembre de 1492, se les mandó traer espadas á los mozos de espuela cuando iban con el Rey. Despues que la Católica reyna Doña Isabel pasó desta vida en Medina del Campo, año 1504, quedó el Rey Católico por gobernador de los reynos de Castilla é de Leon, é acordó de tomar guarda de alabarderos para su persona, é hizo su capitan della á Gonzalo de Ayora, su coronista, home diestro en las armas, é perfecto soldado, é de buenas habilidades é partes, home hijodalgo é natural de Córdova, *docto é buen poeta é orador*, el cual en Italia hauia un tiempo cursado en servicio del Señor Ludovico Esforcia, du-

que de Milan, que perdió aquel Estado. *Esta guarda se principió con cinquenta alabarderos, tomándolos de los mozos de espuela de Caualleros cortesanos:* É COMO ERA COSA NUEVA, É AUN NO LA ENTENDIAN EN ESOS PRINCIPIOS, PARECIA COSA DE BURLA Á LOS QUE LO VEIAN IR CON ESOS NUEVOS SOLDADOS POR LAS CALLES EN PROCESION DE DOS ALAS, é sacábalos al campo é imponíalos en saber juntar é formar esquadron, é en el *juego de las picas*, é volvíase al pueblo é iban delante del con sus capas é espadas é puñales de la manera que dicho es, sin pífaro ni atambor. *Despues mostrólos á traer alabardas, é como les fué dada librea é acudieron algunos soldados pláticos de Italia*, que fueron causa de ser más aina diestros los novicios, é se eligieron cabos de escuadra, *é diéronles sus tres ducados de paga cada mes á los soldados, é acrecentóse el número de la guarda hasta ciento*, é dióseles á los cabos de escuadra sus ventajas, é al alferez é compañeros de la bandera sus mejoras é salarios competentes, é acompañaban al Rey cuando salia de palacio á pié é á caballo; é comenzó esta guarda á tener más lustre *é á ir ya los que la veian gustando más del negocio*, considerando la utilidad é autoridad della; é como Gonzalo de Ayora era bien hablado, é á causa deste oficio andaua tan cerca del Rey acompañando á su Alteza con la guarda, ya le havian envidia otros caualleros calificados é principales.»

La mejor autoridad me la reservo para lo último, en la persuasion de que ha de apreciarla V. como oro molido.

La citada Academia de la Historia atesora en su rica Biblioteca (est. E, núm. 27, grada 5.ª, con el número 143) un tomo (10) de VARIOS DE HISTORIA, que contiene *Apuntamientos hechos por D. Pedro de Torres, canónigo de Calahorra y Sigüenza, rector de la Universidad de Salamanca,*

desde 1506 *á* 1516. Brava mina suelen ser estos VARIOS, sólo explotada por afortunados curiosos, y vea V. aquí el filon que yo aprovecho para mi asunto.

Al año 1513, fuera del órden rigorosamente cronológico (fólio 73), escribe el rector del Colegio mayor de San Bartolomé de Salamanca, al márgen RES NOVA, y despues en el texto: «Comenzó el rey D. Fernando á tener en su guarda hombres de pié de ordenanza é infantería *á la manera de Suicia*, donde en estos tiempos mejor se usaba la órden de pelear: los hombres á pié con sus espadas é puñales é alabardas é picas, en muriéndose la reina doña Isabel, que fué A. D. 1504, *die* 26 *Novembris*. É fué despues á Nápoles; é venido de Nápoles A. D. 1507, en Julio, *trajo consigo hombres armados, de ordenanza, que continuamente estaban en palacio, é salian con el Rey adonde quiera que iba.* 150 *hombres á pié armados con puñales y espadas y alabardas* EN CUERPO, CON SAYOS MEDIO COLORADOS Y MEDIO BLANCOS, *é* 50 *de caballo. Daba á cada peon* 30 *reales por mes* é al caballo.....»

Ántes al fólio 63 dejaba anotado: «A. D. 1508, *die* 7 *Aprilis, hora* 1.ª *post meridiem vel in meridie* entró en Salamanca el Alcalde Mercado *con doszientos soizos armados*, y derribó la casa de cabe Santo Thomé: *recessit* 20 *die Aprilis*»; estampando luégo, al fólio 79, este otro apunte: «1515 Setiembre. Estaba el duque de Milan *con mucha gente de soizos* esperándole en el campo (al conde Pedro Navarro) para dar batalla al rey de Francia.»

El bueno del canónigo Torres apuntaba, por lo visto, así lo que sabía de oidas, como lo que tocaba con los ojos; lo mismo lo corriente que lo atrasado, lo que ocurria dentro del reino y lo que pasaba allende de nuestras

fronteras. Era un analista minucioso y verídico, pero sin sistema ni método.

Entre los *soizos* que llevó el alcalde Mercado á Salamanca en 1508 con el objeto de apagar alguna de las insurrecciones armadas por los enemigos de D. Fernando, antiguos parciales de D. Felipe, y los que el Duque de Milan tenía aprestados contra los franceses en Italia, coloca el canónigo en su obra la creacion de la guarda real, anterior á uno y otro suceso, quizás para explicar lo que eran los primeros y distinguirlos de los segundos.

Á V. no le llamará la atencion esto tanto como el número de soldados que componia esa guarda real, su sueldo, sus armas, y sobre todo, el traje, *medio colorado y medio blanco* que vestia.

Debo advertir á V. que la invencion no fué puramente española. En Malliot se lee que á la entrada de Francisco I en París, el año 1515, iba delante una compañía de cien suizos, creada por Cárlos VIII en 1496, *con sus jubones medio colorados, medio blancos y amarillos, y alabardas al hombro;* traje y armas propias de aquel ejército esguízaro, que trece años ántes habian traido á España los Reyes Católicos para que sirviera de modelo al suyo.

Quisiera remitir á V. un figurin bien iluminado de esa clase de alabarderos reales; pero, en su defecto, le denunciaré dos que puede examinar cuando guste.

Entre los curiosos tipos militares que reunió la costosa diligencia del Conde de Cleonard en su HISTORIA DE LAS ARMAS ESPAÑOLAS, se divisa (tomo II, pág. 406) la figura de un ballestero vestido de sayo blanco ligero con mangas coloradas, gorra toledana de vuelta ó ribete tambien colorado, calzas del mismo color, huesas ó borceguíes como los *lacreas* de los cántabros y celtíberos, y *las ñal-*

gas descobijadas ó al desnudo, á la manera de los huertanos de Valencia y Murcia. Éste es un peon de la *infantería de la ordenanza*, montada por dichos Reyes Católicos al estilo suizo.

Más adelante (en el propio libro, á la pág. 414) hay otra figura de un soldado de la guarda real vestido de jubon, gorra y calzas de paño morado, con sayo heráldico, donde se destacan los colores rojo y blanco de las armas de Leon y Castilla. En esto parece que consistió la *librea* de que habla Fernandez de Oviedo.

Ahora, á vista de tales figuras y despues de lo explicado anteriormente, comprenderá V. el sentido de la acotacion puesta en la FARSA tercera de Lúcas Fernandez, cuando, introduciendo al soldado que razona con el pastor Prábos del Carrascal, dice el autor: *Entra el soldado, ó zoizo ó infante.....* ¿No es verdad que esta nota indica quererse dirigir el poeta á una clase determinada?

Recuerde V., Sr. D. Manuel, que en su erudito *Prólogo* á los poemas del vate salmantino presume, á mi juicio con sobrada razon, que la farsa tercera «debió escribirse del año 5 al 8 del siglo XVI»; repase V. de nuevo aquellos larguísimos y animados diálogos del soldado con Prábos y Pascual, y á mi fé que ha de sospechar cosas que hasta aquí no le pasaron por las mientes.

Dejo á un lado las armas que lleva el *zoizo* de Fernandez, parecidas, si no semejantes en un todo, á las que atribuye á la guarda el canónigo Torres, y lo de las *ñalgas descobijadas*, que corresponde á lo de andar *en cuerpo*, como éste indica. Cualquiera que estudie con interés la *Farsa*, apostillará, á no dudarlo, los pasajes siguientes:

SOLDADO.

Soy un hombre de seguida,
Que la vida
Traigo puesta en la ordenanza.

LOS DOS PASTORES, ALTERNATIVAMENTE.

Esa es vida de holgazanes,
Aquesa es vida sin ley,
Ño temeis á Dios ni al Rey,
Andais hechos ganapanes
Sin vergüenza y sin conciencia;
Con hemencia
Alzais todo lo mal puesto.
. . . . . .
Andais de aldea en aldea
Comiendo de guadrimaña:
Quien más puede, más apaña.
Vivís de garabatea.
Gallinas, pollos ni pollas,
Ni las ollas
Ño escapan de vuestras manos.
Tocino, vino, cebollas,
Bollos, bollas,
Los huevos güeros y sanos.....
. . . . . .
¡Y atreveisos á hurtar,
Y á robar,
Y á comer sudor ajeno!
Pues si digo el blasfemar
Y reñegar,
Todo el mundo teneis lleno.
. . . . . .
Y áun aquêso pasaría;
Mas, ¡mucho de ñoramala!
Ño se os escapa zagala
Por toda esta serranía.
. . . . . .
Barbudos por espantar
Andais, y mirais ceñudos;
Mostrais los gestos sañudos,
Vuestro oficio es renegar.

SOLDADO.

Quien bien cree, bien reniega.

PASCUAL.

¡Dios te prega!
Ño os dirá aqueso el crego.

El dramático de Salamanca saca á la escena á un soldado, para que le llamen dos rústicos *holgazan*, *ladron*, *blasfemo*, *deshonesto* y otras lindezas por el estilo.

Y es muy raro que exija haya de ser, precisamente, *zoizo ó infante;* que figure extrañarse los pastores de su traje y armas, como de cosa poco ó nada conocida, y esto á la época en que España era un vasto campamento, donde brillaban por doquier todo linaje de arreos y uniformes militares.

Maravilla tambien y sorprende que uno de los rústicos pregunte al soldado:

Y ¿á qué trás esta cruz?

Poniéndole en el caso de contestar:

Á que á nosotros dé luz:
Y á ella el mundo es subjeto.

Como si, no obstante lo afirmado por Hernando del Pulgar, con la pregunta quisiera descubrirse, y con la respuesta desvanecerse la duda de si eran católicos los hijos de la antigua Helvecia que vinieron á sueldo de Don Fernando, ó cuyas prácticas se habian puesto en uso, pues notorio es que no lo fueron en sus principios, como tampoco lo son ahora, todos los cantones emancipados en el siglo XVI.

Esto, mi amigo y dueño, á no tachársenos de demasia-

do atrevidos, pudiéramos resumirlo en una síntesis histórica, diciendo que la farsa de Fernandez fué crítica embozada de los suizos, sus trajes y costumbres.

La oposicion que los avisos de Ayora encontraron en el Consejo privado de los Reyes Católicos; la *envidia* que despertó el mismo Ayora entre los caballeros calificados, y la *burla* que se hizo de los primitivos alabarderos en su orígen, debieron traducirse en opinion pública contraria á los extranjeros qué dieron la norma, ó que formaron personalmente parte de la Guarda Real. Mucho contribuirian á ello su propia conducta, su equívoca ortodoxia, sus rapiñas y sus escándalos.

Pero el Rey los protegia; los tenía á su lado en palacio; de ellos se hacía acompañar en sus viajes, y al paso que estas honras avivaban la malquerencia del pueblo, pondrian un freno á las murmuraciones públicas.

¡ Buena ocasion para que el poeta salmantino, á quien quizás alcanzasen algunos tiros de la gente suiza del alcalde Mercado, explotase ese sentimiento, reprimido á duras penas, en úna fábula ingeniosa, trovada al modo y estilo pastoril!

Demos que esta sospecha crítica sea infundada; ¿cómo podrá desconocerse, despues de lo dicho por Oviedo, que no fué bien recibida una institucion de la cual se han borrado casi todos los rastros?

Ayora, en sus últimos dias, se lamentaba de la estrechez de su suerte; habia perdido la gracia de Don Fernando con el empleo de capitan de la Guarda Suiza, *que jamas pudo alcanzar se le renovase*, segun asegura el publicador de las CARTAS, inclinándose á atribuirlo á que habia abrazado el partido de Don Felipe, y esto hace creer que aquélla, con los nuevos capitanes, cambió de

organizacion, y acaso de librea y armas. Gonzalo Fernandez de Oviedo, en el libro citado, encomia singularmente á Valdés y Cabanillas, segundo y tercer capitan de la Guarda Real, por quienes *se puso en muchos más quilates y estimacion el oficio* aumentándose aquélla con cien estradiotes ó ginetes á la *estradiota* desde el tiempo del primero. Todo supone una trasformacion contraria al instituto primitivo.

Lo cierto de su fortuna sucesiva no se sabe, y en los dominios de lo verosímil entra que á la muerte del Rey Católico, con la regencia de Cisneros, que creó el tercio de los *Pardos*, y con la venida de los flamencos, que invadieron la milicia como toda clase de destinos, se borrasen las primeras huellas de la Zuiza Real.

Habíalas dejado, con todo, tan profundas en la imaginacion lo vistoso de su traje y sus armas, su manera de escaramuzar en alardes periódicos, y la grandeza y solemnidad que prestaba á los actos en que intervenia, que el pueblo, ántes tan prevenido contra ella, trató de imitarla para los festejos públicos.

Hubo de distinguirse en esto, á lo que parece por la autoridad de Covarrubias arriba citada, el reino de Toledo.

Era costumbre en él dispensar los honores del triunfo, despues de grandes sucesos militares, á los reyes y caudillos que visitaban su territorio. Las milicias locales hacian el gasto.

Cuando el fraile regente, en 1510, volvió victorioso de África, cargado con los laureles recogidos en Orán, Alcalá le preparó el triunfo, saliendo á recibirle *todos los gremios de la villa armados.*

Á la sazon, extinguidas ó desorganizadas las antiguas

mesnadas municipales, el Estado Llano, la gente de artes y oficios, mantuvo la costumbre aludida, parodiando los hábitos extranjeros.

¿Tomaría desde entónces la Zuiza Real el carácter de festiva?

Lo ignoro, pero es singular que de aquella época daten los dos ejemplos citados en mi artículo anterior, á que habia precedido en nùestra ciudad un tercero ocurrido el 9 de Abril de 1534, cuando, para festejar la provision de la Silla primada en la persona del Cardenal Tavera, el Emperador Cárlos V significó al Ayuntamiento que gustaria se celebrase un torneo en la Vega, donde con efecto tuvo lugar, levantándose tablados, plantándose artillería en la puerta del Cambron, y *sacando los boneteros una compañía de arcabuceros*, esto es, una pequeña *zuiza*, como lo escribe el Dr. Salazar y Mendoza.

La costumbre, sin embargo, fué al parecer decayendo poco á poco, segun lo tengo hecho notar, y lo testimonia tambien otro caso que recuerda Palomino, en su MUSEO PICTÓRICO, relativo á la fiesta celebrada en Madrid para solemnizar las segundas bodas de Felipe el Prudente.

Habla este autor de los privilegios concedidos á la noble arte que profesaba, y en el libro II, cap. III, § 3, página 94, dice: «El segundo privilegio fué el año (1560) »en que entró la señora Reyna Doña Isabel de la Paz, »segunda Muger del Señor Philipo Segundo, donde *avién-*»*dose mandado á todos los Oficios saliessen en* ZUIZA *y sol-*»*dadesca con capitanes, vanderas, caxas y Arcabuces, sólo* »*se reservaron las Artes del dibujo*, como consta en los »Libros del Ayuntamiento de esta Imperial Villa de Ma-»drid. Hácese mencion de este Pribilegio en el Pleito de »Vicencio Carducho, en la Deposicion de Lope de Vega.»

Precioso texto, que nos sirve para dos cosas: primera, para presumir que la costumbre espontánea de los pueblos iria aflojándose hasta el punto de necesitar resucitarla un mandamiento expreso, probablemente del soberano; y segunda, para acreditar que en Madrid, como en Toledo, con igual motivo, fueron relevadas de salir en zuiza las artes del dibujo, esto es, *los pintores y entalladores y escultores*, como advierte el manuscrito que extracté en el artículo mencionado.

Voy á terminar esta ya larga epístola, y permítame V. una digresion ántes de poner el *finis coronat opus*.

No he dicho á V. jamás el valor que doy á ese manuscrito. Ahora creo de necesidad revelárselo.

No sólo él habla de nuestra zuiza del año 1560. Las prensas de Juan de Ayala, tipógrafo toledano, dieron á luz el año siguiente, en un tomo en 4.°, otra descripcion de las fiestas ó *Recebimiento hecho á la Reyna Doña Isabel quando entró en Toledo á celebrar sus bodas con el Rey D. Filipe;* libro escrito por el humanista Álvar Gomez de Castro, cronista de la ciudad, que se le encargó, segun él mismo explica, por parecerle «que, como persona »que habia tractado dello, podria con más verdad decir »lo que allí pasó, que algunas relaciones *cortas y falsas* »del recebimiento», publicadas anteriormente.

La que yo poseo es sin duda una de las aludidas, pues cotejada con la impresa, resultan efectivamente algunas variantes en el número, clase é importancia de las banderas que formaron la soldadesca toledana del siglo XVI.

Así se lo digo al Sr. Alenda, para que lo anote en su obra premiada por la Biblioteca Nacional, con el fin de que se rebaje á unos tres mil hombres el contingente de arcabuceros y piqueros que dobla mi citado MS., y á

las banderas de Sonseca y Camarena se agreguen las de Rielves, Móstoles, Chozas de Canales, Esquivias y Pantoja, que tambien concurrieron al festejo.

En cuanto á lo demás, *pari passu ambulant* las dos, siendo á mi ver de mayor precio el manuscrito, por las oportunas reflexiones con que engarza los hechos que refiere.

El libro de Gomez de Castro, más minucioso y descriptivo que aquella otra relacion, adolece, bajo el punto de vista en que le considero ahora, de un defecto capitalísimo. Ni una sola vez emplea la palabra *zuiza*, llamando siempre á la soldadesca *compañía ó esquadron de infantería*. Tampoco indica con qué motivo se hicieron los arcos de las Cuatro-Calles y de Zocodover. Por eso mi relacion y el apunte de Palomino valen más que esa obra, para confirmarnos en la definicion que aceptó la Academia.

No poco puede ayudar al mismo designio la descripcion de otra zuiza burlesca, hecha por el P. Isla en La Juventud triunfante, escrita en colaboracion con su pariente y colega de hábito el jesuita Luis de Losada.

La segunda parte de esta obra sabe V. que lleva el título de *Descripcion de la máscara y mogiganga que hicieron los jóvenes teólogos de Salamanca* (por Julio de 1727) *con motivo de la canonizacion de San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka*, y en ella, á la pág. 183 de la edicion de Madrid, 1787, escribe el autor del Fr. Gerundio: «Al refresco se siguió la Zuyza, con el sexto novillo. »Para cuya faccion salieron doce de los más robustos de »la máscara, los quales, armándose de varas largas, y »formándose en una línea muy unida, presentaron sus »aceros al toro. Éste era tan bizarro, que pudiera pasar »por las picas de Flándes y por las de todos los Canto-

»nes Esguízaros. Y sin embargo, no pudo pasar por las »de los Navarros (jóvenes estudiantes que habian dis- »puesto una buena corrida de novillos celebrada el dia 17 »de Julio, último de la fiesta); ántes ellas pasaron por él, »abriéndose camino por todo su cuerpo..... Así salió la »Zuyza con todo lucimiento y aplauso: y no se duda, que »*si los Suizos la vieran, tendrian envidia de sus represen-* »*tantes.*»

Vea V. aquí resucitada la *zuiza* á principios del siglo XVIII como parodia de la antigua soldadesca popular, reducida á un espectáculo cómico-taurino de *máscara y mogiganga*. De paso note V. que en opinion del P. Isla esa soldadesca *representaba* en su táctica á los suizos, conforme lo revela mi definicion.

Ya comprobada ésta suficientemente, los otros datos que hoy reuno, si se les concede carta de nacionalidad, contribuirán á añadirla en primer término un sentido histórico.

ZUIZA, segun ellos, *fué en sus orígenes una guardia real compuesta de soldados suizos ó armados é instruidos á la suiza, que por consejo de Gonzalo de Ayora, su primer capitan, introdujo en España el rey Católico Don Fernando, para recaudo y acompañamiento de su persona.*

Consulte V. con mi queridísimo amigo el Sr. Cutanda si, admitida la nueva acepcion, le estaria bien aplicada la equivalencia de *regiæ custodiæ more helvetico militia.*

Yo que soy corto sastre en el idioma del Lacio, no hallo otra que se le adapte mejor; mas no confio en mis propias fuerzas, que para tal intento son harto débiles.

Y con esto hago fondo, si no abarranco por completo,

amparándome al favor de V., á quien cordialmente saludo, diciéndole como final de sainete:

Aquí da fin mi trabajo;
Perdonad sus muchas faltas.

ANTONIO MARTIN GAMERO.

De Toledo, á 9 de Mayo de 1870.

RESEÑA HISTÓRICA

DE LA FUNDACION, PROGRESOS Y VICISITUDES

DE LA

REAL ACÀDEMIA ESPAÑOLA[1].

Muy delante de todos los Estados europeos en poder y en sabiduría; con todos los elementos y todas las tradiciones de la libertad, se ostentaba la nacion española cuando vino á ocupar su trono la dinastía de Austria: sumida en la degradacion y la miseria, y entre las tinieblas de la ignorancia y el fanatismo, casi estaba á punto de ruina al abrirse el panteon del Escorial ante el féretro de Cárlos II. Por dicha, razas dotadas, como la nuestra, de fe viva para implorar al Dios de las misericordias, de teson ingénito y nunca domado por las adversidades, y de aliento de temple robusto y fuerte arranque para luchar con la mala fortuna, siempre están en via de volver por su dignidad y de renacer á las luces. Así, entre los mismos desastres de una guerra de sucesion muy porfiada, y á pesar de combatir los españoles en campos opuestos, gracias al espíritu reparador y al eficaz patriotismo de la dinastía de los Borbones, con su feliz adveni-

(1) Discurso escrito por su individuo de número D. Antonio Ferrer del Rio, y leido en la Junta pública de 30 de Setiembre de 1860.

miento se empezó á respirar una atmósfera ménos sofocante y á extender los ojos por horizontes más dilatados en la patria de los Reyes Católicos, de Cisneros y de Padilla.

Sin desdoro de la verdad no es lícito poner en duda que de los principios del siglo XVIII data la trasformacion á que debe España su rejuvenecimiento milagroso, despues de muy horrible y tenaz agonía entre congojas, que afligen hasta recordadas. Lenta fué y vacilante á veces la trasformacion regeneradora, porque todo estaba enmarañado y confundido al cabo de ciento setenta y tres años de locas aventuras y de maléficas arbitrariedades, y no era posible que, recuperando seguidamente el pueblo español cuanto desde la jornada funesta de Villalar habia perdido, se inaugurára la política fecunda, que en el interes nacional busca sin tregua sus inspiraciones, y en la libertad su fuerza y su apoyo. Mas, sin embargo de que entre las cosas frágiles y precarias, ninguna lo es tanto como el bien que emana del poder absoluto, pues no tiene otra prenda de duracion que la fugaz vida de un hombre, por maravilla, ó más bien por especial favor de la Providencia, tres generaciones de reyes, que llenan casi todo el siglo pasado, se aplicaron infatigables á disipar las tinieblas de la ignorancia, y adquirieron perpétua gloria, dando oidos y proteccion resuelta á los varones más eminentes, fomentando todos los ramos de la humana sabiduría, y erigiendo establecimientos desde donde se difundiera como la luz á todas partes. Al frente de los muchos nacidos á su amparo, se halla la Real Academia Española por derecho de primogenitura.

Nadie ignora que de la degeneracion lamentable de todo lo español bajo los monarcas de orígen austriaco, no

se pudo librar la lengua rica, flexible y majestuosa con que Miguel de Cervántes deleitó los entendimientos, y con que Fr. Luis de Granada y la madre Teresa de Jesus enfervorizaron los corazones. A la fluidez y gallardía y vigor del estilo, á la nobleza y naturalidad y brillantez de las figuras, se sustituyeron voces bárbaras y aparatosas, y modos de hablar por retruécanos campanudos y textos metidos como á mazo, que trasformaron en extrambótica afectacion el donaire y en horrible fealdad la hermosura. Así es que al abrir los libros de nuestros clásicos, no parece sino que se entra uno por vergeles donde árboles frondosos esparcen grata sombra, y se oye el alegre canto de las aves en armonía con el blando soplo de los céfiros y el apacible murmurio de los arroyos; y cuando algun espíritu investigador y esforzado arrostra la lectura de las producciones literarias de la época de la corrupcion del lenguaje, ora aspiren á la enseñanza, ora sean de devocion ó de recreo, desde la portada se imagina entre ásperas cumbres y pantanosas quebradas, cubiertas de silvestre espesura, donde siempre es de noche, y donde retumban sin cesar los bramidos de los torrentes, de los huracanes y de las fieras.

Como no es asunto de vana curiosidad el hablar bien la lengua amada, en que desde que abrimos los ojos nos acarician nuestras madres, y en que al balbucir las primeras palabras nos enseñan á llamar *Padre nuestro* al que está en los cielos, y *Santa María* á la llena de gracia entre todas las mujeres, y en que al más temprano albor de nuestra memoria nos comunican ideas y sentimientos que trasmiten misteriosamente al corazon la próvida semilla del amor á la patria; como de la cultura de los pueblos da irrebatible testimonio el mejor ó peor estilo con

que revelan sus satisfacciones ó sus penalidades; sin más datos que el de la perversion del habla castellana á fines del siglo XVII, se comprenderia la decadencia lastimosa que postraba al país nuestro por entónces. Y eso que la lengua nativa resiste á las pruebas más crueles, y constituye una especie de tesoro muy fuera del alcance del ímpetu de los guerreros y del antojo de los opresores. Hoy mismo la verdadera muchedumbre de los vastos países donde los muy ilustres Cortés y Pizarro conquistaron laureles inmarcesibles para su patria gloriosa, se expresa de igual modo que los que obedecian á Motezuma y acataban como hijo del Sol á Atahualpa; presto se cumplirán cuatro centurias de la expulsion de los judíos españoles, y áun sus descendientes hablan por el estilo que Hernan Perez del Pulgar y Andres Bernaldez, cura de los Palacios, ora moren dentro de los muros de la siempre santa Jerusalen, ó de la recien ensangrentada Damasco, ó de la ya muy decrépita Constantinopla; para un siglo va que Polonia, desmembrada y mártir de los fuertes, sin otro consuelo que el de la esperanza, último bien de las naciones infelices, en su esclavitud conserva la unidad del idioma de sus mayores, los que fueron baluarte de Europa contra los turcos: Alejandro Manzoni y César Cantu con la hermosa lengua del Dante ganaron celebridad imperecedera, áun ántes de que la Lombardía, que les dió cuna, blasonára otra vez de italiana; y ahora la aherrojada Venecia pide socorro con melancólicas voces de ese mismo idioma, que las tiene tan expresivas, no siendo imaginable que haya adoptado el de sus dominadores desde la ocasion, poco lejana todavía, en que por boca del heroico Daniel Manin pudo exhalar sus lastimeros ayes de manera que los oyese el mundo.

Con no ménos religiosidad guardóse entre los castellanos, á vueltas de sus crecientes desdichas, la lengua, derivada principalmente de la latina con ramificaciones de las de Moisés, Homero y Mahoma, que impuso el pueblo á los poetas, á los legisladores y á los cronistas, y que adoptaron posteriormente los místicos y los historiadores, no sin luchar con preocupaciones inconcebibles de hombres no comunes, para quienes era humildad entre españoles escribir en su lengua propia, y de poca estima todo libro en romance. De llamársele vulgar, procedió el error de que no valia para escribir sino bajamente; y quizá con el objeto de que se le juzgára propio tambien para asuntos nobles, ó por seguir el uso y conquistar fácil aplauso, le despojaron hábiles ingenios de las galas de su eufonía y de su tersura con extravagantes ornatos de relumbron y de hojarasca. Tal novedad se hizo de moda y propagóse como devorante epidemia, porque los estudios andaban ya muy de caida, y á la par de ellos todo lo que origina y afianza el florecimiento de los Estados; y hasta las personas de instruccion sólida y de buen gusto, que privadamente saboreaban lo más selecto de la literatura castellana, en público huian de singularizarse, y hablaban y escribian á semejanza del vulgo, ya descarriado, en punto al modo de significar sus pensamientos, hasta por los ministros respetables y respetados que le anunciaban desde el púlpito la palabra divina.

Empeño era por demas arduo, y al parecer invencible, el de aspirar á la purificacion del idioma y al renacimiento feliz de las letras. Lo concibió dichosamente un prócer de saber extenso y bien sazonado, de consumadísima experiencia, de autoridad suma y legítima por ser de muchos años, y haberlos consagrado todos al servicio

de Dios, del Rey y la patria, y de voluntad enérgica y perseverante cual se requiere para acometer las grandes reformas y no desistir hasta darles cima. Se llamaba don Juan Manuel Fernandez Pacheco, y de sus mayores habia heredado el título de marqués de Villena y duque de Escalona. Ya al lado de un tio suyo, obispo de Cuenca, con quien se crió desde los tres años, por quedar á tan tierna edad sin padre ni madre; ya en el apartamiento de sus señoríos; ya entre el estrépito de las batallas; ya bajo las graves atenciones de los vireinatos de Cataluña, Navarra, Aragon, Sicilia y Nápoles, que desempeñó sucesivamente con desinteres y justicia; ya en la estrechura del castillo de Pizzighitone, de donde no pudo salir hasta su canje por el Conde de Stanhope, de resultas de la victoria de Brihuega, siempre tuvo á los buenos libros por compañeros del alma, siendo proverbiales su anhelo por adquirirlos á toda costa, su discrecion para elegirlos de las várias lenguas que le eran familiares, y su complacencia en no soltarlos hasta que se le cerraban los ojos á fuerza de prolongar las vigilias. Mayordomo mayor de Felipe V desde su vuelta á España, y con tiempo sobrado para espaciarse en las delicias del estudio, y para mantener correspondencia ó trato con los sujetos más amantes de las letras de Europa y la córte, se hallaba en espera de la coyuntura más favorable para iniciar una idea, tan madurada ya en su mente como las frutas, que de puro en sazon se caen de los árboles que las nutrieron con su savia.

Así, apénas habian tenido tiempo de regresar los plenipotenciarios de Utrech á sus respectivas capitales, cuando el esclarecido Marqués de Villena solicitó verbalmente la Real proteccion para fundar una Academia, que se

ejercitase en cultivar la pureza y elegancia de la lengua castellana. Felipe V acogióle como quien abrigaba igual designio desde que Dios, la razon y la justicia le llamaron al trono, y no lo habia podido realizar por causa de las contínuas inquietudes de la guerra, ya terminada felizmente. Alentadísimo con el Real beneplácito, apresuróse á poner por obra lo que tanto le habia lisonjeado en perspectiva. Á su casa convocó á varios sujetos de notoria literatura, y bajo su presidencia se celebró el 6 de Julio de 1713 la primera junta de la Corporacion, á que dió sér muy vigoroso. Allí concurrieron D. Juan Ferreras, cura de San Andres y bien conocido por su estimable *Historia de España;* D. Gabriel Alvarez de Toledo, bibliotecario mayor del Rey; D. Andres Gonzalez de Bárcia, entendido coleccionador de los historiadores de Indias; Fr. Juan Interian de Ayala, catedrático de lenguas sagradas en la universidad de Salamanca; los PP. Bartolomé Alcázar y José Casani, maestros ambos del colegio Imperial y jesuitas, y D. Antonio Dongo Barnuevo, bibliotecario del Rey, y oficial de la secretaría de Estado. Áun cuando consta que se volvieron á reunir una vez por semana durante Julio, no dan principio las actas de la Academia Española, piadosamente encabezadas con una cruz y los nombres de la Sacra Familia, sino con la de la junta del 3 de Agosto, y ya figuran como Académicos los Marqueses de San Juan y de Castelnovo, despues duque de Montellano, y D. Vicencio Esquarzafigo, señor de la Torre del Pasaje. Desde luégo acordaron solicitar por escrito la Real aprobacion, que ya tenian de palabra, y así lo hizo el Marqués de Villena con un memorial tan elegante como sucinto y conceptuoso. Hasta el 13 de Mayo de 1714 no sancionó el Mo-

narca en formal decreto la fundacion de la Academia Española, porque, ántes de expedirlo muy honorífico y autorizado, quiso consultar á su confesor el P. Robinet y al Consejo de Castilla, que el 3 de Octubre del mismo año despachó la Real cédula aprobatoria de los estatutos.

Obra son de la reflexion madura y encaminada al mejor acierto, y merecen especial alabanza, porque la manera de distribuir los oficios, el método adoptado para hacer las elecciones, y para que las veinticuatro plazas de académicos jamas estuvieran vacantes, y para celebrar las juntas, y para seguir las tareas y no distraerse de las peculiares, todo les da visos de oportuna y rica sementera, de que se habia de cosechar miés bien granada y muy copiosa.

Como el fin de la Academia no debia ser otro que cultivar y fijar la pureza de la lengua castellana, desterrando todos los errores que en sus vocablos y locuciones introdujeron la ignorancia, la vana afectacion, el descuido y la demasiada libertad de innovar á bulto; para distinguir las voces y frases extranjeras de las propias, las anticuadas de las de comun uso, las bajas y rústicas de las cortesanas y levantadas, las burlescas de las sérias, y las propias de las figuradas, con razon juzgóse conveniente dar principio sin tardanza alguna por la formacion de un Diccionario tan copioso como fuera posible, y donde se clasificáran y definieran las palabras, los modos de hablar y los proverbios ó refranes en su verdadero sentido y calidad y naturaleza. Inmediatamente se ejecutó la complicadísima traza de este grandioso edificio, que habia de sacar de cimientos; y pasma saber que, al dejar huérfana á la Academia Española el digno Marqués de Villena á los doce años de darle vida, casi estaban ya la-

brados todos los materiales para la magnífica obra. ¡No se tema de ningun modo que las personas más descontentadizas pasen los ojos por los seis volúmenes del gran *Diccionario de autoridades*, impresos y dados á luz desde 1726 hasta 1739, sin que admiren y divulguen la portentosa laboriosidad y la privilegiada inteligencia de los que levantaron tal monumento para gloria y honor de su patria!

Ya habian descendido á la tumba casi todos cuantos concurrieron á colocar la primera piedra; solos Bárcia y Casani disfrutaron el deleite indecible de poner la última con sus propias manos, y de oir el aplauso general de las gentes de algun valer á la sábia Academia Española. Avergonzados lo escucharon de fijo, si áun se arrastraban por el mundo, ciertos seres procaces y muy para compadecidos, que ocultos detras del anónimo infame, á semejanza de los facinerosos entre las sombras de la noche y para ejercer sus fechorías, se atrevieron á denostar á la Corporacion insigne, muy desde los principios de su existencia, en papeles de tan pésima ley como la *Carta del maestro de niños*, la *Jornada de los coches de Alcalá*, y la *Crísis del ensayo cronológico de la Historia de la Florida*. Con despreciativo silencio respondió la Academia Española á las injurias, esperanzada en que el público ilustrado la resarciria de sinsabores cuando lográra el fruto de sus asiduas tareas, al modo que desde luégo sirviéronla de compensacion saludable las alabanzas de várias personas de nota que, atraidas por la novedad, se hallaron como simples asistentes en várias de las juntas, y vieron la noble emulacion de los Académicos todos, y la grande profundidad con que trataban las más difíciles materias concernientes á la índole y estructura de la rica lengua

castellana, y se desengañaron de las preocupaciones propias, y se complacieron en desvanecer activamente las ajenas.

Más y más estimulada con su primer triunfo, á los pocos años dió la Academia á luz el tratado de Ortografía, y más adelante la Gramática, despues de muy largos y luminosos debates sobre eruditísimas disertaciones; ademas estableció premios el año de 1777 para excitar á la juventud al cultivo de la poesía y de la elocuencia: con la magnífica edicion del *Quijote* dió principio á la serie de nuestros clásicos el año de 1780, y testimonio á la par de los adelantos ya conseguidos en la tipografía y el grabado; y proponiéndose tambien ilustrar los orígenes de la lengua patria, y poner de manifiesto su formacion gradual con la publicacion de los monumentos literarios más antiguos, desde el año de 1784 acordó la del *Fuero Juzgo*, por ser uno de los ensayos que más contribuyeron á formar el romance castellano, y á darle aquel grado de pulidez y de hermosura con que á poco se mostró en las *Partidas* y en otros escritos del tiempo. Mucho ántes, por consiguiente, de espirar el siglo XVIII, puso la Academia Española con suma inteligencia la mano en todo lo que es propio de su instituto.

Á varios de sus trabajos dió cima bajo la direccion de los descendientes del memorable Marqués de Villena, su hijo D. Mercurio, y D. Andres y D. Juan, sus nietos. Si no se extinguiera en 1753 la línea masculina de esta familia ilustre, de varon en varon figuráran verosímilmente hasta el dia de hoy en nuestra silla directorial sus representantes, por no ser de imaginar que un Villena desmereciera este blason, adquirido por uno de sus antepasados, ni que rompiendo ningun académico los vínculos de la

gratitud, le negára el voto, ni que se dejára de solicitar la perpetuidad del oficio como hasta entónces, sin embargo de prevenir los Estatutos su renovacion de año en año. Probablemente en la casa de los sucesores del fundador insigne celebrára todavía la Academia las juntas, como durante los ocho primeros lustros de su vida, en que fué allí tratada con amor, atencion y magnificencia; del propio modo que despues, en la de su quinto Director don José Carvajal y Lancáster, Ministro de Estado y nieto del Duque de Abrántes. No pudo el de Álba esmerarse en iguales agasajos, segun lo anhelaba ardientemente, por concederla Fernando VI el año de 1754 una hábitacion en la Real casa del Tesoro, dependiente de su mismo Palacio, donde permaneció de contínuo hasta su traslacion á esta casa de la calle de Valverde, que en virtud de la Real cédula de 20 de Agosto de 1793 le fué donada por Cárlos IV.

Desde los principios estuvo la Academia Española en posesion de la prerogativa de consultar al Rey en la forma que los supremos tribunales, y los Académicos gozaron de las preeminencias y exenciones concedidas á la servidumbre de la Real casa: del 22 de Diciembre de 1723 data la dotacion de 60.000 rs. al año para sus publicaciones; y del 19 de Octubre de 1762 la facultad que tienen sus miembros para adquirir y leer libros prohibidos. Felipe V autorizóla para que, sin más licencia que la del Consejo, diera sus obras á la estampa, cuando hasta las de los teólogos y consultores del Santo Oficio pasaban por los trámites prolijos y embarazosos de aprobaciones multiplicadas: Fernando VI llevó su magnanimidad á más subido punto con el privilegio de que así la Academia como sus individuos pudieran sacar á luz sus produccio-

nes sin la prévia censura de nadie: Cárlos III, al ver en suspenso esta gracia, por reparos que opuso el Consejo, á fin de que no fuese nula, desde 1760 otorgó por sí mismo las licencias, sin más tramitacion ni formalidad que la de solicitarlas: Cárlos IV removió con laudable energía en 1799 los obstáculos áun tenaces, y así la libertad de imprenta estuvo en vigor para la Academia Española ántes de comenzar el siglo que entre sus conquistas de más alta monta cuenta la de haber quitado el carácter de privilegio especial á dón tan precioso, con hacerlo de derecho comun para todos los ciudadanos.

Á esta Corporacion pertenece la gloria de la iniciativa en el gran movimiento intelectual del siglo XVIII. Unas tras otras, y como á hermana mayor, fuéronla dando conocimiento de su instalacion respectiva, y solicitando su correspondencia, las Academias Médica Matritense, de la Historia, de San Fernando, de Buenas Letras de Sevilla y de Barcelona, y las Sociedades Económicas de todas las provincias; y estas corporaciones, en sus libros y sus memorias, para acrecer los progresos de las ciencias exactas y naturales, ó ilustrar nuestros fastos, ó restablecer el brillo de las artes, ó fomentar la agricultura, la industria y el comercio, sin cuyo auge nò pueden florecer las naciones, desde muy luégo testificaron que la lengua castellana recuperaba su dignidad y lozanía. Ya bajo la sombra de la Academia Española, no se vieron compelidos los hombres de sana doctrina y de recto juicio á seguir la corriente del mal gusto, y Feijóo volvió por los fueros de la ilustracion en general, consagrando su vida á desterrar errores comunes; Luzan, por los de la poesía; Isla, por los de la oratoria sagrada; Codorníu, por los de la crítica, analizando sus dolencias; Martinez, por los de

la medicina, tronando contra el empirismo; Torres y Villarroel, por los de las matemáticas, reputadas como cosa de sortilegio hasta por la misma universidad de Salamanca; Ceballos, por los de la verdadera filosofía; Perez Bayer, por los de la libertad de la enseñanza; Capmany, por los del arte de bien decir con muy estudiadas reglas y con pasajes de nuestros más renombrados autores; Campománes, por los de la buena policía y por los de la instruccion extendida á las ínfimas clases; Jovellanos, por los de la prosperidad pública con su famosa *Ley Agraria*. Multiplicadísimas las prensas tipográficas sudaron sin cesar para reproducir las obras clásicas de los antiguos y poner en circulacion las de sus imitadores entre los modernos, desde que la Academia Española se lanzó denodadamente á promover el renacimiento de la literatura por el medio eficaz de restituir á la nacion en toda su pureza la adulteradísima lengua castellana.

Sus certámenes correspondieron cumplidamente á los fines con que fueron establecidos, y para demostrarlo sin ningun linaje de duda, no se necesitan más que ligeras indicaciones. Simple guardia marina era al obtener el premio por su *Elogio de Don Alfonso el Sabio* el escritor ilustre, que muchos años despues mereció la honra de figurar al frente de la Academia de la Historia, siendo autor de várias producciones, alguna de las cuales, bien donosa por cierto, hoy mismo figura entre las que se presentan como buenos modelos á los alumnos de segunda enseñanza: por vez primera oyóse de público el nombre de *Batilo*, cuando el que bajo este pseudónimo pastoril obtuvo luégo inmensa fama, se aventajó aquí á todos en alabar *la vida del campo:* al ganar el segundo premio por su *Sátira contra los vicios introducidos en la poesía cas-*

tellana, el que posteriormente compuso el inmortal *Sí de las niñas*, no pasaba de veintidos años; y áun no habia cumplido los veinte al optar sin fruto á la medalla de oro ofrecida al que fijára mejor en verso *las reglas del drama*, el que muy luégo, á los dos lustros no cabales, se remontaba con su célebre oda *á la invencion de la imprenta* á alturas, de donde no ha pasado ni puede pasar el estro poético del hombre.

Siempre en la virilidad más florida, á causa de reanimarla de contínuo los varones más señalados en todas las carreras y facultades; favorecida sin interrupcion por nuestros monarcas; poseedora ya de una biblioteca selecta, y cada vez más acatada en el concepto público por su laboriosidad inteligente y fecunda, ya habia publicado la Academia cuatro ediciones del *Diccionario*, sin acreditar con textos la significacion de las voces, otras tantas de la *Gramática*, siete de la *Ortografía*, dos pequeñas del *Quijote* y *La Aminta* y *La Jornada de Túnez* en un mismo tomo, cuando llegaron los tiempos en que un Príncipe de Astúrias subió al trono ántes de bajar su antecesor al sepulcro.

Á contar desde entónces comienzan á ser elocuentísimas las actas de la Academia, á pesar de su concision extremada: de pronto no suenan ya los nombres de individuos muy asistentes; los que subsisten se esfuerzan por mantener el fuego sacro del crisol que tienen por emblema; pero son pocos, y á menudo no pueden celebrar juntas, y tan frecuentes resultan las interrupciones, que en muy contadas páginas caben las actas de seis años. Al cabo de ellos tornan los ausentes: en una misma junta se leen cuatro memoriales de individuos que solicitan ser admitidos en esta Corporacion distinguida: se llaman

Várgas Ponce, Tapia, Martinez de la Rosa, Quintana; en otra junta se da cuenta de que un Ministro de la Gobernacion encarga á la Academia que celebre en la parte que le corresponda *El Dos de Mayo*, segun el decreto de las Córtes; á la junta siguiente se determina que se abra certámen para premiar al que haga en prosa el mejor elogio fúnebre de las víctimas de aquel dia, y al que trace en verso el mejor cuadro de los sucesos particulares de la misma jornada, para excitar el pundonor y la nobleza y constancia española, y descubrir sus consecuencias favorabilísimas á la patria. Remitido á los periódicos el programa de los premios para que lo anuncien sin demora, se celebra la junta de 10 de Mayo de 1814; á la otra ya se echa de ménos á varios individuos, y entre ellos á tres de los cuatro que recientemente habian presentado á un mismo tiempo sus memoriales; muy pocas despues no se puede eludir la observancia del Real decreto contra los servidores de la dominacion intrusa, y varios Académicos cesan de figurar como tales, y apénas quedan los suficientes para autorizar otras elecciones; y lo más de notar es que no se vuelve á hacer mencion de los premios ofrecidos con motivo de los sucesos del *Dos de Mayo.*

Importantes noticias resultan de otro certámen abierto así que vuelven á asistir á las juntas los Académicos desaparecidos á los pocos dias de nombrados: segun el programa, para optar á los premios se debia escribir *un discurso gratulatorio al Rey* por haber jurado la Constitucion de la monarquía, ó *una epístola á la nacion española* sobre el alto grado de prosperidad á que estaba llamada bajo el sistema restablecido, y tres romances acomodados al gusto y á la capacidad del pueblo, para inspirarle amor hácia las nuevas instituciones. Trascurrido el plazo, sólo

se adjudica el premio al discurso, en que uno de los varones de más elevada razon y mesura bosqueja á grandes rasgos la historia de doce años, la primera mitad *de heroicos esfuerzos, de dolorosas amarguras y de infinita sangre derramada por quebrantar la arrogancia de Bonaparte y sacar á Fernando VII de cautiverio;* y la segunda *de desposesion de gloria por el mismo Príncipe restablecido en el sólio, y deslumbrado por una faccion no ménos poderosa que enemiga de su ventura.* Al seguir en las actas la ilacion de este concurso literario, se hallan comunicaciones de Académicos elevados á ministros, á consejeros de Estado, á oficiales de Secretaría: un eclesiástico de ejemplar virtud y sana doctrina que, *por la palidez del rostro, cabello cano, estatura elevada y enjuta, y modo manso de hablar, recordaba al vivo á alguno de los padres del yermo,* se despide para la embajada de Roma; un descendiente *del nunca vencido y siempre vencedor D. Álvaro de Bazan,* para la de Francia; un jurisconsulto notable y aventajadísimo en literatura ofrece á sus compañeros la direccion de la *Gaceta;* ahora le lloramos, porque su lugar entre nosotros acaba de quedar vacante, y áun está removida la tierra de su sepultura.

Con las señales evidentes de que á los pésames han sucedido las enhorabuenas, tambien coinciden las ventajas de percibir la Academia algunas sumas á cuenta de sus muchos atrasos, pues consta que por los de 1805 á 1810 sólo se habia recibido papel de valor casi nulo, y que desde la última fecha hasta la segunda época constitucional no ingresaron más que 33.000 rs. en sus arcas. Sin aflojar nunca, á pesar de las vicisitudes y las escaceces en las tareas, sus continuadores, durante las frecuentes interrupciones de las juntas, habian preparado la

quinta edicion del *Diccionario*, la octava de la *Ortografía*, y casi concluido la impresion del *Código de los godos;* y aquellos que las prosiguieron sin el auxilio de los privados de asistir por varios conceptos en 1814, se esmeraron en dar á luz la edicion del *Quijote*, á cuyo frente va el tomo que contiene la mejor Vida de Cervántes. Ya reunidos todos, y con más holgura, publican *El Siglo de Oro* y *La Grandeza Mejicana* de Balbuena, la sexta edicion del *Diccionario*, y proyectan la de otro manual presentado por uno de sus individuos, y la del poema de Ercilla, y la de las obras de Garcilaso.

Pero otra vez se desvanecen las alegrías y vuelven á venir los dolores, segun los registros de la Academia, pues llega un período en que las actas se reducen á simples notas, que dicen textualmente: *Este dia no se juntó la Academia por no haber concurrido suficiente número de individuos*, y que duran desde un mes de Octubre á un mes de Marzo, el primero de 1823, y el segundo de 1825. Para los que saben historia basta citar fechas tan marcadas, y los que la ignoran, por ellas pueden comenzar su estudio provechoso; y sin grande esfuerzo aprenderán que las corporaciones dedicadas á difundir las luces decaen forzosamente cuando los gobernantes sólo se hallan á su sabor entre tinieblas, y que los cronistas literarios, muy á despecho suyo y por la obligacion imprescindible de ser veraces, tienen que hablar de política al llegar con su relacion á tiempos tan calamitosos é infaustos.

De 1823 á 1832, en que anuncia la séptima edicion de su *Diccionario*, no vive para el público la Academia Española: reconcentrada conserva su vigor nativo, á semejanza de las flores que se plegan lacias al morir la luz de la tarde, y que no se esponjan de nuevo hasta que des-

punta la aurora. Para nuestro país anunciólа muy esplendente el advenimiento al trono de la reina doña Isabel II, y la Academia lo comprueba de un modo irrefragable en las tres ediciones que bajo su reinado lleva hechas del *Diccionario de la Lengua Castellana*, enriquecido con voces emanadas de las instituciones liberales, y de los milagrosos adelantos que de dia en dia trasforman el mundo. Por dos veces, una en 1848 y otra en 1859, se han reformado los estatutos de la Academia Española: desde la primera son treinta y seis sus individuos y usan uniforme y medalla; desde la segunda el ejercicio del cargo se reconoce como continuacion del servicio activo en la respectiva carrera á los que asisten por lo ménos á la mitad de las juntas; en ambas reformas, y con especialidad en la postrera, se ensancha el círculo de sus trabajos; de suerte que unas y otras procuran el realce de la Corporacion y la mayor utilidad de la patria. Ahora van ya impresas ocho ediciones del *Prontuario de Ortografía;* dos de la *Gramática* moderna y extraordinariamente mejorada, y tres del *Compendio* y seis del *Epítome*, y muy numerosas desde que por la última ley de instruccion pública sirven de texto exclusivo en las escuelas. Dos preciosas colecciones de poesías se han impreso tambien hace poco, una del magnate premiado por su excelente oda *Á la muerte de Felipe II*, y otra del célebre autor de la elegía *Al Dos de Mayo.*

Hoy, al cabo de ciento cuarenta y siete años, celebra en público por primera vez su fundacion la Academia Española, siendo esencialmente lo mismo que entónces, aunque sin resistir nunca las reformas exigidas por las circunstancias, como instruida por las lecciones de la historia, en que toda institucion humana está destinada á pe-

recer sin remedio, aunque tenga remoto orígen y muy gloriosas tradiciones, si se obstina en refluir hácia lo pasado, á la par que dura, y con existencia más vigorosa, cuando marcha con buena voluntad por lo presente, y mira á lo porvenir sin impaciencia ni sobresalto. Aquí no se han alterado los acuerdos esenciales ni las prácticas establecidas por nuestros progenitores en literatura. Nuestro escudo de armas es el crisol en el fuego con la letra de *Limpia, fija y da esplendor*, adoptado el año de 1713, á propuesta del Duque de Montellano, por abrazar todos los fines á que aspiraba y en que persiste la Academia; pues así como el fuego purifica los metales de la escoria, esta Corporacion *limpia* la lengua, por medio de su exámen, de las voces extrañas é impropias, *fija* las naturales y expresivas, *y da esplendor* á nuestro idioma. Actualmente se abren y se cierran las juntas con las mismas oraciones que por primera vez se recitaron el 28 de Octubre de 1714, á propuesta del piadoso Marqués de Villena. Si milagrosamente se apareciera este sabio magnate un juéves por la noche entre nosotros, su extrañeza sería grande al ver el local de las juntas, y fisonomías desconocidas y trajes de distinto córte que los de su tiempo; mas al enterarse de los debates, y de la noble familiaridad con que se profundizan las materias más intrincadas, y de la rigidez con que apartamos la atencion de lo que no es de nuestra incumbencia, y del buen celo comun á todos, de fijo nos reconoceria por suyos y nos estrecharia en los brazos.

Al señalar como asuntos para optar á los premios *La rendicion de Granada* y *Las Naves de Cortés destruidas*, nos enseñaron los inauguradores de los certámenes que la musa del patriotismo da buena entonacion y alta ma-

jestad á la poesía; y fieles nosotros á leccion tan profunda, hemos buscado igual sendero, con la ventaja de no tenernos que remontar á edades remotas en pos de triunfos españoles, siendo *el de Bailén* y los muy recientes obtenidos en el itinerario glorioso de Sierra Bullones, los Castillejos, Montenegron, Guad-el-Jelú y Tetuan, no ménos insignes y más ligados al interes nacional, que los muy célebres de Pavía, de San Quintin y de Lepanto. Sin duda se haría muy de nuevas á nuestros venerables antecesores que las solemnidades académicas no se celebren ya á puerta cerrada ni entre hombres solos; pero, á fuer de muy ilustrados, se convencerian al golpe de que la publicidad es alma de todo lo que á un país toca muy de cerca; y galantes, como españoles, nos aplaudirian por dar preferente lugar al sexo que embellece la vida y más estimula á la gloria.

De Setiembre en Setiembre, segun prescriben los Estatutos, y lo ha empezado á practicar nuestro dignísimo secretario, se continuará el resúmen de nuestros anales, y no es hiperbólico decir que hasta la consumacion de los siglos; pues ni ha de prevalecer dominacion extraña más acá de la vertiente occidental de los Pirineos, aunque vuélvan á existir capitanes que sólo necesiten reñir una batalla para dictar su voluntad omnímoda á cada una de las demás naciones de Europa; ni han de hablar nuestros últimos descendientes otra lengua que la formada naturalmente por nuestros antepasados, miéntras iban con lentitud forzosa y perseverancia pujante desde las montañas de Astúrias hácia la vega de Granada; ni ha de aflojar en mantener su lustre la Corporacion distinguida, que se lo restituyó á fuerza de desvelos, y mucho ántes de que la pluma siguiera en velocidad á la palabra, y de

que el pensamiento fuera libre en la prensa y en la tribuna, y volára por tenues alambres á las últimas playas del globo; y que se lo conservará vigilante, sin menoscabo de su enriquecimiento cotidiano, y tan resistente á lo que aborte el capricho, como dócil á lo que autorice el uso, y expansiva y regocijada ante cuanto creen las ciencias, las artes y las industrias, ahora que los triunfos del espíritu sobre la materia son de todos los dias, y que la humanidad avanza con pasos de gigante á adquirir toda la perfeccion que le es dado lograr en la tierra.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

DISCURSO

LEIDO ANTE

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

POR

DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA,

EN SU RECEPCION PÚBLICA (1).

SEÑORES:

Muy difícil de justificar sería la alta merced que me habeis hecho abriéndome las puertas del primer cuerpo literario de la nacion, si la profunda gratitud con que la recibo no ayudase en parte á disculpar vuestra excesiva benevolencia. Gustoso me detendria á manifestar cuánto excede el premio al merecimiento, y cómo habeis antepuesto la benignidad á la justicia; pero debo ser muy parco en este punto, porque, una vez designado por vuestros votos, no me parece la mejor manera de corresponder á vuestros favores empeñarme en convenceros de injustos; y porque siendo ademas costumbre en todos vuestros ilustres elegidos comenzar sus primeros discursos con estas ó semejantes palabras, temo que llegue á pareceros rutinaria la gratitud y sospechosa la modestia. Pero

---

(1) Verificada el dia 25 de Marzo de 1870.

si cada uno de vosotros repasa en este instante los grandes servicios que sus actuales compañeros han prestado á las letras españolas, y si todos juntos elevais la consideracion al saber, ingenio, virtud y doctrina de Jovellanos, Cienfuegos, Huerta, Melendez, Quintana y tantos otros preclaros españoles que aquí tuvieron su merecido asiento; si acercándonos más á nuestros dias, recordais que ayer mismo Galiano, el Duque de Rivas, Pacheco, Vega y Pidal aumentaban los timbres de la Academia Española con sus escritos imperecederos, iluminaban sus discusiones con la palabra viva, y hoy le dejan en herencia la gran solemnidad con que la muerte sanciona los altos merecimientos, comprenderéis fácilmente que el que por efecto de vuestra bondad se encuentra de pronto partícipe de tanta gloria y sucesor de tan ilustres antepasados, no es de la costumbre, sino de lo íntimo de su corazon, de donde saca las palabras con que se muestra agradecido, porque en este solemnísimo momento no hay soberbia que no se quebrante, gratitud que no sea profunda, ni modestia que no sea verdadera.

Objeto de especial mencion, al enumerar, si bien de pasada, algunos de los blasones de la Academia, debe ser para mí la memoria de mi célebre y elocuente predecesor, el Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano. Acaso la importancia de su nombre deberia obligarme á elegir para tema de esta oracion el exámen crítico de sus libros y discursos. Pero no es posible hablar de un hombre que con tanta frecuencia puso las manos y el entendimiento en los arduos negocios del Estado, sin tocar algunas cuestiones que todavía encienden y dividen los ánimos, y que en mi sentir, no deben nunca venir á perturbar la constante y augusta serenidad de este recinto. Y cuando éste

no fuera un inconveniente verdadero, yo soy el único á quien no es lícito, al ménos en este momento, juzgar al Sr. Galiano con aquella entera independencia que hace levantada y provechosa la crítica. Si olvidando sus fueros, doy lugar exclusivo á la alabanza, parecerá que con sobornada benevolencia le agradezco el puesto que me dejó vacante; si emito libre el juicio, movido sólo de mi carácter independiente, la misma imparcialidad, la justicia misma, ejercidas en el propio sitio que él ocupaba, delante de sus cenizas, aún calientes, no podrán ménos de sonar en vuestros oidos como atrevimiento y desacato. Básteme, pues, recordar, en gloria suya y en cumplimiento de la loable práctica establecida, que la elocuencia le mostró los caminos que conducen al frenético aplauso; la poesía las bellas imágenes que deleitan el alma, y la historia los graves ejemplos que sirven de enseñanza á las naciones. Yo respeto su triple corona de historiador, de poeta y de tribuno, y remito el juicio crítico y exámen detenido de sus obras á los que, desligados de mis presentes obligaciones, puedan ser imparciales sin nota de irrespetuosos.

No consintiéndome las razones expuestas hablaros del célebre orador á quien sucedo, cualquiera que tenga alguna noticia de mi humilde persona adivinará fácilmente cuál es el asunto á que habrán de llevarme mis naturales inclinaciones. Hablaré, en efecto, de aquella institucion que, segun el incrédulo Voltaire, es la obra maestra de la sociedad, y en opinion del sabio y piadoso jesuita Porée, superior á las especulaciones de la filosofía y á los documentos de la historia en eficacia para la enseñanza y direccion de los pueblos.

Si nunca he podido arrepentirme de la aficion que des-

de niño me inspiró el teatro, porque ella alguna vez me ha granjeado el beneplácito de mis conciudadanos, porque le debo mis recuerdos más agradables, los mejores placeres de mi vida, ménos podria olvidarla hoy que acaba de concederme el preciado título con que podré mañana llamarme vuestro compañero. Diré algo, pues, del teatro español, y haré asunto de este discurso algunas de las prendas distintivas del más legítimo representante de su índole y tendencias, del dictador de sus leyes más generales, de aquel ingenio milagroso que aparece en la escena en medio de Lope, Tirso, Alarcon, Moreto, Rojas, Montalvan, Mira de Mescua, Guillen de Castro, Mendoza y otros muchos, y á pesar de tan esplendorosa y abrumadora compañía,

El cetro adquiere,
Que aún en sus manos vigorosas dura.

Propósito inútil ó temerario parecerá á muchos emprender la crítica ó panegírico de *D. Pedro Calderon de la Barca*, cuyo mérito ha sido depurado en el juicio definitivo de la posteridad. Los ingleses le alaban, los franceses é italianos le imitan con frecuencia, y los alemanes le estudian incansables y le aplauden con creciente entusiasmo.

Yo, en efecto, creeria innecesario este corto homenaje de admiracion al ingenio del poeta, de respeto á la nobleza del caballero, y de veneracion á la virtud del sacerdote, si mis palabras hubieran de encerrarse en este sitio, seguro de que no es aquí donde hay necesidad de avivar el amor á las glorias nacionales; pero estos discursos se imprimen, y copiándolos la prensa periódica, suele extenderlos hasta los últimos rincones de España,

donde desgraciadamente es más alabado que leido el autor de *La vida es sueño.* Entiendo, ademas, que en un período en que la duda, contaminando todos los espíritus, debilita el alma y hace indecisa la forma de nuestra literatura, no es fuera de propósito fijar una vez más la atencion en aquel autor afortunado, que jamas dudó, y cuya fijeza de creencias y miras artísticas presta á sus obras la severa unidad, que tanto contribuye á la honda impresion que causa su conjunto. Cuando, olvidados de lo que fuimos, y esquivando el trabajo de estudiar lo que somos y de enseñar lo que debemos ser, pedimos á los extraños cuotidianas inspiraciones, que, mal disfrazadas de españolas, inundan nuestros hogares, produciendo igual estrago en las conciencias y en el idioma, no me parece inútil insistir en la recomendacion del gran poeta, á quien era imposible dejar de ser español ni por un momento, y en cuyas obras palpita entero el corazon de la patria. Cuando invade nuestro teatro una literatura dramática atolondrada y raquítica, que unas veces frívola sin ingenio nos roba el tiempo, sin producir deleite ni enseñanza, y otras, al sentir la frialdad de su pobreza, se finge honrada y católica, y sermonea y lloriquea para conseguir la limosna del aplauso, surge espontáneo en nuestra memoria el dueño de las grandes riquezas, el padre de los grandes efectos teatrales, el que, siendo de véras católico y honrado, creyó que para animar la escena necesitaba ademas ser inventor y poeta. Y en fin, cuando dentro y fuera de España hormiguean en el campo literario tantos mendigos de aplausos, famélicos de publicidad, que embriagados del amor que se profesan, nos refieren minuciosamente los detalles más nímios de su vida, como asunto el más interesante á las presentes y futuras generaciones; fatigan la

fotografía y visten las esquinas con sus estampas, y pródigos de sí mismos, nos brindan con sus personas en todas partes; nueva y peligrosa epidemia que tiende á rebajar el carácter de los cultivadores de las letras; naturalmente se levantan los ojos á aquel varon magnánimo y constante, más olvidado de su persona y de sus obras que lo que á la gloria de España convenia; cuya cristiana modestia permaneció inalterable en medio del favor de tres monarcas, del aplauso de todas las naciones, y de la veneracion de todo un siglo, y que, si una vez habló de sí mismo, fué para mandar en su testamento que lo llevaran á la sepultura con el rostro descubierto, para desengaño de las miserias y vanidades del mundo.

Juzgo oportuno hacer algunas consideraciones generales, que me servirán de guía al penetrar detalladamente en el asunto.

Es el teatro, en todas las naciones que han llegado al período de su virilidad y á la completa aplicacion de sus principios constitutivos, la exacta reproduccion de sí mismas, la síntesis más bella de sus afectos más generales. De tal manera el teatro ha sido siempre engendrado por la fuerza activa de la nacionalidad, que allí donde ésta se debilita y se extingue, aquél vacila y desaparece.

Sobrevivirán grandes filósofos, grandes líricos, grandes historiadores, grandes artistas; de seguro ni un autor dramático. Pudiera citar muchos ejemplos; bástame uno. Recordad á Italia, ensangrentado campo de la contrapuesta ambicion de españoles y franceses; el tibio amor que áun conserva á su nacionalidad la impide ser francesa ó española; su falta de energía no la consiente ser italiana. Pues en ese período de sobresalto, de indecision y de mudanza, produjo, sin embargo, escultores, que con-

virtieron las piedras en símbolo eterno de lo bello; pintores cuyos lienzos reproducen viva la divina mansedumbre de Cristo, la tiernísima angustia de María; poetas que enriquecieron sus versos con los encantos de la naturaleza, los tesoros de la fantasía, las penas y delicias del amor y las altas empresas de las armas cristianas; filósofos, en fin, que con mirada profunda, si bien siniestra, penetraron las sombras más oscuras del alma. ¿A qué citar nombres que ya habeis recordado? La pintura, la escultura, la historia, la poesía lírica y épica le fueron familiares; débil y estérilmente intentó la dramática.

Siendo, como he dicho, el teatro la síntesis de la nacionalidad, no parece sino que aquellos pueblos que viven descontentos de sí mismos rehusan el espejo que los reproduce. Este fenómeno constante aclara la naturaleza de la poesía dramática, y hace evidente la principal diferencia que la distingue de las restantes manifestaciones del arte.

Juzga de éstas el individuo; de aquélla la muchedumbre. Puede el individuo, prescindiendo de sí y abstrayéndose del mundo que le rodea, interesarse en acontecimientos que le son extraños, comprender y áun ejercitar la sensibilidad en pasiones que no son las suyas, y vivir con la imaginacion en todos los países del globo. La muchedumbre jamas prescinde de sí misma: su criterio, resultante del de todos los que la forman, no es exactamente el de ninguno; al fundirse unos en otros los afectos y pasiones de todos sus miembros, pierden en variedad y en extension lo que ganan en fuerza y en exclusivismo, y con la gran soberbia que le es propia, desecha, como indigno de su atencion, cualquier asunto que no sea ella misma. Confúndese fácilmente el individuo con el artista,

y llevado del dulce placer que producen las infinitas variedades de la belleza, sigue sin esfuerzo los vuelos y caprichos de la fantasía. Al poeta dramático es forzoso confundirse con la muchedumbre: sus creencias, sus pasiones, sus costumbres, sus aspiraciones y afectos unísonos son las fuentes genuinas de la inspiracion dramática; si éstas no existen, carece el poeta de elementos para su obra. Sólo describiendo con verdad las costumbres de su país, adquirirá influencia para corregirlas; sólo sintiendo con vehemencia sus afectos, alcanzará prestigio para purificarlos.

Pudo Garcilaso, miéntras la Europa se lamentaba oprimida del peso de las armas, cantar en sosegado retiro

el dulce lamentar de dos pastores.

Fr. Luis de Leon exprimia en versos inimitables el ánsia ardiente con que suspiraba por la posesion del cielo, en tanto que sus soberbios compatriotas aspiraban indómitos al dominio universal de la tierra. Cuando febril la actividad española se ejercitaba incansable en ambos hemisferios, consumia Fernando de Herrera las poderosas fuerzas de su ingenio en las estériles sutilezas de su amanerado platonismo; y en medio de la lucha de todas las pasiones desenfrenadas, solitario Rioja prestaba la forma más bella á los conceptos más levantados y severos que ha inspirado jamas el desengaño cristiano. Pudieron, en efecto, *el cantor de las flores*, *el águila de Sevilla*, *el cisne de Granada* y *el Títiro español*, retraidos del mundo en que vivian y contrastando con los sucesos que los rodeaban, crear, dulcificar, enriquecer y perfeccionar el habla castellana y dilatar el horizonte de las letras, me-

reciendo unánime aplauso de sus tiempos y sucesiva gratitud de los futuros. Pero ningun autor dramático, abstraido de su época y contrastando tan vivamente con ella, ha podido jamas animar la escena y promover el aplauso de sus contemporáneos. Todo lo dicho se hará evidente, si observamos que aquellos ingenios atléticos que han sido más humanos que nacionales, más bien armónicos con todas las épocas que exclusiva expresion de una sola, la misma fuerza de su individualismo independiente, que les ha inspirado obras inmortales, les ha impedido sostenerse con gloria en el teatro. Cervántes, Quevedo y Byron me ofrecen su ejemplo y testimonio.

Lógicamente se deduce de las consideraciones expuestas, que la misma naturaleza del teatro exige del autor dramático dos facultades primordiales y esencialísimas: la de identificarse en afectos, ideas, creencias y aspiraciones con el pueblo en que ha nacido, y la de adivinar la manera de darles vida y realce sobre la escena. Espíritu de nacionalidad, intuicion de la forma y del efecto.

Pues estas dos condiciones del teatro, estas dos alas de la inspiracion dramática, ¿quién, señores Académicos, quién, en los tiempos pasados ni presentes, las ha agitado con fuerza tan poderosa y constante como D. Pedro Calderon de la Barca?

Por una coincidencia que suspende y admira, las exigencias nacidas de la íntima naturaleza del teatro se convierten, al examinar las obras de este autor, en sus cualidades más distintivas, en sus rasgos más propios, confundiéndose en una sola abstraccion el arte y el artista. Lo que en el teatro es esencial, en Calderon es característico.

Fuerza será decir algo de los elementos que constituian

la España de su tiempo, para apreciar debidamente hasta qué punto supo inspirarse en ellos y presentarlos en la escena con todo el encanto y maravilloso relieve del arte. Lo haré con la concision propia del que se dirige á quien sabe lo que voy á decir.

Ocho siglos consecutivos, en que nuestros padres pelearon sin tregua ni reposo por el templo de su Dios, el sepulcro de sus mayores y la cuna de sus hijos (hecho capital en nuestra historia, y sin ejemplo en la del mundo), estimularon y fortalecieron prodigiosamente todas las generosas cualidades que eran necesarias para asegurar el triunfo de tan venerandos objetos: el valor indómito, propio del que, teniendo á Dios de su parte, en ninguna ocasion se encuentra sólo; impetuoso é incontrastable en el hombre que, luchando por su perdida patria, miéntras no la tiene le es estorbo la vida, como falto de esfera en que ejercitarla; la lealtad á los reyes que, caudillos primero de sus pueblos, conduciéndolos á la victoria, y padres despues, librándolos del yugo del feudalismo, presentaron al amor de sus vasallos el doble título del beneficio y de la gloria, encadenando sus corazones con los naturales efectos de la gratitud y del entusiasmo; el honor acrisolado en los combates, única garantía capaz de asegurar el cumplimiento de los tremendos deberes de la guerra. Y es natural que, durante una batalla de tantos soles, la mujer apareciese en la exaltable imaginacion de los guerreros como el bálsamo de tantas heridas, el reposo de tantos afanes, el premio de tantas victorias; como la reina, en fin, de un hogar defendido por el incansable ejercicio de la espada é imaginado en medio de las asperezas de un campamento.

El amor idealizado por la guerra, el honor inflexible,

la lealtad sin reservas, el valor sin excusas, fueron, pues, los eficacísimos auxiliares de la religion y del patriotismo, que fundidos en una sola idea eran el único espíritu viviente en todas las venas del Estado. Estos heroicos afectos y cualidades distintivas del español participaban de la vehemencia y exaltacion propias de la santa empresa en cuyo servicio se habian enardecido, y á cuyo triunfo simultánea y armónicamente concurrian.

Terminada la guerra de la reconquista, y ántes que el sosiego de la paz y sus naturales consecuencias hubieran calmado esta vehemencia característica del español, súbitos y poderosos incentivos la estimularon nuevamente al nacer el siglo XVI, hermano gemelo del emperador Cárlos V. Á los hijos de Mahoma reemplazaron en el campo de batalla los sectarios de Lutero; á la completa posesion de España sucedió inmediatamente el descubrimiento de un Nuevo Mundo, como si la Providencia hubiera querido experimentar por espacio de ocho siglos la constancia española, ántes de confiarla el sublime encargo de llevar por primera vez las banderas de Cristo á las inmensas antípodas regiones. Las guerras de religion mantuvieron en su entereza primitiva aquel carácter ferviente, osado y aventurero, creado por la reconquista y tan fielmente impreso en las sencillas y enérgicas páginas de nuestro *Romancero*. Las novedades, encantos y misterios del Nuevo Mundo, las increibles aventuras é inauditas proezas de que fué teatro, prestaron tanta verosimilitud á las fantásticas quimeras de los libros de caballería, que no parece sino que sus primeros autores las concibieron, inspirados por el vago presentimiento del próximo y maravilloso destino del pueblo castellano.

Tal era la España que D. Pedro Calderon de la Barca

se propuso reproducir en la esfera del arte; pues aunque en el siglo XVII eran ya evidentes los síntomas de su decadencia, aunque ya podia pronosticarse que aquella voraz excitacion del espíritu habia de concluir debilitando todos los miembros de la gigantesca monarquía, aún no habia mediado el espacio de tiempo que necesita el infortunio, por violento que venga, para estragar los afectos y rebajar el carácter de una nacion sostenida por la fe, fortificada en tan rudas pruebas, y ensoberbecida con el laurel de tantas victorias.

Basta recordar los títulos de las obras de Calderon para comprender que componen su teatro los mismos elementos que hemos señalado como constitutivos de la sociedad española. Examinémoslos separadamente.

Era la religion el resorte más eficaz de su patria: á la fe religiosa consagra nuestro autor sus afectos más íntimos, sus meditaciones más profundas y las flores más delicadas de su fantasía. El sentimiento más vivo de su país debia ser el asunto de su primera inspiracion. Á los trece años aparece autor de *El carro del cielo*. Ningun autor se ha retratado tan fielmente en su primer intento. Pasma y enamora contemplar este primer vuelo de aquel águila precoz, que, impaciente sin duda por penetrar todos los misterios de la creacion, se lanza atrevida al carro de Elías y se coloca en medio del espacio para percibir á un tiempo las inefables melodías del cielo, las hondas inquietudes de la tierra, las angustias y esperanzas del purgatorio, y los desesperados clamores de la *ciudad doliente*.

Recordad la vária muchedumbre de sus autos sacramentales, magnífico monumento elevado en honra de la piedad española, eco sublime de la bula en que Urba-

no IV instituyó la festividad del SANTÍSIMO SACRAMENTO. Allí es donde el autor se encuentra más espaciado; allí le vemos en plena posesion de sí mismo. En el ancho espejo de su imaginacion ilimitada se reflejan los cielos con más verdad que en las vastas llanuras de los mares, unas veces serenos y apacibles como la aspiracion y el premio de los justos; otras tempestuosos y amenazadores como los atributos de la justicia, y otras impenetrables y oscuros como los misterios que ejercitan la fe; pero siempre dejando vislumbrar los rayos de la bondad divina, que pugnan por desvanecer las densas nubes de la ignorancia y del pecado.

Nos hace presenciar el sublime momento en que, coronando las magnificencias de la creacion, infunde Dios el soplo de vida en el primer hombre. Nos muestra el alma descendiendo llorosa de las *purpúreas* esferas, y el cuerpo inanimado sobre la tierra, pero ya confusamente conmovido con la esperanza de su próxima exaltacion, y hasta nos hace oir lo que dirian, á poder hablar, ántes de unirse. Oigámoslos:

ALMA. Patria hermosa en que nací,
Forzada á la tierra voy,
Pero en cualquier parte soy
Lo que en mi principio fuí:
No ha de haber mudanza en mí;
Que aunque Dios me hizo de nada,
Me hizo eterna; y desterrada
De esta celestial esfera,
Al esposo que me espera
Protesto que voy forzada.
Protesto que en la prision
Del cuerpo en que he de asistir,
Siempre desearé salir,
Por volver á mi region.
CUERPO. ¿Cuándo de esta confusion

Saldrá mi ciego sentido?
ALMA. ¿Cuándo, amado patrio nido,
Á tu centro volveré?
CUERPO. Nada soy, nada seré.
ALMA. Siempre seré, pues ya he sido.

Se abrazan el cuerpo y el alma; la vida enciende su antorcha, y los tres caminan por el mundo, seguidos del pecado y de la muerte.

Asistimos á la tragedia del paraíso: vemos ásperos y rebeldes al hombre los mismos elementos que ántes le eran afables y sumisos: escuchamos los ayes de sus primeros dolores y los sollozos de su arrepentimiento:

Castígame como padre,
No como juez me destruyas.

Ya no siento tanto mis penas, dice el hombre enternecido, dirigiéndose á Dios,

Como el ver que el padecerlas
Ha de ser en ira tuya.
¡Tú aborrecerme, Señor,
Y yo aborrecerte! ¡Oh! Nunca
La naturaleza humana
Llegue á tanta desventura!

Suenan las promesas de la redencion del género humano, y contemplamos su exacto cumplimiento al brotar en el costado de Cristo la fuente viva de la gracia, que distribuida en los raudales de siete sacramentos, desciende incesante á lavar las manchas de la culpa.

Explica Calderon los diferentes caractéres de la ley natural, la escrita y la de gracia. Conversa cariñosamente con la ignorancia, esclareciéndole *Los misterios de la misa*. Reprende á los que, incurriendo en error pagano, atribuyen los bienes y los males á la fortuna para

mostrarse hipócritamente quejosos é ingratos con la Providencia, asegurando que *No hay más fortuna que Dios.* No hay *instante sin milagro*, grita la incredulidad.

Plantea y desenvuelve las cuestiones más abstractas, jugando con su asunto, segun la frase de nuestro inolvidable amigo Pedroso, como expone los misterios más profundos con fe tan sencilla, con tan inquebrantable serenidad, que no parece sólo que los cree, sino que los sabe.

Desde la creacion del primer hombre hasta la muerte del Justo no hay figura del Nuevo ni del Viejo Testamento, no hay profecía, parábola ó tradicion piadosa, que no sea expuesta en su teatro sacramental con la vária y solemne entonacion que requieren tan levantados asuntos, con la ardiente y melancólica poesía propia de las regiones en que tuvo lugar el drama de nuestra redencion, y al mismo tiempo con toda la claridad que era indispensable en obras escritas para ser representadas en la plaza pública y en presencia de todo un pueblo.

Consignados los fundamentos de nuestra fe; desenvueltos magistralmente los argumentos en que se apoya y las pruebas que la confirman; explicados todos sus preceptos con tanta lucidez, que cualquiera de los espectadores puede exclamar con el autor:

> Tales todos ellos son,
> Que pudo habérnoslo dado
> La misma razon de Estado,
> Cuando no la religion,

pasa del teatro sagrado al profano; y, roto ya el velo de la alegoría y desembarazado del artificio de la parábola, nos muestra en acciones reales todo el fruto que la semi-

lla evangélica, cultivada por el martirio, comienza á producir en el mundo. Vemos á Crisanto, hijo de un senador romano, silenciosamente iluminado por los rayos de la cruz, en medio de las tinieblas del paganismo; le vemos exaltarse al presenciar la bárbara muerte de su cristiano maestro Carpóforo, hasta el punto de confesar á voces, á la faz de los ministros de Numeriano, la religion de Cristo: encendida en el fuego de su heroismo, su prometida esposa Daria se declara cómplice del mismo delito, y en medio de los rigores del tormento, oimos la enérgica protestacion de fe de *Los dos amantes del cielo*. Sublime situacion, que, reproducida despues por Corneille, y últimamente enriquecida con las divinas melodías de Donizetti, todavía aparece sobre la escena, arrebatando el ánimo de los espectadores.

¡Ay de tí, pueblo infelice!
¡Ay de tí, mísera Hibernia!

grita el apóstol de Irlanda, procurando despertar á sus hijos del estúpido sueño del ateismo. El temerario Ludovico, tan enérgico en el pecado como en la penitencia, nos describe despues *El purgatorio de San Patricio*.

Voces lúgubres y misteriosas, que expresan conceptos jamas oidos, turban y suspenden la bulliciosa alegría con que la réproba descendencia de Cain rinde culto á su ídolo Astarot, en cuyo templo se encuentra congregada. Todos los ojos y oidos atienden al sitio de donde salen tan extraños acentos:—un hombre se aproxima:—oigamos cómo le describe la hija del rey Polemon:

Es su estatura mediana,
Su barba y cabello en crencha
Partida á lo Nazareno,

Y de cenizas cubierta.

. . . . . .

El rostro es grave, la voz,
Bien como de una trompeta,
Armoniosamente dulce
Y dulcemente tremenda.
Vivo esqueleto, en un vil
Báculo el cuerpo sustenta;
Es todo su adorno un saco
Ceñido con una cuerda.

Entra San Bartolomé repitiendo:

¡Cristo es el Dios verdadero!
¡Penitencia, penitencia!

El báculo en forma de cruz que le sostiene despide llamas que inundan el templo: enmudece el ídolo; y aunque despues el pueblo de la Armenia inferior hace que su apóstol *mude la piel como culebra*, ya ha escuchado la palabra divina; ya tiene rotas en sus manos *Las cadenas del demonio.*

Vemos cautiva la cruz de Cristo, y la piadosa hazaña con que el emperador Heraclio consigue *La exaltacion de la cruz*. *El gran príncipe de Fez* nos manifiesta que ni la bárbara intransigencia mahometana es muralla impenetrable á la sutilísima llama del Evangelio. En *El Príncipe constante*, D. Fernando de Portugal aparece el modelo del caballero cristiano. Entregando á Ceuta puede librarse del cautiverio, que marchita su juventud y aflige su cuerpo: siente, como humano, el hambre y el frio, y todos los rigores de su fortuna, de quien amarguísimamente se queja. ¿Por qué no me das á Ceuta? le pregunta indignado el Rey de Fez—«Porque es de Dios, y no mia»—le responde resignado el Infante. Duérmese fatigado Enrique VIII sobre el mismo papel en que estaba escribiendo

la refutacion de los errores de Lutero: aparece la imágen de Ana Bolena, borra lo escrito y dice:

Yo tengo de borrar cuanto tú escribes.

Así comienza *La cisma de Ingalaterra*. ¡Soberbia exposicion! Ella sola manifiesta hasta qué punto la rebelion de la carne dió alas á la herejía que más aflicciones ha causado á la Iglesia. En *La Vírgen de los Remedios*, *San Francisco de Borja*, *Júdas Macabeo*, *La Vírgen de la Almudena*, *Desagravios de María*, *El José de las mujeres*, *La Margarita preciosa*, y otras várias, es tambien la religion el principal resorte dramático, sin que jamas la osada fantasía del poeta relaje en lo más mínimo la severa ortodoxia del profundo teólogo. El mismo autor, que manejó los asuntos históricos con el notable descuido que sus críticos le echan en cara, trató con escrupulosa puntualidad los religiosos. Pero, ¿cuál era la historia de su país? ¿Cuál habia sido el impulso de su política? No me incumbe juzgarla en este momento; pero es lo cierto que la religion había provocado los supremos esfuerzos de la monarquía, y evidenciar los testimonios de nuestra fe equivalia á justificar nuestra conducta: reproducir en la escena las grandes virtudes inspiradas por el cristianismo era tanto como apelar á los altos ejemplos que anticipadamente abonan el piadoso arranque de nuestros príncipes y el generoso concurso de sus vasallos. Al asistir á la representacion del grandioso drama *La exaltacion de la cruz*, al ver que el emperador Heraclio, cuando recibe la noticia de que los persas han cautivado el símbolo de la redencion, rompe el retrato de la mujer á quien ama, como desprendiéndose de todo afecto humano, enluta sus banderas, con roncas trompetas y cajas destempladas convoca á su pueblo, y

jura y cumple no esquivar peligro ni fatiga hasta poner la cruz de Cristo en el propio lugar donde la adoraron Elena y Constantino; al oirle exclamar:

Sagrado leño, yo os juro
De no volverme sin vos,
Si mil veces aventuro
El mundo en rescate vuestro.
Pero, ¿qué mucho, qué mucho
Que todo el mundo aventure
Por quien salvó á todo el mundo?

¿Quién no recordaría á Felipe II, que en várias ocasiones pronunció casi idénticas palabras; que, ermitaño de su palacio, esclavo de su idea, flaco de cuerpo, fortísimo de espíritu, pugnaba incansable, como Heraclio, por llevar triunfante sobre sus hombros al templo de Jerusalen

El madero soberano,
Iris de paz, que se puso
Entre las iras del cielo
Y los delitos del mundo?

Al aparecer en *La serpiente de metal* la imponente figura de Moises; al contemplar la honda indignacion con que derriba y hace pedazos el becerro de oro, á cuyos piés se habia prostituido el pueblo de Dios, ¿qué espectador no recordaria la popular hazaña del más famoso de los hijos de Extremadura, que al derribar los ídolos en presencia del atónito pueblo de Motezuma, pudo exclamar, con el Moises de Calderon:

¡Ved vuestras idolatrías
Qué dios adoran, villanos,
Pues lo hicieron vuestras manos
Y lo deshacen las mias!

No estaban en Grecia, ni en Roma, ni áun en las cró-

nicas de los antiguos reinos de Castilla, las premisas y antecedentes de aquellos españoles que, en defensa de la verdad católica y á la sombra de sus banderas, lucharon en Alemania, en Flándes, en Italia, en Francia, en el archipiélago de Grecia, en África y América. Causas más altas engendraban las impetuosas acometidas é inquebrantables resistencias que ensangrentaron las tierras y los mares. Los fundamentos de la doctrina católica eran las sólidas razones de su política; la luz del Evangelio, la justificacion de sus armas; las relaciones del cielo con la tierra, sus verdaderos antecedentes históricos.

De este modo consideradas, las comedias religiosas de Calderon son á la vez históricas y políticas. Si al juzgar estas obras los críticos afrancesados del pasado siglo hubieran podido colocarse á la altura de su autor, ¿quién duda que hubiera sido ménos frio y pedantesco el desden con que las trataron?

Si el valor y la lealtad, elementos designados entre los constitutivos del carácter nacional, no componen el único ni el principal resorte de ninguna obra determinada de nuestro autor, en todas las suyas resplandecen, sin embargo, ambas cualidades. Á Calderon hubiera sido imposible vestir de caballero á ningun cobarde.

Todos sus personajes se muestran leales á sus príncipes: si alguno se exceptúa de esta regla, de seguro no es español. El mismo Gutierrez de Solís, al quejarse al rey D. Pedro de la conducta del infante D. Enrique, y al manifestar que está resuelto á lavar con sangre y cubrir con tierra su deshonra, añade en seguida:

> No os turbeis: con sangre digo
> Solamente de mi pecho;

Que Enrique, estad satisfecho,
Está seguro conmigo.

La proximidad al trono le sirve de escudo.

Quiere Muley poner en libertad al infante D. Fernando, burlando la confianza y arrostrando las iras del Rey de Fez; el noble portugués le contesta:

Muley, amor y amistad
En grado inferior se ven,
Con la lealtad y el honor;
Nadie iguala con el Rey,
Él solo es igual consigo.

Se trata de un rey enemigo de la cruz; y el cristiano cautivo, por cumplir con la obligacion en que le pone su lealtad de dar este consejo, pierde la libertad y la vida. Prueba evidente de que nuestro autor no admitia excusas ni excepciones en los deberes de la fidelidad.

Rasgos semejantes esparcidos en todas sus obras, y la suma reverencia con que siempre habló de la púrpura, han disgustado á algunos críticos nacionales y extranjeros hasta el punto de calificar de adulacion tanto acatamiento, y de servilismo tanta lealtad. El cargo es grave, y de ser justo, alcanza de lleno á Calderon, y trasciende á todos los dramáticos de su tiempo, y áun al pueblo, que tan calurosamente los victoreaba, imprimiendo en el carácter nacional un sello de mansedumbre que, ejercitada en la adulacion, tiene más de afrentosa que de evangélica.

La Academia me consentirá una ligera digresion, encaminada á poner en su punto un elemento que ha sido tan importante en nuestra escena, y acaso el que ha producido contrastes más vivos y situaciones más interesantes.

Dejando á un lado el *Per me reges regnant*, que, con-

virtiendo la persona del Monarca en representante de la voluntad divina, hacia imposible la adulacion y daba cierta solemnidad de obligacion religiosa á la obediencia; sin tener en cuenta nuestra natural desidia, más acomodada á abandonar las riendas del gobierno que á intervenir constantemente en los negocios públicos, hay, sin duda, en nuestro carácter alguna cualidad que ha hecho más necesaria en España que en ningun otro pueblo la preponderancia del principio monárquico. —¿Es acaso, como se desprende de la mencionada censura, nuestra índole humilde y nuestra genial mansedumbre? No necesitamos buscar en la historia la respuesta. ¿Cuál más concluyente que la misma sorpresa que nos causa la pregunta?—Es, sin disputa, nuestra indómita soberbia, que, fecunda en todos los efectos de la discordia, ha buscado un escudo contra sus propios excesos extremando la suprema autoridad de los reyes.

Contemplad á los españoles en todas las ocasiones y lugares en que, apartados ó exentos del yugo de la monarquía, dueños de su voluntad y árbitros de su conducta, han podido manifestar espontáneamente todas las cualidades y condiciones de su carácter. —¡Qué constantes en los trabajos; qué heroicos en los peligros; qué díscolos é ingobernables en la victoria!

Seguidlos léjos de su patria, y en todas partes veréis crecerles el ánimo á medida que se aumentan las adversidades y se alejan las esperanzas de socorro. Los veréis aislarse voluntariamente del auxilio humano, para esperarlo todo de Dios y de su esfuerzo; explorar mares, registrar volcanes, y, amantes de lo desconocido, penetrar con sus espadas donde nunca habia penetrado el pensamiento; los veréis debeladores de imperios, dominadores

de razas, despreciadores del enemigo y de la muerte; capaces de soportar juntas todas las inclemencias del cielo y de la tierra; incapaces de sufrirse á sí mismos.

Repasad conmigo algunas páginas de nuestra historia.

¿Quién no recuerda conmovido aquel supremo instante en que la audacia española, conducida por el genio de Colon, vencidos los horrores y monstruos espantables con que la ignorancia poblaba las regiones de lo desconocido, pisó por vez primera las playas antípodas, é hizo evidente al mundo el gran secreto del Océano? No hubo allí corazon tan rudo en que no penetrára algun sentimiento nuevo y sublime.—Todas las manos se levantaron al cielo, y cada uno le ofrecia, en holocausto de tan gran suceso, lo mejor de su alma.—La cruz de Cristo abrió sus brazos en la orilla, brindando con su amoroso seno á todos los hijos del nuevo continente.—No concibe el entendimiento una ocasion más acomodada para fundir en una todas las voluntades y gobernarlas con el prestigio de una sola idea. Bien pronto demostraron, sin embargo, los acontecimientos, que ni la próspera ni la adversa fortuna tiene poder para domesticar entre nosotros la discordia.—Con mal disimulada impaciencia soportaba Martin Alonso Pinzon su puesto de segundo. Habia sido este viejo marino igualmente respetado por las olas y por los hombres: inteligente, audaz, afortunado y opulento: altas cualidades, que, en pechos españoles, suelen engendrar otra, que las desluce todas: la indocilidad, propensa siempre á la rebelion. Los peligros y contínuas zozobras del viaje, excitando la parte heroica de su naturaleza, le mantuvieron fiel á las órdenes del Almirante. La fortuna dió libertad á su soberbia, y, proclamándose independiente, desertó de la escuadra.—Ni fué

más segura la concordia en aquel fuerte de la Navidad, primer establecimiento que los españoles fundaron en América. — Treinta y ocho, elegidos entre los mejores, quedaron encargados de su presidio. Vehementes fueron las exhortaciones con que Colon procuró persuadirlos á la templanza y á la obediencia, sobre todo, del que les habia designado por jefe, en quien todas sus facultades quedaron delegadas: no lo fueron ménos las protestas con que todos se obligaron á ejecutar puntualmente sus instrucciones. — Llegó el momento en que era forzoso separarse. — Los unos, como centinelas avanzados de Europa, se quedaban custodiando la entrada de aquellas vastas y desconocidas regiones; los otros volvian á demandar recursos y á producir, con la noticia de que eran portadores, la sensacion más profunda que jamas habia acalorado la fantasía del mundo, que desde entónces tomó el nombre de Viejo. La expansion de los corazones correspondió á la solemnidad del momento. — Reiteráronse de una parte los consejos y de otra las protestas. Con lágrimas en los ojos se estuvieron contemplando hasta que el mar los separó por completo.

Diez meses habian trascurrido apénas, cuando ya Colon, con recursos bastantes para establecerse sólidamente, divisaba por vez segunda las ya conocidas costas de América. Á medida que se aproximaba el término del viaje, se aumentaba en el Almirante, y muy singularmente en todos los que le habian acompañado en la primera expedicion, el ánsia de abrazar á sus aislados compañeros. — ¡Cuánto fruto podrian sacar de las inestimables noticias que en este tiempo habrian adquirido de aquella isla y de sus mares adyacentes! ¡Cuánta riqueza podian haber acumulado, dada la simplicidad de aquellos

habitantes, que por cualquier bagatela cambiaban todo el oro que poseian; y cuánto placer ofrecian las futuras y amistosas pláticas en que recíprocamente habian de comunicarse los detalles é impresiones recogidos en ambos mundos! Al anochecer anclaron delante del fuerte de la Navidad: la proximidad de la noche hacia indecisos todos los objetos: era, sin embargo, indudable que la guarnicion debia haber notado la llegada de la escuadra: todos aguardaban inquietos alguna señal que anunciase la existencia de sus compañeros; pero ni una canoa surcaba la mar, ni una luz se divisaba en la orilla, ni llegaba á los atentos oidos una voz conocida y amiga; en vano los más gruesos cañones de las naves interrogaron los valles y los montes: apagados los ecos, seguian reinando las sombras y el silencio. — En todos los pechos surgió el presentimiento de una catástrofe; la luz del sol la hizo evidente. — Fué más poderosa nuestra genial indisciplina que todos los consejos, peligros y altos deberes que tan apretadamente persuadian el órden. Disputaron Escobedo y Gutierrez la legítima autoridad de Arana: se trataba de mandar en una peña guarnecida en el desierto por un puñado de hombres; no necesitó más alimento la guerra civil. Sangre española, vertida por mano española, imprimió la primer mancha en nuestro primer establecimiento. Semilla de discordia, que, sembrada entónces, todavía fructifica. Diseminados los nuestros, á quien ya no era posible juntarse en parte alguna sin venir á las manos; desprestigiada nuestra raza ante la indígena; olvidadas las precauciones militares, hallaron fácil ocasion los caribes para sorprender el fuerte y acabar luégo con todos los extranjeros y áun con muchos de los indios amigos que acudieron en su defensa. Á la vista de los que

acababan de desembarcar mostró la claridad del dia los tristes despojos de esta tragedia. Aquellas armas esparcidas y rotas, aquellas ruinas abrasadas, aquellos cadáveres insepultos estaban diciendo con mudas voces al ánimo afligido: « Aquí se dividieron los hijos de España.»— Enseñanza tan elocuente como desaprovechada en lo futuro.

Ved, más tarde, á Hernan Cortés, al frente de una parte de su pequeño ejército, pasar en noche tempestuosa el rio de las Canoas, con el agua en los pechos; llamar cerca de sí á los principales cabos; hablarles de justa defensa, de lícita venganza y de exterminio; y aguardar á que la luz del relámpago ilumine el camino para seguir la marcha. Preso deja en Méjico al emperador Motezuma; no son indios los enemigos que le obligan á apercibir las armas; son españoles; y aunque el gran conquistador cae con la presteza y seguridad del águila sobre el campamento de Zempoala, desbarata á Pánfilo de Narvaez y se engrandece con sus despojos, las consecuencias de esta lamentable faccion provocan en seguida la tremenda catástrofe, que aún conserva en la historia el expresivo nombre de la *Noche triste.* Aquellos gritos que exhalaban al ver las descubiertas entrañas de los miserables prisioneros sacrificados á los ídolos, ántes eran acusadores de la discordia de los españoles que de la ferocidad de los indios.

Si recordais el vasto imperio de Atahualpa, deshecho y dominado por un puñado de aventureros, fijad la consideracion en el campo de Salinas, donde los parciales de Almagro y de Pizarro parten el sol, se buscan y matan con el mismo coraje que ántes han ejercitado en los indios, que, testigos ahora del nefando combate, atruenan

el aire con frenéticos gritos de alegría, al ver que deben á la discordia de sus opresores la venganza, que nunca pudieron esperar de sus propias manos. — Ni los merecimientos, años y achaques del sin ventura Almagro alcanzaron de su implacable enemigo que le concediera los pocos dias que le restaban de vida; ni los grandes hechos de Francisco Pizarro detuvieron despues las espadas de sus asesinos; ni la enseñanza de estos escándalos evitó la division de los mismos partidarios del hijo de Almagro, que, una vez triunfantes, reprodujeron en su seno los pasados disturbios, y precipitaron trágicamente al jóven caudillo en la misma tumba de su padre.

Recordad la memorable expedicion de catalanes y aragoneses; el enérgico *desperta ferro* de los almogávares puso espanto en Asia y cuidado en Europa. En defensa de Andrónico vencen á los turcos y los arrojan á los montes más ásperos de Armenia. La cruel ingratitud de los Paleólogos enciende su ira, y vueltos contra su pérfido aliado, destrozan y afrentan todas las fuerzas del imperio griego; aniquilan el campamento de los Masagetas; muere á sus manos en campal batalla el Duque de Aténas, mal defendido de toda su nobleza y de las naciones que le auxiliaban. *Tracia, Macedonia, Tesalia y Boecia, penetradas y pisadas, á pesar de todos los príncipes y fuerzas del Oriente*, conservaron por mucho tiempo en su memoria la medrosa aparicion de aquellos soldados invencibles.—Hasta sus mujeres defienden los muros de Galípoli, é imitando el valor de sus ausentes maridos, rechazan escarnecidos y deshechos á los genoveses. No dijo por éstas nuestro autor lo de *Las manos blancas no ofenden.* Pues, en medio de tantos peligros, en país tan remoto, teniendo que ganar á cuchilladas el sustento de cada dia, bárbaramente pródi-

gos de su sangre, volvieron contra sus mismos pechos aquellas pocas espadas que sólo su valor hacia capaces de contener la innumerable muchedumbre de sus enemigos; y de ninguno de ellos ni de todos juntos recibieron tanto daño como de sus propias envidias y feroces rivalidades. —Berenguer de Entenza, Rocafort, Garci Gomez Palacin, casi todos sus heroicos caudillos perecieron devorados por la discordia. ¡ Funesto testimonio de la ardiente indocilidad española!

Odiosa es esta parte de nuestro carácter; deslucimiento de muchas glorias, y estorbo de grandes felicidades: con pena la examino; pero no siendo el silencio el que ha de corregirla, permitid que diga, con la historia, que ni la conformidad de la fe, ni la igualdad de costumbres, ni los vínculos de la sangre, ni la mutua conveniencia, ni el comun peligro, ni las exhortaciones evangélicas, ni la hostia consagrada, partida en dos y comida á medias, como prenda y testigo de la alianza, fueron nunca poderosos, roto el freno de la monarquía, á contener nuestros espíritus rebeldes en los límites de la templanza, ni á reducirnos á prestar obediencia á los que en alguna manera podiamos conceptuar nuestros iguales.

Hé aquí el verdadero fundamento de la exaltacion del principio monárquico, que, léjos de recibir su vida de la natural tendencia de los españoles á la servidumbre, estaba sostenido precisamente por todas las contrarias pasiones. No consecuencia de la humildad, sino razon de estado de la soberbia. Era indispensable levantar de tal modo la persona del Monarca, que, siendo imposible la rivalidad, fuera necesaria y constante la obediencia. Y en efecto; un canónigo, sin más armas que una cédula real y un breviario, sosegó las turbulencias del Perú, y preparó la

pacífica sucesion de los vireyes. Berenguer Estañol, delegado de un niño de la casa de Aragon, mantuvo en órden á los catalanes y aragoneses, pacíficos dominadores de Aténas, bajo el mando y proteccion de sus príncipes naturales. Espero que ningun crítico nacional ni extranjero se atreverá á buscar la causa de tanta sumision en la mansedumbre de los conquistadores de América y en la humildad de los almogávares.

Á pesar de todo, nunca confundió Calderon la reverencia con el culto, y supo marcar límites al respeto.

Oid lo que dice una reina á una dama que se arrodilla á sus piés:

De la tierra os levantad;
Que esas ceremonias son
De quien con vana ambicion
Á lo divino se atreve,
Porque sólo á Dios se debe
Tan cumplida adoracion.
En vano el hombre procura
Esto para sí usurpar;
Porque no debe adorar
La criatura á la criatura.

Firmísima por tantas causas ha sido siempre la lealtad en pechos españoles; pero nunca fué ménos enérgico el amor á la honra. Oid lo que dice un plebeyo, parangonando los dos afectos:

Al Rey la hacienda y la vida
Se han de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma sólo es de Dios.

Dice Vieil-Castel, y algunos le siguen, que es el honor en el teatro español lo que era la fatalidad en el griego.

Ni por su orígen, ni por sus medios y resultados convengo en semejante identidad.

Várias causas contribuyeron á vigorizar esta prenda de nuestro carácter hasta el punto de hacer proverbial en el mundo el honor castellano. Heredamos de los godos aquella inquieta altivez, celosísima de su dignidad y siempre pronta á remitir á las armas la satisfaccion de cualquier ofensa. Tuvo en la guerra de la reconquista, como ya dijimos, su mayor estímulo y su mejor empleo. El súbito acrecentamiento de nuestra monarquía, enalteciendo la honra de la nacion, hizo más severa y hasta más arrogante la de cada uno de sus individuos. La costumbre de nuestros reyes, de asistir en persona á los combates, dando ejemplo de posponer su vida al cumplimiento de sus obligaciones, mantenia más cuidadosos de las suyas, y más atentos á los ecos de su fama, á todos los caballeros que guerreaban en su presencia y adquirian en los campamentos cierto carácter militar, que conservaban despues en la vida doméstica, y hacia más difícil el pacífico arreglo de cualquier empeño en que directa ó indirectamente se atravesase la honra. Y estos caballeros eran casi todos los de España; y esta costumbre se dilató, con pocas excepciones, hasta el mismo Felipe IV, que estuvo al frente de su ejército en Cataluña. ¿No han de parecer soldados los galanes de Calderon, si en efecto lo eran? El mismo abuso del derecho de vincular, que subdividió el Estado en pequeñas é innumerables monarquías domésticas, y la cláusula de muchas fundaciones, que obligaba al mayorazgo á usar un nombre ó un apellido determinado, generalmente el que recordaba las más altas glorias de la familia, ¿quién duda que contribuyó á dar solemnidad á la honra, haciendo que cada uno de los po-

seedores de un vínculo mirase el lustre y reputacion de su casa, no como cosa propia, sino como depósito sagrado, de que habia de dar estrechísima cuenta lo mismo á sus abuelos que á sus nietos?

Nada deja que desear el teatro de Calderon en esta materia. Desde las más sutiles cavilosidades del pundonor, hasta las más sencillas exigencias de la honradez; desde el empeño en que un incidente casual pone á varios caballeros de sacar las espadas, hasta las terribles consecuencias del agravio más trascendental en el hogar doméstico, no hay situacion que no se presente, carácter que no se describa, ni teoría que no se desenvuelva.

En la célebre comedia titulada *Con quien vengo, vengo*, prometen separadamente los dos Ursinos, padre é hijo, apadrinar el uno á Sancho y el otro á Octavio en un lance que debe ser sangriento, segun el agravio que lo motiva. Salen los cuatro al campo: al ver el hijo á su padre en el bando contrario quiere buscar algun medio de que excuse el desafío: son notables las palabras del anciano:

Cuando al lado de otro hombre
El que es caballero sale,
No ha de dar medio ninguno,
Porque él para nada es parte.
Con don Sancho vengo aquí;
Yo no soy mio este instante:
Bien hecho estará y bien dicho
Cuanto hiciere y cuanto hablare.
Si él riñere, he de reñir;
Haré paces, si hace paces;
Que yo con quien vengo, vengo,
Y aquí no conozco á nadie.

Riñen Sancho y Octavio: padre é hijo, cumpliendo con la costumbre de la época, cruzan las espadas: ambos tie-

nen por ménos doloroso exponerse á derramar su propia sangre que dar ocasion á que se dude del cumplimiento de su palabra.

Los empeños de un acaso, ingeniosísima comedia, es un tratado completo de honor caballeresco.

Ni las mujeres se mostraban contrarias á esta peligrosa bizarría de los hombres; que ántes participaban á su modo del mismo espíritu pendenciero: así aparecen en *Tambien hay duelo en las damas*, *¿Cuál es mayor perfeccion?*, y muy especialmente en *El postrer duelo de España*. En esta comedia, no tan celebrada como merece, al reñir con su rival D. Pedro Torrellas, tiene la desgracia de que se le caiga la espada de la mano, y sufre la mortificacion de deber la vida á la generosidad de su adversario. Divúlgase el lance, á pesar del secreto que ofrece el vencedor. Dos mujeres amaban á D. Pedro: ambas le abandonan. Una le dice:

> Estimo, don Pedro, y amo
> Más que á vos á vuestro honor;
> Y así, adios, hasta miraros,
> Don Pedro, vengado ó muerto.

La otra aún es más altiva; asegura que jamas podrá pertenecer

> Á un hombre tan desairado,
> Que en campal duelo la espada
> Se le caiga de la mano,
> Y para vivir conmigo
> Venga con desdoro tanto,
> Que lo que viva, lo viva.
> Á merced de su contrario.

Difícilmente se apartan los hombres de lo que aplauden las mujeres. Don Pedro, juzgando que su rival ha que-

brantado la ley del secreto, y apoyado en los fueros de Castilla y de Aragon, pide campo al emperador Cárlos V para probar, en singular batalla, que su contrario

> Anduvo mal caballero
> En no matar con la espada
> Á quien con la lengua ha muerto.

Concede y preside el combate el mismo Emperador, y cuando manda que se suspenda, haciendo suya la honra de los combatientes, se vuelve al Condestable y le dice:

> Escríbase luégo al papa
> Paulo Tercero, que hoy
> Goza la sede, una carta
> En que humilde le suplique
> Que esta bárbara, tirana
> Ley del duelo, que quedó
> De gentiles heredada,
> En mi reinado prohiba,
> En el concilio que hoy trata
> Celebrar en Trento.

Ya veis que si el poeta pinta con entusiasmo y brío las cualidades mal empleadas en un duelo, el filósofo lo califica de bárbara y tirana herencia de gentiles. — Siempre que la pasion á la honra cae en error ó raya en fanatismo, expone con el vigor que le es propio la verdadera doctrina, aunque dejándose llevar despues del torrente de la opinion. Era demasiado español para no incurrir en este gallardísimo defecto.

No necesita, por cierto, ni protestas ni correctivos la conducta del singular alcalde de Zalamea, heroica representacion de la honradez y dignidad de los plebeyos. De Calderon es la gloria de haber inventado los animados y bellísimos cuadros en que se desenvuelve este carácter, y

de Extremadura la de contar entre sus hijos al enérgico y valeroso villano. Aún se conserva en Zalamea la tradicion de este suceso: aún señalan sus vecinos el sitio en que estuvo la casa de Pedro Crespo, y el cercano monte, teatro de la desgracia de su hija.

Al considerar la honra en su aspecto más importante, como garantía de órden y moralidad en el seno de las familias, todos sin duda recordaréis tres obras maestras del poeta madrileño: *El pintor de su deshonra*, *El médico de su honra*, y *A secreto agravio, secreta venganza:* son creaciones concebidas con tanta valentía y ejecutadas con tanto acierto, que ellas solas serian suficientes á caracterizar una época y á ilustrar un teatro.

Igual es el asunto de los tres dramas, igual es el desenlace; pero ¡qué variedad en las escenas, qué diferencia en los caractéres, qué fecundidad en las situaciones! No aparecen aquí los celos, como en otras muchas de sus obras, bulliciosos y arrojados, sino que hiriendo á la par todos los afectos más íntimos del alma, su misma importancia los hace silenciosos, y en la solemne reserva con que proceden, anuncian de antemano sus terribles efectos.

Críticos hay que tachan de precipitados y áun bárbaros á estos maridos que castigan la sospecha de infidelidad con pena de la vida. Don Juan Roca halla á su mujer viviendo en compañía del hombre que se la há robado, y oye que le dice:

> Nunca fueron
> Tus brazos más agradables.

Confesemos que hay motivos para sospechar. En este momento los mata, y con armas de fuego, con armas tan ruidosas como el escándalo movido por su desgracia.—

Tenaz y evidente es la intencion que abriga Leonor de ofender á D. Lope de Almeida: ni la dulzura la retrae, ni la amenaza la asusta. No es necesaria la consumacion del delito para justificar la conducta del marido. Secreto ha sido el agravio; de la misma naturaleza participa la venganza.—La doña Mencía de *El médico de su honra* es sin duda la más desventurada; pero si tenemos en cuenta, no lo que sabemos como espectadores, sino lo que aparece á los ojos de Gutierre Alonso Solís, comprenderémos que éste procedió movido, cuando ménos, por tantos motivos como el mismo D. Lope, y que toda la desgracia de Mencía es hija legítima de su imprudencia. Es verdad que despues de detener á su amante, que quiere huir al saber que está casada; de aconsejarle en presencia del marido que busque y oiga *á la dama* de quien se cree ofendido; de hablar con él en el jardin adonde acude estimulado del anterior consejo, y despues, en fin, de no hacer nada para evitar que se repita tan peligrosa escena, se queja Mencía de la conducta del Infante.—Es natural en las mujeres de todas las épocas, despues de arrojar combustibles al fuego con sus propias manos, mostrarse sorprendidas y quejosas de la actividad de la llama. Convengo, no obstante, en que hay más desgracia que culpa en estas mujeres. Pudo el autor haber hecho igualmente justo el castigo de las tres; pero hubiera tenido, para conseguirlo, que rebajar grandemente su carácter moral, y jamas juzgó digna del arte la liviandad que procede de sí misma.—Repugnan, sin embargo, á nuestras costumbres estos maridos tan crueles, y mucho más si comparamos su ruda entereza con el dulce trato de los que ahora se usan. Pero esta extrañeza ¿nace quizás de que, estando nosotros más penetrados de la

caridad evangélica, nos inclinamos naturalmente á perdonar nuestras injurias y á amar á nuestros enemigos, ó tiene acaso su orígen en que, derramada nuestra existencia en plazas, cafés, casinos y asambleas, ha perdido su concentracion la vida doméstica y nos sentimos incapaces de todas las resueltas acciones que son hijas de la integridad de los afectos? No hace á mi propósito contestar ni examinar esta pregunta: bástame consignar que Calderon manifestó en muchos pasajes de sus obras lo que pudiera haber de erróneo en esta materia, y con más valentía que nadie hasta entónces lo habia hecho, en aquel monólogo de D. Juan Roca, que empieza diciendo:

> **Poco del honor sabia**
> **El legislador tirano**
> **Que puso en ajena mano**
> **Mi opinion, y no en la mia.**

Y tengan en cuenta los que acusan á Calderon de haber exagerado monstruosamente las costumbres de su tiempo, que las leyes de Partida, vigentes entónces en esta materia, consentian al marido ultrajado la facultad de ejecutar la pena de muerte dentro de su casa; facultad de que usaron con harto lastimosa frecuencia. — Y a Lope de Vega, pues no es otro el protagonista de la *Dorotea*, nos cuenta, al evocar entristecido los recuerdos de su primera juventud, que aquella su hermosísima prima, á quien debió las primeras caricias amorosas, murió violentamente á manos de su celoso marido. — En 1643, cuando el genio de Calderon brillaba en su apogeo, tambien los celos de dos maridos, segun Pellicer, costaron la vida á dos mujeres. Tal vez á la circunstancia de ser uno de ellos pintor debemos *El pintor de su deshonra*. Así lo indica el eru-

dito colector de sus obras, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, ilustre compañero nuestro, á quien siempre deberán las letras españolas, no sólo la riqueza de sus inspiraciones propias, sino la constante y virtuosa aplicacion con que ha procurado el lucimiento de las ajenas.

Y si no basta lo dicho para disuadir de su engaño á los que tienen á Calderon por un soñador extravagante, yo pondré delante de sus ojos tal documento, que haga patente, á pesar suyo, la completa identidad que existe entre las obras calderonianas y las costumbres de aquel tiempo. —Si en alguna parte es posible oir alguna vez la verdad desnuda de todo artificio, es, sin disputa, en el tribunal de la penitencia. ¿Quién duda, Señores, que es este sitio el más acomodado para conocer íntimamente los resortes y la naturaleza de un pueblo católico? Pues oid lo que el maestro Fr. Pedro Malon de Chaide dice con respecto á los caballeros de su tiempo, adoctrinado con la práctica del confesonario: «Decidles á éstos que miren el Evangelio que profesaron; que miren que dice Dios que si no perdonan, que no los perdonará; decidles que les va no ménos que el alma en ello; que miren que la verdadera honra es servir á Dios y ser buenos cristianos; decidles que Dios se lo ruega desde una cruz donde está Él mismo rogando por los que le quitaron la vida; tomad aquella sangre que derrama, y así caliente como sale, dadles con ella en el rostro y decidles: «Esta sangre sea testigo de tu condenacion el dia de tu muerte, pues ni por ella quisiste perdonar á tu hermano»; que aunque hagais todo esto, no hayais miedo que persuadais á uno de estos honrados cristianos, y que por tales se tienen, á que perdonen una injuria; y si en ello les tratais, os dirán que les tratéis primero de que son caballeros; des-

pues los acordaréis que son cristianos.» Esto mismo hubiera dicho Calderon en el púlpito: en el teatro no hablaba él, sino los caballeros á quienes increpa Malon de Chaide.

Ya veis que aquellos caractéres que, en fuerza del vigor con que están descritos, parecen los más exagerados, son precisamente los que se acercan y áun confunden con la verdad.

Aquella dulce y poderosa pasion, alma del arte, encanto de la vida y perpétua invasora de las regiones ideales, aparece en su teatro con la expresion propia del tiempo y del carácter en que se desenvuelve, y sin perder nunca ninguno de los atributos con que reina por igual en todos los humanos. — Un vicio de su época y una gran cualidad de nuestro autor han contribuido igualmente á que muchos le juzguen incapaz de sentir y expresar afectos amorosos. — Cierto que su estilo, enérgico y dramático por excelencia, cae frecuentemente en afectacion; no la disculpo: él mismo se burla de ella en varios pasajes de sus obras, y en uno asegura formalmente *que muchas veces descasece el que escribe de sí mismo, por conveniencias del pueblo ú del tablado.* Y así, pues, incurrió en este defecto por acudir á la primera y más perentoria necesidad de un autor dramático: la de ganarse su auditorio. — No es ménos nocivo al arte el contrapuesto realismo, hoy proclamado como sistema: temo que pase á contagio; porque es más fácil imitar los groseros modelos que nos rodean, que remontarse á las peligrosas esferas de la fantasía, donde tambien reside la verdad, pero pura y sublime y sólo perceptible á la mente inspirada. — El ardiente espiritualismo que le caracteriza le ha granjeado la indiferencia de todas las almas que aguardan para conmoverse el

aviso de los sentidos: creyó Calderon que sólo el espíritu era digno campo de las pasiones en que el arte se emplea, y siempre desdeñó el fácil camino de sobornar la materia para ganarse la voluntad y excitar el entusiasmo. — Hijo del alma es el lenguaje de todos sus enamorados, y merced al crédito que adquieren, tolera el decoro sin impaciencia la atrevida conducta de algunas de sus damas.

Pero prescindamos del colorido y fijemos la vista en el dibujo; no confundamos el traje con la figura, y veremos que, á pesar de la balumba del guarda-infante, la mujer es bella, cariñosa y altiva, y que la actitud del galan, no obstante su cuello acanalado y pomposo, es digna é imponente, y su fisonomía enérgica y apasionada.

Si examinamos en conjunto todas las formas en que presenta la pasion amorosa, hallarémos agotadas en su teatro cuantas penas, placeres, travesuras, hazañas y crímenes puede inspirar al hombre.

Animando la encantadora fábula de los griegos, nos presenta al hijo de Vénus que, embelesado en la hermosura de Psíquis, depone el arco y la flecha, y herido con sus propias armas, y sintiendo en su pecho todas las penas que ha producido en los ajenos, manifiesta, con general alborozo de sus víctimas, que *Ni amor se libra de amor*. Hércules, vencedor de hidras y sierpes, recobra nueva vida, y sintiendo de nuevo su pasion á Iole, confiesa apenado que, si él ha vencido fieras, *Fieras afemina amor*. Aura, ninfa de Diana, en quien la diosa castiga delitos amorosos, al convertirse en aliento de las flores, en ligera mensajera de quejas y suspiros, y en sutilísima inspiradora de dulces afectos y celosas inquietudes, presenta el magnífico espectáculo de la naturaleza entera alternativamente inquieta y embelesada al vivífico soplo

del amor.—Desciende á la vida real sin perder en nada su grandeza, y sabe dar á los cuadros más íntimos y familiares aquella maravillosa lontananza en que consiste el gran secreto del arte.—*Ántes que todo es mi dama*, exclama D. Félix corriendo á socorrerla, y anteponiendo esta obligacion á todas las que al mismo tiempo y con igual empeño le solicitan.—*No hay burlas con el amor*, confiesa afligido el desenfadado D. Alonso al sentirse profundamente enamorado de aquella peritísima señora, á quien por burla comenzó á requebrar.—Verdadero y sublime es el amor de D. Cárlos en *No siempre lo peor es cierto:* al sentirse ofendido de su dama, domina valerosamente sus celos, y, creyendo comprometido el honor de ella, acude á restaurarlo, pretendiendo casarla con el hombre á quien juzga amado; porque un pecho generoso no puede tomar otra venganza de una mujer que obligarla á comprender el noble corazon que ha perdido.—Tremendos son los efectos de la amorosa llama en la singularísima creacion de *La hija del aire*. Aquel Menon, favorito de Nino, que al dar libertad á la salvaje Semíramis, se apasiona de ella hasta el punto de intentar elevarla desde la gruta en que la encuentra hasta el palacio en que él habita; que competido despues por su rey, insiste en su empeño y tiene el valor de confesárselo á él mismo, y envenenado con el recuerdo del momento en que fué correspondido, suelta la rienda á su pasion y pierde la privanza, la hacienda, el honor y hasta los ojos, que el Rey, ya tirano, manda sacarle para que no la vea; y aun así busca á tientas los sitios donde pueda oir aquella voz tan funesta como idolatrada: aquel rey tan justo por su naturaleza, tan impío por su pasion; aquella soberbia Semíramis, que abandona á su bienhechor, avasalla á su

soberano y sube al trono pensando en mayores grandezas, dejan el ánimo conmovido y absorto, tristemente considerando que no hay catástrofe á que el amor no pueda conducir, ni sima más difícil de llenar que el alma de una mujer ingrata.

El Tuzaní de las Alpujarras nos enseña á *Amar después de la muerte;* y puesto que el amor traspasa la tumba, más allá de sus dinteles le persiguen los desesperados celos del Tetrarca de Jerusalen.

Vemos, pues, que la religion, el valor, la lealtad, la honra y el amor, tienen en su teatro la misma importancia que en su tiempo.

Humano y universal, sin dejar nunca de ser español, compuso sus obras con los mismos elementos que constituian nuestro carácter. Animadas por su genio, contemplamos eternamente vivas las altas cualidades de nuestros padres, como, merced á la ceniza del Vesubio, nos paseamos hoy por las calles de Pompeya.

Ésta, que era parte, se ha convertido en cuerpo de mi discurso, ganando insensiblemente el espacio destinado á las otras.—Eso tienen los grandes monumentos arquitectónicos: la armonía del todo disminuye el tamaño de cada una de las partes, que, examinada aisladamente y de cerca, cobra de súbito sus colosales proporciones.

No puedo ya detenerme en contestar minuciosamente, como era mi propósito, á todos los cargos fulminados contra nuestro autor, desde que en el siglo pasado comenzó á penetrar nuestra literatura el espíritu frances hasta la triunfante aparicion del romanticismo: revolucion á que en gran manera contribuyó la influencia contrariada, pero nunca extinguida, de las obras que anali-

zamos: batalla que, como el Cid, ganó Calderon despues de muerto.

Ordenando los inmensos materiales hacinados por Lope, y cuidando ante todo de la disposicion dramática de sus planes, no niego que sólo cultivó sus otras cualidades lo necesario para manifestar que las poseia; género de descuido que ha dado ocasion á muchos de sus críticos para acusarle de incorreccion en el estilo, de falta de provechosa doctrina en los asuntos, y de variedad en los caractéres.

Cierto que era incorrecto; pero como lo es, examinada por partes, la naturaleza: estos detalles defectuosos, sólo vistos desde la altura del conjunto, adquieren sus debidas proporciones. Perfectísima hallariamos la naturaleza, si pudiéramos contemplarla desde la mente del Creador. Indignos sin duda de entender en estas materias son los que pretenden convertir al artista en mero expositor de máximas morales, ó en juez severo que administre recta justicia entre los personajes de su fábula. Juzguemos de la moralidad de una obra por los instintos ó pasiones que despierte; por la impresion final que deje en el alma, y no por la acertada distribucion de premios y castigos. — Y en cuanto al provecho, harto sirve á la humanidad el que la ennoblece cultivando su imaginacion; facultad del alma, que, suprimida, se llevaria consigo todo el encanto de la existencia. Bien pudiera evocar, á más de los ya citados, nuevos caractéres, que defendieran á su autor del cargo injusto de no saber describirlos ni variarlos: vendria entre ellos aquel D. Lope de Figueroa, tan sobria y magistralmente trazado, que al crítico frances Viel-Castell, que ignoraba que fuese un personaje histórico, hizo

exclamar: «Este hombre parece que ha existido.» No juzgo necesaria mejor defensa.

Ni ya me es posible, sin fatigar vuestra atencion, considerar á Calderon como filósofo, ni, lo que más siento, examinando el teatro anterior á su tiempo, dentro y fuera de España, demostrar los grandes y variados recursos y felices innovaciones que introdujo en el arte: tanto como á su ardiente españolismo, debió á esta rara cualidad el cetro que Quintana acata en sus manos.

La perspectiva teatral, clara siempre á sus ojos, como nota entusiasmado Schlegel; el inmenso horizonte de que rodea los cuadros que traza; la fria exactitud con que calcula el efecto; la rica fantasía con que lo poetiza; cualidades antitéticas, que nadie, ántes ni despues, ha logrado juntar en grado tan eminente; la inagotable inventiva de su fábula; la amplitud con que la dispone; la facilidad con que la reconcentra; la serena superioridad con que la domina, apareciendo siempre lógico y siempre inesperado, ponen en su teatro un sello de grandeza y originalidad, que nosotros no podemos apreciar cumplidamente; porque, difundida su influencia por todas las venas de la literatura dramática, ántes hemos conocido las imitaciones que el modelo, y no percibimos en toda su fuerza la alta novedad que con tanto regocijo y asombro gozaron sus primeros espectadores.

Corneille le debe su *Heraclio;* Molière halló sus *Mujeres literatas* en *No hay burlas con el amor.* En *El mágico prodigioso* está *El Fausto*, de Göethe. *Gustos y disgustos son no más que imaginacion*, sugirió á Dumas la *Gabriela de Belle-Isle.* En *La hija del aire* están idénticos los caractéres que dieron vida á *Catalina Howard.* Una sola cualidad de Calderon le bastó á Scribe para dominar por largo tiempo el

teatro de Europa. Muchos son sus imitadores; todos sus favorecidos.

No ha dado despues el teatro un paso tan gigantesco como el que dió á su impulso. Si en él expuso una sola civilizacion, hizo capaz su esfera de contener todas las sucesivas evoluciones del espíritu. El alma es de su tiempo; la forma parece inspirada por el presentimiento de los futuros.

La patria le debe un monumento elevado en honra de todas sus grandezas morales: el mundo la dilatacion de las fronteras del arte; y un alto ejemplo de integridad y honor, los que fueron testigos de su vida.—El poeta despertó un entusiasmo que aún no se ha extinguido; el hombre mereció un respeto á que jamas osaron la mordacidad ni la envidia en el siglo de Quevedo y Villamediana. —¡Rara y dichosa union de la virtud y el genio! ¡Feliz mil veces quien tales dones recibe del Creador, y más feliz todavía quien tan dignamente los emplea!

CONTESTACION AL DISCURSO ANTERIOR [1].

SEÑORES:

Muchos años hace ya que una de esas tempestades políticas, que aún no han cesado en España, tenía alejados de su suelo patrio á dos ilustres hijos de Andalucía, de los que más gloria han dado con su palabra á nuestra tribuna, más fama con su pluma á nuestras letras, más honra con su nombre y sus trabajos á esta Academia.

Las sillas que en ella ilustraron están ya ocupadas por dignos sucesores suyos; pero su memoria subsistirá viva para todos, y los que fueron ántes cooperadores con su palabra, se tornarán en autoridades, con sus escritos, para el trabajo permanente que nos está encomendado.

Ya adivinais, Señores, que me refiero á nuestros inolvidables compañeros y maestros D. Antonio Alcalá Galiano y D. Ángel de Saavedra, Duque de Rivas, predecesor el uno del nuevo Académico á quien acabais de oir; antecesor mio el otro, en este difícil puesto en que vuestra indulgencia una y otra vez me ha colocado.

En la ocasion á que me refiero, ambos insignes proscriptos daban ejemplos, no con sus palabras solamente,

(1) Pronunciada por el Sr. Marqués de Molins, dicho dia 25 de Marzo de 1870.

sino con sus escritos, de estoica resignacion y de levantado patriotismo, ilustrando la historia y enriqueciendo la literatura de la lejana patria, ora en las populosas orillas del Sena, ora en las más benignas márgenes del Loira.

Pintaba el uno, en español romance, las novelescas córtes de Córdoba y Búrgos, y daba á la estampa, si no la más popular, sin duda la más importante de sus producciones: *El Moro expósito.*

El otro proscripto, el Sr. Galiano, fiel y cariñoso con su amigo, con aquella amistad que, comenzando en los juveniles devaneos de Andalucía, en donde casi á la vez nacieron, llega providencialmente hasta el sepulcro, al cual, casi tambien á un tiempo, habian de bajar; el otro, digo, el Sr. Galiano, pone al servicio de su amigo sus conocimientos familiares en idiomas extranjeros, y su pasmosa erudicion en todas las literaturas, mostrándolo aventajadamente, ya en la dedicatoria á sir John H. Frere, que, escrita en la lengua de Shéridan, precede al poema español, ya en el prólogo que le sirve de introduccion y comento.

En aquel breve pero luminoso escrito se hallan estas notables palabras, que, aún más que á la leyenda de Mudarra, parece se refieren á la docta disertacion que acabais de oir.

«No se atina, decia Galiano, por qué en España, donde áun hoy dia son justamente venerados Lope, Calderon y Moreto, no haya de examinarse y discutirse si la clase de drama que ellos concibieron es susceptible de cultivo y mejoras para dar de sí una produccion *nacional*, robusta y lozana, en vez de la planta raquítica, que manifiesta á las claras su orígen extranjero y aclimatacion imperfecta.»

Puede, como veis, decirse que el Sr. Lopez de Ayala, al elegir el tema de su disertacion, ha cumplido un legado literario de su ilustre predecesor. De qué manera, y con cuánta religiosidad y bizarría lo ha realizado, vosotros, que no yo, podréis juzgarlo; porque de mí sé decir que si me fuese preciso continuar su discurso, en este punto terminára el mio, no asistiéndome, como no me asisten, razones para contradecirlo, ni suficiencia para comentarlo.

Colocado, empero, por vuestra eleccion, Señores Académicos, en puesto que impone el honroso deber de llevar en tales solemnidades la voz de la Academia, ó de elegir quien lo haga, he creido que no os pareceria mal en mí un tanto de codicia, en esta ocasion, mostrando cuánto estimo la honra que por tercera vez me habeis hecho; y aprovechando de paso la oportunidad que se me ofrece, para dar la bienvenida al nuevo Académico, y para congratularme con él de que venga á entretejer las flores de su elocuencia á la corona que de antiguo consagra nuestra Academia al inmortal autor de *La vida es sueño;* á justificar con su conducta literaria cuál sea el verdadero camino que ha de seguirse en el teatro nacional; á demostrar, en fin, con sus razones y con sus escritos, coronados hoy por el primer cuerpo literario de España, cuánto yerran los que á éste acusan de exclusivismo é intolerante en su gusto, en sus doctrinas, en sus elecciones.

No, Señores: esa que más bien que escuela parece como religion literaria en el Sr. Ayala, aquí dentro es antigua y tradicional. Más diré todavía: el nuevo Académico es llamado como digno y abrazado como hermano, justamente por haber practicado con acierto y gloria las máximas que ahora ha expuesto; proposiciones ambas que me importa probar.

Hay, en efecto, quien se figura las Academias como una especie de órdenes monásticas, que proscriben y excomulgan cuanto no se ajusta á los severos cánones de Horacio, ó á las más rígidas definiciones de Boileau y de Luzán.

En concepto de estos tales, tiene la Academia Francesa, en el palacio de Mazarino, y legaron á la Española los Marqueses de Villena, unos como adoratorios (que no pueden llamarse templos), en donde se sacrifica inhumanamente cuanto no rinde culto supersticioso *á la forma*, la forma inanimada, la forma tradicional y uniforme de no sé cuál ídolo clásico, forjado de vil metal ó tallado de madera ya carcomida.

Los que así piensan, tengo para mí que no preguntan ni saben cómo va el mundo: ignoran que en la corporacion fundada por Richelieu se han sentado el autor de *Cinq-Mars* y el de *Los Hijos de Eduardo*, y que á los retratos de los Marqueses de Villena forman continuacion los del autor de *La Conjuracion de Venecia* y de *Don Álvaro*. Y digo más: que esos acusadores valdíos, no sólo carecen de noticias, pero hasta de ojos para ver y de oidos para oir; que, á tenerlos, bien tropezarian en cada esquina con un cartel, ó con un organillo que les recordase que aún vive el académico frances autor de *Lucrecia Borja*, y aún honra nuestros escaños el que inspiró las sublimes melodías de *El Trovador*.

Bien venido sea, pues, el Sr. Ayala, que con las voces de su elocuencia despertará á esos sordos voluntarios, y con la luz de su ejemplo alumbrará á esos miopes de conveniencia, para que se persuadan que cuanto hay esencialmente grande y nacional en la literatura de nuestra patria encuentra eco y reflejo en esta Academia,

que ni tiene ni quiere más dictado que el de *Española.*

No apelaré yo, para probarlo, á otro testimonio que al de Calderon, analizado y seguido por el Sr. Ayala: los elogios que en el anterior discurso habeis oido, son aquí, de antiguo y constantemente, tributados al insigne poeta; así como las calidades calderonianas, que brillan en las obras dramáticas de nuestro nuevo compañero, son las que le han granjeado el presente lauro.

He nombrado á Luzán entre los doctores del clasicismo, y nadie pondrá en duda que, si el buen gusto pudiera elevarse á religion, reconoceria á Horacio como uno de sus fundadores, y al docto aragonés D. Ignacio de Luzán como el restaurador español, y áun, si se quiere, como el reformador de la órden, más severo y rígido en la observancia que los mismos antiguos padres.

Pues bien: este preceptista, que ejerció gran influencia dentro y fuera de la Academia, y que se sentó con justicia y honor sumo en la silla que hoy ocupa el señor Campoamor, decia, hablando de Calderon:

«Que era el más sobresaliente de todos nuestros grandes ingenios dramáticos; y que como á su crianza caballerosa y á la profesion militar que siguió hasta que se hizo sacerdote, añadió la frecuencia de la córte y el trato amistoso con personas de la primera jerarquía, se formó un lenguaje tan urbano, tan ameno y seductivo, que en esta parte no tuvo competidor en su tiempo, y mucho ménos despues.»

Y añade luégo:

«Por lo que mira al arte, no se puede negar que, sin sujetarse Calderon á las justas reglas de los antiguos, hay en sus comedias el arte *primero* de todos, que es el de interesar á los espectadores y lectores, y llevarlos de

escena en escena, no sólo sin fastidio, sino con ánsia de ver el fin; circunstancia esencialísima, de que no pueden gloriarse muchos poetas de otras naciones, grandes observadores de las reglas.»

Y concluye contestando á los críticos de esta elocuente manera:

«Á quien tiene las cualidades superiores de Calderon y el encanto de su estilo, se le suplen muchas faltas, y áun suelen llegar á calificarse de primores, hasta que viene otro que, igualándole en virtudes, carezca de sus vicios. Como esto no se ha dejado ver todavía entre nosotros, conserva Calderon todo su primitivo aplauso, sirvió y sirve de modelo» (1).

Terrible fallo que daba el gran legislador de la escuela moderna clásico-española contra sus compañeros en la Academia, D. Blas Nasarre, que se habia extremado en las censuras de Calderon, y Montiano y Luyando, que en infelices tragedias huyó de aquel modelo.

No se crea, con todo, que faltaron estos dos votos para conferir á nuestro gran dramático el lauro que en la Academia se le guarda. Nasarre mismo, antecesor académico del Sr. Fernández-Guerra, confiesa, aunque á despecho, «que á Calderon se le habian levantado altares como á un dios del teatro, y que su *genio superior* tropezaba *con cosas inimitables*»; y Montiano y Luyando (2), apologista de la tragedia, tiene buen cuidado de reivindicar para este género la gloria que alcanzaba en el tea-

(1) *La poética, ó reglas de la poesía*, por D. Ignacio de Luzán, 1737.

(2) Su silla, que ocupó tambien D. Ventura de la Vega, está aún vacante.

tro *El Tetrarca de Jerusalen*, si bien tirando del cabello la ocasion de hacer el panegírico de los principios horacianos.

La predicacion contínua de los preceptistas, la influencia francesa preponderante, el ejemplo de escritores de aquella nacion, más buscados y aplaudidos por lo que derribaban que por lo que pretendian fundar, introdujeron al cabo en nuestro teatro el clasicismo. El audaz Huerta (1), como en verso se le calificaba, á pesar de su irascible carácter y de su fogoso temperamento, se plega á vestir á la francesa los hijos que da al teatro; y el castellano Alfonso y la judía Raquel adoptan el atavío de Luis XV, que Voltaire habia prestado al mahometano Orosmán y á Semíramis la babilónica. Y sin embargo, no sólo no abjura Huerta de Calderon, sino increpa al mismo Luzán de ligero en sus censuras, y revolviéndose con su natural desenfado, dice: «No será extraño que el error notado por Luzán, y otros muchos que se hallan en otras comedias, sean alteraciones hechas por remendones ignorantes ó por los malsines envidiosos, de quienes Calderon se quejaba juntamente.»

Y al cabo, rebelándose contra el gran crítico, á quien acusa audazmente de no haber siquiera leido lo que juzgaba, exclama:

«¡Cuántos se habrán engañado con esta autoridad!»

Aún no habia la Academia Española dejado el prestado salon donde, siguiendo la expresion de Moratin, puede decirse: *donde retumbaba Huerta*, cuando habia entra-

(1) Académico supernumerario en 1755; de número en 1760; murió á 17 de Marzo de 1787. Su silla está destinada al Sr. Olózaga.

do en él un personaje de diversa condicion, tan apacible como sabio, maestro de todos los literatos de su época, y de todos paternal amigo: Jovellanos (1). Poco hizo para el teatro, y eso no ciertamente en el género de Calderon; pero léjos de negar al grande ingenio su homenaje de admiracion.

Pretendia que para restaurar nuestro teatro se abrieran certámenes anuales, y que «el objeto de la composicion, las condiciones del concurso, el exámen de los dramas y la adjudicacion de los premios corrieran á cargo de un cuerpo que reuna á las luces necesarias, la opinion y la confianza públicas; y ¿cuál otro, añadia, más á propósito que la Real Academia de la Lengua?» Por este medio, en fin, se lisonjeaba el celosísimo académico de que renacieran de nuevo «los dramas de Calderon y Moreto, que ganaron en su tiempo la primera reputacion, y que son hoy, á pesar de sus defectos, nuestra delicia, y probablemente lo serán miéntras no desdeñemos la voz halagüeña de las Musas» (2).

Al tratar de Jovellanos, fácilmente se escapa á la pluma el nombre de Quintana. No porque haya entre ambos semejanza, sino porque es demasiado fuerte su analogía. Nacido el uno de noble linaje en la nobilísima Astúrias; el otro, hijo del pueblo, en la feraz Extremadura; aquél con la cruz de Alcántara en el pecho; éste con el amor á la humana igualdad en el corazon; Jovellanos amaba como un héroe de Covadonga la restauracion de antiguas

---

(1) En 1781, supernumerario; en 1783, de número.— Hoy ocupa esta silla el Conde de Guendulain.

(2) *Memoria sobre los espectáculos*. Edicion de Rivadeneira, páginas 490 y 497.

y tradicionales libertades de la patria; Quintana, con la fogosidad con que Cortés ansiaba conquistar un nuevo mundo, se lanzaba por el mar de la revolucion á la conquista de un mundo filosófico nuevo y de una política nunca hasta entónces descubierta. Dió Jovellanos al siglo presente los mejores años de su vida por la madurez de sus frutos; Quintana los más ricos por la lozanía de sus juveniles flores. Ambos se conocieron y estimaron. Académicos ambos, no se alcanzaron en esta asamblea, sino en otra de mayor y más trascendental influencia: cierto que nadie la logró tan grande como ellos dos en el progreso político y literario de nuestra patria.

Cosa singular, en fin: un mismo héroe fué asunto de la única tragedia de Jovellanos y de la más aplaudida de Quintana—*Pelayo*. Con todo, ni uno ni otro las vaciaron en el molde calderónico. Verdad es que Jovellanos confiesa que *procuró imitar á los poetas franceses*, y que Quintana consideraba su tragedia, no tanto como obra dramática de escuela determinada, cuanto como escrito político de circunstancias dadas; y hablando de esto, añadia con gracejo en él desusado: «Tenía yo gana de decir muchas cosas, y no encontrando un cristiano que quisiera oirlas, tuve que buscar un moro para decírselas todas.»

Sea de esto lo que quiera, nadie negará á Quintana, ademas de su primacía como poeta lírico, su magisterio y autoridad en el buen gusto; pues oid cómo se explica en una composicion dirigida, con mejor intencion que fortuna, á esta Academia, y que ha citado el Sr. Ayala.

Allí, despues de hablar *del ingenio de Lope omnipotente*, añade estas palabras:

> Más enérgico y grave, á más altura
> Se eleva Calderon, y el cetro adquiere,

Que aún en sus manos vigorosas dura.
Dichoso si la fuerza con que hiere,
Si al fuego y á la noble bizarría
En que hacerle olvidar ninguno espere.....

Volviendo un momento á Jovellanos, importa recordar que juntó á otras merecidas glorias la de ser vínculo de union entre las dos más célebres escuelas literarias de España: la Salmantina y la Sevillana.

Salamanca, merced á la resistencia de su sabio obispo Tavira, de Meléndez, de Cienfuegos, Gallego y Quintana, se habia mostrado digna de su antiguo renombre de Aténas española, y habia preparado para estos escaños académicos á todos aquellos doctísimos varones. Sevilla habia sido, como ahora se dice, más celosa de su *autonomía*, y habia fundado una Academia aparte; pero desde ella envió á este sitio tal representante, que bien puede valer él solo por muchos más: á él, como historiador, confirió Jovellanos mismo la noticia biográfica de Florida-Blanca; á él, como poeta, legó Meléndez su lira en sentidos é inmortales versos; á él, en fin, como crítico y erudito, dió Quintana parte en la redaccion del célebre *Semanario Patriótico*.

Ya sabeis de quién hablo: del insigne maestro D. Alberto Lista (1), de quien se puede decir

Que si no venció el teatro,
Enseñó quien las venciera.

¿Necesitais vosotros, ilustres discípulos y dignos compañeros del insigne humanista, que os recuerde yo cuánta importancia daba él á Calderon?

---

(1) D. Fermin de la Puente ocupa su silla.

En su erudito curso de literatura, explicado en el Ateneo de Madrid, le consagró ocho lecciones, cuyo anuncio solo es una descripcion apologética del ingenio á quien se dedicaban.

«Tantas y tan grandes prendas dramáticas (dice el celebre académico) bastarian por sí solas para hacer superior á Calderon á todos sus predecesores, incluso el mismo Lope, á pesar de la sinceridad y nobleza con que el mismo Calderon le cita en varios pasajes de sus comedias.»

Y luégo, hablando de las prendas de caballero que Calderon poseia en alto grado, añade: «Esas mismas prendas eran las generales de las personas distinguidas..... las cualidades propias del noble español eran la piedad religiosa, el valor, el amor, el respeto al bello sexo, la generosidad y la lealtad. Si Calderon queria interesar á sus contemporáneos, bastábale describirse á sí mismo» (1).

Decidme, Señores: este sentido penegírico, que fué un dia el programa de las lecciones de Lista, ¿no os parece que viene á ser hoy el compendio del magnífico discurso del Sr. Ayala?

¿Quién ha podido hallar más delicado elogio, ni, una vez hallado, amplificarlo mejor? Y sin embargo, ved cuán vehemente es mi pasion: áun á riesgo de parecer irrespetuoso con mi maestro, exigente con mi amigo, con todos descontentadizo, os diré que tengo su encarecimiento por inferior al mérito mismo de Calderon.

Su vista se extiende á más dilatado espacio que el com-

---

(1) Lista, *Lecciones de literatura española explicadas en el Ateneo.* Tomo II, páginas 2 y 3.

prendido entre los Pirineos y las costas ibéricas; su vuelo se levanta á más altura que la de la atmósfera que cubre nuestra península.

Tiempos atras, encargado yo por el mismo Lista de suplirlo, analizando en la cátedra *La vida es sueño*, traté de demostrarlo; hoy fuera ocioso repetir los argumentos y las pruebas. Acudiré en vez de ellos, segun el plan que me he trazado, al testimonio de otro ilustre académico, el Sr. Pastor Diaz, discípulo de Quintana, compañero de Lista en las cátedras del Ateneo; el cual dice: «Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto, Alarcon, Rojas y el *grande Calderon* se elevan todavía en medio de la literatura *europea*, como se alzan en una extensa cordillera las cumbres más eminentes de donde descienden los rios y manantiales que han de fecundar la llanura tendida á sus piés.»

Así es la verdad; y cuando el grande ingenio en sus dramas ideales ó filosóficos nos prueba que *La vida es sueño*, que *En esta vida todo es verdad y todo mentira*..... su grandiosidad se eleva á punto en que forzosamente ha de ser vista, no sólo por la nobleza de Castilla ó por la raza española, sino por cuantos á fuer de hombres se interesan en el conocimiento de la verdad y en el engrandecimiento del alma. Espectáculos que tienen por argumento y por actor á la humanidad, han de tener al género humano por auditorio, y al mundo por teatro.

¿Y qué podrá decirse de los dramas de asuntos religiosos, sino que es necesario acudir hasta Dante para encontrar otro poeta que recibiese tan directamente del dogma la inspiracion, y que nadie, sino Calderon, la ha devuelto al dogma en acentos de más divina armonía? Al poema de Dante se ha dado por él y por la posteridad

el nombre de *Divina Comedia;* las comedias de Calderon forman á su vez un *poema divino:* la teología, el dogma en su más elevada expresion inspiraron á uno y á otro.

Y reclamar para tales hombres una legislacion estrecha ó una nacionalidad limitada, será identificar su persona, pero no medir su grandeza. Como fuera mezquino apellidar al Atlas *marroquí*, y calificar los Andes de *chilenos*. No; esas ingentes masas son los huesos del gigante cuerpo del universo; su destino quizá es dar solidez á los continentes ó contrapeso á los mares; quizá es atraer más copiosa la lluvia de los cielos: el estado en que radican desaparece bajo su inmensidad.

Gloríese, pues, sin egoismo mezquino, la nobleza, el pueblo y el sacerdocio de España de que se eleve en medio de ellos ese majestuoso monte, en cuyas alturas cesa toda terrenal vegetacion, cuyas cimas, cubiertas de perpétua é inmaculada nieve, reflejan vivamente el eterno sol de justicia, y cuya inaccesible cúspide se pierde entre las nieblas del cielo.

Ocasion es ya de recoger los últimos votos que acerca de Calderon han emitido ilustres académicos; pero lo tengo por ocioso, andando, como andan, en manos de todos las obras didácticas de Martinez de la Rosa, Búrgos y Gil y Zárate. Ni me costaría gran trabajo hallar en los escritos de Donoso y de Bálmes, ó en los elocuentes discursos de Galiano, de Mora, de Pacheco y Pidal, flores cogidas ó consagradas al gran poeta. Las sillas de estos insignes Académicos aún no se han ocupado; ¿qué mucho que sus voces elocuentes aún resuenen en los oidos de todos? (1). Ademas, Señores y compañeros mios, vos-

(1) En la vacante del Sr. Galiano ingresa el Sr. Ayala; para la del

otros no sois como aquellos hidalgos negligentes, que deslustran ó ignoran la historia de sus mayores, desoyen y olvidan el consejo de sus padres; vosotros sabeis bien los hechos y escritos de los que aquí os han precedido, y no sólo seguis sus tradiciones y trabajos, sino que acrecentais sus glorias.

Por lo que á vosotros mismos se refiere, el público señala con el dedo en las sillas académicas, ora los catedráticos y críticos que le enseñaron á buscar las bellezas de Calderon y á complacerse en ellas, ora los grandes dramáticos que acrecentaron con caudal propio la rica herencia calderoniana.

De uno, sin embargo, no puedo callar; su sitio en la Academia aún está vacío (1); en mi corazon no se llenará nunca. Ya sabeis de quién hablo: del inolvidable autor de *El hombre de mundo* y de *La muerte de César;* el ménos á propósito, al parecer, para elogiar ni tolerar siquiera las osadas doctrinas del más independiente de nuestros dramáticos: ya sabeis cómo era Vega; cuán severo en sus doctrinas literarias, cuán ático en su gusto, cuán correcto, regular y asiduo en el culto de la forma. Pues oid cómo se expresa:

Habla *el Tiempo*:

> Cercano al famoso sitio
> Á quien llamó la morisma
> La Almudena, y hoy es templo
> De la sagrada María,
> Otro templo más humilde
> Verás, que frontero mira

Sr. Mora fué nombrado el Sr. Rios Rosas, y las de Pacheco y Pidal están destinadas á los Sres. Sélgas y Aparici.

(1) Para él está elegido el Sr. D. Cayetano Fernández.

Á la torre que aún recuerda
Los laureles de Pavía.
El Salvador es llamado;
Caduca fábrica antigua,
Que ya á mi peso se rinde,
Y va á desplomarse en ruinas.
Allí, en el rincon oscuro
De solitaria capilla,
Que con trémulos reflejos
Una lámpara ilumina,
Hay un sepulcro, que nadie,
Por lo modesto, diria
Que encierra en su helado centro
De alto varon las reliquias.
No pórfidos lo sustentan,
Ni alabastros lo cobijan,
Ni sobre él descuella mármol
Quien posa dentro ceniza;
Mas allí los restos yacen
Del claro ingenio que un dia
Á España admiró, y ahora
Á España y al mundo admira;
Del que á su placer moviendo,
Ora el llanto, ora la risa,
Desde el celoso *Tetrarca*
Al *Jardin de Falerina*,
Agotó cuantos donaires,
Cuantos conceptos la rica
Habla castellana ofrece
Á la hermosa poesía;
Del que, noble por alcurnia
(Como en su pecho lo indica
Del Santo Patron de España
Grabada la roja insignia),
Á la nobleza heredada
Supo juntar la adquirida,
Inspirando en dulces versos
Amor puro, amistad fina,
Orgullo sin vanidad,
Emulacion sin envidia,
Honor, lealtad y firmeza,
Discrecion y valentía.

Y en fin, ¿para qué me canso?
Cuando basta que te diga
¡Calderon! que en este nombre
Todo lo grande se cifra.

Si excitada vuestra curiosidad por este magistral romance, me preguntais dónde y con qué ocasion se escribió, os contestaré que en una funcion dramática que para costear la traslacion de los restos de Calderon hizo el Liceo de Madrid. Si quereis saber lo que era ese Liceo, entónces tan popular, hoy ya olvidado, os diré que era una sociedad de mayor contentamiento que estudio, que á la sazon presidia yo con buen celo, y que ántes que yo habian dirigido con sumo acierto y áun gloria dos dignos académicos que me escuchan (1). ¿Quereis más? ¿Quereis que os diga qué hacia el Liceo, y qué títulos tiene para citarse en este respetable recinto y en la solemnidad presente? Pues os diré que para él compusieron nuestro antiguo Director, el Sr. Martinez de la Rosa, su drama *El Español en Venecia*, y nuestro Director último, el Duque de Rivas, el suyo de *Solaces de un prisionero*, ambos calderonianos. ¿Quereis, por último, saber qué representaba en el mundo culto aquella numerosa y á veces revuelta asamblea? Pues nuestro compañero el Duque de Frias, premiado allí en público concurso, le definia diciendo que el Liceo era el Congreso, y la Academia el Senado de la República de las letras. Ved, pues, si será legal la fama de Calderon, cuando el uno le erige el monumento de su *Tumba salvada*, y el otro el de su *Edicion escogida*.

---

(1) Los Sres. Escosura y Olivan.

Ya lo veis, mi nuevo y querido compañero: vuestras convicciones, que, más bien que máximas de escuela, parecen en vuestro ánimo á manera de credo y culto literarios, son aquí, segun os dije, antiguas y tradicionales.

Sois, por tanto, bien venido si, como me resta demostrar, habeis ganado vuestro asiento, no con fe muerta, sino con obras vivas; no con principios abstrusos, sino con poemas cien veces justamente coronados.

Acontece, Señores, con las creencias literarias como con otras de más sublime orígen y de más trascendental importancia: unos las alcanzan á costa de peregrinar sedientos y fatigados por el desierto de la duda; otros consiguen descansar en ellas despues de haber intentado uno y otro sendero, ancho y ameno en su principio, en su paradero de aridez y escabrosidad sumas; otros, en fin, dichosos sin vagar en la incertidumbre ni ser heridos por el desengaño, lo encuentran todo en el regazo de su madre, en el hogar de su familia, en los juegos de su infancia, en los regocijos populares del lugar nativo.

Ésta pienso yo que fué la suerte del Sr. Ayala en sus convicciones literarias, y me lo da á entender el ver con cuánta seguridad y donaire traza una comedia *de capa y espada* cuando apénas contaba diez y seis años.

Si os refiriese el asunto de *Los dos Guzmanes*, os parecería, Señores, oir el argumento de una comedia de Calderon, hecho por quien apénas tenía tiempo de haber leido algunas. Bien así cuando el muchacho remeda las ceremonias de la Iglesia, que no comprende, y calca los cuadros que heredó de sus padres.

Tiempo vendrá que aquel remedador del rito sea celoso propagador del culto, y que el calcador tímido se torne imitador valiente.

Aspirando á esto, decia sin duda el Sr. Ayala: «Para renovar el teatro de Calderon, yo pondré en escena los personajes y los sucesos de su época, y así en ellos el lenguaje y el estilo calderonianos serán propios como la ropilla y los gregüescos: la historia me bosquejará los caractéres y me suministrará los desenlaces; yo los pintaré con el color vivo que la filosofía y la crítica han facilitado en nuestros tiempos.»

El Hombre de Estado es la realizacion de este propósito.

D. Rodrigo Calderon, aquel triste ejemplo de la instabilidad de la fortuna; aquel ministro de tantos crímenes acusado, y de uno solo convicto; aquel orgulloso privado, que, al decir de los historiadores, y segun poéticamente repite el autor, más fué condenado por los vicios que inspiró que por los que tuvo, es el protagonista del drama.

D. Rodrigo se cree digno de llamarse hombre de Estado cuando se experimenta capaz de inmolarlo todo á su ambicion: ha olvidado á su primera amante, desatendido á su amigo de la infancia; sacrifica primero á su protector, luégo á su amada, y se vale de los crímenes de sus seides para extender su poder, y de la corrupcion del Príncipe para perpetuarlo.

Al cabo el ciego ministro cae en el lazo que tenía tendido, y se despeña de la cumbre á que habia trepado; y entónces, cuando el castigo político es inevitable, el gran enseñamiento moral aparece, y los consuelos providenciales descienden como rocío sobre aquella alma que la ambicion y el poder habian hinchado sin alimentar, y exclama:

RODRIGO. Morir, Zúñiga, es rigor,
Y yo en morir no vacilo;

Que el instante más tranquilo
Es el instante mejor.
En vano el hombre se afana
La existencia en dilatar:
Pues mañana ha de llegar,
Lo mismo es hoy que mañana.
La muerte me halla propicio,
Y áun tengo á felicidad
Entrar en la eternidad
Por la puerta del suplicio.
Y porque se satisfagan
Los que os han mandado ahora,
De cuánto yerra é ignora
Ese mundo á quien halagan,
Decidles, Zúñiga, que hoy
Que en la prision me han juzgado
Abatido y desgraciado,
Grande y venturoso soy.
Si alguna ofensa me han hecho,
Mi muerte no han de impedir,
Pues con dejarme morir
Me dejarán satisfecho.
Á vos, que estais en la vida,
Sujeto á su desventura,
Hoy, como prenda segura
De mi eterna despedida,
Daros un consejo quiero,
Que yo, Zúñiga, aprendí
Viviendo como viví
Y muriendo como muero:
Sabed que dentro del alma
La mayor grandeza existe,
Y la ventura consiste
En saber gozar de calma.
Viviendo en paz, sin violencia
Nuestro fin llegar se advierte,
Y ver en calma la muerte
Hace feliz la existencia.

BALTASAR. Vivid, y amigos los dos
Serémos en adelante.

RODRIGO. Bástenos serlo un instante
En la presencia de Dios.

BALTASAR. ¡Oh! dilatad la existencia;
Vivid al ménos y orad.
RODRIGO. Supla la eterna piedad
Mi falta de penitencia.
BALTASAR. Mandadme, pues; que anhelante
Mi afecto os quiero mostrar.
RODRIGO. Con ver á todos llorar,
Tengo, Zúñiga, bastante;
Vuestro perdon sólo ansío.
BALTASAR. Con el alma y corazon.
RODRIGO. Y en cambio de este perdon,
Tomad el ejemplo mio.

Sin duda habrá críticos eruditos que recuerden aquí tal ó cual personaje, tal jornada ó cual comedia de Calderon; pero cierto es que no pensaba en ello el poeta que tan sentidamente escribia estos versos en el rincon de un pueblo de Extremadura, y ménos aún lo tenía presente el público madrileño, cuando, dudando entre el llanto y el aplauso, pedia á voces el nombre del autor, y sabía con sorpresa que era un jóven que rayaba apénas, á la sazon, en los veinte y un años.

Por otra parte, esa escena sola, ese carácter entero y tierno á la vez, explican una expresion proverbial en nuestra lengua y una tradicion simpática en nuestro pueblo, al parecer entre sí contradictorias: dícese del sujeto grave y circunspecto, que con ánimo y esfuerzo inflexible soporta las contrariedades, que es *más tieso que D. Rodrigo en la horca*..... y al mismo tiempo el pueblo de la córte, olvidadizo en sus afectos y hasta en los escarmientos, y que no se acuerda dónde vivió Ercilla, dónde murió el Marqués de Villena, el de la redoma, ó dónde yacen Lope de Vega y Velazquez, conserva memoria de que D. Rodrigo Calderon vivió en la calle Ancha, fué

ajusticiado en la Plaza Mayor, y estuvo sepultado en el Cármen descalzo, hoy parroquia de San José.

Á este mismo género de libre imitacion pertenecen *La Estrella de Madrid* y *Rioja*, cuyos argumentos están tomados tambien del dramático reinado de Felipe IV.

No los he de referir yo, ciertamente, porque la ocasion no me lo permite: el análisis de uno solo de estos poemas excediera el tiempo que me resta, y que vosotros ya con sobrada generosidad me otorgais.

Pero, ¿cómo prescindir del empeño que he contraido? ¿Cómo, si ya os he mostrado la religion y el valor del *Hombre de Estado*, no os he de manifestar ahora la generosidad y el amor del poeta?

Rioja, el cantor dulcísimo de la rosa y de la arrebolera, habia llegado, por su admirable talento, á ganar el puesto de secretario del Conde-Duque de Oliváres, privado del Rey, y por su corazon, más bello aún que su talento, habia inspirado á la tierna Isabel, sobrina del poderoso ministro, una pasion, de quien ella misma dice:

> Amor que forma infinito
> El alma grande de dos,
> Que ya la mano de Dios
> En los cielos tiene escrito.

Pero Rioja, ántes que hombre público, habia nacido hidalgo; ántes que amante era hijo, y debia la vida y la honra de su padre á dos caballeros de la casa de Mendoza: se ve por las circunstancias que forman el drama obligado á ceder al uno el alto puesto por él tan merecido, y al otro la dama de quien era tiernamente amado.

No hay, sin embargo, razon para admirarse de esto, pues que Rioja no considera, á ejemplo de un dramático

moderno frances, la popularidad, el poder y el empleo como otros tantos *efectos públicos* sujetos á cotizacion y á corretaje. Bien claro lo dice:

No es este afan de opulencia,
De tantos males fecundo,
Quien me mueve á dar al mundo
Señales de mi existencia.
Mis pensamientos aspiran
Á otro fin; por otros modos
Hombre soy; los hombres todos
Respeto y amor me inspiran.
Y anhelo ansioso que aclame,
De gloria lleno, mi nombre
La fama, para que el hombre
Tambien me respete y ame.
De esta manera me exhorta
El genio á quien me abandono;
Los méritos ambiciono,
Que el premio poco me importa.
Para el alma que apetece
Respeto sólo y amor,
¿Dónde hay un premio mayor
Que saber que lo merece?

Ni el amor, en concepto del poeta y del personaje español, es esa pasion mezquina y vana que un realismo fotográfico nos retrata, y que necesita estar vestida por Worth y peinada por Félix; que depende hasta de que *una puerta esté abierta ó cerrada.* Ama Rioja ausente, porque ama para obrar su virtud, no para destruir la ajena.

Y es tan pura esta pasion
Que al bien constante me exhorta,
Que cuando el alma se muestra
Más noble y más generosa,
Juzgo que está, donde quiera,
Más cerca del bien que adora.

¿Cabe, Señores, generosidad más liberal, amor más puro, abnegacion más desinteresada?

Pero acompañemos al Sr. Ayala en la última etapa (como ahora se dice) de sus progresos dramáticos. Ya le habeis visto primero escrupuloso y fiel en sus copias; ya le acabais de contemplar acertado en sus libres imitaciones: ahora, en fin, le estudiarémos en aquel último grado de asimilacion en las ideas, de identificacion en los pensamientos, de parificacion y armonía con su modelo, que, si habláramos en lenguaje místico, podríamos llamar *union perfecta.*

Semejante estado intelectual tiene en el Sr. Ayala dos manifestaciones patentes.

1.ª La de refundir dramas de Calderon á manera de hábil restaurador de cuadros; es decir, sin dañar al original, y dejándolos como el autor lo habria hecho si hubiese alcanzado nuestro teatro.

Y 2.ª Fantasear los cuadros de la edad presente con la viveza de expresion, animado movimiento y brillantez de colorido que el gran poeta hubiera usado, á retratar las clases y costumbres de nuestra sociedad.

Si Velazquez, contemporáneo de Calderon, viviera hoy, cierto que modificaria sus cuadros. ¿Dónde habia de hallar tornos de mano para sus fábricas de tapices, y mosquetes para sus campos de batalla?

Goya, el gran pintor español moderno, tomó de Velazquez la energía del claro-oscuro, la magia del color, sobre todo el toque franco y vigoroso; pero no retrató á los personajes de su época

> En traje que un tiempo
> Fué muy señoril,

Y agora le viste
Sólo un alguacil.

Como el antiguo pintó bufones y borrachos, reprodujo el moderno majos y chisperos; anduvieron sólo de acuerdo en eternizar la pura luz de nuestro cielo, el donaire de nuestras hermosas, el heroismo bizarro de los hijos de España: por eso nos dejaron el cuadro de la toma de Breda y las escenas del Dos de Mayo.

Así Calderon. ¿Pensais que si viviera el ejemplar y modesto sacerdote, habia de gastar la larga y rizada melena de nuestros pollos (como ahora se llaman), ó el bigote y la pera de nuestros militares?

Y lo que con su porte, acontecería con su talento: era teólogo y controversista, pero no llevaria hoy la teología y la controversia al teatro, sino á los libros, quizá como nuestro Bálmes; era vehemente en su imaginacion y poético en su lenguaje, pero no llevaria los arranques de su inventiva y los encarecimientos de su galantería al púlpito, sino al teatro, como nuestro Nicasio Gallego. El corazon humano siempre es el mismo; pero á cada tiempo sus costumbres, como á cada clase y estado sus condiciones propias.

Si Calderon hubiese destinado á nuestra escena de hoy su magnífico drama *El Alcalde de Zalamea*, no lo habria salpicado con los acostumbrados chistes y la eterna hambre del criado Nuño, ni quizá tampoco hubiera dejado tan baldío el carácter del hidalgote D. Mendo, extraño enteramente á la accion.

Ménos aún hubiera puesto en boca de una hija, que refiere á su padre el mayor ultraje que una mujer puede recibir, estas amaneradas razones:

¡Qué ruegos qué sentimientos,
Ya de humilde, ya de activa,
No le dije! (*al forzador*). Pero en vano,
Pues (calle aquí la voz mia),
Soberbio (enmudezca el llanto),
Atrevido (el pecho gima),
Descortés (lloren los ojos),
Fiero (ensordezca la envidia),
Tirano (falte el aliento),
Osado (luto me vista),
Y si lo que la voz yerra,
Tal vez con la accion se explica,
De vergüenza cubro el rostro,
De empacho lloro ofendida,
De rabia tuerzo las manos,
El pecho rompo de ira.
Entiende tú las acciones;
Que no hay voces que lo digan.

No se crea que yo censuro por esto á Calderon. El público de su época tenía, no sólo costumbre, sino ánsia de esas á manera de cavatinas de la declamacion, que hoy nos parecen de mal gusto, aunque aceptamos todavía las sentenciosas décimas, las agudas quintillas y el artificioso romance esdrújulo, no menos convencionales que las relaciones que Calderon llamaba por burla *carretillas*.

En cuanto á la figura del hidalgo D. Mendo, completaba el magnífico cuadro del autor antiguo. En él ocupa el primer término la familia de Pedro Crespo; su inocente hija, cuyo pecho aún no ha sentido el primer latido de amor; su hijo, sumiso y valiente, á la par que afanoso por ennoblecerse en el camino de la milicia; Crespo, sobre todo, tipo acabado del labrador castellano; fuerte, pero modesto; paciente, pero denodado; rico con su economía, y generoso de sus riquezas; celoso de su honor, pero no ambicioso de honores; personificacion, en

fin, de aquel estado llano, cuyo poder habian sembrado en la política de España S. Fernando, doña María de Molina y los Reyes Católicos; y cuya influencia, adormecida (como la germinacion del trigo bajo los hielos) durante la dinastía austriaca, habia de desarrollarse en la siguiente, y de producir hombres de Estado, no como el Marqués de Siete Iglesias, sino como el de la Ensenada; no como Antonio Perez, sino como Jovellanos.

Á otro lado de esta magistral figura de Crespo aparece el general D. Lope de Figueroa, reflejo sublime de aquellos guerreros como Alarcon y Leiva, que bajo la aspereza militar cubrian un corazon tierno y nobilísimo, una cortesanía exquisita y una galantería caballerosa; bien así como las joyas delicadas y ricas se guardaban en el arca de tosco hierro hecho á martillo.

Contraste suyo es el capitan D. Álvaro de Ataide, uno de tantos campeones de Italia y Flándes, que acudian á nuestras expediciones más por la licencia que por la gloria que llevaban consigo; y con él, en el drama, como en la guerra, militaban compañías tantas veces victoriosas y tantas sublevadas, así dispuestas á conquistar provincias extrañas como á entrar á saco nuestros pueblos, y que, en efecto, en el acto tercero mismo contramarchan y se meten por el lugar sin ser llamadas.

Pues bien; así como D. Lope y D. Álvaro se contraponen y explican, así el viejo labrador del estado llano, Pedro Crespo, habia menester el complemento y contraste de esotro hidalgote vano y ocioso; halagando su vanidad con la ejecutoria, y amenguando con su ocio la cuantía de su mayorazgo.

Quizá este personaje, que Calderon dibuja en segundo término, no agrupa bien con los otros, y áun por eso acer-

tó el refundidor suprimiéndolo; pero en el primer trazo del cuadro era necesario, ya para que la figura del Alcalde saliese por lo claro, ya para que apareciese aquel elemento importantísimo de nuestra economía política y social; la cual tenía por base un poder municipal, vigoroso, á punto de resistir á ejércitos puestos en movimiento, y por coronamiento, un monarca de todos respetado como ley viva y como justicia poco ménos que infalible.

La accion que con tales personajes se desarrolla es en gran manera sencilla; Lista la refiere así: «Pedro Crespo, labrador rico, tiene un hijo y una hija: entra en el pueblo un batallon de soldados, y al tiempo de retirarse se le lleva el capitan de una compañía robada á la hija; la fuerza en un monte, y despues la abandona. Pero habiéndole encontrado el hermano de la agraviada, riñó con él y le dió una herida, por lo cual es conducido el capitan al pueblo para curarle. Pero Crespo dice al capitan que tome todos sus bienes; que le venda á él y á su hijo por esclavos, con tal que repare su afrenta casándose con su hija.

»No quiso consentir en esto el capitan; Pedro Crespo le puso preso inmediatamente, como alcalde que habia sido nombrado á la sazon, sentenció la causa y condenó al culpable á muerte de garrote, precisamente cuando D. Lope de Figueroa, jefe de aquel tercio, quiere poner fuego al lugar si no le entregan al capitan. En aquel momento llega Felipe II, pregunta á Pedro Crespo, se entera del crímen, confirma la sentencia y dice: *Bien dada la muerte está*, y á Pedro Crespo deja por alcalde perpétuo del lugar.»

Grandes problemas se suscitan á la simple lectura de

este argumento, curiosos para todos, singularmente para los extremados apologistas de antiguos tiempos.

¿Cuál era en ellos la pureza de costumbres?

¿Cuál la disciplina de nuestras tropas?

¿Cuál la pujanza del espíritu municipal?

¿Cuál el límite de la jurisdiccion ordinaria?

¿Cuál la extension del fuero de guerra?

¿Cuál la aspiracion á la unidad en este punto?

Tales preguntas, á otras Academias, nuestras hermanas, atañen, que no á nosotros.

Lo que sí nos importa es reparar que en nuestra escena se consentian situaciones como la de la infeliz hija de Crespo, que hoy no ha podido Víctor Hugo mismo hacer aceptables en el más libre de los teatros franceses; situaciones tales, que las encantadoras melodías de Verdi nos hacen con dificultad tolerar en *Rigoleto;* y tambien que la jurisdiccion escénica era tan absoluta, que se sacaba al teatro al mismo Felipe II, es decir, al abuelo del monarca reinante.

Por donde se ve claramente que á pesar del adagio *allá van leyes do quieren reyes*, en el teatro, los reyes mismos van ó vienen segun la ley del uso, cuya dictadura, siempre vigente, es más poderosa que su realeza.

Reina es tambien, y en verdad la más grande, la más noble, la más magnánima de cuantas han ilustrado un trono, Isabel la Católica en fin, la que Calderon saca á la escena para castigar el desalmado libertinaje de Gomez Arias, *que en vicios sólo su vivir emplea*, y por cierto que lo manda degollar sin formacion de proceso y á pesar del perdon de la parte ofendida.

Yo no dudo que se ejecutase la sentencia; pero juzgo que anda todavía por el mundo, como el *Judío errante*, un

hijo de Gomez Arias, á él muy parecido, llamado don Juan. Lo cierto es que en el siglo XVII Tirso de Molina lo encontró aún en Andalucía, habiéndose granjeado el renombre de *El Burlador de Sevilla*, en cuyas iglesias hacia estupendos desacatos. Á la puerta, asimismo, de la de San Jorge, que hoy no existe en Madrid, lo vió Calderon siguiendo á una Leonor y seguido por una Marcela: llamábase á la sazon D. Juan de Mendoza (1), pero no cabe duda de que era el burlador mismo, pues decia de sí mismo:

Que no hay mujer que me deba
Cuidado de cuatro dias;
Porque, burlándome de ellas,
La que á mí me dura más
Es la que ménos me cuesta.

Luégo á principios del siglo XVIII lo retrató de cuerpo entero Zamora, y escribió al pié *D. Juan Tenorio*. Con este nombre ha recorrido toda Europa, y lo han conocido en Francia Corneille y Molière; en Italia Goldoni; en Alemania le vió bailar Gluck y le oyó cantar Mozart; en Inglaterra le halló Sadwell, y no sé si Byron, siempre rondando iglesias, seduciendo mujeres y burlándose de padres y maridos.

No hace mucho que el Sr. Ayala le encontró en la parroquia de San Sebastian con el nombre de D. Juan de Alvarado, y se dijo para sí, como la Reina Católica:

Es urgente un escarmiento,
Que subordine y contenga
Á estos padres del ardid,

(1) *No hay cosa como callar.*

Perseguidores de oficio,
Propagandistas del vicio
Y zánganos de Madrid.

Pero, como inferiréis de estos versos, el libertino, si bien ha conservado su índole, ha mudado de costumbres, como ha guardado el nombre y ha cambiado de apellido.

Así es que cuando le retrató Calderon era militar aventurero, daba músicas en las calles y andaba á caballo por trochas y barrancos. ¿Le incomoda un rival? Pues cierra con él á cuchilladas. ¿Le agrada una niña? Pues la seduce. ¿Ofrece resistencia? Pues la roba. ¿Se cansa de ella? Pues la deja en un monte. ¿Insiste con importunos ruegos? Pues buen remedio, la vende á un moro.

Ahora el burlador vive muy de otra manera: para seguir á la mujer del prójimo *hace plaza de la iglesia*, con lo cual el marido, alarmado, dice:

Cuando sorprendo el afan
Con que la mira, el bribon
Finge estar en oracion
Mirando á San Sebastian;
Pero á través de su encanto
Contemplativo, yo noto
Que es más ardiente devoto
De mi mujer que del Santo.

Aquí halla el Sr. Ayala la respuesta á una pregunta que acaba de hacer: en efecto, no tenemos más caridad evangélica que nuestros padres, y algo profanamos tambien los lugares sagrados, aunque no tan escandalosamente como Eusebio en *La devocion de la Cruz*.

Asimismo el seductor de ogaño, en vez de cultivar el arte de las bandurrias y el empleo de las rondas, se jacta de poeta no vulgar, y da á la estampa un librillo que se

titula *Suspiros*. Tampoco provoca duelos, sino que finge cartas. Y al cabo, más que en agrestes montes, se esconde en un prosaico armario, en donde puede el marido cerrarlo y decir con sorna:

Yo me acuesto..... Si hay ruido,
Mando el armario quemar.
Abur..... No siempre ha de estar
En ridículo el marido.

Al comparar el libertino de Calderon y el de Ayala, parécenos que el primero era como el lobo hambriento, audaz y temerario que diezma los rebaños de la Alpujarra, donde pasa la escena; el segundo se asemeja á la alimaña golosa, cobarde y astuta que socava nuestras viviendas, inquieta nuestro sueño, y merma ó destruye el guardado manjar en que ponemos nuestro gozo y las delicias de nuestros hijos.

Aprestad contra el primer enemigo público el fuego y el hierro: el fuego del infierno como para *Eusebio*, y el hierro del verdugo como para *Gomez Arias*. Para el segundo enemigo hay remedios más caseros. Ni se ha revocado nunca, ni he de contradecir yo, el fallo dirigido por Calderon á uno que llevaba mi propio apellido:

Quien venga su honor, no ofende.

Por lo demas, no es extraño que, más cauto el poeta contemporáneo, se contente con limpiar la casa, sembrando en ella el arsénico del escarnio, arrojando de su hogar y áun de la sociedad decente, cubierto de ridículo y de ignominia, al cínico perseguidor de la mujer honrada, del cual ella misma dice:

Si algun espejo brillante
Para ver el alma hubiera,

Más castigo no le diera
Que ponérsele delante.

Bien es verdad que en esta sociedad de ahora no hay reyes que manden sumariamente degollar á nadie, ni niñas bien nacidas que se escapen á campo travieso, ni amantes que las vendan por esclavas, ni siquiera un moro que las compre sin subasta.

Pues si los tiempos traen consigo diferencias en los alardes, y en la reprension del vicio procaz, que luce en los paseos, cruza las calles, asalta las casas y atruena las ciudades á són de trompetas, ora lo practique Gomez Árias, ora D. Juan de Alvarado, no serán ménos diversos los ardides y los castigos de esotra traicion, artera y mañosa, que se desliza en el hogar, mancha el tálamo, envenena la conciencia, y ataca y destruye, no la vida sola, sino la honra, que es la vida del alma.

En donde esta comparacion resalta más curiosa é interesante, es en los distintos dramas en que el gran poeta antiguo y el moderno han sacado á la escena maridos celosos, no para recreo y burla, sino para enseñanza simpática y tal vez terrible.

Calderon llama uno de estos magníficos poemas *A secreto agravio, secreta venganza*, y el agravio es el adulterio, y la venganza es el homicidio. En una comedia de nuestro compañero hay tambien un agravio secreto y una expiacion secreta, no de parte de la mujer, sino del marido; y el agravio consiste en avergonzarse de serlo, y la expiacion llega hasta ser cómplice en la seduccion de la mujer propia.

Calderon nos pintó un marido que, *cierto* de su deshonra, hace sangrar á su infiel consorte y la deja morir desangrada, y llama á esta bellísima tragedia *El médico de su*

honra: Ayala nos ha bosquejado un marido que duda de la esposa á quien él mismo ofende, y que en su obcecacion llega hasta proteger á su rival desconocido. Pudo llamarse esta linda comedia *El maestro de su deshonra;* pero Ayala, más modesto, la ha titulado *El tejado de vidrio.*

Si hubiera tiempo de comparar analogías y divergencias, cierto que fuera interesante; pero ¿qué sacaríamos en conclusion?..... Lo que ya hemos dicho. Que los vicios, las pasiones, ni se han anticuado, ni son de invencion moderna. Que el corazon es el mismo, como los afectos y los caractéres: la expresion solamente muda como las costumbres y los trajes.

Tengo para mí que Calderon no conoceria un solo personaje de Ayala, y que habia de hallarse muy torpe en nuestros salones..... Pero, sin lisonja, digo que suscribiría buena parte de los versos, y prohijaría los nobles pensamientos de su imitador.

En efecto: quien puso en los labios del celoso marido, D. Juan Roca, los versos relativos al honor, que el señor Ayala ha recordado, no desdeñaría firmar los que éste pone en boca de la celosa y fiel Julia, que en la comedia *El tejado de vidrio* duda tomar desquite de su infiel esposo.

¿Y cuál será mi dolor,
Ofendida y sin venganza?
¿Y cuál será mi esperanza,
Ofendida y sin honor?
Ya que yo no conseguí
Hacer honrado al infiel,
¿Habrá de conseguir él
Hacerme perversa á mí?
No curarán mi amargura
Todos los goces mundanos;

Que no pueden ser hermanos
El delito y la ventura.
Disculpa fuera mi accion
De su infame ingratitud:
Sólo teniendo virtud,
Tiene una esposa razon.

¿Quién no pensará que ha dictado Calderon las siguientes razones, que en la misma comedia dirige el Conde al desairado seductor?

¡Los rudos tormentos, Cárlos,
hijos de la seduccion!
Si supieras lo que son,
No llegáras á causarlos.
Y no esquives lo que digo,
Porque libre te mantienes;
Si tienes alma, ya tienes
Donde sufrir el castigo.
Quien hiciere derramar
El llanto del deshonor,
No tendrá ni paz, ni amor,
Ni lágrimas que llorar.
Cuando al vicio las dirijas,
Piensa, volviéndote atrás,
Que tienes madre, y quizás
Tendrás mujer, tendrás hijas.....
La culpa engendra la pena,
Pena que nadie detiene;
Sólo quien honra no tiene,
Puede jugar con la ajena.

Estas analogías entre el poeta antiguo y el moderno acreditan, no la ciencia adivinatoria del uno ni el arte imitativo del otro, sino la permanencia de la pasion humana. El hombre la identificó con su naturaleza al comer la primera fruta, y no la arrancará de su sér sino al bajar á la última morada.

Las divergencias de los ingenios tampoco prueban al-

teracion en la humanidad, sino influencias del tiempo. El arte dramático navega doquiera con esas dos fuerzas: la pasion, que siempre subsiste; el tiempo, que todo lo altera.

No se cansen los panegiristas de épocas que pasaron: ninguna podrán hallar en que no encuentren Álvaros de Ataide. No se esfuercen tampoco los encomiadores de la edad presente: no podrán restaurar en ella la jurisdiccion enérgica, moral, irreprensible del *Alcalde de Zalamea*.

Descendiendo, entre tanto, á terreno más llano y á más apacibles consideraciones, habréis de permitir que os lea dos cuentecillos, de uno y otro poeta, y me diréis despues si estoy alucinado cuando digo que á veces el móderno se identifica con el antiguo. Cuenta Calderon que

> Llegando una compañía
> De soldados á un lugar,
> Empezó un villano á dar
> Mil voces, en que decia:
> «Dos soldados para mí.»
> «¿Lo que excusar quieren todos,
> Dijo uno, con tales modos
> Pides?» Y él respondió: «Sí;
> Que aunque molestias me dan
> Cuando vienen, es muy justo
> Admitirlos, por el gusto
> Que me hacen..... cuando se van.»

En *El Alcalde de Zalamea* ha introducido el Sr. Ayala este otro cuentecillo, que es tambien de soldados y villanos:

> CAPITAN. ¿Posible es que ni un vecino,
> Por ruego ó por amenaza,
> Haya sacado á la plaza
> Un caballo?

SOLDADO. Ni un pollino.
Nada pudimos lograr.
Yo le dije á una mujer
En su casa: «¿No ha de haber
Burros en este lugar?»
Yo que sí, y ella que no,
Estábamos disputando,
Cuando un burro rebuznando
La casa entera atronó.
«Escucha, dije, y sosten
Que aquí no hay burro escondido»;
Y ella dijo: «Es mi marido,
Que los imita muy bien.»

Ya vuestra ilustrada crítica habrá notado las semejanzas y diferencias. Dejad, sin embargo, que me admire de que habiendo variado tanto de siglo á siglo las costumbres, subsista idéntica la lengua; que siendo tan diversos el Rey, el alcalde, el hidalgo, permanezcan invariables el soldado y el poeta.

Así como así, hemos variado de instituciones, y no nos hemos libertado de bagajes ni de alojamientos. Y eso que semejantes cargas, tan pesadas se hacian en la época de los *Duelos de amor y lealtad*, como en el siglo de *El Tanto por ciento*.

El Tanto por ciento; sin querer, Señores, he nombrado la obra más popular del Sr. Ayala, la última manifestacion de su doctrina; el drama moderno con caractéres calderonianos.

Pero no aguardeis ni censura, ni aplauso, ni análisis, ni extracto siquiera; un motivo de delicadeza me lo impide.

Cuando corrian las gentes al teatro del Príncipe á aplaudir la obra, ó á los salones de Jovellanos á decretar coronas al autor, muchos de nosotros acudimos al uno ó

al otro sitio: la Academia guardó digna y conveniente reserva. No creyó que debia aumentar la cola en el despacho de billetes, ó la multitud en la asamblea de la Zarzuela.

Porque, en verdad, estos cuerpos literarios no han de fallar entre aclamaciones de entusiasmo, ni de reclutar sus miembros entre los triunfadores de un dia; sino que han de pronunciar su veredicto en silencio y quietud, y elegir sus miembros entre los perseverantes y laboriosos.

En la profesion de las letras, que es tambien una milicia, el lauro académico no se da á los afortunados, sino á los constantes.

En este campo de la inteligencia no basta vencer; es necesario conquistar.

Por eso venís en buen hora, Sr. Ayala; no porque triunfásteis en la escena patria, sino porque defendísteis y ensanchásteis sus antiguos dominios. Y por eso tambien los que ántes no quisimos ser ni vuestros jueces ni vuestros heraldos, preveníamos ya para ahora el abrazo de hermanos, y el escaño en que Rivas y Vega y Galiano os habian de hacer lugar.

Subid á él con ánimo, como con justicia; ya que, como he demostrado, sois el continuador de nuestro culto tradicional al ínclito ingenio que os sirve de modelo. Recibidlo fraternalmente, amigos y compañeros mios: trae en las manos, no la corona de un dia, sino catorce obras dramáticas, y muchas más líricas, en las que brillan aquellos caractéres que nuestro Lista alababa en el genio de Calderon.

La religion, hasta tal punto, que *El Hombre de Estado* desea

Entrar á la eternidad
Por la puerta del suplicio.

El valor, hasta el extremo de desafiar, no sólo la muerte, sino el patíbulo.

La gratitud y el amor, tan inagotables como en *Rioja*.

Las demas prendas, en fin, calderonianas, esparcidas, no sólo en obras de importancia, sino en zarzuelas y poesías fugitivas.

Calderon ha sido su estudio, su modelo, su inspiracion, su vida: primero, en concienzudas y tímidas copias; luégo, en valientes y atinadas imitaciones; al cabo, en esa *union perfecta* que se ha manifestado, ya restaurando con pulso sus magníficos cuadros antiguos, ya dando á los contemporáneos el movimiento, el color y el claro-oscuro de nuestro siglo de oro.

Señores Académicos, los que siguen las tradiciones favorables á Calderon, aquí guardadas desde Luzán hasta Vega, yo os presento al que las continúa en teoría y las observa en práctica. Admitidle como amigo; abrazadle como hermano.

En cuanto á vosotros, que tan indulgentes me habeis escuchado; vosotros, la más feliz parte de este concurso, ó por la belleza ó por la juventud, permitid que os pague con un consejo vuestra atencion, no merecida sino en cuanto á Calderon se refiere.

Imitadle: los que cultivais la poesía, en la gracia y bizarría de sus formas; todos, sin excepcion, en la nobleza y rectitud de sus pensamientos. En ello haréis, no sólo una cosa útil, sino patriótica. Los que hemos residido largo tiempo en el extranjero, ó emigrados, ó curiosos, ó representantes de nuestra patria, sabemos que sus antiguas grandezas no han dejado en Europa sino envi-

dia recelosa; nuestras presentes desventuras, cuando no desden, inspiran compasion poco grata. Si, á pesar de esto, el español halla doquiera simpatía y áun cariño, es porque sus grandes ingenios, singularmente Cervántes con sus aventuras, y Calderon con sus dramas, han divulgado ese tipo admirable, simpático y caballeroso del carácter español, al que todas las puertas se abren, á quien todas las playas son hospitalarias.

Os lo dice más elocuentemente quien era, como Calderon, poeta y sacerdote, y quien, como yo, aunque infinitamente más digno, llevó á veces la voz de esta Academia, D. Juan Nicasio Gallego. En la ocasion que os he referido, de la traslacion de los restos mortales del gran poeta, decia:

Gloria y delicia de los patrios lares,
¡Buen Calderon! de tu fecunda vena
El copioso raudal el orbe llena,
Venciendo espacios y cruzando mares.
Difunden hoy tus dramas á millares
Las prensas de Leipsick, los oye Viena,
Y hasta en las playas bálticas resuena
El cisne del modesto Manzanares.
¡Oh hispana juventud! Si al arduo empeño
De hollar del Pindo la sublime altura
No te alentáre porvenir risueño,
Esa pompa, ése mármol te asegura
Con muda voz que, si *la vida es sueño*,
Siglos y siglos el renombre dura.

El Marqués de Molins.

DISCURSO

SOBRE

EL INFLUJO QUE HA TENIDO LA CRÍTICA MODERNA

EN LA DECADENCIA

DEL TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL,

Y SOBRE

EL MODO CON QUE DEBE SER CONSIDERADO

PARA JUZGAR CONVENIENTEMENTE DE SU MÉRITO PECULIAR (1).

Ha sido ciertamente funesta á la gloria patria y á la literatura española la ruina de nuestro antiguo teatro, preparada y consumada por los críticos españoles del pasado y presente siglo, los cuales, ciegamente prevenidos á favor de doctrinas y principios inaplicables al sistema dramático de que fuimos inventores, lograron apagar la esplendorosa llama del genio nacional, que iluminaba á toda la Europa civilizada. Desde que se propagó entre nosotros

---

(1) Escrito y publicado en Madrid este *Discurso* del académico de número D. Agustin Durán por los años de 1828, agotóse la edicion muy luégo. Desde entónces no se ha vuelto á reimprimir, que sepamos. Acordado por la Academia Española dar á la estampa los opúsculos críticos del Sr. Durán, sus estudios literarios y sus composiciones poéticas, ha creido que estas MEMORIAS eran lugar á propósito para irlos insertando paulatinamente, á fin de que los amantes del saber puedan gozarlos y conservarlos con la estimacion debida. Incluyéndolos en ellas, la Academia rinde tributo de merecida consideracion á la grata

la ridícula manía de querer medir las sublimes creaciones dramáticas del siglo XVII con el mismo compas y regla á que se adaptaban las de los griegos, romanos y franceses, sirvieron aquéllas de irrision al pedantismo antinacional, y de blanco á los sarcasmos del espíritu de partido, sin que hasta ahora, á mi ver, los pocos apologistas de nuestra escena se hayan valido de armas convenientes para rebatir los sofismas de sus contrarios.

Mucho tiempo he vacilado ántes de decidirme á tomar á mi cargo la defensa de nuestro antiguo drama, ya casi abandonada entre nosotros, y á presentarla bajo el verdadero punto de vista en que debe mirarse; pero al fin me he decidido á emprenderla, pues parece poco decoroso que lo hayan hecho los extranjeros, y áun se ignoren generalmente en España las razones en que se funda la Europa para mirar como bellezas inimitables muchas cosas que nuestros críticos modernos tratan de escandalosos extravíos.

Al expresar mis opiniones en materia tan importante y delicada, debo advertir que no es mi ánimo vulnerar los principios inconcusos que sirven de base al buen gusto en todo género de bellas letras; pero sí pretendo combatir la demasiada latitud que se ha dado á várias reglas del teatro llamado clásico, aplicándolas para juzgar del

---

memoria del varon insigne que tanto la ilustró en vida, y que consagró su erudicion y talento á desentrañar los orígenes de nuestra poesía popular, desenterrando y dando á luz, purificado, el copioso caudal de antiguos romances en que cifran las musas castellanas uno de sus más gloriosos timbres. Este *Discurso* tiene, ademas, sumo interes para la historia literaria del siglo presente, porque fué el verdadero precursor del romanticismo, y abrió paso al renacimiento de la forma y del gusto genuinamente españoles.

mérito peculiar á un género dramático, que por lo comun no puede admitirlas, tanto por ser distinto el orígen de sus creaciones, como por ser diferente el mundo ideal en que las forma, y el modo con que considera los objetos. La empresa es muy superior á mis fuerzas; mas confio en la indulgencia de los verdaderos sabios, que sabrán disimular mis errores, y censurar este escrito, en cuanto lo merezca, con la urbanidad y decoro propios de su noble profesion, por desgacia tan poco comunes en nuestra república literaria.

Pretendo demostrar en el presente discurso: 1.°, que el drama antiguo español es, por su orígen y por el modo de considerar al hombre, distinto del que imita al griego (1); 2.°, que esta diferencia la constituyen dos géneros diversos entre sí, los cuales no admiten del todo iguales reglas, ni formas en su expresion; y 3.°, que siendo el drama español más eminentemente poético que el clásico, debe regularse por reglas y licencias más distantes de la verosimilitud prosaica, que aquellas que para el otro se hallan establecidas.

Una empresa tan ardua y difícil debia desempeñarse por manos más hábiles que las mias, y más acostumbradas á expresar por escrito los pensamientos con toda la gala y bizarría propia de nuestra rica y armoniosa lengua; mas por desgracia uno de los hombres á quien creo más capaz de tratar dignamente esta materia, y á cuya amistad debo toda mi educacion literaria, se halla de contínuo sábia y modestamente ocupado en la enseñanza de la juventud, y en obras más importantes, que le impiden

---

(1) Á este género, para evitar perífrasis y rodeos, le llamarémos *clásico* desde ahora, y *romántico* al anterior.

dedicarse á ésta. Así, pues, el público habrá de carecer en la presente de las gracias de elocucion y estilo que él hubiera prodigado, y de todas las ideas sublimes que le hubieran sugerido su profundo saber y la rica y abundante imaginacion de que le dotó el cielo.

Puede gloriarse España con justicia de haber dominado largo tiempo en Europa, no sólo con sus armas triunfadoras, sino con el poder incontrastable, y con la superioridad obtenida en todos los ramos del saber, en los cuales sirvió de maestra y de modelo al resto de las naciones. Conquistada por los árabes, despues de ochocientos años de una lucha tan noble y generosa como encendida y tenaz, logró por fin confinarlos á los ardientes climas del África; mas supo aprovecharse y conservar para sí las ciencias y las artes que sus conquistadores cultivaron en las escuelas de Toledo, Córdoba y Sevilla, y difundieron por todo el ámbito de la península. Los hijos de Ismael fueron en verdad arrojados del suelo español; pero dejaron á sus vencedores una gran parte del saber, de los hábitos y costumbres, y del lujo que habian aportado del Oriente y aclimatado en los países sometidos.

La Europa entera se hallaba aún sumergida en las tinieblas de la ignorancia, cuando en España se cultivaban y se hacian rápidos progresos no sólo en las artes de imaginacion y entusiasmo, sino tambien en las ciencias exactas y naturales, y hasta en la sutil é indefinible metafísica de los peripatéticos (1). Los amantes del saber en

---

(1) Es esto tanta verdad, que áun en el siglo actual se resiente nuestro carácter y nuestra literatura del entusiasmo desmedido con que los árabes estudiaron, comentaron, y á veces estropearon á Aristóteles: por esta razon los poetas provenzales, que puede decirse estudia-

todas las naciones acudieron á las escuelas españolas á doctrinarse bajo la direccion de maestros musulmanes, y los primeros poetas que hicieron resonar la lira del amor en el mediodía de la Francia aprendieron á modularla en Toledo, en Córdoba y áun en Sevilla. Despues de la extincion de los albigenses, los cantos provenzales se acogieron y resonaron en España, hasta que al fin los trovadores catalanes y aragoneses vinieron á la córte del castellano Juan II, á mezclar y confundir la melodía sentimental y melancólica de su poesía, con la rica y ferviente imaginacion de los moros andaluces (1). La antorcha brillante del genio ardia, é inflamaba todos los corazones bajo el imperio de un monarca poeta y protector de cuantos hombres ilustraron su patria desde principios del siglo XV. El entusiasmo religioso, el culto del amor y la hermosura, y la idolatría de las glorias de Marte, despues de la conquista de Granada, absorbieron, por decirlo así, toda la energía y actividad que los caballeros españoles habian empleado en sacudir el yugo agareno; mas el triunfo poético de la España no adquirió todo su esplendor hasta el siglo XVI, cuando, reunidas las formas métricas

---

ron en España, formaron sus cantos sobre las sutiles y áun alambicadas distinciones de la dialéctica de los peripatéticos; así es que á veces se nota en su poesía más argucia escolástica y más deseo de mostrar su agudeza de ingenio, que no el calor y vehemencia propios de las pasiones exaltadas.

(1) En ningun país del mediodía de la Europa se formó el carácter nacional, tanto como en España, de la mezcla exacta del de los pueblos del Norte y del de los del Oriente; así es que nuestra poesía es el amalgama modificado de la de aquellos pueblos. Sin ser tan exacta y filosófica como la de los franceses, es mucho más rica, brillante y fluida; y sin ser tan audaz y exagerada como la de los árabes, es más verosímil y razonable.

de la poesía italiana con la expresion sencilla y sentimental de la de los pueblos del Norte, y con la vehemente y lírica imaginacion de los orientales, hizo Garcilaso resonar los armoniosos cantos de nuestras musas entre los hielos del Septentrion. Con todos estos recursos contaba nuestra poesía, cuando en el siglo XVII, sacudiendo el yugo de la imitacion erudita, se creó nuestro teatro, formando la portentosa y admirable reunion de tantos medios poéticos y sublimes como van dichos. Desde Lope de Vega á Calderon fué cada dia perfeccionándose y aumentándose el brillo de nuestro drama. Las glorias patrias, los triunfos de sus guerreros, los de sus héroes cristianos, el amor delicado y caballeroso, el punto de honor y los celos, todo se referia, se cantaba y ponia en accion sobre la escena nacional, que conservó todas sus bellezas y superioridad hasta fines del mismo siglo; en el cual, abusando de sus propias riquezas, llegó á exagerarlas y prodigarlas de tal modo, que las convirtió en defectos, y los defectos en vicios intolerables.

Á la par que nosotros perdiamos terreno en todos los ramos del saber, la Francia, bajo Luis XIV, levantaba su gloria política, militar y literaria á tal grado de esplendor, que en pocos años supo vencer á la Europa, dictarla leyes y ofrecerla un teatro digno en su género de presentarse como modelo de buen gusto y perfeccion. Los críticos y poetas de esta época sometieron la escena francesa á las reglas y preceptos dramáticos de la poética de Aristóteles y á las elegantes formas del teatro griego; pero en vano lo intentáran si el genio y carácter nacional lo hubieran resistido; pues debiendo ser el teatro, en cada país *la expresion ideal del modo de ver, juzgar y existir de sus habitantes*, es imposible que las naciones gusten en él de

cosas poco acomodadas al tipo característico de cada una. Felizmente el pueblo frances, es decir, los griegos de la moderna civilizacion, no podian ménos de dar grata acogida á los Aristófanes, Sófocles y Eurípides de la antigua Aténas, ni dejar de reproducir estos grandes genios en los de los Molières, Corneilles y Racines, que imitando, y á veces excediendo á sus modelos, han llegado á ser la emulacion del mundo y á constituir el más hermoso título de gloria que puede presentar la Francia.

Á tal grado de perfeccion habia llegado ésta en el género dramático que adoptó para sí, cuando en la misma época, olvidándose la España del que le era propio, substituia al colmo de bellezas que le adornaban, aquel gusto mezquino y depravado, que degradó nuestra escena desde fines del siglo XVII hasta mediados del XVIII. Todos los ramos de literatura experimentaron en nuestro país, igualmente que la dramática, la vándala incursion de los gongoristas y conceptistas; pero aquéllos, más felices que éstos, hallaron acogida entre algunos sabios, que sabiendo apreciarlos, y queriendo restaurar la buena poesía, reimprimieron los preciosos y ricos modelos que teníamos, tanto en la lírica y bucólica como en la erótica y satírica. Garcilaso, Herrera, Rioja, los Argensolas, y áun el mismo Góngora, circularon por todas partes, y produjeron en sus respectivos géneros de composiciones muchos émulos dignos de su gloria.

No tuvo nuestra dramática tan buena suerte como las demas clases de bella literatura: abandonada largo tiempo á todos los extravíos del mal gusto, no halló siquiera una benéfica mano para ayudarla á salir del cáos y degradacion donde los conceptistas la habian sumergido. Los críticos del siglo XVIII, más atentos á lo que era que á lo

que habia sido y podia ser, atribuyeron á su esencia cuantos defectos le eran extraños ó accesorios, y se decidieron á destruirla, y á substituir á ella la imitacion de la francesa. Así lograron reducirnos, desde la gloria de haber creado un género original acomodado á nuestro carácter y costumbres, á ser meros imitadores de una escena exótica y extraña, que nunca ha prosperado ni prosperará en nuestro suelo, ínterin seamos españoles y no franceses (1).

El espíritu de novedad y la admiracion servil de cuanto nos venía de Francia, formaron una muchedumbre de pedantes, que, sin entender á los Montianos y Luzanes, y sin la instruccion ni sensibilidad necesarias para discernir el mérito de los Corneilles y Racines, se creian dignos de obtener la magistratura del Parnaso, por la única y sola razon de que en nombre de Aristóteles y Boileau, cuyas obras acaso jamas leyeron, se atrevian á detestar de los dramas de Lope y Calderon. Esta plaga de críticos, justamente llamados galicistas, menospreciando la originalidad característica, la rica y armoniosa lengua y la sublime poesía de nuestros antiguos poetas, infestó el Parnaso dramático español, y llenó el teatro de toda cuanta escoria, acomodada á las tres unidades, se ha visto dominar en él durante casi un siglo. Los necios é insensibles partidarios de la nueva crítica, prevenidos siem-

(1) Si acaso alguna vez sucediese que nuestro modo de existir social, nuestros hábitos y costumbres, y nuestro modo peculiar de sentir, se identificase con el carácter de los franceses, entónces seriamos tambien en el teatro tan clásicos como ellos, y el gusto público, más bien que los preceptos, obligaría á los autores dramáticos á seguir este impulso.

pre de la regla y compas extranjero, y parapetados con una fria é indigesta erudicion, acudian á los coliseos, no á prestarse á los dulces ó terribles movimientos que debian producir en el alma las creaciones de nuestros grandes ingenios, sino sólo á examinar si cabian ó no en las mezquinas reglas á que pretendian deber reducirse. Así fueron al fin proscritos de la llamada buena sociedad los nombres famosos de Lope, Tirso, Moreto, etc., ántes tan admirados y con razon aplaudidos. Con tales medios lograron el vergonzoso triunfo de sofocar la genial belleza de nuestra dramática; y de tal suerte, que desde entónces no ha vuelto España á producir ninguna de aquellas sublimes creaciones, tantas veces envidiadas y admiradas por los pueblos cultos. En vano se buscará en nuestro teatro moderno aquel lujo de imaginacion, aquella rica y hermosa poesía que en el antiguo encanta deliciosamente el alma; en vano aquel movimiento é interes nacional que se comunicaba á los espectadores como un fuego eléctrico; y en vano aquellas ilusiones del entusiasmo, que producian los más indecibles placeres en cuantos hombres amaban á su Dios, á su rey, á su patria y á sus damas; pero, en cambio, tenemos en las obras de los críticos novadores mucha razon puesta en rimas, muchos diálogos sin accion y sin vivacidad, mucha moral pedantesca, y en fin, mucha é insufrible prosa, á veces más inverosímil que las exageradas invenciones de la fantasía.

Pero no es extraño cundiese entre nosotros esta antinacional manía de despreciar cuanto era privativamente produccion de nuestros ingenios; pues se propagó tambien por toda la Europa con la misma rapidez, y acaso con más empeño. ¿Qué hicieron los ingleses, italianos y alemanes durante un siglo, sino llenar su escena de imi-

taciones de piezas francesas sin gracia y sin mérito? ¿No abandonaron tambien su poesía nacional para copiar otra tan extraña á su carácter como á sus hábitos y costumbres? Entre las anomalías que presenta el hombre semi-instruido, no es la ménos reparable la que le induce á sacrificar los goces reales y placeres efectivos á la liviana vanidad de ser tenido por sabio, ó la que le arrastra á estimar las cosas de gusto más bien por la opinion ajena que por el sentimiento individual y privativo de su corazon. El amor á una falsa gloria y la pereza de la reflexion son las causas primarias de los errores en que inciden cuantos en materias de bellas letras se adhieren sin exámen, y contra lo que sienten, á las decisiones críticas de los llamados eruditos. Sólo considerando las cosas bajo este aspecto podrá adivinarse la causa de que un público flemático por naturaleza, como lo es el aleman, haya podido soportar los gestos de un actor de su país cuando procuraba remedar la voluptuosa ligereza de un comediante frances. ¿Y qué sucederia en Italia cuando Arlequin trataba de revestirse de las formas y modales serios y característicos del Misántropo ó de Filinto? La violencia que con esto se hacia al genio nacional debia formar un contraste ridículo, que, propagándose desde la escena hasta el centro de la buena sociedad, constituia en ella una clase de hombres tan necios como petulantes, y tan extraños á las glorias de su patria como ridículos en la ajena.

Desgraciadamente en Europa ha cundido esta raza de tal modo, que convendria poner un límite á sus invasiones, y esto no podrá conseguirse hasta que todos se persuadan que miéntras dure la moda de arreglar la literatura, segun se arreglan los trajes, por los figurines de

París (1), nada creará el genio de las naciones digno de aprecio, ni por su grandeza, ni por su originalidad. Desengañémonos: ni los centones preceptuarios, ni los clamores de los críticos galicistas, ni sus sistemas demasiado exclusivos han producido, ni producirán jamas las sublimes creaciones de un Shakspeare, de un Calderon ó un Schiller; y ¿por qué causa? Porque el teatro debe ser en cada país *la expresion poética é ideal de sus necesidades morales, y de los goces adecuados á la manera de existir, sentir y juzgar de sus habitantes;* circunstancias todas que influyen poderosamente en el modo de la inspiracion fatídica, y que nunca serán el resultado del arte ni del análisis metafísico ó erudito de obras extranjeras y opuestas al carácter de cada pueblo. El verdadero entusiasmo procede del éxtasis y arrobamiento del alma, que, desprendiéndose de las trabas del mundo real ó prosaico, se eleva á las ideales regiones de la belleza poética, arrebatando, por decirlo así, del celestial modelo un rayo de luz divina, que no se presta á los cálculos exactos de la humana razon. *Est Deus in nobis:* hé aquí la divisa de todos los talentos privilegiados, y sobre todo la de los grandes poetas y oradores cuyas inspiraciones están destinadas á dirigir el corazon humano, más bien conmoviendo la imaginacion y excitando sentimientos, que no demostrando matemáticamente lo que no puede someterse al cálculo (2).

---

(1) Los malos efectos que produce la manía de imitar indistintamente cuanto viene de Francia, son bien manifiestos. Ya no se trata de dramas clásicos ni románticos; la moda consiste en celebrar los más inmobles y patibularios espectáculos á que concurren en París hasta los exaltados admiradores de Molière y Corneille. ¡Qué contraste!

(2) Un sordo-mudo podrá, sin duda, por el sentido de la vista tener las ideas que generalmente se adquieren por la palabra; pues no

Aunque los sabios y literatos amantes de nuestro antiguo drama no opusieron un dique suficiente á contener la inundacion de los novadores, la generalidad del público, dirigida por sus propias impresiones y por el íntimo sentimiento de sus goces, llenaba los coliseos cuando veia en la escena á Lope, Tirso, Calderon y Moreto; y tal vez sus detractores salian del teatro tan conmovidos como avergonzados de haber participado del entusiasmo general, contra las ordenanzas de Aristóteles y del espíritu de partido. ¿Y cómo explicaban estos hombres la contradiccion entre su modo de juzgar y las emociones profundas y los indecibles placeres que causaba en su alma la representacion de nuestros antiguos dramas? Muy fácilmente: lo atribuian á varios rasgos y bellezas casuales que se hallaban en ellos. ¡Qué ceguedad! ¡Apénas se en-

---

siendo ésta más que un signo que entra por el oido, es fácil sustituir otro que se comunique por los ojos; pero el sordo jamas tendrá de los sonidos la misma idea que los que oyen bien. ¿Y por qué? Porque carece del único instrumento á propósito para comunicársela al alma; así sucede tambien con las facultades de ésta: la memoria, por ejemplo, no tiene los mismos usos que el entendimiento, ni éste que la voluntad, aunque todas estas facultades contribuyan á la exactitud y perfeccion de la razon. Esto mismo es aplicable á los distintos géneros de verdades que el hombre puede conocer: de ellas, unas son de puro sentimiento; tal es la de la existencia, que sólo se demuestra por el convencimiento individual que cada uno tiene de la suya; otras son de razon, como las que se consideran en las propiedades de la cantidad, las cuales se demuestran por el análisis matemático: sentado tal principio, me parece debe inferirse que este último género de análisis no es el instrumento propio para conocer y dar idea exacta de las cosas de sentimiento y de imaginacion, ni ésta para demostrar las verdades matemáticas; mas no por eso se puede negar que, hasta cierto punto, la razon y la imaginacion contribuyen á perfeccionar sus mutuas operaciones, del mismo modo que la voluntad y la memoria facilitan y completan las del entendimiento.

contrará uno entre tantos que no excite y sostenga el interes y curiosidad del espectador desde la primera escena hasta el último verso! No contento el partido literario antinacional con haber faltado á su propia conciencia en el modo de juzgar nuestro antiguo drama, llevó su obstinacion hasta el punto de olvidar en sus raciocinios los más sencillos elementos de la buena lógica, atreviéndose á promulgar que el teatro antiguo español era esencialmente malo, y dejando traslucir entre sus sofismas y rodeos que la única razon donde apoyaban tan aventurado aserto no era otra que la de no avenirse con las formas del clásico ó frances, por más que se empeñaban en atormentarle sobre el lecho de Procustes. El *drama español* (dicen) *es malo, porque no es lo mismo ni sigue la marcha del clásico, que está demostrado ser bueno:* tal es el inexacto y falso raciocinio en que se fundaron los críticos del siglo XVIII y los del XIX para intentar sustituir entre nosotros la imitacion de la escena francesa y proscribir la originalidad de la nuestra, áun ántes de haber examinado las causas del gusto nacional, ni las de los efectos admirables producidos en el corazon humano por los medios dramáticos que usaban los antiguos poetas españoles. Si imparcialmente y de buena fe hubieran meditado la cuestion, ¡con cuánta facilidad debieron advertir que el teatro español, tanto por la esencia de las cosas en que funda sus creaciones, como por el modo que tiene de considerar los objetos dramáticos, es muy diverso del frances ó clásico! De verdad tan clara y luminosa pudieron deducir: 1.°, que cada uno de estos teatros constituye de por sí un género diferente, no sólo en su orígen y objeto, sino tambien por haber sido creados para naciones de distinto genio y carácter; y 2.°, que por lo mismo no era posible

tuviesen iguales formas, ni reglas idénticas en su expresion y composicion. Por no haber mirado las cosas bajo este aspecto, incurrieron en error, no sólo los contrarios de nuestro drama, sino tambien sus defensores. No atreviéndose éstos, ó no sabiendo contrarestar la inexacta aplicacion que aquéllos hacian del principio de las unidades, y no queriendo confesar paladinamente ser inaplicable al género adoptado en España, se contentaron con presentar en su defensa tal cual comedia de las que con más ó ménos exactitud se aproximan á las clásicas, asegurando que podrian competir en regularidad con las del mismo Sófocles, á poco que se tratase de corregirlas (6). Una defensa tan falsa como contraria al verdadero aspecto de la cuestion, en vez de destruir el sistema del partido opuesto, confirmaba más y más sus opiniones arbitrarias; pues atrincherado en la concesion que se le hacia de la necesidad de las tres unidades para constituir la perfeccion de las composiciones dramáticas, se burlaba de los inútiles esfuerzos empleados por los refundidores en reducir nuestras antiguas piezas al principio clásico de Aristóteles y Boileau. Nada de esto hubiera sucedido, si adoptándose por todos la distincion de dos géneros dramáticos diversos entre sí, capaces cada uno de su respectivo mérito y bellezas, se hubiese visto que eran propios para inspirar en el corazon humano todo el interes y entusiasmo posible, aunque valiéndose de formas y medios diferentes. ¡Parece inexplicable el que no se haya adoptado esta idea feliz y conciliadora por ambos partidos, cuando el universo entero conspira á sugerirla! ¿Por ventura los jardines cuidadosamente adornados producen el mismo interes, y agradan con medios y formas idénticas á las que presenta la inculta naturaleza observada

desde las altas cumbres del Apenino? ¿Los trabajos más esmerados del arte se presentarán mejor á las creaciones de la imaginacion, ó serán más grandiosas que las obras de la Omnipotencia? Si los jardines cultivados con esmero halagan los sentidos, inspirando ideas de órden, simetría y gusto, el espectáculo agreste de la ruda y magnífica naturaleza arroba el alma y la eleva á los espacios de la creacion. Los primeros, como productos del arte, pueden muy bien hallarse bajo el imperio de la razon, del análisis y de la verosimilitud prosaica; mas el último, que es la hechura de un poder supremo é incomprensible, ¿quién se atreverá á buscarle fuera del seno de la inescrutable Providencia, que le conserva entre sus más escogidos dotes? ¿Y habrá quien pretenda todavía que debemos renunciar á los sentimientos inspirados por estos sublimes y magníficos cuadros, por no ser posible comprender su estructura, y por no poder reducirlos ni encerrarlos en los límites del arte de la jardinería? No: gocemos de los placeres que procura el arte; pero nunca abandonemos los inefables goces que proporcionan las obras directas de la creacion: abramos nuestra alma á las emociones que inspiran, áun cuando no podamos analizarlas; sintamos, aunque las reglas lo contradigan; pues al fin las sensaciones son hechos, y las reglas son abstracciones ó teorías que pueden ser mal aplicadas ó inexactas.

Aplicando semejante raciocinio al asunto de que tratamos, diré siempre que, cuando un autor dramático logra conmoverme, entusiasmarme é identificarme con el objeto de sus composiciones, jamas le pediré cuenta de los medios de que para ello se haya valido; pues estoy bien seguro que, si fuesen esencialmente falsos é inoportunos, no hu-

hiera conseguido su fin. ¿ Por qué tendré derecho á exigir que Racine, en su *Atalía*, y Calderon, en su *Tetrarca*, se valgan de los mismos medios y formas para interesar mi corazon, si uno y otro lo logran con aquellos que respectivamente emplean? ¿ Y cuánto más injusta será tal exigencia, si se atiende á que los géneros adoptados por uno y otro no pueden acomodarse á iguales reglas, y á que escribieron para dos naciones diferentes en *su carácter*, *en su existencia social y en sus necesidades morales*? Tan incongruente sería acusar á estos grandes poetas por haber escrito cada uno sus piezas en su respectivo idioma, como lo es redargüirles por haber atemperado la expresion de sus pensamientos al carácter y genio de sus compatriotas. Si se erigiese en principio que todos los edificios debian construirse bajo las formas de la arquitectura griega, desde tal punto la gótica dejaria de existir, con todas sus bellezas y primores. ¿ Y no sería crasa necedad el derribar un magnífico templo del último género, por la sola razon de no admitir las columnatas, arquitrabes y frisos que constituian la hermosura del de Minerva en Aténas, ó del de Diana en Éfeso? Pues tal es, exactamente, lo que hicieron y hacen los críticos modernos respecto á nuestra poesía dramática.

Los preceptistas del siglo pasado tienen alguna disculpa en su error, pues viendo el mal estado de nuestro teatro y la perfeccion en que se hallaba el frances, pudieron creer ventajoso y fácil aclimatarle entre nosotros; mas los que en el actual han escrito y escriben contra aquél, despues de haber los alemanes tratado la materia con tanta claridad, y demostrado la experiencia cuán perjudiciales son en literatura los sistemas exclusivos, ¿qué disculpa hallarán á su torpeza? ¿No han palpado los efectos de sus

amargas diatribas, y la ruina de nuestra literatura causada con ellas? ¿Adónde pretenden conducirnos con sus doctrinas? Si escriben preceptos de poesía lírica, apénas se les ve citar á Herrera, Rioja y Leon sino para escudriñar sus defectos; pero, en desquite, ponderan las bellezas de Píndaro, Horacio y Ronsard. Si hablan del *Apólogo*, no citarán, seguramente, los buenos de Samaniego y de Iriarte, pero llenarán páginas de los de Fedro y La-Fontaine. En poesía dramática serán Racine y Corneille modelos de todas las bellezas, y Lope y Calderon ejemplos de todo lo malo. Quiero yo suponer por un momento que sea en todo justa su crítica; concédoles que no tengamos en género alguno una composicion perfecta; pero, á lo ménos, no podrán negar hallarse nuestra literatura llena de trozos hermosísimos, que pueden servir de modelos para todos los tropos, figuras y preceptos de la poética. Ahora bien; si escriben sus obras para los españoles, ¿por qué, en vez de escoger toda la escoria del mal gusto en los escritos de sus compatriotas, no buscan y publican los hermosos trozos de imaginacion, filosofía, buen gusto y exactitud en que abundan nuestros autores? ¿No nos importará más el saber cuándo, cómo y de qué modo fué Calderon buen dramático, que el examinar estas cualidades en Racine? No pretendo, por lo dicho, censurar que admiren, respeten y veneren á los griegos, romanos y franceses; pero sí quisiera que los poetas nacionales ocupasen el lugar de que son dignos; pues cuantos se le niegan, parece están únicamente dirigidos por un odio inmortal contra todo lo que es y pertenece á su patria; ciegos para ver lo mucho bueno que contiene, y prontos á desmentir todo cuanto puede honrarla. ¡Qué imparcialidad tan noble! Sin embargo, yo no puedo persuadirme á que siempre los di-

rija en sus juicios la odiosa manía de deshonrar el país de su nacimiento; mas sí estoy persuadido á que, en general, los hombres exclusivamente dedicados á la árida erudicion y á la amarga crítica llegan á embotar su sensibilidad, y son poco capaces de juzgar convenientemente en materias de gusto y de imaginacion, para lo cual se requiere un tacto muy fino y delicado y una exquisita sensibilidad. Estos hombres pretenden someter la poesía al mismo análisis que un anatómico usaria con el cadáver de una mujer hermosa; armados de sutilezas metafísicas, como aquél de un escalpelo, empiezan por destruir todas las partes que constituyen la ilusion de lo bello, y acaban por reducir á un horroroso esqueleto lo mismo que ántes de caer entre sus manos seducia y encantaba los sentidos. Aquíles y Ayax, Enéas y Turno, despojados de las ilusiones de la poesía y reducidos á expresion prosaica, podrian ser considerados como hombres comunes y áun patibularios, y no como héroes dignos de la epopeya. Yo, en vista de lo expresado, estoy por decir que los críticos de ahora han reducido su ciencia al arte insulso de hacer parodias, y así no es de extrañar que Lope, Valbuena ~~(b)~~, (a) Calderon y Moreto no se hayan librado de experimentar la misma suerte que Homero, Píndaro, Virgilio, el Taso y Racine han sufrido de sus rivales, de sus envidiosos ó de sus críticos, que habiendo hecho para juzgarlos una tan inexacta como poco conveniente aplicacion de cierto género de análisis, han incurrido en infinitos errores.

Mas ¿qué dirémos de unos hombres tan rígidos, que, sacrificando la ilusion poética á la exactitud prosaica, se olvidan hasta de los primeros elementos del raciocinio, siempre que el espíritu de su parcialidad se lo ordena?

Segun ellos dicen, si los ingleses se entusiasman con Shakspeare y los españoles con su Calderon, y no aprecian y gustan tanto de las imitaciones ó traducciones del teatro frances, consiste en que dichas naciones están todavía en un estado muy próximo á la barbarie. Y ¿por qué? Porque unos y otros no han nacido en las riberas del Sena, y tienen la desgracia de divertirse y recrearse con lo mismo que detestan, segun dicen, los cultos parisienses. Si yo fuese tan parcial como ellos, si no admirase tan de buena fe la perfeccion sábia de los clásicos franceses, y en fin, si adoptase la idea de no existir más de un género digno de aprecio en poesía dramática, podria muy bien deducir una consecuencia contraria de las premisas de su argumento; mas como no pertenezco á partido alguno, me contentaré con decir que la diversidad del gusto de las naciones, en materias de teatro, procede de la diferencia *de sus necesidades morales, y de sus modos de existir, juzgar y sentir;* á cuyas modificaciones tienen los poetas que acomodar la expresion y formas de sus pensamientos, sin que por esto deba creerse que se hallen en diverso estado de ilustracion. La España, la Inglaterra y la Alemania se hallan en el dia, cuando ménos, tan civilizadas como la Francia, sin haber por ello perdido su primitivo gusto á su respectiva escena nacional; siendo bien seguro que los verdaderos sabios de estos países veneran, respetan y admiran á los padres de su teatro. ¿Cómo, por ejemplo, el culto autor del *Caton*, Adisson, se negaria á las impresiones enérgicas y sublimes que produce la representacion de Makbet? ¿Y cómo nuestro Moratin presenciaría tibia y friamente las hermosas escenas de *El Desdèn con el desden*, y la veracidad científica del pincel con que en *El Valiente Justiciero* describe el carácter del

rey Don Pedro el Cruel? (1). Pues bien; lo que Adisson y Moratin admiran y respetan es, precisamente, lo que los críticos galicistas han destruido, sin haber logrado poner en su lugar lo que quisieron substituir. El estro poético y el genio creador han desaparecido ya, y la fecunda, rica y dulce vena de las creaciones se ha agotado en nuestro suelo. ¿Y qué nos queda? Frialdad y pobreza. ¡Gócense, si pueden, los causadores de tan triste estado, en su pedantesco triunfo! Debieron haber previsto los innovadores tan lastimosa ruina, con sólo volver los ojos á la historia de nuestra literatura en los dos precedentes siglos. En ella pudieron notar los reiterados esfuerzos con que Perez de Oliva y otros sabios intentaron aclimatar en nuestro suelo, con nombre de drama erudito, el que estaba sometido á las reglas de las unidades; y debieron, asimismo, reparar que no lo consiguieron ni con el ejemplo ni con los preceptos, sin embargo de hallarse nuestra escena en la infancia, y el público más dispuesto á recibir el impulso que los sabios intentaban darle. Puede que alguno de los críticos modernos se atreva á decir que

---

(1) Debe advertirse que Addisson era un buen trágico, y Moratin es un excelente cómico; y así no es extraño que supiesen uno y otro apreciar lo que ni áun sentir saben los meros escritores de teorías y preceptos. Moratin, por ejemplo, condenaria en el *Valiente Justiciero* la aparicion de un muerto; pero no ignoraria el partido romántico que hubiera sacado Moreto, si hubiese usado de ella como base del drama y como una expresion de la fatalidad, que, en virtud de un crímen cometido, perseguia por todas partes al culpado y le conducia á su funesto fin. Un crítico moderno sólo hubiera reparado en la incongruencia de Moreto, y por esto sólo detestaria de la pieza; mas un Moratin la habria conocido, trasluciendo al mismo tiempo la sublime intencion del autor, y llorando que hubiese equivocado los medios de aprovecharse de ella.

los antiguos poetas españoles no entendieron ni comprendieron el espíritu de la poética y literatura griega, pues no practicaron sus reglas. ¿Luego Argensola, Villégas y Cervántes habian de ignorar los mismos principios que con tanto teson defendieron, y á que faltaron tan á sabiendas? ¿Luego Cueva, Virués y Lope no entendian lo que estudiaron en las cátedras de humanidades? ¡Cuán obcecado estará quien piense así! Á todos consta que Lope, desconociendo su propio mérito en haber hallado una nueva senda de creaciones poéticas, lloraba amargamente el haberse separado, para seguirlas, de la que dejaron abierta los Sófocles y los Eurípides. Lo dicho prueba hasta la evidencia que este gran talento entendia y estaba empapado en las teorías clásicas de los antiguos, y que si las abandonó en la práctica, no fué por no haberlas entendido, sino porque la nacion para quien componia sus dramas no queria admitir un género tan distante y discorde del modo *de ver*, *sentir*, *juzgar y existir* del de los pueblos donde prosperó el clasicismo. Los poetas no pueden obligar á los pueblos á gustar de un género de teatro que no esté en armonía con su *carácter*, *con sus necesidades morales y con el tipo original de cada una;* y como el género clásico se hallaba en este caso respecto á la España, por eso nunca ha prosperado en ella. Si al contrario hubiese acaecido, ¿quién duda que anticipándose los grandes genios de un Lope y un Calderon casi un siglo á los de un Corneille y un Racine, los hubieran superado en el mismo género de teatro que éstos adoptaron y cultivaron?

Fué, pues, el gusto público, y no la ignorancia ó la propia voluntad, el que obligó á nuestros dramáticos del siglo XVI y XVII á abrirse el camino por donde marcharon

con tanta gloria suya como admiracion de los extranjeros. En vano se pretenderá oscurecer su fama diciendo ser tan fácil el género adoptado por ellos como difícil el que los franceses siguieron. Si así fuese, ¿cómo se explicará la causa de que los españoles podemos presentar un Moratin en parangon de un Molière, y los franceses no pueden señalar uno solo, entre los muchos que trataron de competir con Lope, Calderon y Moreto, que pueda ni remotamente compararse con éstos? ¿No se halla la Francia mucho más lejana de la perfeccion romántica que nosotros de la clásica? Desengañémonos, y digamos de una vez que es un desatino el pretender aprisionar al genio de las naciones, obligándole á la imitacion indirecta de la naturaleza; pues entónces con la independencia pierde tambien la elevacion y magnificencia de sus creaciones originales. Shakspeare, decia D**, es un enorme coloso sin gracias y lleno de rudeza. — Y si ese coloso, replicó V**, arrancándose de su pedestal con semblante indignado se dirigiese hácia tí, amagando tu exterminio, ¿qué dirias? Pues tal es el trágico de los ingleses.» Y yo añado: Tal es aún la nacion que lo admira, y para quien escribió sus dramas.

Si Lope desconoció los motivos de su celebridad, y siguió, como por instinto, el impulso del gusto público, á nosotros no nos será difícil hallar la causa de ella, buscándola en la naturaleza del corazon humano. Las investigaciones metafísicas y filosóficas pueden servir muy bien para esto, aunque sólo la inspiracion poética sea el instrumento á propósito para crear las obras de imaginacion; siendo muy raro hallar reunidas en un mismo sujeto las teorías reglamentarias con el entusiasmo fatídico, por lo cual es de creer que si Homero hubiera es-

crito la *Poética* de Aristóteles, jamas se habria hecho célebre con la *Iliada*. Mas, dejando esto aparte, continuarémos lo empezado.

Lo que llamamos espíritu nacional es casi tan exclusivo como el impulso que dirigia á los hombres considerados aisladamente y libres de los vínculos sociales. Los individuos de cada sociedad lo refieren todo á las glorias, religion é historia de aquella á que pertenecen, y poco ó nada á la erudicion, jamas extensiva á la generalidad de un pueblo entero. Por esto cada nacion desdeña en su teatro las formas ó costumbres que no están en armonía con su carácter, ó que no puede comprender (1). De aquí emana, por ejemplo, que en España, para agradar al público en el teatro, era preciso que la mitología é historia antigua se revistiesen de la expresion y galantería de los siglos medios, cuyas costumbres eran y son aún familiares, y están en armonía con el carácter y erudicion nacional; por esto los poetas no tomaban otra cosa de las historias y fábulas antiguas, sino los nombres y hazañas de los héroes griegos ó romanos que intentaban poner en escena; y esto teniendo mucho cuidado de ha-

(1) Un hombre dedicado exclusivamente á las matemáticas, jamas concebirá el mérito de las obras de imaginacion; así como tampoco el que solamente se haya ejercitado en éstas comprenderá bien el mérito de aquéllas. El uno dirá que la poesía nada prueba, y el otro sostendrá que el cálculo fastidia. Mas ninguno tendrá absolutamente razon, aunque la tengan relativamente. El uno debia decir que no siente las bellezas de la imaginacion, y el otro que no conoce ni entiende las abstracciones del cálculo. Por igual motivo las naciones románticas en literatura deben decir: no gustamos del género clásico, porque no nos mueve tanto como el nuestro; y las clásicas expresar que el romanticismo no las agrada, porque choca con la verosimilitud que buscan en el suyo y á que están habituadas. El considerar como absoluto lo que es casi siempre relativo es la causa de muchos errores.

cerlos obrar y producirse como si fuesen caballeros españoles (1). Con tales datos tenian que contar nuestros dramáticos cuando trabajaban para el público, y la experiencia les habia demostrado que sólo así podian agradar y ser entendidos. Quisiera yo ahora preguntar á los eruditos y preceptistas clásicos lo que en tal caso hubieran hecho. Ilustrar al público, dirán; poner en cada aldea escuelas de poética, de humanidades, de historia, etc., etc. Celebraría sus pensamientos, á ser posible realizarlos. ¿Y para qué tanto ruido? Para enseñar, no cómo se componen buenos dramas, sino á detestar los que existen; no para proporcionar nuevos goces intelectuales, sino para privarnos de los presentes; no para realzar la buena poesía, sino para escudriñar defectos; y en fin, no para faci-

(1) Puede observarse esto mismo en la comedia de Calderon titulada *Las armas de la hermosura*, que es la historia de Coriolano. En ella el héroe, resuelto á destruir la patria, desprecia los ruegos de sus parientes, amigos y ciudadanos, y no deja su empresa hasta que su madre, su esposa y las matronas romanas vienen á suplicarle que desista de su rigor. Cede Coriolano, en fin; pero ¿á quién cede? Á la hermosura, al amor y á la cortesanía. Levanta el sitio de Roma, y á esto no le mueven razones de política, sino la generosidad de los principios caballerosos. Nada estipula para sí, todo es en favor de las damas, exigiendo de sus conciudadanos que supriman las leyes ofensivas al bello sexo, y le concedan los privilegios que más pueden lisonjearle. ¡Qué inconsecuencia, qué anacronismo de costumbres! exclamarán los críticos. Tienen mucha razon; pero pongan á Coriolano el nombre de Amadís, muden los tiempos y las localidades, y así, desapareciendo á su vista las ideas asociadas de la historia romana, desaparecerá tambien la incongruencia que tanto escándalo les causa. Más justamente se hubiera quejado el público español si Calderon hubiera puesto en la escena un verdadero Coriolano; pues entónces le hubiera presentado una existencia republicana y gentílica, incomprensible á una nacion monárquica y cristiana, la cual para apreciarla necesitaba estudiar muy detenidamente la historia de Roma y la filosofía de sus costumbres.

litar los placeres y recreos, sino para hacer difícil ó imposible el obtenerlos. Mas despues de todo este boato, ¿lograrían educar eruditamente á todo un pueblo? No, jamas. La culta Francia es buen testigo; ni Molière, ni Racine, ni autor alguno de los más famosos atraen tanta concurrencia ni tantos espectadores como el más prosaico de los melodramas, y mucho más inverosímil que la más desarreglada de nuestras comedias. ¿Y por qué así? porque las grandes masas de los hombres se prestan mejor á las ilusiones de la imaginacion que no á los cálculos del raciocinio y á la delicadeza del estilo. Para apreciar estas últimas cualidades es preciso haber recibido cierto grado de educacion, que no está al alcance de todos, en tanto que con facilidad se conmueven los hombres cuando se les exalta la pasion, presentándoles situaciones que están en armonía con los sentimientos del alma, y que no fundan su belleza única en el mérito de la dificultad vencida. La próvida naturaleza no quiso hacer difíciles los medios de conmover el corazon humano.

Con lo dicho arriba no es mi ánimo hacer la apología de los melodramas, ni de la inverosimilitud anti-poética que en ellos se observa, ni mucho ménos de la ignorancia que los tolera; solamente pretendo referir un hecho, y probar lo difícil y áun imposible que es el formar toda una nacion de eruditos, y lo perjudicial que sería el verificarlo; pues entónces nunca, ó casi nunca, podrian gozarse en ella los placeres sencillos y fáciles, que con mucha sensibilidad y sin tanto saber se disfrutarian.

Al manifestar los errores de los críticos modernos, tampoco es mi intento privarles ú oscurecer los servicios importantes que hicieron á la literatura en general. Ya desde fines del siglo XVII se habia corrompido la nuestra

de tal modo, que apénas dejaba rastro de su primitiva brillantez. Por esta causa fué muy conveniente que entónces se opusiese el dique de una vigorosa y severa crítica al torrente de mal gusto que arrasaba nuestro Parnaso; y si Montiano y Luzan, más avisados del mucho mérito del antiguo drama español, y ménos ofendidos de sus defectos, no hubiesen confundido lo esencial con lo accesorio, entónces, dedicando sus sábias tareas á su correccion, y no á su exterminio, ¿quién duda que les deberiamos el haberle perfeccionado, sin tener motivo de atribuirles la ruina de nuestra originalidad, ni la del género dramático de que fuimos inventores?

La manía de imitar la dramática francesa, y de odiar la nacional, reinó casi un siglo en toda Europa. En los teatros no se veian más que imitaciones de Racine, Corneille, Molière, etc., disfrazados ya de un modo, ya de otro. La noble poesía arrastraba las cadenas de la servil é indirecta imitacion de la naturaleza, sin atreverse á sacudir el ominoso yugo que la oprimia é impedia alzar su vuelo libre y desembarazado á las regiones de la imaginacion y de la idealidad; el genio, lleno de trabas, empleaba todo su vigor y energía, no en concebir y pintar los grandes y sublimes pensamientos, sino en reducirlos prolija y penosamente á formas y reglas en que no cabian. Á tal grado de miseria se hallaba reducida la literatura dramática en todas partes, cuando á principios de este siglo algunos sabios alemanes se atrevieron en fin á proclamar la emancipacion literaria de la Europa, y á elogiar y admirar las grandiosas creaciones de los dramáticos españoles. Resonó tan lisonjera voz por el ámbito del orbe, y los verdaderos sabios, recurriendo á los siglos heroicos de la edad media, supieron hallar en ellos el

gérmen de las sublimes bellezas que contienen las creaciones románticas. Desde esta época se han empezado á examinar las cosas bajo otro aspecto, y á concebir que pues existen infinitas piezas dramáticas que, sin observar el dogma de las unidades clásicas, producen, sin embargo, un admirable efecto, puede consistir en que no hay solamente un medio exclusivo para lograr el fin general de conmover el corazon humano. De aquí se ha deducido la necesidad de admitir dos géneros dramáticos distintos, los cuales deben tener reglas y formas diversas. Conocida esta diferencia, era consiguiente conocer tambien la demasiada latitud dada por los críticos galicistas á la aplicacion de sus principios; pues intentando someter á ellos todos los modos y géneros dramáticos, nos ponian en la dura necesidad de renunciar á las bellezas y emociones del género romántico, por la sola razon de ser inadaptables á su sistema, y á las estrechas y semiprosaicas reglas de las tres unidades, acaso tan arbitrarias como mal interpretadas, de la *Poética* de Aristóteles.

Siendo, pues, cierta la existencia de un sinnúmero de composiciones dramáticas no sometidas á dichas reglas, y llenas, sin embargo, de más interes y sublimidad que las mejores del teatro frances, ¿por qué no confesarémos que por sí constituyen un género particular y susceptible de cuanta perfeccion es propia á las formas y modos que le son adaptables? ¿Acaso el género dramático que se funda sobre la espiritualidad religiosa y el régimen de las sociedades modernas, deberá ser idéntico al que procede del órden político y de la idolatría de los pueblos antiguos? Cuando se ha renovado por entero la faz del Universo, ¿se pretenderá que sólo las formas dramáticas sean eternas, é invariable el modo de presentar y considerar los

objetos? En estas razones se han fundado los alemanes para admitir dos géneros distintos de literatura, llamando clásico al que procede de las existencias políticas y religiosas de los pueblos antiguos, y romántico al que eleva sus creaciones en el nuevo modo de existir, emanado de la espiritualidad del cristianismo, de las costumbres heroicas de los siglos medios, y del modo diverso que tiene de considerar al hombre. Examinemos, pues, nosotros los motivos de la diferencia de estos géneros.

La organizacion social adoptada por la Europa en los siglos medios ó caballerosos, los nuevos hábitos y costumbres adquiridos con ella por los pueblos, y sobre todo la universalidad de la religion cristiana, descubrieron al hombre un inmenso tesoro de ideas hasta entónces desconocido, dieron nueva direccion al pensamiento, y abrieron á la imaginacion un dilatado campo para las creaciones poéticas, fundadas en el espiritualismo. Al desplomarse enteramente los antiguos gobiernos, arrastraron tras sí y sepultaron bajo sus ruinas hasta la memoria de lo que fueron. La adoracion de la naturaleza personificada fué justamente proscrita como idolatría, y los dioses del paganismo fueron mirados por los cristianos como formas de que se revestia el espíritu rebelde para la perdicion del género humano: así, pues, la teogonía y mitología de aquellos pueblos se vió despojada y desnuda de las ilusiones con que cautivaba el corazon del hombre, el cual empezó á mirarlas bajo el horroroso aspecto de la mentira y falsedad. Igual suerte tuvo la historia que la antigua religion (1), pereciendo con ella hasta los re-

(1) El no haberse aún descubierto el arte de imprimir, la dificultad de proporcionarse los manuscritos, y sobre todo el poco número de

cuerdos y reliquias de los gobiernos republicanos; siendo consecuencia de esta catástrofe el que las existencias sociales tomasen otro giro, y se separasen en gran manera del todo homogéneo, que constituia la esencia de las sociedades fundadas sobre teorías republicanas ó sobre instituciones procedentes de ellas. De aquí resultó que á los goces y ocupacion de tomar más ó ménos parte en la direccion del Estado, sustituyeron los hombres los placeres más tranquilos é individuales que proporciona el régimen monárquico en el nuevo órden social, y acostumbrados á tan dulce y pacífico género de vida, empezaron á dar más importancia á su existencia como individuos, dedicando en pro de la vida doméstica todos los cuidados y el tiempo que ántes exclusivamente empleaban en asistir á la tribuna y en favor de la causa pública.

Á este modo de regeneracion social contribuyó sobre todo el espíritu del cristianismo; es decir, el de la religion divina, que desprendiendo al hombre de los intereses terrenales, le eleva á su Criador y le ennoblece sobre todos los seres creados. El hijo del Omnipotente humanado, padeciendo y muriendo por su criatura, es el espectáculo más grandioso, tierno é interesante de amor que se presentó jamas al Universo; y el hombre redimido del pecado no pudo ya ménos de engrandecer sus pensamientos con la esperanza de una vida inmortal; pues la sangre del hijo del Eterno no hubiera regado la tierra por ménos precio que por el rescate de su propia semejanza.

---

personas que supiesen leer, fueron las causas del olvido en que yacieron largos siglos las obras de los antiguos, á lo cual tambien contribuyó no poco el horror que se profesaba por los fieles á cuanto tenía conexion con la idolatría.

¡Qué imaginacion, áun la más perspicaz, podrá abarcar la inmensa distancia que media entre las creaciones poéticas, inspiradas por tan sublime creencia, y aquellas á que se presta la mitología gentílica? En ésta todo se personifica y materializa, en aquélla es todo espiritual é indefinible: en la una todo se ve y es palpable, en la otra todo es fe é idealidad; allí la hermosura, la guerra y la ciencia eran entes personificados, y aquí cuantos bienes y males reinan en el universo son distribuidos por una sábia providencia para provecho de los hombres. Bajo el imperio de un dogma tan elevado y magnífico, las relaciones de individuo á individuo, y hasta las mismas pasiones, participan en su expresion del carácter profundo y religioso que inspira la caridad cristiana; por eso áun el amor humano es tan delicado entre nosotros, que se asemeja á una especie de culto, donde se exige el sacrificio de los placeres físicos del amante en obsequio del decoro y pureza del amado.

La espiritualidad religiosa y el carácter caballeroso de los conquistadores del imperio de Occidente, suavizando las costumbres y leyes antiguas, constituyeron las sociedades de tal modo, que desde entónces fué imposible no reconocer en el bello sexo un influjo que jamas habia obtenido entre los pueblos antiguos. Prevalecida la mujer de todas cuantas gracias y dulzura la dotó naturaleza, llegó á ser la piedra fundamental de la felicidad doméstica, único fin á que aspiraba el pacífico ciudadano, desde que la Monarquía tomó á su cargo el gobierno y régimen de la sociedad. Compañera, y no esclava del hombre, participaba igualmente que él de los bienes y males, de los placeres y de las penas.

Constituida la civilizacion social en bases tan diversas

de las antiguas, era preciso que apareciese un vasto campo de ideas, sensaciones y sentimientos tan nuevos como ella misma. El dogma del libre albedrío dió á la moral una sancion tan positiva y enérgica, como débil y vaga era la que presentaba la idolatría; y así el hombre se vió obligado á luchar á brazo partido contra las pasiones, los vicios, y áun contra los malos pensamientos; pues persuadido de su libertad, no podia hallar ya la disculpa de sus acciones en el inexorable fatalismo.

Considerándose el cristiano como peregrino en la tierra, desaparecen ante sus ojos los intereses mundanos, y sólo fija sus miradas en el término de su viaje, que debe ser el de su eterna salvacion ó condenacion. En cualquiera de estas circunstancias, su creencia divina le persuade á tener siempre en ménos los bienes y males de sentido, comparados con los espirituales, que han de servirle en la otra vida de premio ó de castigo de sus acciones en ésta. La privacion de Dios, la roedora envidia (1), el inútil remordimiento, la imposibilidad de amar, y la precision de aborrecer, atormentarán el alma del réprobo infinitamente más que todos los males corporales: la caridad ardiente y deliciosa, el divino amor y la contemplacion del Todopoderoso en su gloria y majestad, serán el más apetecible premio del justo, y le anegarán en un mar inefable de placeres y delicias espirituales.

Tan divina, tan noble y tan hermosa creencia, arran-

(1) Santa Teresa de Jesus dijo del espíritu rebelde, intentando ponderar su desgracia: «¡Desventurada criatura, que no puede amar!» ¡Cuánta verdad respira este dicho sublime y místico, inspirado por una ardiente y fogosa caridad! ¿Qué desgracia podrá compararse con la de un sér inteligente, que no puede amar y siempre está devorado de envidia?

cando al mortal del mundo perecedero, le sublimó á las regiones de la inmaterialidad y del infinito, y abriéndole su amoroso seno, le hizo hallar en la inspiracion religiosa el tipo de lo bello ideal, que ántes de conocerla sólo podia buscar en la alegoría de la naturaleza. Ya el aliento fatídico se remonta y sostiene en un universo tan distante de los sentidos, que en vano pretenderia el hombre concebir su existencia, sino por el sentimiento instintivo de ella, por la fe divina y por la revelacion.

El trastorno causado en las ideas por el sistema político y religioso, fué y debió ser trascendental á todos los ramos de poesía; pues ésta no es otra cosa que el modo ideal de expresar los sentimientos humanos (*c*). Transformado ya el hombre de republicano en monárquico, y de gentil en cristiano, era consiguiente que la expresion de la espiritualidad sucediese á la de la simetría y armonía personificadas: aquélla debia, por precision, ser más vaga é indefinible; pero más profunda que ésta, pues se funda en existencias que no obran inmediata ni directamente en los sentidos, ni puede ser concebida por la razon humana sin los auxilios de la fe; por lo cual es imposible expresarla fija y constantemente en ningun idioma. De esta imposibilidad emanan, y ella es la razon de las metáforas atrevidas, de las comparaciones remotas y de las analogías imperceptibles con que se reviste y adorna la poesía de los siglos medios, y á las que los insensibles críticos llaman á voces, sin razon, falta de gusto y de verosimilitud. No pensarian así si hubieran advertido que en todas las lenguas del mundo, cuando se carece de medios para expresar cierta clase de ideas poco conocidas, ó por su esencia inanalizables, hay que recurrir á las metáforas y á las comparaciones para explicarlas. Pues si

esto acaece, áun cuando sean materiales los objetos que se quieren expresar, ¿qué será cuando se hayan de reducir á la palabra y á la frase las ideas de cosas que no existen en el mundo visible, y que están fuera de los límites adonde los sentidos pueden alcanzar? La mitología antigua, reducida toda á sensaciones, fácilmente podia acomodarse á una expresion no muy distante de la verosimilitud prosaica, pues su bello ideal sólo consistia en el conjunto de las perfecciones materiales de la naturaleza; pero como entre los cristianos todo es sentimiento íntimo, todo conciencia y todo fe, la expresion de la belleza los arrebata al universo de las idealidades, el cual no puede ser definido ni analizado con los cortos medios que presta la humana razon. ¿Y cómo á tal modo de existir, siempre íntimo, sublime y poético, se le aplicarán las mismas y reducidas formas que usaron los poetas de Aténas para manifestar sus ideas?

En esta manera de ver las cosas y de considerar el universo eleva la literatura romántica el magnífico monumento de sus creaciones. El objeto que el poeta se propone describir en ellas no es ciertamente al hombre abstracto y exterior; es, sí, al individual é interior (1): en

(1) Tambien el poeta romántico suele proponerse pintar un siglo ó una nacion entera, presentando un protagonista ideal ó histórico, al cual atribuye y reviste, no de un vicio ó una virtud aislada, sino de todas aquellas pasiones, hábitos y costumbres que pueden caracterizar la época ó nacion que trata de retratar. Esto lo han hecho así todos nuestros autóres dramáticos respecto á los siglos y costumbres de España, particularmente en las comedias de capa y espada. Despues de ellos los ingleses y alemanes han llevado aún más allá el sistema romántico, poniendo en él más verdad y filosofía; pero acaso ménos belleza y cultura. Shakspeare, Byron, Walter Scott, Schiller, etc., han escrito en este género y han admirado la Europa. Las ideas de esta

los repliegues y en el más oculto secreto de la conciencia es donde busca el mérito y motivo de las acciones; pues aunque éstas aparezcan buenas, podrán, no obstante, ser viciosas, y áun criminales, si la voluntad del bien y la gracia divina no han presidido á ellas.

Al contrario: en la literatura clásica se mira al hombre por sus actos exteriores solamente, y sus virtudes y vicios se consideran en abstracto, prescindiendo siempre del sujeto á quien se aplican; por lo cual el protagonista de ellas carece de toda individualidad que le caracterice y distinga esencialmente de los demas hombres dominados de cierta y determinada pasion: así es que el avaro, el misántropo y el hipócrita del teatro clásico pueden muy bien reputarse como si fuesen la avaricia, la misantropía y la hipocresía personificadas. Resulta, pues, de esta teoría, que como el poeta clásico trata sólo en sus fábulas de describir caractéres generales, se propone y tiende siempre á un fin moral, fijo y determinado; en tanto que el romántico mira este último punto como accesorio; pues pretendiendo únicamente la formacion y retrato de caractéres individuales, la moralidad más ó ménos vaga que se deduzca de sus invenciones, debe resultar de los actos singulares ejecutados por los personajes que intervienen en ellas.

Habiéndose descrito las bases diversas sobre que se fundan la literatura clásica y la romántica, y estando examinadas las diferencias esenciales de la poesía dramática á que cada una da orígen, parece que ya deberémos

---

nota deberán desenvolverse en otro discurso, donde se demuestren los progresos que ha hecho el romanticismo en el siglo XIX.

convenir en que una y otra de por sí constituyen un género particular, tanto considerándolas en sus formas como en su esencia. No resta, pues, ya más que resumir cuanto va dicho, repitiendo que el teatro clásico procede del sistema social y religioso de los antiguos griegos y romanos, y que su objeto está reducido á la descripcion del hombre exterior, y á la pintura en abstracto de las virtudes y de los vicios. Este género toma su idealidad en el conjunto de lo bello visible y en la personificacion de los atributos de la naturaleza, presentándolo todo en cuadros, que con facilidad pueden limitarse á una verosimilitud muy próxima á la verdad prosaica.

Tambien recordarémos haber dicho que el teatro romántico procede de las costumbres caballerosas adoptadas en la nueva civilizacion de los siglos medios, de sus tradiciones históricas ó fabulosas, y de la espiritualidad del cristianismo; así es que aunque los protagonistas en esta clase de composiciones se hayan tomado de la historia y mitología antigua, aparecen siempre en la escena moderna revestidos del tipo original y característico de los tiempos heroicos de la caballería ó del heroismo religioso que inspira el Evangelio. El objeto y fin que se proponen los poetas románticos no es la descripcion del hombre exterior y abstracto, ni de los vicios y virtudes aisladas, en cuya pintura se prescinde de los accidentes y asociaciones que modifican los caractéres; es, sí, el de retratar al hombre individual, dominado con más ó ménos vehemencia de las pasiones, vicios ó virtudes de que es capaz el corazon humano; es, en fin, el de formar la historia del hombre interior considerado como individuo, en cuya conciencia íntima ha de penetrarse para juzgar del motivo y mérito de sus acciones (*d*), y cuya verdad histórica

ó ideal se desenvuelve haciéndole obrar en muchas ó en todas las circunstancias de su vida.

Repetirémos, finalmente, que la sublime é ideal belleza de este último género se alimenta y sostiene en los inmensos espacios de la eternidad, en la sumision del entendimiento humano á la fe divina, y en la noble y generosa galantería de los siglos medios: de suerte que el mayor ó menor entusiasmo religioso ó caballeresco que pretende inspirar ó de que se halla inspirado el poeta, es el único límite que éste impone á sus audaces metáforas y á sus grandes y sublimes pensamientos.

De lo dicho se infiere fácilmente ser imposible encerrar la comedia ó drama romántico en cuadros circunscriptos en las tres unidades: lo primero, porque los caractéres individuales no son abstracciones ni resultado de una sola pasion, vicio ó virtud, sino el del conjunto de muchas que mutuamente se modifican. Lo segundo, porque el desenvolvimiento graduado de los afectos de un individuo no puede con verosimilitud verificarse en el corto término de veinticuatro horas; y lo tercero, porque el retrato del hombre interior nunca se deducirá de un solo acto ó circunstancia de su vida. Tambien sería inverosímil en este género el que variando, como varían á cada paso, las situaciones y modo de existir del hombre individual, y poniéndole en contacto con personajes de diversos principios, educacion y carácter, se explicasen todos de la misma manera que el protagonista, ó que éste sostuviese siempre igual tono de expresion cuando hablase con un rey ó con un doméstico, con un sabio ó con un ignorante. Por esta causa, y para conservar la verosimilitud propia del género, el poeta presta á los interlocutores el lenguaje adecuado á las circunstancias, carác-

ter y situacion de cada uno, valiéndose á veces de esta diversidad de tonos para formar el contraste entre la idealidad poética y la verdad prosaica. De aquí procede que los modos de expresion trágico, lírico, bucólico, satírico y cómico se hallan admitidos y amalgamados en el drama romántico.

Constituyendo éste, como va dicho, un género distinto del clásico, y no pudiéndosele aplicar las mismas reglas de verosimilitud del último, es claro que necesita de otras licencias, concesiones y formas (*e*), las cuales sin dificultad pueden inferirse del objeto que se propone, y de lo que se ha dicho en el párrafo anterior. Esta empresa es digna de mejor pluma que la mia, y así la dejo al cuidado de los verdaderos sabios y eruditos, pues no me creo capaz de desempeñarla. Por lo que toca á los partidarios exclusivos de las unidades, convengo con ellos, y les confesaré que el drama español ó romántico no es la tragedia, ni la comedia de los griegos, romanos ni franceses; tambien les concederé, pues lo pretenden, que dicho género de composiciones no es muchas veces otra cosa que unas novelas puestas en accion; pero insistiré siempre en que constituyen de por sí una clase de teatro susceptible de la mayor perfeccion, y colmada de bellezas tan encantadoras, que acaso jamas podrian obtenerse iguales en el teatro clásico, ó reduciendo á las reglas de Boileau y Aristóteles los cuadros románticos de nuestros dramas.

Si los críticos modernos españoles hubiesen mirado la cuestion por el aspecto que se ha presentado, y bajo el punto de vista en que hoy dia se la considera en toda la Europa, en vez de destruir nuestro antiguo teatro, le hubieran perfeccionado fijándole las reglas convenientes, y

purgándole de los defectos que le afean, no por ser inherentes al género á que pertenecen, sino por ser propios del mal gusto del siglo en que se inventó. Si Montiano y Luzán hubiesen dedicado sus tareas y talentos á esta empresa, hubieran sin duda conseguido conservar la originalidad, las bellezas y el tipo característico de nuestro drama, hermanando con tan preciosas cualidades las del gusto fino y delicado que se adquiere en el estudio de las humanidades y las bellas letras. Tal era el importantísimo servicio que aquellos hombres severos pudieron prestar á la literatura nacional si hubiesen sido tan sensibles como eruditos, y tan linces para percibir las bellezas de nuestra dramática como lo fueron para sus defectos; mas por desgracia no sucedió así, y se preocuparon tan ciegamente á favor de un sistema exclusivo é inaplicable, que abrieron puerta franca á la persecucion del genio creador, que despues ha sido sepultado bajo las ruinas de su magnífico templo. ¿Y para qué? *Para substituirle un edificio pobre, mezquino y caduco, fundado sobre arena movediza, y extraño á los hábitos, costumbres, creencia y modo social de existir de sus compatriotas.* Tal es el resultado que han obtenido los esfuerzos de los críticos del siglo pasado y el presente, y el partido antinacional. El edificio que levantaron flaquea desde los cimientos, y la España no tiene hoy dia más títulos á la gloria dramática que los restos del noble monumento derrocado por ellos, y la esperanza de reedificarlo. Los nombres de Lope, Tirso, Calderon y Moreto, á pesar de la envidia que los persigue hasta en el centro de los sepulcros, atraviesan majestuosamente la serie de los siglos, en tanto que los de sus injustos detractores yacen en el olvido, ó si acaso

dejan alguna memoria, es como la del que incendió el templo de Éfeso.

Mas, ¿para qué cansarnos? La mejor apología que pudiera hacerse de nuestros autores dramáticos del siglo XVII sería la de publicar, no sólo aquellas de sus obras que por su asunto tienen alguna analogía con el drama clásico, sino las que por su esencia y objeto pertenecen exclusivamente al romántico nacional. Hecho esto, la juventud estudiosa hallaria en nuestros dramas más recursos, modelos é instruccion que en todos los centones preceptuarios publicados hasta ahora; pues es bien cierto que la lectura de Homero inspiró á Virgilio más bellezas de imaginacion que la de la *Poética* de Aristóteles. Así, pues, es de esperar que las obras dramáticas de Lope, Tirso, Calderon, Moreto, etc., puestas al alcance de todo el mundo, vuelvan á resucitar el entusiasmo de nuestra juventud, cuya fantasía se ha marchitado por las excesivas trabas que se la han impuesto durante un siglo, obligándola con ellas á abandonar y áun á despreciar la senda amena de creaciones, y originalidad, que abrieron y siguieron los sublimes ingenios de los tiempos de Cárlos V y Felipe IV. Publicándose una coleccion (*f*) de piezas dramáticas de nuestros antiguos, ya no les será posible á los críticos sistemáticos alucinar al público afectando menosprecio de todo aquello que, mirado con imparcialidad, constituye nuestra gloria literaria; ni podrán tampoco con su acostumbrada mala fe presentar los defectos de nuestra literatura aislados de sus muchas bellezas.

Propagándose y facilitándose así la lectura y el estudio de los buenos dramas españoles, se desengañará el público, y verá que el mérito de sus autores no consiste, como

algun crítico pretende, en sólo hacer buenos y armoniosos versos, sino tambien en ser, acaso, los mayores poetas del mundo, á pesar de sus defectos. ¿Quién, por ejemplo, podrá competir con Lope en fecundidad é invencion? ¿Quién á Calderon podrá negarle la primacía en el arte de combinar los planes, de dirigir y sacar el mayor partido de las situaciones, en la perfeccion de las narraciones, en el modo de presentar sus ideas eminentemente poéticas, y en el noble artificio con que supo hacer el verso octosílabo, ó romance, digno y capaz de expresar los más sublimes pensamientos? (*g*). ¿Quién no admirará en Tirso la armoniosa riqueza de rimas, la elegancia del lenguaje, las gracias de elocucion y las sales cómicas que abundan en sus obras dramáticas? ¿Y qué dirémos del ingenioso Moreto, el primer poeta que supo poner en la escena la verdadera comedia de carácter, y desempeñarla con tanta perfeccion como pudo hacerlo el famoso Molière? Pues todos estos ilustres ingenios fueron discípulos, imitadores, y áun á veces copiantes de Lope; y así se ve en sus obras el tipo de su escuela, aunque á veces corregido y castigado. Moreto, en particular, se apropió é hizo suyas infinitas de las situaciones y combinaciones dramáticas que Lope habia indicado ó desenvuelto en sus comedias (1).

Los poetas franceses han hecho de todo el teatro antiguo español, con más ó ménos buen éxito, el mismo uso

---

(1) La idea de la comedia de *El Desden con el desden* la tomó Moreto de *Los milagros del desprecio* y de *La hermosa fea;* la *De fuera vendrá quien de casa nos echará*, de la *De cuándo acá nos vino;* la de *No puede ser guardar una mujer*, de la de *El mayor imposible;* la de *El Ricohombre de Alcalá*, de la de *El Infanzon de Illéscas;* y en fin, otras muchas, que no se mencionan.

que los nuestros del de Lope (1), Guillen de Castro, Tárrega, Aguilar, Boil, Turia, Ruiz de Alarcon, Belmonte, Montalvan, Vélez de Guevara, Diamante, Solís, Rojas, Matos, etc., etc., etc., han proporcionado á los extranjeros una mina inagotable de invenciones poéticas, de que los franceses particularmente se han aprovechado con oportunidad y buen gusto, miéntras nosotros, pobres en medio de la abundancia, nos olvidábamos de tanta riqueza, y corríamos en pos de los restos de un género casi agotado, que ni era ni podia ser el nuestro propio y peculiar. Esta manía nos ha reducido á tal estado de nuli-

---

(1) La primera buena tragedia y la primera comedia de carácter que tuvo el teatro frances son *El Cid* y *El Embustero*, de Corneille; la primera la tomó de *Las mocedades del Cid*, de Guillen de Castro, traduciendo de ella muchos trozos que acaso son los mejores de su tragedia. La segunda es casi una traduccion exacta de *La Verdad sospechosa*, de Ruiz de Alarcon. El *Don Japhet d'Armenie* es traduccion de la de *El Marqués del Cigarral*, de Rojas; el *Heraclius*, de Corneille, está tomada de la de *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*, de Calderon; la del *Festin de Pierre*, de Molière, y la de Tomas Corneille, son la de *El Convidado de Piedra*, de Zamora; la de *La princesse d'Elide*, de Molière, es *El Desden con el desden*, de Moreto; el *Jodelet*, de Scarron, está traducido de la comedia de Rojas titulada *Donde hay agravios no hay celos;* así como la de *Les Engagemens du Hazard*, la de *Le Féint Astrologue*, la de *Don Beltran du Cigarral*, la de *L'Amour à la Mode* y la de *Le Charme de la Voix*, todas de Tomas Corneille, son traducciones de la de *Los empeños de un acaso* y de la de *El Astrólogo fingido*, de Calderon, las dos primeras; la tercera lo es de la de *Entre bobos anda el juego*, de Rojas; la cuarta, de la de *El Amor al uso*, de Solís; y la quinta, de *Lo que puede la aprension*, de Moreto. Si el espacio de una nota lo permitiese, podríamos citar muchas más piezas francesas tomadas enteramente del teatro español antiguo; y sería preciso escribir un grueso volúmen para formar un catálogo de todos los trozos, escenas, situaciones, combinaciones dramáticas y pensamientos que honran la escena francesa, y pertenecen originalmente á la española; pudiendo asegurarse que muchas veces quedan infinitamente inferiores á los originales las traducciones ó imitaciones, en gracias, sales cómicas y en verdadera poesía.

dad, que en el espacio de un siglo sólo han florecido en nuestra escena tres ó cuatro hombres dignos del laurel poético, acaso más bien por el gusto fino y delicado con que imitaron á los clásicos franceses, que por el mérito de la invencion y por su originalidad.

Al terminar mi discurso, debo declarar cuán penoso me ha sido el emprender discusiones demasiado metafísicas; mas era indispensable hacerlo así para investigar y discernir las causas de la decadencia de nuestro antiguo teatro, y la diferencia de los dos géneros de literatura dramática que en el siglo presente se disputan en Europa la primacía. Nuestra España abunda en traducciones y compilaciones de elementos de literatura; pero todos escritos en el sentido del clasicismo, sin que hasta ahora se haya tratado de dar á nuestra juventud una idea de lo que es el género romántico, á pesar de que en Alemania, Francia é Inglaterra está casi terminada la discusion sobre la materia. Acaso lo que yo creo negligencia en nuestros literatos será efecto de su sabiduría, y así no habrán querido tratar este asunto, pareciéndoles tan despreciable como yo lo creo importante. Por lo que á mí toca, estoy muy poco satisfecho de mi trabajo; y así no extrañaré ni me incomodaré de que los hombres deduzcan de él mi poco talento y escasa instruccion, pues en este punto no han de tener una opinion más austera que la mia. Los verdaderos sabios apreciarán el impulso patriótico que me ha movido á emprender este trabajo, sentirán que mis fuerzas hayan sido inferiores á mis deseos; los críticos y literatos de profesion y por empleo se vengarán de la envidia que les cause lo poco bueno que tenga mi escrito, ridiculizando, satirizando y escarneciendo lo mucho malo que contenga, sin perdonar, acaso, mi persona;

pero yo, agradeciendo los nobles sentimientos de los primeros, y despreciando las intenciones dañadas de los segundos, responderé á todos: *No sé más.*

ANOTACIONES.

(*a*) Ofrece Balbuena, en el poema del *Bernardo*, inimitables trozos, dignos de presentarse á la juventud por modelos de excelente poesía y versificacion: de ellos citarémos la transformacion de una ninfa en fuente, que puede leerse en el libro II, desde la octava CLXII á la CLXXI, y la personificacion del Pirineo, libro XXIV, desde la XIX á la XXXI. Ademas insertarémos las siguientes octavas del mismo poema, que compiten, si no exceden, á lo mejor que se ha escrito:

Libro II, *octava* CXXIV.

La fresca vid, al álamo sombrío
Sus ramos dulcemente encadenaba,
Y á costa del humor del manso rio,
De una inmortal frescura le adornaba,
Donde el ardiente sol, *el blando frio*
Con pardas frescas sombras convidaba,
Y á contemplar en su cristal profundo
Otro bosque, otro cielo y otro mundo.

Libro V, *octavas* LIII *y* LIV.

No está más firme á los combates fieros (1)
Del Cierzo helado, la montaña de Oca,
Cuando peñascos y árboles enteros
Su soplo vuela y su rigor apoca;
Ni en sus cumbres y cerros altaneros
Antigua encina ó carcomida roca
Que así entera se libre y se defienda
De un torbellino y su áspera contienda,

Como la casta niña (2) á las blanduras,
Y amenazas del bárbaro enemigo,
Sin que de hierro las prisiones duras,
Ni del tierno regalo el trato amigo
Hiciese mella en las entrañas puras,

---

(1) Aunque esta octava está superiormente versificada y llena de imágenes poéticas, es preciso confesar que no hay gradacion en la serie de ideas.

(2) Va hablando de Santa Alodia, vírgen y mártir.

Ni en ellas otro amor hallase abrigo
Que el de su honestidad, y del precioso
Retrato vivo de su muerto esposo.

Libro V, *octava* CII.

Cual parda encina, de trofeos cargada,
Al blando soplo de un delgado viento
Las hojas tiemblan, y ella en encrespada
Pompa se eriza al fresco movimiento;
Así, etc.

Libro X, *octava* LXXXIII.

Cual rayo en nube ardiente congelado,
Ya rebatido del contrario hielo,
Dè roncos truenos y de horror cercado
Rompiendo sale con su furia el cielo:
Si de la roja miés fértil sembrado
Tierno se ofrece á su violento vuelo,
Las cañas arden, huyen los pastores,
Y el mundo tiembla al ver sus resplandores.
Nadie juzgará, etc.

Libro XI, *octavas* XLVIII *y* XLIX.

Cual entre secas y agostadas cañas
De roja miés en pérsico sembrado
Rompiendo va las frágiles marañas
Un receloso ciervo, el cuello alzado;
Al tierno bramo con que amor le engaña
(Que no hay estorbo á un pecho enamorado),
Y por lo más cerrado y más espeso
Mejor camino y paso deja impreso,

Así por la confusa selva espesa
El monstruo iba rompiendo los jarales,
Y cual turbio raudal rota la presa,
Peñascos lleva, encinas y animales;
Y en la senda que al bosque deja impresa,
Matas, robles y fresnos hace iguales:
Ni le es del pino más la enhiesta viga,
Que al segador la caña de la espiga.

Libro XIV, *octava* 1.ª

Cual bello cisne, sobre el crespo vado
De Meandro, sin que en él se le consuma
Del blanco pecho el tumbo levantado,
Cercos engarza de liviana espuma:
Y en remolinos de cristal cuajado
Humedeciendo va la hueca pluma
Hasta que al fin entre la juncia verde
Al suave són de su cantar se pierde,

Así luchando el español guerrero
Por las saladas ondas discurria, etc.

Libro XVI, *octava* XVI.

Es fama que de un rayo poderoso,
En aquellas cavernas soterrado
Está el gigante Encélado espantoso,
De todo el monte altísimo cargado (1),
Del pecho resoplando caluroso
Fuego, humo y azufre requemado,
Y al anhelar del pecho que rehierve,
La tierra tiembla en torno y el mar hierve.

Libro XVI, *octava* 68.

Los montes de un alegre abril manchados,
De frescas hierbas olorosas llenos,
De laurel verde y cedros encrespados
Los sombríos bosques teje más amenos:
Cárdenos lirios, alhelís morados,
Rojos claveles, y en los hondos senos
De sus valles, tomillo y rojo acanto,
El fértil trébol y el romero santo.

Libro I, *octavas* 211, 212, 213.

Es el cielo una masa soberana,
Limpia, clara, sutil, sin mezcla alguna,
Mas que el aire *sutil* y más liviana,
Sin impresion ni alteracion ninguna,
Por donde vuela el sol cada mañana,
Y las estrellas corren tras la luna,
Como las aves por el fresco viento
En vuelo igual y sesgo movimiento.

Así las islas Cianes moverse
Solian sobre el Bósforo de Tracia
Y con nuevas riberas extenderse
Hácia el crespo Carambe ó la Sarmacia;
Y sin hundir las olas, ni esconderse,
Medir con su *constante pertinacia*
Del un polo y del otro las anchuras
Á sus libres y sueltas aventuras.

Y así tambien por el delgado cielo
Volando vemos ir los globos de oro,
Ó bien como ahora en sosegado vuelo,
Ó cual sospechan en cantar sonoro,
Lloviendo en barajade curso al suelo
De sus várias vislumbres el tesoro

(1) El Etna, que es un volcan. Aquí el poeta ha imitado á Virgilio, y luchado con él de modo que está dudosa la victoria.

Y midiendo los años y los dias
Con luz ardiente ó con tinieblas frias.

Libro XX, *octava* 55.

Así tal vez se vió pino lozano,
Beldad y sombra del vecino otero,
Que á un estallido por el suelo llano
Su duro tronco echó rayo ligero:
Al dar en tierra, el segador cercano,
Que á ampararse á su sombra iba primero,
Suspenso, ni se acerca ni retira,
Mas asombrado y triste calla y mira (1).

Libro XXII, *octavas* 11, 12, 18.

Ya Febo sobre el mar del pardo moro
Templaba al rojo carro las centellas,
Desguarneciendo al mundo del tesoro
De su luz, y bordándolo de estrellas:
Del yugo ardiente las coyundas de oro
Las rubias horas y las ninfas bellas
Le desatan, y puestas en contorno,
De majestad le sirven y de adorno.

Quién las riendas le toma de la mano,
Cargadas de encendida pedrería;
Quién la corona, quién el manto ufano
Que el cielo y tierra visten de alegría;
Quién peina á su cabello soberano
La luz de adonde al mundo nace el dia;
Quién le alivia el calor, quien la *maraña*
De oro en rocíos de olor le templa y baña.

Quién el fogoso pértigo levanta
Al carro que anda trastornando sinos;
Quién los caballos da, quién los enmanta,
Frenos tascando de diamantes finos;
Quién de los piensos de ambrosía santa
Á sus pesebres da colmos divinos,
Y quién le carga á la encubierta noche
De dulce sueño el enlutado coche.

Libro XXIV, *octava* 89.

Retumba el hueco valle á los acentos
Del ronco y triste són de las espadas;
Hieren las voces los confusos vientos,
Y el romper de las armas encontradas:
Corren del monte horrible ríos sangrientos,
Volcando arneses, grevas y celadas
Á los vecinos valles, ya cubiertos
De enteros escuadrones de hombres muertos.

(1) Apénas se hallará en el mismo Homero un trozo de poesía más hermoso.

Tal es Valbuena cuando se halla inspirado. En las octavas que se copian de él, apénas se hallará un defecto grave, y sólo se advertirán los pequeños lunares que están marcados con letra cursiva. Bien se pudieran citar ademas otro gran número de octavas llenas de entusiasmo, vigor, armonía y fuerza de imaginacion; pero las que se presentan son bastantes para probar lo que vale este poeta, y cuánto más fácil es el presentar modelos de buena poesía de nuestros autores, que buscarlos entre los extranjeros.

(*b*) Los dramas antiguos que los defensores de nuestro teatro citan como muy capaces de reducirse á las reglas clásicas, pertenecen en general á la clase de comedias de capa y espada, y á la de las de figuron ó caricatura. Las primeras pueden considerarse en algun modo como comedias de costumbres, y las segundas como de carácter: así es que unas y otras tienen mayor analogía qué las propiamente románticas, con las del género clásico. No obstante, estoy muy léjos de pensar con Huerta que puedan aquellas acomodarse á la ley de las unidades sin perder el interes y originalidad que las constituye propias del género á que pertenecen. El impulso dado á la poesía en los siglos medios fué todo romántico; así es que todas las clases de dramática participaron de él, desde el drama serio y heroico hasta el satírico y el cómico, cuyo rumbo siguieron en España tambien las comedias de capa y espada y las de carácter, por el solo hecho de ser románticas, y considerar al hombre bajo el aspecto inherente al género del teatro que adoptó la nacion y crearon sus poetas.

(*c*) ¿Y la Francia, se dirá, no ha experimentado iguales vicisitudes políticas y religiosas en los siglos medios que el resto de la Europa, y no por eso se ha resistido á la aclimatacion del género clásico, ni ha tolerado el romántico? La historia deberá resolver esta cuestion, y dirá que, habiéndose formado la escena francesa desde casi la mitad del siglo XVII á la del XVIII, cuando aquel país habia modificado en gran manera la existencia social proveniente de los siglos medios, no es extraño que la literatura participase de las alteraciones del carácter nacional. En efecto, en la citada época fué la Francia teatro de una multitud de guerras civiles y revoluciones que, separando al pueblo de la obediencia pasiva (elemento esencial en las monarquías absolutas), le acostumbraron á la discusion de los asuntos políticos y religiosos, dejándole una parte más ó ménos activa en el gobierno y en el manejo del Estado. Así fué la nacion acostumbrándose en medio de la monarquía á cierta libertad semi-republicana, que permitia ó toleraba á los individuos de ella la censura y discusion de todas las opiniones. Introducido ya y generalizado el espíritu de análisis, que es tan favorable á las ciencias de hecho como perjudicial á las de imaginacion y senti-

miento íntimo, el pueblo frances se separó cada dia más del espíritu monárquico y del entusiasmo religioso y caballeresco de los siglos heroicos de la Edad Media. El estudio de la historia y literatura griega y romana influyó mucho en estas modificaciones sociales, pues habiéndose generalizado, se difundieron tanto las ideas y noticias acerca de los usos y costumbres de sus antiguas repúblicas, que apénas habia un frances regularmente educado que no se preciase de conocer mejor la vida de un Bruto ó de un Casio que la de Duguesclin y la del caballero Bayardo. De todas estas causas reunidas resultó que el pueblo frances se dirigió á una existencia social diversa de la de las demas naciones europeas, donde las vicisitudes políticas habian seguido otro rumbo. En tal situacion se hallaba la Francia cuando Corneille y Racine formaron su teatro acomodándose al nuevo carácter adquirido por su nacion; y estos dos grandes hombres, aunque cortesanos de Luis XIV, y sinceramente religiosos, como poetas y literatos pertenecian á los siglos de Aténas y de Roma. El mal ya estaba hecho á la monarquía, y en los reinados posteriores creció con tanta rapidez, que las ideas republicanas y antireligiosas cundieron desde las más altas hasta las más ínfimas clases; y los escritores, siguiendo el mismo impulso, llegaron á convertir el teatro en una tribuna de arengas y máximas políticas, preparando así la catástrofe espantosa y sangrienta que estalló poco despues, y llenó de luto y amargura á los pueblos y á los reyes. Sucedió á dicha época la de Buonaparte, y á ésta la de la restauracion del trono; pero una y otra se han visto forzadas á conservar más ó ménos las formas representativas y á tolerar muchos de los intereses creados por la revolucion. Es, pues, fácil inferir de lo dicho que si el teatro frances no ha sido nunca romántico, es porque nació en épocas y circunstancias en que ya la nacion no lo era tampoco, y habia perdido el carácter religioso y caballeresco que tuvo, cuando entusiasmada oia los cantos de sus trovadores, y leia ansiosamente las crónicas de los Amadises, Esplandianes y caballeros de Febo.

Nada de lo sucedido en Francia pasó en España. Reducida por Fernando el Católico á una monarquía sólida y compacta, este gran rey supo con medios políticos y religiosos sofocar el gérmen de la reforma protestante, y librar á sus súbditos y vasallos de las atroces discordias civiles que asolaron é inundaron de sangre á todo el resto de la Europa. Despues de él, Cárlos V y Felipe II completaron la obra, y sujetando el uno á Padilla y el otro á Lanuza, ahogaron casi enteramente las formas representativas y consolidaron la monarquía absoluta. Desde tal momento, el español, privado de toda discusion política y religiosa, se vió libre del gérmen de las discordias, y conserva aún la opinion monárquica y cristiana que le distinguia en los siglos XVI

y XVII. Esto es tan cierto, que á pesar de las últimas vicisitudes, apénas se hallará un individuo entre el pueblo á quien no se le presente la idea de república como la de un monstruo, cuya existencia no puede concebir, pues tampoco cree que haya un gobierno sin rey donde se viva en paz y quietud. Estamos los españoles con la imaginacion muy cercanos á la conquista de Granada, para haber olvidado los nobles recuerdos de los caballeros árabes y los cristianos, que, peleando en el campo del honor, se disputaban el premio en generosidad, cortesía y amores. ¿Y por qué no ha de ser así? ¿Por ventura, la imágen del asesino de César será más grata, más noble y más hermosa que la del Maestre de Santiago batallando en defensa de la inocente y calumniada esposa de Boabdil, rey de Granada? Por mi Dios, por mi rey y por mi dama, es aún la divisa del noble castellano, y sobre ella han girado todas las creaciones poéticas donde brilla el genio nacional, desde principios á fines del siglo XVII. Si los extranjeros nos llevan algunas ventajas en industria, podemos nosotros gloriarnos, á lo ménos, de conservar todo el entusiasmo patriótico y religioso, que no pudo hollar impunemente el que dominó á la Europa entera, y envanecernos de conservar ileso y lleno de honor el lema que nos distingue: *Por mi Dios, por mi rey y por mi dama.*

(*d*) La metafísica de las pasiones y los monólogos largos son por esta causa indispensables al género romántico, pues sin ellos no podrian ni retratarse los sentimientos íntimos del alma y de la conciencia, ni graduarse la marcha imperceptible de los movimientos que á cada paso modifican al hombre individual. En el género clásico, donde no se necesita marcar las diferencias esenciales que distinguen la individualidad de una misma pasion aplicada á personas distintas, el espectador prevee la catástrofe y no exige ni espera grandes emociones ni combate alguno profundamente interior hasta el desenlace de la pieza, el cual se verifica regularmente por un arrebato de pasion. Orosmán, por ejemplo, es en la *Jaira* el hombre celoso, ó casi una personificacion de los celos, reducidos en su expresion á los actos externos con que se manifiestan en la generalidad de los hombres, cuando se hallan poseidos de este afecto en el sentido trágico; así es que no tiene que hacer ninguna de aquellas confidencias de íntima conciencia que sólo se comunican al público, suponiendo que el protagonista habla consigo mismo. Un cuadro concebido y ejecutado bajo estos principios es muy fácil reducirlo á las reglas de las unidades; pero ¿sucederia lo mismo si tomásemos por ejemplo el *Tetrarca de Jerusalen*, de Calderon, y quisiésemos encerrar esta hermosa creacion romántica en los límites de una tragedia clásica? El resultado sería entónces presentar una fria é insulsa Mariene, como la que tienen los franceses en su teatro.

Si consideramos bien las cosas, ¡qué diferencia tan grande no debe existir para la expresion de sus respectivos sentimientos entre Orosmán y el Tetrarca! El uno, todo clásico, representa los afectos celosos, como pasion inherente al corazon humano, expresándolos con acciones que, en igual caso y situacion, harian todos los hombres. El otro los reconcentra dentro de su alma y retrata los tormentos y combates que la despedazan interiormente, no sólo como perteneciente á la especie humana, sino como cierto y determinado individuo de ella. Todos los hombres celosos se reconocerán en Orosmán; sólo el Tetrarca puede sentir, obrar y pensar como el Tetrarca.

Para sospechar Orosmán de la fidelidad de su querida, es preciso que ella le inspire desconfianza con sus acciones, inocentes, es verdad, pero equívocas, que pudo haber evitado. Jaira, sin dejar de ser Jaira, podia tranquilizar á su amante, miéntras Mariene, sin dejar de ser hermosa, mujer, amante, virtuosa y amada, no podia librarse de los celos de su esposo. Jaira motiva las sospechas del suyo formando una intriga clandestina semejante á las de amor; y con decir una sola palabra puede acabar con ellas; al contrario, Mariene es inocente, no sólo á los ojos del espectador, sino á los del mismo Heródes; y la ocasion de los celos de este desgraciado no debe buscarse fuera de él mismo, porque reside en el centro de su alma, circula por sus venas, y, en fin, estriba en cuanto constituye su existencia moral. Así, para decidir la catástrofe en esta sublime tragedia, no es necesario que Mariene aparezca criminal á los ojos de su esposo; bástale á éste saber que es mujer, que es hermosa, y que nadie puede verla sin amarla, y sospechar, áun remotamente, que puede ser inconstante. El Tetrarca de Calderon no será, enhorabuena, el mismo Heródes de la Palestina; será, si se quiere, un español puesto en iguales circunstancias á aquellas en que la historia nos le pinta. Calderon nos presenta en él un personaje histórico, pero revestido de un carácter profundamente ideal y nacional en la expresion de sus sentimientos íntimos é individuales. ¿Quién desconocerá en el héroe ó el tirano de Jerusalen los vestigios de la sangre árabe y las reconcentradas y furiosas pasiones que se albergan en el corazon de los habitantes del África, que tantos siglos dominaron en España?

Aparece Heródes en la escena ciegamente enamorado de su esposa: para él no hay en la naturaleza otro placer que exceda al de amar, sino el de ser correspondido: nada le turba ni distrae de su pasion: los anuncios siniestros que le cercan sólo sirven para proporcionarle medios de manifestar su ternura á Mariene. ¡Feliz miéntras áun ignore que alberga escondido en su corazon el monstruo impío que ha de devorar sus dichas y clavar el agudo acero en el seno inocente de su amada!

Cuando los furiosos vientos, aprisionados en hórridas cavernas, dejan la mar en dulce y apacible calma, el novicio navegante duerme tranquilo y sin recelo de las crueles tempestades; mas si desencadenado el rudo Aquilon se precipita sobre los procelosos mares, si rotos los mástiles y perdido el timon sirve la nave de juguete á las furiosas olas, entónces el descuidado pasajero despierta despavorido de su letargo para conocer su horrible situacion, y para saborear penosamente la muerte que le amaga. Tal aparece Heródes á la vista del espectador reposando en el regazo halagüeño de su querida, y en la confianza de su amor, sin sospechar apénas que pueda albergarse en su alma apasionada el crudo afecto de los celos; pero al ver realizados, en parte, los presagios funestos que ántes despreciaba al mirarse prisionero de Augusto y condenado á morir, cuando llega á temer que un poderoso rival, disputándole el corazon de su amada, consiga acaso ser correspondido; entónces se abandona todo á las roedoras sospechas, entónces las pasiones se desencadenan en su pecho, entónces se enciende una obstinada lucha entre el amor propio, el honor y el cariño, y entónces, en fin, conoce los excesos á que pueden los rabiosos celos conducirle. ¿Y el hombre que pocos momentos ántes hubiera sacrificado su existencia por libertar de una leve molestia al objeto de su amor, es el mismo que ahora, inexorable, le destina una muerte horrorosa y sangrienta? Luchan en su pecho el amor y los celos; la lucha es obstinada y profundamente interior; el alma es el campo de batalla, y allí, allí, y no en otra parte, es donde el espectador busca y encuentra siempre al desdichado Heródes. Ausente del objeto de su cariño y de sus penas, destronado, próximo á subir á un cadalso, el Tetrarca es un héroe sobrehumano, y tal aparecería siempre si las pasiones que devoran y despedazan sus entrañas no diesen á conocer que es hombre. Pero ¡qué hombre! ¡Cuán sublime é ideal es la expresion de sus pensamientos! ¡Cuán noble y espiritual la de sus afectos! No es su pena mayor el contemplar á Mariene en otros brazos; pero no puede soportar la idea de ser olvidado y aborrecido. Á tal extremo le reduce este pensamiento, que ya nada le importa su existencia ni la de su esposa; y en tan dura situacion, sólo atiende á que ésta ignore la mano de donde parte el golpe que la destina, para no ser odiado de ella ni un solo momento de su vida. El amor es para el Tetrarca una pasion del alma, y por lo tanto cree que es tan eterno como ella.

En el teatro clásico se hubieran puesto en relacion la mayor parte de las hermosas escenas motivadas por las situaciones de esta tragedia; pero como en el romántico todo debe ser accion y desenvolvimiento, el espectador sólo se interesa por Heródes, á él ve en todas partes, á él escucha sus más íntimos sentimientos, él mismo es quien retrata los

combates de su alma, y él, en fin, el que le confia y manifiesta los dolores y amarguras que abriga su inflamado corazon. Con tal interes, ¿habrá un solo hombre que se halle en estado de reparar si la escena es siempre la misma, ó si la accion cabe en uno ó muchos dias? El que sea capaz de reparárlo será muy á propósito para calcular la cuadratura del círculo, pero no para sentir ni juzgar el mérito de la verdadera y buena poesía.

(*e*) Sin embargo de no ser el género clásico tan eminentemente poético como el romántico, necesita muchas concesiones ó licencias, sin las cuales sería todo prosa. Tal es la del uso del verso, la de la expresion ideal y siempre sostenida por los personajes escénicos; la de que éstos hablen la misma lengua de los espectadores, aunque pertenezcan á diferente nacion; la de suponer que sucede en tres horas solamente, una accion que en el mundo real tiene que durar muchas; la de reunir en un solo protagonista las acciónes y pensamientos que caracterizan las pasiones, vicios ó virtudes que están diseminados entre muchos hombres é individuos, y en fin, otras que se omiten. Todas estas licencias se han tomado los clásicos para constituir en poesía la verdad prosaica y real. Pues ¿por qué razon se han de negar á los románticos las concesiones convenientes y necesarias para la expresion y formas del género que han inventado? Negáranseles en hora buena, si el objeto que se proponen pudiera producirse bajo las leyes del clasicismo. Pero si esto es imposible, ¿por qué se nos ha de privar del entusiasmo y placer que produce, por ejemplo, el teatro español, sin otra causa que la de no ser idéntico al frances, y sí mucho más noble y poético? Convengamos ya, finalmente, en que uno y otro constituyen de por sí dos géneros distintos, sin más punto de contacto que el fin general de interesar al espectador, lo cual se consigue por ambos, aunque con diversos modos y con objetos presentados bajo un aspecto diferente. Así, pues, cuando un poeta logra entusiasmar á los oyentes y conducirlos al mundo ideal que concibió en su mente, ha hecho ya cuanto podia apetecer, pues el hombre conmovido se presta con facilidad á todas las ilusiones, y miéntras lo esté no le es dado apreciar el mérito de la dificultad vencida. Ademas de esto no debemos olvidar que la noble poesía habla siempre con el sentimiento íntimo, con el instinto y con la imaginacion, y nunca será una ciencia analítica y de mero raciocinio en el sentido de las matemáticas puras.

(*f*) De la coleccion general de comedias escogidas, que hoy dia se está publicando, se pueden esperar muchas ventajas, pues sus apreciables editores reunen todas las circunstancias intelectuales necesarias para perfeccionar la empresa que han tomado á su cargo.

(*g*) Nuestros romanceros antiguos están llenos de composiciones

en verso octosílabo asonantado, anteriores á la perfeccion que le dió Calderon, y que á pesar de esto son dignos por todos títulos de competir con las mejores obras líricas escritas en versos endecasílabos ó mezclados con otros metros. Para probar este aserto, copiarémos el romance de Angélica y Medoro, compuesto por Góngora en 1602, y lo analizarémos sucintamente, sin pretender por esto que nuestro romance octosílabo asonantado pueda ser bueno para escribir un poema épico de veinte y cuatro cantos; pues semejante idea no creemos le haya ocurrido á ningun hombre sensato, y por consiguiente sería inoportuno el combatirla, llenando inútilmente mucho papel.

ROMANCE.

En un pastoral albergue,
Que la guerra entre unos robles
Lo dejó por escondido
Ó lo perdonó por pobre;
Do la paz viste pellico,
Y conduce entre pastores
Ovejas del monte al llano,
Y cabras del llano al monte;
Mal herido, y bien curado,
Se alberga un dichoso jóven,
Que sin clavarle amor flechas
Le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche,
Lo halló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres (1).
Del palafren se derriba,
No porque al moro conoce,
Sino por ver que la hierba
Tanta sangre paga en flores (2).
Límpiale el rostro, y la mano
Siente al amor, que se esconde
Tras las rosas, que la muerte
Va violando sus colores (3).
Escondióse tras las rosas

---

(1) Es una alusion á Angélica.

(2) La sangre de Adónis produjo rosas. Aunque este pensamiento es más feliz, no por eso desluce al de Góngora. Si quisiéramos destruir la ilusion poética de tan bellas imágenes, bastaba ponerlas bajo la férula de los críticos-analíticos-prosaicos; al punto se veria que eran falsos estos pensamientos, pues las plantas regadas con mucha sangre acaso se secarian ó enfermarian más bien que producir rosas ni otras flores. Pero, si se analizasen así las obras de imaginacion ¿cómo quedaría la poesía?

(3) ¿No puede competir esta estrofa con las mejores de Anacreon?

Porque labren sus arpones
El diamante de Catay (1)
Con aquella sangre noble.
  Ya le regala los ojos,
Ya le entra sin ver por dónde
Una piedad mal nacida,
Entre dulces escorpiones (2).
. . . . . .
  Hierbas le aplica á sus llagas,
Que si no sanan entónces,
En virtud de tales manos
Lisonjean los dolores.
  Amor le ofrece su venda;
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas.....
Los rayos del sol perdonen (3).
  Los últimos nudos daba
Cuando el cielo la socorre
De un villano en una yegua
Que iba penetrando el bosque.
  Enfrénanle de la bella
Las tristes piadosas voces,
Que los firmes troncos mueven
Y las sordas piedras oyen (4).
  Y la que mejor se halla
En las selvas que en la córte,

---

(1) Alusion á la dureza del corazon de Angélica, que resistió á los tiros del amor ántes de conocer á Medoro. El pensamiento de esta estrofa no está bien expresado, y es ademas muy alambicado y sutil.

(2) Lástima es que este último verso disminuya la ilusion que causa la imágen de los tres primeros.

(3) ¡Qué sensibilidad tan interesante y noble respira esta estrofa y la anterior. La mano delicada de un amante, si no cura las heridas del amado, á lo ménos adormece y lisonjea los dolores. ¿Qué hombre sensible no ha experimentado alivio en sus males cuando ha obtenido los solícitos cuidados y la esmerada asistencia de una madre tierna ó una esposa querida? En la segunda estrofa supone el autor que el mismo Cupido se interesa tanto por los amantes, que ofrece hasta su venda para ligar las heridas de Medoro. ¡Qué delicadeza de sentimiento y ternura llena el corazon de Angélica! Nadie, ni los dones del mismo dios de amor, deben contribuir al alivio de su Medoro. Rasga sus vestidos, destroza sus galas, queda destocada, ¿y para qué? para vendar las heridas de su amante. Analicemos prosaicamente este noble y elevado pensamiento, tan lleno de ternura y sensibilidad, y verémos que el amor es un ente moral, que no tiene venda, y que por lo tanto, ni él puede ofrecerla, ni ella servir de vendaje. Tambien se verá que siendo el sol un sér inanimado, no puede resentirse de que el rostro de Angélica quede descubierto en su presencia; siendo ademas un pensamiento falso el que resulta de la comparacion inconexa del rostro de una mujer con los rayos del sol. Sólo á las almas de pedernal puede ocurrir el aplicar este género de análisis á las obras de imaginacion.

(4) ¡Qué tal quedaria esta estrofa si se analizase geométricamente! Los árboles y las piedras son entes inanimados, y no pueden ni moverse por sí solos, ni

Simple verdad, al pío ruego
Cortésmente corresponde (1).
  Humilde se apea el villano,
Y sobre la yegua pone
Un cuerpo con poca sangre,
Pero con dos corazones (2).
  Á su cabaña los guia,
Que el sol deja el horizonte,
Y el humo de su cabaña
Les va sirviendo de norte (3).
  Llegaron temprano á ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Y una ciega con dos soles (4).
  Blando heno, en vez de pluma,
Para lecho les compone,
Que será tálamo luégo
Do el garzon sus dichas logre.
. . . . . .
  Corona un lascivo enjambre (5)
De cupidillos menores

---

oir ni compadecerse de nada. Es cierto que el entusiasmo, la imaginacion y la sensibilidad animan, dan calor y vida á cuanto nos rodea. Esto, esto es poesía; lo otro es prosa, y áun mala prosa.

(1) ¡ Qué pensamiento tan profundo y moral, y qué bien expresado en cuatro hermosos versos *octosílabos asonantados!* Obsérvese el giro de la frase poética en esta estrofa.

(2) ¡Con dos corazones! Sí, sí, aunque les pese á los críticos galicistas. La sensibilidad y el amor hacen este milagro en moral, así como la insensibilidad y la torpeza hacen que ellos vivan sin ninguno, ó les sobre el que tienen, pues están condenados á no percibir las bellezas de la poesía, y á convertir en disgustos cuanto debia producir placeres exquisitos.

(3) ¡ Qué preciosa y divina imágen! Todo en ella respira el brillo apacible de una imaginacion rica, original y pintoresca.

(4) Es demasiado sutil y afectado el pensamiento de este último verso.

(5) Desde esta estrofa, ó por mejor decir, desde la de

Blando heno en vez de pluma

hasta la última, se presenta el más rico, brillante, enérgico y hermoso trozo de poesía que puede hallarse entre los antiguos y modernos. No hay en todo él una palabra ociosa, una imágen inoportuna, un verso mal hecho, ni un pensamiento que no sea noble, feliz, interesante y digno de la pluma del mayor poeta. Exceptuamos, sin embargo, los dos últimos versos de la estrofa que empieza

El pie calza en lazos de oro,

y el cuarto de la que comienza

Todo sirve á los amantes.

La choza, bien como abejas
Hueco tronco de alcornoque.
¡Qué de nudos le está dando
Á un áspid la envidia torpe,
Contando de las palomas
Los arrullos gemidores! (1).
¡Qué bien la destierra amor,
Haciendo la cuerda azote (2),
Porque el caso no se infame
Y el lugar no se inficione!
Todo es gala el africano:
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfange depone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores,
Y los volantes de Vénus
Sus bien seguidos pendones.
Desnudo el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin órden;
Si lo abrocha, es con claveles;
Con jazmines, si lo coge.
El pié calza en lazos de oro,
Porque la nieve se goce
Y no se huya, etc.
. . . . . .
Todo sirve á los amantes;
Plumas les baten veloces
Airecillos lisonjeros,
Si no son *murmuradores*.
Los campos les dan alfombras,
Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores (3);
Los troncos les dan cortezas,

---

(1) ¡Qué bella personificacion de la envidia contiene esta estrofa! ¡Qué actitud tan pintoresca se halla en el cuadro! La envidia puesta en contraste con las palomas, imágenes del amor y de la dulzura, y obligada á contemplar sus arrullos, anuda entre tanto, desesperada y rabiosa, un áspid de los que la despedazan, y se venga en él de los tormentos que la causan las dichas ajenas; ¡Qué oportuno es el epíteto *gemidores*, aplicado á los arrullos de las palomas!

(2) La de su arco.

(3) La belleza de esta estrofa es más para sentida que para analizada. ¡Cuanta riqueza de poesía pintoresca se halla en ella! ¡Quién no respira, al leerla, el aire puro que vivifica las campiñas en una deliciosa mañana de primavera! ¡Qué cuadro tan magnífico! Aquí la menuda hierba sirve de rica alfombra, las copas de los árboles son los doseles, el susurro apacible de una fresca y clara fuente inspira un dulce sueño, y los ruiseñores con melodiosos trinos encantan y halagan el oido de los amantes. Vístase este cuadro como se quiera, siempre será un

En que se graben sus nombres
Mejor que en tablas de mármol
Ó que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
Ni blanco chopo sin mote;
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde, etc. (1).

Véase por este ejemplo, si nuestro romance octosílabo puede tan bien como cualquiera otro género de metro expresar con dignidad y energía las ideas más sublimes y los pensamientos más nobles. Uno de los hombres más sabios y de los mejores poetas del presente siglo ha dicho, con razon, *que en nuestros romances se hallan más expresiones bellas y enérgicas, más rasgos delicados é ingeniosos que en el resto de nuestra poesía. Libres del yugo de la imitacion, eran la expresion inspirada de los sentimientos y del instinto, aunque en general carecian de la elevacion y aparato de la oda; pero eran propiamente nuestra poesía lírica, y en fin, más flexibles que los otros géneros, se plegaban á toda clase de asuntos, se valian de un lenguaje rico y natural, se vestian de una media tinta amable y suave, y presentaban por todas partes aquella facilidad, aquella frescura, propias solamente de un carácter original, que procede sin violencia y sin estudio.* Tal es el juicio, acaso demasiado severo, que formaba de nuestro romance, no un preceptista, no un autor de centones, sino un verdadero poeta, lleno de sensibilidad y de entusiasmo, pero quizá contenido y aprisionado con las embarazosas ligaduras de la opinion facticia formada por los críticos. Si la extension de una nota, ya demasiado larga, nos lo permitiese, insertariamos aquí infitos romances, cuya lectura hiciese olvidar al hombre más obcecado y acostumbrado al estilo *tabernario*, la asociacion de ideas que pudiera excitar en su imaginacion la costumbre de oir en las tabernas las hazañas de los facinerosos en metro de ocho sílabas; pero ya basta lo dicho.

Agustin Durán.

---

modelo de poesía. ¿Y por qué no se ha de presentar como tal cuando se escriban preceptos para nosotros, y se pretenda enseñarnos á ser poetas y oradores? ¿Sería motivo suficiente para despreciar este hermoso romance el estar escrito en el mismo metro que los de Francisco Estéban, y las coplas del *Caballo mio carreto*? Pues á fe que si valiese esta razon, deberiamos proscribir el *Quijote*, porque se han escrito en mala prosa muchas novelas ó poemas detestables: y Racine hizo muy mal, en tal caso, de usar hermosos versos alejandrinos, porque en ellos escribió Pradon sus dramas.

(1) Esta estrofa termina divinamente el cuadro campestre empezado en las dos anteriores. Suprimimos las otras dos que siguen á la última, por evitar prolijidad, y porque acaso debilitarian las que preceden.

ORACION FÚNEBRE

QUE, POR ENCARGO

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

Y EN LAS HONRAS

DE MIGUEL DE CERVANTES

Y DEMAS INGENIOS ESPAÑOLES,

PRONUNCIÓ

EN LA IGLESIA DE MONJAS TRINITARIAS DE MADRID, EL 28 DE ABRIL DE 1862,

EL ILMO. SR. D. ANTOLIN MONESCILLO,

á la sazon obispo de Calahorra y la Calzada, y hoy obispo de Jaen (1).

Multa vidi errando, et plurimas verborum consuetudines. (*Ecclí.*: XXXIV, 12.)

Ví muchas cosas cuando peregrinaba, y observé diferencia grande de idiomas.

SEÑORES: Á todos nos preocupa hoy un mismo pensamiento, y se ve embargada la imaginacion de todos nosotros al recuerdo de las mil nobles figuras que parece levantar vivas, del silencio de los sepulcros, el aparato

(1) En el *Reglamento* vigente desde 1.° de Marzo de 1861 y destinado á explicar y desenvolver una parte de los Estatutos de la Academia, que por su necesaria concision requerian ser complementados con reglas fijas, y áun minuciosas en algunos puntos, para su conveniente observancia, hay un artículo que dice así:

«La Academia hará anualmente el dia 23 de Abril, aniversario de la »muerte de Cervántes, en la iglesia de Trinitarias de esta Córte, donde »descansan los restos de aquel insigne escritor, unas exequias en su»fragio de cuantos han cultivado las letras españolas.»

fúnebre que nos rodea. Descuella entre las mil aquel hombre de agudo mirar y de tranquilo semblante, quien, con ánimo resuelto y de frente serena, jamas desmayó en las humanas fatigas, ni aflojó en los arriesgados proyectos. Parecia vigorizar su esperanza á presencia del peligro; nunca vió menguada su fortaleza, ni sufrió desconcierto el dia de las angustias; ni flaqueó abandonado, ni víctima del infortunio; y, varon constante, no puso á precio su honra, ni entregó á la desesperacion sus conatos.

Buen cristiano, y caballero á toda prueba, pudo recordar aquellas palabras del *Libro de la Sabiduría*, ya que más de una vez las observára: « Si dijeres: escasean mis fuerzas: sábelo bien el que penetra los corazones; nada está escondido al guardador de tu alma. Él dará galardon merecido á las obras del hombre. *Si desperaveris lassus in die angustiæ, imminuetur fortitudo tua. Erue eos, qui ducuntur ad mortem: et qui trahuntur ad interitum liberare ne cesses. Si dixeris: Vires non suppetunt: qui inspector est cordis, ipse intelligit, et servatorem animæ tuæ nihil fallit, reddetque homini juxta opera sua.* » (*Prover.:* XXIV, 10, 11, 12.)

Solo con su espíritu hallábase en todas partes y en la córte misma como en aquella ciudad pequeña y poco habitada, contra la cual dejóse ver un rey poderoso, poniéndola estrecho cerco, fortificando sus contornos y ciñéndola por completo. Habia en ella un hombre tan pobre como sabio, y por su saber libró la ciudad, sin que despues nadie le recordára. *Civitas parva, et pauci in ea viri: venit contra eam rex magnus, et vallavit eam extrusitque munitiones per gyrum, et perfecta est obsidio. Inventusque est in ea vir pauper et sapiens, et liberavit urbem per sapientiam suam, et nullus deinceps recordatus est hominis illius pauperis.* (*Eccles.:* IX, 14, 15.)

Cierto que hay una sabiduría que abunda en el mal, y que no se hermanan fácilmente la prudencia y la amargura. La ciencia del sabio es como inundacion benéfica: todo lo rebasa, y es su consejo fuente de vida. *Est autem sapientia quæ abundat in malo: et non est sensus ubi est amaritudo. Scientia sapientis tamquam inundatio abundavit, et consilium illius sicut fons vitæ permanet.* (*Eccles.*: XXI, 15, 16.)

El que no ha sido probado, ¿qué sabe..... Vi muchas cosas cuando peregrinaba, y escuché mil hablas extrañas. *Multa vidi errando, et plurimas verborum consuetudines.* (*Eccles.*: XXXIV, 12.)

Ved aquí, Señores, dibujada en tono de sentencia la fisonomía de Miguel de Cervántes Saavedra, como la del vistoso grupo de los ingenios españoles, cuya piadosa conmemoracion es hoy objeto de nuestra gratitud y de nuestras amorosas plegarias; porque á todos ellos deben alcanzar nuestros quebrados suspiros, dándolos á conocer al Padre de las misericordias con el acento de la oracion cristiana. Levantarémos así el edificio de la justicia y de la caridad, ya que todos ellos compitieron noblemente por allegar á la majestuosa fábrica de las letras españolas el apacible y sabroso caudal del humano saber, porque honra merece toda obra acabada y toda digna empresa. Está escrito que será abonada toda obra escogida, y honrado en ella el que la ejecuta. *Et omne opus electum justificabitur: et qui operatur illud honorabitur in illo.* (*Eccles.*: XIV, 21.)

Dejemos al biógrafo su propio encargo, al historiador sus investigaciones, al literato su pasion á la bella forma, á la medida y número. Tomando solamente de cada uno de estos oficios lo que pueda aprovechar el orador

cristiano para interes de su cometido, demos por corriente y averiguado que nuestro Miguel de Cervántes, nacido en Alcalá de Henares á los 9 dias del mes de Octubre de 1547, murió en Madrid á los 23 de Abril de 1616. Enciérrase entre ambas fechas un período tal de luchas, de sufrimientos, de lances y de reales aventuras, que más bien de relatarse, deben ser como trasformadas en asunto de discusion honrosa y de enseñanza reflexiva. Grandemente nos acompañará en este ancho camino el guía discreto de curiosos ingenios y de preciados talentos. Como, al saludarnos, habla de esta manera:

En un lugar de la Mancha. Cuéntase haber nacido allí cierto personaje, que, mirado con predileccion notoria por todos los vates y literatos, es completo solaz y recreo de los más preciados talentos. Bajo el nombre de *Historia del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, anda por todo el mundo, y se encuentra sobre los escaños de nuestras antiguas casas el primero de los romances, y el que, en razon, en agudeza y chiste, no ha tenido segundo. Llámase el autor de libro tan afamado Miguel de Cervántes Saavedra.

Rara introduccion, por cierto, la que acabais de oir, presentada bajo las bóvedas de esta iglesia de monjas Trinitarias, ante los respetables individuos de la Real Academia Española, y salida de boca de un Obispo católico, quien, al parecer, un tanto olvidado de su mision en el ministerio de la palabra, invoca ahora la del hombre; y más aún, toma los vocablos primeros de un ingenioso romance, cuando era de esperar impetrase del Espíritu Santo el dón de decir bien, poniendo, como ántes, por comienzo de su propósito las palabras inspiradas.

Sin embargo, habiendo de llevarnos á fines de todo

punto cristianos la corriente de un asunto verdaderamente español, y sobre español castellano, bien puede disimular esta Real Academia, que, al mirar yo de hito en hito la gallarda figura del famoso manco de Lepanto, me hayan venido á la memoria, para sorprender mis labios, las palabras : *En un lugar de la Mancha.*

Parece ya bastante indicado el asunto que ha de ocuparnos, sin embargo de no estar aún reunidas las apuestas figuras que, con nuestro Miguel de Cervántes, han de ser objeto de la oracion fúnebre que la Real Academia consagra deleitosamente á sus patriarcas y maestros. Y no es que me haya olvidado de tan esclarecidos varones, sino que al convocar la compañía no he podido contarlos. Son tantos, que no da tiempo á la cita. Ellos, á su vez, no podrian concurrir á estadio tan reducido (1).

Propóngome demostrar que la forma cristiana es el propio distintivo de las letras españolas. Para que el intento y los medios encaminados á conseguirlo no desdigan ni de su objeto, ni del carácter de la persona que lo trata, imploro el auxilio divino, así como vuestra atencion benévola.

No cabe, Señores, en ceñida *resumpta* la muchedumbre de objetos que, atañendo á personajes esclarecidos en el cultivo de las letras españolas, fuéronlo tambien en cristiana vida y en buenos ejemplos. Á primera vista ofrecen nuestros libros un carácter tan señalado de juicio, de gravedad y donosura, que no tiene parecido en las obras y cuadros literarios de las demas naciones. Nuestro Cervántes, como los autores dramáticos y castizos prosistas españoles son tan cuidadosos de las gracias en el decir, de la sencillez en el lenguaje, de la moderacion y de la decencia, que, sin trabajo, enseñan á su curioso

lector lo que no sabía, y lo que no obstante parece adivinar. Así es: cuando nuestro Cervántes pone en boca del bobo Sancho tan discretas reflexiones y tan acordadas extravagancias, hace concebir á sus lectores cómo el ménos loco de los mortales penetra con su delgado mirar lo escondido de las vanidades humanas. No duda el loco; no vacila el insensato; el quizá, el acaso, el destino, ninguna de estas fórmulas de tormento revelan inquietud ni sobresalto en aquellos personajes. Consiste en que, nacido nuestro Cervántes de antiguos cristianos españoles, se adelanta resuelto y camina gozoso por entre todas las cuestiones peligrosas, siguiendo el acertado rumbo de la escuela cristiana. Pensando en español habla castellano, y su pensamiento, como su palabra, es fija, determinada, reflexiva. Ni acaso, ni duda: afirmaciones valerosas y seguros conceptos.

Verdad es que nuestro Cervántes, como algunos otros de los clásicos españoles, pusieron á las veces sentencia libre, chiste ofensivo, expresion deshonesta y alusion maliciosa en boca de personajes determinados; pero no olvidemos, Señores, el tributo que la flaca humanidad suele pagar á intentos vanidosos, rara vez extraños á la pintura del pensamiento cuando es ayudado de imaginacion poderosa. Ni olvidemos que nuestro protagonista era un manco, que no pudiendo sujetar el áspero y amarillento papel sobre que escribia el *Quijote*, lo fué tambien moralmente al dibujar estancias peligrosas y personajes traviesos. Y para eso justamente nos vemos llamados, y hemos concurrido al lugar santo. Aquí, con el pensamiento cristiano, y obedeciendo las enseñanzas católicas, venimos á implorar las misericordias del Altísimo en socorro de las almas de quienes, cultivando las letras espa-

ñolas, nos han legado la herencia preciosa de su fe, de su profesion y de su conducta caballerosa, dando fin á sus tareas con sincero arrepentimiento de sus culpas y de sus desmanes, áun embozados é ingeniosos.

Recordaréis, Señores, nuestra *gaya* ciencia, nuestros *dezires rimados*, el *aparejo* de nuestras *cantigas* y de nuestros romances; y no podeis olvidar que desde Juan de Mena, Rueda y Virués, hasta Jovellanos y Martinez de la Rosa, último de nuestros llorados compañeros, viene hablándose la lengua castellana, naciendo su pulidez y galanura al lado mismo y del fondo del pensamiento cristiano. Caminando juntas el habla castellana, la oracion, las devociones, los rezos domésticos y las exhortaciones públicas, conservaron union tan amorosa las letras humanas con la idea católica, que no es posible entender la prosa castiza española, ni nuestra linda poesía, sin tener y sentir lo que sintieron y creian nuestros *mayorales* en la lengua. Enlazábanse ambas cosas con apretado nudo, y se cruzaban los discretos estrechos entre la idea cristiana y el habla española.

Ni Lope de Vega, ni Calderon, ni Moratin, ni los Argensolas, ni siquiera los Góngoras ni Quevedos, habrian sido tan clásicos, tan españoles, ni ahora serian buscados y leidos como son, á no haber formulado sus varios proyectos bajo la idea noble de un puro españolismo. No desconozco, Señores, que en otras regiones hay modelos, y brillantes modelos en todo género de literatura; pero lo que no se halla en los demas países es un comercio tan íntimo y perpétuo como el que en España tienen las letras y la religion, fondo de nuestro noble carácter y de nuestro levantado patriotismo.

Cuando viene á la memoria la muchedumbre de nues-

tros hablistas y cantòres, y cuando á presencia del magnífico y grave aparato que nos rodea han sonado nombres de fama, honrados mil veces por nosotros, Señores de la Academia, no pudiera olvidar un obispo á Luis de Granada, á Luis de Leon, á Luis de la Puente, ni á Mariana, Morales y Garibay, quienes, precedidos, acompañados y vistos despues por mil otros como ejemplares de elocuencia, de donoso cantar, de fluida narracion y de gracioso estilo, dijeron, y dicen siempre, á nuestro exámen y gratitud cuánto debemos celebrarlos y cómo enaltecerlos. Sin duda habréis echado de ménos que relatando merecimientos literarios, nada haya dicho de la graciosa castellana Teresa de Jesus, ni de su digno émulo el candoroso Juan de la Cruz, no obstante que os estaréis representando á la Santa reformadora del Cármen quieta, extasiada ó en el arrobamiento de *Las Moradas*, y al segundo fijo en su embelesado mirar hácia la cumbre del *Monte Carmelo*. Mas ya comprendeis que, objeto estos dos nombres de nuestra veneracion literaria, no pueden serlo en manera alguna de nuestros sufragios. Ellos, desde la Patria celestial, interceden por nosotros, y ellos, con nosotros, claman en favor de los que fueron cultivadores de las letras españolas, compañeros suyos y nuestros dignos modelos.

Por cierto que cuando las letras impregnadas del mal olor de la incredulidad, del veneno de la duda é invadidas por novedades audaces, ofenden, asedian y comprometen hasta los más serios estudios, gozoso es asistir á estos aniversarios, donde, despues de tres siglos, se recuerda viva la gloria de los que, diligentes en sus mismos discuidos, supieron comunicarnos con la sobriedad de su ciencia el más gustoso sabor vertido á una linda y

agradable sencillez. Y es de notar que cuando los siglos clásicos de otras naciones, hablando en verdad lengua varonil y de cordura, han visto, sin embargo, tinturada su palabra, ya de regalismo, ya de cierto sabor jansenístico y tambien del espíritu quietista, los autores á quienes hoy honra la Academia se mantuvieron, con verdadera entonacion castellana, precisamente en el punto desde el cual podian dirigirnos y enseñarnos sin lesion del buen espíritu católico, y aún más, ofreciéndonos medios de defensa con su frase castiza y con expresion correcta.

Verdad es que tuvimos entre los hablistas del último siglo claros varones, que, llevados de las novedades del tiempo, imitaron á quienes en Francia fueron á la vez, ó respectivamente, autores y defensores de las *libertades galicanas*, como tambien es cierto que en la misma época bañó la frente de algunos autores españoles la niebla de Port-Royal y el humo enciclopedista; pero, bien observado, se nota que una y otra flaqueza fué en España verdadera importacion de *galicanismo*, siempre funesto en España, y nunca y en ningun caso avenible con el pensamiento español y con el habla castellana. Al simple sonido de las voces se observaba, entre nosotros, la extrañeza y novedad que pretendia introducirse; y para que este exámen presente su cabal contorno, me permito ofrecer una consideracion muy al alcance de todos, y de seguro bien pesada en sus delgados quilates por los ilustres individuos de la Academia. La buena escuela, toda nuestra escuela mística del gran siglo XVI, subió tan alto, fué tan sencilla y á la vez tan profunda, que en vuelo constante y de mil maneras enamorada, trató las cuestiones más difíciles y delicadas de la ciencia de Dios, conservando

siempre, con la propiedad del lenguaje y la rectitud de las ideas, intacto el dogma cristiano é ilesa la moral católica. Nunca fué más discreta la nóble castellana Teresa de Jesus, que cuando, hablando sobre el misterio de la Santísima Trinidad, como un Petavio y un santo Tomas, apartaba graciosamente la idea, confesando con agudeza no entender de lo que hablaba, y ser este asunto de teólogos. Pues bien, traslademos la reflexion á la Alemania, y áun á Francia. Apoderados los ingenios nebulosos del Norte de nuestra literatura clásica, han producido un misticismo que, llevado por mano luterana y á impulso de vocablos protestantes al molde de su nacionalidad, ha venido á convertirse en un panteismo fatalista. Ya se ve cómo siempre asciende gloriosamente la palabra clásica española, y cómo desciende cuando extraño poder intenta vestirla ó desplegarla. Todavía ocurre una consideracion de gran honra, y que ojalá supiéramos apreciar bastante los españoles, á saber: que nuestra literatura clásica, comparada con alguno de los modelos más reputados del siglo de Luis XIV, muestra sus preciadas ventajas de una manera tan gloriosa, que, bien mirado, deberia levantar hasta las nubes el eco de nuestras alabanzas. Sabido es de todos los que acostumbran mirar por dentro las obras del ingenio y del arte, que el dulcísimo é inimitable Fenelon ensayó su diestra pluma en mil géneros de literatura, siempre con aplauso, jamas sin pulidez. Pues bien; lo más fuerte, lo más propio del carácter y estado del Arzobispo de Cambray era sin duda tratar los asuntos de religion, y especialmente los místicos. Y ¡cosa notable! escribiendo el libro titulado *Las máximas de los Santos*, fué argüido y acusado de *quietismo*, cuando nuestros autores, subiendo más, cantando en más varia-

dos tonos y pulsando más delicadas é irritables cuerdas, nos han legado tesoros de erudicion cristiana, de doctrina ascética y de discrecion de espíritu. Y cuenta que la mencion hecha de la mano y pluma que escribió el libro *Las máximas de los Santos*, no es de aquellas que menoscaban reputaciones ni deprimen honras; al contrario, ¡y sea Dios loado! al recibir el Arzobispo de Cambray el *breve* que condenaba su libro, y al leerlo él mismo, quemándolo por propia mano, regalando ademas á su iglesia la custodia en la cual se representaba de una manera bastante expresa la accion de ser entregado á las llamas dicho libro; todo esto levanta el crédito y la gloria de Fenelon á un grado desconocido en el género de sumisiones. Ved ahora, Señores, cuánto valen y pesan, cuánto merecen ser loados los ingenios españoles que, guardando su palabra, por la unidad de religion y de fe, en el tesoro de su habla castiza, nos dijeron entónces, ahora nos dicen, y siempre cantará la fama, que las letras españolas son honra de las letras, y alto monumento de nuestra respetuosa veneracion. Obras como las que registra y conserva la Academia Española, digna memoria son y merecido recuerdo, para que todos nosotros pidamos con sentimiento cristiano por el eterno descanso de los ingenios que las concibieron y de las manos que las alzaron.

De buenos es venerar la memoria de los mayores, y mucho há viene acreditada la máxima de que honrar á los demas es propio de almas nobles y bien intencionadas. No quisiera, por lo mismo, desviarme de autoridad tan respetable como la de nuestro compatriota Solís, quien tituló el sufrimiento un *segundo valor*. Dejaria yo pasar esta calificacion, á no considerarla poco exacta, tra-

tándose de los sufrimientos y angustias de espíritu que arrimaban á nuestro Miguel de Cervántes hácia todas las privaciones y estrecheces. No, no, Señores: el sufrimiento, el aguante, en dura cárcel y en amargo cautiverio, tan léjos está de ser un segundo valor, que, por el contrario, es el más animoso y meritorio. Seguro es que Cervántes, llevado á los combates por dura y amarga peregrinacion, soportando las fatigas y humillaciones de simple soldado, mal recostado y al desabrigo en el fondo de las galeras españolas, mezclado entre los tercios de gentes extrañas, con el sentimiento de su propia valía, y con la conciencia de su cultivado ingenio y de su claro talento; más todavía, en las altas aguas de Lepanto, á presencia de enemigos crueles y fanáticos, y deshecha su mano izquierda por cercano disparo, todo esto no equivalia al aguante y sufrimiento que mostró su noble corazon y su ancha frente cuando aherrojado, cautivo, y objeto por su nobleza de todo mal trato y de toda grosera injuria, conservó igualdad de ánimo y acomodada condicion para legarnos más tarde, en imágen de su ingenioso Hidalgo, el primero de todos los libros en parecido carácter. Claro es que tengo por el mayor y más probado el valor del aguante, como que el de acometer ó defenderse ofrece el desquite de la honra, de la destreza, y áun el de la fuerza misma.

Ya veis, Señores, la manera como el Cristianismo nos da á conocer el mérito de las acciones morales, y en qué forma alienta nuestro espíritu, le sostiene é impulsa para emprender cosas de renombre y de loa eterna. Con este género de propósitos acometió nuestro Cervántes, en esperanza contra toda esperanza, la arriesgada y muchas veces comprometida empresa de su libertad, madu-

rando el designio de obras que sólo se conciben cuando el ánimo está recreado, libre el espíritu y solazado el entendimiento. Cada uno de los pasos con que adelanta sus libros el deleitoso escritor, es una gloria para las letras españolas y una lisonjera conquista del talento.

Encontrada una hoja suelta del *Quijote*, de *Persiles* y *Sigismunda*, de *La Galatea*, ó de alguna de las obras de nuestro verdadero *mayoral*, habria bastado para que la curiosidad literaria y el más lindo discreteo hubieran rebuscado su principio ó su continuacion con anhelo cariñoso. Nada os digo, Señores, si por desgracia, que no lamentamos, solamente hubiera podido el ilustre preso de Argamasilla salvar el prólogo á su ingenioso Hidalgo dentro los pliegues de su negra camisa, porque comprendeis bien sobrarian sus breves páginas para labrar la reputacion más acrisolada. Y tambien serian provechosa leccion estas indicaciones, si, atendida la índole y fisonomía de nuestras letras, se las mirára siempre venidas de raza española, nacidas en patria cristiana y fomentadas por el aliento de la santa virtud.

Hicieron bien los abates Andres y Lampillas, volviendo, desde su destierro, el altivo mirar de la honra hácia sus compatriotas, nuestros celebrados hablistas. Vieron de cerca con qué ahinco trataban los abates Bettinelli y Tiraboschi deshojar las bien arregladas páginas de la prosa castellana y de la poesía española por medio de la traviesa emulacion del ingenio italiano. Pagados nuestros Jesuitas de su patriotismo, un tanto satisfechos de su gusto por las letras y de su familiaridad con las españolas, acertaron á parar el golpe extraño que desacordadamente descargaban sobre nuestra literatura los dos his-

toriadores de la italiana. Harto manoseadas nuestras letras por aquellos dos compatricios, pudieron comparar-las, en su recato y valentía, en su agudeza y sencillez, y en su armoniosa galanura, con todo lo que antiguos y modernos habian dicho y escrito sobre el asunto litigado. Ello es que la literatura española, en sus dramas, en sus cantares y sonetos, en sus romances y prosa, quedó grandemente vindicada y puesta al abrigo de arremetidas desdeñosas, á tal grado, que enamora tanta sobriedad al lado de tal destreza.

Que nuestro Cervántes haya merecido, pasados siglos y corriendo tiempos, ser mirado como no lo fuera, y como debió serlo, en Madrid, en Valencia y en Sevilla, no es de admirar, si se atiende á lo que parecia desear este ingenio aventajado al dibujar la poesía. Queríala recatada, no callejera; huyendo de las plazas y del bullicio; señora, y no pródiga de su presencia. Necesario sería un juicio comparativo entre dichos y sentencias de nuestro Cervántes para acabalar lo alto de su reputacion, así cuando alaba como cuando deprime, y tambien al expresar sus mil discretos pensamientos, asomando el gesto de un dolor producido en su alma sensible por la honda espina de sus pesares. Soldado intrépido, paciente, menesteroso, alma probada en los desamparos y desdenes, era capaz sujeto de madurar, en la prueba misma del infortunio, resoluciones que indudablemente habria malogrado el entendimiento más claro y la voluntad más obstinada. Y cuando hemos podido llegar á la cima de toda una obra, de la obra primera en su género, hija de humano entendimiento, justo es celebrar este nuevo valor de la inteligencia y esfuerzo tan noble de la dignidad humana.

Si tratáramos de la vida y hechos de nuestros hablistas, del análisis de sus obras, del respectivo argumento de cada una de ellas, de los colores de tanta hermosa palabra, del tono y gracejo de la expresion y de la sentencia, olvidaríamos, con ofensa del propósito y menoscabo del asunto, hallarnos á presencia de un catafalco, emblema triste de nuestra mortalidad. Embebidos en la gloria del humano pensamiento cantaríamos, sin dejar de cantar, con sensible desvío de las honras cristianas, cuyo sonido debe ser hoy lúgubre, pero resignado acento de nuestro dolor. El Dios de las misericordias se dignará otorgarlas en favor de nuestros maestros, ya porque las más veces honraron en sí mismos la luz del Señor que reflejaba sobre sus frentes, ya tambien porque nosotros pedimos aquella dispensacion amorosa con alma cristiana y con sentida plegaria. Sí, Señores, en el cristianismo todo se explica por inmortalidad y glorificaciones. Dice el Señor: «Yo soy la resurreccion y tambien la vida. El que cree en mí, áun cuando hubiese muerto, vivirá; y todo el que cree y vive en mí, nunca morirá.» Consuelo es, en verdad, vivir incorporados los que todavía peregrinamos por este valle de lágrimas con los que emigraron á otra vida, pudiéndoles aliviar el plazo de sus penalidades, con la dicha tambien de pagarles la deuda, entre todas más cuantiosa, de habernos informado en buenas letras, en letras humanas y en saber cristiano.

Decíamos poco há deber grato recuerdo á dos de nuestros maestros, quienes, sin ser objeto de estos sufragios, lo son ciertamente de nuestra gratitud y de nuestras alabanzas. Deben, sí, contarse entre los claros ingenios Santa Teresa de Jesus y San Juan de la Cruz. Finísima es la graciosa castellana en su gracejo y pensamientos; es

airosa cuando refiere, aguda en extremo cuando indica; hábil ciertamente en sus ligeras transiciones; blanda y tierna de corazon, va encendida en llama del amor divino; sencilla como inocente criatura, diseca de una manera admirable el corazon humano. Cuesta mucho comprender cómo, en su pureza de ángel, entiende todo lo que entiende, y penetra tan hondo en el arte de dirigir y en la ciencia de gobernar. Emprende siempre con valor arduas empresas, y persevera, áun herida dé todos lados por la murmuracion y maledicencia, sin que las pesadumbres quebranten su espíritu y sin menoscabo de su intento. Sus cartas van salpicadas de fino chiste y de alusion agradable. Cuando narra su vida excita la admiracion del que lee, ya se acuse á sí propia, ya cuente sus viajes y jornadas. En sus avisos acerca de los confesores, en sus penas de espíritu y en sus dolores sensibles, va dibujada toda una vida de talento, de edificacion, de martirio y de goces. Cuando pinta las *Moradas*, no es ya la infatigable paloma que cierne alas sobre las almenas del castillo; sube á las alturas como un serafin para bajar en vuelo encendido á iluminar las almas. ¡Qué elevaciones á Dios! ¡qué avisos! ¡qué discrecion de espíritu! ¡cuántas galas de imaginacion! ¡qué suspirar tan dulce! ¡qué gozosas plegarias! abre su corazon y exhala quiebros divinos; fluyen de su boca dejos de suavidad. Sorprendida una vez por celestial suspiro, parécela perder el seso de fundadora y llega á enamorarse de la *graciosa tonada* de sus villancicos (2). Cómo anda, va y vuelve sobre las cosas mundanas, sobre lo alto de la teología y sobre los misterios de la revelacion. Sí, Señores, Teresa de Jesus es, dice y hace todo esto, siendo á la vez ejemplar moralista y vertiendo intachable filosofía. Habla,

siente, revela, hace sentir y da á conocer en cada uno de sus rasgos un amoroso corazon y un alma enamorada. Es su acento completamente castellano; y no siendo purista de afectacion, es un modelo, en su tiempo, de lenguaje, y un encanto de sutileza y de embeleso.

Y tambien habíamos dicho que la discreta reformadora tuvo un émulo en el mundo, á quien ya mira, y de quien es vista en el cielo. Ambos ven allí claro lo que mejor que otros escribieron en la tierra. Sin enigmas ni sombras, sin imágenes y figuras, fijos están en la posesion de Dios, y allí contemplan toda la verdad, que tanto amaron, y la dicha por que ardientemente suspiraban. Todo lo tienen, y nada pueden perder. Esos maestros de espíritu, quienes parecian en la tierra ángeles que asaltaban el cielo, no ya extáticos, ni arrobados, sino viendo á Dios cara á cara, y siempre, siempre, siempre dicen un eterno *hosanna* al Excelso y piden por nosotros. Sí, Señores; el muy discreto español Juan de la Cruz, émulo en gracias, en estilo y en fatigas con Teresa de Jesus. ¡Ah! ¡cómo sintieron y cómo cantaron!..... Y teniendo nosotros el ardoroso y dulcísimo sentimiento de la piedad, ¿buscaríamos placeres *sentimentalistas?* No, no, por cierto: el *sentimentalismo* es el tormento del corazon. Como de paso he disculpado la digresion sobre nuestros esclarecidos santos. Queria, ya lo habeis comprendido, significar lo que las letras españolas revelan á nuestras curiosas inteligencias, no siempre bien divertidas.

Sensible es, por cierto, que á nombre de una crítica, rara vez sobria, se haya lastimado con frecuencia nuestra hermosa literatura. He oido, Señores, he leido tantas cosas, muchas de ellas desacordadas, sobre la vida y hechos literarios de los autores españoles, y dichas y escri-

tas tambien por nuestros compatricios, que, en verdad, afligen el ánimo y ofenden el buen sentido español. Mejor que yo lo habeis oido y leido vosotros, perseverantes custodios de nuestra lengua y fieles admiradores de sus maestros. Mariana, el mil veces traido y llevado Mariana, es grandemente estimado como historiador, como filósofo y humanista. Mas preciso es no olvidar que se tradujo á sí mismo del latin, y que en su *Historia primitiva* logró todo su intento, imitando á Tácito en la concision, y á Tito Livio en las descripciones y caractéres. Á tal punto llegó en el desempeño de su designio, que, colocados frente á frente los historiadores romanos y el jesuita español, pudiera dudarse quién era el modelo, quién el imitador. Esta vez, entre muchas, míranse en gloriosa emulacion Castilla con el Lacio. En esto, como en los cuadros cristianos, obra de los Murillos y Velazquez, hay actitudes, claros y oscuros, expresion tal, y tal viveza, que, sin que hablen, quiere uno escucharlos, y desea responder á quien de hecho no le pregunta. Sucede lo mismo con las estatuas de Alonso Cano, de Borgoña y de Berruguete. Al mirarlas se postra el ánimo soberbio, fíjase el desvanecido, y deshecho en llanto el corazon apasionado, prescinde ya de la belleza y del arte, llevado como por encanto al fondo de los sucesos, al conocimiento de las cosas y al sentimiento de la verdad.

Entre sucesos diferentes, cuándo prósperos, cuándo adversos, deja caer nuestro Mariana estas palabras, bastantes para acreditar á un hablista, y suficientes para tornear la figura de Juan de Mena: «Pereció, narra, en la refriega Lorenzo Dávalos, nieto del condestable D. Ruy Lopez Dávalos, cuyo desastre desgraciado cantó el poeta cordobés Juan de Mena, con versos llorosos y elegantes,

persona en este tiempo de mucha erudicion y muy famoso por sus poesías y rima, que compuso en lengua vulgar: el metro, que es grosero, como de aquella era, el ingenio elegante, apacible y acomodado á las orejas y gusto de aquella edad. Su sepulcro se ve hoy en Tordelaguna, villa del reino de Toledo: su memoria dura y durará en España.» (Lib. XX, cap. XVI.)

De intento he buscado las tintas de realce de entre la castiza frase del P. Mariana, á fin de volverle loa y alabanza en cambio de las depresiones con las cuales se amengua á menudo su mérito indisputable. Ved, Señores, cómo describe con natural viveza lo que parecia tener á la vista: «Era un espectáculo miserable: vocería de todas partes, matar, seguir, quebrar, tomar y echar á fondo galeras; el mar cubierto de armas y cuerpos muertos, teñido de sangre; con el grande humo de la pólvora, ni se veia el sol, ni luz, casi como si fuera de noche. Fué grande el destrozo: doscientas galeras de los turcos, parte fueron presas, parte echadas á fondo; los muertos y presos llegaron á veinticinco mil; veinte mil cristianos remeros puestos en libertad. De los nuestros no pocos perecieron, y entre ellos gente de mucha cuenta por su nobleza ó hazañas. En conclusion, esta victoria fué la más ilustre y señalada que muchos siglos ántes se habia ganado, de gran provecho y contento, con que los nuestros ganaron renombre no menor que el que los antiguos y grandes caudillos en su tiempo ganaron; grandes fiestas y regocijos, llegada la nueva, se hicieron por todas partes, dado que á los herejes no les fué nada agradable. Dióse esta batalla á 7 de Octubre; en Toledo se hace fiesta y se celebra la memoria de esta victoria cada

un año el mismo dia.» (*Sum. de la Historia de España*, año 1571.)

En esta gloriosa jornada para las galeras españolas, no cupo á nuestro Cervántes la parte de ventura, de fiestas y regocijos, á la que con razon se entregaron los bravos soldados que á las órdenes de Marco Antonio Colona, de D. Juan de Austria, del príncipe Juan Andrea Doria y del Comendador mayor de Castilla, y el marqués de Santa Cruz D. Álvaro Bazan, alcanzaron gloria para las armas españolas y renombre para sus capitanes. Allí, en las aguas de Lepanto, corrió tostada de la mano deshecha de nuestro Cervántes la sangre generosa del más cumplido caballero y del más bravo soldado. Necesitábamos ver á qué clase de peligros hacia rostro sereno el noble corazon del manco de Lepanto, para admirar en él su digna apostura en los combates, y poderle tributar los homenajes de gratitud que, por ser de gran corazon y por haberle sobrevenido amargas adversidades, merecia muy en justicia.

El valeroso cantor y mirado caballero D. Alonso de Ercilla, levantando un asunto verdaderamente pobre y animando un cuadro de tristura y muerte, describe desde el final del canto XXIII de *La Araucana* hasta concluir el siguiente todo entero ese famoso combate, donde el autor del *Quijote*, confundido con muchedumbre de sus compatriotas, y ayudado de la juventud de otras naciones, dieron al mundo el brillante espectáculo á que sólo es dado asistir cuando pelean los ejércitos cristianos, guiados por la fe y sostenidos por una conciencia bien formada. Hallábase entre estas nobles figuras florida porcion de nuestra juventnd, y en el revuelto mar de los peligros y de

sangriento combate conservaron los españoles el grave continente, aquella dignidad serena y aquel anhelo de justa gloria, que más tarde, y acabada una lucha, son argumento de levantados poemas, dignos de los pechos hidalgos y de los nobles caractéres. Hay uno, entre éstos, digno de notarse. Nuestro D. Alonso, tan fecundo en su admirable cantar y en su donoso decir, respetaba á tal punto la majestad de sus príncipes, que «hablando algunas veces á Felipe II, siendo muy discreto hidalgo, que compuso el poema de *La Araucana*, se turbó siempre, sin acertar lo que queria decir, hasta que conociendo el Rey, por la noticia que tenía de él, que su turbacion nacia del respeto con que ponia los ojos en la majestad, le dijo: *D. Alonso, habladme por escrito.* Así lo ejecutó, y el Rey le despachó é hizo merced.» (*Avisos para Palacio*, impresos á continuacion de la *Carta y Guía de casados*, fólio 194.) Leccion es ésta para quienes, reputados de mirar noble y altivo cuando hablan desenvueltos cerca de los grandes, pierden ambos valores, el cívico y el de los combates, á presencia de los peligros. Ya veis cómo se componen admirablemente las ideas respetuosas con la vasta penetracion, y la digna independencia del concepto con su feliz expresion.

Tambien es disculpable, Señores, una mencion, jamas como se debe hecha, de nuestros nobilísimos y recatados artistas. Todo ello nos lleva, como por la mano, á comprender la verdad y propiedad de los cuadros, pasajes, escenas é incidencias, de las cuales fué tan hábil pintor y tan gracioso colorista nuestro Miguel de Cervántes Saavedra. Con la sola combinacion de las palabras castellanas, sujetas á su claro entendimiento y á merced de su imaginacion vivísima, acertó á significar qué cuadros y

cuántas figuras habia de copiar en el dibujo de cada una de sus páginas, cómo habia de colocarlas, y bajo qué actitudes debian ser representadas. Observacion tan sencilla, por lo mismo que es natural, basta ella sola para redondear la noble fisonomía intelectual y moral del soldado de Lepanto. Quien tantos placeres y solaz tan gustoso ha proporcionado á nuestro entendimiento, bien merecido tiene que, considerado como el príncipe de nuestros hablistas, pidamos por él al Padre de las misericordias, y que se cumpla en sufragio de su alma, si todavía lo necesitáre, y en alivio y descanso de todos los que, hoy especialmente, son objeto de nuestras cristianas peticiones.

Ofende demasiado el buen sentido quien, prescindiendo de las épocas y de los tiempos, presenta los sucesos y personajes en el punto donde precisamente él se encuentra. Así es que los valores de las cosas y los merecimientos de las personas tienen su respectivo precio, atendidas las circunstancias en que se realizaron y la manera como las contrajeron. Los hechos y dichos de Miguel de Cervántes Saavedra son tanto más dignos de estima, cuanto que verificados unos y estampados los otros en la amargura, ahogadamente y sin acaso esperanza de que las letras que se escribian pasáran á la posteridad, acreditaba este conjunto de circunstancias cuánta debia de ser en el ánimo de Cervántes la conciencia de su discrecion y filosofía, cuando estaba complacido en contarse, como si dijéramos á sí propio, lo que más tarde, mucho más tarde habian de recibir con admiracion, segun ahora recibe la Academia, muchas generaciones. Consienten las circunscias que, en alabanzas, aunque fúnebres, mencionemos algo de lo mucho que en el reinado de las letras dejó hábil y artísticamente construido el Príncipe de la lengua

española. Bien considerado, se observa que todo aquello que hoy mueve á los aventajados ingenios para crear y producir, debia desalentar á menudo al pobre, al desvalido, al abandonado Cervántes, quien podia mirar las cosas y á los hombres con el enojo y amargura que, hombres de otro temple, y que no fueran españoles, habrian derramado sobre la sociedad de su tiempo y sobre los personajes de su época. Tanto sufrimiento soportado sin queja y sin murmuracion envidiosa, será, no lo dudeis, Señores de la Academia, justo descargo, si ya no lo ha sido, en el tribunal santo de Dios, de las humanas flaquezas y de las miserias que el hombre, objeto principal hoy de nuestra admiracion y caridad, hubiere cometido.

La religion, que tan dignamente sabe hermanar todos los nobles conceptos con todas las aspiraciones dignas, levantándolas tanto más cuanto ellas se muestran más sencillas y de buen acomodo, nos inspira á la vez humana veneracion á las cosas del hombre, y por el hombre ejecutadas, acertando á referirlas á Dios, su autor; sirviendo á un mismo tiempo como de título precioso para abrigar legítimas esperanzas. Cuando hay la desgracia de no contar con estos motivos de justa apreciacion, viene luégo la desventura de un desdeñoso reconocimiento del mérito ajeno y el propio descontento. Muy pocos, en la época de Cervántes, miraron las cosas con este mirar prudente, cuando, desdeñosos en la grandeza, descastados amigos dejáronle vivir de su propio corazon y de su cabeza, sin que ni el estímulo pudiera alentarle, ni el elogio halagar su ánimo, ni darle solaz y anchura la generosidad y la hidalguía. Tanto mejor para Cervántes, que, relegado como estaba de la humana consideracion, unió á la corona literaria, que trabajosamente se labraba

entónces á sí propio, la otra corona que llama el cristiano resignacion en las penalidades, verdadero regalo de las misericordias de nuestro Dios. Cierto es, no obstante, que si fué desdeñado por el Duque de Lerma, mereció la paternal consideracion del arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, no ménos que la del gran Conde de Lémos. Hicieron bien de todas véras. El hombre que en el siglo XVI supo personalizar la caballería andante, dándola, en tono de defensa, ingeniósas arremetidas, de seguro que en pleno siglo XIX hubiera prestado verdadera sombra y figura á la razon, hoy preciada de omnipotente, deshaciendo con mano diestra, y al sólo empuje de su claro talento y de su imaginacion traviesa, mil pintados castillos y cien molinos de viento, terror pueril con sus aspas de asustadizas fantasías. No era posible; no cabia en el lúcido ingenio de Cervántes pasar por tantas vanidades, y ménos apadrinar con el prestigio de sus talentos las mil funestas teorías que alimentan cercana esperanza de regenerar el mundo por medio de ilusiones peligrosas. El libro de Cervántes, decia poco há un ilustre miembro de nuestra Academia, no es la locura de un hidalgo, ni la novela de un caballero andante, sino los anales del sentido comun; sus sentencias valen más que sus aventuras; y su forma, su forma, que todo lo salva; su forma, que es la más digna armadura con que reviste el hombre la inspiracion dada por Dios. . . . . (3).

Habia entre nosotros, en aquella venturosa época, una Órden religiosa, bajo la advocacion de la Santísima Trinidad, cuyo objeto era la redencion de cautivos, y á este instituto pertenecen las santas vírgenes, que hoy, con nosotros, y en este santo lugar, donde reposan las cenizas

de Miguel de Cervántes, piden con puro acento y conmovido espíritu por el eterno descanso de nuestro compatricio y demas aventajados ingenios. Glorioso es, por cierto, asistir con la consideracion al acuerdo y decision caritativa de estas vírgenes cristianas, cuya Órden, tomando entónces la parte de amor y de caridad que desdeñó tener su época en favor de Cervántes; vírgenes castas, retraidas, ocupadas en oraciones, en cánticos de alabanzas á Dios y en saludables maceraciones, tuvieron santo recuerdo y feliz consejo de contribuir al rescate de nuestro cautivo, dando las limosnas que la Órden recibia, la renta y frutos de las donaciones que la piedad de los fieles les hiciera, junto todo con los ahorros de una vida arreglada y penitente á las tiernas plegarias y á los suspiros entrecortados y lágrimas meritorias, á fin de recobrar del poder africano la preciosa existencia de un cristiano, del español Miguel de Cervántes Saavedra. Lo que no acertára, y ni áun imaginar pudiera el arrojo humano, los recursos del talento, la inventiva de la imaginacion, ni lo que en lenguaje moderno se llama patriotismo, hízolo la Órden á que pertenecen esas mujeres. No lo dudemos: en corazones cristianos y consagrados á la perfeccion, caben, como en justa medida, todos los nobles anhelos y todas las aspiraciones gloriosas. ¡Cómo no! si no alcanza la idea del hombre, ni Dios mismo quiso hacer por la humanidad nada más allá del sacrificio. Sí, Señores de la Academia: el sacrificio voluntario, el sacrificio buscado, aceptado, ofrecido, propio es del cristianismo. El sacrificio ofrecido por otros, propio es de los hijos del Dios que es caridad. El sacrificio hecho por otros sin vanidad, sin ostentacion, sin esperanza, sin retribucion humana, propio es de la escuela católica. Ese sacri-

ficio ofrecido de la humildad y de la grandeza, ha podido concebirse dentro del claustro, y por débiles mujeres, que en la oracion tocaban lo alto de los cielos, haciendo caer las misericordias libertadoras de nuestro Dios allí mismo donde no podia tocar la mano del hombre, ni sabia penetrar la astucia humana. Lo cierto es, que cuando nadie se cuidaba de Cervántes, débese á las monjas Trinitarias la conservacion de sus restos mortales. Dios sea loado, que así muestra su poder y la abundancia de sus piedades en medio de una sociedad escasa de sacrificios y pretenciosa de hazañas y de poder. En este punto, como en todos aquellos donde haya una idea salvadora, un interes de nobleza, de dignidad, de alta hónra y de preclaros merecimientos, allí estará, y estará con su sancion y santificándolo todo, el espíritu verdaderamente civilizador del cristianismo.

Comprended ya, Señores de la Academia, los sensibles desvíos que sin querer ocasionan el poco trato con los hablistas españoles y la demasiada familiaridad con el neologismo extranjero. El pensamiento, hablado por los españoles, es fijo, detenido y de fisonomía inalterable, á tal punto, que la medida de una produccion verdaderamente castellana es aquella en la cual, ni en fondo, ni en forma, se encuentra ese espíritu de incertidumbre, de melancólía, de nebuloso aspecto y de soledad apesadumbrada, que forma de ordinario el carácter de esas literaturas, que, andando y volviendo de uno á otro centro comercial, han perdido por completo su procedencia, y con ella su distintivo y propio nombre. El autor frances habla pensamiento aleman; éste, á su vez, tomando la suelta expresion y la frase galante de los franceses, balancea entre lo profundo y superficial; y ambos, perdiendo la

raza propia, han traido al fondo de la literatura europea un contingente de duda, de incertidumbre y de pesares, que desconciertan y amagan toda situacion doméstica y toda posicion pública. Nace de aquí, que respirando el mundo esa vaguedad funesta que lleva al *yo* pedantesco de las literaturas dudosas y flotantes, va perdiendo tambien la agilidad del pensamiento castellano, la claridad de la frase, la seguridad del acento, el fijo mirar y el atinado resolver que en cada página supieron dibujar, y repetidas veces, nuestros modelos y hablistas. Mirando por dentro los alegres asuntos, que con desembarazo trataron los autores españoles, á quienes hoy recuerda la Academia, es como se comprende la deuda de gratitud y de oraciones que con ellos hemos contraido.

Obsérvese con discrecion. En medio de tan nobles esfuerzos, y del alto vuelo que ha tomado el habla castellana, merced al infatigable celo de la Academia Española y al bien logrado empleo de tanto esclarecido ingenio, todavía tenemos que reparar ciertas ventajas que en sus obras, dichos y hechos tenian sobre nosotros los preclaros nombres que hoy aplaudimos. Sabian ellos celebrarse unos á otros sin lisonja y sin culpable emulacion; sabian censurarse unos á otros sin acritud y sin exceso; y sabian tambien lo que nosotros desgraciadamente desconocemos ó hemos olvidado. Sabian, Señores Académicos, sufrir unos de otros, teniendo por regalada merced la advertencia ajena. La carta, otra vez citaré á Teresa de Jesus; la carta, digo, de esta hermosa castellana, titulada *Del vejámen*, muestra es de amor á la verdad, y de aquel sincero desprendimiento que sólo cuadra en los corazones no divertidos en amor propio. La sentencia de esta clara vírgen, relativa al gran asunto ya aludido del

quietismo, vale por todo un mundo de discrecion y de consejo: «Caro costaria, dice, si no pudiéramos buscar á Dios sino cuando estuviésemos muertos al mundo. No lo estaba la Madalena, ni la Samaritana, ni la Cananea, cuando le hallaron.....: Dios me libre, añade, de gente tan espiritual, que todo lo quiere hacer contemplacion perfecta, dé donde diere.....» Podemos gloriarnos, con razon, de poseer en todos los ramos de una ciencia provechosa, caudal abundoso de discreto saber vertido con gracia inimitable á la armoniosa lengua castellana; así en el romance, así en el drama, así en el soneto, así en la historia, en la poesía, en la mística, como en los viajes y en la erudicion.

Habíamos dicho, como de pasada, que nuestros clásicos tenian á su disposicion el admirable secreto de proceder sin dudas ni vacilacion en sus intentos y designios. Así es, en efecto; lo que en los libros venidos del Norte es sombrío, incierto, melancólico, ensimismado y con aire de peligroso despecho, es, por el contrario, en los libros clásicos españoles, alegre, torneado, fijo, y de tal manera resuelto, que cada uno de los pasos dados en el órden intelectual y moral por nuestros hablistas, forma un bien asentado escalon para subir á las vistosas alturas del saber y de la belleza. No busqueis, Señores, en otro lado esta ventajosa posicion, sino en la fiel correspondencia que supo guardar el lenguaje castellano con la unidad de la fe, dentro de la cual la confesion, las valerosas afirmaciones y la diseccion verdadera del hombre caido y del hombre regenerado por Cristo, son otros tantos fundamentos y poderosos motivos para dar nacimiento, desarrollo y cima á obras tan esbeltas y levantadas como las que en su interminable catálogo registra la Academia.

Desde el momento en que por sorpresa ó por indiscrecion empezaron á introducirse en nuestros libros, y entre nuestros libros, áun en los devotos, palabras no exactas, incorrectas, y muchas veces de extraña vaguedad; desde entónces empezó á resentirse nuestra clásica literatura en su expresion franca, en su claridad, en la alegría de sus tonos y en el gracejo de su palabra. Lastimada en su fisonomía, y apagados sus colores, llevó su descompostura hasta asociarse con los que *hacen política* y pintan cuadros *remarcables*, dedicándolos al *Santo* Padre. ¡Ay, señores de la Academia! ¿qué diria de nuestros tiempos, de nuestra vacilante literatura, de las traducciones para nuestro teatro, y de los libros de texto para nuestras escuelas, el de los *Claros Varones*, el de *Las Semblanzas*, el de *La Araucana*, el de los *Nombres de Cristo*, el de la *Guía de pecadores*, la de *Las Moradas*, el de los *Autos sacramentales?* ¡Cómo, apartando la vista y con desden castellano, no lo dudeis, nos desconocerian en el traje que llevamos, en el hablar, y más aún en la hipocresía con que damos culto á los dioses extraños á esta Academia!

Y de quienes esto se dice, no es, en verdad, de los Señores que componen el primer cuerpo literario de España. Muestras dais cada dia de cultivar con aficion y esmero las letras españolas, enriqueciéndolas con caudal no prestado, afianzando su genealogía, y haciendo de todas maneras que no se pierdan aquellas palabras castizas, perspicuas y sonoras, con las cuales nuestros modelos expresaron sus nobles ideas y dibujaron sus cuadros graves, honestos y vistosos. Los honores que ahora tributa la Academia, así á Cervántes como á los demas ingenios españoles, tanto más aceptables son á las memorias hoy evocadas, cuanto con mayor pureza y mejor celo guarda-

mos el habla, de la cual se valieron ellos mismos para escribir sus libros, para decir mil donaires y para cantar llorosos ó plácidos cantares. Principalmente veneramos el renombre de nuestros claros varones, cuando entregados, como á punto culminante y á objeto preferente, á la súplica y plegaria ante el Dios de las misericordias, en obsequio de nuestros hablistas, pedimos y rogamos con la fe y la esperanza que los mismos tuvieron, y que alimentó sus corazones, imprimiendo en ellos el vuelo de la piedad y del amor para que pudieran legarnos los ricos caudales de su saber y de su erudicion.

En medio de tanta espuma de mar, de tanta vanidad acariciada, y de tan livianos empeños como ocupan las ligeras fantasías, persuade mucho, Señores de la Academia, ese concebir hermoso, ese proyectar resuelto, esa decision sin dudas y sin discusiones que alentó al más noble de los sacrificios á la Órden de la cual son hijas esas mujeres, sencillas todas, de modesto mirar y de sentidos mortificados. Por lo mismo que tan extraña parece obra de este aliento y temple, es más de admirar naciera y se realizase entre el incienso de las oraciones y en el silencio del claustro, nunca interrumpido sino por el cántico de los *Salmos* y de las *Profecías*. ¡Y qué, Señores! ¿no podrá alcanzar todavía el gemido suspirante de la vírgen á Dios consagrada la libertad de ese cautiverio intelectual y moral, donde, para propio castigo, parece mirarse bien hallado lo que se llama mundo en lenguaje del mundo? ¡Y qué! ¿no es cierto que donde trabaja la duda, donde tiene asiento la inquietud y la ambicion, no puede haber espontáneas decisiones, noble aspiracion, ni sacrificio glorioso? ¿Dónde están, fuera de nuestro clasicismo, esos argumentos que no parecen traidos, sino encon-

trados; esas discretas razones, esos vocablos propios, adecuados, claros como la idea sin pretensiones; ese ir y volver sobre los asuntos, llevando al lector deleitosamente como si supiera por dónde va, y como si el campo que con admirable sorpresa se le descubre, le fuera de mucho há conocido y practicado? No lo dudemos: miradas las figuras españolas, ya en su gallardo vestir, como dejando caer el gentil embozo de su airosa capa, hállase el espíritu altamente complacido y noblemente admirado. Justo, justísimo es tributar el homenaje de nuestra gratitud y de nuestras oraciones en obsequio de las almas que, educadas á la antigua española, y por serlo así, acreedoras á nuestra admiracion, pudieron obligar á los tiempos venideros con deuda de gratitud en el religioso deber de encomendarlas á las misericordias del Altísimo.

Justo es sobremanera acompañar con la honra del recuerdo á tantos esclarecidos varones como dejamos nombrados, y nombrando á todos los demas bajo la enseña de Herrera, Garcilaso, Lope de Vega y Calderon, de quien dijo Linguet: «Si hubiera sido griego, no se le nombraria sin veneracion; y á haber nacido en Francia, hubiera dejado poco que hacer á los Corneilles y Racines.» Quede tambien vindicada la honra española en el recato de Boscan, comparado con el tono inhonesto de Bembo; y si Castillejo, con Quevedo y algun otro, excedieron los límites de la agudeza y de la crítica, dando mal ejemplo en el empleo de sus talentos, compréndase que esta sensible excepcion suele ser regla harto comun en los poetas de otras naciones, ligeros, envidiosos, libres, muchas veces cáusticos y vanidosos. Y ya que de cantores se trata, cuando nuestro Ercilla hace hablar al denodado anciano Colocolo en el magnífico canto II de *La*

Araucana, dirigiéndose á los jefes de ejército con motivo de la eleccion de general, arranca de Voltaire (4) la confesion de ser comparable este discurso con el de Néstor, en la *Ilíada*, á los capitanes griegos, añadiendo que en esto excede en mucho *La Araucana* al poema de Homero. ¡Así cantaba D. Alonso Ercilla á los veinte y nueve años de su edad!

Tenemos por *Horacios españoles* á los Argensolas; y áun el mismo Góngora, hueco y oscuro, tornó su hablar en delidada frase, en estilo elegante y armonioso. Villégas, *criando risas y cantando versos* (5), y deleitando con su repetido *ya* (6) á cuantos son capaces de sentir bellezas. ¿Y á quién no embelesa el amoroso *Zéfiro blando,— Dile que muero,— Temo sus iras,— Nieve á la tierra,— Hiera tus alas*, de la *Oda sáfica?* (7). Mas levantemos ya del sepulcro de un santo rey (Fernando el Tercero) para colocarlos sobre las sienes del Ovidio cristiano, Fr. Luis de Leon, aquellos motes de renombre que tan bien cuadran al celebrado cantor de los *Divinos cantares:* «Fué el más leal, el más verdadero, el más sofrido, el más omildoso, el que más temie á Dios, é el que más le facia servicio.»

Tengo aún que decir dos palabras á la Academia. Sorprendido por la honrosa propuesta que en favor de mi humilde persona hicieran muy competentes literatos, y aún más por la benevolencia con que fuí admitido en concepto de socio correspondiente del primer cuerpo literario del reino, confieso con verdad que experimenté especial contento y túvelo por buena dicha. ¿Es, acaso, por ver premiado algun propio desvelo? ¿por considerar que en hacer esto iba reconocido algun mérito? ¿porque pudiera entender serme tal distincion de personal prove-

cho? No, por cierto, Señores; creo que la Academia ha dado un gran paso trayendo á su seno al sacerdote, al Obispo, al ministro de Dios que enseña, al letrado de la religion, y aplaudo con todo mi corazon el pensamiento de mis dignísimos compañeros; los aplaudiria hoy el Marqués de Villena con el gozo que vió fundada esta Corporacion en 1713 á impulso de su celo por las letras; los aplaudo con la voz levantada y con el acento de la gratitud. Celebro estas honras hechas por la Academia, no á un nombre demasiado modesto y de ninguna significacion literaria, sino á la profesion y dignidad que naturalmente trae á la memoria los nombres de mil letrados y beneméritos obispos y eclesiásticos españoles, miembros que fueron de la Academia, y que recuerda al lado de Colon al fraile Marchena; al de los Reyes Católicos á Cisneros; entre nosotros, en tiempos no tan remotos, á los Radas, Gonzalez, Silvas, Taviras, Listas y Amat; recuerda tambien la decision admirable y los sacrificios heroicos del padre mercenario Jorge Olivar, comendador de Valencia y redentor por la corona de Aragon, íntimo amigo de nuestro Cervántes; no ménos que los nombres de fray Juan Gil y de Fr. Antonio de la Vella, trinitarios; y recuerda los sacrificios personales de los religiosos para volver dulce libertad por cruelísima esclavitud al príncipe de las letras españolas, Miguel de Cervántes Saavedra (8).

Permitidme todavía, Señores Académicos, encareceros me dispenseis haya tomado de entre mil unos cuantos, ya que no he podido reunirlos ni contarlos. Y áun así, pena me cuesta dejarlos por dominar. Recuerdo con este motivo lo que acaeció á Pedro el Grande, despues de haber declarado guerra á los suecos. Vencido por éstos en

varios encuentros, dijo: « Sé que nos batirán largo tiempo; pero aprenderémos á batirlos. Evitemos las acciones generales, y los debilitarémos en combates pequeños.» Así acaeció. Despues de grandes quebrantos, alcanzó en Pultawa una victoria completa, y dijo: « Vivan nuestros maestros en la guerra.» Digámos nosotros: Gloria, honor y alabanza á todos nuestros maestros en la lengua y en las letras; aquella gloria, honor y alabanza que la oracion cristiana da á los finados, pidiendo que por la misericordia del Señor descansen en paz. AMÉN.

NOTAS.

(1) Celebrando nuestro Ercilla glorias de muy diversa especie, cantó:

Si de todos aquí mencion no hago,
No culpen la intencion, sino la mano,
Que no puede escribir lo que hacian
Tantas como allí á un tiempo combatian.
(*La Araucana*, parte II, canto XXV.)

(2) Alusion á la *Carta* núm. XXXI, escrita á su hermano el señor D. Lorenzo de Cepeda. La remata así: « Pensé que nos enviára vuestra merced el villancico suyo; porque éstos ni tienen piés ni cabeza, y todo lo cantan. Ahora se me acuerda uno, que hice una vez, estando con harta oracion, y parecia que descansaba más. Eran (ya no sé si eran ansí), y porque vea, que desde acá le quiero dar recreacion:

» ¡ Oh hermosura, que excedeis,
A todas las hemosuras!
Sin herir, dolor haceis,
Y sin dolor, deshaceis
El amor de las criaturas.

» ¡ Oh ñudo, que así juntais
Dos cosas tan desiguales!
No sé por qué os desatais;
Pues atado, fuerza dais,
Á tener por bien los males.

» Quien no tiene sér juntais
Con el Sér que no se acaba;
Sin acabar, acabais;
Sin tener que amar, amais;
Engrandeceis nuestra nada.

»No sé me acuerda más. ¡Qué seso de fundadora! Pues yo le digo que me parecia estaba con harto cuando dije esto. Dios se lo perdone, que me hace gastar tiempo; y pienso le ha de enternecer esta copla, y hacerle devocion; y esto no lo diga á nadie. Doña Guiomar y yo andábamos juntas en este tiempo. Déla mis encomiendas.»

(3) Discurso de contestacion del Sr. Marqués de Molins al de recepcion en la Academia, del Sr. Campoamor.

(4) «Preciso es confesar, añade, que somos deudores á España de la primera tragedia apasionada, y de la primera comedia de carácter que han ilustrado la Francia.» (*Coment. sobre el Embust.*, de Pedro Corneille.)

(5) Alusion á su celebrada cantinela, *El amor y la abeja.*

CANTINELA DEL AMOR Y LA ABEJA.

Aquellos dos verdugos
De las flores y pechos,
El amor y la abeja,
Á un rosal concurrieron;
Lleva armado el muchacho
De saetas el cuello,
Y la bestia su pico
De aguijones de hierro.

Ella va susurrando,
Caracoles haciendo,
Y él criando mil risas
Y cantando mil versos.
Pero dieron venganza
Luégo á flores y pechos,
Ella muerta quedando,
Y él herido volviendo.

(6) Alusion á la de *Un pajarillo.*

CANTINELA DE UN PAJARILLO.

Yo vi sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Vile tan congojado
Por tal atrevimiento,
Dar mil quejas al viento
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
Esforzando el intento,
Mil quejas repetia;

Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvia.
Ya circular volaba,
Ya rastrero corria,
Ya, pues, de rama en rama
Al rústico seguia,
Y saltando en la grama,
Parece que decia:
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía;
Y que le respondia
El rústico: No quiero.

(7) ODA SÁFICA.

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del Abril florido,
Vital aliento de la madre Vénus,
Céfiro blando;

Si de mis ánsias el amor supiste,
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi ninfa dile,
Dile que muero.
Filis un tiempo mi dolor sabía,
Filis un tiempo mi dolor lloraba;
Quísome un tiempo, mas agora temo,
Temo tus iras.
Así los dioses, con amor paterno,
Así los cielos, con amor benigno,
Nieguen al tiempo que feliz volares,
Nieve á la tierra.
Jamas el peso de la nube parda,
Cuando amanece la elevada cumbre,
Toque tus hombros, ni su mal granizo
Hiera tus alas.

(8) Cervántes estuvo cautivo desde 26 de Setiembre de 1575 hasta 19 de Setiembre de 1580; luego permaneció en Argel algun tiempo como medio año.

Fué rescatado por 500 escudos; es decir, 6.750 reales, y agregando los 45 reales de derechos á los oficiales de la goleta, será el costo total de 6.795 reales, para cuyo pago entraron las partidas siguientes:

	Rvn.
La madre y hermana de Cervántes, 300 escudos.	3.900
Limosna de Francisco de Caramanchel, doméstico del consejero don Iñigo de Cárdenas.	250
De la limosna general de la Órden, 50 doblas.	250
Se buscaron prestados entre mercaderes 220 escudos.	2.970
	6.770

Los padres redentores se obligaron, á nombre de la Órden, á reintegrar en Argel las cantidades que tomáran para el completo. (NAVARRETE, *Vida de Cervántes.*)

ELOGIO

DEL REY DON ALONSO EL SABIO,

PREMIADO

POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN JUNTA QUE CELEBRÓ EL DIA 15 DE OCTUBRE DE 1782.

SU AUTOR

DON JOSEPH DE VARGAS Y PONCE,

Guardia marina de la Real Armada (1).

Onde conviene mucho al pueblo, que así como en la vida son tenudos de honrar al Rey, que así lo fagan á su finamiento.

DON ALONSO, *ley* 19, *tít.* XIII, *Part.* II.

Acuciosо debe el Rey ser en aprender los saberes: ca por ellos entenderá las cosas de los reyes, et sabrá mejor obrar en ellas.

DON ALONSO, *ley* 16, *tít.* I, *Part.* II.

Los sabios antiguos, que fueron en los tiempos primeros, é fallaron los saberes, et las otras cosas, tovieron que menguarian en sus fechos, ó en su lealtad, si tambien no los quisiesen para los que habian de venir como para sí mesmos, ó para los otros que eran en su tiempo.

Prólogo del mismo DON ALONSO *á la Crónica General.*

Como yaz solo el Rey de Castilla,
Emperador de Alemania que foe:
Aquel que los reyes besaban el pié,
E reynas pedian limosna é mancilla:
El que de hueste mantuvo en Sevilla
Diez mil de á caballo, et tres dobles peones:
El que acatado en lejanas naciones
Foe por sus tablas, é por su cochilla.

El mismo DON ALONSO, *al principio de sus Querellas.*

Tan ingrato es el género humano, como menesteroso; tan dispuesto á olvidar al bienhechor, como tardo en co-

---

(1) Fué nombrado Académico de número á 22 de Marzo de 1814; falleció el 6 de Febrero de 1831.

La Academia ha resuelto incluir en estas MEMORIAS las obras más notables ó ménos conocidas, tanto en prosa como en verso, premiadas en los concursos públicos celebrados desde que se establecieron bajo la ilustrada y fecunda direccion de D. Fernando de Silva, Duque de Alba, que dejó de existir, pendiente aún el primero, en 15 de Noviembre de 1776. El presente *Elogio* aspiró al premio, y le obtuvo en el cuarto de los certámenes celebrados durante el último tercio del siglo anterior.

nocer el beneficio. Podrá hacer su necesidad que la acepte; pero jamas su altivez se humillará á besar la liberal mano que le dispensa. Desvanecido en una quimérica presuncion, admite los presentes más gratuitos con el desdeñoso ceño que un soberbio amo las debidas tareas de un esclavo. Califica los dones de tributos, y negado á conocer el servicio, está tan distante de la recompensa como del agradecimiento. ¡Desdichada virtud, si necesitára, para hacerse amar, del aura de los pueblos! El candor de una alma grande halla su gloria en lo justo, y no necesita más retribucion. La primera hazaña del héroe es saber hacer bien á personas de cuyo abandono está como seguro, y apelar de estos ultrajes á la benévola posteridad. Merece en su tiempo para gozar en los venideros; crece la admiracion en razon de las distancias, y su yerto polvo cobra con usura cuanto se le negó viviente.

¡Feliz la era que así acoge al mérito! ¿Y podrá llegar la preocupacion al extremo de condenar un elogio debido á la época de la resurreccion del buen gusto? El siglo décimo-octavo debe estar muy distante de estas sospechas. Será uno de los rasgos que le honrarán en los futuros tal dictámen de un ilustre cuerpo de ciudadanos que hermanan á la severa integridad de Catón la varonil elocuencia de Tulio. Cuando éstos se juntan á señalar el gran hombre que debe ser objeto de los votos de una nacion elocuente por genio, tienen suspensa á esta misma nacion, y á la multitud de sus héroes que creen merecerlos. Yo me imagino sus caras sombras solícitas por granjearse el único monumento que es premio de la virtud, presentar en el santuario de las Musas el mérito de sus acciones, su brillantez, su número. Poseidos de una emulacion noble, áun sin llegar á los Ramiros, á los Fernan-

dos, á los Ordoñez, un Mendoza, un Albornoz, un Cisneros, un Cortés, un Córdoba, un Toledo, disputarse la preferencia, y ofrecer el vario cuanto lucido espectáculo de su heroicidad á la viva imaginacion de sus censores, á cuya justa rigidez ni ofusca el esplendor de los doseles ni conmueve el estrepitoso estruendo de las armas. Sabiendo discernir la verdadera de la falsa gloria, el mérito es el solo acreedor á sus sufragios. El mérito cubierto de la púrpura, las ciencias bajo el arnés, la filosofía elevada al trono los junta, los reune, los conforma; y Alfonso, Alfonso lleva el mérito de la eleccion. Eleccion tanto más gloriosa, cuanto más esclarecidos sean los concurrentes. Permítaseme repetirlo: ¡Feliz la era que así acoge al mérito!

La mayor parte de los hombres proceden por preocupacion, votan por capricho, alaban sin exámen, condenan por costumbre. De aquí el calificar las acciones segun es más ó ménos brillante la superficie que presentan á una vista grosera, que no sabe pasar de esta misma superficie. De aquí el mirar á los literatos, no como una porcion pura y escogida de conciudadanos que renuncian la fortuna y el descanso por el penoso arte de instruir, sino como una especie de animales raros, cuyo humor melancólico los distingue del resto de los hombres, sólo aptos para entretener su indolente estupidez. ¡Con cuán contrario aspecto mira al sabio el que alcanza á conocerle! No ve aquel espíritu bullicioso y fugaz, aquel ánimo arrogante y feroz, aquella resolucion intrépida y temeraria, que por general desgracia es el comun carácter del guerrero; ni nota aquel genio suspicaz y emprendedor, aquella intencion reservada y doble, aquel juicio agitado y vário con que se distingue él político; ántes sí admira

un espíritu desembarazado y dispuesto, un ánimo seguro y liso, una resolucion pausada y prudente, un genio abierto y noble, una intencion sana y sencilla, un juicio medido y cierto. ¡Qué distinto el sabio del guerrero, á quien sólo una dura necesidad puede hacer útil, y con cuyos funestos talentos, sólo cuando estén ociosos, será compatible la felicidad de los demas hombres! ¡Qué diverso el sabio del político, cuyas atrevidas hipótesis hacen á los pueblos más de una vez víctima de sus cálculos! El sabio, siempre útil, siempre apreciable, es blason, es honor de la sociedad á quién cupo en suerte: todos los reinos, las edades todas le envidian, le apetecen, y sus tareas son las delicias del universo.

Mas, por una triste fatalidad, aquellas mismas acciones de más pompa que provecho, aquellos hombres sanguinarios, aquellos maestros del arte de destruirnos, excitan, conmueven, arrastran nuestras admiraciones, y cede al aplauso de sus glorias el lugar debido á la compasion de nuestras miserias. ¡Qué honor para un Condé, para un Turenna, para un Saxê, ver elogiadas sus cenizas por las plumas más sublimes (1) y elocuentes (2) de su siglo! (3). La humanidad ultrajada en vano grita, para confusion nuestra, que si Arístides mereció el epíteto de justo, y Phocion el de hombre de bien, ni aquél le debió á Maraton, Salamina ó Platea, ni éste á sus cuarenta y cinco generalatos.

Alguna vez, pues, habia de tener lugar un hombre cuya primera ocupacion fué el estudio; un guerrero que

---

(1) Bosuet.
(2) Flechier.
(3) Mr. Thomas.

sabía arrimar la espada; un príncipe todo para los suyos, hasta olvidarse de sí; un rey que entre el polvo de la campaña, que entre los afanes del trono se acordaba de las Musas; un héroe, ni abandonado al furor de las conquistas, ni enervado en brazos de la ociosidad; un hombre grande, un guerrero afortunado, un príncipe cumplido, un rey completo, un héroe consumado, un Alfonso, en fin, gran político, gran general, gran monarca; por cualquier parte grande, ilustre, admirable. Á la frente de sus ejércitos pasma su valor, su presencia de ánimo, su vigor, su constancia. En el sólio admira su inexorable justicia, su tierna piedad, su cuidado en dar leyes, su celo en velar sobre su observancia, su atencion al progreso de las ciencias, al adelantamiento de las artes, de la navegacion. En el gabinete espanta su infatigable aplicacion al despacho y á las letras, su fina política, su talento en conocer los de sus vasallos, su cuidado en premiarlos. En su vida privada se nota un hijo sumiso, un esposo fiel, un padre vigilante en formar de sus hijos reyes dignos de tal padre y de tal madre. Y en todas partes, y por todo, luce su piedad, brilla su religion y llena todos los números de un Alfonso el Sabio.

Su primer blason fueron sus padres Beatriz y Fernando. Beatriz, de las grandes casas Suevia y Comnena. Fernando, que debia el sér á Berenguela, quien supo renunciar el reino para un hijo, y tomó á su cargo el criar un nieto para el reino. Fernando, que á costa de sus virtudes conquistó el cielo, despues que á costa de hazañas ganó á Baeza, se apoderó de Córdoba, expugnó á Jaen y triunfó en Sevilla. Pero pues tanto ayudó á esto Alfonso, toca á su vida. Dichosa porcion de Castilla, Toledo, recibe en tu recinto un hijo que te colmará de glo-

ria. Él hará tu nombre famoso entre las gentes, no por uno de aquellos destrozos que hicieron célebres á Timbrea (1) y Arbélas (2); no eternizará tu nombre con hazañas que estremezcan la humanidad, que horroricen la naturaleza, y á cuya memoria aún palpite el corazon de algunos pueblos.

Nació con una alma noble, una índole afable, un corazon magnánimo, en era tanto mejor que la nuestra, cuanto ménos corrompida. Estaba más robusto el juicio, aunque ménos alimentado el entendimiento. Tenía entónces la frugalidad los mismos patrónos que ahora el lujo; y éste, más desconocido que el Nuevo Mundo, quitaba á aquélla las exterioridades de virtud. ¡Oh siglos de nuestros padres! Al modo que la parca Roma, ántes de subyugar á la voluptuosa Corinto, aunque falta de pinturas y estatuas, abundaba de héroes á quien consagrarlas, la sobria España, sin tesoros, sin Américas, con ménos medios de superfluidades, distaba más de corromperse. Moderados por hábito perdian con él eleccion el mérito, y á expensas de sus sudores parece pensaban en justificar nuestra vanidad. Nació, y poco titubearon sus padres en ponerle el nombre. El respeto á los antepasados, y cierta especie de buen agüero, le destinó el de Alfonso; nombre á que se habian unido los epítetos de Católico, de Casto, de Grande, de Valiente, de Noble, de Bueno, de Conquistador; nombre á que iba á unirse el de Sabio, y aún no era todo (*A*).

---

(1) Batalla que, vencidos los asirios, adjudicó el imperio de Occidente á los persas.

(2) Batalla que, vencidos los persas, dió su imperio á los macedonios.

(*A*) Véase la nota bajo esta letra.

Aunque las contínuas expediciones de Fernando no le dejaban lugar para velar en la educacion de Alfonso, tenía en Berenguela un sustituto, en quien aseguró el éxito desde que tomó el encargo. Estaba enseñada á criar ilustres hijos. Codiciosa de hacerle aventajado, miéntras su padre, á expensas del decaido árabe, engrandecia su Estado, ella, tomando por instrumento al mismo árabe, enriquecia su entendimiento con ciencias, de que era el único depositario, reservando á otros más dignos maestros la instruccion de la moral, para que, al paso que formasen los unos sus talentos, corroborasen los otros su corazon con saludables máximas. De lo bien que prendió todo, dió la vida del alumno no equívocas pruebas.

Al lado de sus preceptores podemos considerar al jóven Príncipe, solícito de hacerse capaz del reino á que estaba destinado. Nada hay en el hombre más natural, más vivo que una innata curiosidad, que una propension á saber, que ni puede deprimir ni satisfacer bastantemente. Aislado dentro de sí mismo, tiene un oculto estímulo á indagar, á comprender lo que es, lo que habita, y su destino. Por limitado que sea y que se juzgue, halla en sí disposicion á alguna cosa, á un ejercicio, á una facultad. Si su entendimiento es de esfera superior, ya se cree capaz de muchas. Á los ingenios raros, á los ingenios universales está reservado no desdeñar ninguna, emprenderlas todas y casi conseguirlas. ¡Qué espectáculo para éstos! La misma sublimidad de su espíritu los arrebata, y por una especie de entusiasmo, el primer objeto á que se deja ir es á la investigacion de la más hermosa parte del globo, ó porque nació para contemplarla, ó porque su misma dificultad se la figura más digna. Lo intrincado le mortifica, lo dudoso le abruma, lo imposible le despide. Sólo

saca una idea más ó ménos confusa de su bello órden. Desciende con deseo de castigar su ignorancia, y se ciñe á los objetos que le rodean. Éstos le muestran efectos, ocultándole motivos. Modesta y útil tarea, si se empeñan en abrazar los primeros, porque le prestan un bosquejo de la naturaleza acomodado á su alcance. Ambiciosa imprudencia, si presume investigar los segundos, porque es el último arrojo de la temeridad. Abatido su espíritu y harto de dudas, se encierra al fin dentro de sí mismo, donde encuentra algunos, aunque débiles conocimientos, ya en la uniformidad invariable de ciertos resultados con principios conocidos, orígen de la única ciencia, en que no halla opiniones; ya meditando lo que debe á los demas, y lo que recíprocamente le deben; ciencia que arregla su carrera y justifica su fin (*B*).

Acabada apénas, con estas ocupaciones, la puericia, solicitaba Alfonso proporcion de señalarse. No se descuidó su ínclito padre, y todo convidaba; su edad, lo cercano del teatro de la guerra, que nunca estaba sin actores, la constitucion del reino y el carácter de la nacion. De diez y siete años enristró por primera vez la lanza, sirviendo con las primicias de su valor á sí, á la patria y á la religion de sus mayores. Humillado el orgullo agareno, un segundo precepto le destina á reprimir la altivez de un ilustre vasallo (1), que se negaba á su deber, con lo que empezó á experimentar cuál habia de ser la ocupacion de su vida, fluctuando entre urgencias extrañas y sinsabores domésticos.

Desde aquí todo está animado, todo está en movimien-

(*B*) Véase la nota bajo esta letra.

(1) D. Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya.

tó en la vida de Alfonso: ya no habrá en el Estado resolucion sin su consejo, empresa sin su brazo. La Europa toda, fijos en él los ojos, observaba cuál sería su ensayo. Breve trocó la cúriosidad en admiracion al saber que su primera campaña le valió un reino. Hay acciones tan grandes por sí, que no se pueden ponderar sin debilitarlas. Su sencilla narracion da una idea más completa de su mérito. Tal fué la rendicion de Murcia. Una grave dolencia detiene á Fernando; la muerte de un ilustre caudillo (1) deja desamparada la frontera; nuestro Infante va á sustituir á entrambos; halla en Toledo embajadores del Rey de Murcia, que venian á ofrecer aquellos dominios con ventajas; acepta sin consultar á su padre; muda sus designios, vuela á Murcia, llevando consigo aquel adalid esforzado á quien una piadosa tradicion hace el Josué de España (2); se apodera del reino, ménos algunas poblaciones, y con una corona que debia á su diligencia, vuelve á Fernando, quien con la nueva sería ocioso decir estaba recobrado. Acompáñale á que tome posesion de su conquista, y en un tercer viaje la completa con la gloriosa toma de tres fuertes plazas (3) en que obró su valor lo que en la antecedente su buena dicha.

Ya le llamaba otro cuidado, acabado éste, porque el monarca portugués, desposeido por un hermano altivo y unos vasallos ingratos, vino á ponerle un vivo ejemplar en que repasase los reveses á que está expuesto el cetro. Sancho, despojado por Alfonso, se acogia á otro Alfonso, que tambien habia de ser destronado por un Sancho. La

---

(1) D. Álvar Perez de Castro.
(2) D. Pelay Correa, maestre de Santiago.
(3) Mula, Lorca y Cartagena.

justicia de ambos tuvo igual desgracia; pero nada le quedó que hacer al nuestro, y en nada faltó á su ilustre huésped hasta que en Castilla le halló su fin.

Seguir paso por paso la vida de un príncipe, descender hasta sus empresas ménos importantes y dar una prolija noticia de los negocios en que intervino ó tuvo parte, podrá ser objeto de su historia, pero no ciertamente de su elogio. Éste se debilita con menudencias comunes, que sólo sirven para robar el lugar á aquellas acciones grandes, que deben hacer su fondo, y á las reflexiones, que dan el lleno de luz correspondiente. Mas como á éstas las justifican los hechos, es necesario sembrarlos con economía, sin que se escaseen cuando contribuyen á dar á conocer los usos, costumbres y circunstancias que pintan el carácter del héroe. Así procurarémos delinear el del nuestro, en que tanto hay que decir, evitando con estudio la fastidiosa relacion de las maniobras militares, porque son inductivas de error en la ignorancia de la táctica antigua, y porque no fueron las que constituyeron á Alfonso el Sabio.

Dominan las naciones en el mundo como los sistemas científicos en el entendimiento: al séquito del uno sigue el desamparo del antecedente, y del mismo modo que la atraccion no fué ménos funesta á la impulsion que la impulsion al peripato, así el árabe no ménos terrible al godo que el godo al romano. Tocaba á los bordes de su ruina aquella valerosa raza que unida se hizo formidable. Sus disensiones intestinas la hicieron presa del aragonés y del castellano que, animados de un justo ódio, querian purgar la península de los advenedizos que la usurparon tan larga serie de años. Fernando, ardiendo en este santo celo, medita la toma de la metrópoli de Anda-

lucía. El destino habia puesto límite al curso de sus conquistas junto adonde Hércules al de sus viajes. El costo calificó el precio de la empresa, que sólo se hizo asequible por los más extraordinarios prodigios de valor. Empresa en que se desmayaba, cuando la presencia de Alfonso reanimó el ejército, en el que obró tanto, no sin grave peligro de su persona, que mereció dejasen á su eleccion las condiciones de tan señalado triunfo (*C*).

Completó Fernando su carrera: trocó de corona, y dejando á su primogénito una expuesta á todas las vicisitudes de la fortuna, se ciñó la inmarcesible, que jamas le será quitada. Príncipe afortunado, que por la escala de la prosperidad supo ascender á la cumbre del merecimiento. Héroe, que acaso quejoso es uno de los candidatos que esperan los sufragios de la nacion para elogiar sus hazañas, puesto que están ya canonizadas sus virtudes.

Cargó, pues, sobre Alfonso el inmenso peso de un reino, cuando la capital del orbe y su comarca estaba devorada por dos facciones, que sólo tenian razon en negársela recíprocamente. El imperio romano, si merecia este nombre un descarnado esqueleto que sólo conservaba la sombra, estaba disputado entre competidores que usaban de las más impropias armas. ¡Siglo infeliz, que apreciaba ménos el talento de un general, árbitro de la victoria, que la perfidia de un médico hebreo pronto á administrar un tósigo! Dividido el Oriente de todos modos, iba madurando su ruina, desmembrándose de suerte, que, cuando se verificó, no merecia el nombre: semejante al caudaloso Rhin, que es un miserable arroyo cuando desemboca en el Océano. Nuestra ínclita limítro-

---

(*C*) Véase la nota bajo esta letra.

fe, bajo el yugo de un rey tan santo como desgraciado, mantenia con vigor una guerra onerosa. Su perpétua rival, con ménos poderío y ménos altivez, aún no conocidas las ventajas de su situacion, se equiparaba al escocés, al húngaro, al sueco, al danés, al polaco, reinos ilustres por su antigüedad; pero como los nobles de gran nacimiento y cortas rentas, de poca representacion y menor influjo. Todos en general preocupados, habia dos siglos, del fervor de ir á enterrar ejércitos al Ásia, sin que lo mitigase el ningun fruto. Los moscovitas aún no eran contados entre los hombres. El monarca prusiano, algo más que un caballero particular. La república bátava no existia. Tal era el estado político de la Europa. El moral, la unidad de la religion la abrazaba toda, y la perversidad de costumbres la desfiguraba, de lo que éramos los mejor librados nosotros. Pero, sobre todo, mucho más mísero y deplorable el de la literatura, sin conocimientos, sin academias, sin aplicacion; y por colmo de la desgracia, empezando á descollar la cerviz el espíritu de disputa, y á tiranizar el entendimiento el mal uso de la escolástica, con sus voces faltas de sentido; fiebre de que por tantos siglos adoleció el Occidente, y de que los últimos nos vamos recobrando con tarda convalecencia.

No tan deplorable el estado de la península. Espiraba el reino más glorioso que conoció Castilla, dejando en sus nacionales, entusiastas del honor, fundadas esperanzas de ir á pagar al Africa sus funestas irrupciones. Aragon con uno de sus mayores príncipes ensanchaba sus límites y sus glorias. La corona matriz de las anteriores peregrinaba en sienes extrañas, pero sin menoscabo. El portugués, legitimada su tiranía, conservaba en corto Estado sobrada reputacion. Granada, al fin, vacilante, reconocia

á su pesar vasallaje, y como can indómito forzaba alguna vez su cadena. Mayores medras disfrutaba en las ciencias, pues á excepcion de la del gobierno de los pueblos, que la necesidad hacia florecer en Italia, nos debe la Europa cuantas, cultivadas con tan buen suceso, forman hoy digno objeto de nuestra emulacion, y entónces, aunque diminutas, las abrigaba España en naturales, que miraba como extraños.

Alfonso, apénas rey, concibió el vasto designio de hacerlas transmigrar á sus verdaderos naturales; pero ántes era necesario darles expresiones para tratarlas con decoro. Aquí, aquí está situado uno de los puntos de apoyo de sus glorias, no de los ménos sólidos, y el ménos contestado. Yacia la lengua española, si era alguna, en el mayor desaliño, incultura y barbarie. Tan diversos dueños, tan diferentes mezclas habian alterado y corrompido la pureza del dialecto de Augusto, que él hizo triunfase en España verosímilmente sobre la ruina de los de Sanchônianton (1) y los Hannones (2). El godo empezó la obra que perfeccionó el árabe, y el abandono de aquellos siglos, tan abundantes de Aquíles como escasos de Homeros. Nuestro monarca Sabio remedió este descuido, juntando en un nuevo lenguaje, ya las expresiones de Píndaro y Aboulola (3), ya las de César y Ataulfo. Á su esmero se debe el idioma más completo, más rico, más armonioso, ora por la órden de las frases tan cabales y ajustadas, ora por la multitud de las terminaciones, tan llenas y perfectas, ora por las modulaciones de la voz,

(1) Célebre escritor fenicio.
(2) Ilustres escritores cartagineses.
(3) El primero de los poetas árabes.

tan dulces y sonoras. Idioma que es sin duda el primogénito del latino, y el que más se acerca á la abundancia ática. Idioma que lleva tantas ventajas á todos los vivos de la Europa, ni tan pobre como el galo, ni con la desagradable uniformidad del toscano, ni tan escabroso como el anglo, ni con la insufrible dureza del aleman. Idioma que un héroe sucesor del nuestro, que los poseia todos, preferia como el más digno para llevar sus suspiros á la divinidad (*D*). Idioma, al fin, que entre los Solises, los Saavedras, los Mendozas, llegó al colmo de la limpieza, al término de la esperanza. Ea, Alfonso, tus votos están cumplidos, tus afanes recompensados. Ya tu nuevo dialecto tiene santuario en que perpetuar su culto. Ya sus celosos ministros, despues de exhalar el debido incienso á la memoria del gran fundador del templo, convidan á la elocuencia nacional para que emplee todos los primores de sus voces en elogiar la del gran inventor del númen. Duélome que el desentono de la mia no me deja lugar en tan ilustre coro.

Perfeccionado tan á satisfaccion este instrumento, que le habia de servir en todas sus empresas literarias, quiso emplearle en la de más nombre, y la que fué el orígen de todos los sinsabores que le acompañaron hasta el túmulo. Exaltado al sólio, halló, á la verdad, mucho más extendidos sus dominios por la herencia y conquistas de su padre, más culta la nacion, porque es la barbarie al contrario de los rios caudalosos: éstos llevan más ímpetu, aquélla ménos, miéntras más distan de su orígen; pero estas mismas ventajas traian consigo nuevos cuidados al Soberano. Veia en la variedad de pueblos que componian su

(*D*) Véase la nota bajo esta letra.

reino, una monstruosa legislacion, que los desunia cuando debia hermanarlos; y aunque desde el momento que se ciñó la corona deseaba quitar *esta multitud de fueros desaguisados* (1), era asunto que pedia todo un Alfonso.

Es la jurisprudencia el alma de la sociedad, el muro de los reinos, la paz de los vasallos. *La ciencia de las leyes es como fuente de justicia* (*E*), *y aprovéchase de ella el mundo más que de otra ciencia* (2). Pone límite á la ambicion del poderoso, anima la timidez del desvalido; fortalece al que debe juzgarlos contra las valientes asechanzas de aquél, contra los importunos clamores de éste. El príncipe que tiene comprehension, integridad, eficacia para conocerla, para abrazarla, para practicarla, es tanto más apreciable que el que sólo respira victorias, cuanto éste destruye lo que aquel establece; el uno destruye los Estados, el otro los asegura; al segundo acompaña la discordia, al primero la quietud; á aquél el trastorno, á éste el órden. Para ser conquistador basta un Atila, un Amurat, un Cárlos XII. Para legislador se necesita un Teodosio, un Justiniano, un Alfonso el Sabio.

No se trataba de dar leyes á un pueblo sumiso, á una nobleza dócil, prontos á recibirlas, á protegerlas; era menester emplear todos los ardides del arte de reinar, para hacer conocer á los unos lo que les favorecia, y despojar á los otros de lo que tiranizaban. Ni el proyecto podia ser más arduo, ni las medidas más bien tomadas. Miéntras perfeccionaba tan grande obra y preparaba el punto crítico de su publicacion, siguió con sagaz disimulo dando sus

---

(1) Palabras del mismo rey en el *Prólogo al Fuero Real.*

(*E*) Véase la nota bajo esta letra.

(2) Ley 8.ª, tít. XXXI, Part. II.

fueros municipales á diferentes pueblos; pero para ir disponiendo los ánimos al general trastorno que meditaba, formó el Fuero Real, que presentó por código al primer senado de la nacion. Dióle, como especial merced, á algunas ciudades, despojándolas, con tan dulce y sábia política, de sus fueros y cartas-pueblas, á que estaban furiosamente asidas, preparándolas así blandamente á recibir sin inquietud la notable mudanza, la elogiada uniformidad de todos los miembros de la monarquía en el gobierno y administracion de justicia, primer cuidado de un soberano (1).

Dispuestos los ánimos, aumentadas las rentas de los ricos-hombres para captar su inquieta fidelidad, dió á luz el inmortal *Código*, el más metódico, el más completo de cuantos se conocen; con un órden el más adecuado, el más oportuno á la constitucion del reino; colmado de una erudicion asombrosa, con una pureza de lenguaje, que no se habló mejor en dos siglos. Obra que le costó muchos años, y que muestra su completa instruccion en el dogma, en los padres, en el derecho romano, en la historia antigua, en la nacional, en sus caducas leyes, inveteradas costumbres y desiguales fueros. Todo contribuyó á perfeccionar las *Siete Partidas*. En la primera, ¡qué catolicismo! ¡qué pureza de moral! ¡qué rectitud de disciplina! En la segunda, ¡qué bien descriptas las obligaciones del príncipe para con su pueblo, las del pueblo para con su príncipe! Cumplió Alfonso con sus castellanos cuantos cargos prescribe al monarca; ellos olvidaron cuantos respetos exige del vasallo. Aunque no debe reputarse por hombre el que ignora las leyes de la sociedad

(1) Ley 1.ª, tít. 1, Part. II.

de que es miembro, particularmente las de estas dos Partidas debian ponerse en manos de todo jóven español, ántes que otro libro. Allí afianzaria su fe, allí fortaleceria su espíritu, allí conoceria sus obligaciones, allí aprenderia á creer sin preocupacion, á obedecer sin esclavitud, á mandar sin despotismo. Dedicó la tercera Partida á poner órden en las guerras de particular á particular, en la destruccion de las familias, en el gusano de los caudales, en la lítis, la funesta lítis. Considerando cuánto más apreciable es precaver un pleito, que ganarle, no sólo arregla los juicios, aclara los derechos, mas tambien se desvela en dictar constituciones para que los contratos, los instrumentos hechos en forma, no admitan el más leve vapor de duda; para que la voracidad de una ejecucion no atropelle á un inocente, ni la lentitud de un juicio ordinario desespere á un legítimo litigante con menudencias tan útiles, tan precisas al ciudadano, como prolijas, como molestas al orador. No se presta gustosa la oratoria á exornar los esponsales, los contratos mercantiles, la sentencia del homicida, el castigo del malhechor, el amparo de la orfandad, el privilegio de la verdadera pobreza, el infortunio de la esclavitud, el recato de la viuda, el pudor de la vírgen, el derecho del pupilo, y tantos otros cuidados que tuvo presentes en el resto de su digesto el sabio legislador, para desterrar la menor sombra de ambigüedad, dañosa en todo, pésima en las leyes. No trata cosa sin definirla, no toca asunto sin darle toda su luz, no usa voz sin convenir primero en su significado.

¿Y podrá la negra envidia, inseparable compañera de los grandes hombres, deslucir en el nuestro el mérito de esta hazaña literaria? ¿Hay otra más acreedora á los cuidados de un soberano? ¿Pudo hacerse con mayor ne-

cesidad? ¿No correspondió el cumplimiento al designio? Ya que por estos respetos no asestó sus tiros, procuró, y hubo casi conseguido hacer problemático, si no el mérito, si no la urgencia, si no la dignidad, á lo ménos mucha parte del honor de la ejecucion; pero aunque eclipsó por algun tiempo el resplandor de la verdad, no logró extinguirla. Alfonso, que tenía á su favor toda la presuncion del derecho, ha resumido este no pequeño blason de su talento (*F*).

Sólo le quedaba la gloria de ver puesto en práctica el fruto de sus vigilias. No estaba este premio reservado á sus dias, pues aunque Leon, Galicia, la Andalucía y el Algarbe tuvieron la fortuna de adoptar tan santas leyes, la belicosa Castilla nunca quiso admitirlas, y sus altivos grandes paliaron, con el especioso título de que los desaforaban, cuantos desafueros les hizo cometer su no oculta ambicion, como verémos cuando, acabada su carrera literaria, corramos la de sus trabajos.

Para mitigar éstos de un modo digno, le habia dotado el cielo de aquella gracia, que siendo la de los mayores filósofos, la de grandes reyes, se ve vilipendiada de los que desprecian cuanto no poseen. Mas ¿estiman éstos que un ingenio sublime puede mantenerse en tanta variedad de apuros, sin un desahogo tan noble? Las demas artes, ni son de todas las edades, ni de todos los lugares, ni de todos los tiempos. La dulce arte de Virgilio alimenta la adolescencia, acalora la senectud, adorna la prosperidad, ampara, acompaña, consuela en lo adverso, pernocta con nosotros, con nosotros transmigra, con nosotros se hace campestre. Arte siempre deleitosa, á veces útil; arte que

(*F*) Véase la nota bajo esta letra.

se ha hecho amable á muchos héroes, pues más respetó el Macedonio en Tébas la memoria de Píndaro, que la de Epaminonas y Pelópidas. Poseyóla Alfonso, ejercitóla Alfonso; pero con un modo digno de Alfonso. Cantar los afectos de su devocion, celebrar los hechos del discípulo de Aristóteles, á quien de alguna suerte debió la salud (*G*), y dirigir las quejas de su pluma *con habla doliente*, *con grita mortal*, sobre los deservicios de sus ricos-hombres, fueron los altos asuntos de sus metros.

Un entendimiento entregado á sí mismo, viendo lo poco de que es capaz, y lo nada que ha alcanzado en el curso de sus investigaciones, pretende inquirir si otro fué más dichoso. Va á estudiar al hombre en el hombre. Ignorar lo que fué ántes, es constituirse eternamente niño. Su existencia, ansiosa de conservarse y de producirse, parece se dilata, cuando por la profunda meditacion de los acontecimientos se hace de todas las edades. Preciosa ventaja que conserva la historia. La historia, adorno en un particular, es necesaria en un príncipe destinado á mandar á sus semejantes. La elevacion de los imperios, la vida de los héroes son otros tantos modelos que alicionan. La decadencia de aquéllos, los defectos de éstos, son otros tantos desengaños que escarmientan. Nada más agradable, más lisonjero al amor propio que ver á los Milciades, los Emilios, los Filipos, los Scipiones, como presentes, como vivos despues de tantos siglos. Nada más conforme á un espíritu guerrero, que una bizarra emulacion, que un noble deseo de imitarlos, y no dejar vacío ni ménos decoroso el lugar que le toca en los anales del mundo.

(*G*) Véase la nota bajo esta letra.

Llevado de este estímulo, peregrina Alfonso todos los reinos, pasa todas las eras, y saca de este viaje literario grandes creces su talento, pero grandes congojas su espíritu; llena de tormentos la mente y de esfuerzo el corazon. ¿Qué podrá resultar de esta contrariedad de afectos? Para el Monarca un nuevo afan, una nueva gloria; para el vasallo una nueva ventaja, un bien nuevo.

Más deben los pueblos á los historiadores que á los generales. La memoria de la famosa Grecia se hubiera sepultado con la de tanto héroe, sin la apreciable sencillez de Herodoto, sin la elevada concision de Tucídides, sin la elegante exactitud de Xenofonte. Y la historia romana, semejante al inmenso Océano, donde todos los rios pierden aguas y nombre; historia donde se ahogan las particulares de tanto reino antiguo, y donde empiezan á respirar las de todos los modernos; esta historia, digo, que necesitaba un talento tan vasto como sus dominios; tal vez no existiera á no haber existido Tito Livio. El hechicero laconismo de Salustio, la acendrada política de Tácito, el majestuoso dialecto de Dion, la profunda erudicion de Dionisio, dan una magnífica idea de aquel agigantado cuerpo, todo brazos, todo seso, todo espíritu para obrar, para regir, para mantenerse.

Veia esto Alfonso con gusto y aprovechamiento; pero al volver los ojos á su amada España, España, delicias de Tiro, embeleso de Cartago, gloria y azote de Roma: España, presa del árabe, domadora del mismo, hallaba competentes materiales para un soberbio edificio; y ningun arquitecto que los acomodase. Generacion sobre generacion, siglo despues de siglo, de acciones, de empresas, de hazañas, ó abandonadas á la polilla del olvido, ó con desdoro en cronicones de un estilo bárbaro, sin el esplendor

que exigian los fastos de tan ilustre gente. No era menester más para empeñar á nuestro rey en la grande obra de una historia nacional. Consultó archivos, juntó noticias, adquirió luces, y presentó al fin una, que ella misma es su mejor elogio (*H*).

Ni fué éste el único fruto de su aplicacion, de aquella aplicacion que le hacia proferir: *Más hubiera estimado nacer simple particular que carecer de ciencia.* De la historia general del suyo pasó á la universal de todos los reinos, y á la de las santas infructuosas expediciones de Ultramar; trabajos que ostentan cuán cumplida era su noticia en todos los acontecimientos.

Alfonso pareciera mayor, á no haber sido tan grande. La precision de decir algo de todo impide se diga todo de cada cosa. El distinguido lugar que ocupa entre los Licurgos y los Numas, robára la atencion á ser solo; pero el coro de los Hesiodos, de los Ennios, la grey de los Pausanías, de los Suetonios, contienden por poseerle, y fuera adjudicarle resolucion bien ardua si fueran los únicos competidores. Confesémoslo. Ninguno de los antecedentes ramos de literatura fué su gusto dominante. La necesidad dirigió un talento hábil para todo. No habia leyes, y era príncipe; juntó su estudio con su obligacion, y remedió esta falta. No habia historia, y era ciudadano; unió su ciencia con su deber, y subsanó este descubierto. No tuvo instante sin azar, y era hombre; hermanó su doctrina con sus cuitas, y ejercitó la que era capaz de mitigarlas. Hubo, sí, otro estudio, otra ciencia, otra doctrina á que se aplicó, porque habia nacido para sabio; á que se entregó, porque era la sola capaz de saciarle; en

(*H*) Véase la nota bajo esta letra.

la que excedió, y la que introduciéndole entre los Euclídes, los Ptolomeos, los Archímedes, le dejó no inferior. Aquella ciencia, á quien todas las naturales se subalternan, que forma el entendimiento, que enseña á discurrir, á buscar la verdad y analizarla, á sacar consecuencias legítimas y demostrarlas; aquella ciencia, delicias del hombre, bienhechora de la sociedad, fecunda en descubrimientos, no en voces; llena de realidades, no de precisiones; la que en dos siglos ha dado á la sociedad más frutos que en dos mil años el abultado escuadron de nuestros quiméricos discursos.

Las matemáticas son las únicas disciplinas que pueden satisfacer un entendimiento tan despejado como el de nuestro héroe. Las impertinentes menudencias del derecho le hastian; las enmarañadas opiniones de la historia le desabren; las dulces gracias de las Musas le prestan un gusto pasajero. Sólo en aquellas verdades profundas, llenas, abstractas, halla un alimento proporcionado. En el soberano de las ciencias, en el cálculo, tenía un auxiliar á cuantas expediciones literarias emprendiese. En la magnitud figurada, no sólo el arte de mensurar, sino tambien aquella precision absolutamente necesaria á todo ente qué piensa.

Con estos preparativos se dedicó á la parte más sublime, y de la que depende el uso de muchos menesteres de primera necesidad; sin la que no podemos averiguar la figura del globo que habitamos, ni las situaciones de nuestros domicilios, ni nada casi de la ciencia geográfica; sin la que el alma del comercio, la madre de la abundancia, la náutica, no hubiera podido existir, conservarse, tocar á su perfeccion; sin la que tantas, tan célebres como provechosas navegaciones, ni se hubieran logrado, ni excep-

tuado, el que las emprendiese, de la justa censura de temerario. Sí, por cierto; sin la astronomía no hubiera cosmografía. Á ella debemos el logro del primero de nuestros cuidados, de la agricultura, por el conocimiento de las mudanzas del aire, de los vientos, de las lluvias, de las secas, de todas las alteraciones del barómetro y termómetro. Á ella debemos la division del tiempo, el arreglo de aquellas hermosas, de aquellas precisas máquinas que miden la duracion de nuestros afanes, de nuestros desahogos, de nuestros reposos. Á ella debemos el órden indispensable en los negocios civiles, en los sacrosantos misterios de la religion. Á ella nosotros y esta misma religion debemos un nuevo mundo.

Aunque sea difícil y casi imposible delinear las órbitas que describen los astros, no obstante, á fuerza de ciertas hipótesis se pronostican, conformándose con las observaciones, sus orientes, sus ocasos, sus recíprocos eclipses, sus situaciones aparentes y verdaderas para cada instante, para cada dia, para cada año, ya de los pasados, ya de los que vengan. Las tablas que presentan estos conocimientos son de un uso infinito, y el principal fruto de los trabajos astronómicos; pero parte tan necesaria por tantos respetos, habia mil años estaba estancada sin progreso alguno. Las observaciones de Ptolomeo eran barreras que la audacia humana no osaba forzar. Son el hebreo y el árabe, en quienes estaban depositadas, individuos nada propios para alterar los conocimientos que recibieron de sus padres. Aquel terco, tenaz, tanto más difícil de convertirse á lo nuevo, cuanto se cree más instruido, porque es el vulgo de los doctos, hasta en esto contrario al vulgo de los pueblos; la sola voz de novedad, á éste le arrastra, á aquél le horroriza. El árabe, de espíritu ser-

vil, se subyuga por destino, y habituado á creer sin exámen, no sabe encontrarse con la dificultad; y aunque la memoria de Geber, de Albategnio, de Arzakel y Alhá (*I*), no sea ménos cara que la de Galileo, de Kepler, de Casini y La Lande, con todo, las tablas de los movimientos celestes del antiguo astrónomo habian obtenido pocas mejoras.

Para darles todas las que permitia la instruccion de aquel siglo, llamó Alfonso á su sombra cuantos profesores cristianos, judíos, árabes, de España, de la Europa, del Oriente (*K*), pudo juntar su magnificencia. Congregados en la metrópoli para la vasta empresa, él los presidia, y en su ausencia sus maestros (*L*). Él enmendaba sus trabajos; él mandaba hacer versiones del hebreo, del caldeo, del árabe; él era el censor (*M*); él los acompañaba á observar, para lo que los tenía junto á su persona (*N*); y él, finalmente, formó la primera sociedad que para el progreso de las matemáticas, ó lo que es lo mismo, para bien del género humano, vió Europa.

¿Y será éste el lugar propio para declamar por la falta de un establecimiento tan útil? Cuando la misma Europa á competencia erige academias, forma sociedades, ¿estará nuestro reino, nuestra capital, careciendo de una junta tan necesaria? España, éste es el más completo elogio que pudieras consagrar á Alfonso. Su estatua en una Academia de Ciencias sería un perpétuo monumento de la gratitud española. Acaso Cárlos, no ménos grande, y más feliz, cumplirá los votos de sus vasallos.

Verificóse el logro de tantos sudores. Los movimientos lunares se arreglaron. Salieron á luz las tablas Alfonsi-

---

(*I*, *K*, *L*, *M*, *N*) Véanse las notas bajo estas letras.

nas. Fijadas al primer dia del imperio de su promulgador, le dieron la noble complacencia de que el instante de su advenimiento al trono fuese notado por un bien general; ventaja que le hacia estimarlas con un amor de preferencia. Con su poesía se sirvió á sí, con su derecho á su reino, con su historia á su nacion; pero con sus trabajos astronómicos á sí, á su reino, á su nacion, y á todos los reinos y á todas las naciones. Siglos enteros fueron la norma de todos los astrónomos, y si la escrupulosa exactitud del nuestro no las halla perfectas, tampoco lo están las de Kepler con tantos más auxilios; porque, ¿qué mucho que haya entre las observaciones de Tichô y Alfonso la misma diferencia que entre las reglas paralíticas (1) y las armellas ecuatorianas? (2).

Á lo ménos, no se le podrá disputar la gloria de ser el primer europeo que se aplicó á unas tareas tan útiles, de ser el padre de la astronomía en nuestro continente. Si el cálculo debe tanto á dos franceses, Vieta, que le dió un nuevo sér, Descártes, que le prestó tan singulares reformas, tan admirables aumentos, y sobre todo, el enlace de la cantidad discreta con la contínua, para que despues se dispute entre un inglés y un aleman la gloria de presentar al hombre los conocimientos más altos de que es capaz, todos, todos están obligados á reconocer en Alfonso el esencial socorro, el preciso alivio de unos caractéres sencillos, fáciles de trazar, que desterrando prolijidades y confusiones, entregó los antiguos, aunque alterados, á la parte superior del cálculo, que dándoles tantas

---

(1) Instrumento de los árabes.
(2) Instrumento de Tichô-Brahe.

formas y valores, saca de incógnitas é indeterminadas realidades y bienes.

¿Se le negará á Alfonso un distinguido lugar entre los matemáticos, porque no es autor de alguno de tantos descubrimientos? El furor de inventar de nuestra era parece que desatiende á quien no le presenta algo de nuevo. La invencion, áun cuando la engendra el estudio, es hija de la casualidad, y á pesar de tantos hallazgos, de que nos jactamos, no está muy disminuido el inventario de nuestras ignorancias (*O*).

Nada prueba más la alta comprension de nuestro héroe, que aquel donaire de que tanto se ha amparado la malicia para hacer un crímen de irreligion á un monarca cuya vida fué una serie de actos de piedad. La extravagancia de los cursos de los planetas, sus retrogradaciones, la multitud de cielos, de órbitas, de epiciclos de que veia empachado el caduco sistema de Ptolomeo, no podia ménos de exasperarle; hizo cuanto cupo en su entendimiento, pues conoció no era como se le presentaba. ¿Qué podemos inferir de un ingenio que supo desprenderse de todas las preocupaciones de su siglo? Que á haber florecido en otro, tal vez le debiéramos el sistema, que, siguiendo el idioma de la razon, parece el único verdadero, gloria que se llevó un habitante de Thorn, en la Prusia real.

Españoles, glorioos con vuestro Alfonso, hablad con confianza á la faz del universo, oponedle á cuantos hombres grandes presentaren las naciones, y conoceréis sus ventajas. Si sus patricios os muestran al ilustre autor de la hermosa quimera de los turbillones, decidles que el

---

(*O*) Véase la nota bajo esta letra.

fuego de la imaginacion desbarrada que quiso introducir el ostracismo en el cielo, llevar la mendiguez hasta á los astros, no puede entrar en parangon con la solidez de juicio de vuestro Alfonso. Si los orgullosos insulares os manifiestan el patriota con que tanto se honran, decidles que fué limitado su gusto á una facultad; que si obtiene el principado en las matemáticas, no mantuvo su reputacion cuando quiso tratar de historia; que inventó sus cálculos, mas hizo su apocalípsis. Pero ¿quién es aquel que se levanta á disputar á vuestro héroe la preferencia? Hermoso y temible escuadron le acompaña: el séquito de todas las ciencias, de todos los gustos de literatura hacen formidable á Leibnitz. No os intimideis, que, aunque el único capaz de disputarle, no será suyo el triunfo. Si él presenta el vasto impracticable proyecto de una lengua universal, oponedle la realidad de un idioma hermoso que se dilata por ambos mundos. Si ostenta su familiaridad con las Musas, no les debió vuestro príncipe ménos favores. Si presume de su ciencia en la historia, responded que trató de una gran familia; vuestro monarca de una gran nacion. Si ambos fueron dados al hallazgo de la piedra filosofal, aquél tiene en su contra las luces de su tiempo, que conocia la ridiculez; éste la lobreguez del suyo, que autorizaba tal inquisicion. Si la maledicencia quiere llevar adelante el paralelo, y confrontan en el español y el aleman las flaquezas de algunos discursos, cededles desde luégo esta triste ventaja, porque el de vuestro rey fué uno solo; tiene todos los visos de impostura, y la realidad y número de los del otro no merecen disculpa. Si el filósofo moderno poseyó los arcanos de la jurisprudencia, y para su lustre dió bellos opúsculos, el vuestro aventajó á Justiniano en la prudencia con

que dictó su cuerpo de leyes. Si sobresalió en las matemáticas Leibnitz, tambien sobresalió Alfonso: aquel desde el sosiego de su gabinete, éste desde las turbulencias de las campañas; el uno en el descanso de una vida privada y tranquila, el otro en el laberinto de un trono y de un reino lleno de alteraciones y turbulencias. Si el primero trató más arduos, más escabrosos puntos de filosofía, debiólo á los auxilios de su siglo, pues sería tan injusto hacer reo á Alfonso de que no habló de las revoluciones de los satélites de Júpiter, como acusarle de que no promulgó leyes para la navegacion á Indias.

Cuando Pedro el Grande dió á la Europa el nuevo espectáculo de que los rusos eran hombres, animaba á aquellos racionales, que acababa de formar, demostrándoles que las ciencias habian dado vuelta al globo; pero todas sus especulaciones hubieran sido inútiles sin su ejemplo, y sus vasallos no hubieran aprendido las maniobras de Marte ni las de Neptuno, si él no se hubiera constituido soldado y marinero. Alfonso, penetrado mucho ántes de esta verdad, hemos visto supo dar desde lo elevado del trono lecciones de todas facultades. Supo ser legislador, filósofo, astrónomo, historiador, poeta entre una gente que todo lo ignoraba, entre una gente que lo supo todo con sólo este modelo. ¿Qué podia resultar de un soberano, que no sólo establece leyes, sino que da forma al gran estrado en que se observen, y mejora los ministros que las dispensen? Que desde él tuviese órden nuestra jurisprudencia. Inmemorial supremo juzgado de Castilla, tu perfeccion debes á Alfonso. Alfonso recibe los holocaustos del más venerable cuerpo del reino. ¿Qué podia resultar de un monarca que, no sólo enriquece la filosofía, sino le labra albergue, le dota servidores? Que desde

entónces levantase su augusta faz el más soberbio domicilio de las ciencias, el perpétuo oráculo de la nacion. Antiquísima universidad del Tórmes, tu verdadero padre es Alfonso. Alfonso, recibe los sufragios de una de las más ilustradas juntas del orbe. ¿Qué podia resultar de un rey, no sólo astrónomo, sino reformador de la astronomía y protector de sus profesores? Poseer entónces los más célebres, resucitar esta ciencia, introducirla en el continente. Europa, por quien te son conocidos los cielos es por Alfonso. Alfonso, recibe los votos de todos los matemáticos, que en el dia te veneran por uno de sus más distinguidos patronos. ¿Qué podia resultar del contínuo estudio en ilustrar la nacion, recordándole sus envejecidas glorias? Haber criado alumnos de su gusto en su familia, entre sus hijos, y distinguido número entre sus vasallos. España, España, mira lo que debes á Alfonso; Alfonso, ya en el dia te consagra el premio tu nacion. Tambien la dulce poesía te tributa sus inciensos, y el sinnúmero de sus próceres te venera como inventor de la majestad de una heroica clase de metro, y en todos, como uno de los primeros que usaron del costoso adorno de la rima (*P*).

¿Y en qué tiempo llegaron á ser tanto Alfonso y su gente? ¿En qué tiempo fué él sabio, culta su nacion? ¡Ah, que es muy de notar esta circunstancia en toda su vida estudiosa! Cuando ni Italia habia producido á Leon X y á los Médicis; ni Francia á Luis XIV y á Colbert; ni Inglaterra á su segundo Cárlos. Cuando estaba la Europa poseida de la más oscura ignorancia.

(*P*) Véase la nota bajo esta letra.

Cuando..... En el siglo décimotercio. Tal fué Alfonso como literato.

Ya veo armarse la malicia, y destruir por el cimiento tan hermoso edificio. Tanta aplicacion á las letras haria honor á un particular; pero no á un soberano: éste se debe todo á sus vasallos, y el cuidado de sus reinos debe ser su única ciencia. Así fué en Alfonso, y su vida civil no fué ménos llena de acciones grandes. Empleó en el estudio los ratos del descanso, los momentos que áun al monarca se le conceden, porque es hombre. Escribió las hazañas de sus mayores; pero hizo proezas que celebrasen los venideros. Versificó, no como Neron, que sólo hizo de bueno, buenos versos. Fué dedicado á las leyes, no como aquel jurisconsulto que, enterrado entre códigos y digestos, despreciaba cuanto no era perteneciente al edicto del Pretor (1): fué matemático, no tan embelesado en sus demostraciones como el que trazando líneas no sintió la ruina de su patria. No sirvieron de estorbo las sutilezas de su entendimiento á las bizarrías de su corazon, así como el ser el mayor de los filósofos no impidió á Sócrates que fuese el más gallardo de los soldados, en era que abundaba Aténas en héroes de ambas clases.

¡Qué espacioso campo el del reinado de Alfonso! Si su horizonte estaba algun tanto cargado de oscuros vapores, que eruptó de sus impregnadas entrañas la negra region de la malicia, disipólos ya la fuerza de la crítica con la viva luz de los siglos; y la posteridad, inexorable juez de los reyes, no reconoce al nuestro ménos sabio con el

(1) El célebre Jacobo Cujacio, tan imbuido en su derecho, que cuando se le hablaba de los estragos del calvinismo, respondia con la mayor indiferencia: *Nihil hoc ad edictum Prætoris.*

cetro que con el compas, ménos ilustre por la pluma que por la espada. Si alguna vez no correspondieron los sucesos del gobierno á las especulaciones de su elevado entendimiento, en la mayor parte lo ocasionó la achacosa constitucion del reino, semejante á la complicada máquina de un bajel, á quien hace existir una multitud de otras inferiores de tan escrupuloso enlace, de tan precioso ajuste, que de su momentáneo atraso ó instantánea anticipacion pende su destino, á pesar de toda la ciencia y desvelo del experto piloto.

Dos clases de acciones hay que notar en la vida de un héroe: las que la suerte le destina, y aquellas que él se proporciona. Las primeras no le son propias; sí las segundas, en que todo es suyo: lo vasto de un proyecto, diseño de su espíritu; lo asequible de la ejecucion, gaje de su prudencia; lo oportuno de los medios, parto de su talento; lo dichoso del éxito, fruto de su felicidad. Sólo una de estas en Alfonso, aunque lograda, le asegura la inmortalidad. Emprenderla le pertenecia; conseguirla no estaba en su mano. Convirtámonos al principio de su imperio.

Elevado sobre el trono, familiarizado con las grandes ideas, acostumbrado á remontarse á esferas superiores, le parecia estrecho recinto el de su herencia para su virtud, reducido ámbito el que faltaba por conquistar para su denuedo. Padecen los ingenios del primer órden á causa de unos impulsos que los atormentan hasta que emprenden, hasta que consiguen empleos dignos de ellos. El que habia sujetado al entendimiento español el curso, las mudanzas de la luna, queria sujetar á su imperio el curso del Uvion y del Tensif, y áun el del Níger y Nilo, y todas las lunas, que arbolaban los fieros habitantes de sus márgenes. Empresa que no dejaron madurar sus pe-

sados sucesos, y que frustraron á sus descendientes las mayores revoluciones políticas. Tú, América, eres reo del reposo de estos bárbaros.

El primer medio que puso en práctica fué una obra que caracteriza su modo de pensar, lo dilatado de sus miras, cuyo olvido en nuestros fastos, no sé si nos hace más deshonor que agravio á la memoria del que la ejecutó: obra como todas las suyas, en que unió la novedad á lo útil, lo necesario á lo magnífico. Hasta aquí, aunque con contestaciones, aunque con litigios, se reconoce á Alfonso por el padre de nuestra literatura, por el creador de nuestra legislacion; pero todo el reino, pero todos sus historiadores están poseidos, ó de una rara ignorancia, ó de un olvido muy reprehensible en órden á aclamarle por el creador, por el padre de nuestra marina. Sí, España, gustoso te doy esta nueva, de todos poco reflexionada. Cuando el soberbio Támesis, cuando el rico Tegel no cargaban sobre su espumosa espalda más que embarcaciones mercenarias, servibles en la necesidad, que se presentaba rara vez, ya abrumaba la del cristalino Bétis escuadra real perpétua, y numerosa suficientemente para dar la ley al poco arado Océano. El Adelantado, el gran Arsenal, la famosa Atarazana, que le servian de contínuo, fueron tambien los primeros de su clase (*Q*). Como si previera el emprendedor la notable mudanza que unos bajeles entregados al mar en sus inmediaciones, al mando de un talento semejante al suyo, habian de ocasionar en el globo, parece que prevenia al gran Colon los medios de realizar las ideas, al parecer, más quiméricas.

Otro destino tenian inmediato, pues sin ellas, sería de-

(Q) Véase la nota bajo esta letra.

lirio el entablar la gran expedicion; pero ántes débia asegurar la tranquilidad de los comarcanos. Si Portugal se altera despues de varios lances, sabrá Alfonso reducirle á su deber, hacerle que conozca su dependencia, darle reina, y, por su intercesion, cuanto quiso, con una liberalidad digna de llamarse Alfonsina. Si el reconocido bárbaro que imperaba en Granada pretende continuar la amistad, la sumision que guardó á Fernando, Alfonso se presta á ello, concediendo mejoras á su constitucion. Si el Navarro, si el Aragones, sin más motivos que miedo, quieren oponerse á sus designios, Alfonso les hace frente, y luégo queda éste amigo, aquel vasallo (*R*). Si, libre de tan ruidosas ocupaciones, vuelve á considerar su proyectado viaje, ya de fuera del reino vienen á buscarle otras. ¡Con qué gloria salió de esto Alfonso! Unas extorsiones semejantes á las que han impelido á enarbolar el estandarte de la libertad á trece provincias, obligaron á una espaciosa, que poseia el mismo dueño á la otra parte del Océano, á acogerse á la sombra del trono español, alegando lo incontestable de su derecho. Entónces, como ahora, siguióse el rompimiento entre los monarcas, y entónces, como ahora, muchas ventajas á favor de la causa justa, hasta que, escarmentado, rogó con la paz el Anglicano. Los oráculos políticos vaticinan que Jorge III mirará al tercero Cárlos, como Enrique, tambien tercero, á Alfonso el Sabio. Éste, que reputaba vencido su valor cuando no quedaba vencedora su generosidad, usó de ella con sus nuevos amigos. ¡Qué magnificencia en las bodas que siguieron á este tratado! ¡Qué concurso de

---

(R) Véase la nota bajo esta letra.

príncipes! ¡Qué!..... No podemos abrazarlo todo. Tú, testigo de los tiempos; tú, luz de la verdad; tú, embajadora de los siglos, vida de la memoria, maestra de la vida; tú, Historia, recoge tantos hechos acreedores á la más valiente amplificacion; ordénalos, preséntalos á los que los indagaren.

Vuelve Alfonso sus miras á su principal cuidado, y apénas fortalecia sus intentos, impetrando gracias que los auxiliasen, cuando se hizo preciso allanar otros obstáculos. No dictaba la prudencia ir á buscar africanos de la otra parte del mar, cuando se tenian en nuestra comarca. Ántes de ganar lo ajeno, era preciso recuperar lo propio; era menester que no se enarbolase en Andalucía otro pabellon que el castellano. Ya está hecho. Alfonso gana á Jerez; sus hermanos, sus generales, le hacen dueño de Arcos, de Nebrija, de la antigua Sidonia, de la opulenta Cádiz, de un gran número de otras poblaciones. Si el Rey de Niebla, fiado en la fuerza del sitio y en las desavenencias con los vecinos, pretende sublevarse, en breve, burlada su obstinada resistencia, volverá Alfonso á él al número de sus vasallos, á su reino, al de sus dominios. Igual suerte hubiera padecido el Régulo de Tejada, si no hubiera escogido ir á humedecer las arenas líbicas con el agua que sacaba á sus ojos la pérdida de las últimas posesiones agarenas.

Así se ocupaba Alfonso en la parte más occidental de Europa, cuando hácia la del Norte se le preparó una eleccion tan gloriosa como desgraciada. Queria su mérito sentarle sobre el trono de Carlo Magno, sin consultar su fortuna; y ésta, y no aquél, es árbitro del premio de los mortales. La fama de nuestro monarca; aquella fama que dos años despues le trajo dones de las últimas regio-

nes del Oriente, cual á otro rey sabio á Palestina; aquella fama que le hacia contar el número de sus triunfos por el de sus acciones, resonó en los oidos de los príncipes alemanes, cuando, por muerte de Guillermo, debian declarar jefe al cuerpo germánico. ¿Será de nuestro deber hacer la descripcion del estado de este imperio, con que van á convidar á Alfonso? ¡Ah! dispénsesenos tan macilenta pintura. Hartos horrores están aún reservados á la vacilante pluma, sin tener que sobrecargarla de otros que los propios. Baste saber que desde el primer Cárlos es preciso correr diez emperadores, y con ellos cien años de guerras civiles, y todo género de infortunios hasta el primer Enrique; de éste, hasta el segundo, igual época de iguales desastres: en unos, como en Othon I, por las infelicidades del tiempo; en otros, como en Othon II, por la depravacion del natural; pero áun eran sombra de los que en los dos siglos inmediatos habian de hacer gemir á la infeliz Germania, á la triste Italia. La larga enemistad entre el imperio y el sacerdocio, rotos los límites de ambas potestades, introducia á éste en los intereses del trono, y al trono en los del santuario. Temibles anatemas, formidables ejércitos llenaban de furor los ánimos, y la tierra de sangre. Ningun modo de deshacerse del enemigo era reputado por infame ó por torpe, y el que habia burlado la muerte entre todos los rigores de las armas, la hallaba en la perfidia de una traicion ó en la vileza de un veneno.

Para cortar este torrente de iniquidades, la mayor y más sana parte de aquellos en quienes estaba depositado el poder de elegirse un dueño, volvieron sus miras á Alfonso. En los méritos personales, ¿quién más completo? Edad lozana, nobleza heredada, opulentos estados, valor

con que ensancharlos, prudencia con que regirlos, y una felicidad no desmentida hasta entónces. *Veian que era el más excelso sobre todos los reyes que eran, ó fueron nunca en los tiempos, dignos de memoria; que amaba más que todos la paz, la verdad, la misericordia y la justicia; que era el más cristiano y fiel de todos* (1). En la sangre, ¿quién más próximo? Beatriz, ilustre vástago de Felipe y Federico de Suevia, depositó en Alfonso todos los derechos de esta casa, y á más con todas las reinantes de Europa tenía estrecho deudo, pues fuera del de Aragon y Portugal, Luis de Francia, Christóforo de Dinamarca, Uladislao de Bohemia, Enrique de Brabante, Conrado de Sicilia lo eran en segundo y tercer grado, y afines el inglés Eduardo y Hanquino el de Noruega. Querian, pues, un español esforzado, vencedor de bárbaros, como Trajano; sabio infatigable en el despacho, como Adriano; de la virtud, del celo por la justicia de Teodosio; que si á estos tres españoles debió tanto el imperio, ¿qué no podia esperar del que reunia sus prendas?

Á pesar de tantos méritos, no pudo prevalecer acuerdo tan justificado; y una union de partidarios, á quienes compró la codicia de un príncipe inglés, con unos votos venales eligieron emperador al que supo corromperlos, y por uno de aquellos trastornos de que no se puede asignar la causa, sujetó la eleccion írrita á la válida, la ilegítima á la legal, el menor al mayor número, el ódio á la razon, y la corrupcion al desinteres. Llegó, pues, la primer nueva á Alfonso; admitió rogado, hizo actos de soberano de Alemania en Castilla, nombró su vicario,

---

(1) Expresiones del instrumento de proclamacion de los Pisanos.

obsequió á los príncipes, colmólos de rentas. Pero ni esto, ni diez y ocho años de pretensiones en el curso de cuatro pontificados, pudieron hacer valer su derecho. Acaso hubiera sido nuestro Alfonso emperador de las Germanias si, como otro Alfonso emperador de España, hubiera mandado un buen Cid á que esta misma Germania conociese su dependencia; pero una cadena de raros incidentes se lo estorbaron.

Los árabes, en quienes es genial la inquietud, trataron de sacudir el yugo de la obediencia. Granada, Murcia, el resto de Andalucía se levantó; tres victorias tomaron al granadino. Ganó á Murcia el aragones, y entrególa; un nuevo sitio recuperó á Jerez, y otros á las demas plazas. Con igual facilidad se apagaron algunas revoluciones domésticas, centellas de un fuego que iba á abrasar todo el reino, y cuyo orígen es digno de saberse.

Abrigaba Castilla una nobleza aguerrida, pero libre; frugal, pero indomable; de tan inveterado valor como ardimiento, y á su frente la gran casa de Lara, funesto dón de la cólera del cielo, á quien una serie de ofensas contra su señor natural, junta á otra, tal vez mayor, de grandes servicios, habian puesto en posesion de alborotar el reino y de no serle perjudiciales las consecuencias. El jefe de esta ilustre familia destinada para azote de Castilla, mal contento por unas abultadas quejas de que no queria satisfaccion, olvidado de una multitud de beneficios de que no era benemérito, convocó la nobleza, cuya voz llevaba, acaloró los ánimos, y enarboló al fin el estandarte de la rebelion, cuyos motivos (los verdaderos y ciertos, no los fútiles que proferian, pues, como en todos los levantamientos, estaba la voz muy distante del ánimo) se cifraban todos en un bien universal, que qui-

so hacer Alfonso. Una de las leyes (1) de su nuevo código anulaba todo juicio hecho por el antiguo libro de las *Fazañas*, ídolo de los hijosdalgo, en que una sentencia errada, vuelta en costumbre, autorizaba el desacierto y perpetuaba la injusticia. Este santísimo estatuto, que desnudaba á los ricos-hombres de privilegios gravosos á la plebe y al trono, fué el verdadero estímulo que los enardecia. La benignidad, la bondad Real dió alas á su atrevimiento. La dulzura aumentó su arrojo. Para contenerlos, juntó el Monarca aquel gran Consejo que, como recurso único en los últimos apuros, se congrega raras veces; no como la Dieta de Ratisbona, de sólo príncipes, donde á cada voto puede acompañar un ejército; no como la de Varsovia, donde, unida la tumultuaria nobleza polaca, la protesta de un individuo inutiliza la resolucion del Cuerpo; no como la de Lóndres, donde el ínfimo pueblo regla hasta las diversiones del Soberano; sino un concertado areópago, donde diputados de todas las clases del reino pesan con madurez las urgencias y los remedios, los cargos y la satisfaccion. Juntas, pues, Córtes, conocióse la razon de Alfonso, que cedió no obstante, cedió á la necesidad, y otorgó cuanto querian los ambiciosos Laras y sus aliados. Pero cuando debiera esperarse que calmaria sus alborotos con un paso no previsto, desaforados segun la costumbre del tiempo, fueron á sembrar la disension, perpétua compañera suya, al palacio que les prestó su acogida. Corramos un velo á estos atentados, y perdone la pluma la memoria de los que á ruego de su primogénito quedaron tambien por Alfonso,

(1) Ley 14, tít. XXII, Part. III. Como non vale el juicio que es dado so condicion, ó por fazañas.

proporcionando á ellos y sus descendientes esclarecidos tal cúmulo de méritos, que borran hasta el recuerdo de su pasajera inquietud.

Veinte y un años de mando con tan varios sucesos habian ya corrido desde el de 1252, en que ciñó la Corona, cuando acabadas, ó sosegadas por algun tiempo, tantas disensiones, partió á verse con el Pastor universal, y alegarle sus derechos al imperio. Sólo sacó del penoso viaje el último desengaño. La fortuna, que por tanto tiempo le habia lisonjeado con cuanto puede haber más halagüeño, le tenía en depósito para la senectud el fatal vaso de sus desaires. ¡Con qué magnanimidad apuró Alfonso sus amargas heces! Parece vinieron los trabajos á acabar de mostrar cuán grande era. Pierde el imperio, y al volverse salió á su encuentro el melancólico genio de la desventura con el más lúgubre tropel de secuaces. Muere Fernando; Fernando, aquel príncipe augusto, aquel jóven amable, que era el consuelo, la esperanza, las complacencias de su padre. Á esta pérdida acompañó la de dos batallas, y en ellas la del jefe de los Laras y la del Primado de España, la de Jaime el Conquistador, en quien hallaba obras de amigo, consejos de padre, y últimamente la del reino, que casi quedó hecho presa de los bárbaros; cosas todas que se unieron para abrumar su constancia. Todo mortificó su corazon, nada pudo abatir su espíritu. Vuelve á Castilla, hállala salva por la intrepidez de Sancho; aplícase á remediar sus menoscabos, como si al paso que sus desdichas creciese su valor.

Concedidas treguas á los extraños miéntras ponia órden en su reino, nombró por sucesor en la corona, por no haberse aún fijado ni establecido el derecho de representacion, al ardiente Sancho, para premiarle lo que tra-

bajó para conservarla. Juróse, y tranquilo lo interior, como si en las grandes acciones tuviese vinculado su descanso, emprendió tomar á Algeciras, con lo que lograba, ya facilitar su expedicion de África, que tantos contratiempos no le habian borrado de la mente, ya asegurar sus dominios de invasiones, ya quitar al de Granada la oportunidad de los socorros. Juntó la armada más poderosa que vió Castilla, alistó número correspondiente de tropas, oró á su vista, recordándoles sus pasadas victorias, y pertrechados de todo lo necesario, fió la conducta á dos hijos. Parten briosos, ponen el sitio, estrechan á los cercados, y cuando estaban en el instante de tomar la plaza, una infame maniobra de D. Sancho, invirtiendo contra la causa pública los caudales que enviaba Alfonso en sus propios intereses, dió ocasion al africano de forzar la armada, falta de sustento y de soldados, y de imposibilitar el logro. Para subsanar Alfonso esta quiebra, se aprestaba á salir á campaña á pesar de sus años, cuando le detuvo los pasos una dolencia. Recobróse, y por la última vez quiso teñir en sangre el Genil y el Darro. ¡Qué glorioso le hubiera sido terminar en sus márgenes su vida! ¡Qué triste, que ágria le fué la poca restante! El que estaba enseñado á recibir en su Trono, cercado de reyes tributarios, ya los respetos de un soldan de Egipto, ya las lágrimas de una emperatriz, ya la misma corona de un imperio, va..... La pluma se retrae de expresarlo.

La virtud ni la filosofía no engendran los hijos; fuélo Cómmodo de Marco Aurelio, y de Septimio Severo, Caracalla, como lo fué Joatan de Ozías, y Ezequías de Achâz. Éralo tambien de Alfonso, Sancho; Sancho, aquel natural turbulento, cuyo valor degeneraba en ferocidad;

que de justiciero se pasaba á cruel; que debió sus hijos á un incesto; que no conoció el semblante de la paz. Sancho, á quien Alfonso fió sus tropas, á quien llamó á la sucesion. Sancho, que debia ser sumiso, fiel, como hijo, como vasallo concibió el horroroso crímen de destronar á su rey y á su padre. ¿Puede haber otro mayor que promoverlo? ¿Mayor que conseguirlo? ¡Haylo, en efecto, y si no lo alcanzó, intentólo el ingrato Sancho. Aspiró á justificarlo. Para ello, en una junta que convocó la perfidia, abultó la maledicencia estas acusaciones: el homenaje alzado á Portugal; los excesivos dispendios; querer entregar á Jaen al uno de los Cerdas; y el rescate de la Emperatriz de Constantinopla. Ántes de oir la sentencia, veamos lo justo de estos cargos.

Permitiósele á Alfonso VI, por dote de una hija, ceder de sus dominios á un extranjero, ¿y no se le permitirá á Alfonso el X, en iguales circunstancias, alzar un feudo á un nieto? Si dejó al portugués libre, ¿no sujetó la Navarra? Sus gastos dieron al reino amplísimos dominios, aumentos á las ciencias, esplendor al trono, respeto á los de fuera, y todos, todos fueron necesarios, ya en una casa Real tan numerosa, ya en viajes tan distantes, ya en urgencias imprevistas; ¿y heredar á los Cerdas era injusto? ¿Dónde están sus delitos? ¿En qué eran acreedores al ódio de Alfonso?

Los que condenan todo aquello de que no se sienten capaces, no pueden ménos de baldonar como excesos unos rasgos que, pasando sus límites, ni áun se conceden á su admiracion. Cargar Alfonso sobre sus hombros el enorme peso de las desgracias de Baldovino, y dar al mundo el raro espectáculo de tan magnífica generosidad para con un ilustre desvalido, miéntras más excede los alcances de

las almas comunes, tanto más distantes están ellas de apreciarlo. Quien tenga la grande alma de Alfonso, sabrá dar valor á estas circunstancias. Un soberano que puede, un príncipe que sufre, una emperatriz que ruega. Alejandro y Crátes, no Parmenion ni el pueblo, pueden ser jueces de si trató el oro, como monarca con magnanimidad, como filósofo con desprecio.

Y como si, á ser ciertos, fueran pocos estos desórdenes, osó la calumnia escalar hasta el trono, y manchar su fama con el borron más denigrativo: ella divulgó que el hijo, el sucesor de Fernandó el Santo, era un impío sin religion. ¡Oh, si me fuera correspondiente á mí exornar los hechos destinados á los ministros del templo! Yo acordára el sinnúmero de fundaciones que hizo en tantas conquistas, los cinco nuevos pastores que aumentó á los del reino (1), la grandeza con que dotó al hispalense; cómo en lo florido de su edad labraba su sepulcro en medio de las aguas, para que su cuerpo exánime defendiese de infieles un importante puerto; cómo el Padre universal de los creyentes le daba gracias por su celo; cómo adornó las tumbas de sus mayores con una magnífica piedad, superior á su tiempo, y admirada en el nuestro. Yo le siguiera paso á paso, y las datas de sus privilegios demostrarian que no estuvo en pueblo, no pasó dia en que no librase, en que no sellase alguno á su clero, á las religiones, como él decia en todos: *por el gran sabor que habemos de facer bien ó merced.* Yo, finalmente, le haria ver con la cítara y el salterio entonar loores al más tierno objeto de la devocion, levantar á su nombre una ilus-

(1) Fundó los obispados de Murcia, de Badajoz, de Cartagena, de Silves y de Cádiz.

tre Órden de caballería, consagrarle uno y otro volúmen, y no olvidarlos ni en su testamento.

En vano me detengo. El inicuo tribunal promulgó esta sentencia: *Que Alfonso de allí adelante no administrase justicia, y le fuesen quitados los castillos y fortalezas; que no se le acudiese con las rentas de su reino, ni fuese acogido en villa ó castillo.*

Solon, Licurgo, Césares, Pelayos, conquistadores de todas las edades, legisladores de todos los imperios, príncipes de todos los siglos, vosotros, todos los del décimotercio, que, ó recibísteis el cíngulo militar, ó cobrásteis pensiones, ú os honrásteis con el deudo de Alfonso, venid á ver á este monarca sexagenario, rasgado su imperial manto, usurpadas nueve coronas, abandonado de sus hijos, dejado de tanto príncipe de su sangre, despreciado de todos los suyos. Vosotros, sabios españoles, que le debeis tanto; Azpilcueta, Covarrubias, Agustin, Lopez, venid á ver al reformador de nuestra jurisprudencia; Ercilla, Villégas, Garcilaso, venid á ver al creador de vuestro dulce arte; Zurita, Mariana, Morales, venid á ver al primero de nuestros historiadores; tú, ilustre Mondéjar (*T*), vén, llega, mírale atentamente; correrán lustros, y el cielo te destinará para sus desagravios; venid á ver solo á un rey á quien seis reyes le pagaron tributo, á un soberano de quien eran vasallos ocho soberanos; solo, al monarca más célebre de su siglo: solo, al más sabio de Europa.

Todos ménos su corazon le faltaron. En tan extremadas circunstancias castigó como padre y como rey: des-

---

(*T*) Véase la nota bajo esta letra.

heredó, maldijo (*V*) al instrumento de sus males y se aplicó á repararlos. El mismo que tenía dispuesto llevar los caballos andaluces á Tánger, trajo hasta Córdoba los jinetes africanos: empeñó su diadema (*X*), y con cuantos socorros arbitró la necesidad salió á campaña. Habia tiempo que le habia vuelto la fortuna las espaldas, para que le fuesen felices sus sucesos. Fuése el inútil cuanto generoso apoyo, dejando á Alfonso á solos sus leales sevillanos. Capaces fueron de darle una victoria, no ya como las que solia lograr en la enemiga vega, sino en sus mismas posesiones; fruto de aquel frenesí que arma al padre contra el hijo, al súbdito contra el señor, al hermano contra el hermano. Novecientos de Alfonso se encuentran con innumerables del rebelde hijo. Batallaron las causas, no los brazos: de una parte el pudor, de otra el desenfreno; aquí la honestidad, allí el incesto; la lealtad con unos, con otros la rebelion; la equidad contra el crímen, la constancia contra la ferocidad, y en fin, la templanza, la fortaleza, la piedad, todas las virtudes con la iniquidad, con el furor, con el parricidio, con los vicios todos. Quedó el triunfo por Alfonso; pero, ¡qué costoso! sangre era suya la que vertia y derramaba.

Viene Sancho á acudir al peligro; sábelo Alfonso; parte casi solo en su busca, no para ganarle otra batalla, sino para ver si podian algo sus canas venerables. Sancho, á pesar de su braveza, teme el encuentro, huye, jura no verse con su padre: entónces éste, arrasados los ojos en lágrimas, prorumpe: *Sancho, Sancho, mejor te lo hagan tus hijos que tú contra mí lo has hecho; que muy caro me cuesta el amor que te ove;* y siendo la primera vez que se siente la

---

(*V*, *X*) Véanse las notas bajo estas letras.

fuga del enemigo poderoso, vuelve á su leal ciudad, oprimiendo su espíritu la tribulacion. Extendióse el nuevo ultraje del irreverente hijo; sus hermanos, los grandes, le abandonan en gran número; pierde á Mérida, quiere en vano recobrarla; piensa tratar de ajuste, estórbanselo sus pocos aliados; vase á Salamanca, y una aguda dolencia le arroja á los umbrales de la muerte; creyóse inevitable; divúlgase la fama como cierta; salió del palacio, voló á la Bética, entró en Sevilla, llegó al alcázar, subió al trono. Ea, Alfonso, dice, ya te vengó el cielo, ya es mi despojo tu tirano, el hijo parricida, tu enemigo perpétuo. Tras ella mil ciudades se apresuran á prestarle obediencia..... ¿Adónde vais? Volved atras, id al príncipe, que estará recobrado. Alfonso ya no existe; murió perdonándole y perdonándoos á todos. El que sufrió con heroismo perder un imperio, ser despojado de un reino, verse solo, sin hijos, sin pueblos, sin vasallos, no pudo sobrevivir á la pérdida de Sancho; lloróle hasta que le acabó la congoja de su ánimo.

¿Y acabáronse con él sus desaires? ¿Pasará el encono más allá de sus dias? ¿Será la posteridad tan injusta como sus hijos? ¡Ah! las densas nieblas que le cercaron en sus postrimeros años, han tardado quinientos en disiparse. En este intervalo, Alfonso, que conquistó tres reinos, que hizo tantos tributarios, que venció tres funciones, que no perdió ninguna, que expugnó diez y siete ciudades por su persona y por sus armas, pasará por poco guerrero y ménos afortunado. Alfonso, á quien tanto desveló la justicia, que no tuvo más alcázar, más córte, que el sitio que exigia su persona, ya Búrgos, ya Toledo, ya Sevilla, ya el más humilde pago, pasará por un monarca distraido. Alfonso, que en fomentar, en entretener la des-

union entre los arraeces y el granadino, usó del más fino rasgo del arte de reinar, pasará por un príncipe falto de política. Alfonso, con tanto volúmen parto de su ingenio, será tan desgraciado, que éste apénas le concederá una leve tintura de la esfera, aquél le escaseará la gloria de su código, el otro el trabajo de su *Crónica*, y un tropel le negará el justo, el merecido epíteto de Sabio. Alfonso, que anheló por comprimir el lujo desmedido; que promulgó reglamentos mitigándole (1), pasará por un rey que profesaba un fausto oriental. Alfonso, de quien no habrá santuario en las Castillas que, por prueba de su piedad, no ostente ó dotacion ó privilegio, pasará por soberano poco religioso. Pero pasarán, mejor diré pasaron, tan fatales influjos; llegó el reinado de la razon, la época de la crítica, el dominio de la justicia, el tiempo del discernimiento, el imperio de las ciencias, el siglo de las luces, y á los venideros se trasmitirá ilesa la memoria de don Alfonso el Sabio.

---

(1) El año de 1260, en la córte de Sevilla, procuró remediar con graves penas el notable éxceso de los trájes.

NOTAS.

(A) *El respeto á los antepasados, y cierta especie de buen agüero, le destinó el de Alfonso. Nombre á que se habian unido los epítetos de Católico*, etc.

Lo raro de que veinte y tres reyes que con este nombre han dominado en España, hayan sido príncipes ilustres, nos impele á hacer un reducido catálogo de los monarcas que forman el elogio del nombre de Alfonso.

Glorioso principio dió Leon con D. Alfonso el Católico, cuya vida fué un tejido de triunfos, y en cuya muerte tomó el cielo á su cargo las exequias.

Alfonso, que mereció el renombre de Casto, epíteto tan honroso como el de Conquistador, que los abusos del poder hacen tan raro en los soberanos, fué el Segundo. Venció á todos sus contrarios, como á sí; negó un infame tributo, mostrando su valor que no debia pagarle; fabricó suntuoso depósito al sagrado cuerpo del Patron de España, que las historias antiguas suponen hallado en sus dias; acabó lleno de glorias, de acciones y de años.

Alfonso el Grande fué el Tercero. Medio siglo de triunfos le adquirieron este nombre. No conoció la desgracia hasta que en D. García halló el primer enemigo que, no queriendo vencer, dió el ejemplo, nuevo en España, de ser destronado por un hijo; y para que sus acciones tuvieran más similitud con las de nuestro Alfonso, escribió la historia nacional en la época descuidada desde el reinado de Wamba hasta el de su padre; monumento precioso, que no le honra ménos que sus conquistas.

Alfonso el Cuarto obtuvo poco más de un lustro la corona, que abdicó á violencias de su hermano.

Alfonso el Quinto, apénas desde una minoridad llena de trofeos preparaba su aliento á otros, cuando en Viseo la perdió sobre el lecho del honor. Logró ántes haber mejorado las leyes de los godos. Cuidado propio de Alfonsos.

Alfonso el Valiente fué el Sexto, y Primero de Castilla. Por la es-

cala de las mayores adversidades, que sufrió con heroismo, supo ascender á la cumbre de la prosperidad, que mereció, y en que supo mantenerse la larga serie de sus años. Fiel á la palabra dada á un generoso bárbaro, esperó su fin y el de su hijo para apoderarse de Toledo. Despues de restituir su trono á la antigua metrópoli; despues de haber engrandecido su Estado con la conquista de un reino; despues de haber hecho de los príncipes enemigos reyes tributarios, falleció, dejando á sus sucesores su ejemplo, sus conquistas y el título de emperador, que compró á tanto precio.

Alfonso el Séptimo, nieto del antecedente, hízose coronar Emperador; sostuvo una gloriosa guerra á Aragon y Navarra; púsoles la ley; dirigió sus huestes contra los moros, de los que logradas algunas ventajas, su temprana muerte le cortó el curso no interrumpido hasta entónces, falleciendo en el campo, teniendo por lecho el arrimo de un roble.

Alfonso el Bueno, ó lo que entónces era lo mismo, el Noble, fué el Octavo. Supo vindicar los agravios hechos en sus tiernos años, conquistando lo usurpado por Leon y Navarra; y aunque su impaciencia de ganar honra le atrajo una derrota grande y una herida peligrosa, vengó ésta, y se recuperó de aquélla en la memorable batalla de las Navas, de las mayores de España y de las célebres del orbe. Fundó la primera universidad de la nacion; y despues que su dilatada progenie le hizo contar entre sus nietos á San Fernando y á San Luis, murió sin haber desmentido, ni su religion, ni sus hazañas.

Alfonso el Noveno, padre de Fernando el Santo, amado por su equidad, temido por su valor, dejó la imitacion de uno y otro á su sucesor, despues de la gloriosa conquista de Mérida.

Alfonso Décimo, el Sabio, etc., etc., etc.

El último Alfonso de Leon y de Castilla reinó desde la cuna. Aunque pudo vengar los desórdenes causados durante su minoridad, se contentó con enmendarlos. Quiso emplear su vida en más útiles acciones, y como si presintiese su corta duracion, se apresuró á coger laureles de los bárbaros. Intentan éstos vengar tantas muertes, tantas plazas, y en las márgenes del Salado dejan á Alfonso un triunfo tan señalado como el de las Navas, y de más prodigiosas resultas. Siguió dirigiendo sus armas contra el funesto Gibraltar, donde le halló la muerte, siendo el tercer Alfonso que encontraba con ellas en la mano.

Navarra gozó sólo un Alfonso; pero Alfonso, que reunió en sí el imperio de España; que desdeñó el título de rey; que abdicó el gobierno del mayor Estado de la Península por los pundonores de la honra; que ansioso de gloria, le costó muchos años de triunfo ser conocido por el Batallador; que adorado de un pueblo de quien era las delicias, mal

hallado con la adversidad, á que no supo acostumbrarse, no le compensaron veinte y nueve batallas, de que no abusó, el bochorno de perder la segunda, á que no quiso sobrevivir.

Aragon cuenta por primer Alfonso al antecedente, y por segundo á un monarca que, aumentando sus estados con los de Cataluña y Provenza, habiendo ganado muchas ventajas de los moros, fué de sus menores prendas el valor, y acabó un reinado feliz, dejando á la posteridad el problema de si lo habian de nombrar el Sabio, el Virtuoso ó el Casto.

Alfonso el Bienhechor pudo granjearse este título en el corto tiempo de su mando, pues apénas habia asegurado su corona, ofrecida al jefe de los Valois, y aumentádola con las conquistas de las Baleares, cuando murió, aún no cumplidos 28 años.

Á Alfonso el Cuarto la obediencia á su padre, y los laureles cogidos en Cerdeña, le merecieron el cetro, que no quiso gozar su primogénito. Llevólo con dignidad. Vindicólo contra Castilla, y á acciones que le merecieron el título de Benigno, detuvo una temprana muerte los pasos.

El último Alfonso de Aragon, y el más ilustre, fué el que por sus hazañas mereció llamarse el Magnánimo, y el Sabio por su aficion á los literatos. Renovó los triunfos del Capitolio en Nápoles, conquista suya, donde, despues de un reinado lleno de acciones heróicas, murió colmado de aplausos y de dias.

Fué la monarquía portuguesa obra de un Alfonso, á quien le costó llamarse rey vencer á cinco; y para que este nombre pasase á sus sucesores dignamente, conquistó el reino, la capital, el título y las armas. Hízolas respetar de Castilla, de Aragon, de los árabes. Gozóle casi un siglo, y acabó cuando no pudo con los años.

Alfonso el Segundo, tan terrible á los suyos como á los extraños, aumentó su reino, y le disfrutó once años.

Alfonso el Tercero, formidable á su hermano y á todos sus enemigos, libró á su reino de feudos, y obtenida una hija del nuestro, acabó glorioso.

Alfonso el Cuarto, despues de hacer guerra á los castellanos, se prestó á socorrerlos cuando se trató de ganar honra, con lo que tuvo en la jornada de Tarifa buena parte en el trabajo y en el triunfo.

Alfonso el Quinto, á quien sus muchas victorias de la otra parte del mar renovaron el título de Africano, mereció la admiracion de sus enemigos al ver su grandeza de ánimo en adversidades mucho mayores que sus lauros. Su vida, tejida de acaecimientos, todos grandes, aunque no todos felices ni acertados, acabó en el décimo lustro su carrera.

(*B*) Este reducido plan, que hemos propuesto como curso de los

conocimientos de Alfonso, cuyos primeros pasos é instruccion se ignoran absolutamente, es el natural á que se entregan aquellos hombres grandes que se creen capaces de todo, y el que la historia presenta como carrera del hombre en comun. Despues que la necesidad, fecunda madre de nuestras invenciones, produjo entre los márgenes del Nilo la geometría; entre el comercio Tyro la aritmética, y en el despejado horizonte de Babilonia la oportunidad de observar; Grecia, que fué la primera que se aplicó á aprender con método, produjo á Táles y Pitágoras, que con los antecedentes instrumentos que hallaron preparados, se entregaron á una investigacion inútil respecto á ellos, su patria y su siglo. Tres generaciones corrió el género humano abandonado á la manía de conocer la esfera, olvidado el hombre del hombre, y abismados entre conjeturas absurdas, hipótesis ridículas y sistemas temerarios, sin que lo pudiese impedir lo seguro de los principios, pues en la ciencia de Euclides y de Copérnico, que son los conocimientos naturales más ciertos, se funda la de Cardano, que es el mayor de los desbarros. La persecucion de Anaxágoras, el decreto de los atenienses prohibiendo la ciencia de los astros, y la vida de Sócrates, dió nueva luz á la fisolofía más útil, más cómoda y de mejores consecuencias. Halló Sócrates, preguntándose á sí, lo que todos sus antecesores no habian hallado en el cielo: un Dios; y encantado con las puras máximas de su moral, despreció toda inquisicion de la naturaleza. Tal es nuestro temperamento: no evitamos un extremo sin precipitarnos en el opuesto. Platon sigue á Sócrates, y síguele en casi todo, aunque haciendo uso, con juicio y con acierto, de la física y matemática. Aristóteles puso la última mano, dando lugar, entre la esterilidad de los preceptos, á las gracias del hermoso arte de persuadir, á la amenidad de las bellas letras, para hacer de un filósofo, no un ente abstracto, sino un individuo de la sociedad; pues la sátira del estoico Cleanto, que los *peripatéticos eran semejantes á los instrumentos músicos, que hacen ruido sin entenderse á sí mismos*, les conviene tanto á ellos, cuanto de ningun modo á su maestro.

(*C*) *Llegó al ejército* (en el sitio de Sevilla), *en el que obró tanto, que mereció dejasen á su eleccion las condiciones del triunfo.*

Proponiendo los moros al Santo Rey que se entregarian si les dejasen derribar la principal mesquita, los remitió al Infante, que respondió con heróica resolucion: *Si arrancaban una sola teja, haria pasar á cuchillo los moros de ambos sexos.* Ocurrieron segunda vez al Rey, que se darian si se les dejaba arruinar la torre, que él haria otra. Mandados al Príncipe, respondió *que con quitar un ladrillo perderian todos la vida.* Conociendo cumpliria su palabra, se rindieron.

(*D*) *Idioma* (el español) *que un héroe, que los poesia todos, le pre-*

feria como el más á propósito para llevar sus suspiros á la divinidad.

Cárlos V, que hablaba el flamenco, el aleman, el español, el frances y el italiano, solia decir, con tanta gracia como razon, que, para emplear estas lenguas segun el uso á que eran adecuadas, se debia hablar italiano á las mujeres, aleman á los caballos, frances á los hombres y español á Dios. Que los alemanes hablaban como carreteros, los ingleses como niños, los italianos como enamorados, los franceses como amos, y los españoles como reyes.

(*E*) *Es la jurisprudencia el alma de la sociedad*, etc.

Hijas de la malicia de los hombres son las leyes. No hubiera castigos á no haber iniquidad. La propension de todos á lo justo haria ociosos los premios. Deseando todos lo lícito, no tuvieran límites los deseos. Pero pasado este tiempo, que jamas ha existido sino en las fogosas imaginaciones de los poetas; pero rota la igualdad, fué preciso se ligasen las sociedades con el sagrado nudo de las leyes. Moisés, así como fué el primero de los escritores, lo fué tambien de los físicos y legisladores. Raros vestigios nos quedan de los tiempos heróicos; sólo puede decirse de tan caduca antigüedad, que la menor complicacion de las necesidades hacia más sencillos los reglamentos. Empezó Grecia á florecer en filósofos como en generales. Aténas y Esparta, las más pingües, produjeron los más célebres; tuvieron leyes, pero leyes que caracterizaban el genio de ambos pueblos. Pocas, concisas, duras, las de Lacedemonia formaban unos racionales intratables, unos guerreros feroces, una junta amarga y una nacion virtuosa. Cultas, sútiles, dulces las del ático, constituian una union agradable, unos hombres civiles, unos héroes humanos, y una nacion veleidosa, altanera y desigual. Aquéllas convenian á un pueblo sobrio, éstas á uno voluptuoso. Su rigidez vinculó en las unas su duracion; su condescencia redujo á las otras á su inobservancia. Nació Roma, tuvo soberanos, y con ellos leyes que convenian á su despotismo. En tiempo del último, Sexto Papirio formó el código que lleva su nombre, primera porcion del derecho escrito, que compuso el romano. Abrogó su uso, si es que le tuvo, la extincion de sus promulgadores y el ódio de su memoria. Siguióse la ley tribunicia, de corto intervalo; pues, conociendo su rusticidad, quisieron mejorarla. Dió Grecia leyes á Roma ántes de recibirlas. Forman los decenviros en las Doce Tablas el perpétuo monumento de su justicia, de su prudencia, de su integridad; empero, congeniando más la gravedad romana con los monosílabos espartanos que con la locuacidad ática, hizo leyes justas, pero ilegibles; equitativas, pero oscuras. De aquí la necesidad de comentarios, de aquí la precision de interpretar el derecho, de aquí la consecuencia de embrollarlo, y de aquí el Eliano, el Flaviano, las acciones de la ley,

que, junto con los arrebatos del pueblo, los bullicios de los Gracos, las corrupciones de Druso, las tiranías de Sila, dió ocasion á los plebiscitos, á los senatus-consultos, al derecho honorario, y formó del civil una ciencia intratable y horrorosa. Nueva mudanza. Cae la república. Erígese ó renuévase el trono, y en el capricho del que le ocupaba, toda ley ó derecho. Imperando Diocleciano únense las instituciones de los antecedentes monarcas en los códigos Gregoriano y Hermogeniano, del nombre de sus compiladores. Perfeccionó Roma su ciencia. Muda el imperio de silla. Divídese. Teodosio el jóven, en Constantinopla, hace formar su código, que la irrupcion de los bárbaros hizo inútil en el Occidente. Roma, despues de saqueada, vuelve á tener la forma de imperio. Emplea Justiniano en el Oriente diez famosos jurisconsultos para que coordinasen en un cuerpo todo el derecho antiguo, que habia en catorce siglos padecido tanta variacion. Ponen éstos fin á la vasta empresa, dando en el *Digesto* ó *Pandectas* un resúmen de dos mil libros y de doscientas mil sentencias; en la *Instituta*, un epítome del derecho, y un método para facilitar su inteligencia; en el Código, la recoleccion de las constituciones imperiales, y en las *Novelas* y *auténticas*, un suplemento al último, que completó la obra; mas los godos y demas septentrionales, que hicieron ningunas las de Teodosio, no dieron lugar á las de Justiniano.

Cede Honorio lo que no podia mantener. Toca á los visogodos España. Conquistada, fué preciso fortalecerla con el baluarte de las leyes. Una de las primeras vedó todas las extrañas. Al mismo tiempo disfrazó Alarico las de Teodosio, y acomodadas al carácter de la nacion, se las presentó en 506, habiendo un siglo se gobernaba por costumbres semi-bárbaras. Casi otro despues, imperando el ilustre Leovigildo, las mejoró el grande Isidoro. En Toledo, en el mismo siglo, se publicó el memorable *Fuero Juzgo*, que dos despues, perfeccionado por Egica, completó el *Código Godo*. Siguióse á poco la funesta catástrofe de la monarquía. Vencedores los árabes desde Gibraltar á las Indias, fueron necesarios vasallos ántes que leyes. Tuviéronlos, á costa de prodigios, Leon, y despues Castilla, y ésta y aquél en el onceno siglo las dictaron, haciendo Alfonso el V un *Derecho Gótico-Leonés*, que se conservó en el reino hasta el tiempo del nuestro. Sancho, convocada la nobleza para vengar la muerte de su inmortal padre, formó el famoso fuero que se conoce por el Viejo de Castilla, único que se observaba en sus tribunales. Únense ambos estados en D. Fernando el Magno; pero quedó cada uno fuertemente asido á la observancia de sus leyes. Extendidos sus dominios, lo fueron tambien sus fueros, con antelacion el de D. Sancho, en especialidad en Castilla la Nueva, ó en atencion á sus pobladores, ó porque siendo un có-

digo militar congeniaba con aquella Era, adecuando sus privilegios á inspirar el espíritu de conquista. Ensancháronse éstas prodigiosamente con los sudores de los Fernandos y Alfonsos, y á su coronacion halló el nuestro casi otros tantos cuerpos de derecho civil, cuantas eran las aldeas de sus estados. Jactaba Castilla el suyo, ostentaba Leon el propio, y cada pueblo de conquista, con su fuero municipal, hacia una legislacion aparte. La diversidad de señoríos y la diversidad de vasallajes aumentaba confusiones, y en el corto recinto de Castilla y Leon se alimentaba una jurisprudencia tan complicada como la de la vasta Alemania.

(*F*) *Alfonso, que tenía á su favor toda la presuncion del derecho, ha reasumido este no pequeño blason de su talento* (ser autor de las *Partidas*).

La averiguacion del autor de las *Partidas* es uno de los puntos más controvertidos en nuestros fastos; pero deponen á favor del de la *Crónica general* la igualdad de la diccion, con una pureza superior á su siglo; la particularidad de ver su nombre en la letra inicial de cada partida; así:

Al servicio de Dios, y pro comunal de las gentes, etc.
La fe católica de N. S. Jesuchristo habemos monstrado.
Hizo N. S. Dios todas las cosas muy cumplidamente, etc.
Onras señaladas dió N. S. Dios al ome, etc.
Nascen entre los omes muchos enxecos, etc.
Sesudamente dixeron los sabios antiguos, etc.
Olvidanza y atrevimiento son dos cosas que facen á los omes errar mucho.

Rasgo vivísimo del carácter, del genio del Monarca, y sobre todo su confesion, cuando entre sus últimos legados: *Otrosí* (dice) *mandamos al que lo nuestro heredare, el libro que nos fecimos septenario. Este libro es de las siete partidas;* siendo, por cierto, verosímil que, al modo que para sus tablas empleó cuantos hombres hábiles pudo atraer su magnificencia, para este cuerpo de leyes practicó las que dictó á sus augustos descendientes, *et que las fagan con consejos de omes sabidores et entendidos et leales, et sin cobdicia* (L. 9, 17 y 19, tít. I, P. I). Por más impropias que parezcan estas puntualidades á la naturaleza de una obra oratoria, el triste estado de la reputacion de nuestro héroe para muchos semidoctos las hace precisas, y obliga á que algunas veces tome visos de apología el elogio.

(*G*) *Celebrar los hechos del discípulo de Aristóteles, á quien de alguna suerte debió la salud, fueron los altos asuntos de sus metros.*

Estando gravemente enfermo, la amena leccion de Quinto Curcio le recobró la salud, lo que le obligó á decir con el dialecto del historiador á quien tanto estimaba: *Valeant Avicenna, Hippocrates, Medici ceteri;*

vivat Curtius sospitator meus. Adios Avicena, Hipócrates, médicos todos: ¡Viva Curcio, mi conservador!

(*H*) *Consultó archivos, juntó noticias, adquirió luces, y presentó al fin una* (historia).

En dos recibos suyos dice: «Sepan cuantos esta carta vieren, como yo D. Alonso, etc. Otorgo que tengo de vos, el Prior y convento de Santa María de Náxera, prestados estos libros: las Adiciones de Donato, Estacio de Tebas, el Catálogo de los Reyes Godos, el libro Juzgo de ellos, Boecio de Consolatione, un libro de Justicia, Prudencio, Górgicas de Virgilio, Epístolas de Ovidio, la Historia de los Reyes, Isidro el menor, Donato el Barbarismo, el Comento de Ciceron sobre el sueño de Scipion; é otorgamos los enviar tanto que los hagamos escribir; é porque esto no venga en duda, os do esta», etc. etc. Y en otro, á favor del cabildo de la iglesia-catedral de Ávila, el libro de los Cánones, las Etimologías de San Isidoro, las Colaciones de Juan Casiano y el Luca, si no es el Lucano. Las observaciones aquí obvias las conocerá cualquiera que reflexione.

(*I*) *Y aunque la memoria de Geber, de Albategnio, de Arzakel y Alhá no sea ménos cara que la de Galileo, de Kepler, de Casini y La Lande*, etc.

Geber, célebre matemático, é inventor ó adicionador del álgebra, Albategnio, gran astrónomo. Arzakel, el que denotó la oblicuidad de la eclíptica de 23° 33′. Autor de una hipótesis ingeniosísima, con la que explicaba, ya la excentricidad del sol, ya su movimiento apogeo. Estribaba en hacer mover el centro de la órbita solar en otra pequeña, mediante la cual, aquél podia aproximarse ó alejarse periódicamente de nuestro globo; idea que, para explicar las desigualdades del sol, fué adoptada por Copérnico, y cuya dichosa aplicacion para otras investigaciones ha sido el fruto de los trabajos modernos. Alhá, el primero que habló de los crepúsculos, y el primero que demostró cuán útil era en la astronomía la doctrina de las refracciones, de que sus antepasados no cuidaban, escribió un tratado de óptica.

(*K*) *Llamó Alfonso á su sombra cuantos profesores cristianos, judíos, árabes, de España, de la Europa, del Oriente, pudo juntar en magnificencia.*

El mismo Alfonso, en su libro del Candado, dice que, teniendo noticia de un gran astrónomo que habia en Egipto, mandó por él; acaso entónces tendria el Soldan noticia de su erudicion.

(*L*) *Él los presidia, y en su ausencia, sus maestros.*

Segun el prólogo de un códice antiquísimo de las Tablas: «Mandó el Rey se juntasen Alen-Raghel, y Alquibicio, sus maestros, de Toledo: Aben Musio y Mahomat de Sevilla, y Joseph Aben Alí y

Jacobo Ab-vena, de Córdoba, y otros más de cincuenta, que trajo de Gascuña y de París con grandes salarios, y mandóles traducir el Cuadripartito de Ptolomeo, y juntar libros de Mentesam y Algazel. Dióse este cuidado á Samuel y Jehuda El-Conheso, Alfaquí de Toledo, que se juntasen en el Alcazar de Galiana, disputasen sobre el movimiento del firmamento y estrellas. Presidian, cuando allí no estaba el Rey, Aben-Raghel y Alquibicio. Tuvieron muchas disputas desde el año de 1258 hasta el de 1262, y al cabo hicieron unas tablas tan famosas como todos saben; y despues de haber hecho esta gran obra, y de haberles hecho muchas mercedes, los envió contentos á sus tierras, dándoles franquezas, y que fuesen libres ellos y sus descendientes, de pechos, derechos y pedidos, de que hay cartas fechas en Toledo á 12 dias andados del mes de Mayo, Era 1300.» Hasta aquí el prólogo.

(*M*) *Él era su censor*, etc.

En uno de los libros de la esfera que mandó traducir, se lee: «É despues lo enderezó é mandó componer este Rey sobredicho (Alfonso), é tolló las razones, que entendió eran sobejanas, é dobladas, é que no eran en castellano derecho, é puso las otras que entendió que cumplia, é cuanto en el lenguaje, enderezólo él por sí.»

(*N*) *Él los acompañaba á observar, para lo que los tenian junto á su persona*, etc.

Una escritura que conserva la santa iglesia Hispalense, de 25 de Agosto de 1254, dice que pidió el Rey al Arzobispo y Cabildo unas mezquitas de las que les habia dado en el repartimiento, *para morada* (son sus palabras) *de los físicos que vinieron de allende, y para tenerlos más cerca* (lo estaban al Alcázar), *é que en ellas fagan la su enseñanza á los que les hemos mandado que nos lo enseñen por el su gran saber, ca por eso los hemos ende traido*, etc.

(*O*) *La invencion, áun cuando la engendra el estudio, es hija de la casualidad, y á pesar de tantos hallazgos de que nos jactamos, no está disminuido el inventario de nuestras ignorancias.*

Sin considerar la dulzura de los órganos, y la ingeniosidad de otras máquinas hidráulicas debidas á un hombre sin estudio; los microscopios dobles y sencillos, á artesanos sin letras; los beneficios del iman, al regaton de un cayado; las utilidades del telescopio, á las travesuras de dos niños; la furiosa composicion de la pólvora, á la fuga de una chispa, inventos de pura casualidad, en los que, si tuvo parte el estudio, tuvo poca parte. Todos los astronómicos que facilitó un acaso, se presentaron sin buscarlos, y los soberbios descubridores modernos quedarán más humanos, en acordándoles las circunstancias de sus hallazgos. Á Pascal enriqueciendo la inútil rabdología entre los arrullos del sueño; á Descártes hallando su preciosa análisis entre los esperezos del mismo,

y á Newton concibiendo los cánones de su asombroso descubrimiento en edad que apénas se pueden concebir ideas. Recibiendo, empero, con docilidad tan provechosos presentes, y tributando á sus dueños el honor que se merecen, ¿tanto han hecho las diferenciaciones? ¿Tanto las integraciones? La pomposa realidad de haber sujetado el infinito al cálculo (proposicion que horroriza á los que no alcanzan lo limitado de aquella infinidad, y á los que ignoran que alguna vez los matemáticos se valen de ideas más abstractas, más metafísicas que las que vituperan en la escuela), ¿ha perfeccionado nuestros conocimientos? Á corta diferencia, en la carta del país de nuestros alcances no están mucho mejor demarcados los términos de las provincias de las ciencias que lo estaban ahora tres siglos. En el reino mineral se ignoran sus límites, casi todas sus propiedades y la mayor parte de sus producciones. En el vegetable igual ignorancia. En el animal mayores dudas. Aún está por resolver el arduo problema de la naturaleza de sus habitantes. El que los alienta con sólo espíritus animales, tiene el mayor séquito, si no los mejores fundamentos. El que los abate á la simple clase de autómatos, tiene fuertes razones é ilustres patronos. El que los condecora de racionales de esfera inferior, tiene mejor causa, aunque pocos abogados. La misma incertidumbre reina en los particulares territorios de este gran mapa. En el de la geografía, la escasa noticia del dilatado espacio que en el hemisferio meridional se desconoce, deja mucho que ignorar, y pendiente la gran duda de si al vasto terreno de Europa, Asia y África le une con la América, formando del mundo un solo continente; áun sin salir del nuestro, apénas conocemos más que los bordes de nuestra vecina África. En el de la pintura, escultura y arquitectura civil, léjos de tener mejoras nuestro siglo, tiene bastantes desmedros; ni son menores los de la armonía. En el de la historia, milenarios enteros se hurtan á nuestra curiosidad, é ignoráramos nuestros principios sin la sencilla y divina narracion de Moisés; en la variedad de los demas depositarios de nuestros fastos, sólo aprendemos á dudar, y á conocer que jamas las verdades históricas verificarán su entero divorcio de las fábulas. En el de la astronomía aún se duda si entre los movimientos que prestan á los astros fijos los que no lo son, ó las ilusiones ópticas de los que los observan, pueden tener alguno real; si estos distantísimos soles tienen séquito de estrellas errantes. El cortejo de tres de las del nuestro está conocido; pero no el de las demas, que pueden tenerlo, como en efecto se empieza á sospechar en una. En la náutica aún está por saber el modo fijo de obrar de los dos inconstantes elementos sobre aquella máquina, portentoso invento de la industria y codicia humana, y no obstante es el primer paso que debe darse en la ciencia naval. La longitud en alta mar es doble tormento por lo que

se necesita y por lo que cuestan sus flacas correcciones. En el de la geometría, la cuadratura del círculo, la triseccion del ángulo, son lo que en la física el movimiento perpétuo, y en la química la piedra filosofal, imposibles á nosotros, y tal vez en sí no imposibles. En el de la medicina, en el de la..... Pero ¿se puede sujetar á cálculo el guarismo de nuestras ignorancias? Nada sabemos. Los objetos con quienes más nos familiarizamos sólo nos traen confusiones. No inquiero qué cosa sea la fuerza centrípeta, qué la centrífuga, qué la atraccion, qué la elasticidad, qué la electricidad, cuál la causa del diáfano; con ménos me satisfago. ¿Qué es la pesadez de los graves? ¿qué es la luz? ¿qué es el fuego? Las virtudes de aquella piedra, piedra de escándalo de la física, escollo de los talentos humanos, su atraccion, su direccion, su comunicacion, sus variaciones, son otros tantos martirios, son otros tantos imposibles. ¡Ah! nacimos para gozar lo preciso, no para averiguar lo superfluo. ¡Desdichadas urgencias del hombre, si tardára el conocimiento de los remedios lo que el de sus causas!

(*P*) *Contribuyó Alfonso con sus obras á la jurisprudencia, filosofía, astronomía, historia y poesía.*

La penuria de los tiempos, y más que todo, una original desgracia aneja á nuestro príncipe, hace que sus obras se oculten al mayor número de los particulares; éste es el catálogo de las genuinas.

Como legislador.	*El Fuero Real* ó el *Fuero del Libro.* *Las Partidas.* La traduccion ó enmienda del *Fuero Juzgo.*
Como filósofo. . .	*El libro del Tesoro*, que contiene las tres partes de la filosofía. *El del Candado*, todo de química.
Como astrónomo. .	*Las Tablas*, en que tuvo parte. La correccion de cuanto facultativo se tradujo á su idioma.
Como historiador.	*La General de España.* *La Universal*, perdida en parte ó no acabada. *La de las Cruzadas.* El libro que llamó *Septenario*, y antecedia á *Las Partidas*, en que puso un magnífico elogio de su padre.
Como poeta.. . . .	*Los Cantares*, ó *Cántigas.* *La vida de Alejandro.* *Las Querellas.*

¿Y por ventura son éstas las solas obras de Alfonso? La conducta de los reyes arregla la de su palacio, la de su córte, la de su reino, y Al-

fonso Sabio hizo erudito á su palacio con sus producciones, con las de su hijo don Sancho en el libro de los *Documentos* que dictó á su primogénito, á quien quiso dejarle su doctrina, ya que no sus ejemplos; con las de su sobrino don Juan Manuel, en los que dió á luz, de todos conocidos, de todos celebrados; á su córte con los desvelos de tanto literato; éste haciendo las obras de Ptolomeo, adorno del nuevo dialecto, aquél las de Aben-Raghel, el otro las de Albategnio; á su reino erigiendo estudios, ampliando universidades, dotando cátedras; aquí una sociedad que trabaja en la astronomía, á quien se deben las célebres *Tablas;* allí otra junta, que se aplica á las lenguas sábias, á quien se debe la paráfrasis de toda la *Historia bíblica.* Todo se debe á quien lo promovió todo; al que cuidaba hasta de los últimos perfiles, siendo tan bien acabados los que de su mano conserva en sus archivos la primada de las Españas, que pueden ser modelo del más hábil pendolista. Ó nacen hombres como para muestras de los alcances de nuestro espíritu, ó, lo que es más cierto, para confusion de los demas.

(*Q*) *Cuando el soberbio Támesis, cuando el rico Texel no cargaban sobre su espumosa espalda más que embarcaciones mercenarias, serviles en la necesidad, que se presentaba rara vez, ya abrumaba las del cristalino Bétis escuadra real y perpétua, suficientemente numerosa para dar la ley al poco arado Océano.*

Esta armada fué uno de los despojos que llevó tras sí la ruina del que la erigió. La Atarazana fuélo tambien del tiempo en mucha parte; pero no pudo serlo de uno y otro la preciosa escritura, ó llamémosle mejor la cabal ordenanza de marina, que en el primer dia de Enero de la Era 1293 promulgó Alfonso, abrazando el armamento y servicio de las naves, el premio y trabajo de sus cómitres, y cuanto conducia á su arreglo y economía; y Era 1298 creó adelantado mayor del mar, justificando su eleccion con estas palabras de su privilegio: *Por gran sabor que habemos de llevar adelante el fecho de la Cruzada de allende del mar, á servicio de Dios, y exâltamiento de la Christiandad, é por pro de Nos, é de nuestro Señorío, hacemos nuestro Adelantado,* etc.

(*R*) *Si el navarro, si el aragonés, sin más motivos que miedo, quieren oponerse á sus designios, Alfonso les hace frente, y luégo queda, éste amigo, aquél vasallo.*

Ningun estado de nuestra península ha experimentado más las vicisitudes de la fortuna que Navarra. Tan antiguo como Leon, en don Sancho el Mayor unió los dominios más vastos que hubo despues de la irrupcion de los agarenos. Por su muerte costóle la gloria de que cuatro hijos y cinco nietos dominasen la España fiel; que la ereccion de Aragon y Castilla en reinos formase los tiranos, que, desconocidos á su orígen, más de una vez habian de forjarle su esclavitud. Navarra,

pues, tronco de los monarcas de Castilla, Aragon y Sobrarbe, toma al segundo el rey que le habia dado, y reconoce vasallaje á un Alfonso de Castilla, poco ántes su vasallo. Vueltos á unir en el Batallador estos dominios todos, llamóse emperador de España. Harto pronto desapareció su imperio. Huye con su muerte esta gloria pasajera, y sepárase Navarra de Aragon para que cada uno de sus reyes, don Garci-Ramirez y don Ramiro, presten nuevo homenaje á Castilla. El inmediato sucesor en la primera toma por blason una banda, jeroglífico de su estado, en quien ensangrentaban sus garras dos leones, el aragonés y el castellano, único fruto del desacierto de don Sancho; si bien la que no pudiera resistir á uno, con los celos de los que la codiciaban se mantenia. Miéntras él mismo, que tambien conocia la constitucion de su reino, mejora esta divisa, ganando en el puerto de Muradal el inmortal blason de su escudo, pasa por su muerte su corona, que habia vagado el espacio de más de cinco siglos por todos los cetros de España, aunque sin quebrar la línea masculina de sus primeros reyes, á orlar las sienes de un príncipe frances; el segundo, don Teobaldo el Menor, fué el que reconoció tercera vez á nuestro don Alfonso, obligándose á ir ó enviar su lugarteniente á las Córtes, y servir en la guerra con doscientas lanzas.

No han sido menores desde esta época hasta nuestros dias las mudanzas de este reino. Oigámoslas. Fenecida en dos poseedores la segunda casa, pasó la matriz de tantas coronas á ser un rayo de la de Francia, durante el imperio de sus cinco reyes desde Felipe el Cuarto hasta Cárlos el Hermoso. Entra el dominio de sus cuatro dueños condes de Evreux, que se ocupan más en sus intereses de la otra parte de los Pirineos, que del gobierno de Navarra; vuelve ésta á un príncipe español en el infante don Juan, quien, mudada la cábala de Francia por la intriga de Castilla, deja de regir un reino por perder un particular; hácelo, en su ausencia, el ilustre príncipe de Viana, don Cárlos, que, á imitacion de don Sancho el Sabio, tomó por divisa dos lebreles que devoraban un hueso, imágen de la descarnada Navarra; y aunque Aragon, poco despues unida en su padre, no tenía papel en la escena, substituia su lugar Francia: suerte infalible de estado pequeño entre vecinos formidables. Por el fallecimiento de D. Juan entró Navarra en la casa de Fox, y haciéndose su línea quinta vez transversal, ocupó el cetro D. Juan de Labrit, del que desposeido por D. Fernando el Católico, pasó su reino á ser porcion del castellano, ántes su porcion, y las reliquias de la sangre de sus últimos poseedores corrian en las venas del monarca frances Enrique, tan conocido por el Grande como por el Bueno.

(*S*) *Vosotros, príncipes, que, ó recibisteis el cíngulo militar*, etc.

Armar caballeros era una señal de gran poder en el siglo de Alfonso, y áun las leyes señalan la condescendencia y sujecion en que quedaba el que recibia con el que dispensaba la caballería. Fuéronlo por Alfonso, Rodulfo, despues emperador, primer jefe de la casa de Austria. Cuatro, despues reyes, Eduardo de Inglaterra, Sancho de Castilla, Dionisio de Portugal, Aboaldile de Granada. Tambien Felipe, hijo del Emperador de Constantinopla; Alfonso y Juan, hijos del Rey de Jerusalen; sus hijos Felipe, Manuel, Fernando y Juan; Guillermo, marqués de Monferrat; Gaston de Bearne. Tambien fueron sus vasallos, pues cobraron sus pensiones, excepto el inglés, todos los antecedentes, y á más el Rey de Navarra, Aben Jachoch, rey de Niebla; Mahomat Aben Mahomat Abenhuc, rey de Murcia; Guido y Enrique, duques de Borgoña y Lorena; Guido, conde de Flándes; el Conde de Barcelona, y otro Guido, vizconde de Limóges.

(*T*) *Tú, ilustre Mondéjar*, etc.

El célebre Marqués, historiador exactísimo de nuestro héroe, que debe ser registrado de quien quiera instruirse en su vida, cuya narracion hemos seguido casi siempre, aunque sin dejar de consultar cuantos escritores del asunto ha podido juntar nuestra diligencia.

(*V*) *Desheredó, maldijo al instrumento de sus males*, etc.

Parece que se empeñó el cielo en justificar lo merecido de estas anatemas. No gozó Castilla un reinado feliz en muchos años: al turbulento y fugaz de Sancho siguió el de su hijo el Emplazado, teatro de las mayores alteraciones en sus principios, y que dió al orbe la trágica escena de su anticipado fin. Alfonso, muy semejante al nuestro, empezó á vivir y á reinar casi al mismo tiempo; pero ¡qué furiosos vientos de guerras civiles no agitaron el proceloso mar del reino! Pudo sosegarlos, y cortar muchos laureles, cuando, por un efecto de los crímenes de su abuelo, dejó entre victorias y entre enemigos su floreciente vida; y al modo que la familia de los Césares acabó en Neron, la sucesion legítima de Sancho acabó en D. Pedro, alcanzando hasta su cuarta generacion la terrible fuerza del agraviado padre, que ni dejó á esta esclarecida descendencia madurar su edad, ni acabarla en el lecho.

(*X*) *El mismo que tenía dispuesto llevar los caballos andaluces á Tánger, trajo hasta Córdoba los ginetes africanos; empeñó su diadema*, etc.

En este apuro mandó á D. Alonso Perez de Guzman, quien por desavenencias con el mismo Alfonso estaba refugiado en Fez, y valido de su soberano, su corona y una carta, pidiendo un empréstito sobre ella; pero ¡qué carta! Parece que la dictó su misma necesidad. ¡Qué vehemencia en la expresion! ¡Qué energía en la demanda! ¡Qué decoro en la súplica! ¡Qué modestia en la acusacion! ¡Qué sencillez en la narra-

tiva! ¡Qué majestad en las quejas! Al que conozca el estilo epistolar, y penetre la gravedad de aquellas expresiones, que el no uso ha anticuado, presentamos este precioso rasgo de elocuencia, perfecto en su línea, y el mejor remate del elogio de Alfonso el Sabio:

«Primo D. Alonso Perez de Guzman: La mi cuita es tan grande, que como cayó de alto lugar, se verá de lueñe: é como cayó en mí, que era amigo de todo el mundo, en todo él sabrán la mi desdicha é afincamiento que el mio fijo á sin razon me face tener con ayuda de los mios amigos, y de los mios Perlados, los quales en lugar de meter paz, no á escuso ni á encubiertas, sino claro, metieron asaz mal. Non fallo en la mia tierra abrigo, nin fallo amparador, nin valedor, non melo mereciendo ellos, sino todo bien que yo les fice: y pues que en la mia tierra me fallece quien me habia de servir é ayudar, forzoso me es que en la agena busque quien se duela de mí: pues los de Castilla me fallecieron, nadie me terná en mal que yo busque los de Benamarin. Si los mios fijos son mis enemigos, non será ende mal que yo tome á los mis enemigos por fijos: enemigos en la ley, mas non por ende en la voluntad, que es el buen Rey Aben Juzaf: que yo lo amo é precio mucho, porque él non me despreciará ni fallecerá, ca es mi atreguado, é mi apazguado: yo sé quanto sódes suyo, y quanto vos ama, con quanta razon, é quanto por vuestro consejo fará: non miredes á cosas pasadas, sino á presentes. Catá quien sódes, é del linaje donde venides, é que en algun tiempo vos faré bien: é si lo vos no ficiere, vuestro bien facer vos lo galardonará: que el que face bien nunca lo pierde. Por tanto el mio primo Alonso Perez de Guzman faced á tanto con el vuestro señor y amigo mio, que sobre la mia corona mas averada que yo he, y piedras ricas que ende son, me preste lo que él por bien tuviere: é si la suya ayuda pudiéredes allegar no me la estorbédes, como yo cuido que non farédes; ántes tengo que toda la buena amistanza que del vuestro señor á mí viniere, será por vuestra mano: y la de Dios sea con vusco. Fecha en la mia sola leal ciudad de Sevilla, á los treinta años de mi reynado, y el primero de mis cuitas.—EL REY.»

ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON VENTURA DE LA VEGA,

Académico de número (1).

Cumpliendo con el deber, honroso y grato para mí, de escribir el elogio fúnebre de nuestro difunto compañero el Sr. D. Ventura de la Vega, os lo presento ahora, si bien desnudo de las galas de imaginacion y estilo con que le hubiera enriquecido cualquiera otro de los sabios varones entre quienes tengo la honra de sentarme (con merecimiento escaso en la república de las letras), revestido tal vez del curioso y puntual recuerdo de varios accidentes de la existencia del caro amigo con quien pasé mi infancia y las floridas horas de la primera juventud. Esto, sin duda, tuvo presente la Academia para confiarme la comision que hoy desempeño. Pero si tal circunstancia facilita por una parte mi trabajo, no deja de ofrecer, por otra, el grave inconveniente de que yo vea la figura que retratar me propongo, acrecida por el cristal de mi cari-

(1) Leyólo su autor, el Excmo. Sr. Conde de Cheste, en la Junta ordinaria celebrada el Juéves 23 de Febrero de 1866.

ño y con los colores de mi entusiasmo apasionado. Trataré de describirla, sin embargo, con imparcial criterio; y en cumplimiento de nuestros Estatutos voy á haceros, no el juicio crítico de las obras del literato insigne, sino la necrología del malogrado Académico. Y digo malogrado, porque la muerte nos le quita á los umbrales de fresca ancianidad, cuando su imaginacion, todavía vigorosa, dirigida por el saber y la experiencia, prometia aún sazonados frutos, que hubieran enriquecido el no muy copioso caudal de nuestros buenos libros contemporáneos, contribuyendo á la gloria de las letras bellas en nuestros feos dias de materialismo; ciñendo, al propio tiempo, con nuevas coronas aquella frente que todos recordamos, y en que parece como que hervian los gérmenes del ingenio, de la imaginacion y del talento. ¡Triste recuerdo para nosotros, que, ya ancianos casi todos, hemos perdido en brevísimo tiempo á cinco de nuestros más ilustres compañeros! ¡Ay! el más duro de los males de la vejez desapiadada es ver cómo se van borrando, uno tras otro, del libro de la vida los nombres de los seres amados con quienes hicimos las primeras alegres jornadas del viaje por el mundo, y encontrarnos poco á poco solos, hasta no tener más compañía que nuestros achaques, ni más halago que nuestros melancólicos recuerdos. Perdonadme este desahogo del dolor que me causan dos heridas por las que aún vierte sangre el corazon: la que todos estais sintiendo todavía, y la que yo añado á ella, con la pérdida de un hermano querido, que tambien compartió con el amigo de que voy á hablaros los dulces juegos de la niñez y el punzador cuidado de las aulas.

Nació D. Buenaventura de la Vega en Buenos-Aires, capital del entónces vireinato español, el dia 14 de Julio

de 1807. Fueron sus padres D. Diego de la Vega y doña María de los Dolores Cárdenas. El primero fué destinado desde España á aquella ciudad con el empleo de Contador mayor, decano del Tribunal de Cuentas y visitador de la Real Hacienda; y la segunda habia nacido en ella de una familia noble, establecida allí hacia largo tiempo. Esta señora, que hoy, octogenaria, vive todavía en su patria, y que ha sido dotada por el cielo de imaginacion vehementísima y de carácter activo y varonil, perdió á su esposo á los cinco años de nacido su primogénito, y seis despues tuvo valor para separarse de éste; y celosa de su educacion, y esperanzada con la herencia de bienes en España, que un amigo de la familia habia prometido al pequeño Ventura, una sola vez, acariciándole delante de la entusiasta madre, le mandó á la península en compañía de un sacerdote, su conocido, que se embarcó con el navegante de once años, el dia 1.° de Julio de 1818, no sin haber hecho éste una resistencia que en su tierna edad revelaba ya las dotes de que en adelante habia de dar tan singulares muestras en las asambleas, academias y teatros. Llevado el rapaz el dia anterior á la fuerza y en hombros de un esclavo, al atravesar la Plaza Real alzó su vocecilla, y en són declamatorio y con acento expresivo gritó, extendiendo sus bracitos por encima de las negras espaldas de su opresor membrudo: *¿Qué no me defendeis? ¿No estáis viendo que, con pretexto de educarme, me van á llevar á la patria de los tiranos godos? ¡Favor! ¡Favor! ¡Salvad á un ciudadano indefenso!* Y tal efecto produjo entre los circunstantes lo sentido de sus palabras de hombre, que acompañó bien pronto con los sollozos y lágrimas de niño, que fué detenido, y hubo de intervenir la autoridad, y ser indispensable que al otro

dia prestára su asentimiento para el largo viaje el orador insigne, amansado con golosinas, juguetes y promesas de acompañarle de la pobre madre, que ni habia de cumplirlas nunca, ni de estrechar más contra su pecho al hijo de sus entrañas que dió á luz en dias de tribulacion, fugitiva de su propia casa, oculta en la choza de una pobre campesina, uniendo en pobre lecho á la congoja y los sustos de su estado, los que producia en las calles de la ciudad el temeroso ruido de la revolucion y de las armas.

Desembarcó Vega en Gibraltar á los dos meses y medio de navegacion, y pasó á Madrid, al cuidado de su tio D. Fermin del Rio y Vega, mayor de la secretaría de Hacienda, quien lo recibió con paternal cariño y dispuso que empezára su educacion, asistiendo á la clase de rudimentos de latinidad en los estudios imperiales de San Isidro, á cargo de los jesuitas. Más tarde, en el año 1821, le trasladó, en clase de alumno interno, al colegio establecido en la calle de San Mateo por D. Juan Manuel Calleja, el cual empezaba ya á gozar de la fama, despues grande y merecida, á que le elevaron profesores tan sabios como Cabezas, Lista y Hermosilla. Vivero fecundo de tiernas plantas que habian de ser un dia frondosísimos árboles, de allí surgieron á ser útiles y fructíferos á su patria, magistrados, poetas y militares, jurisconsultos, literatos y repúblicos, como los Pardo, Alonso, Espronceda, Molins, Ochoa, Roncali, Seoane, Montalban, y los Benitez, Mazarredos y Nandines. Desde luégo, y á la par de los mejores, empezó á sobresalir nuestro D. Ventura, si no por su aplicacion, por su memoria prodigiosa y por las raras dotes de su penetrante y retentivo talento, que le permitian empaparse en los secretos del libro con des-

florar apénas la superficie de las hojas; proporcionándole á poca costa en los públicos exámenes lucimiento y aplauso, la gracia de su acento y ademan y la fácil soltura de su palabra; contribuyendo á conquistarle la aficion y simpatía de cuantos le escuchaban, lo menudo de su pequeño cuerpo, que áun edad más temprana de la que tenía figuraba. Ni se distinguia ménos por los diabólicos juegos y las atrevidas invenciones que eran la delicia de sus malignos camaradas de sala, todos de ménos años que los catorce suyos, y la desesperacion del celador que los cuidaba. Unas veces dibujaba por las paredes con carbon la cabeza orejona de un sátiro ó de un burro sobre un cuerpo flaquísimo, que figuraba el del sucio y viejo Muñoz, que habia cambiado sus honrosas divisas de cabo primero por las funciones de pedagogo de los colegiales más pequeños. Otras convocaba á la canalla chillona y descreida, y en medio de un gran círculo, subido en una silla, recitaba un romance que él y Espronceda compusieron, llamándose *dos ingenios de la córte*, y que empezaba:

Voy á daros una idea,
Aunque bastante concisa,
De un hombre á quien, por oler,
Le huele hasta la camisa.

Áun ahora mismo, como si fuera ayer, me parece que le estoy viendo prepararse á unos trabajos de voladura, llevando por aprendiz á mi querido hermano menor, que aún no tenía once años. En el fondo de un vasto patio, donde jugábamos en las horas de recreo, habia en el ángulo de la izquierda un sobrado sin puertas, que habia sido cochera, donde, ya viejo, reposaba de sus fatigas un bombé contemporáneo de la juventud de nuestro direc-

tor. El nuevo Pedro Navarro y su novísimo ayudante estaban de rodillas debajo de la caja del que fué vehículo; y miéntras el uno hacia un montoncito derramando unos cartuchos de pólvora, que habia llevado de su casa y escondió desde el domingo anterior, soplaba el otro un ascua, dilatando los mofletes y sacando llama, que enrojecia fantásticamente el picaresco rostro de los dos diablillos. Por fortuna de su belleza futura, los sorprendió oportunamente el protagonista del romance de los dos ingenios de la córte, y los llevó al calabozo, á continuar allí sus estudios pirotécnicos.

Cultivaba entre tanto otros de más provecho; y al paso que se resistia á su juvenil imaginacion verdeante y jugosa el monótono y seco demostrar de las ciencias matemáticas, hacia prodigiosos adelantos en las humanidades y en la historia, y en las clases de adorno, especialmente en la de recitar trozos escogidos de nuestros mejores hablistas en prosa y verso; porque, como ya hemos dicho, tuvo desde muy pequeño ciega voluntad por la declamacion, la cual le dominó despues constantemente hasta sus últimos dias, y contribuyó acaso á acortárselos más de lo que á las letras y á sus amigos convenia. Y no era extraño, porque todos amamos aquello en que nos distinguimos, y tenía Vega, para sobresalir en aquel arte, calidades muy superiores. Su cuerpo, aunque pequeño, era proporcionado, suelto y elegante; ancha su frente, coronada de un hermoso cabello negro, liso y brillante; y su fisonomía elástica y movible, y la expresion y viveza de sus grandes ojos, y el sonido profundo, extenso, vibrante y armonioso de su voz, que manejaba, como el rostro, á su capricho, hacian la delicia de cuantos le veian y escuchaban; agregándose á todo un talento de imitacion

tan singular, que remedaba fácilmente el tono y las acciones, lo mismo del viejo que del mancebo, de la modesta señorita que del atrevido chicuelo, del *Pelayo* de Quintana que del *Cocinero* de Gorostiza; distinguiéndose, sobre todo, en el arte de tomar aliento y repartirlo en la duracion de los períodos; con que en su boca no era nunca penoso al espectador seguir la expresion de las ideas, ni el desborde de las pasiones, con arte suma, si bien con natural efecto, presentadas. Yo de mí sé decir que no he oido á nadie leer como él leia, áun en los momentos, pocos en verdad, en que, por pagar tributo á la costumbre, daba entonacion sobrada á los versos líricos que en nuestros salones se declaman con esa monótona y lacrimosa canturía que oscurece los pensamientos, si los hay, y á prestarles no basta la verdadera armonía, producto sólo de la propia y feliz combinacion de las palabras.

Pero el colegio de San Mateo sobrevivió pocos años, con gran dificultad y suprimiendo cátedras importantes, á la caida en España del gobierno constitucional. Desde su decadencia se dispersaron los distinguidos jóvenes que en él recogieron las semillas primeras de las ciencias. Vega continuó cultivándolas, bajo la direccion de D. Alberto Lista, en casa de este sapientísimo sacerdote, que, desdeñado por el gobierno del triste Calomarde, daba entónces lecciones particulares de historia y literatura. Á ellas asistian algunos de nuestros antiguos condiscípulos; y éstos, con otros nuevos, como Segovia, Escosura, Amador, Ortiz y los Usozes, y con otros que, sin ya necesitar de las escuelas, como Breton, Larra y Mesonero, por identidad de gustos y de estudios se nos agregaban, compusieron aquella pléyada luciente, que en los

años que transcurrieron desde el 24 en adelante empezó á brillar en el cielo que, como dice uno de los más grandes ingenios de España y del mundo, por hallarse bajo el cenit de la Lira, goza el privilegio de tener por hijos á tantos y tan famosísimos poetas. De entónces data la academia del Mirto, que ellos fundaron, y que Lista presidia y encaminaba con sus sabios consejos. Á ellos debe nuestro Vega el gusto exquisito que siempre campea en todas sus obras: gusto difícil de formar en aquellos más difíciles tiempos de transicion y de mudanza para la literatura de toda Europa. Sin ellos, ¿quién sabe si nuestro futuro autor de *El hombre de mundo* no habria extraviado su talento, despeñándolo, como otros muchos, por los más cavernosos precipicios del ridículo romanticismo? De entónces tambien datan aquella asidua asistencia, al café de Venecia primero, y al del Príncipe despues, que de nosotros tomó el nombre gráfico de *El Parnasillo*, y aquellas reuniones de casa del entusiasta arquitecto D. Francisco Mariátegui, y del bondadoso caballerizo del Rey D. Quírico de Aristizábal, en donde empezaron á desarrollarse nuestros afectos de hombres y nuestras inclinaciones respectivas. ¡Dichosos dias, en que mezclábamos con las más sérias ocupaciones el amor, la alegría y las locuras de los pocos años, y nos ocupábamos en representar comedias, y en inventar charadas, y en componer versos, generalmente malos, y en hacer cabalgatas á Hortaleza, con detrimento de las asentaderas de Breton y de Alonso, no muy fuertes en el arte de andar á la jineta; y no nos apurábamos por la suerte de nuestra patria, ni por los políticos asuntos, por más que los más atrevidos y mayores de entre nosotros, que poco pasarian de las veinte navidades, creyeran entónces, y

crean todavía, que al fundar, como lo hicieron, una sociedad secreta llamada *Los Numantinos*, iban á regenerar con ella la patria de Lanuza. Era Vega uno de los asistentes á esas tenebrarias reuniones á estilo masónico, que unas veces se verificaban en una imprenta, otras en una botica de la calle de Hortaleza, y otras en una cueva del Retiro, adonde recuerdo que quiso llevarme una tarde nuestro Aristógiton de diez y ocho años, manifestándome con la risa de su natural gracejo que su propósito sencillo y hacedero se reducia simplemente á matar al tirano, que era en aquella sazon el rey Fernando VII, y á constituirse en república á la griega. Yo no sé si los demas, pero juzgo para mí que nuestro Ventura (que, por otra parte, no fué nunca aficionado á la política) jugaba en esa ocasion á las sociedades secretas: que por aquel tiempo nada nos cuidábamos del mejor ó peor sistema de gobierno; reiamos con las chanzas festivas é ingeniosas de Breton y con la discreta locuacidad de Escosura; nos asustaban las atrevidas calaveradas del buscaruidos de Espronceda; nos burlábamos de los detestables versos que hacia entónces Larra, que acababa de venir de educarse en Francia, y dejábamos que D. Tadeo Ignacio Gil, corregidor de inartística memoria, dictase suntuarias leyes sobre los que Vega llamó despues sus únicos bienes raíces, que entónces no le asomaban por cierto al belfo labio. Juego fué, sin embargo, el de la sociedad de los Numantinos que llevó á la cárcel á algunos de sus individuos, y mantuvo á nuestro D. Ventura recluso por tres meses en el convento de Trinitarios calzados, que hoy es Ministerio de Fomento, despues de haberle tenido arrestado otros tantos en las prisiones de la Superintendencia de Policía. Por fortuna, el guardian

bajo cuya vigilancia fué puesto era un santo varon, de condicion tan benigna y tan inocentemente sabio, cuanto Vega sagaz, observador y de dúctil y dulcísimo carácter. Asistia el recluso con la mayor devocion á todos los actos de la comunidad; componia versos de asuntos sagrados; cantaba ó desentonaba en el coro con los frailes vísperas y maitines, y jugaba en la huerta por la tarde con los más jóvenes, ó hacia la tertulia á los más ancianos por la noche en la celda del padre Gonzalez, recitándoles poesías ó entreteniéndoles con los recursos de su inagotable imaginacion. Conducíase, en fin, con tal habilidad, que en aquellos noventa dias de clausura se ganó desde los primeros de tal modo la voluntad de todos, que no sólo fué tratado á cuerpo de rey, sino que, cumplido el plazo de su feliz condena, no habia forma de que el alegre y contagioso cenobita quisiera mudar de domicilio, ni que los frailes pudieran separarse del que tan sabrosamente les habia suavizado las asperezas de su monástica disciplina. Siempre quedó amigo nuestro trinitario interino de aquellos buenos sacerdotes; y ellos, y en particular el padre Gonzalez, lo fué verdadero en adelante para su huésped querido. Más de un mes vivió éste espontáneamente todavía en la santa casa á que le llevaron por fuerza. La tortuga, el salmon, los apetitosos bocados, en fin, únicos acaso de esa clase que en aquel refectorio se comian, y las conservas y el rico soconusco que á los padres maestros regalaban, eran siempre para el mimado Benjamin, al cual fuera de allí aguardaban inquietudes y privaciones; porque en aquella sazon sus recursos eran muy escasos y no bastaban á lo más indispensable de sus necesidades, por pocas que éstas eran. Su tio hacia ya dos años que no existia; el indiano que

en Buenos-Aires habia prometido hacerle su heredero habia muerto sin hacer testamento; Vega, en fin, no contaba más que con una hermana de su madre, llamada doña Cármen Cárdenas, que vivia en Madrid con la viudedad que le habia dejado su difunto esposo el teniente coronel D. José Maestre. Á su compañía volvió nuestro amigo; y por entónces, ó muy poco despues, recibió una tiernísima carta de su madre, en la que le suplicaba encarecidamente volviera á sus brazos á consolarla de los disgustos que su otro hijo D. Diego la daba, y en la que le enviaba, para hacer el viaje, una libranza de cuatrocientos pesos fuertes. Pero Ventura estaba en ese tiempo enamorado de una hija del célebre médico Rives, hermosa, de mucho talento, y que cantaba como una sirena; y lo fué, en efecto, tanto para el poeta, que el pobre cumplió puntualmente lo que su alma apasionada exhaló entónces en este lindo soneto:

«Cruza sin mí los espumosos mares,
Saluda ¡oh nave! de mi patria el muro,
Y déjame vagar triste y oscuro
Por la orilla del lento Manzanares.
Si osa turbar la paz de tus hogares
De soberbio extranjero el soplo impuro,
Otro defiende con el hierro duro
Su libertad y mis nativos lares.»
Esto decia yo, cuando las olas,
Sulcó la nave en que partir debia,
Y abandonó las costas españolas.
Ella al impulso plácido del aura,
Voló á la orilla de la patria mia.....
Y yo á los brazos me volví de Laura.

Y *triste*, aunque no *oscuro*, se quedó, en efecto, vagando *por la orilla del lento Manzanares*, y gastó en poco tiempo los ocho mil reales que habian sido el último crepús-

culo de la fortuna de su pobre madre. Y por cierto que me vienen ahora á la memoria recuerdos tan peregrinos de ese período de la vida del jóven, que no resisto á la tentacion de contarlos, por más que de sobra triviales parecieren. De las veinte y cinco onzas de la letra, doce fueron para Doña Cármen; de las otras trece, sacó para proveerse de las cosas de vestir que más necesitaba; y por cierto que fuí testigo presencial de la primera compra, que fué un par de botas, un sombrero y una capa muy elegante de casa del sastre inglés Jhonson; porque pretendia, al hacer esta adquisicion prematura, que envolviéndose en ella (y lo decia haciéndolo con el manejo más rumboso) daba espera al relevo de las otras prendas, obsoletas de sobra, y se presentaba desde luégo como cumplia á su esplendor y novísima opulencia. Y por cierto que en aquellas sus felices noches, creyéndose, por el desuso de llevar dinero en los bolsillos, cuando ménos un Rotschild, y obligado por el recuerdo de obsequios recibidos y nunca devueltos, por desgracia suya, á todos nos queria convidar á los teatros, y á nadie permitia que pagase ni en el café ni en la confitería, que á menudo visitábamos. Breve fué, pués, la duracion de aquel que el Anfitrion juzgaba inacabable tesoro; y cuando ya estaba para extinguirse, vino un triste acontecimiento á traer á la imaginacion del Creso de pocos dias lo deleznable y fútil de las humanas grandezas. Doña Cármen se apoderó una noche de la capa. Á la otra mañana, yendo yo á ver á Ventura, temprano como solia, le hallé en la cama; y al verme, se incorporó y sentó, y con acento desesperado me anunció que no podia salir conmigo, ni abandonar la ropa del lecho, porque era la única que le habia dejado su implacable tia. Yo le mandé alguna de mi uso,

y en aquel mismo dia se le presentó la culpable con faz entre vergonzosa y radiante, que anunciaba ganancias y tarde más bonancible. Era aquella señora tan aficionada al juego como amante de su sobrino. Nueva madre para él, le amaba con idolatría, y habia contribuido á la educacion de su *Ventura sin ventura*, como le decia, pagando los últimos trimestres de su pension en el colegio de San Mateo con atraso y dificultades, que realzaban el mérito de la accion, y manteniéndole y vistiéndole despues bastante tiempo, sin tener más gusto que compartir con él su pobre viudedad, y acaso en obsequio suyo yendo á sufrir las veleidades de la sota de oros. Mi vieja intimidad con Vega me permite revelar estos secretos de familia, y creo sea grato á su sombra querida que pague aquí en su nombre un tributo de gratitud á la mujer excelente que en dias bien tristes, de universal desamparo para él, le dió un asilo en su casa, y otro más dulce en su corazon y su cariño.

Desde esta época puede decirse que empieza la viril existencia de Vega. Hasta entónces no se habia hecho cargo de que le era necesario búscarse los medios de vivir en el mundo positivo, ni se habia ocupado en nada serio. Sus primeras composiciones valian muy poco en general, y él así debió creerlo, cuando tanto cuidado ha tenido de hacerlas desaparecer. Recuerdo, sin embargo, algunas regulares, y que en todas habia siempre algo bueno, y trascendia en ellas el gusto excelente que en él era como innato. Me acuerdo de un romance que compuso á los quince años, que empezaba:

Ya dora el sol naciente
Mi rústica cabaña,
Y á convidarme torna

Del bosque á la enramada.
Son mi único embeleso
El rio y la montaña,
Y mis delicias todas
El colorin y el aura.

Tambien compuso en aquella edad tan tierna unas décimas en elogio del comportamiento de la Milicia Nacional de Madrid el 7 de Julio de 1822, y várias coplillas y versos de arte menor, medio improvisados en fiestas y convites, á que con grande empeño le invitaban; porque, niño y todo, era la gala y regocijo de las reuniones á que concurria. Unas veces recitaba en el cumpleaños de una señorita:

Dulce primavera, vén,
Y de Dolores preciosa,
Con tu guirnalda de rosas,
Adorna la bella sien.
Contigo venga tambien
La divina Citerea;
Que aunque en hermosura sea
La madre de los amores,
Junto á la bella Dolores
La madre de amor es fea.

Y estrechado todavía á repetir otro brindis, exclamaba:

Con dolores nace el hombre;
Con dolores muere luégo:
Nadie quiere los dolores,
Y yo por Dolores muero.

Otras veces se vengaba de los que le fastidaban, como cuando, sentado al lado del consejero Romano, que al eco de los versos de nuestro poeta roncaba inarmónicamente, repetia con trágica y burlesca entonacion aquellos versos de los *Horacios* de Corneille:

Je rends grace au ciel de n'être pas ROMAIN,
Pour conserver encor quelque chose d'humain.

Y renegaba de los melindres de impertinente dama á quien sin querer habia pisado, diciéndola, ya colérico por sus recriminaciones:

No te cause admiracion,
Señora, si te pisé:
Quién no ha de pisar un pié
Que ocupa todo el salon?

Poco tiempo más adelante, al dia siguiente de haber asistido á mi lado á una representacion del Oréstes de Alfieri, traducido por Solís, me leyó este soneto, que nunca se me ha olvidado:

El Parnaso tembló: Febo, indignado,
Despedazó su cítara de oro,
Y en abundante y encendido lloro
Melpómene bañó su rostro airado.
Carnerero de berros coronado
Conduce al ara el furibundo coro;
Comella, oyendo el cántico sonoro,
Desde el limbo sonrie alborozado.
Intonso y fiero, con osada planta,
Ante el marmóreo altar Solís parece
Y la segur de Góngora levanta.
Triste Racine al verla se estremece;
Baja Alfieri desnuda la garganta,
Y al sacrificio bárbaro la ofrece.

Y por cierto que no merecia el autor de *Camila* tan implacable condenacion, aunque no se afeitase sino una vez al mes; ojalá que otras tragedias puestas en verso castellano valieran tanto como esa traduccion del antiguo consejero del gran Maiquez y consueta del teatro del Príncipe. Su lenguaje castizo y clásico puede hacer

que se le perdone un tanto de pedantería, y alguna que otra transposicion violenta, por la exageracion de latinismo, que hace alguna vez pesado y oscuro su estilo; pero éste es siempre varonil y majestuoso, como el coturno exige, y algunas veces se remonta hasta ser terriblemente trágico y sublime.

Són tambien dignas de recuerdo, entre las demas composiciones de los primeros tiempos de Vega, tres odas sagradas y una imitacion de San Juan de la Cruz, que omito repetir, por ser bastante conocidas; el epitalamio á la Marquesa de Quintana, hoy condesa de Oñate, tipo entónces de bellísimas mujeres; y la oda á Lista, que fué contestada por este inolvidable director nuestro con otra, la cual conservo escrita de su puño, y en la que se ve la idea que ya tenía el gran maestro de la altura poética á que habia de subir su discípulo, cuando en una de las estrofas dice, encomiando los precoces frutos del imberbe cantor:

Así en la cuna el animoso Alcídes
Las bravas sierpes domeñó, probando
Aquellas fuerzas que sentir debian
Lerna y Tifeo.

Tambien es de por entónces este soneto, en que declaró su amor á Laura cuando la halló en el jardin de Hortaleza escribiendo su nombre en la cortéza de un árbol:

Ese tronco que Mayo adorna y viste,
Donde grabas tu nombre idolatrado,
Laura, verásle pronto deshojado;
Que á la furia del tiempo no resiste.
Vendrá el Noviembre, con sus lluvias triste,
Vendrá el Enero, con su escarcha helado,
Y el huracan á desgajarle airado,

Arrebatando el nombre que esculpiste.
Templo más digno que tu nombre lleve,
Donde no le destrocen vendavales,
Ni el invierno le cubra con su nieve,
«Un corazon será que te ame ciego.»
Dijo Amor, y con rasgos eternales
Grabóle aquí con su buril de fuego.

Pero la más importante de todas las poesías sueltas de la primera época de Vega fué un canto épico que compuso á la pacificacion de Cataluña por el rey Fernando VII en 1828. Hé aquí algunas de sus hermosas octavas, las primeras que ocurren á mi memoria:

Miro al divino Régulo marchando
Entre el clamor de la llorosa plebe,
Donde el fiero sayon le está aguardando,
Y perecer entre tormentos debe.
Á Aníbal miro con su hueste hollando
De las Alpinas cumbres la honda nieve,
Y á un ejército entero haciendo frente
Á Cócles duro en el cortado puente.
Vagaba así mi ardiente fantasía,
Y, entre el bullir de las inquietas olas,
Manzanares su frente descubria
Coronada de juncos y amapolas.
En la siniestra mano suspendia
El blason de las armas españolas;
Así suena su voz, y humilde pára
Su blando ruido la corriente clara.
¿Por qué de Roma tu ofuscada mente
Hazañas busca en la remota historia?
¿Para asombrar á la futura gente
No basta acaso la española gloria?
Cuando virtud y honor tu lira intente
Eternizar del mundo en la memoria,
Los campos corre de la madre España,
Y cada monte te dirá una hazaña.

En el período que podemos llamar la segunda época de su vida literaria, sintió Vega, como íbamos diciendo

ántes, que en este mundo no se vive sólo con los sueños de oro de la fama venidera, y que en nuestros dias de fierro, ó más bien de dinero, hay que aplicarse á alguna cosa de material provecho. Formada ya y completa su muy segura razon, sin fortuna heredada, sin carrera oficial, ni proteccion de arriba, ni impulso de abajo, conoció nuestro amigo que la poesía lírica (en que tanto sobresalia en todos géneros) era, si bien mina fecunda para su gloria, pobrísima veta para sus necesidades presentes. ¿Cómo habia de ocultársele lo que todos sabemos de lo poco que producen en nuestra España las obras de imaginacion y de ingenio, casi tan poco recompensadas en nuestros dias como en aquellos en que decia Lope:

Con ser tan grande, que allegar al labio
No tuvo el fénix portugués Camóes;
¡ Y envuelven su cadáver en alóes,
Despues de muerto, para más agravio!

De aquí su dedicacion por largo tiempo á dar al teatro, *por brevísima cuota* (y es frase suya), traducciones de comedias francesas, única ocupacion literaria provechosa entónces en la patria de Garcilaso y de Cervántes. Era Vega, cuando jóven, indolentemente perezoso por naturaleza americana y superioridad de entendimiento. Los americanos, y muchos que no lo son, no comprenden que puedan hacerse grandes esfuerzos del ánimo como del cuerpo, sin largos y saludables descansos. No escribia, pues, sino lo absolutamente indispensable para ganar de comer; costábale, por otra parte, mucho lo que componia, porque lo hacia siempre con perfeccion suma; así que le producia proporcionalmente muy poco, y era él ademas muy sobrio, y sus necesidades muy cortas. De ahí que el cargo

que le hacian muchos (y nuestro excelente y erudito compañero Ferrer del Rio entre ellos) de que no escribia y daba á luz más que producciones ajenas, aunque bien merecido y con benigna intencion encaminado, no dejaba de tener defensa por parte del que no contaba para mantenerse sino con el fruto del que bien podia llamarse su material trabajo. Vega, sin embargo, mezclaba con sus traducciones y plagiados asuntos de teatro alguna que otra notable, aunque tardía, muestra de que era muy capaz de la invencion dramática; y ya en 1824, cuando sólo tenía diez y ocho años de edad, escribió la comedia original en un acto *Virtud y reconocimiento*, que se ejecutó en Madrid el dia 14 de Octubre de aquel año, memorable en nuestros fastos dramáticos, por haberse representado tambien en él la comedia de Breton de los Herreros *Á la vejez viruelas*. ¡Coincidencia notable para los amantes del arte: en una misma noche se estrenaron en la escena española el moderno Lope y el Moratin de nuestros dias!

Las traducciones y arreglos de comedias, dramas de diversos géneros, y hasta vodevilles franceses, convertidos en zarzuelas de nuestro autor, pasan de ochenta. Todos los conocemos, todos los hemos aplaudido; y cuando no aplaudido, tenemos que confesar que nos han hecho llorar ó reir contra nuestra voluntad, y nos han entretenido agradablemente muchas de las largas noches de nuestros inviernos. El gran talento de actor que Vega tenía le revelaba los efectos teatrales que habia de producir una representacion cómica ó trágica, y su ingenio á lo Moreto le hacia sacar partido de pensamientos ajenos, haciéndoselos propios y mejorándolos siempre; porque nuestro gran literato daba á la forma un culto ciego. Vá-

rias veces hele oido que no le gustaba una prenda literaria, por nuevo y elegante que luciera el córte, como no fuera muy perfecto el cosido. Mas áun cosiendo él tan primorosamente, no ha dejado de escribir bastantes obras que pueden llamarse originales y de indisputable mérito; y tres, sobre todo, le han levantado hasta el puesto eminente que, con razon, ocupa en el cielo de Alarcon y de Rojas. Ya comprenderéis que hablo de su preciosa comedia *El Hombre de mundo*, que compuso el año de 1845, tan bella, y más, si cabe, por estar escrita en verso, que *El Sí de las Niñas;* el drama histórico *Don Fernando el de Antequera*, y la tragedia *La Muerte de César*. No se borrarán nunca de mi memoria las lecturas de estreno que tuve el gusto de oir de las dos producciones últimas. La del drama se hizo en mi casa, el 13 de Diciembre de 1844. Era yo entónces director general de Caballería. Me habian hecho el honor de comer á mi mesa los coroneles de los regimientos de la guarnicion de Madrid y los insignes literatos Duque de Frias, D. Juan Nicasio Gallego, Breton, Segovia, el Marqués de Molins, Gil y Zárate y el mismo Vega. La lectura debia ser despues de la comida; estaban invitadas muchas personas de ambos sexos. Ocupaba el protagonista el velador presidencial: desplegado tenía el manuscrito; pero no venian á oirle algunos, que se hallaban hacia una hora de sobremesa, y todos esperaban ansiosos que aquél empezára: se les mandó á los reacios recado sobre recado, y por fin vino Breton diciéndonos que el Duque de Frías, antiguo coronel de Pavía, habia confraternizado de tal modo con los otros coroneles, que, entusiasmado con la relacion de antiguos hechos de cargas y rebatos de los tiempos de la guerra de la Independencia y de D. Juan de Cereceda, y atacado de

un acceso de amor á la primitiva profesion, no se podia hacer carrera de él. Fuimos á buscarle, y poco ménos que á la fuerza le llevamos á escuchar el interesante drama con que nos entusiasmó á todos la entónces magnífica y todavía potente declamacion de Vega. Hoy faltan de entre nosotros, ademas del laureado aquella noche, el Duque de Frias, D. Juan Nicasio Gallego y Gil y Zárate. ¡Dios haya recibido en su seno á los cuatro esclarecidos poetas!

La lectura de la tragedia se hizo la Navidad del año 1862 en casa del Marqués de Molins, mi querido condiscípulo, que tenía por costumbre reunirnos á sus amigos en aquella noche de cristianos recuerdos, para darnos generosamente el pasto sabroso al entendimiento de dulcísimos versos, el provechoso al alma, de una breve y devota misa de gallo, y el reparador para el cuerpo, de una suculenta parasceve. Era, en aquella ocasion, numeroso y selecto el auditorio reunido. Entre algunas damas hermosas y discretas, que verdaderamente señoreaba la ilustre huéspeda que nos recibia, brillaban muchos de los hombres más notables de España por aquel tiempo, como el Duque de Rivas, Breton, Hartsembusco, Galiano, Pacheco, Nocedal, Rubí, Tamayo, Ros de Olano, Ochoa, el Conde de Guendulain, Segovia, Ferrer del Rio, Barbieri, Apecechea, Fernandez-Guerra, Cueto, Cañete, Monlau, Cutanda, Campoamor, García Gutierrez, Catalina, Lopez de Ayala, Gonzalez Bravo, Valera, y otros, cuyos nombres, aunque no ménos célebres, no me ocurren ahora á la memoria. Encantados nos tuvo por espacio de tres horas el autor y actor á un tiempo. Á pesar del decaimiento á que habian venido ya sus gastadas fuerzas, el arte con que daba inflexiones variadas á su voz,

imitando el peculiar acento que á cada uno de los héroes correspondia, era tan propio, tan adecuado, que no parece sino que revivian delante de nosotros, tales como debió verlos entre sus pórticos y triunfales arcos el foro augusto de la reina del mundo. Á cada escena, á cada acto, nuestra admiracion iba creciendo; y al terminarse la tragedia entre la conmocion y aplausos de la concurrencia, vimos levantarse trabajosamente á un anciano, postrado ya por la enfermedad, aún más que por los años, el cual, recibiendo en sus abiertos brazos al que en aquel instante rejuvenecian el entusiasmo y la gloria, con voz trémula exclamaba, entre lágrimas que arrancaban las nuestras: *¡Eso es romano, Ventura; eso es grande!* Era la última vez que á nuestras solemnidades concurria el autor de *Don Álvaro*, y parece como que en ese abrazo le decia al ya tambien herido por la mano de la muerte: *Yo voy primero; pronto irás á unirte tú conmigo.*

Tambien *El Hombre de Mundo* se leyó públicamente, á modo de prueba, segun acostumbraba hacer el autor con sus obras predilectas, en el domicilio del Sr. D. Patricio de la Escosura. No describo más minuciosamente este acontecimiento, porque no disfruté de él, por hallarme viajando; pero he oido que fué una gran solemnidad literaria por la calidad y las circunstancias de los jueces reunidos en aquella casa, cuyo dueño, tan docto y amante de las Musas cuanto amado y favorecido por ellas, las convertia por entónces en su santuario una vez á la semana. Esa misma comedia, algun tiempo despues, fué puesta en escena en el teatro particular que tiene la señora Condesa viuda del Montijo en su quinta de Carabanchel; cuya circunstancia no quiero dejar olvidada, porque ciertas curiosidades que transmitir no corresponde á la gravedad

de esa señorona que llaman *la Historia*, sólo pueden ser conocidas merced á la clase de escritos pedestres, como este mio; y sin embargo, son confites muy sabrosos de gustar, despues del trascurso de los años, á cierta clase de golosos aficionados. Es el caso, que representaron personajes de la comedia el mismo autor Vega, D. Patricio de la Escosura, la Condesa de San Luis, y lo más digno de memoria es que hizo admirablemente el papel de doña Clara una señorita de diez y siete años, que conocimos y tratamos. Llamábase entónces, entre los jóvenes de ambos sexos del mundo ilustre y elegante de Madrid, la donosa condesita de Teba, la lindísima Eugenia, la flor y gala de la coronada villa; hoy honra á nuestra patria, que es tambien la suya, con virtudes que alcanzan á llenar uno de los más grandes tronos de la tierra; hoy es la Emperatriz de los franceses.

Pero ya vamos acercándonos al fin de nuestro cometido; y entrando en más prosaicas investigaciones, debo deciros algo sobre la carrera de oficio de Vega; que al fin la tuvo, aunque sólo *pro-forma*, quien tan intensamente ocupó las facultades enteras de su alma en la literatura y en la poesía. Con ingénito instinto repugnó él siempre toda ocupacion ajena al cultivo de las letras. Siendo muy jóven, estuvo ya amenazado de ser empleado. Fernando VII quiso verle un dia, me parece que allá por el año de 1828. Debia presentarle á S. M. el Sr. Grijalva, secretario de la estampilla, que gozaba de gran valimiento con el Rey; pero nuestro amigo desdeñó lo que tantos hubieran tenido por felicidad suprema, y á la hora en que debia verificarse la entrevista nos hallamos en casa de Mariátegui con nuestro Ventura sin ventura, vestido como de ordinario y diciéndonos: *El Rey me está esperan-*

de; pues bien, que espere; si S. M. quiere verme, yo no quiero ver á S. M. Más tarde fué nombrado agregado á la embajada de España en París. Avisáronle á las cuatro de una mañana del mes de Enero que era ya hora y que la diligencia iba á salir; y él, si no hizo precisamente lo que el lebrel irlandés de Lope, dió al ménos una vuelta en la cama y levantó más hácia su barba la espesa ropa que le cubria. Sin duda no le pareció el señor embajador más digno de su visita que el mismo Fernando VII. Pero la necesidad á todo obliga, y en 1836 fué por fin empleado nuestro poeta, como auxiliar del Ministerio de la Gobernacion, con el sueldo de doce mil reales. Debió ese destino á la proteccion del Sr. D. Martin de los Heros, hombre honrado, buen caballero, repúblico celoso y escritor distinguido. Este mismo protector le nombró para secretario de una comision encargada de inspeccionar el Conservatorio de música y declamacion de María Cristina, y con este motivo conoció en él á la señora doña Manuela de Lema, que fué luégo afamadísima en el canto y esposa suya, de quien tuvo tres hijos, de los que viven hoy dos, dignos del aprecio de cuantos los tratan, y que siguen, el uno la carrera de la administracion, y el otro la militar, con provecho y lucimiento, no siendo tampoco extraño ninguno de los dos al cultivo de las letras, en que tanto se señaló su padre. La carrera á que primero los destinó éste fué la que hizo inmortales á los Bazanes y Churrucas; y siendo yo ministro del ramo, unido entónces á los de Comercio y Ultramar, les proporcioné la gracia de guardias marinas; pero la madre tierna no quiso en adelante exponerlos á tan penosa profesion. Esta señora, de bastante talento y suma piedad, influyó mucho en el espíritu, ya de suyo bien inclinado, de su es-

poso, que la amaba tiernamente, á que le dirigiera en los actos privados de su vida al sosiego de la conciencia y al culto de la religion santa de sus padres; y al tiempo de su muerte, que fué el dia 6 de Mayo de 1854, con sus consejos de siempre y con su ejemplo de entónces, dejó impresiones tan vivas en el ánimo de Vega, que estuvo á punto de hacerse fraile, áun teniendo que alejarse de su patria, donde ya no los habia. Decia él entónces que no comprendia cómo el liberalismo en España, permitiendo asociaciones de todo género bajo el motivo ó pretexto de fomentar intereses materiales de la sociedad, habia devorado y seguia prohibiendo las que, instituidas con un fin santo para vida ejemplar y contemplativa, eran el consuelo de unos, el alivio de otros, y el retirado puerto de descanso para los desengañados de las borrascas del mundo. Él no halló ese puerto á la mano, y poco perseverante en sus resoluciones, fué siguiendo su mundanal camino ya empezado. Nuestro oficial de la secretaría quedó cesante á consecuencia del pronunciamento de Setiembre de 1840, que le destituyó de su empleo; destitucion infundada, porque nunca tuvo Vega, como ya hemos dicho, aficion á la política; y aunque fué ayudante de la milicia de Madrid, y en el movimiento de Julio de 1835 estuvo entre los que invadieron la imprenta Nacional, y escribió allí, segun dicen, una alocucion patriótica, arrastradó á todo por los que eran entónces amigos suyos, lo cierto es que, ya autor del drama realista *La entrada de los franceses en Madrid*, ya miliciano nacional, ya diputado moderado y subsecretario puritano, como luégo dirémos, Vega no se halló nunca voluntario y desahogado en esas situaciones, que contrariaban los instintos independientes del poeta.

Por el año de 1847 fué cuando gozó el período de más favor en la política que estaba reservado á su orgullo, escaso en ese género de aspiraciones. Se vió elegido primero para maestro de literatura de la Reina; y el admirable modo con que esta augusta señora lee en público en las solemnes ocasiones, demuestra que no se emplearon en balde sus lecciones; obtuvo luégo el cargo de secretario particular de S. M., la llave de gentil-hombre, la gran cruz de Isabel la Católica, y hasta llegó á ser subsecretario de Estado. Más adelante, y siempre bajo ministerios moderados, desempeñó el descansado empleo de fiscal de las órdenes de Cárlos III y de la que adornaba su pecho. Luégo fué nombrado por el Conde de San Luis, y con universal aplauso, director del Teatro Español. La sublevacion militar del año de 1854, que cambió la faz de las cosas públicas, le devolvió por breve tiempo á su cara vida de bellas artes y bellas létras; y no puede decirse que salió de ella, cuando, á la resurreccion del partido conservador en 1856, el ministro de la Gobernacion, D. Cándido Nocedal, nuestro amado compañero, le dió el empleo de director del Conservatorio, tan análogo á sus inclinaciones, tan propio de sus conocimientos, tan descansado para su estado valetudinario, que, á pesar de su larga enfermedad, le conservaron en él las administraciones que se han ido sucediendo, no atreviéndose sin duda á contrariar la pública opinion, que vió en ese cargo, único acaso respetado por todos, la justa recompensa de un mérito literario por nadie combatido.

Entre los honores que obtuvo nuestro amigo he dejado para enumerar el último, el que estimaba él como más dulce para su corazon y más glorioso para su nombre. Hallándose cesante y pobre, tuvo el consuelo en su

desgracia, el dia 27 de Enero de 1842, de ser electo individuo de la Real Academia Española, y de sentarse despues el noveno en la silla señalada con la letra F. Ahora, en este sitio y con esta ocasion, no me parece que puedo pasar sin recordaros quiénes fueron los ocho ascendientes del ilustre Académico, cuyo elogio fúnebre habeis tenido la bondad de confiar á mis fuerzas, que, flojas por cierto para tamaña carga, se van apresurando á soltarla más pronto de lo que acaso al asunto correspondia. El primero de los que ocuparon esa silla fué el padre Bartolomé Alcázar, de la Compañía de Jesus, cronista de su religion, de instruccion variada y profunda, algo pintor y arquitecto, y uno de los fundadores, en 6 de Julio de 1713, de este Cuerpo á que nos honramos de pertenecer. Estuvo encargado en él, entre otros asuntos, de extractar autoridades del libro de Andres Laguna sobre Dioscórides, de definir las voces de cantería y los provincialismos de Murcia. Falleció el 14 de Enero de 1721; escribió su elogio el P. Casani. El segundo fué D. Lorenzo Folch de Cardona, del Consejo de S. M., alcalde de casa y córte, afamado jurisconsulto y literato. Escribió la dedicatoria del primer Diccionario de la lengua castellana. Hizo á su ingreso el panegírico de su antecesor; se ocupaba en la Academia en extractar autoridades de Ambrosio de Morales; escribió las definiciones de la *Ch* y la *M*, y falleció el 17 de Diciembre de 1731. El tercero viene el padre jesuita Cárlos de la Reguera. Estaba encargado de definir las voces de varios oficios mecánicos. Era cosmógrafo del Consejo de Indias, y á propuesta suya se hizo el año de 1732 una edicion de *La Mosquea* de Villaviciosa; murió el 22 de Octubre de 1742. El cuarto, D. Agustin Montiano y Luyando, era

oficial de la primera secretaría de Estado. Fué director y fundador de la Academia de la Historia, y en la nuestra ejerció interinamente el cargo de revisor. Murió el 1.° de Noviembre de 1764. El quinto, D. Felipe García y Samaniego, arcediano y director primero de los Reales estudios de San Isidro, ejerció tambien en la Academia el cargo de revisor, y falleció el 15 de Marzo de 1796. El sexto, D. Manuel Valbuena, célebre latino y humanista, tuvo la comision de las correspondencias latinas en nuestro Diccionario. Falleció en 13 de Agosto de 1821. El séptimo, D. Cándido Beltran de Caicedo, ingresó en 14 de Noviembre de 1822 y falleció en 2 de Diciembre de 1826; fué tambien oficial de secretaría. El octavo, D. José Musso y Valiente, fué escritor laureado y filólogo esclarecido. Sus trabajos en la Academia han sido muchos. Ningun individuo de su seno le excedió en celo y actividad, y pocos le igualaron en espíritu de noble y desinteresado proselitismo. Á él se debe el ingreso en este Cuerpo de Gallego, Seoane, Revilla, Roca (Marqués hoy de Molins), y por fin el preparar el de nuestro don Ventura de la Vega. Murió el 2 de Agosto de 1838. Su sucesor, electo honorario, como ya hemos dicho, en 27 de Enero de 1842, obtuvo la vacante de número de Musso en 3 de Julio de 1845. Las muestras que de Académico celoso ha dado entre nosotros os son bien conocidas. Educado al principio de sus estudios con jesuitas, como el fundador de su silla; oficial de la secretaría, como Montiano y Caicedo; consumado latino, como Samaniego y Valbuena, segun se patentiza por su admirable traduccion de la *Eneida de Virgilio*, de que sólo nos deja concluido el primer canto; y con muchas prendas personales de las que tenía su inmediato antecesor, nada ha perdido

con él la silla que calentaron tan insignes predecesores, á los que igualaba en aplicacion, celo y buen deseo, y excedia, á mi juicio, en las relevantes dotes de esa imaginacion poderosa y vivísima, que la naturaleza anima en muy pocas de sus criaturas predilectas.

Concediéndole aquellos preciadísimos favores, enriqueciéndole con ellos el alma, no le fué tan pródiga en las fuerzas del cuerpo. Su salud, poco robusta en la juventud, al llegar á la mitad del camino de la vida empezó á faltarle, y yo no dudo que á ello contribuyeran muy poderosamente el trabajo necesario, la meditacion no interrumpida, y sobre todo los extraordinarios esfuerzos á que desde muy tierna edad se habia entregado para pintarnos al vivo los grandes caractéres trágicos, de cuya representacion tanto se poseia, que le he visto salir muchas veces con calentura de las tablas escénicas, despues de ejecutar con nunca vista perfeccion los difíciles papeles de García del Castañar, de Polinice, de Oscar y de Edipo. Todavía por el año de 1862 se dedicaba á esa clase de predilectos ejercicios en el teatro particular de la Duquesa de Medinaceli, ilustradísima señora, que junta á sus blasones de eminente dama la corona merecida de protectora de las artes, y de artista ella misma. Pero ya meses despues habia venido Vega á un estado de decadencia alarmante. Los dos últimos años de su existencia, puede decirse que los vivia de milagro; sólo su voluntad y su espíritu le sostenian; y ni los ataques más tenaces del asma que le atormentaba, ni la flaqueza de sus piernas, que no alcanzaban á sustentar su cuerpo, casi en esqueleto, ni la destruccion de sus órganos y entrañas, ni la debilidad de su cabeza, en cuyo rostro descarnado no le habian quedado más que ojos, cuyo

brillo mostraba como que se habia acogido en ellos su alma fugitiva, nada, repito, bastaba á postrarle en el lecho, ni á impedirle el uso de sus habituales costumbres de trato literario y de social correspondencia con sus amigos, ni le quitaba la genial mansedumbre, ni el atractivo de su conversacion, siempre animada y agradable. Así que hasta una vez en que por equivocacion habia corrido y llegado á sus oidos el rumor de su propia muerte, no pudo ese tétrico recuerdo del fin que tan de cerca le amagaba apagar en su boca la risa y el gracejo, que tenía en ella su patrio domicilio. *Lo que siento es* (decia á los que le daban su pláceme por lo incierto de la fatal noticia divulgada) *que todo el dia he tenido que trabajar sin gana para poner fe de vida á mis parientes de Zamora, y á los amigos que tengo en otras provincias. Consideren VV., si yo me hubiese muerto, por qué se lo habia de negar á nadie.*

Bien veis, Señores, que el que estuvo dotado por el cielo de talento grande, era aún más digno de nuestra admiracion y cariño por la dulzura de su carácter y por su benigna condicion. Bondadoso y condescendiente hasta rayar en debilidad, nada sabía negar, y prometia hasta tal punto, que no le era humanamente posible cumplir algunas veces lo ofrecido. Los poetas noveles le consultaban, y ninguno salia descontento de sus juicios; en todo hallaba alguna cosa que poder alabar. Generoso en su honrada medianía de fortuna, de que nunca pasó, más de una vez se privó de lo que él mismo necesitaba por socorrer ajenas desventuras; y escritor de novelas conoceis, á quien sacó de grave apuro, poniendo en sus manos los únicos mil reales de que en aquel instante disponia. Literato, poeta, actor, jamas conoció la envidia, y más

que rivales de una misma profesion, eran hermanos suyos los que como él sobresalian en el cultivo de las letras y de las artes. Sus elogios eran los primeros que honraban al que se hacia digno de aplauso; y el vituperio, áun contra los que lo merecian, nunca nacia de sus labios. Religioso, desinteresado, buen amigo, padre excelente y mejor esposo, nadie como él supo sufrir con ánimo imperturbable la pobreza desanimadora, la desgracia no merecida, y los largos achaques y dolores de una vejez anticipada. No creyó nunca que tenía tan cerca de sí á la muerte; pero, rígido en sus deberes de cristiano, dispuesto estaba siempre á recibirla. En los últimos años de su existencia consumia temporadas muy largas en el templado clima de la frontera de Francia. El último invierno lo pasó respirando el tibio soplo de las brisas alicantinas, con que tuvo notable aunque ya tarda mejoría. Mariposa, que no sabe sino acudir á la luz que ha de matarla, su empeño de volver siempre á Madrid, al seno de sus amigos y á la vida intelectual y artística, que era para él tan necesaria como el aliento, le trajo en mal hora desde Alicante al seco y sutil ambiente, tan mortal á su pecho, de los aires del frio Guadarrama. Entónces empeorado, hasta el punto de casi ahogarle los ataques repetidos del asma, tuvo que partir de nuevo, y dirigióse hácia Bayona. Allí, y en sus cercanías, pasó el verano y casi todo el otoño; mas aquel su afecto invencible, ya descrito, dominándole con la idea grata de ver representada su tragedia predilecta, le impulsó por vez postrera á las orillas del Manzanares, y fué á vivir á Chamberí, en la casa y compañía de D. Luis de la Escosura y doña Plácida Tablares, su esposa, gloria tambien de la española escena en dias no muy remotos. Traia Vega de Francia coleccion

preciosa de dibujos de decoraciones y de trajes correspondientes á la época de la muerte de Julio César; regalo que debia al cariño generoso y á la inteligencia suma del Sr. D. Juan de Grimaldi, no ménos célebre entre nosotros por su gran saber en el arte de los Roscios y los Talmas, y estimado y querido de todos, desde los más tiernos años de nuestra juventud, por su inmenso talento y lo atractivo de su amigable trato. Sólo siete dias sobrevivió Vega á su instalacion en la quinta de sus amigos, y entusiasmábase todavía en ellos enseñando y explicando sus ya referidos dibujos. Pero ni el cuidado más atento y afectuoso de aquéllos, ni la asistencia eficaz de su médico y compañero inseparable el Sr. García Real, pudieron alargarle unas horas que estaban ya contadas. Instaba este doctor por que saliera Vega inmediatamente de Madrid para Alicante, y deseábalo ya tambien, á lo último, el mismo paciente, porque creia que el clima de Alicante le rejuvenecía. En muestra de ello quiero intercalar aquí una interesante carta suya en que así lo manifiesta; y aprovecho con este motivo la ocasion de hacer público el agradecimiento con que Vega recibió el favor que le hicísteis, resolviendo por unanimidad, y á propuesta del Marqués de Molins, de los Sres. Ochoa, Nocedal y de mí, que se le considerára como presente á las juntas públicas y privadas de la Corporacion para abonarle los honorarios que asistiendo á ellas le correspondian. Esa carta, dirigida á mí desde Alicante, con fecha 14 de Enero de 1865, es como sigue: «Mi querido Juan: Á la satisfaccion inmensa que me ha causado la honra que me hace la Academia, se añade el saber que eres tú uno de los firmantes de la proposicion; tú, mi condiscípulo, mi compañero y amigo querido de la niñez.

Gracias, Juan mio, á tí y á todos los que habeis contribuido á darme este inesperado consuelo, que tanto va á influir en mi estado moral, ya que en el físico, gracias á Dios, he sentido un notable alivio desde el punto que llegué á este delicioso clima.— Aquí reina una inalterable primavera.—Ni chimenea, ni brasero, ni abrigo; muchos ratos el balcon abierto y el sol bañando mi cuarto. ¡Compara esto con Madrid!— Adios, mi Juan querido. Te abraza estrecha y cordialmente tu— VENTURA. »

Como íbamos diciendo, habia ya entrado eficazmente en el ánimo de Vega el ánsia de marchar para Alicante. Su caro compatriota y Mecénas, que siempre le habia amado y protegido, el Sr. D. José Joaquin de Osma, facilitaba cuantos medios eran necesarios para el objeto. Eran las diez de la mañana del dia 29 de Noviembre de 1865. El enfermo hacia poco que habia cumplido con sus deberes de cristiano. Empezábale á vestir su hijo mayor, porque el segundo estaba de militar servicio; mas, ¡ay! no pudo acabar Ricardo su dolorosa tarea: sintióse de repente atacado el angustiado padre del ahoguío de costumbre, y despues de cinco horas de agonía rindió su alma al Criador en los brazos del hijo y de los amigos.

El dia 1.° del siguiente mes de Diciembre celebrábase en la iglesia de San Sebastian una misa solemne de cuerpo presente por el eterno descanso de D. Ventura de la Vega. Terminado el acto religioso, una enlutada y numerosa comitiva, presidida por el Ministro de Fomento, acompañaba á la última mansion los restos mortales del finado. Nocedal, Rubí, Hernando y Pizarroso llevaban las cintas del féretro; á los lados de la presidencia asistian el Sr. Valle, decano de la Academia Española, el Sr. Silvela, director de Instruccion pública, y el Sr. Eslava,

decano de los profesores del Conservatorio. Al llegar el carro mortuorio al teatro del Príncipe, cuyas puertas y balcones estaban cubiertos de negros paños, se detuvo, y las actrices españolas, allí reunidas, arrojaron flores y coronas de laurel, que nada habian de aumentar á la gloria del insigne poeta, y que poco aprovechaban entónces á su alma inmortal, que de otro más útil y piadoso socorro pedia el tributo á nuestros apenados corazones. ¿Hasta cuándo estas paganas costumbres han de seguir sucediendo á las humildes y cristianas, observadas por nuestros padres en la tierra en que sólo se erigian estatuas para los altares de los santos, y eran los predilectos elogios de los muertos las oraciones devotas de los vivos?

En el cementerio de la sacramental de San Isidro del Campo, despues de un oficio de difuntos, digna y verdadera ofrenda á la memoria del caro amigo, al abrirse para rezar sobre su cuerpo la caja que le encerraba, nuestras lágrimas y sollozos saludaron por la última vez aquella faz querida que no volveríamos á ver más, y nuestros corazones se levantaron á Dios para pedirle el sosiego eterno en la otra vida del que ya en ésta no necesitaba más que de sufragios y oraciones. Así lo entendísteis vosotros, ilustres Académicos y piadosos varones, cuando al venir á daros cuenta de esa triste ceremonia á que asistimos cuatro en representacion vuestra, acordásteis que se dijeran cien misas por el alma de nuestro inolvidable compañero, y me encargásteis del fúnebre recuerdo que en este dia, lleno de dolor y de desconfianza, someto á vuestro juicio.

El Conde de Cheste.

EL LIBRO PRIMERO DE LA ENEIDA,

TRADUCIDO EN VERSO CASTELLANO

POR EL

Excmo. Sr. DON VENTURA DE LA VEGA[1].

Las armas canto y el varon que á Italia
Y á las lavinas costas el primero,
Prófugo á impulso de los hados, vino
De las playas de Troya. Largos años
Acosóle por tierras y por mares
El poder de los númenes, movidos
Por el rencor de la implacable Juno,
En sus odios tenaz. Tambien en guerras
Padeció mucho, hasta llegar el dia
Que fundó la *Ciudad*, y que sus dioses
En el Lacio asentó.—De aquí el latino
Linaje viene, los Albanos padres,
Y las murallas de la excelsa Roma.
Dime, oh Musa, las causas. ¿Por qué agravio
Á su deidad; por cuál ofensa airada,
La reina de los dioses, en tan duros
Trances lanzó, y en infortunios tales,

(1) En el precedente *Elogio fúnebre* del insigne autor de *El hombre de mundo* y de *La muerte de César*, se menciona con el debido encomio esta traduccion del hermoso poema de Virgilio, que el ilustre Académico ansiaba llevar á cabo, y á que le fué imposible dar cima por haberle sorprendido la muerte. Al insertarla en este lugar, la Academia cumple con lo que debe á la grata memoria de don Ventura de la Vega. De sentir es que no le fuese dado realizar por entero tan buen propósito, al que consagró con amoroso empeño los últimos dias de su vida.

Á este varon, por su piedad insigne? —
¡Tanto rencor en celestiales pechos! —
Fué una antigua ciudad, colonia tiria:
Cartago era su nombre. Frente á Italia
Y á las bocas del Tíber tuvo asiento:
Opulenta en riquezas, y en las lides
Guerreadora terrible. En ella Juno,
Con preferencia á las del mundo todo,
Hizo su habitacion, por tal extremo,
Que áun á la misma Sámos la antepuso.
Allí sus armas tuvo, allí su carro;
Y ya la Diosa maquinaba entónces,
Si en hecho tal los hados consintieran,
Del orbe hacerla universal señora.
Mas entendido habia que un linaje,
De la troyana sangre descendiente,
Llamado estaba á derrocar un dia
Los alcázares tirios, engendrando
Una nueva nacion, reina del mundo
Y soberbia en la guerra, que la Libia
Lograse exterminar; que así las Parcas
Hilado lo tenian.— Temerosa
De caso tal la hija de Saturno,
No se olvidaba de la antigua guerra
Que movió á Troya por sus caros griegos,
Ni de su pecho se apartaba un punto,
Viva siempre, la causa de sus iras
Y su amargo dolor; que en lo más hondo
De su mente grabados conservaba
La sentencia de Páris, el agravio
De su belleza despreciada, el ódio
Á la troyana gente, y los honores
Que recibió el robado Gaminédes.
Con tales pensamientos encendida,
Del Lacio á los troyanos alejaba
Errantes por el mar, restos salvados
Del furor griego y del tremendo Aquíles:
Y ellos, cediendo al hado, un año y otro
Así de mar en mar vagando andaban.
¡Tan laborioso afan costar debia
La fundacion de la romana gente!
Apénas de la costa Siciliana

Se hicieron á alta mar, con férrea prora
Cortando alegres la salobre espuma,
Cuando Juno, que eterna la honda herida
En su pecho guardaba, entre sí dijo:
«¡Que al fin vencida, el comenzado intento
Habré de abandonar, sin que consiga
De la Italia alejar al rey troyano!
¡Los hados estorbármelo! ¿Pues Pálas
No incendió á su placer la armada griega
Y hundió en el mar á los aquivos: todo
Por culpa de uno, por la furia loca
De Áyax, hijo de Oiléo? Pálas misma,
Desde las nubes fulminando, armada
Con los rayos de Júpiter, las naves
Dispersó por el mar, turbó las olas
Con los vientos; en raudo torbellino
Arrebató al mancebo, echando llamas
Del traspasado pecho, y en la punta
De agudo escollo lo dejó estrellado.
¿Y yo, que de los dioses me apellido
Reina; yo, hermana y cónyuge de Jove,
Con esa gente sola en larga lucha
Tantos años estoy?—¡Quién ya de Juno
Honrará la deidad, y suplicante
Irá en sus aras á imponer ofrendas!»
Esto la diosa en su inflamado pecho
Revolviendo consigo, parte á Eólia,
Patria de las borrascas, negro albergue
De los furiosos austros. Allí Eólo,
Rey del antro espacioso, comprimidos
Bajo su imperio tiene á los rebeldes
Vientos y mugidoras tempestades,
Y con grillos y cárcel los enfrena.
Ellos con gran rumor en torno al muro
De la montaña braman indignados;
Y, sentado en su alcázar eminente,
Eólo empuña el cetro, y su brioso
Ímpetu amansa y sus furores templa.
Que si no hiciese tal, por los espacios
Con rapidez arrebatáran ellos
La tierra, el mar, el firmamento mismo.
Mas precaviendo este peligro el padre

Omnipotente, en negras espeluncas
Encarcelarlos quisó, echando encima
Moles inmensas de elevados montes;
Y rey les dió, que con prudente imperio,
Y segun la ocasion, ya refrenarlos,
Ó ya las riendas aflojar supiese.
Á éste, pues, Juno en suplicantes voces
Así le dijo:—«Eólo: á tí, que el padre
De los dioses y rey de los humanos
Te dió aplacar ó embravecer las olas
Á poder de los vientos, á tí acudo.
Gente enemiga mia hora navega
Por el Tirreno mar, y á Italia quiere
Llevar su Ilion y sus vencidos dioses.
Empuja allá con ímpetu los vientos,
Hunde sus naves, ó dispersas sean,
Y siembra de cadáveres el Ponto.
»Catorce ninfas de gallardo talle
Á mi servicio están, y entre ellas una
Á maravilla hermosa, Deyopea,
Que en firme lazo juntaré contigo
Y tu esposa será; y en justo premio
De tal favor, á tí por siempre unida,
Padre te hará de descendencia hermosa.»—
Eólo contestó:—«Tu oficio, oh Reina,
Es indicar lo que te place; el mio
Obedecer humilde tus mandatos.
Á tí este reino, tal cual es, y el cetro
Que empuño, debo, y el favor de Jove;
Por tí á la mesa de los dioses sacros
Asiento digno tengo, y rey potente
Soy de las tempestades y borrascas.»—
Dijo; y volviendo el cetro, con la punta
Impele el monte cóncavo; y los vientos,
Cual cerrado escuadron, por donde espacio
Abierto se les da, rompen con furia,
Y en revuelto huracan barren la tierra.
Échanse al mar, y desde su hondo asiento
Euro y Noto revuélvenlo á porfía,
Y Ábrego proceloso, y á la playa
Cual montes vuelcan las hinchadas olas.
Síguese el vocerío de la gente

Y el crujir de las jarcias: luz y cielo
Roban las nubes súbito á la vista
De los troyanos, y la negra noche
Se tiende sobre el mar. Truenan los polos,
Arde el aire en relámpagos continuos,
Todo la imágen de la muerte ofrece.
Siente Enéas al punto un mortal hielo
Por sus miembros correr; gime, y entrambas
Manos al cielo alzando, —«¡Oh una y mil veces
Felices, clama, aquellos que alcanzaron
Morir, por dicha, á vista de sus padres,
Lidiando al pié de los troyanos muros!
¡Oh tú, varon fortísimo entre toda
La griega gente! ¡Oh hijo de Tideo!
¡Que en los iliacos campos no lográra
Yo tambien sucumbir, allí exhalando
Mi espíritu á los golpes de tu diestra!
Allí donde Héctor el terrible yace
Por la lanza de Aquíles traspasado;
Do cayó el giganteo Sarpedonte,
Donde el Símois revuelve entre sus ondas
Arrebatados multitud de escudos,
Cascos y cuerpos de varones fuertes!»—
Miéntras así clamaba, embravecido
El rugiente Aquilon hiere y desgarra
La vela con fragor, y á las estrellas
Alza las olas, trónchanse los remos;
Sin gobierno el bajel tuerce la proa
Y el costado presenta al oleaje.
Una montaña de agua salta encima
Y la cubierta barre; vense al punto
Unos allá colgando en la eminencia
De la empinada ola; otros divisan,
Abierto el mar hasta el abismo, el fondo,
Y en bullente furor hervir la arena.
Tres naves arrebata el Noto airado
Y á peñascos latentes las arroja.—
(Á estos peñascos, que en el mar se esconden,
Aras llaman los Ítalos; escollos
Tremendos á flor de agua.) Embiste el Euro
Con otras tres, y ¡oh vista dolorosa!
Á las desnudas sirtes las empuja

Desde alta mar, las embarranca y ciñe
Con muralla de arena.—Una gigante
Ola rugiendo avanza, y á los ojos
Del propio Enéas, contra la alta popa
Revienta del bajel que conducia
Al fiel Oronte y á los Licios; salta
Sacudido el piloto, y volteando
Cae de cabeza al mar; torna allí mismo
Contra el bajel la ola, le hace en torno
Por tres veces girar, y de repente
Lo sorbe el mar en raudo remolino.
  Salen aquí y allí nadando algunos
En aquel vasto abismo; á par flotando
Se ven armas, tablones y tesoros
De Troya, por las ondas esparcidos.
La poderosa nave de Ilioneo
Y la del fuerte Acátes, la que á Abante
Lleva, la que el anciano Alétes rige,
Ceden á la borrasca: todas ellas,
De sus costados rota y desclavada
La tablazon, reciben en su seno
Por grietas mil las enemigas ondas.
  Neptuno, en tanto, el gran murmullo siente
Del ponto, y el rugir de la borrasca,
Y su líquido imperio conmovido
Desde el profundo asiento. Con sorpresa,
Por contemplar el mar, sobre las altas
Olas asoma la apacible frente;
Y la armada de Enéas ve dispersa
Por el piélago inmenso, y acosados
Á los troyanos por la mar y el cielo.
Cuando esto mira, de su hermana Juno
No se le ocultan el rencor y el dolo.
Al Céfiro y al Euro ante su vista
Llama, y así les dice:—«¡Tal soberbia
Vuestro linaje os da, que tierra y cielo,
Sin mi licencia soberana, osasteis,
Oh vientos, remover, y esa terrible
Borrasca alzar! ¡Yo os juro!....—Mas primero
Urge aplacar las alteradas ondas;
Que esta insolencia pagaréisme en breve
Con sin igual castigo. Presto, osados,

Marchad léjos de aquí, y en nombre mio
Á vuestro rey decid que no el imperio
Del mar y el gran tridente fué por suerte
Á él concedido, sino á mí. Domine
Allá en buen hora en el peñasco rudo
Que es, Euro, tu mansion: gócese Eólo
En tal palacio, y á su antojo reine
En la cerrada cárcel de los vientos.»—
Dijo; y apénas acabó, en serena
Calma tendióse el mar; las apiñadas
Nubes ahuyenta, y restablece el dia.
Cimoteo y Triton, contra el escollo
Estribando á la par, de allí las naves
Desencallan por fin: Neptuno mismo
Con el tridente ayuda; por enmedio
Les abre paso de las vastas sirtes;
Aplaca el mar, y en sus veloces ruedas
Sobre las altas ondas se desliza.
Tal cuando á veces se levanta un pueblo
En furioso motin, y el freno rompe
Embravecida la grosera plebe,
Y por el aire vuelan arrojadas
Piedras enormes é incendiarias teas,
Y armas le da el furor; si á dicha entónces
Aparece un varon de alto respeto
Por su virtud y méritos, al punto
Callan todos y dóciles le escuchan,
Y él con su voz las voluntades rige
Y los pechos amansa; tal en calma
Quedó el fragor del Piélago, con sólo
Una mirada de su rey, que suelta
La rienda á sus caballos, bajo un cielo
Despejado y sereno, por las ondas
Tendidas vuela en su brillante carro.
Cansados los de Enéas, la cercana
Tierra ganar procuran, y de Libia
Á la costa se tornan.— Hay en ella
Cierta bahía oculta y espaciosa:
Con sus opuestos bordes una isla
Forma el puerto, quebranta allí su furia
El impetuoso mar, rómpese y corre
Por entrambos canales dividido.

Doquier rocas altísimas; dos de ellas
Hasta el cielo se elevan, y á su sombra
Tiéndese el mar sereno y silencioso
Á largo trecho. Cubre las alturas
Campo selvoso de verdor brillante,
Do con sombría majestad un bosque
Tenebroso descuella. Hay á su frente,
De encorvados peñascos guarecida,
Vasta caverna, y un remanso dentro
De dulces aguas, y de viva piedra
Asientos por doquiera. De las ninfas
Aquélla es la mansion. Allí, ni amarras
Han menester las trabajadas naves,
Ni aferrarse del ancla al corvo diente.
Con siete solas, única reliquia
De cuantas trajo de su patria, Enéas
Allí arribó. De hollar la tierra ansiosos,
Saltan al punto á la anhelada costa
Los troyanos, y tiéndense en la playa,
Sus cuerpos á orear, del mar bañados.
Hiriendo luégo el pedernal Acátes,
Brota ligera chispa; cunde el fuego
En secas hojas, y aplicado en torno
Alimento mayor, prende la llama.
Sacan con gran fatiga á tierra el grano
Averiado del agua, y los precisos
Instrumentos de Céres, y en el fuego
Á tostarlo se aprestan, y en la piedra
Á molerlo despues.— Sube entre tanto
Á una alta roca Enéas, y por todo
Aquel extenso mar la vista tiende,
Por si tal vez, juguete de los vientos,
Divisa á Anteo, ó los bajeles frigios,
Ó á Capis, ó en las popas arbolada
La enseña de Caico.— En vano todo.
¡Nave ninguna vé!— Sólo tres ciervos
Errando por la orilla, y á su espalda
Una manada entera que, formando
Escuadron dilatado, por el valle
Paciendo andaba.— Párase, y al punto
El arco toma y las veloces flechas
Que el fiel Acátes le llevaba.— Postra

Primero á los tres guías que ostentaban
Arbóreas astas en la erguida frente;
Dispara luégo á la cuadrilla, y toda
Por el fragoso bosque se desbanda;
Síguela, y no desiste hasta que en tierra
Derriba siete corpulentas reses,
Número tal que iguale al de sus naves.
Vuelve al puerto: la presa entre los suyos
Distribuye, y el vino con que Acéstes,
Héroe famoso, en la trinacria playa
Sus toneles llenó por despedida;
Y hablando así, sus pechos contristados
Procura consolar: — « ¡ Oh compañeros!
(Que ya ántes de hoy en padecer lo somos),
Á mayores trabajos avezados
Sin duda estais: tambien á los presentes
Pondrá término un dios. — ¿ No sois vosotros
Los que el furor de la rabiosa Scila
Y el tronante bramar de sus peñascos
Supísteis arrostrar? ¿ Los que de cerca
El antro de los Cíclopes mirasteis?
Ánimo, pues, y el miedo se deseche.
Acaso llegue un dia en que con gozo
Estos trabajos recordeis. Por medio
De tan varios sucesos y de tanta
Multitud de reveses, el camino
Ganando vamos hácia Italia, en donde
Tranquilo asiento nos depara el hado;
Que allí concede á nuestro afan el reino
De Troya renovar. — Vivid, amigos:
¡ Guardáos para gozar tiempos felices! » —
Dijo; y de angustia poseido, el rostro
Esperanza aparenta y en el alma
Comprime hondo dolor. — Éllos en tanto
Ponen mano á la presa, disponiendo
El futuro festin. Desuellan y abren
Las reses: unos pártenlas en cuartos
Que palpitando en asadores clavan;
Otros calderas en la playa ponen
Y las aplican fuego. — Al fin las fuerzas
Les vuelve el alimento, y por la verde
Hierba tendidos, hártanse á porfía

De añejo vino y suculenta caza.
Libres del hambre, alzadas ya las mesas,
Larga plática entablan, recordando
Sus perdidos amigos, y fluctúan
Entre el temor y la esperanza: vivos
Éste los juzga, aquél los llora muertos
Y ya no aguarda que á su voz respondan.
Sobre todos Enéas, ya del bravo
Oróntes, ya de Amico la desgracia
Gime, y de Lico la funesta suerte,
Y á Gías y á Cloanto valerosos.

Y ya espiraba el dia, cuando Jove
Desde la etérea altura contemplando
El mar de naves lleno, y las extensas
Tierras, las playas y remotos pueblos,
En medio al cielo se detiene, y fija
En los Líbicos reinos su mirada.

Absorto el Dios en pensamientos tales,
Vénus con faz tristísima le mira,
Y arrasados en lágrimas sus ojos
Así le dice: — «¡Oh tú, que los destinos
De hombres y dioses con eterno imperio
Riges, y el mundo con el rayo aterras!
¿Cuál culpa, dime, contra tí ha podido
Mi Enéas cometer? ¿Cuál los troyanos,
Para que el orbe entero se les cierre
Por cerrarles la Italia? — Prometido
Me tienes tú que, á renacer tornando
El linaje de Teucro, engendraría,
Andando el tiempo, esa romana estirpe,
Esos grandes caudillos que á sus plantas
Verán la tierra, el mar, el mundo todo.
¿Qué causa, oh padre, tu formal promesa
Te obliga á retirar? — ¡Ay, ella sola
Me consolaba en la fatal ruina
De la incendiada Troya, acá en mi mente
Oponiendo á un desastre una esperanza!

»Mas viendo estoy que la desgracia misma
Los persigue doquier. — ¿Cuándo resuelves
Poner fin, oh gran Rey, á sus trabajos?

»Pudo Antenor, de entre la armada griega
Escapando veloz, cruzar seguro

El mar de Iliria y el Líbarnio reino,
Y superar la fuente del Timavo,
Que con alto rumor por nueve bocas
Del monte al mar se lanza, y cual sonante
Piélago sobre el campo se derrama;
Y la ciudad de Padua para asiento
De los Teucros fundar, su nombre darles,
El troyano blason plantando en ella,
Y hoy en tranquila paz allí reposa.
Y nosotros, Señor, progenie tuya,
Nosotros que del cielo en el alcázar
Por tí esperamos soberano asiento,
Nuestras naves perdemos ¡oh desdicha!
Y por ajenas iras se nos veda
Llegar á Italia, y léjos de sus playas
Se nos arroja! — ¿El galardon es éste
Debido á la piedad? — ¿Así el imperio
Ofrecido por tí nos restituyes? » —
Dulce sonríe el padre de los dioses;
Y con aquel semblante que serena
Tempestades y cielo, á la hija amada
Cariñoso besó, y así le dijo: —
« No temas, Citerea: es inmutable
De los tuyos el hado. — De Lavinio
Tú verás la ciudad, tú las murallas
Prometidas verás, y en las estrellas
Colocarás del soberano cielo
Al magnánimo Enéas. — No se rompe
Mi palabra jamas. — Y pues te apura
Ese cuidado tanto, oye, que quiero
Hasta edades remotas descubrirte
Del hado los recónditos arcanos.
Él en Italia una tremenda guerra
Sostendrá; domará pueblos feroces;
Ciudades fundará, y usos y leyes
Dará á sus hijos; y en el Lacio al cabo
Tres estíos veránle y tres inviernos
Reinar sobre los Rútulos vencidos.
Sucederále el niño Ascanio, que hora
Julo añade á su nombre (*Ilo* llamado
Cuando existió Ilion). Verá en el trono
Treinta giros del sol en torno al orbe;

Y trasladando de Lavinio el reino
Asentarálo en Alba: Alba-la-longa,
Por él de inmensa fuerza coronada.
Ya de año en año allí los hijos de Héctor
Trescientos reinarán, hasta que *Ilia*,
Reina y sacerdotisa, en solo un parto
Dos gemelos dé á luz, prole de Marte.
Será uno de ellos Rómulo, que alegre
Sobre sus hombros por blason llevando
La roja piel de su nodriza loba,
Juntará un pueblo, la ciudad de Marte
Fundará, y á sus nuevos moradores
Romanos llamará, del nombre suyo.
Á estos *romanos* ni barreras pongo
Ni término señalo: les he dado
Un imperio sin fin. — Y hasta la misma
Juno, esa áspera Juno, que hoy medrosa
Fatiga el mar, la tierra y el Olimpo,
Á consejo mejor tornará un dia,
Y á par conmigo exaltará al Romano
Togado pueblo, rey del universo. —
Tal es mi voluntad. — Las venideras
Edades, en humilde servidumbre
De la casa de Asáraco á las plantas
Verán á Phtía y á la gran Micénas,
Y subyugada y sierva á Grecia toda.
De esta troyana esclarecida sangre
Nacerá César, que heredando el nombre
De *Julo* el grande, llamaráse *Julio*;
Límite de su imperio será sólo
El Oceáno, y de su fama el cielo.
Cargado con despojos del Oriente
Recibirásle en el Olimpo un dia,
Y aras y culto le dará la tierra.
Entónces ya, las lides apagadas,
El aspereza de los siglos rudos
Suavizándose irá; y el universo
Por la cándida fe será regido,
Y por la pura Vesta y los hermanos
Quirino y Remo. Las funestas puertas
Del templo de la guerra con cerrojos
Fuertes serán cerradas: ni el más leve

Resquicio quedará. Dentro el impío
Furor, sentado sobre horrendas armas,
Y con cien férreos nudos ambos brazos
Á la espalda amarrados, roncos gritos
Exhalará de la sangrienta boca.»—
Esto dijo; y bajar del alto cielo
Mandó al hijo de Maya, y en las tierras
Y de Cartago en los recientes muros
Hacer que hallasen acogida franca
Y hospitalario albergue los troyanos;
No aconteciese que ignorando Dido
Los decretos del hado, de su reino
Los quisiera arrojar. — Las alas bate
El mensajero, y por los aires vuela,
Y á las Líbicas playas raudo baja
Y su mandato cumple. — Ya deponen
La natural ferocidad los Penos,
Por voluntad del Dios; y más que todos
La reina Dido penetrar se siente
De espíritu apacible y de benigna
Inclinacion en pro de los troyanos.
En tanto el pío Enéas, que en la noche
Mil varios pensamientos revolvia,
Al primer rayo de la blanca aurora
Salió á explorar los ignorados sitios.
Saber queria, y á los suyos luégo
Con certeza contar, á qué regiones
Los arrojára el viento, y si habitadas
Eran de hombres ó fieras: tan incultas
Se mostraban doquier. — En medio á un bosque,
Bajo cavada roca guarecidas,
Con árboles en torno y densas sombras,
Sus naves ocultó; y acompañado
De sólo Acátes, el camino emprende,
Y dos venablos en la diestra empuña
De ancha punta acerada. — De la selva
Iba por la mitad, cuando á su encuentro
Sale su madre, en traje, rostro y armas
Á doncella Espartana semejante,
Ó á la amazona Harpálice, que aguija
Sus caballos y vence en la carrera
Del Hebro la corriente arrebatada.

Tal iba, á fuer de cazadora, el arco
Ligero de los hombros suspendido,
La cabellera desparcida al viento,
Desnuda la rodilla, y con un lazo
Por encima la túnica prendida.
Ella primero adelantóse á hablarles
De esta manera: — « ¡ Eh, jóvenes ! decidme
Si á una de mis hermanas por acaso
Visteis en estos sitios con aljaba
Y con pellico de manchado lince,
Ó si su voz oísteis acosando
En la carrera al jabalí espumoso. » —
Así Vénus habló, y así su hijo
Le responde: — « No he visto yo á ninguna
De tus hermanas, ni su voz tampoco
Ha llegado hasta mí. — Mas dime, oh vírgen,
¿ Por quién debo tomarte ? Tu semblante
No es de mortal, ni humano es el sonido
De tu voz. Ciertamente tú eres diosa,
De Febo hermana, ó de las Ninfas una.
Vive feliz, y dale algun alivio
Á nuestro afan, diciéndonos qué cielo
Es este que nos cubre, en qué regiones
Nos hallamos por fin. Peregrinando,
Sin conocer ni sitios ni habitantes,
Andamos por aquí, donde los vientos
Nos arrojaron y las ondas bravas.
Habla, y de muchas víctimas ¡ oh diosa !
Cubrirán nuestras manos tus altares. » —
Vénus le respondió: — « No soy, por cierto,
Digna de tal honor. Llevar aljaba
Uso es comun en las doncellas Tirias,
Y en purpúreo coturno el pié calzado. —
Viendo aquí estás las Púnicas comarcas,
La ciudad de Agenor, el tirio pueblo.
De la Libia son éstos los confines,
Gente en la lid feroz. — La tiria Dido,
Huyendo de su hermano, aquí los muros
Alza de una ciudad, y en ella impera.
Largo el relato de su ofensa, largos
Sus pormenores son. Narrarte sólo
Lo culminante de la historia quiero.

Su esposo era Siqueo: no le habia
En Fenicia más rico, ni que fuera
De su mísera esposa más amado.
Entregósela el padre tierna vírgen
Con felices presagios. — Mas en Tiro
Su hermano Pigmalion reinaba entónces,
El malvado mayor de los malvados. —
Pronto el furor á dividirlos vino. —
Ciego este impío del amor del oro,
Dió al incauto Siqueo, ante las aras,
Secreta muerte á hierro, sin cuidarse
Del amor de su hermana. — Largo tiempo
Fingió el perverso, y el suceso oculto
Supo tener, con vanas esperanzas
Entreteniendo á la apenada amante.
Mas ya en sueños, por fin, la imágen misma
Le apareció del insepulto esposo,
Pálido el rostro y con terrible aspecto;
Mostró el desnudo pecho, traspasado
Por el hierro ante el ara, y el delito,
En la casa ignorado, hizo patente.
Acelerar su fuga le aconseja
Y abandonar la patria; y porque sirvan
Á su marcha de auxilio, le descubre
Escondidos tesoros, suma inmensa
De plata y oro en tierra sepultada. —
Conmovida á tal nueva, apresta Dido
Con los suyos la fuga. Al propio trance
Se aperciben tambien los que al tirano
Tienen ódio mortal ó inmenso miedo.
Echan mano á las naves, que por suerte
Aparejadas hallan: su oro en ellas
Cargan, y las riquezas del avaro
Pigmalion por el mar desaparecen. —
¡Fué una mujer quien dirigió la empresa!
Llegaron á estos sitios donde ahora
Las ingentes murallas y el alcázar
De la nueva Cartago alzarse miras
Y del suelo compraron, que por eso
Lleva el nombre de *Birsa*, cuanto espacio
La piel de un toro circundar pudiera. —
Mas vosotros, ¿quién sois, ó de qué playas

Venís, ó á dónde vais? » — Él, con suspiros
Y voz que arranca del profundo pecho,
« ¡ Oh diosa ! le responde: si intentára
Desde su orígen referir la historia
De los trabajos nuestros, y en tí hubiera
Vagar para escucharla, ántes que diese
Á mi relato fin, ya muerto el dia
Negra tiniebla encapotára el cielo.
Desde la antigua Troya (si es que acaso
Llegó el nombre de Troya á vuestro oido)
Llevados fuimos por diversos mares,
Hasta que recia tempestad ahora
Nos arrojó á las Líbicas riberas.
Yo soy el pío Enéas, cuya fama
Sobre los cielos vuela: mis Penates
Logré arrancar de la enemiga hueste,
Y conmigo los llevo. Voy buscando
Mi patria Italia; del supremo Jove
Mi linaje desciende. Veinte naves
Saqué del Frigio mar, y el derrotero
Que la diosa mi madre me mostraba
Seguí, cumpliendo con la ley del hado.
Siete apénas me quedan, de las olas
Maltratadas y el viento. Y yo aquí solo,
Sin auxilio, ignorado, piso errante
Los desiertos de Libia, repelido
De la Europa y del Asia. » — Ya sus quejas
Sufrir no pudo enternecida Vénus,
Y, su dolor interrumpiendo, dijo:
« Seas quien fueres, de los dioses creo
No es odiada tu vida; marcha ahora,
Y á la Tiria ciudad lleva tus pasos
Y á los umbrales de la Reina llega:
Por que te anuncio que á tu lado en breve
Verás á tus amigos, y tu armada
En segura mansion, trocado el viento,
Si no en vano mis padres me enseñaron
La ciencia del agüero. — ¿ Doce cisnes
Allí no miras en bandada alegre,
Há poco en el espacio amedrentados
Por el ave de Jove que sobre ellos
Se deslizó de la region etéres?

Ya en prolongada hilera tierra toman,
Ó á tomarla se aprestan. ¿Ves cuál baten
Las resonantes alas, y rodean
En corro el cielo, desatando el canto?
No de otra suerte los bajeles tuyos
Y tus gentes, ó entraron ya en el puerto,
Ó van á entrar con desplegadas velas.—
Parte sin detencion, y por la vía
Que te conduce allá dirige el paso.»—
Dijo; y marchando, su cerviz de rosa
Resplandeció de luz; olor divino
De celeste ambrosía sus cabellos
Esparcieron en torno; flotó en tierra
Hasta los piés la veste, y en su marcha
Se descubrió la verdadera diosa.—
Conoce Enéas á su madre, y esto,
Siguiéndola en su fuga, le decia:
—«¿Y tú tambien, crüel, al hijo tuyo
De nuevo engañas con mentida forma?
¿Por qué le niegas que á tu diestra pueda
Juntar su diestra, y departir contigo
En coloquio veraz?—Así la acusa,
Y hácia los muros encamina el paso.—
Vénus al punto á entrambos caminantes
Cerca de oscuro ambiente, y con un velo
De niebla densa los envuelve en torno,
Porque ni vistos ni ofendidos sean,
Ni los detenga nadie, ni les pida
De su viaje razon.—Ella su vuelo
Dirige á Páfos, y su caro albergue
Torna gozosa á ver. Allí erigido
Un templo tiene, donde en cien altares
Arde el sabeo incienso, y frescas flores
Al aire exhalan regalado aroma.—
Tomaron ellos el camino en tanto
Por do la senda los guiaba: suben
Á un collado que altísimo se encumbra,
La ciudad dominando, y de su cima
La muralla y alcázares descubren.
Maravíllase Enéas contemplando
Aquella inmensa mole, allí do fueron
Otro tiempo cabañas de pastores.

Admíranle las puertas, y el bullicio,
Y el pavimento de las anchas calles.
Allí los Tirios con ardor se afanan:
Unos se ocupan en alzar los muros,
En trazar el alcázar, y las piedras
Acarrean á brazo; otros eligen
Solar para su casa, y con un surco
En derredor lo acotan: templos, curias,
Y la sacra mansion para el Senado.
Aquí cavan el puerto; hondos cimientos
Echan allí para un teatro, y labran
De roca inmensa altísimas columnas,
Noble ornamento á la futura escena.
Tal las abejas su labor emprenden
Por los floridos campos, cuando brilla
El sol primaveral; y ya conducen
Los adultos enjambres, ya las mieles
Líquidas cuajan y su dulce néctar
Por las celdillas del panal derraman,
Ó á las que llegan de la carga alivian,
Ó, en cerrado escuadron, de la colmena
Los inútiles zánganos arrojan:
Hierve el trabajo, y á tomillo espareen
Olor en torno las fragantes mieles.—
«¡Oh, dichosos aquellos, dice Enéas,
Que ya sus muros elevarse miran!»—
Y contempla los altos edificios,
Penetra en medio de la gente, siempre
Cercado de la niebla, ¡oh maravilla!
Mézclase entre ellos, y de nadie es visto.—
Un bosque habia de apacible sombra
En medio á la ciudad, donde los Penos,
Que allí un dia arrojaron las borrascas,
En la tierra cavando un signo hallaron
Deparado por Juno: la cabeza
De un valiente caballo, testimonio
De que en los siglos fama ganarian
De gente sobria y en la guerra insigne.
Allí un gran templo la Sidonia Dido
Á Juno edificaba, ricos dones
Ostentando y la imágen de la diosa.
De bronce eran las gradas que ascendian

Hasta el umbral del pórtico; de bronce
Las columnas; los quicios rechinaban
Con el girar de las ferradas puertas.
Allí por vez primera un nuevo objeto
Contempla Enéas, que el temor le calma,
Y osa esperar salud por vez primera,
Y hallar alivio á su afliccion confia.
Que miéntras de la Reina la llegada
Aguardando recorre el vasto templo
Y lo examina todo, y la opulencia
De la nueva ciudad entre sí admira,
Y la rica labor de obras preciosas
De ingeniosos artífices; de pronto
Ven sus ojos por órden los combates
De la troyana guerra, cuya fama
Vuela ya por los ámbitos dél orbe:
Ve á Agamenon, y á Príamo, y á Aquíles,
Implacable con ambos. — Se detiene,
Y con lágrimas dice: « ¿Dónde, Acátes,
Hay ya sitio ó region en la ancha tierra
Que no llene la voz de nuestras cuitas?
¿Á Príamo no miras? — Justo premio
Aquí tambien á la virtud se otorga.
¡Tambien aquí se llora! ¡El infortunio
Conmueve aquí las almas! — Deja el miedo,
Y de esta fama la salud espera.»
Esto dice, y recrea sus miradas
En la inerte pintura; le contrista
De casos varios el recuerdo aciago,
Y largo llanto sus mejillas baña.
Los combates contempla que vió un dia
En derredor de Pérgamo: los griegos
Huyendo aquí de la troyana hueste;
Allí los frigios, que en su carro acosa
El penachudo Aquíles; no distantes
Reconoce con lágrimas de Reso
Las blancas tiendas, por traicion vendidas
Al hijo de Tideo, que, en las horas
Del primer sueño penetrando en ellas,
Las devastó con hórrida matanza,
Y del vencido los corceles bravos
Á su campo llevó, sin que gustasen

De Troya el pasto, ni del Janto el agua.
En otra parte, á Tróilo fugitivo,
Al mancebo infeliz que con Aquíles
Osó medirse en desigual combate,
Sus caballos arrastran; de sus armas
Desnudo va, sobre su propio carro
Derribado de espaldas, y aún las riendas
En la mano empuñando; en tierra tocan
Su cabeza y cabello desgreñado,
Que el suelo barre, y con la lanza vuelta
Abriendo va en el polvo un largo surco.
En tanto, al templo de la adversa Pálas
Las doncellas de Ilion, suelto el cabello,
Suplicantes, llorosas, con las manos
Golpeando su pecho, un peplo llevan
Por ofrenda á la diosa, que los ojos
De ellas aparta y en la tierra fija.
Tres veces arrastrado en torno al muro
De Troya el cuerpo de Héctor, á su padre
Allí Aquíles lo vende á precio de oro.—
De su profundo pecho lanzó Enéas
Un gran gemido, los despojos viendo,
Y el carro, y el cadáver de su amigo,
Y á Príamo tender la mano inerme.
Á sí propio tambien viése mezclado
En recia lid con los caudillos griegos,
Y descubrió las orientales huestes,
Y del negro Memnon tambien las armas.
Guiando su falange de amazonas,
De lunados broqueles, al combate
Se arroja con furor Pentesilea,
Que por debajo del cortado pecho
Atado lleva al ceñidor dorado,
Y vírgen es, y con varones lucha.
Miéntras suspenden al Dardanio Enéas
Tan altas maravillas, y los ojos
En cada objeto embebecido fija,
Hé aquí que al templo se adelanta Dido,
La hermosísima reina, acompañada
De numerosa juventud en torno.
Cual Diana en la márgen del Eurotas
Ó en las cumbres de Cinto, el coro guía,

Y acuden mil Oréades formando
Apiñado cortejo en torno suyo.
Ella, la aljaba al hombro suspendida,
Entre las diosas marcha y sobre todas
Descuella en majestad, y henchido el pecho
Siente Latona de secreto gozo:
Tal Dido apareció; tal iba ufana
Entre todos marchando, y á las obras
Impulso daba y al futuro reino.
Entra en el templo, y sobre excelso trono
Debajo de la cúpula erigido,
Cercada de guerreros, toma asiento;
Y miéntras leyes y sentencias dicta,
Y las diversas obras entre todos
Con equidad reparte ó da por suerte,
Ve de improviso Enéas acercarse
En gran tropel á Anteo y á Sergesto,
Y al valiente Cloanto y varios otros
De los troyanos, que la negra furia
De la tormenta dispersó y llevados
Á otras orillas por las ondas fueron.
Pásmase Enéas, y á la par Acátes,
Y entre gozo y temor ambos ardian
En vivas ánsias de estrechar sus manos;
Mas del suceso la ignorada causa
Sus ímpetus embarga: disimulan,
Y en la cóncava nube guarecidos
Averiguar esperan cuál la suerte
De aquellos hombres es, en qué riberas
Han dejado sus naves, con qué objeto
Se dirigen allí: de los bajeles
Los jefes eran, que favor pedian,
Y con clamor al templo se acercaban.
Entran, y obtienen para hablar permiso;
Y el principal de todos, Ilionéo,
Con plácida expresion así comienza:
«¡Oh Reina! tú, á quien Júpiter concede
Nueva ciudad fundar, y en justo imperio
Fieras gentes regir, á tí acudimos
Estos troyanos míseros, llevados
De mar en mar por fieros huracanes.
¡Oh! no permitas que inhumano fuego

Incendie nuestras naves; gracia otorga
Á este pío linaje, y nuestra suerte
Benigna mira con propicios ojos.
No con el hierro á derribar venimos
Los Líbicos Penates, ni á llevarnos
El robado botin á los bajeles:
No hay para tanto en nuestras almas fuerza,
Ni tal soberbia en los vencidos cabe.
Hay una antigua tierra que los griegos
Hesperia llaman, belicosa y fértil;
Los Enotrios varones la habitaron,
Y, segun fama, Italia la apellidan
Sus hijos hoy, del nombre de su jefe.
Nuestro rumbo era allí. Mas de improviso
Álzase el Orïon tempestuoso,
Y agita el mar, y á los latentes vados
Nos arrojan los austros bramadores,
Y la borrasca vence, y por las ondas
Entre fieros peñascos nos arrastra.
Por fin á vuestras costas arribamos
Los pocos que aquí ves. — Mas ¿qué linaje
De gentes hay aquí? ¿Qué pueblo es éste
De costumbres tan bárbaras, que niega
Hospedaje en su playa, y nos acosa
Hasta impedirnos asentar la planta
En la primera tierra que tocamos?
Si con desprecio tal á los mortales
Y su fuerza mirais, temed al ménos,
Á los dioses temed, que nunca dejan
Sin premio al bueno, sin castigo al malo.
Nuestro rey era Enéas: más piadoso
Varon, más justo, ni mejor guerrero
No hubo jamas. Si nos lo guarda el hado,
Si aura vital respira, si aún no habita
El pavoroso reino de las sombras,
Nada nos acobarda; y de haber sido
Tú la primera que nos dés amparo,
No te arrepentirás. Ciudades y armas
En Sicilia tenemos, donde el noble
Acéstes reina, de troyana sangre.
Licencia danos de sacar á tierra
Nuestras naves, del viento maltratadas,

Y madera cortar en estos bosques
Y de remos armarlas. Si de nuevo
Á nuestro rey y amigos recobramos
Y nos es dado navegar á Italia,
Con gozo á Italia, al Lacio partiremos.
Si huye toda salud, si en sus abismos
¡Oh de los Teucros amoroso padre!
Te esconde el mar de Libia; si aún perdida
Vemos de Julo la esperanza, al ménos
Por el mar siciliano hagamos rumbo:
Á la region de donde aquí vinimos
Y donde amigo asiento nos aguarda,
Y allá volvamos junto al rey Acestes.»—
Así dijo Ilioneo, y un murmullo
De aprobacion entre los Teucros suena.
Dido entónces, los ojos inclinando,
Esto en breves palabras le responde:
«Troyanos, desterrad de vuestras almas
Todo temor, y respirad tranquilos.
Grave ocasion, y mi naciente reino,
Tal me aconsejan; y á distancia larga
Fuerzas tener que mis fronteras guarden.
¿Quién hay que á los de Enéas desconozca,
Y á Troya y sus hazañas, y sus héroes,
Y los horrores de tan cruda guerra?
No somos, no, de condicion tan ruda
Los Penos, en verdad, ni sus caballos
Tan léjos unce el Sol del Tirio pueblo.
Ora á la grande Esperia y de Saturno
Á los campos marcheis, ora á la falda
Del Erixos volvais al rey Acestes,
Con segura custodia y con socorros
De mi reino saldréis. Si aquí conmigo
Quedaros preferis, contad por vuestra
Esta ciudad que fundo; los bajeles
Sacad á tierra; Tirios y Troyanos
Formarán para mí tan sólo un pueblo;
Y ¡ojalá el mismo viento á estas regiones
Lanzado hubiera á vuestro rey Enéas!
Mas yo las costas y la Libia toda
Registrar mandaré, por si perdido
Vaga errante por selvas ó ciudades.»—

Al oir tal discurso, el padre Enéas
Y el esforzado Acates, ya alentados,
En ansia ardian de romper la nube,
Y Acates el primero así le instaba:
«Hijo de Vénus, ¿qué te dicta ahora
El corazon? Asegurada miras
Nuestra suerte. Las naves, los amigos
Acogidos están; sólo uno falta,
Uno que entre las ondas sumergirse
Con nuestros ojos vimos; lo restante
Responde de tu madre á las palabras.»—
Al decir esto, ráspase de pronto
La nube que los cerca, y se evapora
Desvanecida en el etéreo espacio.
Enéas aparece; le ilumina
La clara luz, y en rostro y continente
Aseméjase á un Dios. Su misma madre
Hermoseó su cabellera, y dióle
Purpúrea luz de juventud lozana,
Y dulce majestad puso en sus ojos.
Tal ingenioso artífice decora
El marfil, y la plata ó mármol pário
Con baño de oro refulgente cubre.—
Así á la Reina entónces, así á todos
Él de improviso apareciendo dice:
«Ved aquí al que buscais; yo el Teucro Enéas
Soy, de las ondas líbicas salvado.
¡Oh Reina! Tú, la sola que de Troya
Mueven á compasion los grandes males,
Tú que á nosotros, restos escapados
Del Aquivo furor, y en cuanto ofrecen
Tierras y mares de accidentes duros,
Agotado el sufrir, faltos de todo,
En tu ciudad, en tu palacio acoges;
Á darte digna recompensa, oh Dido,
No alcanzamos nosotros, ni alcanzaran
Cuantos hoy viven del Dardanio pueblo
Del orbe por el ámbito esparcidos.
Los dioses, si hay en el Olimpo algunos
Que galardonen la piedad, si aún queda
Un resto de justicia, á tí los dioses,
Y la conciencia de tu accion, el premio

Merecido te otorguen. ¡Oh dichoso
Siglo que te dió el sér! ¡Dichosos padres
Que dignos fueron de engendrar tal hija! —
En tanto que á la mar corran los rios,
En tanto que la sombra gire en torno
De la montaña, en tanto que los cielos
Se tachonen de estrellas, donde quiera
Que yo habitáre vivirá conmigo
Tu honor, tu nombre, tu alabanza siempre! »—
Esto dijo; y tendió la diestra mano
Á su amigo Ilonéo, y la siniestra
Á Seresto, y despues á los restantes,
Y á los valientes Gías y Cloanto.
Pasmó primero á la Sidonia Dido
El aspecto de Enéas, y su historia
Peregrina despues, y así le dice:
«¿Qué destino fatal, hijo de Vénus,
Á tantos riesgos te arrastró? ¿Qué mano
Á estas riberas bárbaras te arroja?
¿Conque eres tú, en verdad, aquel Enéas
Que del Dardanio Anquises la alma Vénus
Dió á luz, orillas del troyano Símois?
Bien recuerdo que echado de su patria
Llegó Teucro á Sidon, y nuevo Estado
Quiso fundar con el favor de Belo.
Belo, mi padre, en la opulenta Chipre
Lidiaba á la sazon, y victorioso
Á su imperio sujeta la tenia.
Ya entónces yo de la ciudad Troyana
Noticias tuve, y de su triste historia,
Y de tu nombre, y de los reyes griegos.
Que él mismo de los Teucros enemigos
Grande alabanza hacia, blasonando
De descender de aquella antigua raza.
Así, pues, sin temor venid, mancebos,
Y con nosotros habitad.—Por trances
Iguales á los vuestros la fortuna
Me arrastró á mí tambien, hasta que al cabo
Fijar mi asiento en esta tierra quiso.
¡Mísera fuí; del mísero me duelo! »—
Estos recuerdos hace, y luégo á Enéas
Á su palacio lleva, y á los dioses

Manda hacer en los templos sacrificios.
Tambien dispone que á la playa lleven
Á la gente de Enéas veinte toros,
Cien recios lomos de gigantes cerdos,
Cien cebados corderos con sus madres,
Y el dulce néctar del alegre Baco.
Con régia pompa lo interior adornan
Del gran palacio, preparando enmedio
La sala del festin: cuelgan tapices
Bordados con primor de rica grana;
Las mesas cubre inmensa argentería,
Donde en oro esculpidos aparecen
Los hechos de sus ínclitos mayores,
Serie inmensa de hazañas, que ilustraron
Á tantos héroes, y que allí figuran
Desde el orígen de su antigua raza.
En tanto Enéas, cuya mente agita
El paternal amor, ordena á Acates
Pronto á las naves ir, y que esto cuente
Á Ascanio, y á palacio lo conduzca.
¡Sólo en su caro Ascanio el padre piensa! —
Ordénale ademas ricos presentes
Traer, salvados del troyano incendio:
Un manto que recaman signos de oro,
Y un velo cuyos bordes festonea
Franja de rubio acanto; adornos ambos
Que sacó de Micénas cuando huyendo
Á celebrar á Pérgamo partia
La Argiva Helena sus infandas bodas;
Dones preciosos de su madre Leda.
Tambien el cetro que en Ilion un dia
La hija mayor de Príamo llévaba,
Y una sarta de perlas para el cuello,
Y una corona de preciosas piedras
Engastadas en oro.— Presuroso
Por todo Acates á las naves corre.
Mas Vénus en su mente nueva astucia,
Nuevo proyecto forja: hacer intenta
Que tomando Cupido el rostro y talle
Del tierno Ascanio, junto á Dido llegue,
Y con los dones en la Reina encienda
Furioso amor, y abrase sus entrañas;

Se fija en él, y siéntalo en su falda,
Y lo acaricia: ¡la infeliz no sabe
Cuál es el dios que estrecha entre sus brazos!
Él los mandatos de su madre Vénus
Recuerda entónces, y á borrar comienza
Del corazon de Dido poco á poco
La imágen de Siquéo, y con activo
Amor intenta trastornar de nuevo
Aquel pecho que vive há tiempo ocioso,
Y aquel alma de amores olvidada.
Da fin la cena; se alzan los manteles,
Y en las mesas colocan grandes copas,
Y de vino las llenan; á su vista
Rompe inmenso clamor; el vocerío
Del palacio en los ámbitos retumba.
Cuelgan de los dorados artesones
Mil encendidas lámparas, que ahuyentan
Con viva llama las nocturnas sombras.
La Reina entónces que le traigan pide
La copa de oro y de preciosas piedras
De gran peso y valor, que desde Belo
Siempre usaban sus régios descendientes;
Guardan silencio todos, y ella dice:
—«Júpiter, pues por tí la ley se acata
De la hospitalidad, haz que este dia
Feliz á Tirios y á Troyanos sea,
Y viva eternamente en la memoria
De nuestros hijos; que descienda Baco,
Númen de la alegría, y la benigna
Juno con él.—Oh Tirios, y vosotros
La union presente celebrad propicios.»—
Dijo, y libó en la mesa el dulce néctar;
Y el borde de la copa con los labios
Tocando apénas, se la entrega á Bicias
Y le incita á beber. Él sin demora
El licor espumante ansioso apura
De la aurea taza, y se salpica todo.
Siguen su ejemplo los demas señores.
Pulsa el crinado Iopas la dorada
Cítara en que aprendió del grande Atlante:
Canta el curso del sol, la errante luna,
Dónde el orígen de animales y hombres

Está, y el de la lluvia y el del rayo;
Canta á Arturo, las Híadas pluviosas,
Los gemelos Triones; por qué causa
Corren los soles invernales tanto
Á hundirse en el Océano, y las noches
El paso acortan tardo y perezoso.—
Rompen luégo los Tirios á porfía
En grande aplauso, y siguen los Troyanos.—
La noche en tanto en pláticas diversas
Enfretenia la infelice Dido
Bebiendo largo amor. Mucho pregunta,
Ora acerca de Príamo, ora de Héctor,
Ya de las fuerzas con que á Troya vino
El hijo de la Aurora, ya del lance
De los caballos de Diomedes, ora
Noticias sobre Aquíles, y al fin dijo:
«Ea, mejor será que nos relates,
Huésped, desde su orígen las astucias
De los griegos, la historia de los tuyos
Y de tu vida errante, pues ya has visto
Siete giros del sol vagando siempre
Por tantos mares y por tierras tantas.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

DISCURSO

NECROLÓGICO LITERARIO

EN ELOGIO DEL DUQUE DE RIVAS [1].

ÍNDOLE ESPECIAL DEL POETA. CARÁCTER DEL HOMBRE.

SEÑORES: Aún no habeis olvidado, porque nunca se olvida lo que estampa la amargura en el fondo del corazon, que al comenzar el año de 1862 nos reunimos en este glorioso recinto para rendir al sabio Director de la Real Academia Española, *D. Francisco Martinez de la Rosa*, un tributo de admiracion y de lágrimas.

No sólo perdíamos en él, como académicos, un Direc-

(1) El Excmo. Sr. D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas, fué nombrado Académico honorario en 9 de Octubre de 1834; de número, á 25 de Febrero de 1846; falleció el 22 de Junio de 1865. Al dejar de existir, ejercia el cargo de Director de la Academia Española; y apreciando ésta en lo mucho que valian las altas prendas del autor de *D. Álvaro* y de *El Moro expósito*, acordó celebrar una junta pública exclusivamente consagrada á honrar la memoria del eminente poeta. Efectuóse el 4 de Marzo de 1866, y en ella leyó este *Discurso* el Excmo. Sr. Don Leopoldo Augusto de Cueto, Académico de número, y hermano político del difunto prócer.

tor, un amigo, un poeta, un historiador, un hablista, un filólogo insigne. Tambien sentíamos dolorosamente, como españoles, el vacío que dejaba en esferas de mayor pugna, de mayor estrépito y de más arduos afanes, el prudente estadista, el elocuente luchador parlamentario, el acrisolado patricio, que no aceptaba ni comprendia dogma alguno político en que no se halláran mezclados y confundidos, como partes inseparables de un íntimo y armonioso conjunto, la concordia, el órden, la justicia, la libertad.....

Trascurrido el breve espacio de tres años, abierta todavía en nuestra alma la dolorosa herida, otra nueva, igualmente profunda para vosotros, y para mí, no puedo ocultarlo, aún más acerba, nos reune ahora para cumplir el triste deber de tributar á otro Director esclarecido, cual noble ofrenda de duelo y de veneracion cariñosa, la pública y solemne memoria que consagramos hoy á su encumbrado entendimiento, á su envidiable fama, á sus nobles prendas, á sus acendradas virtudes.

No necesito deciros que si alguno de los muchos elocuentes varones que cuenta en su seno, llevase la voz de la ilustre Academia, el homenaje que hoy rendimos ante el esplendor de una tumba tendria sin duda mayor lucimiento y más altos quilates. No se escondia esto á mis ojos; y sin embargo, he aceptado gustoso el difícil encargo de conmemorar en esta esclarecida Asamblea los eminentes merecimientos literarios del Duque de Rivas, y de encarecer la profunda afliccion de que todos nos hallamos poseidos al ver desaparecer para siempre al que era para nosotros un estímulo, un afecto, una lumbrera y una gloria.

No atribuyais á temerario engreimiento este propósito

ambicioso. Más nobles impulsos han movido mi ánimo. El Duque de Rivas, con quien me unian, no sólo lazos de parentesco, sino íntimas afinidades de hábitos, de aficiones y de afectos, era para mí más que un deudo, más que un amigo; era un tierno y cariñoso hermano; constituia una de esas figuras que forman parte de nuestra existencia moral, que acompañan siempre nuestra vida, y á las cuales llega á adherirse el alma hasta por necesidad y por costumbre.

Ya adivinais, Señores, que no he escrito ni un estudio biográfico, ni el elogio académico de nuestro último Director. La primera de estas tareas, ya desempeñada con tino, primor y elocuencia por nuestro malogrado y brillante compañero D. Nicomédes Pastor Diaz, no cabe en el objeto peculiar de la solemnidad presente; la segunda, esto es, el elogio académico, sería una especie de anacronismo literario, que vuestra cordura y vuestro acrisolado gusto rechazan de consuno. Pasó el tiempo de los panegíricos inflexibles y deliberados, que ni realzan, ni convencen, ni conmueven; y cierto estoy de que habeis de aprobar mi propósito de ceñirme al recuerdo limpio, llano, sincero, de las nobles prendas del Duque de Rivas; á la conmemoracion de su gloria, y singularmente, porque así cumple al carácter de este ilustre Cuerpo, al exámen del espíritu y cualidades que preponderan en sus obras poéticas, y que le han granjeado un lugar tan alto y tan especial en la historia de las letras españolas de la edad presente.

Esta, al parecer, tan llana y no poco sabrosa tarea, es una de las más difíciles y aventuradas que pueden ofrecerse á la crítica. Juzgar el verdadero valor literario; las tendencias y vicisitudes del gusto; el orígen, la intensi-

dad, el arranque y la espontaneidad del estro de un poeta contemporáneo, ¿puede haber nada, al parecer, más sencillo y más hacedero? Con él hemos vivido y pensado, con él hemos estudiado y discutido; hemos asistido, por decirlo así, á la formacion, desarrollo y manifestacion artística de sus ideas, y seguido paso á paso los vuelos de su creadora mente en sus concepciones y hasta en los antojos de su fantasía; ¿quién, pues, con luz más clara y más segura ha de aquilatar su inspiracion, y descubrir y analizar los impulsos psicológicos é ideológicos del poeta, sin cuyo cabal conocimiento no es dable medir exactamente el alcance de su índole y de su fuerza?..... ¿Quién? La posteridad.

Tropezando en la exploracion de las circunstancias personales, embarazada con la balumba de las dudas y las hipótesis de hechos que el tiempo ha oscurecido, y encerrada en el campo inseguro de las conjeturas, todavía es la posteridad juez más abonado y ménos falible que aquellos que ven las cosas con sus propios ojos y tocan los hechos con las manos. Nosotros, los contemporáneos, por recto que sea nuestro juicio y claro nuestro sentido y sana nuestra intencion, no podemos levantarnos á la esfera elevada y serena donde está la imparcialidad. Somos, sin advertirlo, jueces en causa propia cuando examinamos las obras de un hombre que ha respirado entre nosotros la atmósfera de nuestras ideas, de nuestras preocupaciones, de nuestros gustos y de nuestros extravíos. ¿Qué importa la imparcialidad del carácter y del criterio íntegro y sesudo, si nos falta la imparcialidad del gusto literario, á despecho de nuestra voluntad? Cada época tiene sus doctrinas, sus engreimientos y sus caprichos literarios, y no se os oculta que la nuestra está

léjos de ese gusto acendrado, unánime y seguro, que sólo alcanzan las naciones en aquellos raros y felices momentos en que la Providencia les concede vida propia y preponderancia autonómica.

No os asombre, pues, Señores, que juzgue, no sólo escabrosa, sino temeraria, la empresa, que acometo gustoso, de juzgar el carácter y mérito literario del que daba, poco há, á nuestra vista, claros testimonios de un noble corazon, de un patriotismo acrisolado, de una fantasía risueña y elevada.

Pero al cabo esta misma tarea, que á la vez me arredra y me cautiva, es un deber sagrado que nos impone la memoria del honrado patricio, del prócer ilustrado, del poeta de alta ley, y, lo que para nosotros es más todavía, del noble y cariñoso amigo. Basta á movernos este deber, á mí á arrostrar las dificultades inherentes al asunto mismo, á vosotros á disculpar mi arrogancia y mi insuficiencia.

Fiel á mi sincero propósito de evitar que me tacheis de panegirista ciego y desalumbrado, y en muestra del amor que abrigo á esa imparcialidad rígida y austera, sin la cual no puede haber crítica, y mucho ménos crítica contemporánea, empezaré por deciros que el Duque de Rivas, tan profusamente dotado por la mano divina, y partícipe, en mayor ó menor grado, de cuanto grande, atrevido ó brillante ha hecho España en la primera mitad del siglo XIX, no desplegó en todas las esferas en que ha resplandecido su nombre, títulos de igual fuerza y alcance á las palmas de la inmortalidad. Como militar, como hombre político, como orador parlamentario, como historiador, como artista, recogió copiosos laureles, algunos de ellos de valor muy subido. Tres facultades poderosas

alentaban su ánimo y movian su múltiple y flexible talento: la imaginacion, la probidad y el amor patrio. Estas tres facultades eminentes, en que nadie le aventajaba, constituian todo su sér moral, alto y respetable por cierto, puro y fecundo manantial de lo grande y de lo bello. Pero tal vez no poseia en igual grado, porque hay fuerzas morales que casi nunca logran hermanarse, el espíritu analítico y filosófico, que antepone la exactitud á la belleza, y busca á todo trance la verdad absoluta en los abismos de la duda.

El Duque de Rivas, hombre de alma impresionable y viva ante todo, dejaba preponderar en su mente la índole del poeta, y avasallado por la virtud imperiosa de esta índole, habia de preferir forzosamente, á lo que demuestra y convence, lo que conmueve y embelesa. Por eso, en la vida política no sabía ser el estadista paciente y frio que escudriña, mide, transige, disimula y espera. Los principios cobraban en su alma el carácter de sentimientos, y no pocas veces el de sensaciones. Dentro de la rectitud moral, que no le abandonaba nunca, se dejaba llevar algun tanto por los ímpetus de la imaginacion, que, si suele ser guía insegura, tambien sirve de impulso y fuerza que engrandece y levanta las ideas.

¿Qué podia importar á quien hallaba en los bienes del corazon y del entendimiento tan lisonjeras compensaciones, que otros le aventajasen en eso que llamamos *sentido práctico*, esto es, en esa disposicion natural del ánimo á entrar sosegada, severa y afanosamente en el exámen maduro y cabal de los medios de ejecucion y de las contingencias de las empresas humanas? Es indudable; no estaba en su índole arrostrar y sobrellevar impasible esa angustia secreta con que tropieza el hombre de sana in-

tencion, al buscar, en medio de la zozobra y de la duda, la verdad y el acierto; cosas que se presentan casi siempre al entendimiento con el amargo carácter de lucha y de problema..... Si descubria la verdad y la solucion práctica de las cosas, habia de ser con ímpetu y como por intuicion repentina. Achaque es éste de imaginaciones movedizas y ardientes; pero achaque feliz, de donde nacen muchas veces los arranques del entusiasmo y la elevacion de las miras y de las acciones. El curso técnico, ordenado y prolijo de los negocios públicos ó privados le era por demas enfadoso; ¿qué digo enfadoso? era casi incompatible con la naturaleza risueña y libre de su ingenio. Las elucubraciones filosóficas, que son deleite y solaz para algunos, eran para él tarea poco simpática. Los sistemas inseguros de la ideología y los arcanos de la metafísica le asustaban; y alguna vez, en conversaciones familiares, asestaba contra ellos, como Voltaire, los dardos de la sátira. En balde se le hacia notar que si es desdicha de los filósofos

Voir mille vérités où Dieu n'en a mis qu'une,

como ha dicho uno de los grandes poetas modernos, esas mismas verdades hipotéticas y pasajeras mantienen viva la noble aspiracion del alma á levantar el velo con que Dios encubre las maravillas del mundo físico y del mundo moral, y á columbrar, siquiera alguna vez, un rayo purísimo de la llama divina donde brilla la verdad eterna. Era inexorable en este punto. Juzgaba ocioso perderse temerariamente en esa exploracion misteriosa. Le causaba enojo cuanto embarazaba con dudas su claro entendimiento, cuanto le hacia descender al pormenor prosaico ó enmarañado de las cosas, cuanto encadenaba las

alas de su fantasía. No habia nacido para desmenuzar y analizar las causas recónditas de la naturaleza, sino para sentir y admirar sus efectos y su prodigioso conjunto.

Podrán decir tal vez que, careciendo de esa facultad, carecia de una fuerza que puede ser muy provechosa en el curso de la vida humana. Sea en buen hora; no me esforzaré en contradecirlo. No hay sér completo en la tierra, y no concede Dios al hombre todos sus tesoros con perfecto nivel y cabal armonía. Si el Duque de Rivas hubiese poseido el espíritu de observacion incansable de un naturalista, la fuerza de abstraccion metafísica de un filósofo, la inflexible rigidez demostrativa de un matemático, la perseverancia de un comentador, la frialdad de un estadista que subordina sus emociones á sus cálculos ambiciosos, habria podido granjearse por otras sendas merecida fama, pero no habria sido un gran poeta. Gloria por gloria, pudo darse por contento de la mision terrestre que le habia deparado la Providencia.

Cuando esto digo, poniendo la corona de los poetas en la cumbre de la gloria humana, sé que hablo ante un concurso ilustradísimo, que no adolece del achaque vulgar de confundir á esos seres priviligiados, ecos de las voces del cielo ó intérpretes de las grandezas de la tierra, con la turba de versificadores y copleros que, movidos por la moda, por el ingenio ó por la audacia, escriben poesías que no suelen pasar de amenas y estimables, cuando no son triviales ó perversas, y cuya fama estriba en efímeros fundamentos.

La poesía grande y espontánea, emanacion lírica ó épica del espíritu de generaciones enteras, es algo más que el sabroso pasatiempo de las naciones cultas, y á veces mucho más todavía que una manifestacion estética de

las razas privilegiadas. Tiene una importancia histórica, religiosa y política, que nadie puede desconocer. Más simpática y más vividora que la prosa, órgano y estímulo del entusiasmo popular, y auxilio poderoso de la tradicion, la poesía ha tenido el privilegio de trasmitirnos, al traves de tenebrosos tiempos y de revoluciones fundamentales, el conocimiento de singulares y remotas civilizaciones. ¡Cuán imperfecta idea tendríamos del carácter profético y sentencioso del gobierno teocrático de la Judea sin los libros poéticos de la Biblia! Sin la *Iliada*, el poema de los poemas, ¿qué habria sabido la Grecia culta, qué sabríamos ahora nosotros de la Grecia heroica? ¿Dónde, sino en la *Teogonía* de Hesiodo, poema imperfecto, pero venerable, se habrian conservado tan preciosas noticias sobre el carácter y fundamentos del politeismo griego? Por la tradicion oral, conducto por demas inseguro y contingente, habrian llegado tal vez á las edades modernas algunos reflejos, sin color y sin vida, del espíritu de los tiempos primitivos y verdaderamente épicos de la Grecia; mas no poseeríamos, de seguro, el espléndido y vigoroso cuadro, que debemos exclusivamente á la *Iliada*, de las costumbres, de los ritos, de las pasiones y del ímpetu orgulloso y avasallador de la raza helénica.

¿Qué noticia habria quedado del politeismo escandinavo, amalgama singular de fantasía y de realidad, si los *scaldos* no hubiesen legado á la posteridad, en el *Edda* y en las poéticas *sagas*, un monumento de las tradiciones heroicas y de la religion peregrina de un pueblo á la par extremado en la espiritualidad simbólica y en la materialidad terrestre?

Al hablar de estos trovadores de la Escandinavia, me asalta involuntariamente el recuerdo del gran poeta di-

namarqués Adan Oehlenschläger, el amigo de Goethe, de Guillermo Schlegel, de Benjamin Constant y de Madame de Staël, que, ya cercano al término de su gloriosa carrera, me honró en Copenhague con su amistad. Nadie ha explotado con tanta habilidad y tanto aplauso como él la fecunda mina de poesía nacional que encierran aquellos preciosos vestigios. Oehlenschläger ha sido en las letras el gran evocador de los héroes y los dioses septentrionales. En algunos de sus dramas, y singularmente en su magnífico poema *Los Dioses del Norte* (*Nordens Guder*), tan admirado en todas las naciones germánicas, que en él encuentran algo de la majestad homérica, han cobrado nueva vida poética y mayor significacion histórica el carácter osado, la vida aventurera y la pintoresca mitología de los antiguos pueblos escandinavos (1).

Y si de las regiones del Norte trasladamos el pensamiento al prodigioso Oriente, cuna misteriosa de toda civilizacion, ¡qué maravillosas é inesperadas revelaciones nos hace la poesía! La civilizacion, que á pasos agigantados entraba en la Europa del renacimiento, despertó aficion al estudio de los idiomas griego y latino; las controversias religiosas, suscitadas por el protestantismo, lo despertaron igualmente al de la lengua hebráica. Pero el sanscrito, idioma de los libros sagrados y de los poemas

(1) Oehlenschläger publicó simultáneamente este poema, como la mayor parte de sus obras, en dinamarqués y en aleman. Habia comprendido con sagacidad tan profunda los mitos del *Edda* y el espíritu heroico de las *sagas* islandesas, que los investigadores de las antiguas creencias y costumbres de los escandinavos consultan las obras del poeta moderno al igual con los monumentos antiguos.

El profesor Heiberg publicó un libro titulado *Mitología del Norte, segun el Edda y las poesías de Oehlenschläger.*

del Indostan, era desconocido del Occidente, hasta que, á fines del siglo último (1784), el sabio polígloto inglés Williams Jones (1) fundó la *Sociedad Asiática de Calcuta*, promoviendo ardorosamente investigaciones fecundas sobre el Ásia primitiva. Á pesar de los afanosos esfuerzos de algunos sabios orientalistas, todavía no está suficientemente explorado el campo inmenso de aquellos augustos monumentos poéticos; pero lo que ya conocemos por las esmeradas traducciones hechas en los últimos tiempos, ofrece á la imaginacion un mundo moral tan vasto como sorprendente. Los himnos de los *Vedas*, biblia del Indostan; los *Puranas*, ó leyendas sagradas (2), y las grandes epopeyas índicas no contienen sólo esos arranques de amor, de entusiasmo, de temor, de heroismo, de poesía, que brotan del alma de los pueblos-poetas que se cantan á sí propios en los tiempos de grandeza épica ó de lirismo religioso; encierra ademas un fondo de sentimientos morales, una pintura de grandes y puros caractéres, que llenan á un tiempo el ánimo de sorpresa y de admiracion. El motivo principal de esta impresion inesperada que en mí ha producido, y producirá, sin duda, en cuantos lean alguna parte de estos poemas singulares, consiste en que, al traves de las explicaciones cosmogónicas, de las empresas heroicas, de las descripciones fantásticas ó emblemáticas, se descubre una civilizacion moral, pura

(1) Su erudicion en idiomas antiguos era asombrosa. Tradujo várias obras del árabe, del persa y del sanscrito. De éste, entre otras cosas, el famoso drama *Sacontala*, del poeta Kalidasa.

(2) Los *Puranas* forman en conjunto unos ochocientos mil versos: son todavía muy poco conocidos. Varios críticos y filólogos de Alemania, de Francia y de Inglaterra estudian hoy con ahinco estos monumentos de historia y de poesía.

y espiritual, cual no lo fueron nunca las civilizaciones de Grecia y de Roma, aquélla *artística* por excelencia, ésta eminentemente *política*.

En los episodios, que traducciones felices han dado á conocer, del *Mahâbhâratta*, colosal poema de doscientos mil versos (1), en la magnífica y ya conocida epopeya el *Râmâyana* (2), en los *Vedas* y en otros monumentos venerables de aquellas nebulosas edades, hay virtudes y tendencias humanas tán delicadas, tan íntimas, y, por decirlo así, tan *evangélicas*, que traen pasmo al entendimiento y contento al corazon. *Sita*, *Savitri*, *Damayanti*, ángeles consoladores, modelos sublimes de ternura, de fidelidad, de abnegacion y de sufrimiento, son retratos de mujer de belleza moral incomparable. La literatura griega, cuyas mujeres son, por lo comun, ejemplos de perversidad ó causas de desventura pública, nada tiene que se acerque á ellos, ni tampoco la literatura cristiana nada que pueda aventajarles.

Rama, el héroe del *Râmâyana*, es un guerrero fascinador por sus prodigiosas hazañas, de esos que la historia estudia y la tradicion diviniza. Pero en nada se parece á los guerreros de la epopeya griega, que obran siempre avasallados por sus pasiones. Su prudencia no es la astucia cautelosa de Ulíses, ni su valor el ciego arrebato de Ayax ó la ira implacable de Aquíles. *Rama*, que, se-

---

(1) Aunque se menciona el nombre del autor de este poema, *Vyâsa*, todo indica que el *Mahâbhâratta* es obra nacional, creada por los siglos, aglomeracion más ó ménos deliberada de tradiciones heroicas y sagradas. Confirma, por otra parte, esta opinion el carácter simbólico del nombre *Vyâsa*. Significa *colector*, como *Homero* significa *cantor*.

(2) Valmiky, personaje casi mítico, como *Homero*, pasa por autor del *Râmâyana*.

gun el poema, *si se enojase, haria temblar al cielo*, sabe reprimir siempre los ímpetus de la soberbia; Quijote sin locura, recorre el mundo para reparar injusticias y remediar calamidades, se resigna humilde al destierro para evitar sinsabores á su padre, el rey Dasarâtha. Magnánimo, sabio, leal, justo y paciente, *Rama* es, en una palabra, la personificacion del deber. Sólo en la literatura romántica cristiana se encuentran caractéres semejantes al de *Rama*, en los cuales andan mezcladas, en aventuras de leyenda, virtudes cristianas con impulsos caballerescos.

Si á esto se agrega que en el *Vedanta*, el libro filosófico de los *Vedas*, y en innumerables poesías de la India, se proclama el culto de un solo Dios, sér abstracto y metafísico, cual convenia al espíritu contemplador del Ásia; que los poetas índicos, al hablar del alma humana como emanacion del Sér supremo, se gozan en remontarse á una idealidad mística, á que nunca llegaron Sócrates ni Platon; que en varios poemas, especialmente en algunos pasajes del *Mahâbhâratta*, se presentan claras las nociones de la inmortalidad del alma, de su vuelta al seno de Dios, del sacrificio de la vida terrestre, de la humildad, de la caridad, del perdon divino, de la contemplacion extática; esto es, de virtudes y sentimientos que tienen cierta afinidad visible con la espiritualidad cristiana; ¿cómo no ha de quedar el ánimo atónito y suspenso al descubrir tales analogías de civilizacion moral á una distancia de más de tres mil años, en los cuales han pasado con su olimpo sensual y apasionado y con su material grandeza las civilizaciones peregrinas de Aténas y de Roma?

Ved, Señores, cuán alta y trascendental importancia

pueden tener las obras poéticas cuando se intenta analizar y poner en claro histórica y filosóficamente la filiacion y el enlace escondido de las ideas que preponderan en las sociedades humanas.

Y no sólo los historiadores y los filósofos reconocen el valor de la poesía; los hombres de Estado saben muy bien que lleva consigo á veces una fuerza política incontrastable, saludable ó perturbadora, ya robusteciendo el temple de los pueblos con el recuerdo de las glorias pasadas, ya exaltando las pasiones públicas, ya influyendo perversa ó provechosamente en las costumbres con la procacidad ó el halago, ó con los anatemas de la sátira.

Si pudiese en esto caber duda, bastaria, para convencerse de la influencia de la poesía, recordar el noble ardimiento que producian Tirteo en el pueblo espartano y Quintana en el pueblo español, prodigando anatemas contra la opresion extranjera, y palmas para los sentimientos libres ó heróicos de la patria. ¿No veis en Francia á Béranger, el coplero sublime, alimentar en el corazon de sus compatriotas la llama de la libertad política con canciones que, aunque parecen devaneos de una musa juguetona y liviana, son en realidad ecos imperiosos de las pasiones populares? ¿Concebís influencia más eficaz, y en ciertos casos más peligrosa, que la de ideas que se infunden sin autoridad doctrinal, sin pretension dogmática, con los seductores atavíos de un recreo y con los encantos de la armonía? Sólo Dios puede medir con exactitud el alcance moral de ese dulce veneno, escondido entre flores, que se propaga sin límites por medio de humildes canciones que gozan del raro privilegio de ser escuchadas con igual deleite en el taller del artesano, en

el salon del magnate ó en la guardilla de la costurera.

La Italia moderna ¿no está dando igualmente, desde fines del siglo último, un ejemplo insigne de la accion política de la poesía? Allí la sociedad no se satisface, há largo tiempo, con la musa apacible, pero frívola, de los idilios á Fílis, y de las cantilenas á Nice. Pocos poetas italianos de alta nombradía, como Cesarotti y Monti, rindieron culto sin escrúpulo ni medida al Austria ó á la Francia, á cuanto triunfaba ó resplandecia. Los más alzaron vigorosamente el estandarte de la independencia y de la libertad, formando una cruzada fogosa, tenaz, implacable, que durante más de medio siglo se ha ocupado sin tregua en levantar y enardecer los instintos políticos de las últimas generaciones. ¡Cuántas almas abrasadas por el fuego del genio y por el amor de la patria! Entre todos aquellos poetas hay diferencias esenciales de carácter, de estilo, de temperamento y de principios; pero los hermana á todos el entusiasmo nacional. *Alfieri*, indignado con la postracion política de Italia, á par que con la anarquía sanguinaria de la revolucion francesa, demócrata y austero en sus airados fantasmas políticos, aristócrata y laxo en sus aficiones y en sus costumbres, se aferra con amargo deleite en la evocacion poética de los recuerdos clásicos de la libertad antigua, sin advertir siquiera las profundas y esenciales diferencias que de la libertad moderna la separan; *Parini*, satírico tan agudo como cuerdo y delicado, calma en breve sus impulsos de vehemencia política con el estudio práctico del mundo y de los hombres; *Ugo Fóscolo*, armado de un temple de alma recio é inflexible, ardoroso declamador sin sospecharlo, como Alfieri, incapaz de transigir con lo que juzgaba ridiculez ó flaqueza, se malquista con sus maes-

tros y amigos de Italia (1), y alivia con sarcasmos el peso con que abruma su alma altiva el generoso amparo que le dispensa la nacion británica. No es ingrata su alma, ni aviesa su intencion; pero su época turbulenta, su índole impetuosa, y su educacion literaria, en que se amalgaman el vigor de Esquilo, el énfasis de Lucano, la filosofía lúgubre de Goethe y la misantropía de Rousseau, apartan del natural asiento sus espléndidas facultades, llevando hasta la desesperacion el acerbo pesar que le causa el espectáculo de la patria decadente y avasallada, y dejando á pedazos, por decirlo así, en la azarosa carrera de su vida, gran parte de su genio y casi toda su ventura; *Berchet*, pintor popular de las desgracias públicas de su país; *Giusti*, que por el entusiasmo efímero de las circunstancias, ha sido, como Berchet, apellidado, sin gran razon, el Béranger de Italia; *Leopardi*, *Rossetti*, *Mamiani*, *Poerio*, *Aleardi*, *Grossi*, y otros muchos, han combatido por la patria, como combaten los poetas, *con la espada del canto*, segun la bella expresion de Aleardi.

En Italia, donde la literatura ha sido arrastrada imperiosamente por el espíritu público hácia los sentimientos nacionales, esta espada ha pesado poderosamente en las contiendas morales de nuestro siglo. No intento tasar aquí su accion benéfica ó perniciosa. El mal y el bien, la

(1) Uno de éstos era Monti. Para vengarse de la persecucion literaria de Ugo Fóscolo, escribió contra él este ingenioso y durísimo epigrama, con ocasion de la tragedia del mismo Fóscolo, *Ayax*, representada en Milan el año de 1812, en la cual son personajes principales Ayax, Agamenon y Ulises:

Per porre in scena il furibonde Ajace,
Il fiero Atride e l'Itaco fallace,
Gran fatica Ugo Foscolo non fè:
Copiò se stesso, e si divise in trè.

realidad y la ilusion, andan siempre unidos en los fogosos instintos, en las pasiones públicas, en las generosas esperanzas que brotan con ímpetu en las épocas de transicion. Cumple ahora exclusivamente á mi propósito señalar el poder trascendental de aquella poesía que, caminando con la sociedad misma, llega á ser una forma de la vida intelectual de los pueblos, ó un eco vigoroso de la patria y de la humanidad. Sólo podrian dudar de este poder aquellos desventurados á quienes la mano divina hubiese negado completamente la facultad de la emocion y el sentimiento de lo bello, ó aquellos tambien que ni saben ni quieren ver el fondo de las cosas. La poesía de esta especie es una manifestacion fiel, espontánea, y á veces magnífica, de las fuerzas morales de las naciones; es un medio de trasmision glorioso y perdurable de las tradiciones populares. Esto nadie se atreve á negarlo, y esto basta para que sea mirada con entusiasmo, con respeto ó con recelo, por artistas é historiadores, por estadistas y filósofos.

Perdonadme, Señores Académicos, que me haya detenido algun tanto á encarecer las excelencias de la poesía en este asilo de las letras. No me dirijo á vosotros, que acogeis gozosos en vuestro seno á aquellos que se presentan con la frente orlada del laurel de las Musas; tampoco me dirijo al numeroso é ilustrado concurso que hoy nos honra, y cuya presencia es una consagracion de la gloria poética del Duque de Rivas. Pero no puedo olvidar que vivimos en una época esencialmente crítica y positiva, en que brota escasa y laboriosamente el entusiasmo, en que los deleites de la imaginacion se posponen á otros placeres de ménos espiritual naturaleza, y en que es necesario demostrar lo que ántes bastaba sentir.

Paso á caracterizar, en cuanto me sea dable, la índole nativa y peculiar del estro poético del Duque de Rivas. Desde luégo puede afirmarse, con sólo recordar sus obras, que su inspiracion nada tiene de personal; que su musa no es la musa sombría, descontentadiza ó soberbia, que, encerrada en sí misma, lanza sobre la sociedad los anatemas de sus iras ó los lamentos de sus dolencias morales; sino la musa franca y desinteresada, que se olvida de sí propia para cantar, en la lengua divina del entusiasmo y del amor, los tesoros de fe, de lealtad, de patriotismo, de moral grandeza con que plugo á la Providencia dotar y ennoblecer á las razas escogidas, en tiempos de vitalidad y de gloria.

No falta quien, suponiendo que, arrogantes y engreidos, prescinden de la humanidad entera, ó se erigen representantes sublimes y privilegiados de ella, tache amargamente la tendencia de ciertos poetas á presentar siempre en primer término su propia persona. No siempre es justa esta censura. No puede aplicarse con fundamento á los poetas el *yo aborrecible* de Pascal, ni siempre es engreimiento el carácter personal de la poesía. Cuando ésta es puramente moral y *subjetiva*, y el poeta se ve arrastrado, por su índole peculiar, á pintar las emociones internas, ¿cómo no ha de retratar su propia alma, que es impulso, crisol y molde de sus sentimientos y de sus sensaciones? ¿Y debe y puede en realidad obrar de otra manera? ¿De qué serviria que escondiera su nombre, atribuyendo sus propios afectos y pensamientos á personajes imaginarios? Esto hace Lord Byron, pero en balde; el lector reconoce siempre la fisonomía del poeta, ya se esconda bajo la máscara de *Giaour* ó de *Lara*, ya bajo la de *Caín* ó de *Sardanápalo*. Por mucho, sin em-

bargo, que el escritor *personalice* su númen; por mucho que reduzca á su sér individual la esfera de sus afectos y de sus ideas, siempre se encuentra en sus versos el fondo humano, y, amigo ó enemigo de su época, ésta se refleja siempre en sus obras. Los personajes imaginarios, si han de interesar y vivir en la memoria de las gentes, forzosamente han de representar alguna personalidad real, ó la individual del poeta, ó la colectiva del pueblo á que éste pertenece. El *yo* de los poetas no es siempre odioso ni antipático; y es indudable que hay cierto deleite en descubrir al hombre detras del escritor.

Estudiad sin prevencion las obras de los poetas eminentes que, como Byron, Shelley, Leopardi y Lucrecio, hablan, obran y sienten en completo desacuerdo con la sociedad en que viven; juntad en vuestro juicio al hombre y al poeta, y pronto veréis asomar algun extravío ó alguna flaqueza personal entre los sarcasmos del humorista, los vuelos metafísicos del filósofo, los anatemas del moralista descontentadizo, y las temeridades del ateo. Shelley no encuentra á Dios en el universo, porque no le encuentra en su corazon; Byron odia y escarnece á su patria, porque en la regularidad admirable de aquella sociedad ordenada no caben los ímpetus de su índole indisciplinada é imperiosa; Leopardi, el poeta de la desesperacion y de la muerte, llega á no ver en el mundo sino *fango* y miseria, y se columbra luégo que allá en los sombríos ámbitos de su mente entran juntos el órden divino y el órden humano, en estas tremendas palabras de ateo, dirigidas á su corazon, las más amargas acaso que ha trazado la mano de poeta alguno:

Posa per sempre. Assai
Palpitasti. Non val cosa nessuna

I moti tuoi, nè di sospiri è degna
La terra. Amaro e noia
La vita, altro mai nulla; e fango è il mondo.
T'acqueta omai. Dispera
L'ultima volta. Al gener nostro il fato
Non donò che il morire. Omai disprezza
Te, la natura, il brutto
Poter che, ascoso, a comun danno impera,
E l'infinita vanità del tutto.

¡Cuánto rebosa en estos versos el ánsia de morir que, ya cercano al término de su vida, acosaba de contínuo al desventurado Leopardi! Estas imprecaciones impías no son más que el eco de sus angustias personales, el triste vacío que dejó en su alma el abandono de la religion de sus padres, los lamentos de un sér enfermo y ulcerado, que no encontró en la tierra ni poder, ni riqueza, ni amor, ni siquiera salud.

Shelley y Lucrecio son en la forma ménos violentos, pero en el fondo más rebeldes que Byron y Leopardi, á la civilizacion moral de su época. No esconden bajo el velo de la ironía ó de la desesperacion la sensibilidad ardiente que suscita en el álma de estos últimos tantas contradicciones y tantos tumultos de conciencia. En Shelley y en Lucrecio la rebelion es esencialmente filosófica y dogmática; en sus versos se sienten más el orgullo de la razon y la independencia de la fantasía que los movimientos del corazon. Hay hombres que parecen fatalmente predestinados á la duda y á la contradiccion. Shelley, estóicamente indiferente, desde la edad temprana, á las creencias religiosas y á la organizacion social y política de todos los pueblos, da á la estampa, á la edad de diez y seis años, ¡quién podria creerlo! una obra titulada *Necesidad del ateismo*, por la cual la universidad de Oxford le lanza de su seno. Ménos poeta, pero pensador más au-

daz que su amigo Byron, influye poderosamente en la inspiracion de éste; escandaliza á la Inglaterra con el poema *La Reina Mab*, en que se engolfa, con brillantes y poéticas abstracciones, en los problemas tenebrosos del destino de la humanidad. Con un alma rebelde y solitaria, criado para pensar y no para sentir, sin ódio y sin amor, indiferente á la vida y á la muerte, Shelley pasa su juventud proscrito voluntariamente de su patria, como Byron, y en guerra abierta con ella, y muere desastrosamente, á treinta años, en las costas de Spezzia. Sus obras causan admiracion, pero no despiertan simpatía como las de Lord Byron, porque no se perdona tan fácilmente la soberbia del entendimiento como la soberbia del corazon.

La antigüedad nos ofrece en Lucrecio otro ejemplo singular y mucho más insigne de esos rarísimos poetas que encuentran el manantial de su inspiracion en lo que debiera ahuyentarla: la impiedad y el desvío de la patria. Entre Lucrecio y Shelley, á pesar de los veinte siglos que los apartan, hay ciertas afinidades morales evidentes: la desdeñosa indiferencia para los asuntos públicos de su nacion; el dogmatismo filosófico, revestido de las galas de la imaginacion; el espíritu rebelde y temerario; el fanatismo de la impiedad y de la negacion; el panteismo poético; la fuerza estóica, que hace á Shelley insensible á las emociones humanas (1), y arrastra á Lucrecio

(1) Shelley y Lord Byron estuvieron á pique de ahogarse, durante una tormenta, en el lago de Ginebra. Shelley veia llegar la muerte con impasibilidad estóica y acaso con cierta íntima fruicion. Costó trabajo decidirle á que se dejara salvar.—*Thomas Moore's Life of Lord Byron*; 1820.—*Recollections of the last days of Shelley and Byron*, by E. J. Trelawny, 1858.

al suicidio á los cuarenta y cuatro años. Pero entre estos dos hombres sin fé, sin Dios y sin patria, hay una diferencia esencial: el poeta inglés se remonta á la esfera de las abstracciones metafísicas con toda la impasible serenidad á que puede alcanzar la presuncion intelectual; el poeta romano, en medio de su helado ateismo, siente hervir en su mente una pasion verdadera: la pasion de la naturaleza. De ella, más bien que de la filosofía de Epicuro, de la cual es vehemente sectario, nace su infeliz afan de sustituir al error del politeismo pagano otro error todavía más funesto: el del panteismo, incompatible con toda religion, porque mata las fuerzas más puras y celestiales del alma humana: la espiritualidad y la conciencia. De ese amor mal entendido á la naturaleza emanan asimismo su admirable elocuencia razonadora y descriptiva, y aquella cínica arrogancia con que, creyendo que su horrible doctrina ha levantado el velo á los arcanos de la vida humana, exclama en el delirio de su obcecacion: «Cayó hollada la religion, y el triunfo nos iguala á los dioses» (1).

Por seguir ciega y arrebatadamente el rumbo excepcional de su índole aviesa ó desmandada, no son ménos grandes estos poetas de la duda y la desesperacion. Su propio desvío de la senda comun suele ser en ellos funesta señal de su fuerza y de su grandeza. El áspero camino que la Providencia ha trazado á la humanidad viene estrecho á su orgullo y á su ambicion. Buscan lo absoluto en la tierra, y la verdad eterna en el entendimiento humano;

---

(1) *.....Religio, pedibus subjeta vicissim*
Obteritur, nos exæquat victoria cælo.

(Lucrecio, *De Rerum Natura*, liber. I.)

y ésta aspiracion temeraria, que aquí jamas se verá satisfecha, trastorna su ánimo y envenena su vida. La resignacion y la caridad, que son á la vez fuerza y consuelo, no disponen su alma á sobrellevar ni á disculpar las imperfecciones humanas, de que ellos mismos no están exentos.

¡Desgraciados! no ven más que una *cadena* en la disciplina moral de la sociedad, ni más que el *vacío* en los misterios inefables de la esencia divina y del destino de la humanidad. Su corazon se exaspera y se despedaza, y la sociedad, que los admira, ni los sigue ni los consuela, y rara vez los compadece.

¡Qué diferencia! Los pueblos, que son tambien grandes poetas, no emplean en sus concepciones ideales ni esa personalidad interesada y estrecha, ni esa rigidez enconada. Su impulso es más humano, sus preocupaciones poéticas más risueñas, sus pasiones más grandes y más generosas.

¡Dichoso el poeta que antepone á la personalidad limitada y antojadiza de un indivíduo, la personalidad grande, colectiva y elevada, de una nacion entera, y se hace órgano fiel, eco involuntario y apasionado de sus impulsos morales, de los nobles recuerdos de su historia y hasta de sus ilusiones tradicionales! Dios deparó al Duque de Rivas esta ventura literaria. Dotado de un ingenio esencialmente estético, pero más externo y *objetivo* que interno y metafísico, olvida su propia personalidad, para infundir en ella la personalidad nacional. Su *yo* no es su alma; es el alma de la nacion, que en sus sueños de gloria histórica se ha identificado con la suya. ¡Dichoso mil veces quien sabe y puede tener el ánimo en paz y en armonía con su tiempo y con su país!

Las poesías *Al faro de Malta*, *Á la catedral de Sevilla*, *Á la Vejez*, *La Meditacion*, dedicada al poeta napolitano *Giuseppe Campagna*, y otras muchas, llenas de noble y gallarda inspiracion, prueban que el estro lírico del DUQUE DE RIVAS no es débil ni escaso; y sin embargo, no alcanza por el arranque y la constante elevacion á aquella esfera de fuego y de grandeza donde campean los Píndaros y los Quintanas. La admiracion de la naturaleza, esa conmocion interna que para ciertas almas es á la vez fuerza creadora y deleite purísimo, que hace que el espíritu descubra y sienta la mano divina en el aroma de una flor, en el rumor del mar ó en el reflejo de una estrella, tampoco era para el DUQUE DE RIVAS manantial de inspiracion sincera. ¿Por qué ocultarlo? La naturaleza, fuente inagotable de belleza, y por consiguiente, de poesía, no le causaba, en sus manifestaciones externas, el embeleso que hizo poetas á Rioja y á Fr. Luis de Leon. ¡Cuántas veces le oí hablar con incredulidad y con mofa de la *felicidad de la vida del campo!* Él veia exclusivamente tosquedad en la llaneza, afectacion vanidosa en el amor á la soledad, y aburrimiento en el sosiego de las selvas y de las praderas.

Esta observacion me trae á la memoria un soneto de otro poeta, el ingenioso escritor dramático Bánces Candamo, que tampoco veia en la vida del campo sino sus pormenores rudos y prosáicos. No lleveis á mal que os recuerde el soneto, por lo curiosa que es esta franca negacion de los encantos de la vida pastoril, hecha en un tiempo en que aún estaban en auge las églogas y los idilios:

VIDA PASTORIL.

Gana me dió, leyendo las extrañas
Cosas que los poetas noveleros
Cuentan de los pastores y cabreros,
De habitar en sus rústicas cabañas;
Pero llegando ayer á estas montañas,
Ajos les vi comer, y no pucheros,
Y apénas contra vientos y aguaceros
Eran su abrigo techos de espadañas.
Vílos con una eterna vigilancia,
No les oí cancion, en mi conciencia,
Á quien la flauta hiciese consonancia.
«¿Esto, dije, es vivir con conveniencia?»
¡Ay, amigo Fileno! gran distancia
Hay desde la ilusion á la experiencia.

No hay por qué asombrarse de esta que parece aberracion extraña en almas poéticas. Son innumerables los rumbos que pueden seguir el ingenio y el corazon en el mundo de los sentimientos y de las sensaciones. El Duque de Rivas, que con tanta seguridad y deleite encontraba la cadencia armónica de la poesía, sentia con la música, en vez de placer, cierta impresion molesta, que le hacia prorumpir en festivas y agudísimas paradojas. Inexorable en su antipatía, sustentaba donairosa y obstinadamente que los arrobamientos de la música no son más que un recreo convencional, y que los melodiosos ó magníficos cantos de Mozart, de Haydn, de Rossini, de Bellini y de otros dioses de la armonía, ni alcanzan á expresar claramente los ecos y las impresiones de la naturaleza externa, y ménos todavía las emociones del corazon. Repito que no hay razon para maravillarse de estas contradicciones aparentes de las facultades humanas, infinitas en su esencia y en sus matices. Son misterios fisiológicos y psicológicos, con cuya llave no ha dado el hombre todavía.

¿Queréis que os diga ahora cuál es á mis ojos su instinto poético verdadero? Ya lo adivinais: el Duque de Rivas, autor de leyendas, en que refiere lances peregrinos que frisan con la patraña, y de romances sencillos en que caben todos los tonos, todas las condiciones sociales y todos los sucesos humanos, es un poeta en que asoma la inspiracion épica en grado principal y eminente. Y no digo esto porque escribió, en acompasadas octavas y sujeto á muchos de los preceptos y atildamientos convencionales de las *Poéticas*, los poemas *El Paso honroso* y *La Florinda*, sino (me atrevo á decirlo) á pesar de haberlos escrito. No hay en estas obras sino una parte escasa, y ésta embargada y como perdida en el aparato de formas aprendidas, de aquella soltura, de aquella abundancia, de aquella audacia descriptiva, de aquella feliz y pintoresca desigualdad de estilo que campea en los romances del Duque de Rivas. ¿Cómo, con un solo color y con una mano comprimida habia de pintar las tendencias, los afectos, las preocupaciones, las faenas, los errores, los antojos, los goces y los sinsabores de las várias clases que componen la sociedad humana, todos los elementos, en fin, que constituyen la existencia de las naciones, sin los cuales la poesía épica no es más que una traba artificiosa y fria de adornos y ficciones, donde no palpitan la vida, ni el sér moral, ni las costumbres, ni nada de lo que es grande y animado en los pueblos, de lo que real y verdaderamente merece el nombre de *épico?*

Mister John Frére, su amigo de Malta, fué para el proscripto Ángel de Saavedra un verdadero *iniciador*. Muchas veces me refirió el ilustre poeta la sorpresa que le causó oir de los labios de aquel antiguo diplomático inglés que los cantares rudos y espontáneos del pueblo,

las rapsodias vulgares de la patria, los cuentos y las tradiciones que en forma inculta y desaliñada habia escuchado en Córdoba, en las dulces horas de la infancia, contienen un fondo de poesía más sincera y más seductora que la de los más primorosos y acicalados poemas artificiales. En buena hora llevó á Saavedra á Malta la estrella de su gloria. Sus amenas é instructivas pláticas con el ilustrado anciano Mr. Frére, abrieron un campo nuevo y desconocido á sus ideas, é infundieron en su ánimo el libre espíritu de creacion literaria, que habian robustecido con luminosas doctrinas y con insignes ejemplos los Schiller y los Goethe, los Lessing y los Wieland, y que empezaba ya á cundir activamente por todos los ámbitos de Europa. Dentro del nuevo camino, que trazaba á su ingenio un gusto más fecundo y más racional, no tardó en recelar de las escuelas de imitacion, y en apreciar en lo que vale la antigua literatura española, poco comprendida y malamente desdeñada por los críticos del siglo XVIII, que pensaban y juzgaban á la francesa, y se despertó al cabo su númen verdadero. Pintar y cantar las costumbres y las glorias de su patria con alto vuelo y viva fantasía, hermanando gala y lisura, dejando llevar su pluma, no de reflejos de modelos dudosos, sino de propios afectos y de sinceras emociones, identificando con los de la nacion sus sentimientos y sus recuerdos, sustituyendo naturalidad, vigor y variedad al melindroso estilo, falsa belleza de la literatura *clásica* importada del suelo frances: tal era su instinto verdadero, instinto de alta ley que ha de llevar su nombre á las edades venideras.

¡Poder terrible de las *Poéticas* arbitrarias en las épocas de decadencia! ¡Cuánto embarazan y apocan el inge-

nio las doctrinas estrechas, contrarias á las verdaderas leyes estéticas! Saavedra, en el Seminario de Nobles, habia estudiado los preceptistas extranjeros. Ni siquiera habia leido á Luzan, que con su gran instinto crítico no menospreciaba las antiguas letras españolas. Encerrado en el carril estrecho en que le hizo entrar su maestro, el excelente D. Demetrio Ortiz, no habria llevado acaso su talento poético más allá del límite donde rayan *La Florinda* y sus obras dramáticas *Arias Gonzalo* y *Tanto vales cuanto tienes*. Su ingenio era de naturaleza un tanto indisciplinada y aventurera, y se ahogaba comprimido entre los preceptos de Blair, de Le Batteux, de Marmontel y de Sabatier (1), lumbreras críticas de aquel tiempo. Rotas las cadenas de escuela, tendió sin embarazo las alas de su fantasía, siguió libre y gozoso los impulsos nativos, y no se malograron las grandes dotes con que la Providencia habia enriquecido su entendimiento. Sin *El Moro expósito*, los *Romances históricos*, las *Leyendas*, *Don Álvaro*, *El Desengaño en un sueño*, *Solaces de un prisionero*, joyas literarias, labradas todas con la fuerza del nuevo espíritu que habia bebido en los sanos consejos y en los libros de Mr. Frére, ¿qué habria sido el Duque de Rivas en el glorioso campo de las letras? Un escritor *estimable*, y, valiéndome de una frase vulgar que expresa claramente el sentido de una admiracion muy limitada, un poeta *adocenado*. ¿Qué llegó á ser siguiendo, sin cortapisas doctrinales, el rumbo natural de su vivísimo ingenio? Un poeta nacional eminente, cuyas obras vivirán sin duda tanto como el noble espíritu popular que las ha inspirado.

(1) Sanches Barbero copia á menudo á estos dos últimos.

Al componer *El Moro expósito*, Saavedra, neófito todavía de la escuela llamada *romántica*, que tantos desvarios habia de producir por la violencia reaccionaria, fatal compañera de toda revolucion política ó literaria, estaba, en verdad, muy distante de imaginar que en esta novela versificada, luminosa evocacion de pasados tiempos y de rancias costumbres, escribia en parte poesía épica. No se desliga el hombre fácilmente de todos los lazos intelectuales que le imponen la educacion y las ideas sancionadas por las autoridades académicas. Saavedra habria tenido por un crítico estrafalario y paradojista á quien le hubiese dicho que hay tanto carácter épico en la festiva y popular pintura de la cocina del Arcipreste de Salas, en la bulliciosa gresca del banquete de los esclavos moros y de la plebe cristiana, y en el romance del bellaco y zumbon Vasco Perez, como en el incendio de Barbadillo ó en la espléndida descripcion de Zahara. Los preceptistas habian llegado á hacer de la epopeya un género tan pulcro, tan meticuloso, tan falso, que apénas cabia en ella la verdad humana, sin la cual no puede haber, ni poesía, ni inspiracion sincera. La epopeya de Boileau, de Voltaire y de Luzan, no es la epopeya de Homero. No son ellos por cierto los que, respetando la verdad de las costumbres y la lisura de los sentimientos, habrian pintado al grande Aquíles, el héroe de los héroes, insultando groseramente á Agamemnon, ó cortando y adobando por su propia mano las carnes de cordero y de jabalí con que habia de obsequiar á Ayax y Ulíses; ni tampoco al impetuoso Patroclo, hijo de un rey, atizando la hoguera en que se asaban estas carnes (1); ni ménos to-

(1) *Iliada*, canto IX.

davía á Ulises, náufrago y hambriento, presentándose de improviso en cueros y cubierto de fango, ante una princesa cercada de hermosas doncellas, á las cuales, segun dice el mismo Homero, pareció espantoso en aquella situacion lamentable (1). Nada más épico que la *Biblia*, y al mismo tiempo nada más sencillo ni más desnudo, al presentar á la humanidad tal cual fué, tal cual es, tal cual será siempre: un tejido complicado é indefinible de elevacion y de grandeza, de pasiones y de miserias.

El Duque de Rivas ignoraba que el elemento preponderante de su vena poética era el elemento épico. ¡Feliz mil veces! Por eso acertaba, sin sospecharlo, con la inspiracion de la epopeya. Siempre he creido, y no titubeo en decirlo, á riesgo de que se tome á paradoja, que nadie ha escrito jamas deliberadamente verdadera poesía épica. Dante, el único acaso de los poetas cristianos que merece plenamente el nombre de poeta épico, no intentaba siquiera ceñir sus sienes con esta solemne corona. Juzgaba y referia las cosas con el ímpetu de la ira ó con el entusiasmo místico de la fe. Escribia sin pararse en primores retóricos, como quien da desahogo involuntario al ímpetu de las emociones internas, y, juez implacable, se atrevia á emplear las armas del cielo y las imprecaciones de la tierra para condenar los vicios y los crímenes de su tiempo. Ariosto, que se burla de la estructura del poema, que interrumpe todas sus narraciones, que hacina lances sin el menor respeto á la unidad, que lleva su desenfado hasta la procacidad, encierra, no obstante, en su obra grandes bellezas épicas, porque al traves del enredado

(1) *Odisea*, canto VI.

mosáico de las aventuras caballerescas y fantásticas de Mandricardo, Rodomonte, Angélica, Bradamante, Ruggiero, Doralice, Marfisa y otros innumerables personajes, se trasluce, y por decirlo así, se siente el movimiento de las pasiones humanas, la impetuosa energía de los sentimientos morales de su tiempo. No es la forma el elemento esencial en la poesía épica bien entendida. Grandes críticos han colocado con harta razon á Shakspeare, por sus dramas, al lado de Homero y del Dante, como uno de los tres mayores poetas épicos que han existido en los tiempos antiguos y modernos. Poseia en grado sublime la ciencia del alma humana, y sabía pintar con los vigorosos acentos del genio, no sólo los impulsos inmutables del hombre, sino los caractéres peculiares de aquella edad extraordinaria, en que andaban en confusa amalgama, formando á la vez contraste y liga, el idealismo más puro y el materialismo más grosero, la civilizacion y la barbarie.

Por brillantes y deslumbradores que sean, algo falta para ser verdaderamente épicos á aquellos poetas que no aciertan á ser grandes pintores de la humanidad. El Tasso, por ejemplo, que es ante todo artista consumado, que sabe y quiere componer un poema épico ajustado á todas las prescripciones doctrinales, no escribe sino una fantasía de corto alcance moral en su conjunto, si bien llena de admirables cuadros y episodios. Las imágenes son espléndidas, las pinturas de la naturaleza llenas de hechizo y de embeleso; pero no busqueis en la *Jerusalen* el acento profundo y sincero de las grandes pasiones ni de los heróicos sentimientos. Sus héroes y sus anacoretas son héroes y anacoretas de teatro, están rodeados de una atmósfera risueña y luminosa, que quita á aquellos el vigor

y á éstos la austeridad. Se ha dicho ingeniosamente que las lágrimas del infortunio en los personajes del Tasso son tan suaves, que se parecen á las lágrimas que hace brotar la felicidad. Todo en su poema es pintoresco, pero casi nada es humano. El mágico Ismeno y los adalides sarracenos Soliman, Argante y Aladino, son, más que hombres, emisarios del infierno, que no pueden causar emocion verdadera sino en imaginaciones infantiles. Algunas aunque raras veces deja el Tasso el ideal ficticio en que su musa vive y se recrea, para entrar en el mundo de los afectos verdaderos, y entónces el estro que le anima es ménos épico que dramático. Armida, la altiva hechicera, vencida por el amor, presa en sus propias redes, cae del trono de su arrogancia desmedida, y rindiendo á los piés de Reinaldo estirpe, mágia, religion, y lo que es más, su orgullo de mujer admirada, quiere cortar sus hermosos cabellos y seguirle como vil esclava (*sprezzata ancella*, (1). Para pintar esta dramática figura, emblema de la pasion arrebatada y ciega, encuentra el Tasso acentos elocuentes, que no nacen de la fantasía, sino de lo más hondo del alma. Pero ni esta pintura admirable, ni la ternura de Olindo y Sophronia, ni la magnanimidad de Clorinda, ni la peregrina descripcion de los jardines de Armida, ni la selva encantada, ni otros muchos cuadros y primores de que está salpicada la *Jerusalen*, bastan á darle el carácter de la verdadera epopeya. En las moceda-des del Duque de Rivas, este poema era el prototipo de la perfeccion épica. Hoy, que la crítica, más racional y más filosófica, no se deja llevar á ciegas de los prestigios

(1) *Gerusalemme liberata*, canto XVI.

engañosos de autoridades mal comprendidas, puede decirse sin escándalo que hay pocos poemas ménos *épicos*, atendida la genuina inteligencia de esta palabra, que la bellísima *Jerusalen* del Tasso.

Este juicio, que ahora parece cosa llana y fundada, habria sonado á los oidos del *clásico* Saavedra, ántes de los tiempos de su conversion literaria, como una blasfemia doctrinal. Y sin embargo, á pesar de sus incontestables bellezas, nunca la poesía brillante y afiligranada de la *Jerusalen* cautivó del todo á nuestro poeta. Sentia instintivamente que no habia afinidad alguna entre aquellos preciosos artificios y el vuelo libre y un tanto desmandado de su propio ingenio. Lo repetimos, poco suele tener de *épica* la poesía que como tal se escribe deliberadamente; la poesía épica es planta que no brota nunca espontáneamente en las sociedades pensadoras y refinadas, y cuando se produce á impulsos de la voluntad académica, nace raquítica y descolorida, como las flores que se cultivan á duras penas en los invernáculos; ha de ser más naturaleza que arte; no se contenta con la verdád poética; necesita la verdad absoluta.

El Duque de Rivas escribe, sin saberlo, poesía épica, y cabalmente acaso porque no lo sospecha. Ha escrito poesías líricas que no olvidará la posteridad, pero su númen verdadero no tiene el carácter personal que es por lo comun la fuente de este género de poesía. Le habia dotado el cielo del alto dón de identificarse con la nacion á que pertenecia. Soñaba, sentia, se alegraba ó se afligia con ella; se conmovia, como ella se conmueve, con las glorias pasadas y con los sentimientos presentes; su alma abarcaba á un tiempo, como la España misma, el entusiasmo de Pavía y el entusiasmo de Bailén; y cuando el

poeta *individual* es el intérprete, y por decirlo así, el órgano glorioso de otro poeta más grande, esto es, de la nacion entera, entónces hay siempre algo esencialmente épico en el fondo y en la forma de la poesía.

Pero el sello épico en las obras del Duque de Rivas, como sello profundamente popular, difiere grandemente de la poesía heróica convencional de los preceptistas, que comprimieron y esterilizaron las fuerzas poéticas de los mejores años de su mocedad. El romance, que le habria parecido en otro tiempo una profanacion de la musa heróica, le parece ahora el instrumento más dócil, más simpático y más español. Quiere contar al pueblo sus grandezas y sus ilusiones en el lenguaje flexible, natural y poético que el pueblo mismo ha creado, y huye con cierta fruicion íntima de la entonacion pomposa sin tregua de los modelos del seudo-clasicismo, que le parece ahora monótona y glacial, como una prolija y vanagloriosa ceremonia. Guárdase bien de entonar la *trompa épica*, como decian los clásicos, expresando en esta irrisoria metáfora el aparato á todo trance que, en sentir suyo, requieren las composiciones heróicas. Mal podia entonar exclusivamente la *trompa épica* ni el *caramillo*, ni otro instrumento metafórico, quien se proponia seguir libremente todos los tonos á que se prestase el asunto, y no entusiasmarse con fingido entusiasmo que no brota del corazon ó de la fantasía, ni dar solemnidad al lenguaje, ni altisonante gravedad á los cuadros y á los personajes por mera sumision á los dogmas de las *Poéticas*.

No hay para qué decir que la poesía épica del autor de los *Romances históricos* carece de la unidad trascendental que constituye la última perfeccion del arte, y de aquella sencillez augusta que resplandece en la *Biblia* y

en la *Iliada*. El poeta corresponde siempre á su época y á su país. Esa epopeya eminentemente sencilla y eminentemente majestuosa, esa epopeya sublime y soberana, no cabe en estos tiempos; y no ha de olvidarse, por otra parte, que la cuna del Duque de Rivas fué iluminada por el mismo sol que iluminó la cuna de los Sénecas, de los Lucanos y de los Góngoras. En su estilo, como en el de algunos de aquellos sus famosos paisanos, se amalgaman sin violenta discordancia la hipérbole y la llaneza. La hipérbole, mal contenida en los estrechos límites del buen gusto, es al númen poético lo que la fanfarronada al valor: un alarde innecesario de fuerza, que suscita dudas sobre la fuerza verdadera. El Duque de Rivas abusa poco de la hipérbole, y si alguna vez se extrema en ella, no hay que olvidar que las razas meridionales gustan, en las letras, de la exuberancia de las imágenes y de los colores, que no es más que el reflejo de la exuberancia misma de su imaginacion. La crítica no puede ménos de tener en cuenta que el cielo bajo el cual nacen, ya sea nebuloso y sombrío, ya radiante y abrasador, se refleja siempre en las obras de los verdaderos poetas. No puede, por consiguiente, ser severa en esta parte con el Duque de Rivas, que sabe poner coto á los extravíos de aquella tendencia nativa. Cuantos le han tratado en íntima y constante confianza saben no sólo que Calderon era su autor favorito, sino que rayaba en fanatismo la aficion que le profesaba. Hasta los resabios del gongorismo le parecian bellos en el gran poeta dramático. Intentaba explicarlos por el vuelo mismo de la imaginacion, y sostenia que era grandeza algo de lo que á los demas nos parecia extravío. Ayudado en esta admiracion sin exámen, por la natural inclinacion de su índole andaluza, á

la hipérbole y al concepto, inclinacion que el tiempo no ha desterrado todavía completamente entre nosotros, de temer era que el estudio contínuo de aquel modelo le hiciese dar, á pesar suyo, en la aviesa tendencia. Su sano instinto le preservó casi del todo, y sólo rara vez, en medio de sus narraciones, siempre claras y naturales, asoma algun pensamiento alambicado, á la manera de los poetas del siglo XVII, como cuando llama á un fogoso caballo *remedo del Vesubio*, y á una pistola *áspid fiero de metal;* anacronismos de lenguaje, que, á pesar del sabor antiguo de los *Romances históricos*, son impropiedades de estilo malamente ingeridas, donde rebosa tan natural desembarazo y tanto ingenio de finísimo temple.

El achaque grave de que alguna vez adolece, no es posible negarlo, el estilo narrativo del DUQUE DE RIVAS, es la falta de sobriedad. Su vehemencia le arrastra, y no sabe poner freno á la expresion, que se le presenta siempre fácil y caudalosa. La imitacion involuntaria de los poetas del siglo XVII y su propia abundancia, le inducen á no escatimar una sola palabra de las muchas que sin necesidad se le ofrecen al paso. Como todos los poetas de primer órden, que hacen á la expresion esclava del pensamiento, emplea muy á menudo esas frases propias y vigorosas que brotan del pensamiento mismo, y dicen, en su concision, lo que no alcanzarian á decir prolijas explanaciones; pero otras veces, las ménos, incapaz, por carácter y por la índole de su númen, de pararse á corregir y limar sus versos, se entrega con cierto voluntario abandono á la dilatacion de las ideas. Así expresa, por ejemplo, la instabilidad de las cosas humanas:

¡Oh Dios, y cuán fácilmente,
En la miserable tierra,

Tras de las más dulces horas,
Horas de amargura vuelan!
¡Cuán fácilmente las dichas
En infortunios se truecan,
Cámbiase la gala en luto,
Se torna el gozo en tristeza!

Todo esto está dicho de una manera tan agradable, tan poética, tan conforme á la entonacion del romance popular castellano, que apénas puede caer el lector en que la misma idea está expresada de cuatro diferentes maneras.

No extrañeis, Señores, que os haga notar, como de pasada, este lunar del estilo hermoso y expresivo de nuestro poeta. Cumplo en ello un deber de sincera y sana crítica ante este ilustre Cuerpo, fiel guardador, no sólo del habla castiza, sino del gusto puro y acendrado. Mis observaciones acerca de este punto en nada pueden empañar el brillo de la alta gloria del Duque de Rivas, en cuya poesía resplandecen tan robustas prendas y tan primorosas perfecciones; él mismo advertia, sin poder contenerla, esa superabundancia de expresion, que en sus versos está compensada con su incomparable gala en el decir; pero creo que es oportuno llamar la atencion sobre ella en el tiempo presente, en que el desleimiento de la frase, que corresponde siempre al desleimiento de la idea, es la forma literaria al uso. La sobriedad vigoriza el pensamiento, y es como el sello de la inspiracion; la redundancia le empobrece y amortigua; y si puede tolerarse en poetas como el Duque de Rivas, que rara vez incurren en ella, y que encubren el resabio con el lujo seductor de la frase, es una verdadera calamidad en manos de la medianía. Existirá acaso, mas no recuerdo ningun poeta de nuestra patria, como no sea Arguijo en al-

gunos sonetos, y acaso Fr. Luis de Leon en pocas de sus composiciones, que pueda mencionarse como un dechado cabal y perfecto de conciso y concentrado estilo, en que no huelguen ni una sola idea, ni una sola palabra. Este privilegio eminente, reservado á pocos más que á Horacio, á Leopardi y á Béranger, es uno de los dones más bellos que Dios concede á los entendimientos superiores. ¡Dichoso el escritor que merezca lo que ha dicho un gran crítico de Béranger! «No tiene un solo verso que no lleve en sí el sello de la necesidad.»

Todos reconocen la diccion pura y castiza del DUQUE DE RIVAS; pero no ha faltado quien advierta que no siempre es igualmente correcto y esmerado. La igualdad y el detenimiento no cabian en musa tan viva y movediza; y quizá, despues de haberse afiliado en la escuela de la libertad literaria, hacia alarde de evitar la tersura y uniformidad académicas, que pudieran parecer estudiadas, por una afectacion análoga á la que empleaban los escritores de la escuela clásica para demostrar entonacion constante y firme, y formas académicas limadas é intachables. Pero, á pesar de su desigualdad, puede asegurarse que es uno de los primeros hablistas contemporáneos. Á diferencia de lo que acontece en la era presente, no formó D. Ángel de Saavedra su lenguaje con la lectura de libros extranjeros. Leyó y estudió con deleite los libros españoles de la edad de oro, y se inoculó, por decirlo así, en su espíritu y en su grandeza. Para convencerse de ello basta leer *El Moro expósito*. Allí se descubre desde luégo que el autor no ha pensado en frances para traducir despues sus ideas al idioma castellano; allí todo es exclusivamente español; allí en locuciones y en palabras resalta visiblemente el desembarazo expresivo

y simpático de quien conoce á fondo su lengua, y á su antojo la maneja y domina.

¿Quereis ver ahora demostradas las facultades épicas del Duque de Rivas? No tengo más que recordaros cómo comprende, cómo siente y cómo expresa, entre la gloriosa corona histórica de sus *Romances*, dos grandezas de nuestros anales, una pasada y otra contemporánea: *el descubrimiento de América* y *la batalla de Bailén;* cuán fielmente se reflejan en sus versos las costumbres, los sentimientos y el noble aliento de la nacion española.

Sobre la inspiracion lírica y sobre el dón de describir con propiedad, con gala y con calor, dón en que pocos le igualan, sobresale en las obras poéticas del Duque de Rivas, como indicio seguro de sus facultades épicas, otro dón más raro y precioso todavía: el de narrar bien. Otro poeta, dando vuelo á su fantasía, por decirlo así, personal y contemporánea, habria cantado en una oda el descubrimiento de América. El Duque de Rivas, por la virtud misma de su instinto, ve los grandes hechos y las hazañas inmortales como suele verlas la musa popular. En vez de cantar aquel hecho prodigioso, lo cuenta; pero lo cuenta cantando, que así es como refieren las cosas los poetas populares.

En los *Recuerdos de un grande hombre*, el personaje Colon toma el prestigio poético y novelesco que da el trascurso de los siglos, sin perder nada de su fisonomía natural y humana. La pintura sóbria y expresiva que hace el poeta del á un tiempo imponente y menesteroso marino y de su hijo, y la acogida afectuosa y cordial que les dispensa en el convento de la Rábida Fr. Juan Perez de Marchena, como animado de fuerza intuitiva ó movido por misterioso decreto del cielo, es uno de los cuadros

más tiernos é interesantes, y al propio tiempo una de las exposiciones más felices que ofrece la literatura moderna.

No consienten los límites de este Discurso entrar en un exámen prolijo y ordenado de este precioso poema, ni aquilatar uno á uno sus peregrinos rasgos y primores. Pero no puedo prescindir de llamar vuestra atencion hácia la profunda pintura que hace el poeta de las angustias y zozobras de un hombre que lleva en su mente un pensamiento gigantesco,

Que exclusivo su alma absorbe,
Que es la sangre de sus venas,
Que es el aire que respira,
Que es ya toda su existencia.

Con ser este pensamiento un tesoro de inmensa valía, nadie lo comprende ni lo apoya, y ve el marino pasar infructuosamente los años, y teme tal vez que le sobrevenga la muerte y nadie sepa despues arrancar de la inmensidad de los mares ese tesoro que Dios le ha revelado á él sólo. Los sabios no le entienden, los poderosos no le protegen,

Y el vulgacho vil se mofa,
Cual de un loco, del que anda
Tan desarrapado, y grave
Ofrece montes de plata.

Pero aquel hombre, desdeñado y escarnecido, lleva un mundo en su mente, y Dios, que le ha hecho aquella revelacion sublime, no permite que éntre el desaliento en su corazon.

De sí mismo más seguro
Miéntras halla más tropiezos,
Y nuevas fuerzas cobrando

De su propio abatimiento,
Del genovés navegante
Parece el alma de acero,
Escollo inmoble que arrostra
Siglos, rayos, olas, vientos.

Muchos años pasó despues en Córdoba, donde se hallaba la córte, pugnando por hacerse comprender. Allí se habian concentrado todo el vigor, toda la actividad y todo el brillo de las dos monarquías castellana y aragonesa. Nadie tenía espacio, ni voluntad, ni entusiasmo, más que para preparar y acelerar el grande acontecimiento que habia de poner espléndido remate á una epopeya de ocho siglos, y de regocijar no sólo á España, sino á la cristiandad entera. Ved con cuán vigoroso pincel bosqueja el poeta aquel bullicio cortesano y aquellos gloriosos afanes:

Todo es movimiento y vida,
Todo actividad extraña,
Todo bélico aparato,
Todo fiestas cortesanas.....
Córdoba es concilio, córte,
Almacen, campo de armas,
Tribunal, mercado, lonja,
Escuela, taller y sala.....
Aquí llegan municiones,
Allí granos y vituallas,
Acá se doman corceles,
Allá se adiestran escuadras.
Allí armaduras se bruñen,
Aquí se bordan gualdrapas,
Acá se recaman vestes,
Allá se templan espadas.
No hay una persona ociosa,
No hay sin movimiento un alma,
Ni imaginacion tranquila,
Ni pecho sin esperanza.....
Unos sueñan en despojos,

Otros nombre y lauros ánsian,
Quién va á ganar indulgencias,
Quién mando pide y aguarda.
Y todas estas ideas
Se humillan, aunque tan várias,
Á un gigante pensamiento:
La conquista de Granada.

Pero en los fastos de las naciones, que traza la mano de la Providencia, estaba escrito que el año de 1492 fuera glorioso entre los más gloriosos de la heróica nacion española. Rendido el mahometismo en Granada, esto es, satisfecha en Europa una necesidad imperiosa de la civilizacion cristiana, Dios permitió que se abriera camino en un mundo remoto é ignorado esta misma civilizacion, única grande y verdadera, porque es la única que desarrolla y glorifica los dos impulsos más nobles y fecundos que encierra el alma humana: la *caridad* y la *libertad.*

Habia en Castilla una mujer, á la cual, como á Colon, habia dotado la Providencia de genio y de heroismo. Era ésta Isabel Primera, que por un privilegio acaso único en la historia del mundo, juntaba en su alma las prendas más peregrinas del hombre y de la mujer. Ardia en su corazon el santo fuego de la religion y de la patria, y movida por estas dos poderosas palancas, llama á su presencia al porfiado soñador, y su alma cede de improviso al inefable contagio de aquellas ilusiones de tan extraña y fascinadora grandeza.

Con una sola mirada,
La Reina vió en aquel hombre
De la inspiracion celeste
Los divinos resplandores;
Y él, de una mirada sola,
La grandeza reconoce

Y la inteligencia suma
De la Reina que le acoge.

Aquellas dos almas se hallaban entónces á un mismo nivel, y el más alto á que puede remontarse la humana condicion. La Reina escuchaba con asombro y admiracion á aquel hombre inspirado, que le parece un ángel ó un profeta.

Abarca su entendimiento
El vasto plan, que doctores,
Reyes, repúblicos, pueblos
Juzgan quimeras informes.
Ve la expedicion segura,
Y ya en ignotas regiones
Triunfante la fé de Cristo,
Con el castellano nombre.
Ve un torrente de riquezas,
Que hácia sus vasallos corre,
Y una gloria y poderío,
Que envidiarán las naciones.
Y superior á sí misma,
Del cielo ayudada entónces,
Ve aún más que el piloto mismo,
Áun más alto que él alzóse.....
Quítase la alta diadema,
Y de su pecho recoge
Las riquísimas insignias
De incalculables valores;
Las joyas y pedrería,
Los brazaletes y broches
Que sus brazos y su cuello
Engalanaban, y pone
Aquella breve riqueza
(Breve, sí, pero de enorme
Precio) encima del bufete,
Y «toma», dice á aquel hombre,
«Toma; emplea este tesoro,
Sin que nadie te lo estorbe,
En cumplir el pensamiento
Que Dios te ha inspirado.—Corre,

»Vuela: en naves castellanas,
Mares nunca vistos rompe,
Arrostra las tempestades,
Tu estrella los vientos dome.
»Leva á ese ignorado mundo
Los castellanos pendones,
Con la santa fe de Cristo,
Con la gloria de mi nombre.
»El cielo tu rumbo guie,
Y cuando glorioso tornes,
Oh Almirante de las Indias,
Duque y Grande de mi córte,
»Tu hazaña bendiga el cielo,
Tu arrojo al infierno asombre,
Tu gloria deslumbre al mundo,
Abarque tu fama el orbe.»
En tanto que así decia
Reina tan ilustre, sobre
Su cabeza colócaba,
Con altas aclamaciones,
Un ángel corona eterna
De luceros y de soles,
Que miéntras más siglos pasan,
Adquiere más resplandores.

¡Decidme, Señores, si esta poesía, en la cual, hermanando el lirismo y la narracion, engalana el poeta la relacion de los hechos con los atavíos fantásticos de la imaginacion cordobesa, no es la poesía épica, tal como la comprende y la siente el pueblo español!

Pues volved ahora la vista á los hechos de la edad presente, que se ofrecen á nuestros ojos con la realidad descarnada, sin ese velo de ilusion y prestigio con que el tiempo lo engrandece y lo idealiza todo, y veréis asomar tambien la vena épica en cuanto cabe en la inspiracion contemporánea. Recordad el romance titulado *Bailén*. Al trazar con mano maestra la conmocion que produce en Sevilla la invasion francesa, describe así la unidad de es-

fuerzos y de sentimientos que la indignacion patriótica produce en todas las clases de la sociedad:

Súbito clamor confunde
Las ántes tranquilas auras,
Y agitado el pueblo inmenso,
Hierve en las calles y plazas.
Plebeyos, nobles y grandes,
Canónigos, hombres de armas,
Frailes, doctores, artistas,
Traficantes y garnachas,
Sólo un cuerpo humano forman,
Donde sólo vive un alma,
Que un solo afan precipita,
Y que un solo grito lanza.

Con el estilo, llano á par que hiperbólico, que aquí tanto halaga y recrea, hace de Napoleon, agresor injusto, pero conquistador maravilloso, la siguiente magnífica pintura:

De oro, de hierro, de barro
Inmensurable coloso,
La frente en las altas nubes,
El pié en los abismos hondos;
De infierno, de cielo y tierra
Un incomprensible aborto,
Un prodigioso compuesto
De ángel, de hombre y de demonio,
Alzó de Francia perdida,
Con su brazo portentoso,
Para en él tomar asiento,
El despedazado trono;
Ídolo de doce siglos,
Y de cien monarcas sólio,
Que desparecer vió el mundo
Terrorizado y absorto.....
Alzóle, pues (para tanto
Dios le dió fuerzas á él solo),
Y áun juzgó para su mole
Pedestal tan grande poco;

Y desde él mandaba el mundo,
Llevando de polo á polo,
De tempestades armada,
La fuerte mano á su antojo.....
Con un ceño de su frente,
Con un volver de su rostro,
Desparecian imperios
Y se trastornaba el globo.

Despues de referir con nobles y poéticos rasgos el triunfo de Bailén, alcanzado por los bisoños guerreros del Guadalquivir, que marchan á combatir con las soberbias y ostentosas huestes francesas

Sin pomposos atavíos,
Sin voladores penachos;
La justicia de su parte
Y la razon de su bando,
Con Dios en los corazones
Y con el hierro en las manos,

da este poético y elevado remate al admirable romance de *Bailén*:

¡Viva España!! gritó el mundo,
Que despertó de un letargo.
Al grande estruendo apagóse
En el firmamento un astro.
Y al tiempo que ante las plantas
Del noble caudillo hispano,
Dupont su espada rendia
Y de sus sienes el lauro,
Desde el trono del Eterno
Dos arcángeles volaron:
Uno á dar la nueva al polo,
Su nieve en fuego tornando;
Otro á cavar un sepulcro
En Santa Elena, peñasco
Que allá en la abrasada zona
Descuella en el Océano;

¿No veis, Señores, en este nuevo ejemplo, otra forma de la entonacion épica, á un tiempo narrativa, lírica y fantástica, que cuadra á la índole peculiar del pueblo español? Pero, ¿para qué os lo pregunto? La emocion que os causa ese noble y popular lenguaje, lo está diciendo más altó que todas las teorías deliberadas de la crítica. Podrá notarse que el romance á *Bailén* encierra vuelos y arranques de imaginacion que pertenecen al lirismo elevado de la oda, parto exclusivo casi siempre de entusiasmo pasajero, y creerse, por consiguiente, que carece del carácter sereno de la poesía épica, la cual refiere, juzga, razona, y parece destinada á perpetuar la memoria de grandes hechos y de sentimientos sublimes. Pero no ha de olvidarse que toda poesía, hasta la *épica*, no en su acepcion convencional, sino en la significacion genuina y elevada que le atribuye la crítica filosófica, toma en su forma el sello particular de las razas y de los tiempos. El Duque de Rivas, que era andaluz, y que odiaba aquella pérfida agresion con todo el indómito ardimiento del pueblo español, cuando escribia (treinta años despues del suceso), aún sentia vibrar en sus oidos y en su corazon la voz de la Giralda,

Que al huracan ensordece,
Sobrepuja á las borrascas,
Conmueve la baja tierra,
Y el firmamento traspasa.
Guerra pregonando al mundo,
Á guerra convoca y llama
Á toda la Andalucía,
Á toda la extensa España.
Y ciñe la erguida frente,
Al llegar la noche opaca,
De una corona de hogueras
Que viento y lluvias no apagan;

Bandera del fuego santo
Que se ha encendido á sus plantas,
Cráter del volcan tremendo
Que en la gran Sevilla estalla.

¿Qué mucho que quien así se conmovia al recuerdo de aquel grande impulso nacional, levantase el tono, frisando con la oda, en esa forma vehemente, tan esencialmente española y tan adecuada al romance castellano, que con su incomparable flexibilidad puede, al acaso de las ideas, cambiar de entonacion, sin disonancia y sin menoscabo de su carácter popular?

El Duque de Rivas llamó *históricos* sus *Romances*. Aquellos que han leido sus obras saben bien que esta calificacion de *históricos* es aventuradísima, si se toma esta palabra por la oferta de una certidumbre absoluta, semejante á la que deben tener las relaciones oficiales. Quien así la entendiese, veríase grandemente chasqueado al encontrar en los *Romances* anécdotas mal averiguadas y acaso no muy verosímiles. *Roldan*, el arcabucero sevillano, presentando al rey Francisco Primero una bala de oro de dos onzas, expresamente fundida para matarle, y asimismo cinco de plata destinadas en la batalla á otros tantos caudillos franceses, apénas consiente el exámen crítico de la historia. Ántes de la batalla de Pavía, las heróicas huestes del Marqués de Pescara y de Antonio de Leiva llegaron á tan apurado trance pecuniario, que para dar á las tropas tudescas, movidas por el interes, no la paga entera, que esto era imposible, sino un exíguo socorro, fué indispensable recoger y acuñar toda la plata de los templos, y, lo que es más, que los soldados españoles dieran por el momento, con admirable abnegacion, lo poco que tenian, para calmar la impaciencia de sus

compañeros de Alemania. ¿Cómo, en tan angustiosas circunstancias, un simple arcabucero habia de fundir balas de oro y plata por satisfacer un antojo caballeresco?

Deleznables son sin duda sus fundamentos tradicionales, y sin embargo, bajo cierto punto de vista, nada más histórico que esta peregrina anécdota y otras semejantes que abundan en los *Romances*. La bala de oro del arcabucero Roldan es una especie de parábola que hubo de brotar espontáneamente de la imaginacion popular de los soldados. No encierra la verdad de un hecho, pero sí la de un sentimiento. La *bala de oro*, destinada al Rey por un arcabucero, representa, en la soldadesca, aquella misma veneracion á la majestad de los reyes, de que hacen tan noble gala los caudillos vencedores besando la mano de rodillas al monarca vencido, en el campo mismo de batalla.

En la inflexibilidad con que acusa á los doctores y maestros de la insigne Salamanca de haber tratado altivos á Colon *cual convicto reo*,

> Y de informar á la córte
> Con el más alto desprecio,
> De visionario y de loco
> Prodigándole dicterios,

ofrece otro ejemplo el Duque de Rivas de la facilidad con que los poetas populares hacen eco á creencias generales erradas. Innumerables autoridades, entre las cuales se cuentan D. Fernando Pizarro, en sus *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, el esclarecido Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapa, y el mismo Colon, no dejan duda en sus escritos, del singular patrocinio que hallaron en Salamanca el grande hombre y su maravilloso intento. En el convento de San Estéban, adonde llegó, en 1484, y en

el cual estuvo largo tiempo aposentado, encontró quien le atendiese y le entendiese. El prelado del convento le acompañó á la córte con sabios religiosos y maestros, convencidos por las razones de Colon y subyugados por la grandeza de sus designios; distinguiéndose, entre todos, el docto maestro Fr. Diego de Deza, primero catedrático de Salamanca, y despues maestro del príncipe D. Juan, Inquisidor general, Arzobispo de Sevilla y Arzobispo electo de Toledo. Este eminente varon, que tenía fácil acceso en la cámara de los Reyes, les encarecia la inmensa importancia de sus proyectos, y no se apartó de su amigo hasta que éste logró la realizacion de su grandioso objeto.

El mismo Colon, en una carta que escribió al Rey, y que Fr. Bartolomé de las Casas vió original (*Historia general de las Indias*, lib. I, cap. XXIX), dice: «Que debian los Reyes Católicos las Indias al maestro Fr. Diego de Deza y al convento de San Estéban de Salamanca» (1).

---

(1) «Colon celebró muchas conferencias con los matemáticos de la universidad en Valcuevo, granja del convento de San Estéban, á dos leguas de Salamanca, en cuyo término hay una pequeña eminencia, que conserva el nombre de *Tesso de Colon*. Los profesores calificaron de realizable el proyecto..... Es esto poco extraño tratándose de una universidad donde en el siglo XVI se enseñaba por estatuto el sistema de Copérnico, poco despues de haberle publicado su autor en 1543.» (Álvaro Gil Sanz, *Revista Salmantina*, 1852.)

Don Fernando Pizarro, en sus *Varones ilustres del Nuevo Mundo* (Vida de Colon, cap. III), dice así:

«Determinó Colon de ir á la universidad de Salamanca, como á la madre de todas las ciencias en esta monarquía. Halló allí grande amparo en el insigne convento de San Estéban, de padres dominicos, en quien florecian en aquella sazon todas las buenas letras; que no solamente habia maestros y catedráticos de teología y artes, pero áun de las demas facultades matemáticas y artes liberales. Comenzaron á oirle,

Ya veis, por estos dos ejemplos de diversa índole, que el Duque de Rivas, áun en los romances que llama *históricos*, acepta sin escrúpulo y sin exámen cuanto el pueblo cree, siente ó imagina. Pero esta misma facilidad irreflexiva del poeta es lo que da á sus obras el sello nacional que todos admiramos en ellas. Un escritor ilustre ha dicho, con razon, que las novelas históricas de Walter Scott valen más que la historia misma. Esta feliz paradoja encierra profundo sentido crítico. Walter Scott, en medio de las creaciones de su inventiva, pone el más escrupuloso esmero en seguir fielmente las tradiciones, y en arrancar las figuras históricas del pensamiento popular. Así hizo el Duque de Rivas; así han hecho instintivamente todos los poetas populares. Todos ellos han estudiado, áun más que la historia que escriben los cronistas oficiales, la historia que el pueblo discurre y adivina. Ésta es más poética, y no por cierto mucho más incompleta y engañosa que la otra. No describen fielmente los *Niebelungen* y el *Romancero del Cid* las figuras reales y verdaderas de Sigfrido, de Atila y del *Campeador;* pero en esos personajes míticos que crea la fantasía popular, hallais el retrato de la grandeza moral de las naciones germánica y española, como no saben ni pueden hacerlo

---

y á inquirir los grandes fundamentos que tenía, y á pocos dias aprobaron su demostracion, apoyándole con el padre maestro Fr. Diego de Deza, catedrático de prima, de teología, y maestro del príncipe don Juan.»

Pueden ser consultadas, para mayor ilustracion, las noticias contenidas en la erudita nota que acompaña á la *Memoria sobre la universidad de Salamanca*, escrita, algunos años há, por el reverendo padre Fr. Pascual Sanchez, del Órden de Predicadores, catedrático de teología de la misma universidad.

jamas los más aventajados analistas. Hé aquí cómo los pueblos poetas, pintándose á sí propios en personajes quiméricos y anécdotas novelescas, legan á la posteridad en esos aparentes juegos de la imaginacion, monumentos de realidad histórica, padrones de gloria, que la crítica más austera no puede desatender y mucho ménos desdeñar.

De esta naturaleza es el valor *histórico* de los *Romances* del Duque de Rivas. Nada más popular que su inspiracion. Eco de la nacion que tanto amaba, es uno de los raros poetas en que la personalidad del autor no asoma casi nunca; y no es modestia ni sistema; es mero instinto, es impulso irreflexivo del alma, y por eso su poesía es tan espontánea y tan eminentemente española.

De la poesía histórica, así entendida, á la leyenda tradicional no hay más que un paso. El Duque de Rivas se hallaba siempre en su natural esfera allí donde podia sentir y pintar los instintos y los impulsos nacionales, ya fuesen nobles y heróicos sentimientos, ya preocupaciones y singularidades de raza y de costumbres. Tres bellísimas leyendas dejó escritas. Únicamente os hablaré de *La Azucena milagrosa*, no sólo porque es la más notable, sino porque toma en ella un vuelo nuevo y verdaderamente extraordinario el númen del poeta. El asunto es, como sabeis, el cuadro de una desgracia inmensa, trabajosamente aplacada y redimida por la penitencia y la fe. Nuño Garceran no es de esos seres desgraciados que, á la manera de *Werther* y *Manfredo*, labran su desventura trastornando los sentimientos morales con extravíos metafísicos. Mató á la esposa adorada en un arrebato de celos infundados, y las angustias dolorosas, ya místicas, ya positivas, de su vida, no son más que las consecuencias

que lógica y naturalmente habia de acarrear aquella horrible catástrofe al amante, al caballero y al cristiano. El Duque de Rivas no comprendia esos personajes de la musa romántica, que empleando encarnizadamente todas las fuerzas del entendimiento en exacerbar llagas artificiales del alma, se privan voluntariamente de los consuelos del cielo y de la tierra. Con el alma sana y serena, el poeta español acepta el mundo tal como se lo presenta la Providencia, y, á pesar de las imperfecciones terrestres, unas veces resignado, otras contento, no sabe vivir mal avenido con la vida. Por eso su imaginacion puede retratar penitentes y desgraciados, pero no misántropos ni suicidas.

Y no se diga que no sabe ahondar en las aflicciones místicas del alma humana. Ahí está, para demostrar lo contrario, la figura de Garceran, magnífico emblema del amor, del remordimiento, de la flaqueza humana, de la rehabilitacion ascética y de la influencia divina. Garceran no se complace en destrozar su alma, aniquilando en ella con abstracciones temerarias la fuente de los afectos verdaderos. En vez de entregarse sin causa á las dolorosas quimeras de un alma enferma y descaminada, siente males reales y positivos, en perfecto acuerdo con los impulsos de la conciencia humana. Es un trasunto luminoso de esos corazones ardientes que no saben consolarse ni olvidar, y arrastran por todas partes, sin alivio y sin esperanza, las pesadas cadenas de su arrepentimiento y de su pena. Busca refugio en la religion, pero su conciencia amedrentada tarda largos años en encontrar la paz. La lucha interna del cenobita, sus mentales delirios, las dudas de su salvacion, las sugestiones del orgullo, que le representa de cuando en cuando imágenes de sus glorias

pasadas y le hace perder terreno en la perfeccion mística á que aspira, constituyen uno de los trozos más notables de poesía fantástica que ha producido la Europa moderna. No habréis olvidado cómo pinta el poeta las tentaciones de soberbia mundana que asaltan el combatido espíritu de Garceran, antiguo y glorioso partícipe de la conquista de Granada, del descubrimiento del Nuevo Mundo y de la conquista de Méjico.

Cierto estoy que no ha de pesaros oir de nuevo algunas estrofas, que recuerdan la entonacion lírica de Manzoni:

Cuántas veces al lúgubre
Morir de hermoso dia,
Cuando en vapores férvidos
Su melena escondia,
Como cadáver pálido,
El moribundo sol,
. . . . . .
El penitente tétrico,
Sobre un risco eminente,
El rostro melancólico,
Inclinada la frente,
Por un inmenso cúmulo
De recuerdos vagó.
. . . . . .
. . . . . .
Vió los ricos alcázares
De la gentil Granada,
Y cuál su hueste intrépida
Triunfaba, entusiasmada
Con el pendon católico,
Orillas del Genil.
Del combate el estrépito
Y el gran rimbombe oia,
Y las banderas árabes
Á sus plantas veia,
Y su celada fúlgida
Orlada de laurel.....
Se hinchaba su alma mísera

Con la antigua victoria,
Anhelaba frenético
Nuevos dias de gloria,
Y las artes diabólicas
Casi triunfaban de él.....
Ya mudándose rápida
Aquella vista extensa,
Del borrascoso Atlántico
Ve la llanura inmensa,
Y alzar sus ondas túrgidas
Bramando el aquilon;
Y cruzar impertérrita
Una nave española
Aquel airado piélago,
Frágil, cascada, sola,
Pero firme, que anímala
El alma de Colon.

. . . . . .

Y luégo ve las hórridas
Batallas fabulosas,
De bárbaros sin número
Las huestes espantosas,
Y oye los terroríficos
Atabales que oyó.

. . . . . .

Y al fin ve á la gran Méjico,
La reina de Occidente,
La orgullosa, la espléndida,
Humillar la alta frente
Del General hispánico,
Que él ayudó, á los piés.
Y vése en tan magníficos
Combates el primero,
Y goteando cálida
Sangre su noble acero,
Y aplaudirle los héroes,
Y el mismo Hernan Cortés.
Y la espada fulmínea
Y la lanza echa ménos,
De cañones horrísonos
Ánsia escuchar los truenos
Otra vez, y avergüénzase

De su humilde sayal.

. . . . . .

Mas el celeste espíritu,
Que, en torno de él volando,
Lo defiende solícito
Del diabólico bando,
Con sus alas angélicas
Le tocaba la faz;
Y en sí tornando, trémulo
Al Señor invocaba,
Y con acerbas lágrimas
Su piedad imploraba
Contra las artes pérfidas
Del infierno tenaz.

¡Qué magnífico cuadro! ¡Qué profundo conocimiento de las veleidades del corazon! ¡Cuán grande y cuán español es el poeta que así sabe imbuir en su mente esa especie de mística cristiana, y levantar al propio tiempo la fantasía á la altura de las gigantescas glorias de aquel siglo de prodigios y de grandeza! *¡Granada! ¡Colon! ¡Hernan Cortés!* El Duque de Rivas no siente el eco de estos mágicos nombres con la admiracion serena que ha creado el trascurso de los siglos. Su imaginacion poderosa le trasporta á aquellas remotas edades; siente y se enardece y sueña, como lo hacian sin duda los contemporáneos de aquellos sublimes descubridores, y, lo que es más, junta instintivamente como ellos la religion y la gloria en alianza fecunda y venturosa. ¡Cuán claramente se trasluce el poeta de nuestra patria en aquel ángel solícito que, en los momentos de mayor turbacion de ánimo para Garceran, toca su frente con las alas, y de improviso le fortalece y le consuela! Á los poetas de las naciones del Norte les bastaria acaso la expresion directa de los movimientos de un espíritu atribulado; para nuestro poeta, la voz del alma y el influjo de la gracia divina

son las alas del ángel. En los pueblos meridionales, la idealidad religiosa nunca parece tan cabal, tan perceptible y tan simpática como cuando se halla revestida de imágenes y de colores.

Del teatro del Duque de Rivas ¿qué puedo decir en este rápido y somero estudio? No os maraville que, despues de hablar de sus leyendas, me asalte, como por una transicion natural, el recuerdo de sus mejores dramas, *Don Álvaro* y *El Desengaño en un sueño*. ¿Qué son éstos, sino verdaderas leyendas?

Don Álvaro, lanzado como por sorpresa en una sociedad mal preparada todavía á innovaciones extremadas, pareció á muchos una tentativa temeraria, casi un escándalo literario. En la escena española de 1834 era *Don Álvaro* en realidad una osadía, pero una osadía de esas que forman época en la historia de las trasformaciones literarias.

España, desde el advenimiento de la casa de Borbon, no habia vuelto á tener literatura verdaderamente española. Exótica inspiracion, mal ingertada en el tronco, aún robusto, de nuestra antigua nacionalidad, no habia producido en él la sávia generosa y libre que hizo brotar en otro tiempo la poesía heróica ó galante, mística ó caballeresca, del pueblo español: nuestros romanceros y nuestro espléndido teatro. Francia, imitadora de España en tiempo de Luis XIII, como ántes lo habia sido de Italia en tiempo de los Médicis, acabó por avasallar todas las literaturas de Europa con la acompasada pero esplendorosa literatura del reinado de Luis XIV. Su influencia en España sacó indudablemente á las letras españolas del abismo en que habian caido con la agonía de la casa de Austria, pero las despojó al propio tiempo de su vitali-

dad y de su grandeza. Fueron para ellas como aquellos argelinos que salvaban al náufrago para atarlo con las cadenas de la esclavitud.

Los escritores franceses de la *Restauracion* sintieron de lleno la conmocion literaria que habian producido los críticos y los poetas de la romántica Alemania. Desnaturalizaron y exageraron, como suele hacerlo la Francia para asimilarlas á su índole peculiar, las ideas nacidas en extrañas tierras. Empezó á admirar sinceramente y á imitar la literatura inglesa, que ántes habia admirado Voltaire como á regaña-dientes, confirmando en realidad el desvío con que era mirada entre los franceses (1). Los románticos franceses eclipsaron en este siglo, con la inmoralidad cínica y refinada de sus creaciones, aquellas pinturas audaces que, aludiendo á Shakspeare, llamaba el último siglo *monstruosidades británicas*. Una revista inglesa de aquel tiempo, que nunca he olvidado, tal vez porque llegó á mis manos en edad aún temprana (2), se entretuvo donairosamente en formar una estadística criminal de los diez dramas más famosos, y á la sazon más admirados de la escuela romántica francesa (3). Encierran estos dramas ocho mujeres adúlteras, cinco prostitutas, seis víctimas de la seduccion, cuatro madres enamoradas cada una de ellas de su propio hijo, once amantes de ambos sexos que asesinan al objeto de su ternura, seis bastardos que se ensañan contra la sociedad y la legiti-

(1) *Sauvage ivre*, llamaba Voltaire á Shakspeare, tan inmensamente superior á él en el conocimiento del corazon humano.

(2) *Quarterly Review*.

(3) Todos ellos son obra de dos autores eminentes: *Víctor Hugo* y *Alejandro Dumas*.

midad del nacimiento, y otras lindezas de tan escabroso linaje, que la decencia pública me obliga á callarlas en este respetable recinto. Shakspeare no anda á caza de peripecias de melodrama, que no podrian satisfacerle; los crímenes no constituyen en sus obras la esencia del drama, cifrada siempre en un profundo estudio de caractéres y de pasiones, que son los elementos eternos del arte. ¡Cuán superior á los engreidos reformadores del siglo XIX es, en esta parte trascendental, aquel sublime *bárbaro* del siglo XVI que toca tan de cerca á la rudeza de la edad media!

En este estado de anarquía dogmática y de moral trastorno encontró Saavedra la literatura francesa, cuando se formó su gusto y se maduró su entendimiento. No imagineis que comprendió en aquellos tiempos, en que blasonaba de neófito de la nueva escuela, todo el horror moral que bajo los hechizos del talento se escondia en las obras que absorbian la atencion de la Europa entera. Llamábanse los apóstoles privilegiados *Victor Hugo*, *Alejandro Dumas*, *Alfredo de Vigny*, y aún conservo abundante copia de cartas de nuestro poeta, que prueban cuán fascinado se hallaba entónces por la novedad, por la fama, por el ingenio, por la extrañeza misma de aquellas obras singulares. Cerca estaba Saavedra de caer en el abismo que se le presentaba con tan seductoras apariencias. Le salvó del riesgo su generoso y nacional instinto. El *Don Álvaro* era sin duda el acto de audacia de quien rompe abiertamente con las doctrinas consagradas; pero este acto de audacia, pasada la primera sorpresa, fué en breve sancionado por la opinion, abriendo campo á la literatura dramática, porque aquello que parecia nacido de impulso extranjero, no era en realidad, merced al sello eminen-

temente español estampado en aquel drama extraordinario, sino la resurreccion de las verdaderas tradiciones de nuestro teatro en la era de su independencia y de su gloria.

Si algunos de sus *Romances* son en la estructura dechados de sobriedad y de armonía, emanadas siempre de las circunstancias y naturaleza del asunto mismo, que instintivamente siguen y respetan los grandes intérpretes de la musa popular, los dramas del DUQUE DE RIVAS, á excepcion de *Solaces de un prisionero*, trasunto feliz y ordenado del espíritu y de las formas de nuestros dramáticos antiguos, carecen en gran parte de aquellas prendas de tan alta valía. Y, forzoso es confesarlo, el encadenamiento lógico que se advierte en ellos, ántes que fruto de la meditacion, es consecuencia involuntaria, pero no por eso ménos artística, del movimiento adecuado á la idea fundamental de la obra. Plan meditado, estructura sábia y laboriosamente coordinada, estudio prolijo de las condiciones escénicas; circunstancias son éstas en que estriba á veces el éxito de las producciones teatrales, y que suelen ser el principal fundamento de la gloria de algunos autores. Pero otros, que carecen de este dón precioso, reciben del cielo, como compensacion sobrada, el de alzar su númen á una altura adonde llegan rara vez los idólatras de las formas convencionales. Son como el águila, que se remonta y gira en la region de las nubes sin rumbo fijo y premeditado, por mero deleite de su altivez, y como gozándose en salir por algunos momentos de la cárcel terrestre. Así eran el Dante y el Ariosto; así era Shakspeare; así tambien los grandes trágicos griegos, que en realidad no ataban su estro poético sino con las cadenas de la verdad, que son los lazos sagrados del ar-

te. Los autores trágicos franceses, enredados en pomposas trabas inventadas por ellos, calumniaban al teatro griego cuando se proclamaban sus imitadores. Pocas cosas hay más libres, más sencillas, más populares, y por lo mismo más distantes del teatro elegante y ceremonioso de Racine y de Voltaire, que el teatro griego. ¿Cómo, con su compostura y sus atildamientos aristocráticos, habían de atreverse estos escritores á presentar en el teatro de Versalles, ante un público de marqueses melindrosos y perfumados, á *Nausicaa*, princesa de Corcira, lavando la ropa en el rio (1); á *Ayax delirante*, en medio de un cúmulo de vacas y carneros, que, á guisa de un D. Quijote anticipado, acaba de acometer y degollar, tomando las reses por guerreros griegos (2); á Hércules, ora coronado de mirto, bebiendo y hablando con intemperancia y escándalo en el palacio de Admeto, donde se están celebrando las honras funerales de su esposa (3); ora, convulso, dando á los espectadores el repugnante cuadro de los agudísimos dolores que le causa la túnica envenenada de Deyanira (4); ó en fin, por no citar más ejemplos de los innumerables que ofrece la escena griega, á *Filoctétes*, cuyo interés principal estriba en su llaga fétida y asquerosa? (5). Sófocles y Eurípides se atreven á tanto, porque la musa dramática griega se atrevia á cuanto llevaba el sello de la verdad ó la autoridad de la tra-

---

(1) Este recuerdo de la llaneza de las costumbres en los tiempos heróicos no se halla solamente en el teatro griego; ya Homero lo habia introducido en la epopeya. (*Odisea*, canto VI.)

(2) *Ayax furioso*, de Sófocles.

(3) *Alcéstes*, de Eurípides.

(4) *Las traquinianas*, de Sófocles.

(5) *Filoctétes*, de Sófocles.

dicion. Tambien el teatro griego era un teatro de leyendas nacionales, en que la religion y la historia iban envueltas en el velo poético de los siglos.

El Duque de Rivas pertenece á esta raza de poetas libres y un tanto desmandados. Las leyendas del pueblo español, ya históricas, ya fabulosas, confundidas, ó no, en las sombras de las preocupaciones y de las quimeras populares, eran su inspiracion. Algunos han tachado en el *Don Álvaro* la tendencia *fatalista* que creen ver dominante en la obra. Pastor Diaz, que sinceramente lo admiraba, no titubea en afirmar que «el objeto de este drama es el mismo que el de la antigua tragedia griega: la fatalidad»; y le juzga, por consiguiente, poco acomodado al espíritu cristiano y á las costumbres y al carácter de nuestro siglo y de nuestra religion. Preguntad al público español que asiste al teatro, desprevenido y ajeno de teorías, y él os responde con su aficion y sus aplausos que ve retratados su honor, su denuedo y sus preocupaciones en los personajes del *Don Álvaro*. Al Duque de Rivas no le pasó siquiera por las mientes que escribia un segundo *Edipo*, como tantas veces han llamado á *Don Álvaro*.

Habia concebido una especie de leyenda novelesca, adecuada á la pintura de sentimientos apasionados y terribles. La coincidencia y estrecha analogía que se advierte entre muchos de los lances principales de su drama y los de una novela de Mr. Prosper Mérimée, *Les âmes du Purgatoire*, publicada en París más de un año ántes de la representacion del *Don Álvaro*, casi no dejan duda de que el Duque de Rivas recibió de la novela francesa el primer arranque y como el embrion de su obra dramática.

Esta misma novela logró el honroso privilegio de inspirar otro drama al famoso Alexandre Dumas (*Don Juan de Marana*). Pero esto no quita á los dramas español y frances el mérito de la originalidad, que es en ambos tan grande cuanto cabe en obras literarias. Así el Duque de Rivas como Dumas toman de Mérimée, entre otras cosas, el pensamiento de emplear la afrenta de una bofetada como único medio de exasperar á un monje hasta el punto de hacerle olvidar la mansedumbre evangélica y pelear con el hermano de la mujer que habia amado; lance que ocurrió en Francia, y segun se cree, en el cercado de la Cartuja de París, donde hoy se halla el palacio de Luxemburgo, y que el ilustre escritor frances encontró consignado en memorias antiguas (1).

Pero los dos autores dramáticos han tomado de la novela *Les âmes du Purgatoire*, como Shakspeare tomaba de las novelas de Giraldi Cynthio, de Bocaccio y de Belleforest, aprovechando los hechos, pero transformándolos, ó modelándolos segun la índole y el alcance de su númen y el carácter peculiar de su tiempo y de su país.

Así es que cada uno de los tres escritores, Mérimée, Duque de Rivas y Dumas, caminan por sendas diferentes, y en nada se parecen esencialmente en sus obras

---

(1) *Cannes* (Alpes Maritimes), 1.er *Février* 1866.

. . . . . .

Le duel du moine avec le frère de la femme séduite a été pris par moi dans de vieux mémoires. L'aventure a eu lieu en France, et si je ne me trompe, dans l'enclos des Chartreux à Paris: c'est le Luxembourg actuel. Si j'étais à Paris, je pourrais vous indiquer le nom du livre.

. . . . . .

(Carta de Mr. Prosper Mérimée al autor del presente Discurso.)

respectivas ni el enredo, ni las tendencias morales, ni las costumbres, ni los caractéres. Así, por ejemplo, el héroe de la novela es un malvado sin fé, sin afectos, que no teme ni á Dios ni á los hombres: el héroe de Dumas no es un individuo de la familia humana; es un ideal de perversidad impía, un emblema de corrupcion mundana, que, como el *Don Juan Tenorio* de Tirso de Molina y el *Fausto* de Marlowe y de Goethe, pertenecen á la categoría de creaciones fantásticas: *Don Álvaro* no es ni el libertino desalmado de Mérimée, ni el personaje emblemático de Dumas, miembros los dos, á pesar de sus diferencias, de la série de *Don Juanes*, que tanto han contribuido á popularizar Molière, Tomas Corneille, Shadwel, Zamora, Mozart y Zorrilla, y cuyo prototipo es *El burlador de Sevilla*, de Tirso, como acaso su gérmen *Dineros son calidad*, de Lope de Vega. *Don Álvaro* es un sér desgraciado y no exento de culpa, que interesa más que aquellos héroes depravados, porque toca más de lleno á la humanidad con sus pasiones y sus remordimientos.

Ayudóse el Duque de Rivas, para hacer la fábula más simpática y popular, de las tradiciones de su tierra natal, como la de la mujer penitente de las cercanías del convento de los Ángeles de Hornachuelos (1); lo demas lo

(1) Segun la tradicion histórica, la famosa *mujer penitente* de las cercanías de Hornachuelos fué una señora distinguida de la córte de los Reyes Católicos, la cual, un año despues que éstos visitaron el convento de Santa María de los Ángeles, esto es, en 1495, se retiró á una gruta, en aquel lugar desierto, para consagrarse á la vida ascética y penitente. Algunos años despues fué casualmente descubierta por Fray Juan de Síles, que desde entónces fué su director espiritual, hasta su muerte, acaecida en 1505. (Véase la *Crónica* de Fr. Juan de Guadalupe.)

Una obra dramática del siglo xvii (*El escándalo del mundo, y prodigio del desierto*, Coloquio de la mujer famosa, en tres actos, por

hicieron su talento y sus instintos españoles. Llamó tambien el autor á su drama *La fuerza del sino*, y esto ha contribuido á que se interprete su objeto erradamente. Este *sino* del pueblo español, esta preocupacion del hado, de

---

D. Fernando Pedrique del Monte, natural de la Puebla de los Ángeles, de la Órden tercera de N. S. P. San Francisco.— Por Andrés Carrillo; Córdoba, 1674) presenta á la *mujer penitente* con muy distinto carácter. Segun este *Coloquio*, que es una leyenda simbólica, arreglada al antojo del autor, la mujer penitente no era dama de la córte, sino una mujer codiciosa y liviana, llamada Aurora, que, durante su vida desenfrenada y llena de criminales aventuras, que causan la muerte á más de veinte galanes, sabe que los Reyes Católicos han formado el propósito de ir á visitar el convento de los Ángeles despues de la conquista de Granada, y resuelve ir tambien allá, no movida por fervorosa devocion, sino por creer propicia la ocasion para sus profanos designios. Ella misma lo dice:

Veré de nuestros Reyes la grandeza,
Del sitio la aspereza;
Y, en fin, lucir espero
Entre tanto señor y caballero.....

Pero apénas llega Aurora á la montaña de los Ángeles, siente cierto embeleso misterioso al aspecto de aquellas alturas escarpadas. Hasta entónces no habia tenido eco en su corazon el esplendor de las selvas y de los montes. Sorprendida y cautivada, exclama;

¡Que aquí la naturaleza,
Entre estos riscos gigantes,
Labre de flores fragantes
Tan peregrina belleza!

Crece en su alma la divina influencia. Quiere entrar en la iglesia del monasterio, y hacen vanos esfuerzos para disuadirla de ello su doncella la *Vanidad*, su criado el *Engaño*, y Luzbel, que toma la figura de Cárlos, su amante, el cual se halla en Flándes, huyendo de la justicia por haber dado muerte á Eusebio, otro galan de la mujer liviana.

La conversion repentina de Aurora es completa. Vende sus bienes, y se retira á aquellas desiertas asperezas para darse allí á la contemplacion y á la penitencia. El P. Síles la encuentra en ellas, y la asiste,

la fortuna, de la suerte, del acaso, que asoma en todos los pueblos y en todas las edades, no es siempre la *fatalidad* de la tragedia griega. No era esta *fatalidad* mera preocupacion de las gentes; era dogma religioso, aterradora y sagrada creencia. Pacheco, sin explanar su idea, no llamó, como otros, *Edipo* á secas á *Don Álvaro;* lo llamó *verdadero Edipo de la musa católica;* y aunque á primera vista forman extraña alianza lo pagano de Edipo y lo cristiano de la musa católica, la calificacion de Pacheco encierra, si bien en forma enigmática, la esencia de esta explicacion. El Edipo de la musa griega era el símbolo de la predestinacion, sin culpa, sin remedio, sin esperanza, que convertia al inocente en víctima de un dios injusto é implacable. El Edipo de la musa cristiana representa una idea muy diversa: es el *acaso*, que interviene en las cosas humanas sin contrariar las leyes providenciales, sin poner estorbo al libre albedrío. Don Álvaro, el Edipo cristiano, superficialmente considerado, puede parecer, como ha parecido, en efecto, á hombres de entendimiento

---

admirando su maravillosa fortaleza. Un dia, al ir á verla desde el monasterio, la encuentra muerta, de rodillas, estrechando sobre el c razon la sagrada imágen de Cristo, y prorumpe así, con la entonacion conceptuosa de aquel tiempo, en un arranque de entusiasmo cristiano:

¡ Raro prodigio ! escalando
La vaga region del viento,
Cercada de serafines,
Camina á pisar luceros.
¡ Mujer venturosa ! sube
De eternas dichas al centro.....
. . . . . .
Sube á lograr de tus triunfos
Laureles de luz eternos,
No los caducos, que muerde
La sorda lima del tiempo.....
. . . . . .
. . . . . .

privilegiado, el azote involuntario de una familia entera, el juguete de la fatalidad. Mirad más á fondo, y veréis luégo que Don Álvaro no es inocente, y que no lo arrastra fatalmente á la desventura una potestad terrible y misteriosa. Don Álvaro ha arrebatado á Leonor del hogar paterno, violando la moral, el honor y las leyes; Don Álvaro, en la vida penitente, no ha alcanzado á sacudir de su alma los ímpetus del orgullo mundano, y, extremadas ó no, todas las desgracias que le sobrevienen son consecuencia de sus pasiones y de su delito. La muerte violenta del padre, la de los hermanos de Leonor, y la de Leonor misma, emanan más ó ménos inmediatamente de la conducta de Don Álvaro, y si la casualidad contribuye á formar aquella cadena de sangrientos sucesos, no lo hace sino ayudando á la mano vengadora de la Providencia. Ved cómo, bien entendida la idea fundamental del drama, la expiacion de Don Álvaro, aunque parezca dura y desproporcionada por su misma exageracion de leyenda, nada tiene en su esencia del espíritu del paganismo, y no es en realidad sino una leccion tremenda de la moral cristiana.

Pero, ¿qué importa á nuestro poeta, inspirado por nacional instinto, este análisis, que él nunca hizo? ¿Qué le importa tampoco que la unidad del drama consista exclusivamente en la ilacion natural de la infausta vida de Don Álvaro, y que haya escenas enteras, como las dos primeras de la jornada segunda, casi absolutamente consagradas á un cuadro de costumbres, sin el cual sería idéntica la marcha sustancial de la fábula? Lo que le importa es referir, con las galas espléndidas de la poesía andaluza, las tradiciones y consejas que tal vez oyó en Córdoba en los tiempos inolvidables de la infancia; lo que le

conmueve y le inspira es la pintura de lo que su patria siente y cree.

Aunque temo prolongar demasiado este Discurso, algo he de deciros de *El Desengaño en un sueño*, que es, en realidad, ántes que un drama, una magnífica leyenda fantástica. Un mágico anciano vive con su hijo en un islote desierto. El jóven conoce sólo el mundo por los libros de su padre, que le ofrecen á cada paso la imágen de la sociedad humana, con sus vaivenes y sus glorias. Impetuoso y exaltado, no puede resignarse á vivir como un salvaje, vestido de pieles, en una miserable gruta, y condenado á no gozar jamas de las dulzuras del trato humano. Intenta arrojarse al mar para acabar de una vez con la desesperacion que destroza su alma. El mágico Marcolan, con el designio de calmar el violento anhelo del mancebo, le sujeta al imperio de sus conjuros, y le hace experimentar en un ensueño las amargas consecuencias que acarrean el torrente de las pasiones desencadenadas y la satisfaccion de todos los deseos. Sigue el jóven, sin freno y sin medida, la peligrosa escala de todos los deleites humanos, y encuentra al lado del amor los celos y el hastío, al lado de la opulencia la envidia, al lado del poder la traicion, al lado de la ambicion la ingratitud y el crímen.

Esta obra es la que tiene carácter más universal entre todas las del Duque de Rivas. Escrita en Sevilla, y por un ingenio tan accesible á las impresiones locales, respira, sin embargo, cierto espíritu de generalidad y de grandeza, que pertenece á todos los tiempos y á todas las naciones. *El Desengaño en un sueño*, con ser su entonacion calderoniana, no está léjos de la inspiracion septentrional, y no desdeciria, por cierto, entre las mejores producciones de Goethe y de Lord Byron.

Difícil sería determinar cuál fué en la mente del poeta el influjo despertador de esta inspiracion filosófica, que no era habitual en su númen. Él mismo lo ignoraba. La poética idea de dar una leccion moral por medio de un sueño dirigido por influencia mágica, nació sin duda en el Oriente, tan dado á cultivar la fantasía. Todos sabeis que, propagada en Europa desde la Edad Media, se halla esta idea en la historia de D. Illan el nigromántico, de *El Conde Lucanor* (1345); historia que se ha encontrado igualmente en varios autores franceses y en cuatro ingleses; y que la misma idea está aprovechada con diferentes formas en *La prueba de las promesas*, de Alarcon; en *Don Juan de Espina*, de Cañizares; en *El sueño vida* (*Der Traum ein Leben*), del aleman Grillparzer, y en várias otras obras, sin excluir una zarzuela de muchos conocida.

Tambien es cierto que la gruta del mágico Marcolan y su desierto islote, y su imperio sobre los espíritus, recuerdan la gruta y la isla desierta, y la influencia mágica del encantador Próspero, de Shakspeare (1). Pero estas afinidades no pasan de la forma. *La Tempestad*, del gran poeta inglés, es una alegoría dramática tan personal, que no falta quien crea ver clarísimamente en *Próspero* al mismo Shakspeare; en *Ariel*, á su genio; en *Caliban*, á las pasiones viles pero poderosas de la sociedad humana, que le habian causado siempre amargura y escándalo; en *Miranda*, á los instintos elevados, puros y generosos que iluminaban y ennoblecian su alma. Así en el drama inglés como en el drama español, cuadro de la

---

(1) En el drama *La Tempestad*.

insaciabilidad humana, están en juego el amor, la virtud, la ambicion, la rebelion, la perfidia, las grandes pasiones que animan, quebrantan ó robustecen los Estados. Pero de muy diferente manera y con trama y disposicion muy distinta. Los móviles del tumulto humano son en Shakspeare, esencialmente alegóricos y *subjetivos;* en el DUQUE DE RIVAS, la alegoría y el sueño fantástico se olvidan pronto ante la realidad de los afectos y del movimiento de la vida humana, y ademas el pensamiento es absolutamente *objetivo* y universal.

En un punto se encuentran los dos poetas, en la pintura de dos mujeres admirables: *Zora* y *Miranda*, emblemas ambas de la ternura y de la pureza moral. *Zora*, del poeta español, es áun más bella que *Miranda*, porque se paga ménos de las seducciones externas. *Zora*, irrevocablemente fiel, dulce y apacible como los ángeles, desinteresada hasta el punto de desdeñar lo que puede alimentar las vanidades femeniles; que cifra en un sentimiento único el mundo, la felicidad y la vida, es una creacion ideal, comparable con las de los más esclarecidos poetas; creacion que deleita y consuela, y lleva el pensamiento al cielo, porque ¿dónde está el modelo de *Zora* en este mundo que habitamos?

Quien notase que es insensato el empeño de Marcolan de que su hijo viva dichoso con la vida solitaria, miserable y estéril de un islote desierto, donde, aplicando la expresion burlesca de un personaje de *La Tempestad*, de Shakspeare, «todo abunda, excepto los medios de vivir», pensaria sin duda segun las reglas comunes de la lógica, pero desconoceria totalmente adónde alcanzan los fueros de los poetas en las obras de imaginacion. ¿Á quién ha ocurrido jamas censurar á Calderon por la supersticion

y la crueldad con que en *La vida es sueño* condena el Rey de Polonia á vivir por siempre encarcelado y sin trato humano á su hijo Segismundo? Los grandes poetas no piensan, ni escriben, ni sienten exactamente como los filósofos. No necesitan buscar la razon lógica y analítica de las cosas; bástales pintar fielmente el cuadro de los afectos y de los sentimientos humanos, y en este cuadro vário é infinito del alma hay una filosofía no inferior á la de aquellos que buscan su esencia en meras abstracciones. Permitidme que os presente un ejemplo de esa diferencia de que os hablo, entre la filosofía del filósofo y la filosofía del poeta. Pascal y Fr. Luis de Leon, dos almas tan pródigamente dotadas por la mano divina, experimentan una impresion bien diferente al contemplar el cielo en una noche serena. Pascal exclama: *Me asusta el silencio eterno de esos espacios infinitos.* Fray Luis de Leon mira con delicioso arrobamiento aquel

> Templo de claridad y de hermosura,
> De innumerables luces adornado.

La extática contemplacion no inquieta su espíritu. Para él,

> Allí vive el contento,
> Allí reina la paz, allí asentado
> En rico y alto asiento
> Está el amor sagrado,
> De glorias y deleites rodeado.

Ambos tienen razon, ambos muestran un aspecto verdadero, aunque distinto, del alma humana. Pascal, con el orgullo del filósofo, se desasosiega ante un misterio que su ambicioso entendimiento no alcanza á penetrar. Fray Luis de Leon, con la humildad del poeta cristiano, acata el misterio y se deleita en su grandeza.

No daria cabal cumplimiento á mi propósito ni á la honrosa mision que me ha encomendado la Academia, si, despues de haber examinado literariamente la índole de algunas de las principales obras del Duque de Rivas, no os hablase tambien, siquiera sea breve y livianamente, de algunas prendas distintivas de su carácter. No ignorais que el conocimiento del hombre completa el conocimiento del poeta.

Su país fué siempre su amor, su norte y el impulso secreto de las principales acciones de su vida. Pocos ejemplos hay, en nuestro tiempo, en que aparezca más patente la absoluta consonancia del hombre y de la patria. Recordad las grandes vicisitudes de su vida, y veréis que son la consecuencia y como el reflejo de las grandes vicisitudes de la nacion. Le sorprende en los albores de la juventud una invasion francesa, y Ángel de Saavedra, mozo de diez y ocho años, miembro de la alta nobleza española, empuña las armas y es mortalmente herido en el campo de batalla, contento y orgulloso de poder contribuir con su sangre á sacudir el yugo extranjero. Más adelante, cuando no hacen falta los soldados en los campamentos, sino los campeones de los principios constitucionales en las asambleas públicas, el mozo ilustre por su cuna, y rodeado por sus talentos de una aureola de gloriosa esperanza, pugna y se afana por cimentar la libertad política. Sus ilusiones, su inexperiencia, sus preocupaciones y hasta sus extravíos son las ilusiones, la inexperiencia y los extravíos de la nacion. Y cuando llegan los tristes tiempos del despotismo, y con ellos las amargas horas de la emigracion, Saavedra vive oscuro y pobre en Lóndres, en Malta, en París, en Tours; ejerce alguna vez la noble profesion de la pintura, no como re-

creo del aficionado, sino como refugio del menesteroso, y se honra con ello, porque así puede conservar intacta la independencia de sus principios, y no volver á su patria, que ama con todo su corazon, hasta que pueda respirar en ella el aire de la libertad. Ya en el seno de su patria y en los altos puestos á que le llamaban sus merecimientos y sus sacrificios, no cambiaron sus tendencias liberales. Hizo cuanto estuvo á su alcance por el sostenimiento del trono constitucional, pero fué más cauto y más circunspecto que en los primeros años de la juventud. El tiempo no habia pasado en balde. Saavedra y la nacion habian aprendido simultáneamente, en la terrible escuela de nuestros infortunios y de nuestras turbulencias políticas, que la libertad y el órden no pueden andar separados, que son absolutamente la misma cosa en los países constitucionales, y que cuando falta el órden, como es la esencia de la libertad, ésta queda reducida á un vano nombre ó á una máscara de la anarquía.

Ni la cultura de sus hábitos, que, por el impulso de las costumbres aristocráticas, eran más europeos que peculiarmente españoles, ni sus viajes, ni su dilatada residencia en países extranjeros, ni el imperio de las modas exóticas que á tantos avasalla, ni otro móvil alguno de aquellos que en almas ménos españolas infunden tibieza ó desvío del fervor de la patria, fueron parte en circunstancia alguna para que se apagase una sola chispa del amor fervoroso que el Duque de Rivas profesaba á esta noble tierra en que habia nacido.

¡Cuántas veces, há ya muchos años, embebido el ánimo en tristes pero sabrosas pláticas familiares; fijando el pensamiento en las públicas desventuras; recordando con pena la transformacion moral y social de nuestra nacion,

el decaimiento de aquella severa hidalguía que nos hizo en otro tiempo dechado de pueblos nobles y levantados, y la importacion artificial de ideas extranjeras que han estragado ó empobrecido la sávia pura y fecunda de nuestra nacionalidad generosa, solia decirme, paliando con su genial donaire la triste verdad del pensamiento: *Desengáñate; aquí nada hay ya bueno más que las mujeres y los soldados.* Pero en estos mismos arranques de misantropía patriótica, que acababan siempre por tomar en sus labios la forma de su peculiar agudeza, se traslucia que amaba á su patria como aman los verdaderos amantes el objeto de su ternura; esto es, sin restriccion alguna, ó como dice Molière con su elegante naturalidad:

> *C'est ainsi qu'un amant dont l'ardeur est extrême,*
> *Aime jusqu'aux défauts des personnes qu'il aime* (1).

El Duque de Rivas hallaba involuntariamente cierto hechizo hasta en los defectos de nuestras costumbres. Un ejemplo teneis de ello en aquel cuadro misterioso y sombrío de la noche que pasa un viajero descaminado entre bandidos apadrinados por el *Ventero;* cuadro publicado en *Los españoles pintados por sí mismos.* Cierto que está muy distante de aprobar las duras ó criminales costumbres que describe; pero su imaginacion de poeta se identifica de tal modo con ellas, que al pintarlas encuentra sólo el lado novelesco, poético ó pintoresco que á veces suelen tener las preocupaciones y hasta los delitos populares. Este dón de prestar interes y belleza hasta á aquello que condenan la razon y las leyes, y esta facultad de

(1) *Le Misanthrope*, acto II.

asimilacion popular, constituian la fuèrza principal de Walter Scott, uno de los hombres de mayor instinto épico de nuestros tiempos, y con el cual tiene en esta parte el poeta español grandes puntos de semejanza.

Donde más resalta el carácter español de la poesía del Duque de Rivas es en la pintura de los sentimientos morales. Allí campean el espíritu osado, grande, religioso y tenaz de nuestra nacion, y muy especialmente los arranques de honor y lealtad de los caballeros españoles. No os hablaré de aquel arrogante Perez de Aldana, el Almirante de Aragon, que va á París á vengarse del pisoton involuntario que le dió el Duque de Normandía en la iglesia de Monserrate. No me detendré tampoco al recordaros al noble D. Alonso de Córdoba, que, en el momento de trabarse la batalla, se desposa en el campamento ante el Marqués de Pescara, porque abriga remordimientos, y siente que la turbacion de la conciencia es rémora de su belicoso ardimiento. Pero ¿cómo no parar la atencion en el brioso y magistral carácter que contiene el romance *Un castellano leal?* El Duque de Benavente, aquel implacable anciano, que cree llevar ventaja al Duque y Condestable de Borbon, no sólo porque nunca manchó la traicion su noble sangre, sino ademas por *haber nacido español;* que desprecia el Toison por ser órden extranjera; y que obligado por Cárlos V á dar hospedaje en su palacio de Toledo al Condestable francés, manda incendiar despues el palacio, con todas cuantas riquezas encierra, para que el fuego purifique sus blasones, contaminados con la presencia de un hombre desleal á su rey y á su patria, es el emblema más expresivo del recio temple, del honor asombradizo, de la altivez nacional, de la lealtad á todo trance del antiguo pueblo castellano, que

no transige con los traidores, por más que, cual el intrépido Duque de Borbon, se le presenten como amigos y como auxiliares.

El Duque de Rivas, eco de los sentimientos del pueblo español, no perdona ocasion de lanzar los anatemas del desprecio sobre esos ejemplos famosos de deslealtad. El Condestable de Borbon, brillante adalid de las huestes de Cárlos V en Pavía, como ántes lo habia sido de las de su señor natural el rey Francisco de Francia en Marignano, es una figura antipática, que no perdona jamas la musa castellana de nuestro poeta. En la *Victoria de Pavía* no malogra la ocasion de hacer resaltar el efecto moral que produce la repugnancia que causa en el noble ánimo del rey Francisco la presencia del Condestable desleal. Los ilustres caudillos españoles dan ejemplo á los soldados,

> Enseñándoles, valientes,
> Á que respeten y acaten
> Á la majestad augusta,
> Que, aunque vencida, es muy grande.....

Francisco Primero los recibe con la afabilidad propia de aquel monarca-caballero;

> Y el consuelo se divisa,
> En su abatido semblante,
> De verse entre caballeros
> Que tratar con reyes saben.
> Mas imprevisto accidente
> Vino de nuevo á alterarle,
> Y á hacer más terrible y duro
> Su destino deplorable.
> De Borbon el Duque altivo
> ¡Desacato repugnante!
> Á su rey vencido quiere
> Sin reparo presentarse.

¿Y cómo? manchado todo
Con propia francesa sangre,
De un valor mal empleado
Haciendo insolente alarde.....
. . . . . .
. . . . . .
La mano el Duque le toma
De rodillas; arrogante
La retira el Rey. El Duque
Tiene la audacia de hablarle,
Y el Monarca, levantando
Los ojos como volcanes
Al cielo, en voz alta dice:
«¡Santo Dios, paciencia dadme!»

No puedo dejar de señalaros, por último, el rasgo de emocion patriótica que brota del alma del poeta, al recordar que tuvo que escoltar la espada de Francisco Primero, cuando fué arrancada de España por las huestes de Napoleon:

Ya cautivo el Rey de Francia
Vino á Madrid, y habitó
La torre de los Lujanes
Con Hernando de Alarcon.
En la plaza de la Villa
Aún dora esta torre el sol,
Coronada de recuerdos
Que el tiempo no borra, no.
De ella, al cabo, el rey Francisco
Rescatándose, tornó
Á ocupar el rico trono
De la francesa nacion.
Pero su rendida espada,
Prenda de insigne valor,
Testigo eterno de un triunfo
Que el orbe todo admiró,
En nuestra régia Armería
Trescientos años brilló,
De los franceses desdoro,
De nuestras glorias blason.

. . . . . .

Harto indignado, aunque jóven,
Esta espada escolté yo,
Cuando á Murat la entregaron
En infame procesion.
Pero si llevó la espada,
La gloria eterna quedó,
Más durable que en acero,
De la alta fama en la voz.
Y en vez de tal prenda, España
Supo añadir, vive Dios,
Al gran nombre de *Pavía*,
El de *Bailén*, que es mayor.

¿Qué necesidad tengo de deciros que ése es el noble espíritu de la poesía popular de nuestro país? ¡Harto claro os lo dice vuestro corazon de españoles!

Este amor á la patria, alma de las obras del Duque de Rivas, era tan intenso, tan duradero, tan inseparable de su sér, que así le alienta cuando vive en las zozobras de la proscripcion, como cuando goza en tierra extraña de los halagos de próspera y brillante fortuna.

El alto cargo de embajador de S. M. en la córte de Nápoles puso el colmo á sus deseos. Aquel país cuadraba de un modo cabal á sus hábitos, á sus instintos, y áun á sus ilusiones de poeta. Asomaba en todo su índole meridional, y sentia aversion á los climas helados y brumosos del Norte. Para él no habia cielos bastante diáfanos ni climas sobrado ardorosos. Nápoles le parecia la misma seductora Parténope de los romanos sibaritas. Allí encontró, como en su inolvidable Andalucía, luz y calor en el cielo, y en la tierra afecto y alegría. Granjeáronle la estimacion general su claro ingenio, su afable condicion y su amenidad genial, que nunca se vió embargada ni por la gravedad de los cargos ni por la etiqueta de las córtes. Allí, en comunicacion contínua con el Duque de Lavello,

con Campagna, con Spinelli, con Volpiccella y con otros eruditos, poetas y artistas, sereno y embelesado el ánimo con la dulce paz en que vivia, escribió, ademas de notables poesías líricas, y de la animada y pintoresca descripcion de sus viajes al Vesubio y á las ruinas de Pesto, la magnífica leyenda *La Azucena milagrosa*, y el bellísimo estudio de la sublevacion de *Masanielo*, en el cual, no dejándose llevar de los arrebatos del poeta, examinó los hechos y los caractéres con imparcialidad, con órden y con tino, y demostró altas prendas de historiador ameno y elocuente. Tambien el cultivo de las bellas artes ennobleció los años de dulce solaz que pasó el Duque en aquel país privilegiado. La pintura habia sido siempre su principal recreo. Allí, bajo el cielo inspirador de Italia, pintó una *Judit*, que, por el colorido, por la verdad, por la entonacion y por la gracia de la actitud, traspasa en verdad los límites de una estimable medianía, sobre la cual no alcanzó á levantarse en los demas cuadros que pintó en Nápoles.

Dos cosas únicamente anublaban algun tanto aquel cielo de felicidad. Una, la ausencia de su familia; ausencia que mantenia siempre un vacío profundo en el fondo de su corazon. Este sinsabor brota á cada paso en sus versos líricos y hasta en sus leyendas. ¿No recordais el tierno apóstrofe á Sevilla, con que empieza la segunda parte de *La Azucena milagrosa?* En él se hallan estos versos, llenos, como siempre, del amor local y de la ilusion de la familia:

> En tí pasé mi juventud florida,
> Y el balsámico ambiente de que gozas
> Me restauró la sangre, que en los campos,
> Por mi patria y mi Rey, vertí con honra.

. . . . . .
. . . . . .

En Nápoles, en fin, la que en el mundo
Tanto renombre esclarecido goza,
Á tí, tan sólo á tí tengo delante,
Y en tí, grata ilusion, mi mente mora.
Y miro alzarse tu Giralda esbelta
Entre vapores de color de rosa,
Y oigo la voz de sus sonoros bronces,
Que retumba en los montes de Carmona;
Y que estrecho á mi seno me figuro
Las dulces prendas que, de mí remotas,
Allá anhelan tan sólo mis noticias,
Y sin cesar me llaman y me nombran.

El otro de los sinsabores á que aludo, es el que le causaba no oir resonar continuamente en su oido el noble y armonioso idioma de la patria. Á esta privacion no podia acostumbrarse. Cualquiera lengua extranjera, hasta la dulcísima y eufónica de Italia, le inspiraba aversion, y algunas provocaban de su parte festivos sarcasmos, que rayaban en intolerancia casi infantil. Bien claramente expresa el poeta esta impresion en la siguiente estrofa de una poesía escrita en Nápoles, ciudad que tanto cautivaba su ánimo:

¡Ay, encantos! jamas habrá bastantes,
Ni circes, ni sirenas
Que consuelen mis penas,
Donde no suena el habla de Cervántes.

Y ya que os hablo de sus solaces literarios de Nápoles, consentid que ceda á la tentacion de recordar aquí ciertos versos del Duque de Rivas, que no se han dado ni se darán nunca á la estampa, á pesar de que rebosa en ellos viva y gallarda inspiracion. Mantuvo conmigo, durante muchos años, hallándonos ambos en diferentes mi-

siones diplomáticas, una correspondencia en verso, escrita, por decirlo así, á rienda suelta, sin aquellos esmeros y miramientos que requiere cuando préviamente se destina á la imprenta. Una sola de las cartas de esta correspondencia poética se atrevió á incluir el DUQUE DE RIVAS en la coleccion de sus *Obras completas*. Las demas quedaron y quedarán inéditas, porque llega en ellas el jovial desenfado y el familiar donaire adonde nunca pueden alcanzar los fueros de la publicidad. Os quiero citar breves pasajes, porque sé que me perdonaréis la digresion en gracia del objeto.

Cual suele acontecer en los parajes adonde se llega con ánimo muy favorablemente prevenido por fantásticas ilusiones, no recibió el DUQUE DE RIVAS, al abordar á Nápoles, aquella sensacion de admiracion y de embeleso que él, en sus cavilaciones de poeta, iba forjando en la navegacion. En balde, al entrar en el mágico golfo, se presentaron á su vista tantas grandezas de la naturaleza, y á su memoria tantos espléndidos recuerdos. Ni la poética isla de Capri, *llave del golfo;* ni la *corona del Vesubio;* ni el *mar de las Sirenas;* ni las lomas del Vómero y de Posílipo, *el monte de las Flores;* ni las risueñas laderas de Sorrento y Castelamare; ni el aspecto de la veneranda Parténope, á la cual vió más adelante,

> Como dormida beldad,
> En un lecho de esmeralda;

nada bastó á despertar el entusiasmo del poeta. Todo le pareció insulso y descolorido. Hé aquí la triste pintura que, con ponderacion andaluza y entre jovial y desabrido, hace de Nápoles, bajo el imperio de las primeras impresiones. (Yo me hallaba á la sazon en Lisboa.)

Más fácil me es en verso que no en prosa,
Y en verso has de saber mis aventuras,
Que así corre mi pluma más gustosa.
Ya una carta repleta de locuras
Te dirigí después de mi llegada,
Y no estarás sobre mi suerte á oscuras.
. . . . . .
. . . . . .

Despues de expresar sériamente algunas ideas relativas á los asuntos públicos de nuestras respectivas misiones, adopta de repente el tono chancero, y continúa así:

Hoy la formalidad odio de muerte,
Y hablar de diplomáticas materias
Fuera molerme yo, fuera molerte.
Démos de mano, pues, á cosas sérias;
Tratemos cosas que los hombres graves
Suelen llámar locuras y miserias;
Cosas que, como tú, Leopoldo, sabes,
Al cabo siempre son más divertidas,
Y encierran el fastidio con cien llaves.
Estoy desesperado, pues fallidas
Todas las esperanzas me han salido
Sobre esta tierra allende concebidas.
Y en llegando á Madrid, su merecido
He de dar á la turba charlatana
De tanto embaucador y fementido,
Que, como acordarás, por la mañana
Nos tuvieron con tanta boca abierta,
Y de venir aquí dándonos gana.
«No hay region en el orbe descubierta
Cual Nápoles», decian..... (¡Embusteros!
No volverán á atravesar mi puerta.)
«¡Qué clima! ¡Qué placeres! Los eneros
Son cual los mayos son de Andalucía;
Las mujeres, palomas y corderos.
»Sólo en gozar se piensa noche y dia,
Y galanes y damas con sus prendas
Os halagan y azuzan á porfía.....
»Y todo ¡qué barato! Por las tiendas

Os meterán las cosas por los ojos;
Los palacios por nada los arriendas.....
»Allí producen flores los abrojos,
Y en banquetes, teatros y funciones,
No hay nunca pesadumbres, nunca enojos.»
Pues todo era mentiras é invenciones;
Que es Nápoles país abominable,
Y el peor que hay del Sur á los Trïones.
El clima, caro hermano, es detestable:
Ni un sólo dia he visto el cielo puro,
Ni un momento de sol claro y estable.
Sopla continuamente el viento duro,
Llueve dos ó tres veces cada dia;
Si no te abrigas, toses de seguro.
Hoy, primero de Abril, de nieve fria
Están cubiertos los vecinos montes,
Y el mar montes de espuma al cielo envia.
Ni un árbol solo en estos horizóntes
Descubrirás con hojas verdeantes,
Aunque á las altas cumbres te remontes.
Ni flores matizadas y odorantes
Hallarás en los parques y jardines,
Ni sin gaban ó capa paseantes.....
¡Cómo estarán de nardos y jazmines,
Á estas horas, poblados los paseos
Que adornan de Sevilla los confines!.....
Y en cuanto á los placeres, devaneos
Eran las relaciones mentirosas
De aquellos visionarios corifeos.
. . . . . .
. . . . . .
Pues el llamar á Nápoles barato
Es burlarse, Leopoldo, de la gente,
Y contra la verdad gran desacato.
Nápoles es tan caro cabalmente
Como Madrid, como París, y hay cosas
Más baratas en Lóndres la insolente.
La casa (por si tú dudarlo osas)
En que vivo, me cuesta dos mil duros,
Y no es por cierto de las más hermosas.
Los teatros malísimos y oscuros
Son, y el mismo *San Cárlos* afamado,

Sucio y desierto, aunque de ricos muros.
La ciudad es muy triste; y nuestro *Prado*
Vale cien veces más que estos paseos,
De concurrencia faltos y de agrado.
Sólo una calle hay buena, y son muy feos
Los oscuros y sucios callejones
Que á ella salen despues de mil rodeos.
Ni en ellas, ni en las tiendas y balcones
Se ven jamas mujeres; retiradas
De sus casas están en los rincones.
La miseria y el hambre retratadas
Están en los semblantes de esta gente.....
Las artes y las letras olvidadas.
No hay un solo pintor que te contente,
Nunca ves un poeta, un literato;
No hay ricas bibliotecas finalmente.....
Yo tomára, Leopoldo, de barato
Cruzar con los *poyáes de San Bento* (1),
Y contigo charlar por un buen rato.
Y el Vesubio te diera muy contento
Por *Belem* y por *Cintra* y por *Ayuda*,
Y por viajar de *Mafra* hácia el convento (2).....
No mi estrella feliz, no; la sañuda
Suerte sólo á esta tierra me ha traido,
Donde nació de *Pórtici la Muda*.
. . . . . .
. . . . . .

Ya veis que el DUQUE DE RIVAS escribia cartas en ter-

---

(1) Calle de Lisboa, cuyo nombre parecia extraño al DUQUE DE RIVAS.

(2) *Belem*, barrio de Lisboa. En él está el suntuoso monasterio de Jerónimos, en frente del cual se embarcó Vasco de Gama al emprender su inmortal expedicion.

Cintra, delicioso Sitio Real de Portugal, cantado por Lord Byron y por Almeida-Garrett.

Ayuda (Ajuda), palacio magnífico de los reyes de Portugal.

Mafra, palacio y monasterio de gigantescas dimensiones, á algunas leguas de Lisboa; imitacion del Escorial.

cetos (1) con más soltura y facilidad que otros las escriben en prosa.

Y ¿sabeis por qué este cúmulo de imprecaciones y lamentos? Porque al llegar á Nápoles, la estacion era lluviosa y fria, y el cielo estaba triste y encapotado. No os maravilleis: ésa suele ser la índole del verdadero poeta. La ilusion pende de un cabello, y ese espíritu móvil y antojadizo, que todo lo extrema y hace ver las cosas segun la impresion casual del momento, es achaque inherente á la facultad de emocion viva y poderosa que en almas poéticas es fuente de la creacion y del entusiasmo.

Trascurren algunos meses nada más, y el cuadro sombrío se convierte en cuadro encantador. Recobra la naturaleza su hechizo, la sociedad docta ó aristocrática le halaga y le festeja, la vida culta y sibarítica le recrea, y olvida el poeta la primera impresion. Con risueños colores pinta entónces á Nápoles en otra de las epístolas familiares; sube de punto en ella el tono chancero y alegre, y sólo me atrevo á copiar muy pocos versos:

. . . . . .
Nuevo Caïn de Sevilla,
Que así á este Abel acogotas
Con olvido y con silencio,
En vez de quijada ó porra,
Vuelve esos ojos de fiera,
Ánima precita y torva,
Al hermano que vegeta
En la moderna Sodoma.
. . . . . .
. . . . . .

(1) Esta carta, la segunda de esta correspondencia, tiene la fecha de 2 de Abril de 1844.

Vuélvelos; toma esa pluma,
Con que papel emborronas,
Ya bosquejando despachos,
Ya chapurreando notas;
Y dáme en cuatro renglones
Cuenta, al fin, de tu persona;
Que, para darte el ejemplo,
Magnanimidad no corta,
Yo te daré de mí mismo
Exacta y cumplida historia:
Sigo bueno y en la holganza,
Y en la vida regalona.....
. . . . . .
. . . . . .
Tengo una soberbia casa
Con jardin, que á la mar toca,
Junto al público paseo
Que *Villa-Reale* nombran.
Tengo un químico excelente,
Que estudió y ganó la borla
En el *Café de París*,
De cocineros Sorbona;
Y con ayudante y pinche,
Tambien de Francia, elabora
Divinas quintas esencias,
Que dieran vida á una momia.
Tengo una espaciosa cava,
Donde cuerpo nuevo toman
El Jerez, el Manzanilla,
El Burdeos, el Borgoña,
El Johannisberg, el Marsala,
El Chipre, el espeso Rota
Y el sabroso Siracusa,
No como lo usó la Borgia.
Cuatro alemanes caballos,
Tusones de crin y cola,
Una linda carretela
Arrastran sobre estas losas;
Y en ella repantigada
Se columpia mi persona,
Recibiendo reverencias,
Que yo devuelvo con sorna.

. . . . . .
. . . . . .
No hay un momento de tédio,
No hay ni un rato de zozobra.
Así se pasan los dias,
Así se pasan las horas;
¡Ay, que ésta es vida beata!
¡Ay, que es estar en la gloria!
. . . . . .
. . . . . .
Aquí el romance retozon llegaba,
Cuando vino á mis manos tu misiva,
Que el negro crímen de tu olvido lava.
Y al verla cariñosa y expresiva,
Y de tan dulces cláusulas repleta,
Se me cayó la baba ó la saliva.
Y eché mano á otra pluma más discreta,
Y más pura tambien, para escribirte
Sin las locuras de mi musa inquieta.
. . . . . .
. . . . . .

En contestacion á esta carta y á otras suyas semejantes, con el fin de ponerlo en apuro y provocar una contestacion festiva, le hice yo notar la volubilidad de impresiones de quien en tan breve espacio juzgaba á Nápoles, con igual calor, ya una ciudad insípida y prosáica, ya el emporio de las artes y de los placeres. Defiéndese entónces con la ingeniosa dialéctica del poeta, que siente porque siente, y no necesita darse lógica cuenta de su desaliento ó su entusiasmo, ni de su poética inconsecuencia:

. . . . . .
. . . . . .
Como en tus versos, á la faz del mundo,
De ser mudable en parecer me acusas,
Y de que el bien y el mal trueco y confundo,
Quiero, si su favor me dan las Musas,
Al uno y otro cargo responderte,

Pues contra mí de tu talento abusas.
No es extraño que pueda parecerte
Contradiccion en quien te dijo un dia
Que era el vivir aquí terrible suerte,
Escuchar ahora elogios á porfía,
Y decirte que es Nápoles la bella
La mansion del placer y la alegría.
Mas no hay contradiccion. Yo formé aquella
Opinion inexacta en el momento
Que en estas playas estampé la huella.
Con mar entumecido y duro viento,
Y tras de noche horrenda y desastrosa,
Aporté á estas regiones descontento.
Era del año la estacion pluviosa,
Turbia niebla el paisaje me ocultaba,
La tierra estaba sin color, medrosa;
La ciudad como muerta, y circulaba
En sus calles, de fango inmundo llenas,
La turba humilde á quien la lluvia lava.
Entré en una gran fonda, donde, apénas
Puse el pié, me asaltaron mil hambrones,
Aguinaldos pidiéndome y estrenas.
Siguió el tiempo de oscuros nubarrones,
Y me dí á las visitas de etiqueta,
Plaga de diplomáticas funciones.
. . . . . .
. . . . . .
Entré en la sociedad; hallé mohinas
Á las damas, por más que fuesen soles
Y se adornáran de maneras finas.
Luché con una lengua que á españoles
Ignorantes tan fácil les parece,
Y que tiene, te juro, tres bemoles.
El famoso teatro, que merece
De Europa con razon la primacía,
Por el encanto artístico que ofrece,
Cerrado á piedra y lodo se veia,
Porque, de nuestra Infanta con la muerte,
La córte luto funeral vestia.
Duraba el temporal sañudo y fuerte,
Y con él los más bellos monumentos
No pueden agradarte y sorprenderte.

Ni es posible con lluvias y con vientos
De estas playas gozar, de estos vergeles,
Ni visitar iglesias ni conventos.
Envuelto entre tartanes y entre pieles,
Algunas horas paseaba en coche,
Que no eran en verdad ménos crueles;
Y á las ocho ó las nueve de la noche
Me iba á la cama, á que el imbécil sueño
Cerrára de mis párpados el broche.
¿Pudiera parecerme, dí, halagüeño
Semejante país, del cual traia
Un juïcio formado tan risueño.....?
Y mi opinion sobre él, por vida mia,
Se fundaba en Cervántes, en Moreto
Y en los contemporáneos de valía.
Aquél, entre discretos tan discreto,
Gloria de España, ingenio sin segundo,
Dedicó á esta ciudad más de un soneto;
Y en su inmortal *Quijote*, en que fecundo
Su rica vena eternizó, la llama
La ciudad más viciosa de este mundo.
Pues el otro, que logra tanta fama
Y tanto lauro en la española escena,
Donde aún su nombre nuestro pueblo aclama,
Á cada paso de piropos llena
Á Nápoles, y en ella á sus galanes
Entre floridos lazos encadena.
Y si vamos más léjos, voto á Sanes,
Recuerda á autores griegos y latinos,
Pues diste culto á sus ilustres manes.
Verás que eran los mares peregrinos
De las sirenas éstos; que el segundo
Anníbal hizo en Cápua desatinos;
Y que, de Roma huyendo el clima rudo,
De Ciceron, Salustio, Horacio y Nero
La mansion del placer ser ésta pudo.
Escuchando despues tanto viajero,
Que en realzar lo que vió siempre se afana,
Era esto lo mejor del mundo entero.
Yo por sus relaciones (que engalana
La imaginacion siempre) me creia
Hallarme el paraíso y la manzana;

Que nunca en esta tierra se ponia
El rubicundo sol; que el cano invierno
Sus rigores en ella no ejercia;
Que era en los prados el verdor eterno;
Que las flores jamas se marchitaban;
Que la Abundancia aquí llenaba el cuerno;
Que mágicas beldades paseaban
Por plazas y jardines; que poëtas
Con dulce lira al viajador brindaban;
Que hasta los que en harapos y en calcetas
Cruzan por estas calles, *lazarones*,
Tocaban bandolin y castañetas.
Y tantas esperanzas é ilusiones
Viendo desparecer, quedé, te juro,
En un mar de tristeza y confusiones;
Y con color tan tétrico y oscuro
Te pinté el negro cuadro de este suelo,
De siniestra impresion so el cetro duro.

Vino despues la primavera; el cielo,
Ántes de plomo bóveda pesada,
De nácar y zafir tornóse un velo.
Brotó feraz la pompa engalanada
De vegas, de montañas, de jardines;
Quedó la mar risueña y sosegada.
Admiré en su esplendor estos confines;
Del Vesubio trepé las altas cumbres;
Bosques ví de naranjos y jazmines.
De un purísimo sol gocé las lumbres;
Aprendí este lengnaje, y poco á poco
Me aficioné á esta gente y sus costumbres.
Ni amistad santa me faltó tampoco
De hermosísimas damas; sin peluca,
Ni tos, ni panza, ni tabaco y moco,
Puede un anciano verde alzar la nuca,
Y logré que dijeran muchas bellas:
¡ Quanto è simpaticone questo Duca!!
Pinté con dicha los retratos de ellas,
Les hice y publiqué sonoros versos,
Y víme encaramado en las estrellas.
He encontrado tambien hombres diversos,
De ciencia, erudicion, buen gusto y fama,

En esta grata sociedad dispersos.
Un célebre escritor hay que se llama
Blanch (1), y en ciencias políticas merece
De la inmortalidad la noble rama;
Y un tal Campagna, calabrés, parece
El hijo predilecto del Parnaso,
Segun su claro ingenio resplandece.
Estos y otros, en número no escaso,
Hombres de letras, mi amistad procuran,
Y horas con ellos deliciosas paso.
Cada dia se aumentan y maduran
Aquí mis conexiones. Mis colegas
Conmigo obsequios y champagne apuran.
. . . . . .
. . . . . .
Con tan buenos influjos, consiguiente
Era mudar de la opinion primera,
Sin tacha merecer de inconsecuente.
Ántes me honra en verdad sobremanera
El escribir segun mis sensaciones,
Y no aferrado á una opinion cualquiera.
Así deben hacerlo los varones
Imparciales é ingenuos, y se dice
Que es de sabios mudar las opiniones.....
Juzgo que enteramente satisfice
La acusacion primera de tu carta,
Pues si me he contradicho, muy bien hice.....
Vamos á contestar á la otra sarta
De improperios que das á mi alegría.
Allá voy furibundo: ¡aparta, aparta! (2).
. . . . . .
. . . . . .

Aquí cambia enteramente el tono de la epístola, y no podemos seguir en este grave recinto todos los arranques de jovialidad familiar y de chistoso ingenio que abundan en ella. Tal vez habré abusado de vuestra benévola aten-

(1) Luigi Blanch.
(2) Nápoles, 28 de Diciembre de 1845.

cion, citando tantos versos inéditos del Duque de Rivas. No me arrepiento de ello. Así habré logrado distraeros por algunos momentos de la aridez de mis observaciones; y no se os esconde, por otra parte, que cuando se trata de un hombre justamente coronado por la opinion con los laureles de la gloria, hasta los juegos de su ingenio son interesantes para la historia literaria. En los versos no destinados á la estampa, que he creido deber salvar del olvido, habréis visto, al ménos, cómo campea la lozana imaginacion del poeta, y cómo se ostentan las galas del versificador en una poesía íntima y casi improvisada, sin pretension alguna de refinamiento ni de aliño.

Si algun recuerdo de la historia del ilustre escritor puede traer alivio al dolor de sus amigos y de su familia, es la seguridad que tenemos de que fué dichoso, cuanto cabe serlo en la tierra, donde no hay luz sin sombra, ni cielo sin tormentas. Hasta los últimos años, en que desgracias y dolencias vinieron repentinamente á anublar el alegre horizonte de su vida, todo sonreia en torno suyo. Habia contraido matrimonio, en los azarosos tiempos de la emigracion (1825), con una mujer que amaba tiernamente con aquel amor que no se entibia ni se desmiente nunca. Á pesar de los estrechos vínculos de sangre que me ligan con ella (1), séame permitido decir, para honrar la verdad, que, discreta, ilustrada y cariñosa, parecia colocada por la Providencia al lado del poeta para endulzar sus sinsabores y dar rienda á su inspiracion. Merced al entusiasmo de su esposa para las letras y las artes, halló el Duque de Rivas vida y estímulo en el

(1) La señora Duquesa de Rivas es hermana del autor de este escrito.

ámbito escondido y á veces prosáico del hogar, donde tantos otros encuentran rémora y desaliento; y sólo Dios sabe adónde alcanza en las manifestaciones artísticas del alma esta benéfica y dulce influencia! Su mujer fué para el ilustre poeta, en el largo espacio de cuarenta años, y hasta su último suspiro, el primer consuelo, el primer afecto y la primera necesidad del alma. Los cinco años de Malta, época de vuelo y trasformacion para su gusto literario, su mujer, ayudada por la halagüeña y hospitalaria amistad de Mr. Frère y del general Woodford, logró que el poeta no advirtiera, como advirtió Dante,

Cuanto sa di sale il pane altrui.

y que aquel árido peñon de los mares, aquella tierra de proscripcion, fuera para él mansion risueña de ventura y de amor. Allí nacieron sus tres primeros hijos, de los nueve, corona de dicha y de ternura doméstica con que Dios bendijo aquella union. Allí, para felicitarla en sus dias, dirigió Saavedra á su esposa, presentándole al propio tiempo un ramo de flores, un alcartaz de dulces y una hebilla de oro, aquel ingenioso madrigal, que conoceis sin duda á pesar de que no ha sido impreso en las *Obras completas* del autor, y que merece vivir, por ser un vestigio notable del gusto emblemático y de la delicada galantería de nuestros padres. Hé aquí el madrigal:

Flores, azúcares, oro
Te presento como emblemas
De calidades supremas
Que en tí, amada esposa, adoro.
El oro pinta el tesoro
De tu virtud y alma pura,
Los confites la dulzura
De tu amable condicion,

Y las bellas flores son
Símbolo de tu hermosura (1).

Otra época de la vida del DUQUE DE RIVAS, de esas que los biógrafos suelen calificar de desgraciadas, fué en realidad una de las más venturosas. De ésta hablo como testigo, guiado por mis propios recuerdos. Há más de veinte años. Era uno de esos períodos de turbacion política en que no preponderaban las doctrinas que en nuestro sentir debian ser asiento y base de la verdadera libertad. Vivíamos en Sevilla, bajo el mismo techo, unidas nuestras familias, como lo estaban nuestros corazones. En algunos no frecuentes momentos en que el afan político asaltaba nuestro ánimo, decíamos candorosamente que aquella época era para nosotros *época de desgracia.* ¡Cuán engañosamente juzga á veces el hombre el estado de su alma y los vaivenes de su fortuna! ¿Sabeis cuál era la desgracia á que nos condenaba nuestro alejamiento de los negocios públicos? ¡La de vivir al amor del hogar, sin zozobra ni sinsabores, entregados asiduamente al embeleso y al cultivo de las letras y de las artes, y esto en un país donde el suelo está lleno de flores, el aire de aromas, el cielo de luz, la gente de gallardía y donaire, y la memoria de poéticos y gloriosos recuerdos! ¡Cuántas veces en las encantadas noches de la primavera de Andalucía, al borde de un estanque del frondoso jardin, embalsamado el ambiente con aquella plenitud de aromas con que sólo allí trascienden los jazmines y el azahar, pasábamos dulcísimas horas entretenidos en sabrosas pláticas y lecturas con nuestros amigos, entre los cuales de vez

(1) Malta, 25 de Marzo de 1827.

en cuando contábamos por dicha poetas esclarecidos! Algunos de ellos (1) escuchan en este momento mis palabras con la íntima fruicion con que evoca la fantasía deleites que huyeron para no volver; á otros los esconde el sepúlcro; á alguno lo esconde tambien ausencia indefinida, para sus amigos triste y amarga. Y ¿por qué no decir el nombre de éste, que ya sin duda habeis adivinado? El ilustre Zorrilla, tambien poeta épico y calderoniano á la manera del Duque de Rivas, aumentó alguna vez el hechizo de aquel jardin, leyendo con su entonacion inimitable y fascinadora el cuento titulado *La cabeza de plata*, y muchas otras producciones de su ingenio fecundo y peregrino.

Ved con cuánta ternura, con cuánta gala recuerda el mismo Duque de Rivas el solaz de aquellas regaladas horas, en una contestacion poética que dió á unos versos que Zorrilla le habia dedicado en 1844.

Pues si tú tanto recuerdas
Las delicias de Sevilla,
Del Guadalquivir la orilla,
Y mi tranquila mansion;
¿Qué haré yo, mi amado amigo;
Qué haré yo, que dejé en ellas
De mis ojos las estrellas,
Las prendas del corazon?
Ni pienses que olvidar puedo
Aquellas fugaces horas,
Tan dulces y encantadoras,
Que presto tuvieron fin,
En que los versos divinos
Que de tu labio brotaban,

(1) Los Sres. D. Tomas Rodriguez Rubí y D. Ramon de Campoamor.

Luz, calor y cuerpo daban
Al aura de mi jardin.

Ésta era, pues, la *desgracia* en que entónces viviamos; *desgracia feliz*, que nos ahorraba las tormentas y los tormentos de la vida política, daba á las facultades privilegiadas del alma el noble y provechoso empleo á que le arrastraban cultas y fervorosas aficiones, y producia, entre otras obras importantes del DUQUE DE RIVAS, su drama fantástico *El desengaño en un sueño.*

Y ¿cómo no habia de ser feliz el DUQUE DE RIVAS con las prendas peculiares de su carácter apacible y festivo?

Nuestro distinguido compañero D. Tomas Rodriguez Rubí decia ingeniosamente, conmemorando en esta noble Academia las prendas de D. Francisco Martinez de la Rosa, que este varon esclarecido, cuando jóven, era anciano por la madurez del entendimiento, y cuando anciano, era jóven por el ardor de las ilusiones y de los afectos. El DUQUE DE RIVAS no ofreció nuevo ejemplo de este contraste. En las mocedades y en la ancianidad fué siempre igualmente jóven, como se ha dicho tambien del Tasso. Sueños de imaginacion, vivacidad de afectos, lozanía de impresiones, confianza caballeresca en el trato humano, espíritu festivo, alegría genial inalterable: puede decirse que ese risueño séquito de amenas realidades y brillantes quimeras, que acompaña los primeros años de la vida, le acompañó sin tregua hasta los confines del sepulcro. Ese espíritu juvenil, inextinguible en su corazon y en su mente, era el manantial de sus simpáticas prendas y del carácter animado y ardiente de su númen. Cuando empezaba á rendirse al peso de la edad, y, segun la bella metáfora de uno de nuestros grandes poetas,

sentia bullir todavía en su alma los alegres ímpetus de la edad temprana, y luchaba, por decirlo así, á brazo partido con los esfuerzos incontrastables del tiempo. Bien claro lo expresaba él mismo en una de sus cartas familiares de Nápoles (Setiembre de 1845).

Un testigo mejor (1) no era posible
Que halláras de mi vida en esta tierra,
Para mí tan risueña y apacible.
Te habrá dicho sin duda que se emperra
En vano la vejez por derribarme,
Y que resisto su maldita guerra;
Pues miéntras no se cansen de ayudarme
Mi robustez, mi musa y mis pinceles,
Jóven á su despecho he de llamarme.
Del *Moro* y los *Romances* cien carteles
Á la ciudad anuncian traducciones,
Y hablan de ellos revistas y papeles.
Adornan gabinetes y salones
Los retratos que pinto con más fama
Que la de los Tizianos y Giorgiones.
Y á la más linda y desdeñosa dama,
Insensible á un dulcísimo soneto,
Adulador pincel tal vez la inflama.....
. . . . . .
Tengo ya en mi cartera dos quintales
De diplomas de Cuerpos diferentes
Que del saber de Italia son puntales.
Pues cuantós hay despues de las vertientes
De los fragosos Alpes hasta el cabo
Do Polifemo ejercitó los dientes,
Grátis, y sin que expenda ni un ochavo,
Académico suyo me pregonan,
Porque en Castália mis pañales lavo.

(1) Alude á un diplomático, amigo suyo, que pasó de Nápoles á Lisboa.

Mas con lo que mis dichas se coronan
Es hoy con verme *Senador* de España,
Como varios periódicos lo abonan.
Pues será para mí grande cucaña,
Conservando este puesto alto y honroso,
Las tierras ver que Manzanares baña;
Asistir por dos meses al fogoso
Parlamento; charlar en él un rato;
Irme despues al Bétis delicioso;
Las prendas de mi amor y mi conato
En mi seno estrechar, y luégo, luégo,
Regresar á este eden tranquilo y grato.

¡Dígase si no está rebosando en estos versos la juguetona y tierna expansion de la edad juvenil! Dos años despues escribia su bellísima composicion *Á la Vejez*, molesta imágen que por lo visto le asediaba entónces. En ella aparenta resignarse á la privacion de todos los placeres, y declara que ya no son para él, ni los goces de los banquetes, ni el bullicio de los festines, ni la alegría de las praderas, ni siquiera los triunfos de la poesía. No le creais; toda aquella misantropía es mero artificio del ingenio. Su conformidad imposible, su vida de entónces, las galas mismas de la composicion le desmienten. Es como el sermon de un gastrónomo que predica la abstinencia en medio de la opulenta profusion de su mesa. Es, en una palabra, la paradoja de un sibarita.

Hay almas que están dotadas de juventud eterna. Ni el mundo las gasta, ni los reveses las enseñan, ni los vaivenes de la vida las entristecen. El tiempo malgastaba sus afanes con el Duque de Rivas. Aquel hombre podia morir, pero no podia envejecer.

En los últimos tiempos de su enfermedad, ya al borde del sepulcro, recibió el Duque de Rivas una visita que conmovió hondamente su ánimo triste y decaido. Por

mandato terminante de los médicos, ya no recibia en su habitacion ni áun á sus más íntimos amigos. Pero el que ahora se presentaba tenía títulos privilegiados, que debian abrirle las puertas de aquella estancia del dolor. Era nuestro dignísimo compañero, el Sr. D. Antonio Alcalá Galiano. Como uno de los más elocuentes iniciadores en España de las doctrinas constitucionales, y como crítico reformador y agudo, habia influido grandemente aquel esclarecido anciano en la vida política y literaria del ilustre enfermo. Al verse ahora los dos amigos, que, por la dilatada enfermedad del uno y por las tareas ministeriales del otro, no se habian encontrado mucho tiempo habia, asaltaron sin duda la mente de ambos, recuerdos al par tristes y alegres de otra edad, vicisitudes de épocas turbulentas, lazos de juventud, de letras, de infortunio, de proscripcion. Ambos derramaron tiernas y amargas lágrimas. Galiano habia sabido el estado de postracion extrema en que se hallaba el Duque de Rivas, y no queria que bajára al sepulcro aquel por tanto tiempo y por tan varios títulos compañero y amigo, sin estrechar su mano querida por la postrera vez. Ya no volvieron á verse en la tierra. Pero ¡oh inescrutables designios de la Providencia! No el enfermo postrado y moribundo, sino el ministro que le visitaba, firme y activo todavía, si bien agobiado por los años y por las penalidades del mundo, era la primera víctima que la muerte habia señalado. El Duque de Rivas espiró setenta y dos dias despues de D. Antonio Alcalá Galiano, que habia nacido para la desgracia, como su amigo para la ventura, y cuya austera honradez y relevantes merecimientos sólo conocieron á fondo los que cultivaron su amistad muy de cerca.

¿Qué mucho que estas tristes imágenes despierten involuntariamente en vuestro corazon nuevos recuerdos igualmente profundos y dolorosos? Otro amigo, otro compañero esclarecido, D. Joaquin Francisco Pacheco, ha desaparecido para siempre de nuestro lado prematura é inesperadamente.

Así como Martinez de la Rosa y Saavedra, era Pacheco de aquellos hombres que entran por la florida senda de las letras en la ardua y escabrosa de la política, para subir despues en alas del talento á la cumbre de los honores y de las dignidades públicas. La toga, la tribuna parlamentaria, las academias de las letras, de las artes y de las ciencias lloran de consuno la eterna ausencia de quien supo dejar en ellas rastros de verdadera gloria.

Y ¿qué os puedo decir de la muerte de otro amadísimo compañero, nuestro inolvidable D. Ventura de la Vega? La nacion entera lamenta con nosotros la pérdida de este insigne escritor dramático. Poseia en alto grado el precioso dón de un gusto severo y acendrado; dón rarísimo, y no ménos esencial en las letras que la imaginacion inventiva y ardiente. No necesito recordaros sus notables obras, escasas en número, pero ricas en prendas literarias de valor muy subido.

Todos sabeis, como yo, que el autor de *El Hombre de mundo*, comedia que es modelo de estructura dramática, de agudeza cómica, de verdad humana y de verdad local; que el continuador del lenguaje escénico de Moratin, harto olvidado en nuestros dias, tiene reservado un lugar privilegiado y eminente en la historia del Teatro español.

¡No há muchos dias! apénas cerrada la tumba en que duerme Vega con el eterno sueño, otra tumba se abre para el ilustre Marqués de Pidal, que lloramos, no sólo

como académico insigne, sino como uno de los patricios más respetables y más dignos que ha producido nuestra nacion. Los lazos de amistad acendrada y de respetuoso cariño que á él me ligaron siempre, podrian hacer parecer en mis labios inspiradas por favorables prevenciones las alabanzas que tributase á este varon esclarecido; pero tan altas fueron sus prendas, tan notorios y provechosos sus esfuerzos por el bien de la patria, tan evidentes su vasto saber y su profunda inteligencia, tan importantes sus obras literarias, que bien puedo aventurarme, sin ser tachado de parcial, á esta honrosa conmemoracion. El que en dias de riesgo y turbacion, prudente y sabio con la pluma, franco y brioso con la palabra, contribuyó tan poderosamente á cimentar el trono, la religion y la libertad, tiene reservado uno de los puestos más encumbrados y gloriosos en los anales políticos de su época. El que, incansable en las exploraciones literarias é históricas, no satisfecho con descubrir, publicar é ilustrar venerables monumentos de la lengua y de las letras castellanas, empleó la inaccion política á que le sujetaban sus dolencias, en escribir la admirable *Historia de las alteraciones de Aragon*, luminoso estudio, en el cual se desvanecen tantos errores de la pasion y de la rutina, ha estampado para siempre su nombre en la historia literaria de Europa.

Lo que le ha granjeado especialmente, no sólo el aplauso, sino el respeto de la posteridad, es, por una parte, el conocimiento profundo que tenía del espíritu tradicional de su país, y la conviccion que abrigaba de la necesidad de atender en cualquiera reforma á ese mismo espíritu, que es como la fuerza vital de las naciones; por otra, el sentido moral, hondo y austero, que está, por decirlo así, grabado en todos sus actos y en todos sus es-

critos, ya políticos, ya literarios; sentido moral que no se desmiente jamas, que no desmaya ante las adversidades públicas ni ante las amarguras del encarnizamiento implacable de los partidos.

Pero ¿por qué me detengo á enaltecer lo que de suyo se colocó tan alto? Hasta los enemigos políticos del Marqués de Pidal han reconocido siempre los fundamentos imperecederos de su gloria, y nadie ha llevado la injusticia hasta negarle su elevado talento, su ardiente patriotismo, su acrisolada honradez, su lealtad, su intencion pura y elevada.

Perdonad, Señores, que me haya detenido un momento ante estos cuatro sepulcros venerados, que han salido, por decirlo así, al paso de mi pluma. Al pensar que en el espacio de algunos meses se han desvanecido tales lumbreras de la patria, no me ha sido dable dejar de enlazar con los laureles del Duque de Rivas los no ménos honrosos que á estos insignes Académicos depara igualmente la posteridad. Para ellos pasaron, como pasa el viento de las pasiones, los ciegos y temerarios juicios, que son funesto indicio y lamentable achaque de los tiempos de turbacion. Sus altas prendas de carácter y de entendimiento resplandecen ya con la luz serena que brota de las tumbas gloriosas, y yo me complazco en proclamar tan nobles prendas en este santuario de la imparcialidad y de la inteligencia.

Apartemos con horror la vista del año de 1865, año funesto, que nos ha arrebatado cinco amadísimos compañeros, que por diversos títulos y caminos alcanzaron las palmas de la inmortalidad (1). El Duque de Rivas, Ga-

(1) D. Antonio Alcalá Galiano falleció el 11 de Abril.

liano, Pacheco, Vega, Pidal..... ¿cómo llenar el hondo vacío que estos eminentes varones han dejado en la Academia y en la nacion?

Tiempo es ya de poner término á este largo y desaliñado discurso, en que he dejado correr la pluma, sin más órden que el, no muy académico, que traian consigo los sentimientos y los recuerdos. Acabo, como empecé, dolorida el alma por la irreparable desgracia que hoy nos congrega en este sitio.

Todos lo comprendeis. Llega una edad en que, cansado el ánimo de los vaivenes del tumulto humano, lastimado el corazon en las asperezas del desengaño, de la injusticia y de la indiferencia, recoge involuntariamente las alas con que en los albores de la juventud intentaba remontarse á los mágicos espacios del amor, de la gloria y de la confianza. Se estrecha y se anubla el ancho y claro horizonte de aquellos sueños inefables; y al cabo, desmayada y temerosa, se concentra el alma en los puntos luminósos de la vida pasada, en los encuentros felices que han dejado en ella rastros de emocion profunda y verdadera. Santa amistad, ternura intensa y desinteresada, admiracion sincera de las obras del arte ó del ingenio, vosotras sois los únicos consuelos de la tierra. Pasan con los años los engañosos deleites de la esperanza. La fantasía, ya estéril y escarmentada, no se atreve á mirar adelante; sus ilusiones no están ya en el porvenir: se cifran casi exclusivamente en lo pasado. La mujer fiel y cariñosa, que arrastró con nosotros la carga de la vida; el amigo

---

El Duque de Rivas, el 22 de Junio.
D. Joaquin Francisco Pacheco, el 8 de Octubre.
D. Ventura de la Vega, el 29 de Noviembre.
El Marqués de Pidal, el 28 de Diciembre.

leal y constante, que se sobrepuso en momentos de prueba á las sugestiones del orgullo ó de la envidia; el sabio, el poeta ó el artista que hizo penetrar en nuestra alma la luz de la razon ó el sagrado fuego del entusiasmo, constituyen el tesoro de la edad madura. Por eso, cada vez que la muerte amengua el tesoro y desvanece un rayo de aquella luz consoladora, el alma se estremece y se apoca. Por eso lloramos hoy al Duque de Rivas con lágrimas sinceras.

Y ¿cómo hemos de olvidarle? Nos ha legado el blason de su renombre literario, unido para siempre á las glorias de la Academia; nos ha legado su imperecedero recuerdo como amigo tierno y constante; nos ha legado, en fin, su propio hijo, nuestro amado compañero el Marqués de Auñon, hoy ya Duque de Rivas, quien (me atrevo á decirlo, porque creo que no me ciega el cariño que le profeso) sabrá sostener dignamente el peso de honor y de gloria que ha heredado de su ilustre padre.

Aún veo, y veré miéntras viva, con los ojos de la memoria y del corazon, en el lecho del dolor y de la muerte, á aquel que habia sido por su vivo y jovial ingenio y por su afable y dulce condicion, el encanto de su familia. Rodeábale ésta, no, como solia, brotando el contento y la risa al hechizo de sus palabras, sino llenos los ojos de lágrimas y el alma de incurable amargura. Cuando voló su espíritu al seno del Criador, parecia áun más visible en su semblante el sello de aquel alma apacible y honrada. Su noble expresion se hallaba realzada por la majestad de la muerte.

¡Dios haya cambiado en su frente la mezquina y perecedera aureola de la gloria terrestre, por la aureola inmensa y eternamente luminosa de las glorias del cielo!

Leopoldo Augusto de Cueto.

ELOGIO
DE DON ALONSO TOSTADO,

OBISPO DE ÁVILA,

PREMIADO POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

en Junta que celebró el dia 15 de Octubre de 1782.

SU AUTOR,

DON JOSEPH DE VIERA Y CLAVIJO,
Arcediano de Fuerte-Ventura, Dignidad de la santa iglesia de Canaria, Académico de la Real Academia de la Historia, historiógrafo de las islas de Canaria.

Summumque, si viros æstimes, Hispaniæ decus.
LUC. FLOR., lib. II, cap. XVIII.

Cuando la Real Academia Española, que puede celebrar sin recelo, en nombre y á presencia de toda la nacion, la memoria de sus varones ilustres, propone para asunto de la alabanza y público reconocimiento de la patria un modesto literato al lado de dos grandes reyes, se me representa aquella ciudad de Olimpia, en cuyo estadio, á vista de la Grecia, los jueces que presidian á la adjudicacion de premios, no sólo coronaban de olivos igualmente á los atletas y á los filósofos, á los héroes y á los sabios, á Hieron, rey de Siracusa, y á Herodoto, el padre de la historia, sino que tambien estimulaban á los más célebres escultores para que se disputasen la gloria de cincelar en mármol ó en bronce sus estatuas, á fin de colocarlas en el sagrado bosque que rodeaba el templo de Júpiter.

La Real Academia, pues, este Cuerpo literario, bien conoce que si los sabios, miéntras viven, suelen ser mirados con desden de los poderosos y de los esclavos que adoran el poderío, la posteridad, más justa, más agradecida ó ménos sobornada, ordena de otro modo las condiciones, y que no se gobierna para la celebridad por otros títulos que por los del mérito, la utilidad y la razon. Sabe que á los mayores príncipes sólo les queda de su grandeza aquello bueno que han hecho, ó aquello bueno que de ellos han dicho los escritores; que Filipo de Macedonia sólo daba gracias á los dioses en el nacimiento de Alejandro, porque le habia concedido un hijo á tiempo que vivia un Aristóteles en el mundo, que lo pudiese instruir, y que este mismo Alejandro no envidiaba á Aquíles otra gloria que la de haber merecido á Homero por su panegirista, ni Cárlos XII á Alejandro, que la de haber tenido por su historiador á Quinto Curcio. Sabe, en fin, que para reintegrar en el reino el antiguo crédito de las ciencias, cuyo amor, por falta de estimacion, se ha entibiado, no sin susurro de la Europa, es conveniente restaurar de alguna manera su culto, ofreciendo honores literarios á los reyes, y regios distintivos á los españoles literatos; debiéndose observar que áun los mismos monarcas, en medio de cuyos tronos se coloca hoy al hombre adornado de talentos, son dos monarcas benémeritos de la literatura: Felipe V, fundador de las academias de España; Don Alonso el Décimo, llamado por antonomasia el Sabio.

Pero ¿quién es este literato español, quién es este grande héroe en ciencias y sabiduría, que se intenta hoy elogiar, parangonándolo con los que son héroes en el poder y majestad? ¡Qué! ¿Don Alonso de Madrigal, el

Abulense, el Tostado, habrá de oprimir todavía este siglo de luces con el peso de aquella admiracion desmedida, que un siglo de tinieblas dejó por herencia y tradicion á la incauta posteridad? Todavía la Academia Española no ha de poder volver en sí del pasado asombro, ¿y pretende que se tribute ciegamente á aquel *Stupor mundi*, y sus veinte y siete volúmenes en fólio, el mismo incienso supersticioso de la plebe, sin advertir que este elogio ya llega tarde, y que más necesita el Abulense de apologías que de aplausos?

Con efecto, el siglo décimooctavo no es propio para celebrar al décimoquinto, sino para juzgarle, ni la edad de la razon debe admirar la infancia de la literatura. Está muy bien que la barbarie de aquellos tiempos de ignorancia, en que los que parecian más doctos pasaban por más mágicos, se quedase atónita á vista de un nuevo prodigio de estudio, de memoria y erudicion; que entre nosotros esta erudicion misma debe tenerse por una segunda especie de barbarie, y la quimera de aquella ciencia universal, que entónces se apoderó de la Europa, por un fárrago de opiniones absurdas, falsas ideas, palabras vanas, preocupaciones y errores.

Así ha hablado en nuestros dias una casta de crítica, ó por mejor decir, de filosofía arrogante, y áun quizá habrá retraido á los ingenios pusilánimes del empeño de elogiar al Tostado. Pero ¡oh Tostado, oh inmortal prelado abulense! No es de ahora que tu elogio esté bien grabado en mi corazon. Tu mérito, tu nombre, que dura y durará siempre indeleble sobre los más altos obeliscos y arcos triunfales de la república de las letras, me fuerza á que te admire, porque tú fuiste hecho para forzar á la admiracion á todos los siglos, y en cualquiera que hu-

bieras nacido, serías el mismo monstruo. Cuanto más te estudio, más me asombras; cuanto más me acerco, me pareces mayor, y te confieso que si hubo tiempo en que yo no creia lo que se contaba de tí, ya he venido, lo he visto, y he encontrado que no sólo todo es verdad, sino que tu sabiduría y tus obras exceden las ponderaciones de la fama (1). Sí, yo te elogiaré, y tu elogio no será para mí un problema de Arquímedes, muy difícil de resolver, como decia Ciceron del elogio de Caton de Útica; ántes bien pretendo obligar á mi siglo filosófico á que apruebe los elogios que te dió tu siglo escolástico, á que te admire, y áun á que te envidie á pesar suyo, así como te admiró, te alabó y te envidió aquél con tanto esmero.

Bien sé, no obstante, y no me costará persuadirlo, que es desproporcionada mi pluma para medir la extension de tantos talentos, y que no deberia ser ella la que se emplease en este panegírico. Un grande ingenio no puede ser avaluado sino por otro grande ingenio, y quizá sería menester, para elogiar al Abulense, otro sabio universal como Juan Pico de la Mirándula ó como Francisco Macedo. Muchas veces me he dicho yo á mí mismo: deja, deja esa carga, cuyo peso es tan superior á tus hombros; pero me animaba el conocer que aquí no se trata de arrancarle la clava de la mano á Hércules, sino de hacerle su apoteósis, y que para esto bastante energía suele tener un ánimo penetrado de respeto y veneracion.

Siempre fué, á la verdad, el destino de D. Alonso Tostado deber sus mayores lucimientos á débiles principios.

---

(1) III, *Reg.*, 10.

Un lugar corto, una familia obscura, un cuerpo pequeño, un siglo bárbaro, una vida breve, es lo que desde luégo ofrece la historia al que intenta reconocer la patria, padres, tiempo, persona y edad de este varon insigne. Pero ¿cuántas grandezas se contuvieron en tan estrechos márgenes? Grande alma, gran corazon, grandes potencias, grandes virtudes, grandes obras. Sigamos, pues, los trabajos intelectuales de este Hércules, y veamos si halla que admirar en él nuestro siglo.

Don Alonso Tostado venció desde su primera infancia, entre los Franciscanos de Arévalo, las tortuosas dificultades de la gramática y retórica, como sofocó el hijo de Alcmena las dos serpientes en la cuna; de suerte que su primer uso de razon fué usar con facilidad del arte de analizar los pensamientos y de mandar en las pasiones. Éstas fueron las armas con que se presentó en el campo de la universidad de Salamanca, ya entónces sembrado de laureles, agitado de un apetito irresistible de saber y de un entusiasmo nunca visto de gloria, para conquistar las riquezas que el mundo científico tenía; y lo mismo fué presentarse, que hacerse dueño como por sorpresa de la lenguá hebrea y de la griega, de la filosofía y de la teología, del derecho eclesiástico y civil, de las letras humanas y de las divinas, de la historia natural y de la moral, de la cronología y de la astronomía, de la cosmografía y de las matemáticas, de la metafísica y de la ética, de la filosofía y de la medicina, de las artes liberales y de las mecánicas; porque, teniendo una capacidad sin límites para todo aquello á que se aplicaba, él se aplicaba á todo, y nada se le resistia.

De este modo, en la edad de la confianza y de la temeridad, llegó á ser el jóven Tostado solo la universidad

entera de Salamanca, un ciudadano más poderoso que el Estado, y como una enciclopedia viva de aquellos tiempos. Sus pasos, rápidos como los de la lúz, dejaron muy atras á todos los aventajados maestros que habia en aquellos claustros, quienes vencidos, á pesar de su amor propio literario, el más fuerte de todos, vinieron murmurando á ofrecer á su competidor de veinte y cinco años la borla egregia de doctor, ciñéndole las rubias sienes con un lauro de gloria, que más denotaba sus triunfos que sus grados. Todos desaparecieron á su vista, y él solo desde entónces regentó á un mismo tiempo hasta tres cátedras de aquellos graves estudios, enseñando casi todas las facultades á una muchedumbre codiciosa de oyentes, porque él solo era bastante para doctrinar entónces toda la España, así como la ilustraba solo con la celebridad de su nombre. De toda la península, y áun de otras muchas partes de la Europa, corrian á Salamanca diversos personajes con el ánsia de consultar este nuevo oráculo, que nunca hablaba si no era preguntado, así como en otro tiempo iban á Roma, desde Cádiz, por ver á Tito-Livio; y si todos tenian allí derecho de proponerle cuestiones intrincadas, y sutiles enigmas sobre cualquier asunto, el Tostado, que era el mayor enigma de la literatura, tenía tambien la generosidad de satisfacerles, como otro Salomon.

Debió, sin duda, D. Alonso de Madrigal instruccion tan inmensa á una memoria peregrina, que pareceria fábula lo que de ella se cuenta, si no lo atestiguasen autores de la primera nota; á una memoria, digo, que retenia en su tesoro todo cuanto habia leido una sola vez; que le bastaba haber pasado cualquier libro por la vista, para copiarle todo á la letra; que en tantos tratados como es-

cribió, jamas se equivocó ni se contradijo; que en tan doctas y profundas tésis como propuso, siempre halló las más genuinas soluciones, y siempre anduvo consiguiente consigo mismo.

Monstruosa memoria, me dirán; pero ¿qué mérito es el de una memoria monstruosa? Entendimiento, entendimiento es lo que esperamos ver en el Tostado, no memoria. ¡Insensatos! Vosotros no sabeis lo que es memoria, y sin duda ignorais que la facultad de ligar bien nuestras ideas para presentarlas al alma por medio de imágenes y de voces, es la que da al entendimiento el ejercicio de la reflexion, la amenidad de los pensamientos, la gracia de las ocurrencias felices y la vária índole de los ingenios celebrados. Es verdad que se suelen encontrar muchos hombres de conocido entendimiento que se quejan de su memoria; pero es seguro que en la parte en que carecen de memoria está falto su entendimiento. Es verdad tambien que otros, con gran memoria, no se quejan de su entendimiento, aunque debieran; pero es tambien seguro que éstos sólo retienen las voces sin las ideas, y que en la parte en que comprenden los significados, no dejan de ser entendidos.

Esta memoria, fruto de una economía avara del tiempo, cuyos instantes consideraba perdidos si no los ocupaba en el estudio, como el emperador Tito cuando no los empleaba en hacer felices á los hombres; esta memoria, repito, efecto de su aplicacion contínua al trabajo, por lo que dijeron algunos del Tostado lo que de Dídimo Alejandrino, que tenía entrañas de bronce, era bien necesaria para abarcar en pocos años materias y facultades tan diferentes, escribir tan prodigioso número de tratados, disputar tan delicadas y diversas cuestiones, y esto

en un siglo en que el estudio era inútil y áun peligroso para la fortuna; en que todavía el arte de la imprenta no se habia inventado; en que los libros manuscritos, sobre ser tan raros, eran costosos; en que los archivos de los antiguos monasterios tenian sepultados bajo del polvo sus venerables códices; en que no habia maestros, sino pedantes; en que Constantinopla no nos habia enviado sus Crisóloras, Besariones y Temistos; en que el espíritu militar y de caballería, apoderado de un cabo á otro de la Europa, tenía las Musas fugitivas y en silencio; en que el yugo de la ignorancia, la supersticion, la corrupcion y el fanatismo oprimia la tierra; en este siglo, pues, propia imágen del cáos, ó por mejor decir, en medio de la profunda oscuridad de esta noche, fué cuando el Tostado vió tanto, leyó tanto, supo tanto y escribió tanto.

Pero ¿qué saber era aquél, añaden los críticos, qué filosofía, qué ciencia? Una jerga escolástica, unas entidades árabigo-peripatéticas, una exposicion mística y alegórica de las escrituras; unas cuestiones tan oscuras como pueriles y sofísticas, que viciaban la física, estragaban la elocuencia y degradaban la razon..... Para confundir esta declamacion presuntuosa, bastaria presentar á semejantes Zoilos las mismas obras del Tostado. Mas ¡ah! que como son muchas, muy voluminosas, y están en fólio, ellos no las han de leer. Bastaría, á lo ménos, repetirles cuanto han dicho los que las han leido (1); esto es, que entre todos los sabios de los pasados siglos ninguno ha podido competir con el Abulense; que si hubiese florecido en tiempo de los Santos Padres, no tendría

(1) Matamor. *de Academ., et doct. Hispan. vir.*

España que envidiar ni á Hipona sus Agustinos, ni á Estridonia sus Jerónimos, ni á otra ninguna iglesia del mundo sus antiguas lumbreras; que tal vez fué digno el Tostado de disputar el quinto lugar entre los santos doctores, á San Isidoro y á Santo Tomas de Aquino; que entre todos los primeros expositores no hubo ninguno comparable con el eximio, el singular y casi divino Tostado (1); que este admirable teólogo fué un océano de todas las ciencias y un milagro patente (2), tanto por su profundo conocimiento de la antigüedad más remota, cuanto por la vasta extension de sus escritos (3). Pero éstas pasarán por hipérboles de autores exagerativos, que adornando su ídolo, lo ensalzan á las nubes.

Así, yo sólo quiero responderles de este modo: Sí, es verdad, el Tostado no alcanzó las nociones sublimes de Descártes, de Galilei, de Newton, de Locke, de Leibnitz. El Tostado no fué caudillo de ninguna secta literaria, ni ocasionó ninguna notable revolucion en las ciencias naturales, haciendo nuevos descubrimientos ni sistemas. El Tostado no conoció los grandes progresos que en trescientos años hemos hecho en las matemáticas transcendentes y analíticas; en aquella geometría sublime, que ha franqueado á la verdadera física las puertas de la naturaleza; en aquella álgebra, que con un corto número de signos representa una innumerable serie de ideas; en aquella física general y particular, cuyos singulares fenómenos, especialmente los magnéticos, eléctricos y pneumáticos, han abierto un nuevo campo de sólidos conoci-

---

(1) Reyner, Bovosi.
(2) Molineo.
(3) Mariana.

mientos al género humano; en aquella geografía, física, química é historia natural, que les revela los más útiles, curiosos y reservados arcanos; en aquella astronomía, que demuestra las gravitaciones y atracciones de los cuerpos celestes, mide las distancias, pesa los astros, cuenta los mundos, sigue el período de los cometas en sus órbitas, asegura la navegacion con los eclipses de los satélites de Júpiter; en que la dióptrica con un vidrio en la mano descubre los planetas incógnitos, ve á Saturno rodeado de su anillo, las manchas inconstantes del sol, las montañas y simas profundas de la luna, la Via Láctea empedrada de estrellas, las nebulosas, los incendios de Marte, las vicisitudes de Vénus; que diseca los rayos de la luz, le calcula los pasos, reconoce un mundo nuevo de vivientes microscópicos, y da al hombre nuevos sentidos, así como la mecánica le da nuevos brazos. Nada de esto conoció el Tostado.

Pero supo, y supo de veinte años, todo cuanto en los tiempos pasados se habia sabido, y todo cuanto estaba olvidado ya en el suyo; y haciéndose superior á sus coetáneos, á sus obras, á sus ideas y á su siglo, preparó la aurora para la superioridad del nuestro. Colocadle en la antigua Grecia, y hubiera sido un Aristóteles; colocadle en la antigua Roma, y hubiera sido un Varron; colocadle en la Europa moderna, y hubiera sido un Leibnitz. Él hubiera llorado si le hubiesen dicho alguna vez que habia otras ciencias que no sabía, así como lloró el vencedor de Darío y Poro cuando entendió que existian otros mundos que no habia conquistado.

¡Qué injusticia! Porque el Tostado no nació en mejor época, porque parte de los estudios que cultivó no son ya admirables, ¿dejarémos de confesar que fueron admi-

rables sus talentos? ¿Acaso dejamos de reputar por grandes capitanes á Alejandro, á Pirrho, á Aníbal, á Scipion, á César, porque batian las murallas con arietes, y no con cañones, ó porque no disparaban balas, sino dardos y flechas? Nuestros estudios tambien han de pasar, el gusto y los conocimientos de los siglos venideros tambien serán otros; pero no por eso dejarán de ser estimados los sabios con que hoy se honra la Europa; y el Tostado, corriendo por medio de todas las edades, precedido de la aclamacion de los pueblos, irá recogiendo en el camino nuevos tributos de admiracion hasta la posteridad más remota; de suerte que, como decia Séneca de Caton, entre las ruinas de su siglo siempre estará su reputacion en pié.

Ni ¿cómo podrá dejar de ser admirado siempre un ingenio, que si se calculan los años de su vida y las páginas de sus obras, se hallará que debió componer y escribir cada dia tres pliegos enteros, ó quizá más bien cinco pliegos, porque en su niñez y primera juventud seguramente no fué autor? Y áun así, ¿cuándo tuvo tiempo de ser hombre; quiero decir, de dormir y de alimentarse? ¿Cuándo de leer y estudiar? ¿Cuándo de meditar, de disputar, de instruir, de viajar y de ocuparse en las sérias incumbencias de sus diversos ministerios?

Entre éstos no será el ménos memorable aquel de rector del Colegio de San Bartolomé de Salamanca, cuyos alumnos contarán siempre por la primera de sus glorias la de haber vestido su beca el Abulense; beca con que se cubrirán, como con la egida de Minerva, para imponer á todo el mundo el silencio más respetuoso, miéntras ellos mismos, bañándola de lágrimas, desahogarán la ternura de su agradecido corazon.

Este empleo era tambien entónces la única felicidad y áun la única ambicion del Tostado, porque observando, como varon verdaderamente estudioso, en el silencio tranquilo del Colegio, la suma rapidez de la vida, y queriendo redimirla con sus tareas inmortales, descuidaba de cuanto podia adelantarle en la carrera de las dignidades eclesiásticas, á que otros dedicaban toda la memoria y el tiempo. Merecíalas demasiado para pretenderlas, y todavía el eficaz influjo de sus concolegas no habia llegado á aquella brillante fuerza de predominio que vió España; siendo siempre bien raro que los dispensadores de las gracias, áun cuando les es notorio el mérito, se adelanten á darle el galardon. La vanidad quiere ahijados, el interes hechuras, y la mediocridad ó la ignorancia se suelen hallar así protegidas.

Pero habia en Roma un pontífice sabio, Eugenio IV, que, amante desinteresado de los sabios, y atento á los multiplicados ecos con que la fama de D. Alonso de Madrigal resonaba hasta por los ámbitos de la Italia, le confirió un canonicato de Salamanca y la dignidad de maestre-escuela de la misma iglesia; merced que consoló á cuantos apreciaban el mérito modesto, y que el Tostado solamente estimó, porque sin separarle de la universidad, le entregaba el gobierno de sus estudios. Entónces fué cuando, por defender las vulneradas inmunidades de este cuerpo privilegiado, se vió en la triste necesidad de armarse de los rayos espirituales de aquellos siglos tempestuosos, para hacer frente, no sólo al magistrado de Salamanca, sino al mismo Monarca de Castilla, de lo cual D. Alonso se gloriaba más que de toda su vasta ciencia, y de lo que únicamente no le alabarémos nosotros.

La naturaleza, digámoslo así, era la que le habia un-

gido desde antemano por rey y señor natural de las escuelas; pero la república de las letras, que es la más libre de todas las repúblicas, donde nadie quiere reconocer superior como César, ni igual como Pompeyo; esta república, en cuyo seno suscita la envidia los más crueles tumultos, empezó á sublevarse, como por un principio de ostracismo, contra la gloria molesta del Tostado, que descollaba más de lo conveniente, llenando su espíritu de amarguras. Pero no le compadezcamos. La persecucion es la divisa del hombre grande, y nosotros le hallarémos admirable en la misma persecucion.

Pasa D. Alonso desde Salamanca á Basilea, á tiempo que se celebraba aquel ruidoso concilio general, en que los Padres, considerando tambien á la Iglesia, que representaban, á modo de una jerarquía republicana, no sólo declaraban sus derechos sobre la cabeza visible en ciertos puntos, sino que trataban de juzgarla. El Tostado asiste á estas primeras sesiones, y estando muy versado en las antigüedades eclesiásticas y en la disciplina para no prestar su sufragio á aquella opinion, al punto se la pintó á Eugenio IV la malignidad de sus émulos como una ofensa hecha á su tiara, y una ingratitud á su bondad. Con esta noticia no pierde tiempo D. Alonso. Parte intrépido á Italia; llega á la ciudad de Sena, donde residia el Papa; logra aplacar sus iras, y para hacer algun alarde de sus fuerzas, defiende en pública palestra, dos dias consecutivos, un gran número de conclusiones de teología, con admiracion de toda la córte romana, y no sin celos de muchos teólogos poderosos, á quienes les fué fácil envenenarle hasta cinco proposiciones, como otras tantas sutiles asechanzas, á fin de derribar aquel robusto antagonista sobre la propia arena de su triunfo. Tan imposible es

querer satisfacer la sed de la celebridad sin perturbar la tranquilidad de la vida.

Á los ingenios grandes que tienen la envidiable desgracia de ir más de priesa que su siglo, y penetrar más que los otros, siempre les ha sucedido lo que al perseguido Abulense. Dos de aquellas cinco proposiciones eran: *Que nuestro Señor Jesucristo no fué muerto sino al principio del año treinta y tres de su edad, y que no padeció á veinte y cinco de Marzo, sinò á tres de Abril.* Y estas mismas dos proposiciones, que entónces se censuraron por falsas, se ven hoy seguidas y aplaudidas casi como evidentes por todos los críticos, astrónomos, cronologistas é historiadores de más nombre, los cuales, como asegura Vosio, *de la fuente del Tostado regaron los jardines de tan florida erudicion.* En efecto, si el año de la muerte del Salvador fué aquel en que el dia quince de la luna del mes de Nisan cayó en viérnes, no hay duda que debió ser el año treinta y tres de su edad, y el dia tres de Abril; pues, segun los cómputos astronómicos de los novilunios y plenilúnios, sólo en aquel año de la vida del Señor concurrieron iguales circunstancias. Las otras tres proposiciones se podian reducir á una; esto es, *que aunque no hay ningun pecado por su naturaleza irremisible, ni Dios ni el sacerdote absuelven de la culpa ni de la pena.* El mismo Tostado confesaba ser ésta una paradoja ingeniosa; pero la fundaba en que siendo la culpa una accion transitoria, que sólo dura miéntras que se comete, cuando la penitencia sobreviene ya no existe la culpa, sino el reato. Del mismo modo, no siendo la pena un vínculo, sino el término de una obligacion, decir que hay absolucion de la pena es hablar sin la debida exactitud. Tales eran las graves sutilezas en que el espíritu escolástico empeñaba

entónces sériamente á los mayores hombres, haciéndolos irrefragables y eximios, ó el blanco de las contradicciones y censuras.

Era lo más notable én este gran juicio teológico contra la doctrina del Abulense, ver erigido por acusador y adversario suyo, no ya al Obispo de Ancona Cafarello, no al de Régio Guillermo Logotheta, ni á otros doctores italianos oscuros, sino á un claro español, al Cardenal de San Sixto, obispo de Mondoñedo, á aquel dominicano célebre Juan de Torquemada, cuyo nombre no debemos confundir entre la caterva de enemigos del Abulense..... Al llegar aquí, no puedo ménos de pararme y confesar cuán penosa cosa es tener que presentar á una Academia tan ilustrada el ingenio persiguiendo al ingenio, y la virtud á la virtud; pero nada ha habido más comun en la triste historia de los hombres, y quizá yo no debo ver en las acriminaciones de Torquemada contra el Tostado sino la natural aspereza de un entendimiento endurecido en la disputa, y el celo de un teólogo severo que teme se ofenda la pureza de la doctrina ortodoja; un compatriota que se aflige de los errores de un sabio, y no un émulo que se asusta de sus aplausos y que quiere vengarse de ellos.

Torquemada tenía adquirida demasiada reputacion cerca del Papa, á quien se habia hecho necesaria su pluma contra los Padres de Basilea y los griegos de Bizancio, para no prometerse la victoria; así, él mismo se gloriaba de que las cinco proposiciones del Abulense (número fatal para condenaciones pontificias) habian sido censuradas y prohibidas por algunos cardenales y teólogos de Eugenio IV. Sin embargo, nuestro Hércules, nuestro Tostado, no se considera rendido; ántes bien, seguro de

su razon y de su causa, escribe, opone con firmeza á su fiero contrario aquel acérrimo *Defensorio*, dirigido á otro cardenal español (1), en el cual, explicando el verdadero sentido de las sentencias impugnadas, acababa de comprobar su erudicion, de acrisolar su fe, de asombrar al mundo y de imponer silencio al teólogo.

Fué para toda Italia un espectáculo singular el de este gran duelo científico entre aquellos dos campeones españoles, igualmente célebres, igualmente inmortales; ambos respetados por corifeos de la más vasta literatura y virtud; ambos insignes teólogos, eminentes expositores y canonistas; ambos admirados en el Concilio de Basilea, estimados de Eugenio IV, amados de D. Juan el Segundo; ambos castellanos de tierra de Valladolid; y lo que parece más raro, ambos semejantes en la significacion de los nombres. La ciencia de Torquemada tenía mucho de aquel ardor polémico, que con su nervio y sequedad aterroriza; la del Tostado, de aquella luminosa amenidad y vária riqueza, que agrada y que persuade. El estilo de Torquemada, noble como su linaje, pero duro; el del Tostado, desaliñado é incorrecto como su siglo, pero ingenuo. Las máximas de Torquemada, todas ultramontanas; las del Tostado, todas conformes á los cánones más antiguos. Torquemada, como un docto eclesiástico, combatia por la Iglesia para triunfar él mismo; el Tostado, como un sabio maestro, combatia por la razon para que ella triunfase. Aquél era el oráculo de la córte romana; éste lo era de todo el orbe instruido. Los títulos de la gloria de Torquemada eran sus *Comentarios sobre Gra-*

(1) Don Juan de Carvajal.

ciano, su *Suma eclesiástica*, sus *Cuestiones sobre los Evangelios*, su *Tratado de la union de los griegos*, sus sermones..... Los del Tostado, sus grandes comentarios sobre casi todos los libros históricos de la Biblia, los no ménos grandes sobre San Mateo, sus obras sobre Eusebio, sobre las cinco paradojas figuradas, sobre los dioses, sobre las almas separadas, sobre Medea, sobre la policía, sobre la misa, el confesional, la predicacion, los casos de conciencia..... Pero ¿adónde voy? ¿Quién escribió más que el Tostado? Finalmente, Torquemada compuso su *Tratado contra el Tostado*, que quedó inédito en la Biblioteca Vaticana; el Tostado compuso su *Defensorio*, que vió la pública luz, y corre impreso por todo el mundo.

Sin duda que Eugenio IV, sabidor de cuanto habian contristado á la Silla Apostólica, en aquellos últimos tiempos, los grandes doctores de las universidades desde Praga hasta Oxford (porque las universidades casi entraban entónces en el sistema de las potencias de Europa), recibiria con satisfaccion paternal aquella docta y sincera apología del más esclarecido doctor de Salamanca, en descargo de su sana doctrina, bien que escrita sin adulacion ni rebozo. Prueba de ello fué la prontitud con que le confirió el obispado de Ávila á las primeras insinuaciones de D. Juan el Segundo, aquel príncipe manso y naturalmente bueno, que en un siglo rudo y en medio de una córte frívola supo amar las letras y las artes, á los sabios y á los poetas, á Juan de Mena, al bachiller Cibdad Real, á D. Enrique de Villena, á D. Alonso de Santa María; en una palabra, al Abulense.

Habia poco tiempo que el mismo Rey le habia sacado de la cartuja de Scala-Dei en Tarragona, donde de vuelta de la Italia se habia retirado tres meses, huyendo de

los aplausos y de las contradicciones de los hombres, desnudándose de su gloria para vestirse del silicio, y condenando su elocuencia al mayor silencio. Pero el autor de las luces del Tostado, que no las habia criado tan admirables para que se eclipsasen sin provecho de los demas, inspiró al Monarca de Castilla el loable deseo de tenerle en su córte, haciéndole de su Consejo, su chanciller mayor, abad de la colegiata de Valladolid, y por último, obispo de Ávila.

Ésta, á la verdad, era su legítima vocacion, éste el puesto que le pertenecia; y si alguna vez se han honrado las ínfulas de una mitra pontifical en la persona del sacerdote grande, fué cuando se vieron colocadas sobre la cabeza de D. Alonso Tostado, cuyo nombre era venerable en la Europa, cuya ciencia era incorruptible en las escuelas, cuya persona era agradable á los soberanos, y cuya virtud era para la Iglesia tan importante.

Digo virtud, porque conozco que no fué ella ménos admirable en el Abulense que su sabiduría, y porque sin ella yo no elogiaria sus grandes luces. Los hombres no elogiamos siempre aquello que más admiramos, ni el varon insigne es tan grande por sus talentos como por sus virtudes. Pero cuando éstas adornan los talentos y son como las flores y frutos de aquella noble planta; cuando la virtud hace que la ciencia sea un bien verdadero, dirigiéndola á fines útiles, entónces el sabio, que era estéril asunto del aplauso, viene á ser un tierno objeto del amor y del respeto público, la envidia le perdona sus lucimientos, el género humano se consuela y la religion se complace. ¡Oh virtud! ¡amable y benéfica virtud! Tú no eres un nombre vano, como se quejaba Caton; ántes bien sin tí el estudio es afliccion de espíritu, la ciencia la luz de un

cometa pernicioso, el nombre de sabio un insulto, el multiplicar libros un trabajo sin fin, y la mayor instruccion orgullo y vanidad.

Por fortuna los verdaderos sabios, como el Abulense, son los mejores sectarios del partido de la virtud, porque si un corazon bueno es obra de un entendimiento claro, una virtud sólida es efecto del discernimiento de un espíritu reflexivo. Así, vemos que el alma que está sojuzgada de las pasiones, pierde el gusto á la verdad, la contemplacion y el estudio; cuando, por el contrario, se enciende en el amor de la virtud, la honestidad, la justicia y el órden, si domina en ella la sabiduría y la razon. Bien se echaba de ver cuán irresistible era la pasion que el Tostado habia concebido por esta hermosa hija del cielo, en aquel exceso con que, sacrificándola toda su ciencia, su juventud, su celebridad y sus esperanzas, se retiró al monasterio de Scala-Dei, para vivir y morir virtuosamente. Mas conociendo luégo, como discreto, que las virtudes monásticas no debian ser sus virtudes, y que una superior providencia le llamaba á cultivar las virtudes intelectuales, las virtudes sociales, y sobre todo las virtudes sacerdotales, se consagró á ellas tan sin reserva, que hasta ahora con la admiracion de su sabiduría ha pasado á nosotros el olor de su santidad. Quién le llama hombre celebérrimo por santidad y doctrina; quién, hombre comparable á los más dignos santos padres; quién, prelado pisimo é integérrimo; quién, en fin, santo obispo y doctor (1).

Yo me recreo íntimamente al considerar aquel escritor

---

(1) Belarmino, Mariana, Matamoros, D. Nicolas Antonio, Gil Gonzalez Dávila.

tan sabio, aquel entendimiento tan perspicaz y penetrante, que habia instruido la Europa y asombrado el mundo, ejerciendo apacible las ordinarias funciones de pastor en medio de sus más simples ovejas, predicando en las humildes aldeas con la misma satisfaccion que en Basilea ó en Roma, acomodándose á la capacidad de los ignorantes, despues de haber excedido la de los doctos. Aquel hombre, que teniendo entrañas de bronce para el estudio, las tenía de cera para la conmiseracion, con la cual, ya ponia bajo de sus alas la cuna de los huérfanos, ya enjugaba con una mano las lágrimas, y ya repartia con otra las rentas de su mitra entre los desvalidos y miserables, mostrándoles aquella tierna sensibilidad de un padre que socorre la indigencia de sus hijos, no sólo por principios áridos y especulativos de obligacion y conciencia, sino por los sentimientos afectuosos de una alma buena, penetrada de caridad cristiana y humanidad. Yo me recreo, en fin, al considerarle enseñando á los hombres las virtudes del modo único que se pueden enseñar bien, que es practicándolas y dándolas á conocer por lo que tienen de gratas y benéficas.

La virtud es esencialmente amable; y como ninguna cosa contribuye tanto á la felicidad de los hombres, todo maestro austero, que manifiesta á los demas, por la amargura de su humor, la violencia que se hace á sí mismo para ser bueno, le roba á la virtud el atractivo del deleite, que es el que gana la voluntad; y si acaso consigue conciliar á favor de ella la estimacion, no puede conciliarle el cariño.

Pero entre las virtudes del Abulense fueron, por decirlo así, sus más predilectas las dos más adorables de todas: la castidad y el amor del prójimo. La castidad, que

nos hace más que hombres, y el amor del prójimo, que nos hace á todos humanos. Con efecto, el encomio de su pudicicia sacerdotal cubrirá siempre como de azucenas fragantes la lápida de su glorioso sepulcro, en cuyo epitafio se grabó, á la par del *Stupor mundi*, el *Perpetuæ virginitatis amans* (1); que áun por eso, entre sus famosos escritos tendrá acaso el primer lugar aquel tratado que compuso, tan necesario en su corrompido siglo, contra sus hermanos los frágiles desertores de esta virtud (2).

Y ¿con qué dignas expresiones encarecerémos su caridad? ¿Con qué colores pintarémos al vivo aquella penetracion, aquella conmocion, tan deliciosa de pintar, con que, en razon de teólogo y de filósofo, conoció la noble condicion del corazon humano y su feliz necesidad de amar alguna cosa? Yo no pido sino que se lea su excelente tratado del *Amor y amistad*, dedicado á la Reina de Castilla, en que probaba *cómo al hombre le es necesario amar;* y al leerle, desgraciado del pecho frio que no conciba un respetuoso cariño á la memoria del Tostado; desgraciado del que no confiese que, por su espíritu de paz, su bondad, sus costumbres, su cristiana filosofía y su gran virtud, fué más plausible y más admirable el Abulense, que no por su tan decantada sabiduría, por más que el mundo, alucinado hasta ahora, no haya hecho alto en otras prendas de mayor importancia.

Críticos del Tostado, si, como vosotros pensais, todo cuanto supo este raro ingenio no es digno de la atencion del presente siglo; si todas sus obras literarias se os figuran como otras tantas armas anticuadas é inútiles, que

---

(1) *Apud Andr. Scot.*

(2) *Libellus contra sacerdotes públicos concubinarios.*

se muestran á los curiosos en medio de un público arsenal para admirarlas por su peso, decidme: ¿si acaso sus virtudes habrán tambien perdido de su precio en este siglo iluminado? ¿Si habrán por ventura envejecido como sus ideas? ¿Si no serán tan de moda en nuestra edad, ó si serán para nosotros ménos esenciales y difíciles? Y pues no podeis negar el mérito del Tostado sin negar la virtud, ya que no querais admirar su grande entendimiento, á lo ménos bendecid su excelente corazon, y convenid en que, si no fué el asombro del mundo, fué el encanto; que si no lo doctrinó, le sirvió de adorno; que si no supo todas las ciencias, practicó todas las virtudes.

Como era sentencia suya *que los hombres ociosos sólo aprenden á vivir mal*, siempre vivió ocupado, y debió á su ocupacion todo lo bueno que aprendió y todo lo bueno que fué. Como conocia que la humildad es el fundamento de la virtud, escribia en el prefacio de los libros del *Génesis*: «Yo el menor de los doctores, que no merezco tal nombre, »moveré mi lengua temiendo y temblando á cada paso, y »adorando las pisadas de los Padres de la Iglesia. No me »pone la pluma en la mano la vana sombra de la ambicion »humana, ni tampoco sacar á luz nuevas doctrinas, sino la »caridad cristiana, y el deseo de ser útil á mis hermanos, »particularmente á los naturales de estos reinos.»

Fuéles, con efecto, útil de mil maneras, hasta que en medio de la carrera de la santa visita de su diócesis (porque el Abulense verdaderamente la santificaba con sus ejemplos, así como la ilustraba con su doctrina), á los seis años de su pontificado, se extinguió arrebatadamente y como un soplo esta clara antorcha de la Iglesia y de toda España, hallándose en el lugar de Bonilla de la Sierra, á 3 de Setiembre de 1455. He dicho arrebatadamen-

te, supuesto que la mayor parte de los historiadores aseguran que sólo vivió cuarenta años, aunque otros le han dado más edad. Bien que, de cualquier modo, la admiracion se quedará siempre inmóvil y llorosa sobre el borde de su sepulcro, sin poder concebir cómo en tan corto plazo de vida pudo aquella alma extraordinaria estudiar, saber y escribir tanto, y sin atinar á consolarse de que no hubiese vivido más largo tiempo un hombre que merecia ser inmortal. Pero ya se sabe. Los monstruos viven poco. La naturaleza, que se aparta de las leyes comunes para hacer el esfuerzo de formarlos, como que se cansa en la obra de su conservacion. Alejandro dejó vencido el mundo á los treinta y tres años. Pico de la Mirándula lo dejó atónito á los treinta y dos. Verificándose en la muerte del Abulense, como en la de aquel héroe de Macedonia (á cuya fama tambien se calló la tierra), haberse necesariamente dividido el imperio universal de las letras, que él solo sostenia, entre varios ilustres capitanes, quienes, honrando luégo nuestra España, cada uno en su particular provincia, durante el siglo décimosexto, veneraron siempre á D. Alonso Tostado como al fundador de las monarquías literarias, cuyos respectivos cetros empuñaban con gloria.

De cuantas distinciones se han tributado á sus cenizas, el mejor monumento, ó más bien, el más soberbio mausoleo que pudieron erigirle los hombres, fué el de la impresion de sus escritos, cuyos veinte y siete volúmenes en fólio, como otras tantas columnas de órden corintio, sustentan el peso de su fama. El sepulcro de Osimandias, antiguo rey de Tébas, era su misma biblioteca, que habia intitulado farmacopea del alma, en donde se levantaba una estatua colosal que tenía esta inscripcion: *El que*

quisiere ser mayor que yo, ó desmentirme, que me exceda en mis obras. Las del Abulense han logrado la bien merecida fortuna de haber sido recogidas y sacadas á la luz pública en várias partes por insignes maestros, y bajo de los más dignos auspicios. Venecia sola las ha multiplicado hasta cinco veces en sus prensas (1). Paulino Berti, Rainero Bovosi, Benedito Bini, Francisco de la Fuente, todos nombres esclarecidos, las ordenaron y corrigieron. El cardenal Gimenez de Cisneros y el emperador Cárlos V las protegieron y costearon.

Pero para que no cesasen nunca los portentos á que estuvieron singularmente destinadas las cosas que pertenecian al Tostado, se observó otro nuevo prodigio al tiempo que sus manuscritos, sacados del monasterio de Guadalupe y del colegio de San Bartolomé de Salamanca, se habían embarcado para ser trasportados á las imprentas de Venecia. La nave con una tormenta se va á pique cerca de Barcelona. Toda la carga se sumerge. Los pasajeros, desnudos, apénas pueden ganar la costa vecina. El canónigo de Cuenca, Alonso Polo, como otro sacerdote Helí, no lamenta sino la pérdida del arca en que se depositaban aquellos preciosos manuscritos puestos á su cuidado. Mas á la mañana siguiente, los ojos fijos al horizonte ven venir el arca nadando por el mar hasta la orilla; se encuentran los papeles ilesos; los inmensos trabajos y lucubraciones del Abulense se salvan mejor que los comentarios de César en el Nilo; las ardientes esperanzas de los sabios no se malogran, y se recibe en Roma ante el auditor de la Cámara Apostólica una informa-

(1) En 1507, 1547, 1596, 1615, 1728.

cion con diez testigos oculares, que deponian de tan admirable suceso.

Discúlpese mi celo, si me atreviere á decir ahora que nosotros, meros testigos, del mismo modo que aquéllos, de los prodigios del Tostado y de sus estudios, parece que no nos empeñamos en admirarlos, sino para excusarnos de seguirlos, ó que queremos elogiarle, porque tememos el testimonio de su conducta contra nuestra pereza. Estaba quizá reservado para el presente siglo el raro secreto, que no conoció el suyo, de saberlo todo, sin haber estudiado mucho; de criticarlo todo, sin producir ningun modelo; de despreciarlo todo para consolarnos de nuestra propia indigencia; de tocar la superficie de los objetos, sin tener la constancia de profundizarlos. Y siendo así, ¿cómo aplacarémos la sagrada sombra del Tostado? ¿Cómo invocarémos los manes irritados de este genio de nuestra literatura, en medio de unas graves universidades, que él ve casi desiertas; de unas cátedras respetables, pero ya vacilantes; de unas lecciones doctas, pero ya sin norte ni rumbo; de unos laureles escolásticos, pero ya ajados y marchitos? ¿Cómo, si áun aquellos estudios más amenos, que se han debido substituir á los otros, tampoco se buscan, ni se aprecian, ni se cultivan, ni se conocen? En este apuro, en esta especie de anarquía literaria, acude á socorrernos la Real Academia Española, y ofreciéndonos oportunamente su museo, como el mejor santuario digno de que resuenen en él las alabanzas del Tostado, propone á nuestro Demóstenes la corona de oro en premio de su panegírico, á fin de descargar á la patria de tan antigua deuda.

Las Reales Academias y sociedades han sido, con efecto, en la era presente, y por todas partes, el último asilo de

las Musas, donde se conserva con más brillo el fuego sagrado de su culto. Unidos en estos cuerpos respetables los hombres más instruidos que las aman, se prestan mútuamente sus auxilios y luces, trabajan cuanto está de su parte en mantener el decoro de las buenas letras y los conocimientos científicos; en promoverlos sin ruido, animarlos sin fausto, y hacerlos servir de trofeo á los claros varones que han sido más beneméritos de la nacion; y tal fué D. Alonso Tostado, obispo de Ávila.

Intérprete yo de la opinion universal de los pueblos, no quisiera (si acierto en el elogio que le consagro con temor) otra recompensa ni otra gloria que la de poder interesar de alguna manera aquella fria indiferencia con que hoy se mira entre nosotros todo elogio; encender en nuestra juventud con su memoria una noble pasion por la prosperidad de los estudios, hasta el punto de que, brillando éstos en los dos hemisferios de la dominacion española, á modo de un hermoso dia del equinoccio, reverberen sus rayos sobre el Trono de nuestro augusto Monarca, como sobre el carro del sol, que todo lo alienta, y reverberando sobre él, lo condecoren, lo defiendan y lo eternicen.

No lo dudemos. De la superioridad de potencias nace la superioridad de las almas, y de los adelantamientos en las artes y ciencias, la superioridad de unos reinos sobre los otros en la actual época de los siglos. Sí, la gloria de los soberanos se aumenta con las artes y ciencias que protegen. Ellas son las que llevan la majestad de su nombre por todo el mundo; las que hacen sus augustas personas más respetables á las demas naciones, y su gobierno más admirable áun á sus mismos enemigos; las que convidan á los extranjeros á que corran de todas partes

á un país donde hay que observar y que aprender, y que cuando retornen á sus propios hogares no se cansen de hablar, transportados de gozo, de las prendas del príncipe que vieron en el sólio, de los ministros que favorecian sus intenciones, de la reputacion de los sabios que conocieron, y de la felicidad del pueblo que visitaron. Por tanto, yo no quisiera, como he dicho, otra recompensa, sino que hubiera muchos buenos españoles entre nosotros, que al leer este elogio, honrado por la Real Academia, como Julio César al ver la estatua de Alejandro en el templo de Cádiz, arrasados de lágrimas de emulacion los ojos, exclamasen conmigo:

«¡Oh Tostado! ¡Oh sabio Abulense! Cuando tú eras »de mi edad, ya habias conquistado las ciencias y asom»brado el mundo; pero yo ni he hecho en ellas hasta aho»ra grandes progresos, ni mi nombre es todavía digno »de ser conocido en la república literaria.»

DISCURSO

EN QUE

DON JUAN MELENDEZ VALDÉS

DA GRACIAS

Á LA ACADEMIA ESPAÑOLA

AL TOMAR ASIENTO EN ELLA COMO ACADÉMICO NUMERARIO (1).

EXCMO. SEÑOR:

Lo que hubiera anhelado ardientemente en dias más serenos y de mayor lustre para la lengua castellana, lo he conseguido al fin por la indulgente bondad de V. E. en estos tiempos de abatimiento y decadencia para las letras españolas. Unido en íntima amistad, desde mi tierna juventud y los años felices de mi vida, con varios individuos de V. E., cuyos nombres le serán siempre gratos por su ilustracion y su celo; formado y alentado por ellos en mi carrera literaria, y aficionado más particularmente con su trato á la pureza y encantos de nuestra hermosa lengua; cuando vi coronados por V. E. mis primeros bosquejos poéticos en la *Égloga á Batilo*, no tanto creí que fuese su intencion el sancionar con su voto mi humilde medianía, cuanto el estimularme con su indul-

---

(1) Leyólo en junta de 10 de Setiembre de 1810.

gencia en la carrera difícil que emprendia, y alentarme á seguirla con empeño y noble aplicacion.

Pero, léjos de pensar yo ni en este dia, ni en obtener jamas la gloria de sentarme en medio de V. E. para aprender de su sabiduría y honrarme con el lustre que difunde en derredor de sí; contento con mi obscuridad y mi llaneza, sólo pensaba en mi retiro en cultivar más y más las musas castellanas, embelesado en sus hechizos y gracias naturales, para merecer, si me fuese posible, otros nuevos sufragios de la sabiduría de V. E., que miraba yo como el lauro mayor de mis conatos, y el colmo de todos mis deseos.

Así pensaba, cuando me hallé en el año de 1798 generosamente acogido por V. E. en este templo del saber, y hermanado en él á sus trabajos y su gloria. El fruto recogido excedió á la esperanza, y el galardon á los deseos. Pero una borrasca terrible vino en los mismos dias de mi felicidad á anublar todo su brillo, sin que me fuese dado disfrutar la gracia que V. E. me hiciera con mano tan liberal; y desde aquella época, fatal para las letras y sus inocentes amadores, doce años que sobre mí han pasado de destierro y olvido, me han dilatado esta satisfaccion; que si el amor al habla castellana, y el aprecio y consideracion del sabio Cuerpo encargado de tan rico tesoro fuesen suficientes á merecerlo, ninguno pudiera disputarme. Hoy la consigo en medio de las zozobras y vaivenes de que nos hallamos agitados, y de que, por desgracia, no toca poca parte á la pureza de nuestro rico idioma. Vese la hermosa lengua de Castilla, la primera acaso de las vivas, ó la que reune al ménos más número de dotes para competir en bellezas con la griega y la romana, copiosa, clara, dulce, numerosa y llena de

energía y majestad, y de agudezas y festivas sales; vesé esa hermosa lengua manchada y afeada á cada paso por quien no la conoce, ni puede comprender sus excelencias y alto precio. Éstos, ó la desestiman y ultrajan como menesterosa y pobre, ó la desfiguran so color de honrarla con frases y voces ilegítimas, que son como otros tantos lunares que la afean. La pereza de muchos para no estudiarla en sus puras y abundosas fuentes, el descuido y flojedad en otros en no corregír y castigar su estilo, y el orgullo en no pocos, que miran cual de ménos valía el detenerse á pesar y examinar las voces con que engalanan sus conceptos, y aprender una lengua por sus principios y fundadamente, habiendo tantas cosas y objetos que les roban toda la atencion, son las causas principales de la bárbara irrupcion de palabras y modos nuevos de decir, de que se ve asaltado y contrastado en nuestra edad el hermoso lenguaje de los Granadas y Leones y Garcilasos, Herreras y Argensolas.

Pero esto mismo debe estimular más y más á V. E. y hacerle redoblar sus conatos para oponerse con todo su saber y su noble y generoso celo al torrente asolador, y conservar al idioma y bien decir castellano su pureza y sus gracias y augusta majestad. Esta morada es su baluarte y plaza de refugio inexpugnable: aquí se ha acogido en la persecucion que se ha levantado contra ella; desde aquí se defenderá contra la ignorancia, la pereza y el falso saber de sus más encarnizados enemigos, y desde aquí triunfará felizmente, si V. E. continúa sus útiles tareas, y no desmaya en ayudarla. Opongamos á los novadores la riqueza, las gracias y admirables bellezas con que brilla; opongamos á sus voces y frases peregrinas el inagotable y purísimo raudal con que ella corre, sobrado

siempre á explicar lo más delicado de nuestro pensamiento y los arcanos de las ciencias más recónditos; sean nuestros caudillos y adalides tantos escritores ilustres, tantos hombres de saber profundo, que no han necesitado de mendigar nada de otras lenguas para explicarse y decirlo todo en la nuestra, y encantarnos con su lectura. La gloria será de V. E., y el habla castellana, esta habla tan dulce, tan sonora, tan fluida, tan majestuosa y tan salada, por sus nobles trabajos y el celo que le anima, seguirá conservándose pura y sin mancilla; mantendrá entre los sabios el lustre y esplendor con que brillaba en el siglo XVI, y áun aumentará su caudal y sus bellezas, aplicada sábia y oportunamente á objetos y cosas en él desconocidos; siendo V. E. á quien se deba el honor de haberla mantenido en toda su pureza, así como es sólo mio, en este feliz dia, tributar á V. E. el agradecimiento más tierno y cordial por la alta gloria que se ha servido darme, colocándome entre sus individuos de número, y llamándome cerca de sí para más bien enseñarme. ¡Ojalá que mis trabajos puedan corresponder á mis deseos, y mis conatos en favor de nuestra hermosa lengua á los encantos con que me embelesa, y el entusiasmo con que la admiro!

DISCURSO

LEIDO

POR DON MANUEL JOSÉ QUINTANA

AL OCUPAR SU PLAZA DE ACADÉMICO EN MARZO DE 1814.

SEÑORES:

Al tomar el asiento que vuestra excesiva condescendencia ha tenido á bien concederme en la Academia, no puedo ménos de volver la vista á la época de su fundacion, y comparándola con la presente, sacar de aquí otro motivo de satisfaccion en el honor que recibo. Entónces, como ahora, la situacion política del Estado presagiaba una mudanza general en la ilustracion española; entónces, como ahora, la Academia iba á tener en su mano la antorcha que sirviese de estímulo y de guía á la poesía y á la elocuencia; y ahora, como entónces, el cuidado y la diligencia de un cuerpo tan sabio y tan celoso salvarán á la lengua castellana de los riesgos y abusos á que está expuesta en la activa y nueva carrera que se la presentan delante.

Olvidadas las ciencias, corrompidas las artes, desconocidos todos los principios del gusto, no conservándose ni en prosa ni en verso vestigios ningunos de imitacion, ni acento alguno de la verdadera elocuencia, el estado de nuestra literatura era en aquellos desgraciados dias el de una lóbrega y vergonzosa noche. Los buenos ingenios

yacian sin accion y sin vida, los demas prorumpian en despropósitos, sueños y delirios. La lengua castellana, ya viciada con los latinismos, hipérboles y trasposiciones que introdujeron en ella los energúmenos por quien fué martirizada en el último tercio del siglo anterior, estaba todavía más corrompida con la mezcla y confusion bárbara de los estilos. En tal nulidad, era de temer que al entrar las nuevas luces con la mudanza de dinastía y una comunicacion más íntima con la Francia, la invasion repentina de este raudal de ideas, revestidas de formas y expresiones extrañas, acabase de desvanecer enteramente la índole y carácter de una lengua tan hermosa.

No fué, empero, así; con la ereccion de la Academia apareció el santuario venerable que habia de conservar el fuego sagrado de la pureza y del gusto. Ella en sus diccionarios consignó el gran depósito de las riquezas genuinas del idioma, y al enseñar en sus gramáticas el recto modo de aprovecharlas, dió al mismo tiempo el ejemplo del método y estilo que corresponde á esta clase de doctrinas, viéndose en sus escritos la nobleza sin sequedad, la naturalidad sin bajeza, la delicadeza sin afectacion. Á su voz despertaron del letargo en que yacian el talento y el ingenio: las letras revivieron, tuvimos oradores, nacieron poetas; los lauros, en fin, con que su mano ciñó la frente de los escritores, fueron un plantel fecundo de noble emulacion y de felicísimas tareas.

No haré yo ciertamente á la época en que he vivido el agravio de igualarla con la que precedió á la fundacion de este Cuerpo respetable. No: la razon y el buen gusto estaban harto adelantados para poder caer en semejante vacío. Pero al ver en estos veinte años agostadas las semillas de civilizacion y de sabiduría, que á tanta pena

se habian esparcido entre nosotros medio siglo ántes; al ver destruidas ó desalentadas las instituciones que habian de contribuir á nuestro lustre y prosperidad, las letras y las artes desairadas, las musas mudas, las ciencias en desprecio, ¿quién no temería un retroceso, tal vez irreparable, hácia la antigua ignorancia? ¿Ni cómo impedir este desastre, en medio de la degradacion lastimosa en que un poder tan estúpido como insolente nos sumergia?

El exceso, al fin, del envilecimiento y de la servidumbre tuvo su término en el exceso mismo de la opresion. El movimiento de esta nacion magnánima hácia la libertad empezó al mismo tiempo que el déspota de la Francia se arrojó á cometer el mayor atentado que jamas se permitió ningun tirano. Sus legiones feroces, á modo de incendio en selva, que asuela y devasta cuanto encuentra en su camino, entraron en la Península, y por cinco años continuos han talado los campos, desolado los pueblos, ultrajado, asesinado los hombres. Oponíaseles por todas partes una resistencia heroica, pero igualmente destructora. Y en esta lucha sangrienta, en este temporal espantoso, en esta convulsion cruel, era cuando los franceses y sus infames parciales nos hablaban de sabiduría, de ilustracion, de progresos en las ciencias y en las artes. El estrago venía con ellos, la noche los seguia, y en sus labios atroces resonaban las voces de esperanza, de prosperidad y de luz. Siquiera sus predecesores, los bárbaros del Septentrion, ménos injustos, sin duda eran tambien ménos absurdos.

Tendrán, sin embargo, seguro cumplimiento esas lisonjeras profecías, y le tendrán á despecho suyo, como resultado necesario de nuestra constancia y nuestro triunfo, no como beneficio de esos vándalos desoladores. Una

nueva época comienza, en que las letras, las ciencias y las artes van á tomar entre nosotros el aspecto grande y majestuoso que les da el influjo de la libertad. Rotos los grillos que tan indignamente comprimian el ingenio español, sus alas van á desplegarse con más bizarría que nunca, y en su actividad ambiciosa, no dejará en la naturaleza secreto que no conozca, ni belleza que no imite. La lengua misma, á cuya conservacion y á cuyo culto está consagrado este templo; la lengua, que tiene en sus escritores eminentes modelos de variedad, de riqueza, de gravedad y armonía, tomará necesariamente aquel carácter enérgico y preciso que todavía se echaba de ménos en ella. Construcciones más libres, movimientos más osados, formas mucho más grandiosas, van á prestarla una vida y una fisonomía nueva: la que conviene, en suma, á la expresion del pensamiento entre hombres libres, que no deben adular á poderosos, ni tienen que recelar de tiranos.

Mas con esta muchedumbre de ideas filosóficas y políticas, en medio de la exaltacion de partidos, y del choque de pasiones que las revoluciones traen consigo, ¿no podrá suceder que la lengua y el estilo padezcan alteraciones viciosas, y que, en vez de mejorarse, se corrompan? El paso de la libertad á la licencia, de la energía á la dureza, de la franqueza á la grosería, es harto resbaladizo por desgracia, y cien ejemplos que podrian sacarse de los escritos del tiempo, vendrian, si necesario fuese, á confirmarlo. Pero ¿qué hay de extraño en semejantes extravíos? ¿Quién de tal modo puede contenerse, que no los cometa á veces, y más teniendo que hacerse oir de una muchedumbre inmensa, ya para animarla en el desaliento, ya para contenerla en la exaltacion, ya exhalándose en imprecaciones contra los abominables invasores, ya

implorando del cielo auxilio y venganza de sus horribles atentados? Tal ha sido la posicion y destino de casi todos nuestros escritores en estos tiempos crueles. El censor importuno que les pida en tal caso correccion, regularidad y órden, que vaya á pedir al hombre de mar razon de los descompasados gritos con que anima á sus compañeros, con que salva su navío, con que arrostra á los elementos conjurados en la agitacion de la borrasca.

Á la sabiduría de la Academia toca reparar el desórden ya introducido, y contener los abusos que amenazan en adelante. En cualquiera situacion que el nuevo órden de cosas la coloque, su influjo será tan grande como benéfico. Sus lecciones y sus ejemplos, dejando todo el campo posible al vuelo de los talentos, nos enseñarán á no romper los términos de la naturaleza y del gusto, y estos esfuerzos serán recompensados con frutos colmados y seguros. La oliva de la paz se acerca; el estruendo de las armas va á cesar, y cuando el genio de la destruccion deje respirar la tierra, es preciso aprovechar los momentos para restablecer entre nosotros el lustre y la dignidad de la razon humana, ultrajada con tantos escándalos y afligida con tantos desastres.

En cuanto á mí, Señores, llamado de repente á participar de vuestro esplendor y de vuestros trabajos en una época tan interesante á la gloria nacional, conozco y confieso, agradecido, cuán léjos se hallan mis débiles ensayos de merecer un favor tan insigne. Ni las breves poesías, escapadas más á una exaltacion momentánea que á la seguridad y firmeza del talento; ni las vidas de los españoles célebres, tan desiguales al mérito y nombradía de los personajes que retratan; ni cuantos escritos me han inspirado nuestras circunstancias presen-

tes, tienen en sí aquel esmero, aquella correccion, aquella perfeccion, en fin, que son necesarias para conseguir vuestra aprobacion y tener asiento entre vosotros. Pero si en vez del talento y de la instruccion profunda que me faltan, la Academia ha querido recompensar en mí el tal cual decoro con que he manejado las letras; si el concierto nunca desmentido entre mi corazon y mi pluma; si mi entusiasmo por la libertad, tan exaltado y tan antiguo, me han atraido vuestra indulgencia; en tal caso, el título que me agrega á este Cuerpo ilustre es más bien una corona cívica que una palma literaria. Yo la recibo de vosotros con tanto gusto como respeto, y mi docilidad á vuestras lecciones, mi constancia en coadyuvar vuestro celo serán las muestras invariables de mi eterno agradecimiento.

Madrid, 1.° *de Marzo de* 1814.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE.

Páginas.

Discurso que leyó D. Ventura de la Vega al tomar asiento en la Academia, en 28 de Noviembre de 1845. 5

Discurso leido ante la Academia Española, por D. Francisco de Paula Canalejas, en su recepcion pública, el dia 28 de Noviembre de 1869. 16

Contestacion al discurso anterior, pronunciada por D. Juan Valera. 89

Una Zuiza en el siglo XVI.—Al insigne crítico español D. Manuel Cañete; por D. Antonio Martin Gamero. 137

Más sobre la Zuiza; por el mismo Sr. Gamero. 152

Reseña histórica de la fundacion, progresos y vicisitudes de la Real Academia Española; discurso escrito por D. Antonio Ferrer del Rio, y leido en la junta pública de 30 de Setiembre de 1860. 176

Discurso leido ante la Real Academia Española por D. Adelardo Lopez de Ayala, en su recepcion pública, el dia 25 de Marzo de 1870. 197

Contestacion al discurso anterior, pronunciada por el Sr. Marqués de Molins. 241

Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro antiguo español, y sobre el modo con que deba ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito peculiar; escrito por el académico de número D. Agustin Durán. 280

Oracion fúnebre que, por encargo de la Real Academia Española, y en las honras de Miguel de Cervántes Saavedra y demas ingenios españoles, pronunció en la iglesia de monjas Trinitarias de Madrid, el 28 de Abril de 1862, el Ilmo. Sr. D. Antolin Monescillo. 337

Elogio del Rey D. Alonso el Sabio, premiado por la Real Academia Española en junta que celebró el dia 15 de Octubre de

Páginas.

1782. Su autor D. Joseph de Vargas y Ponce, guardia marina de la Real Armada. 373
Elogio fúnebre del Excmo. Sr. D. Ventura de la Vega, académico de número. Leyólo su autor, el Excmo. Sr. Conde de Cheste, en la junta ordinaria celebrada el juéves 23 de Febrero de 1866. 432
El libro primero de la *Eneida*, traducido en verso castellano por el Excmo. Sr. D. Ventura de la Vega. 468
Discurso necrológico literario en elogio del Duque de Rivas, por el Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto. 498
Elogio de D. Alonso Tostado, Obispo de Ávila, premiado por la Real Academia Española en junta que celebró el dia 15 de Octubre de 1782. 602
Discurso en que D. Juan Melendez Valdés da gracias á la Academia Española, al tomar asiento en ella como académico numerario. 629
Discurso leido por D. Manuel José Quintana al ocupar su plaza de académico de número en Marzo de 1814. 633

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

IM. 47/

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA.

AÑO I.—MES DE NOVIEMBRE.

CUADERNO 5.°

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.
1870.

ACADÉMICOS DE NÚMERO.

Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, Director.
Excmo. Sr. D. Manuel Breton de los Herreros, Secretario.
Excmo. Sr. D. Joaquin Mencos, Conde de Guendulain.
Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura.
Excmo. Sr. D. Juan de la Pezuela, Conde de Cheste.
Sr. D. Ramon Mesonero Romanos.
Excmo. Sr. D. Eugenio de Ochoa.
Sr. D. Antonio María Segovia.
Excmo. Sr. D. Alejandro Olivan.
Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
Ilmo. Sr. D. Fermin de la Puente y Apezechea.
Excmo. Sr. D. José Caveda.
Sr. D. Antonio Ferrer del Rio, Bibliotecario.
Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra.
Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.
Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete.
Sr. D. Manuel Tamayo y Báus.
Ilmo. Sr. D. Pedro Felipe Monlau.
Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal.
Excmo. Sr. D. Tomas Rodriguez Rubí.
Sr. D. Francisco Cutanda.
Excmo. Sr. D. Severo Catalina del Amo.
Sr. D. Ramon de Campoamor.
Ilmo. Sr. D. Juan Valera.
Sr. D. Antonio García Gutierrez.
Excmo. Sr. D. Luis Gonzalez Brabo.
Excmo. Sr. D. Enrique de Saavedra, Duque de Rivas.
Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
Sr. D. Francisco de Paula Canalejas.
Excmo. Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala.
Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas, electo.
Sr. D. José de Selgas y Carrasco, electo.
Sr. D. Cayetano Fernandez, electo.
Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro, electo.
Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga, electo.
Excmo. Sr. D. Manuel Silvela, electo.

OBRAS PUBLICADAS

por la Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, número 26, y en la librería de Moya y Plaza, calle de Carretas, número 8.

	PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
	En pasta. — Rs. vn.	En rústica. — Rs. vn.	En papel. — Rs. vn.
Diccionario de la lengua castellana, undécima edicion.	70	»	60
Gramática de la lengua castellana.	»	15	»
Compendio de la misma, destinado á la segunda enseñanza.	»	4	»
Epítome de la misma Gramática, dispuesto para la enseñanza elemental.	»	2	»
Prontuario de Ortografía de la lengua castellana.	»	3	»
Discursos de recepcion de la Academia Española: tres tomos en 8.° mayor, cada uno.	»	20	»
Obras poéticas del *Duque de Frias*, un tomo en 4.° mayor, edicion de todo lujo.	»	40	»
Obras poéticas de *D. Juan Nicasio Gallego*, un tomo en 8.° prolongado.	»	20	»
El Fuero Juzgo en latin y en castellano, un tomo en fólio.	32	»	»
El Siglo de Oro, de D. Bernardo Valbuena, con el poema *La Grandeza Mejicana*, un tomo.	16	»	»
El Fuero de Avilés, con el texto en facsímile, sus concordancias y su vocabulario, por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.	»	20	»
BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ESPAÑOLES.			
La Araucana, de D. Alonso de Ercilla, con un prólogo é ilustraciones de D. Antonio Ferrer del Rio, dos tomos.	»	30	»
Farsas y églogas de Lúcas Fernandez, con un prólogo é ilustraciones de D. Manuel Cañete, un tomo.	»	12	»
Comedias escogidas de D. Juan Ruiz de Alarcon, con un prólogo y juicio crítico de ellas, de D. Isaac Nuñez de Arenas, tres tomos.	»	36	»
Comedias escogidas de D. Pedro Calderon de la Barca, con un prólogo y juicio crítico de sus obras, por D. Patricio de la Escosura, tomos I y II.	»	24	»

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. Á los que compren de 12 á 50 ejemplares del *Diccionario*, de la *Gramática* y del *Compendio* y *Epítome* de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100 de 50 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los *Prontuarios de Ortografía*, tomando de una vez 200 ó más ejemplares.

Respecto de la *Biblioteca de clásicos españoles*, obtendrán los libreros las siguientes rebajas: desde 1 á 25 ejemplares, un 10 por 100; desde 26 á 50, un 12 por 100; desde 51 en adelante, un 15 por 100.

SUMARIO DE ESTE NÚMERO.

Páginas.

Discurso que leyó D. Ventura de la Vega al tomar asiento en la Academia, en 28 de Noviembre de 1869. 5

Discurso leido ante la Academia Española, por D. Francisco de Paula Canalejas, en su recepcion pública, el dia 28 de Noviembre de 1869. 16

Contestacion al discurso anterior, pronunciada por D. Juan Valera. . 89

Una Zuiza en el siglo XVI.—*Al insigne crítico español D. Manuel Cañete;* por D. Antonio Martin Gamero. 137

Más sobre la Zuiza; por el mismo Sr. Gamero. 152

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid : Librerías de Durán, Carrera de San Jerónimo; Bailly-Baillière, plaza de Topete (ántes de Santa Ana); D. Leocadio Lopez, calle del Cármen; Moya y Plaza, y Cuesta, calle de Carretas; Gaspar y Roig, y Escribano, calle de Izquierdo (ántes del Príncipe).

En Provincias : En las principales librerías.

PRECIO Y CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

En Madrid.—La suscricion no se hará por ménos de cuatro *cuadernos*, que formarán tomo completo. Cada mes se repartirá un cuaderno, por el cual pagará el suscritor. . . . . 8 rs.

Un cuaderno vendido suelto. 10

Satisfaciendo adelantado el importe de un tomo, se pagará solamente. 30

En las provincias é islas adyacentes.—Por un mes (franco el porte). 10

Por el número suelto (id.). 12

En las Antillas españolas.—Cada cuatrimestre, franco de porte, enviando libranza.. 45

Suscribiéndose en casa de los Comisionados. 50

En Filipinas y la América española.—El cuatrimestre, franco. . 60

En el Extranjero.—Id. id. . . . . 25 frs.

ó su equivalente.

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA.

AÑO I.—MES DE DICIEMBRE.

CUADERNO 6.°

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, núm. 5.
1870.

ACADÉMICOS DE NÚMERO.

Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, Director.
Excmo. Sr. D. Manuel Breton de los Herreros, Secretario.
Excmo. Sr. D. Joaquin Mencos, Conde de Guendulain.
Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura.
Excmo. Sr. D. Juan de la Pezuela, Conde de Cheste.
Sr. D. Ramon Mesonero Romanos.
Excmo. Sr. D. Eugenio de Ochoa.
Sr. D. Antonio María Segovia.
Excmo. Sr. D. Alejandro Olivan.
Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
Ilmo. Sr. D. Fermin de la Puente y Apezechea.
Excmo. Sr. D. José Caveda.
Sr. D. Antonio Ferrer del Rio, Bibliotecario.
Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra.
Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.
Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete.
Sr. D. Manuel Tamayo y Báus.
Ilmo. Sr. D. Pedro Felipe Monlau.
Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal.
Excmo. Sr. D. Tomas Rodriguez Rubí.
Sr. D. Francisco Cutanda.
Excmo. Sr. D. Severo Catalina del Amo.
Sr. D. Ramon de Campoamor.
Ilmo. Sr. D. Juan Valera.
Sr. D. Antonio García Gutierrez.
Excmo. Sr. D. Luis Gonzalez Brabo.
Excmo. Sr. D. Enrique de Saavedra, Duque de Rivas.
Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
Sr. D. Francisco de Paula Canalejas.
Excmo. Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala.
Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas, electo.
Sr. D. José de Selgas y Carrasco, electo.
Sr. D. Cayetano Fernandez, electo.
Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro, electo.
Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga, electo.
Excmo. Sr. D. Manuel Silvela, electo.

OBRAS PUBLICADAS

por la Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, número 26, y en la librería de Moya y Plaza, calle de Carretas, número 8.

	PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
	En pasta. — Rs. vn.	En rústica. — Rs. vn.	En papel — Rs. vn
Diccionario de la lengua castellana, undécima edicion. .	70	»	60
Gramática de la lengua castellana.	»	15	»
Compendio de la misma, destinado á la segunda enseñanza.	»	4	»
Epítome de la misma Gramática, dispuesto para la enseñanza elemental.	»	2	»
Prontuario de Ortografía de la lengua castellana. . . .	»	3	»
Discursos de recepcion de la Academia Española: tres tomos en 8.° mayor, cada uno.	»	20	»
Obras poéticas del *Duque de Frias*, un tomo en 4.° mayor, edicion de todo lujo.	»	40	»
Obras poéticas de *D. Juan Nicasio Gallego*, un tomo en 8.° prolongado.	»	20	»
El Fuero Juzgo en latin y en castellano, un tomo en fólio.	32	»	»
El Siglo de Oro, de D. Bernardo Valbuena, con el poema *La Grandeza Mejicana*, un tomo.	16	»	»
El Fuero de Avilés, con el texto en facsímile, sus concordancias y su vocabulario, por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.	»	20	»
BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ESPAÑOLES.			
La Araucana, de D. Alonso de Ercilla, con un prólogo é ilustraciones de D. Antonio Ferrer del Rio, dos tomos.	»	30	»
Farsas y églogas de Lúcas Fernandez, con un prólogo é ilustraciones de D. Manuel Cañete, un tomo.	»	12	»
Comedias escogidas de D. Juan Ruiz de Alarcon, con un prólogo y juicio crítico de ellas, de D. Isaac Nuñez de Arenas, tres tomos.	»	36	»
Comedias escogidas de D. Pedro Calderon de la Barca, con un prólogo y juicio crítico de sus obras, por D. Patricio de la Escosura, tomos I y II.	»	24	»

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. Á los que compren de 12 á 50 ejemplares del *Diccionario*, de la *Gramática* y del *Compendio* y *Epítome* de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100 de 50 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los *Prontuarios de Ortografía*, tomando de una vez 200 ó más ejemplares.

Respecto de la *Biblioteca de clásicos españoles*, obtendrán los libreros las siguientes rebajas: desde 1 á 25 ejemplares, un 10 por 100; desde 26 á 50, un 12 por 100; desde 51 en adelante, un 15 por 100.

SUMARIO DE ESTE NÚMERO.

Páginas.

Más sobre la Zuiza; por D. Antonio Martin Gamero (*conclusion*). 161

Reseña histórica de la fundacion, progresos y vicisitudes de la Real Academia Española; discurso escrito por D. Antonio Ferrer del Rio, y leido en la Junta pública de 30 de Setiembre de 1860. 176

Discurso leido ante la Real Academia Española por D. Adelardo Lopez de Ayala, en su recepcion pública, el dia 25 de Marzo de 1870. 197

Contestacion al discurso anterior, pronunciada por el Sr. Marqués de Molins.. 241

Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro antiguo español, y sobre el modo con que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito peculiar; escrito por el académico de número D. Agustin Durán. 289

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid : Librerías de Durán, Carrera de San Jerónimo; Bailly-Baillière, plaza de Topete (ántes de Santa Ana); D. Leocadio Lopez, calle del Cármen; Moya y Plaza, y Cuesta, calle de Carretas; Gaspar y Roig, y Escribano, calle de Izquierdo (ántes del Príncipe).

En Provincias : En las principales librerías.

PRECIO Y CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

En Madrid.—La suscricion no se hará por ménos de cuatro *cuadernos*, que formarán tomo completo. Cada mes se repartirá un cuaderno, por el cual pagará el suscritor. . . . . 8 rs.

Un cuaderno vendido suelto. 10

Satisfaciendo adelantado el importe de un tomo, se pagará solamente. 30

En las provincias é islas adyacentes.—Por un mes (franco el porte). 10

Por el número suelto (id.). 12

En las Antillas españolas.—Cada cuatrimestre, franco de porte, enviando libranza.. 45

Suscribiéndose en casa de los Comisionados. 50

En Filipinas y la América española.—El cuatrimestre, franco. . 60

En el Extranjero.—Id. id. . . . . 25 frs.

ó su equivalente.

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA.

AÑO II.—MES DE ENERO.

CUADERNO 7.°

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.
1871.

ACADÉMICOS DE NÚMERO.

Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, **Marqués de Molins**, Director.
Excmo. Sr. D. Manuel Breton de los Herreros, **Secretario.**
Excmo. Sr. D. Joaquin Mencos, Conde de **Guendulain.**
Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura.
Excmo. Sr. D. Juan de la Pezuela, Conde de **Cheste.**
Sr. D. Ramon Mesonero Romanos.
Excmo. Sr. D. Eugenio de Ochoa.
Sr. D. Antonio María Segovia.
Excmo. Sr. D. Alejandro Olivan.
Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
Ilmo. Sr. D. Fermin de la Puente y Apezechea.
Excmo. Sr. D. José Caveda.
Sr. D. Antonio Ferrer del Rio, **Bibliotecario.**
Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra.
Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.
Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete.
Sr. D. Manuel Tamayo y Báus.
Ilmo. Sr. D. Pedro Felipe Monlau.
Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal.
Excmo. Sr. D. Tomas Rodriguez Rubí.
Sr. D. Francisco Cutanda.
Excmo. Sr. D. Severo Catalina del Amo.
Sr. D. Ramon de Campoamor.
Ilmo. Sr. D. Juan Valera.
Sr. D. Antonio García Gutierrez.
Excmo. Sr. D. Luis Gonzalez Brabo.
Excmo. Sr. D. Enrique de Saavedra, Duque de **Rivas.**
Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
Sr. D. Francisco de Paula Canalejas.
Excmo. Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala.
Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas, electo.
Sr. D. José de Selgas y Carrasco, electo.
Sr. D. Cayetano Fernandez, electo.
Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro, electo.
Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga, electo.
Excmo. Sr. D. Manuel Silvela, electo.

OBRAS PUBLICADAS

por la Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, número 26, y en la librería de Moya y Plaza, calle de Carretas, número 8.

	PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
	En pasta. — Rs. vn.	En rústica. — Rs. vn.	En papel — Rs. vn
Diccionario de la lengua castellana, undécima edicion. .	70	»	60
Gramática de la lengua castellana.	»	15	»
Compendio de la misma, destinado á la segunda enseñanza.	»	4	»
Epítome de la misma Gramática, dispuesto para la enseñanza elemental.	»	2	»
Prontuario de Ortografía de la lengua castellana. . . .	»	3	»
Discursos de recepcion de la Academia Española: tres tomos en 8.° mayor, cada uno.	»	20	»
Obras poéticas del *Duque de Frias*, un tomo en 4.° mayor, edicion de todo lujo.	»	40	»
Obras poéticas de *D. Juan Nicasio Gallego*, un tomo en 8.° prolongado.	»	20	»
El Fuero Juzgo en latin y en castellano, un tomo en fólio.	32	»	»
El Siglo de Oro, de D. Bernardo Valbuena, con el poema *La Grandeza Mejicana*, un tomo.	16	»	»
El Fuero de Avilés, con el texto en facsímile, sus concordancias y su vocabulario, por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.	»	20	»
BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ESPAÑOLES.			
La Araucana, de D. Alonso de Ercilla, con un prólogo é ilustraciones de D. Antonio Ferrer del Rio, dos tomos.	»	30	»
Farsas y églogas de Lúcas Fernandez, con un prólogo é ilustraciones de D. Manuel Cañete, un tomo.	»	12	»
Comedias escogidas de D. Juan Ruiz de Alarcon, con un prólogo y juicio crítico de ellas, de D. Isaac Nuñez de Arenas, tres tomos.	»	36	»
Comedias escogidas de D. Pedro Calderon de la Barca, con un prólogo y juicio crítico de sus obras, por D. Patricio de la Escosura, tomos I y II.	»	24	»

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. Á los que compren de 12 á 50 ejemplares del *Diccionario*, de la *Gramática* y del *Compendio* y *Epítome* de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100 de 50 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los *Prontuarios de Ortografía*, tomando de una vez 200 ó más ejemplares.

Respecto de la *Biblioteca de clásicos españoles*, obtendrán los libreros las siguientes rebajas: desde 1 á 25 ejemplares, un 10 por 100; desde 26 á 50, un 12 por 100; desde 51 en adelante, un 15 por 100.

SUMARIO DE ESTE NÚMERO.

Páginas

Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro antiguo español, y sobre el modo con que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito peculiar; escrito por el académico de número D. Agustin Durán (*conclusion*). 321

Oracion fúnebre que, por encargo de la Real Academia Española, y en las honras de Miguel de Cervántes Saavedra y demás ingenios españoles, pronunció en la iglesia de monjas Trinitarias de Madrid, el 28 de Abril de 1862, el Ilmo. Sr. D. Antolin Monescillo. . 337

Elogio del Rey D. Alonso el Sabio, premiado por la Real Academia Española en junta que celebró el dia 15 de Octubre de 1782. Su autor D. Joseph de Vargas y Ponce, guardia marina de la Real Armada. 373

Elogio fúnebre del Excmo. Sr. D. Ventura de la Vega, académico de número. Leyólo su autor, el Excmo. Sr. Conde de Cheste, en la Junta ordinaria celebrada el Juéves 23 de Febrero de 1866. . . . 432

El libro primero de la Eneida, traducido en verso castellano por el Excmo. Sr. D. Ventura de la Vega. 468

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid : Librerías de Durán, Carrera de San Jerónimo; Bailly-Baillière, plaza de Topete (ántes de Santa Ana); D. Leocadio Lopez, calle del Cármen; Moya y Plaza, y Cuesta, calle de Carretas; Gaspar y Roig, y Escribano, calle de Izquierdo (ántes del Príncipe).

En Provincias : En las principales librerías.

PRECIO Y CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

En Madrid.—La suscricion no se hará por ménos de cuatro *cuadernos*, que formarán tomo completo. Cada mes se repartirá un cuaderno, por el cual pagará el suscritor. . . . . 8 rs.

Un cuaderno vendido suelto. 10

Satisfaciendo adelantado el importe de un tomo, se pagará solamente. 30

En las provincias é islas adyacentes.—Por un mes (franco el porte). 10

Por el número suelto (id.). 12

En las Antillas españolas.—Cada cuatrimestre, franco de porte, enviando libranza.. 45

Suscribiéndose en casa de los Comisionados. 50

En Filipinas y la América española.—El cuatrimestre, franco. . 60

En el Extranjero.—Id. id. . . . . 25 frs.

ó su equivalente.

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA.

AÑO II.—MES DE FEBRERO.

CUADERNO 8.°

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.
1871.

ACADÉMICOS DE NÚMERO.

Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, Director.
Excmo. Sr. D. Manuel Breton de los Herreros, Secretario.
Excmo. Sr. D. Joaquin Mencos, Conde de Guendulain.
Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura.
Excmo. Sr. D. Juan de la Pezuela, Conde de Cheste.
Sr. D. Ramon Mesonero Romanos.
Excmo. Sr. D. Eugenio de Ochoa.
Sr. D. Antonio María Segovia.
Excmo. Sr. D. Alejandro Olivan.
Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
Ilmo. Sr. D. Fermin de la Puente y Apezechea.
Excmo. Sr. D. José Caveda.
Sr. D. Antonio Ferrer del Rio, Bibliotecario.
Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra.
Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.
Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete.
Sr. D. Manuel Tamayo y Báus.
Ilmo. Sr. D. Pedro Felipe Monlau.
Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal.
Excmo. Sr. D. Tomas Rodriguez Rubí.
Sr. D. Francisco Cutanda.
Excmo. Sr. D. Severo Catalina del Amo.
Sr. D. Ramon de Campoamor.
Ilmo. Sr. D. Juan Valera.
Sr. D. Antonio García Gutierrez.
Excmo. Sr. D. Luis González Brabo.
Excmo. Sr. D. Enrique de Saavedra, Duque de Rivas.
Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
Sr. D. Francisco de Paula Canalejas.
Excmo. Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala.
Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas, electo.
Sr. D. José de Selgas y Carrasco, electo.
Sr. D. Cayetano Fernandez, electo.
Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro, electo.
Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga, electo.
Excmo. Sr. D. Manuel Silvela, electo.

OBRAS PUBLICADAS

por la Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, número 26, y en la librería de Moya y Plaza, calle de Carretas, número 8.

	PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
	En pasta. — Rs. vn.	En rústica. — Rs. vn.	En papel — Rs. vn
Diccionario de la lengua castellana, undécima edicion.	70	»	60
Gramática de la lengua castellana.	»	15	»
Compendio de la misma, destinado á la segunda enseñanza.	»	4	»
Epítome de la misma Gramática, dispuesto para la enseñanza elemental.	»	2	»
Prontuario de Ortografía de la lengua castellana.	»	3	»
Discursos de recepcion de la Academia Española: tres tomos en 8.° mayor, cada uno.	»	20	»
Obras poéticas del *Duque de Frias*, un tomo en 4.° mayor, edicion de todo lujo.	»	40	»
Obras poéticas de *D. Juan Nicasio Gallego*, un tomo en 8.° prolongado.	»	20	»
El Fuero Juzgo en latin y en castellano, un tomo en fólio.	32	»	»
El Siglo de Oro, de D. Bernardo Valbuena, con el poema *La Grandeza Mejicana*, un tomo.	16	»	»
El Fuero de Avilés, con el texto en facsímile, sus concordancias y su vocabulario, por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.	»	20	»
BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ESPAÑOLES.			
La Araucana, de D. Alonso de Ercilla, con un prólogo é ilustraciones de D. Antonio Ferrer del Rio, dos tomos.	»	30	»
Farsas y églogas de Lúcas Fernandez, con un prólogo é ilustraciones de D. Manuel Cañete, un tomo.	»	12	»
Comedias escogidas de D. Juan Ruiz de Alarcon, con un prólogo y juicio crítico de ellas, de D. Isaac Nuñez de Arenas, tres tomos.	»	36	»
Comedias escogidas de D. Pedro Calderon de la Barca, con un prólogo y juicio crítico de sus obras, por D. Patricio de la Escosura, tomos I y II.	»	24	»

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. Á los que compren de 12 á 50 ejemplares del *Diccionario*, de la *Gramática* y del *Compendio* y *Epítome* de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100 de 50 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los *Prontuarios de Ortografía*, tomando de una vez 200 ó más ejemplares.

Respecto de la *Biblioteca de clásicos españoles*, obtendrán los libreros las siguientes rebajas: desde 1 á 25 ejemplares, un 10 por 100; desde 26 á 50, un 12 por 100; desde 51 en adelante, un 15 por 100.

SUMARIO DE ESTE NÚMERO.

Páginas

El libro primero de la Eneida, traducido en verso castellano por el Excmó. Sr. D. Ventura de la Vega (*conclusion*). 481

Discurso necrológico literario en elogio del Duque de Rivas, por el Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto. 498

Elogio de D. Alonso Tostado, obispo de Ávila, premiado por la Real Academia Española en junta que celebró el dia 15 de Octubre de 1782. 602

Discurso en que D. Juan Melendez Valdés da gracias á la Academia Española, al tomar asiento en ella como Académico numerario. . 629

Discurso leido por D. Manuel José Quintana al ocupar su plaza de Académico de número en Marzo de 1814. 633

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid : Librerías de Durán, Carrera de San Jerónimo; Bailly-Baillière, plaza de Topete (ántes de Santa Ana); D. Leocadio Lopez, calle del Cármen; Moya y Plaza, y Cuesta, calle de Carretas; Gaspar y Roig, y Escribano, calle de Izquierdo (ántes del Príncipe).

En Provincias : En las principales librerías.

PRECIO Y CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

En Madrid.—La suscricion no se hará por ménos de cuatro *cuadernos*, que formarán tomo completo. Cada mes se repartirá un cuaderno, por el cual pagará el suscritor. . . . . 8 rs.

Un cuaderno vendido suelto. 10

Satisfaciendo adelantado el importe de un tomo, se pagará solamente. 30

En las provincias é islas adyacentes.—Por un mes (franco de porte). 10

Por el número suelto (id.). 12

En las Antillas españolas.—Cada cuatrimestre, franco de porte, enviando libranza. 45

Suscribiéndose en casa de los Comisionados. 50

En Filipinas y la América española.—El cuatrimestre, franco. . 60

En el Extranjero.—Id. id. . . . . 25 frs.

ó su equivalente.

JUN 14 1888

MAY 1 1890

APR 21 '52 H

MAY 10 '52 H

Widener Library
3 2044 092 555 721